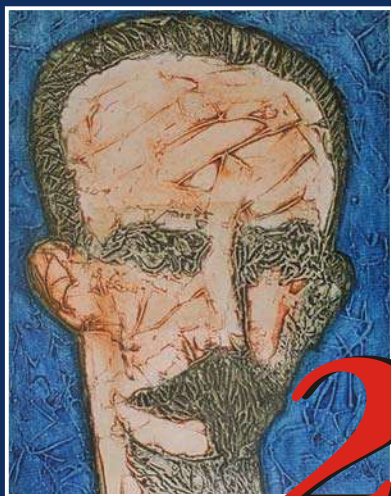


José Martí

Obras Completas
Edición Crítica



22

1885

José Martí

Obras completas
Edición crítica



*José
Martí*

**Obras Completas
Edición Crítica**

Tomo 22

1885

Estados Unidos



CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS
La Habana, 2011

Proyecto de edición:
CINTIO VITIER Y FINA GARCÍA-MARRUZ

Dirección general:
PEDRO PABLO RODRÍGUEZ

Dirección editorial:
AIDA MATILDE MARTÍN FERNÁNDEZ

La realización de este tomo estuvo a cargo de
ENRIQUE LÓPEZ MESA

Y
MARLENE VÁZQUEZ PÉREZ

Colaboradores: Egberto Almenas, Ana Elena Arazoza, Myron Alberto Ávila,
Miladis Cabrera Bess, Emilio Cordero Michel, Marta Cruz Valdés,
Arcadio Díaz-Quinones, Martín Duarte, Norma Fernández, Anne Fountain,
Maydelín González, Luisa María González Carballo, Alejandro Herrera-Moreno,
Ibrahim Hidalgo, Élica Lois, Lourdes Ocampo Andina, Yaliemny Pérez Sardiñas,
María A. Pino, Rodolfo Sarracino, Fanny Sosa Pérez y Norma Suárez

Edición: DANIA PÉREZ RUBIO

Diseño: ERNESTO JOAN

Realización de cubierta: NYDIA FERNÁNDEZ PÉREZ

Realización: BEATRIZ PÉREZ RODRÍGUEZ

Composición: MARLÉN SANTISTEBAN BRIZUELA

Ilustración de cubierta: Fragmento de *Martí*, colografía de Eduardo Roca

La impresión de este tomo ha sido financiada por el Banco del ALBA

© Centro de Estudios Martianos, 2011

ISBN: 978-959-7006-08-1 obra completa

ISBN: 978-959-271-139-6 tomo 22

Imprime:

INDUSTRIAS GRÁFICAS CARO S.L.

Gamonal, 2 - 28031 Madrid (España)

Correo electrónico: caro@graficascaro.com

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS
Calzada 807, esquina a 4, El Vedado, 10400
La Habana, Cuba

Correo electrónico: cem@josemarti.co.cu

Telf.: (537) 836-4966

Fax: (537) 833-3721

NOTA EDITORIAL

Obras Completas. Edición Crítica recoge la totalidad de la producción de José Martí (1853-1895), conocida hasta el presente, y también nuevos materiales localizados durante su preparación.

Contiene crónicas, correspondencias periodísticas, artículos, ensayos, discursos, semblanzas biográficas, poemas, narraciones, obras de teatro, cartas, proclamas, comunicaciones, manifiestos, dedicatorias, borradores, cuadernos de apuntes, fragmentos de escritos (o anotaciones incompletas), traducciones y dibujos. Los materiales publicados o escritos originalmente en otros idiomas están acompañados por las correspondientes traducciones al español.

Los trabajos recogidos en esta edición son transcripción literal de los documentos existentes: manuscritos, mecanuscritos, impresos, microfilmes o fotocopias, cotejado con sus fuentes más fidedignas. Las diferencias entre ellos serán la natural rectificación de erratas, la modernización de la ortografía y las obvias convenciones editoriales adoptadas, sobre todo en los casos de escritos tomados de ediciones de la época. Se tendrá muy en cuenta, sin embargo, el peculiar estilo de la puntuación martiana, suficientemente fundamentado por el propio autor, aunque habrá casos de imprescindibles modificaciones, siempre advertidas en notas al pie. Cuando sea necesario agregar una o más palabras, se colocarán entre corchetes. También pueden aparecer entre corchetes la letra o letras que falten en el manuscrito a una palabra, la cual se completará como hipótesis. Estas son algunas de las variaciones fundamentales con relación a ediciones anteriores.

En los casos de impresos publicados por Martí, se dan los datos bibliográficos literales de la primera edición; al final de cada pieza, en todos los casos, se indica la fuente utilizada para su reproducción.

Se conciben los tomos sobre la base de un ordenamiento cronológico-temático de su contenido. Consiste en adoptar el sistema cronológico, año por año, pero siempre que la heterogeneidad de los escritos de Martí lo justifique, ya que a partir de los años 1875-1876 su producción comienza a manifestarse en varias direcciones simultáneas. De ahí que cada año aparezcan varias secciones: las necesarias para lograr una articulación coherente.

De este modo, sin perder el sentido del desarrollo y trayectoria del pensamiento martiano, pero respetando la simultaneidad de sus actividades políticas, periodísticas, literarias y otras, se ofrece una imagen completa de sus escritos, en una combinación flexible y cambiante, según etapas definidas por criterios cronológico, temático y genérico.

En lo referido a la poesía —carente en muchos casos de fecha, y que en ocasiones dio como resultado unidades estilísticas específicas a lo largo de extensos períodos, como los Versos libres—, los «Cuadernos de apuntes» y «Fragmentos», los

materiales han sido agrupados en volúmenes separados, aunque sujetos al ordenamiento que permiten las precisiones alcanzadas hasta hoy.

Con Martí como centro, y según la importancia que tengan en su vida y obra, se recogerán en notas y en los diferentes índices de cada tomo, las informaciones sobre personajes históricos, autores, sucesos, corrientes de pensamiento y otros aspectos mencionados o referidos en sus textos. Cada tomo, en términos generales, contendrá los siguientes elementos: textos martianos, notas al pie, notas finales, índice de nombres, índice geográfico, índice de materias, índice cronológico, índice de notas finales y el índice general del tomo.

Las notas al pie de página se derivan del cotejo de los textos martianos con los originales, o de la confrontación de variantes de estos, y reflejan de manera escueta y precisa los cambios observados; complementan la comprensión inmediata de la lectura y pueden remitir al índice de nombres o a las notas finales, como apoyo informativo. Estas notas van numeradas para cada pieza.

Las notas finales —señaladas como «Nf.»— son explicativas, más extensas y circunstanciadas. Se refieren a sucesos, cuestiones históricas, económicas, políticas, literarias, corrientes de pensamiento, publicaciones, problemas específicos que plantean algunos manuscritos, o bien contienen semblanzas biográficas de personas que tuvieron un relieve apreciable en la vida de Martí, en la historia de Cuba o en la de América. El lector podrá encontrarlas ubicadas al final del tomo, ordenadas alfabéticamente, y además, estarán apoyadas por un índice de notas finales.

El índice de nombres incluye un índice de referencias —autores, obras, personajes, instituciones y otros— no diferenciado dentro del propio índice, que complementa o suple la información del complejo de notas del tomo, bien mediante remisión a estas y con la inclusión de anotaciones o reseñas.

El índice geográfico relaciona alfabéticamente todos los accidentes y lugares geográficos, caracteriza los accidentes y fija la nacionalidad del lugar, solo con la obvia excepción de nombres de países o capitales.

El índice de materias incluye la relación alfabética de materias y sus derivados que aparecen en la obra.

El índice cronológico ofrece la guía al lector acerca de la producción martiana incluida en el tomo, en un orden que sigue la datación probada o fecha aproximada. Completa la virtual imagen fragmentaria que pudiera dar el conveniente ordenamiento temático.

En algunos tomos se incluirá un glosario, que ayudará a la mayor comprensión de los textos.

La serie constará de un tomo que recoge los acontecimientos principales en la vida de Martí, y en cronologías paralelas, de la historia de Cuba, España, Hispanoamérica y Estados Unidos, y en menor medida, del resto del mundo, con énfasis, según el período, en los hechos relacionados con los países donde residió. También incluirá la información imprescindible acerca de las más relevantes corrientes, tendencias, escue-

las, hitos y creaciones artísticas y literarias de las culturas cubana y universal que conformaron el cosmos de hechos e ideas contemporáneos de Martí. Se incluirá, al concluir la serie, un tomo con documentos relacionados con la vida de Martí.

De este modo intentamos acercarnos al ideal propuesto por Juan Marinello en su prólogo a la edición de las Obras completas de la Editorial Nacional de Cuba, en 1963: «Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido».

Este tomo 22 está integrado por crónicas para La Nación, de Buenos Aires, escritas y publicadas en 1885. Se destaca el caso de la crónica «El general Grant», de la que ofrecemos dos versiones, la publicada en el diario bonaerense y un borrador manuscrito, anterior a la versión definitiva, acompañado de un gran cuerpo de notas derivadas del cotejo de los dos textos. También se incluyen la novela Lucía Jerez, de ese propio año, nueve cartas y el borrador del discurso que pronunciara Martí el 25 de junio de 1885 en Clarendon Hall, Nueva York, hasta ahora agrupada en los fragmentos sin identificar.

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

ABREVIATURAS Y SIGLAS

CEM:	Centro de Estudios Martianos.
EJM:	<i>José Martí. Epistolario.</i> Compilación, relación cronológica y notas de Luis García Pacual y Enrique H. Moreno Pla. La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993.
LN:	<i>La Nación.</i>
LON:	<i>La Opinión Nacional.</i>
ELA:	<i>El Latino-Americano.</i>
Ms.:	Manuscrito.
Mf.:	Microfilme.
Nf.:	Nota final.
OC:	José Martí. <i>Obras completas.</i> La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, 28 tomos. [El tomo 28 fue publicado por la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro.]

CARTAS DE MARTÍ

Un teatro original¹ y cómo se elabora [en] New York.—Los personajes de las comedias de Harrigan² y Hart.³—De pilluelos a actores famosos.—La Ristori⁴ ahora.—La casa de Vanderbilt.⁵—Vanderbilt perdona una deuda de \$150 000 a Grant.⁶—Un donativo de \$500 000.—Una frase de Barrios.⁷—Grant.—El Senado acuerda conceder a Grant el sueldo de General en Jefe.—Los oradores de los Estados Unidos.—Caracteres y razones de su oratoria actual.—Los oradores de antes: Nye,⁸ Carpenter,⁹ Garfield,¹⁰ Lincoln.¹¹—Los oradores de ahora, y su método: Edmunds,¹² Blaine,¹³ Conkling,¹⁴ Hewitt,¹⁵ Bayard.¹⁶—En vísperas de un cambio en la historia de los Estados Unidos.—Proyecto de ocupación mercantil de los países españoles de la América del Norte.—Grant, Blaine y Arthur.¹⁷—Proyecto de un canal americano en Nicaragua.—Curiosidades diplomáticas.—Tratado de los Estados Unidos con España sobre Cuba y Puerto Rico.—Tratado de los Estados Unidos con Santo Domingo.—El tratado con México.—Trascendencia americana de estos tratados.—Argumentos en contra y ligera discusión de los tratados.

Nueva York, enero 15 de 1885.

Señor Director¹⁸ de *La Nación*:

Es invierno, y lo es de veras; pero no lo está sintiendo nadie, de puro preocupado y asustadizo. Los teatros, siempre en esta época tan concurridos,

¹ Teatro de Harrigan y Hart.

² Edward (*Ned*) Harrigan.

³ Tony Hart.

⁴ Adelaida Ristori.

⁵ William H. Vanderbilt.

⁶ Ulyses S. Grant.

⁷ Justo Rufino Barrios.

⁸ James W. Nye.

⁹ Matthew H. Carpenter.

¹⁰ James A. Garfield.

¹¹ Abraham Lincoln.

¹² George F. Edmunds.

¹³ James G. Blaine.

¹⁴ Roscoe Conkling.

¹⁵ Abram S. Hewitt.

¹⁶ Thomas F. Bayard.

¹⁷ Chester A. Arthur.

¹⁸ Bartolomé Mitre Vedia.

o cierran, o languidecen, o se queman:—como si el arte debiera morir siempre así—iluminando: lo cual decimos porque es verdad que el fuego se tragó en estos días un teatro,¹⁹ a donde va la gente cuando no va a otros de más empaque²⁰ y literatura,—porque aquel, con los teatrillos de variedades y museos de monstruos, es el teatro genuino y directo de este pueblo naciente en cosas de arte:—no gusta el pueblo de ir sino a donde se halla. En este teatro de comedia neoyorquina, no se pinta, como que no la hay, una sociedad como la de París, que parece una estatua hecha de gusanos; ni como la de Londres, que es una caja de geometría; ni como la de Madrid, que es una cana al aire revoloteando perpetuamente al sol; ni como la de Viena, que es un «gabinete particular», donde los camarones a la bordalesa están siempre servidos, y la tortilla con trufas, y el Liebfraunmilch²¹ rubio y ardiente: en el teatro de Harrigan y Hart, donde los actores, como fue de uso antaño, se escriben sus comedias, píntanse, con ribetes de sentimiento que parecen rayos de sol sobre una capa miserable; la masa revuelta, el feto colosal, las entrañas oscuras y fabricadoras, la roca hirviente,²² la calle, el taller, la casa de vecindad, la covacha en que los italianos aman y riñen; el aposento, repleto de hijos, donde el alemán, con gabán y sombrero alto, fuma, lee, se mata, o espera; la casuca, fabricada con restos de cajones, en que desde el pico de una roca, frente a un palacio enorme de granito labrado, un irlandés, cruzado de brazos sobre el chaleco mugroso, y empinados el labio inferior y las rodillas, mira sentado, fumando su pipa, cómo pasan, camino de la sombra, a manera de cesantes de la vida, los sacerdotes sin iglesia, con su corbata blanca, su levita negra, y su cara triste, los descendientes de los buenos holandeses,²³ con su rostro afeitado y honesto, y sus vestidos de paño burdo, las damas de años ha, singular mezcla de virilidad y de recato, la más cercana acaso en nuestros tiempos a la matrona romana: y ve pasar el irlandés—mientras que su hijo que vendía ayer periódicos se le sube por la roca, con su vestido nuevo de dependiente de comercio, y de los dos hijos del dueño del palacio que tiene en frente, la una se casa con un noble inglés y el otro quiebra:—a esos melancólicos y despaciosos pensadores de provincia, (niñescos y colosales a la par, como todo lo que está más cerca de la Naturaleza), que con lentitud y honradez de aldea iban moviendo, mundo adelante, su nación, y ahora, arrollados por el impetuoso pensa-

¹⁹ Theatre Comique.

²⁰ Errata en LN: «empague».

²¹ En LN: «Liebmilchfran»; vino del Rin.

²² En LN, dos puntos.

²³ Alusión a la fundación de la ciudad de Nueva York por los holandeses.

miento nuevo, que aquí toma las formas de la desesperación que embriaga y el ansia de conquista que la entretiene y alivia, tiene despavoridos y arrinconados, pálidos como los que se sobreviven, a los hijos legítimos de este país, que están viviendo como extranjeros en su tierra. Sentarse a oír una de las comedias de Harrigan y Hart, que no son más que escenas de costumbres avivadas con tonadillas penetrantes que toda la ciudad tararea luego, es asomarse a ver cómo se fabrica Nueva York,—y qué oro y qué cardenillo están entrando en ella.

Como alrededor de una oruga, muchos cuadros se desenvuelven en torno de una frutera irlandesa acurrucada, en medio de su montaña de mantones, frente a una mesilla de manzanas cenceñas que nunca se venden. Jóvenes dependientes; mozos artesanos que los miran como a gente menor; alemanes cuadrados y tortugosos; italianos tallados en un cuchillo; neoyorquinillos entecos, que son como maniqués²⁴ de apetitos, peinados a la Capoul²⁵ y disfrazados con burlas, por ser ley que todo lo que degenera se hace crítico, y luego pasa a cínico; policías, que abaten con su palitroque al que hace guiños a la criada de servicio que tiene a honra haber parecido bien al uniforme azul de botones dorados; pilluelos que relampaguean; padres viejos que salvan; muchachas pobres, ramilletes de caléndulas en que el pisaverde de monóculo, corsé, bastón de puño de plata y polainas carmelitas hunde la nariz descolorida en busca de rosas,—son los personajes usuales, matizados con uno que otro negro del Sur, de las comedias de Harrigan y Hart.

Hombres y mujeres se deleitan en oírlos, porque se ven en ellas. Y el que de larva pasó ya a mariposa, y se puso debajo de Júpiter cuando llovía oro:—¡que nunca cuesta menos la riqueza!,—va allí de vez en cuando a batir las alas, o a rejuvenecerse acaso el corazón, viendo en escena, con los combates y lances que un día fueron los suyos, aquellos tiempos envidiables de contienda y creación, en que, porque era desgraciado, era dichoso. Estos Harrigan y Hart así surgieron: de pilluelos, a actores famosos, a empresarios de teatros, a héroes de la ciudad.

Sus comedias, ellos se las escriben; y su teatro, que era de ladrillo y estaba en Broadway, se lo hicieron ellos. En el incendio desaparecieron todas las decoraciones de una pieza nueva,—salpicada por cierto de escenas francesas, como aquí está ya todo—²⁶ que iban a estrenar al día siguiente. Ea, pintores! Ea, carpinteros! Ea, maquinistas!: que Harrigan y

²⁴ Errata en LN: «manequies».

²⁵ Tipo de peinado puesto de moda por el tenor francés Joseph Amedée Victor Capoul.

²⁶ Se añade pleca.

Hart, por quienes todo New York se condele, quieren enseñar que no les apena, a ellos que todavía ayer andaban descalzos, haber perdido con su teatro unos sesenta mil pesos; ea! que quieren abrir en una semana un teatro olvidado con la comedia nueva. Fue hecho, y lo abrieron.²⁷ Mucha gente, en tanto que la Ristori declamaba en inglés los versos de *Macbeth* ante un teatro vacío,²⁸ acudió a llevar los saludos de New York a sus actores favoritos.

Oh! la Ristori ahora, paseando por teatros lóbregos de tierras duras sus años adoloridos! Se siente una especie de dolor filial al ver esta majestad ofendida: parece que las estatuas griegas se han hecho carne; y vestidas de mendiga, lloran. ¡Cómo no lo han de sentir, los que, niños de escuela todavía, ayudaron a desuncir, en una de las tierras del sol, los caballos de su carruaje, y mientras ella se cubría los ojos arrasados de llanto, se gloriaban, al aire la cabeza, en hablar de él!²⁹ ¿Cómo no ha de ser digna de la gloria la que la enseña?

¡Váyase de aquí la triste señora, que aquí, ni la estatua de la Libertad³⁰ ha hallado quien le compre el pie; que de limosna piden ahora al Congreso,³¹—ni ella tiene escolares! Ser rico es bueno; pero esto no ha de roer lo otro.

Nada es tan repulsivo como un hombre acaudalado que se repliega³² en sí y descuida los dolores de los hombres. Es un criminal, sin

²⁷ Referencia a *The New Park Theatre*.

²⁸ La Ristori se presentó en el *Star Theatre*.

²⁹ Al parecer se trata de una referencia autobiográfica, que remite a la estancia en La Habana de la famosa actriz, entre el 1 de febrero y el 24 de abril de 1868.

³⁰ *La Libertad iluminando el mundo*.

³¹ Referencia a las gestiones realizadas por el escultor francés Frederic-Auguste Bartholdi, autor de la monumental obra, quien realizó una extensa gira por Estados Unidos, entrevistándose con prominentes figuras políticas e intelectuales, como el presidente Ulysses S. Grant, el poeta Henry W. Longfellow, el teniente general Philip H. Sheridan, el empresario y reformador Peter Cooper, entre otros, sin lograr un compromiso para financiar el pedestal en que sería situada. Algo parecido ocurrió en 1881, después de una visita de altos oficiales franceses, descendientes de los militares que combatieron en la Guerra de Independencia de Estados Unidos. Al fin se obtuvo por una suscripción inaugurada en la nación nortea, y por la realización de exposiciones y otras actividades, de las cuales Martí dio fe, entre otros, en su texto: «Los abanicos en la exhibición Bartholdi» y «Exhibición de arte en Nueva York para el pedestal de la estatua de la Libertad», publicadas en *La América* (Nueva York), enero de 1884. El Congreso solo se limitó a respaldar oficialmente la recaudación, pero no autorizó ningún apoyo en metálico.

³² Errata en LN: «replega».

duda: un criminal por omisión. Solo hay algo tan repulsivo como él: el envidioso disfrazado de filántropo, el denunciador sistemático de todo el que posee alguna riqueza. Un hombre hay en New York de fama universal por su fortuna; su padre, de poco más que botero, llegó, por las artes de su ingenio pronto y sutil, a fundador y dueño de caminos de hierro y otras altas empresas: el hijo, que heredó en tiempos prósperos, una hacienda enorme, con serena perspicacia la ha aumentado: sus millones llegan a la centena: otros tienen en sus manos las riendas de sus caballos, y él, como de los caballos modernos, las de los ferrocarriles: no es avaricioso, como Jay Gould,³³ sino frío: ha levantado en la Quinta Avenida, frente a la Catedral³⁴ de la religión, que como señal de los tiempos, está incompleta, la Catedral de la riqueza; su casa no tiene arabescos, como no los tiene su carácter; y ¡oh símbolo involuntario y elocuente! con cajas y con pacas se hizo esa fortuna, como toda la de este país, y la casa oscura de Vanderbilt³⁵ tiene la figura de una caja o una paca: ¿se vive acaso en vano entre ellas?

Las artes todas de estos tiempos sin creación, puesto que son tiempos sin fe, se han dado cita, estimuladas como meretrices por el lucro, en este hogar de magnate indiferente.³⁶ Sedas, Damascos, Gobelinos, Aubussones,³⁷ Goyas,³⁸ le parecieron tapices pobres y de poco costo para sus paredes; y las ha cubierto, como del lienzo que cuesta más, de tela de los grandes pintores, que son ahora los que hacen las cosas pequeñas: Meissonier³⁹ vive, copiando crines y ribeteando sombreros de miñones, ochenta años; Bastien Lepage⁴⁰ y Millet,⁴¹ que conciben los ángeles y llenan de aire cargado de espíritu sus cuadros, en la flor de su juventud afligida, mueren. En ciertos tiempos, y entre ciertas gentes, no

³³ Jason Gould.

³⁴ Catedral de San Patricio.

³⁵ Este hombre construyó dos mansiones en el lado oeste de la 5^a. Avenida, entre las calles 51 y 52. Vivía él en una de ellas y ocupaban la otra sus dos yernos, Elliot F. Shepard y William D. Sloane, con sus respectivas familias. Fueron diseñadas por Charles Atwood y John Shook y terminadas en 1884, un año antes de la muerte de William Henry.

³⁶ Fue tal la acumulación de obras de arte en la casa de Vanderbilt, que esta comenzó a funcionar como una verdadera galería, con horarios de visitas y programa de diversas actividades.

³⁷ Referencia a los tapices que se producían en la localidad francesa de Aubusson.

³⁸ Referencia a los diseños para tapices de Francisco de Goya y Lucientes.

³⁹ Jean-Louis Ernest Meissonier.

⁴⁰ Jules Bastien-Lepage.

⁴¹ Jean François Millet.

hay como ser pequeño para ser grande. Y ahora que los de arriba bajan y los de abajo suben, y se está en el oleaje de que quedará luego el nivel justo, no hay como ser poseedor de una gran fortuna para atraerse la malevolencia de las gentes. Vanderbilt es odiado y por los que no lo odian, mirado de reojo. No lo conocen, ni ha hecho nada abominable, y, sin embargo, lo abominan. Aborrecen en él las desigualdades exasperantes que asaltan a los ojos melancólicos de los observadores, y a los menos benévolo de los pacientes de pobreza. Y en verdad, en verdad: mientras haya un hombre que duerma en el fango, ¿cómo debe haber otro que duerma en cama de oro? Séquense en las ciudades los barrios fétidos, échense a tierra las casas malsanas, levántense por los capitales desocupados, y dense a los pobres por bajo alquiler, o sin él cuando no pudieren pagarlo, casas limpias y gratas a los ojos—que la bondad en mucha parte entra por ellos! ¿Cómo se piden, de atmósfera miasmática, almas claras? El alma, que desde su aposento desaseado no ve más que lobreguez, se vuelve torva. Cada casa limpia y ventilada es una escuela.

Vanderbilt no cuida de estas cosas, no tanto porque desdeñe la fama y quehaceres de filántropo de oficio,⁴² como porque, de ver desde que nació, aduladores y viles a los hombres a su alrededor, ni le despiertan interés, ni le inquietan o alcanzan sus censuras. No tiene el ansia angélica de los espíritus generosos. No tiene el arte de la bondad.

Pero hace bondades colosales, simplemente. Como no ha padecido, no conoce a los que padecen. Para ser caritativo, se necesita haber sido infortunado. Y a Vanderbilt se debe disculpar porque los hombres, vistos desde arriba, vistos desde cualquier género de altura, dan tristeza:—«¿A qué quieren que me apresure—decía Barrios, el tirano de Guatemala, un domingo por la mañana—para recibir esos perros que vienen a comer las migajas de mi mesa?»⁴³—sus ministros, sus magistrados, sus empleados, sus aspirantes, ¡gente brava toda, que bajo hombre semejante tiene el valor de vivir! ¡gente muy brava!

Vanderbilt acaba de hacer ahora dos bondades. La primera ha sido, regalar al Colegio de Medicina de New York,⁴⁴ que es mísero y no da

⁴² Vanderbilt donó en 1884 un terreno en la calle 59 entre ave. 9 y 10 (ahora Columbus y Amsterdam) y \$300 000 para un nuevo edificio, al Colegio de Médicos y Cirujanos de la Universidad de Columbia. Fue la mayor donación de su tipo hasta ese momento.

⁴³ Desde «mi mesa» hasta «empleados», ilegible en microfilme. Se sigue la lección de OC, tomo 10, p. 147.

⁴⁴ Colegio de Médicos y Cirujanos de la Universidad de Columbia.

médicos de monta, quinientos mil pesos, doscientos mil en terreno, para que levante un edificio, y en un cheque que incluyó en la carta de donación, trescientos mil. Tenía la carta unos veinte renglones. Más sonada aún y celebrada,—por estar hecha en favor de persona prominente, y con esa delicadeza que dobla los beneficios,—ha sido su bondad con el general Grant, a quien el fumar tabaco ha hinchado y puesto a punto de cáncer, la lengua,—y las amarguras pecuniarias,⁴⁵ que en su momento fueron contadas a *La Nación*,⁴⁶ tienen enfermo de espíritu. Se recuerda la quiebra famosa de la casa de Grant y Ward, en que aquel permitió a sabiendas, por salvar acaso a sus hijos comprometidos, que el bribón Ward⁴⁷ usase de mala manera de su nombre. Recuérdase el pánico a que aquella quiebra dio origen: los bancos que se cerraron: las quiebras y suspensiones que les siguieron: el préstamo de \$150 000 que Vanderbilt hizo personalmente a Grant para cubrir los pagos de un día del Banco⁴⁸ a que la casa de Grant y Ward debía 600 000. De manera que, como Banco y casa vinieron abajo, Grant quedó debiendo por su propia cuenta a Vanderbilt \$150 000. Tiene honor, el viejo soldado; y empeñó al punto a Vanderbilt cuanto le quedaba de la hacienda de su mujer⁴⁹ y de la suya propia; sus casas, su finca de campo, los regalos que en su viaje imperial le hicieron en todas partes del orbe, las copas labradas que le dieron las ciudades inglesas, la caja de oro en que le entregaron su acta de ciudadanía de Dublín, las medallas acuñadas en su honor, los dos caballos blancos, de ojo vivo y caña aérea, que le envió el Jédive.⁵⁰ Hizo Vanderbilt cual si de veras aceptaba los empeños, para que, como su deuda era privilegiada, no pudieran echarse sobre la propiedad otros acreedores de espíritu ruin; y luego que pasó lo empeñado a su poder, pidió permiso a la esposa de Grant para ofrecerle, en dominio absoluto, las pertenencias del marido: «y pasen, dijo, cuando el general lo desee, a poder del Gobierno de la Nación los recuerdos históricos que demuestran cómo supo servirla uno de sus más ilustres hijos».

Negóse el general, que, aunque pareció aceptarla al principio, se había resistido ya también a recibir de sus amigos la suma que estos, entre

⁴⁵ Errata en LN: «pecunarias».

⁴⁶ Referencia a su crónica del 16 de julio de 1884, en la que relata pormenorizadamente la quiebra de la Compañía de Grant & Ward. Véase en el tomo 17 de esta edición, pp. 224-235.

⁴⁷ Ferdinand Ward.

⁴⁸ Banco Nacional de la Marina.

⁴⁹ Julia T. Grant.

⁵⁰ En LN: «Khedive». Virrey de Egipto, Ismaíl Bajá o Pachá.

los que en New York y Philadelphia estiman a Grant en mucho, tenían casi reunida para pagar a Vanderbilt su crédito.—Insistió Vanderbilt; y Grant cedió; pero la esposa ha renunciado el donativo finalmente. Acomodo ha de haber: las medallas y regalos irán al Gobierno: Vanderbilt se ha hecho amable: ya los paseantes de la Quinta Avenida hallan menos insolentes los feos embutidos de oro que decoran un balconete interior de la fachada de su casa oscura.

Los hombres, uno a uno, son tristes de ver: en conjunto, admiran. Y como el infortunio acrisola, y no hay lavador de culpas como la desdicha, los adversarios más fieros de la política desdeñosa, marcial y adquisitiva de que consejeros adustos⁵¹ hicieron a Grant representante, arrian banderas, y saludan con ella al enemigo vencido. Él, como aquel mísero general Santa Anna⁵² en sus últimos años, tiene ya los labios apretados, como si airado de no haber podido gobernarla a su antojo, no quisiese ya cambiar palabras con la vida. Él, luego que se vio en la mano, resplandeciente como si estuviera hecha de estrellas, la espada con que ganó la libertad de los negros y restableció su nación,—soñó, hecho ya a andar a caballo, que debía entrar a saco, disimulando el arma bajo tratados y convenios como el toreador su espada bajo la muleta, por cuantas tierras baña el mar y olean los cuatro vientos en los alrededores de Norteamérica. Soñó con Alejandro⁵³ y con Aníbal.⁵⁴—y se apaga, de la tristeza de no serlos.—Mas la nación, que vio con inquietud y disgusto, cuando no con ira, su parcialidad para con sus secuaces, y las tentativas con que hubiera deslucido su propia gloria y la de la República,—no olvida, cuando lo ve desconsolado y esquivo, al que fue grande y clemente en Appomattox,⁵⁵ juntó sin ira la República deshecha, y salvó para la libertad, con propósito o sin él, el pueblo único donde impera ampliamente. Cuando lo han visto sufrir, se han apretado todos a él; y en el Senado, donde ya habían hablado mucho de esto, un anciano de calva cabeza y barba blanca pidió a los senadores conmovidos la inclusión del general Grant en la lista de retiro con el sueldo pleno de General en Jefe de los Ejércitos de la República: y todos los senadores, y de los del mismo Sur, menos nueve, asintieron a la demanda de Edmunds. La Casa de

⁵¹ Errata en LN: «adultos».

⁵² Antonio López de Santa Anna.

⁵³ Alejandro Magno.

⁵⁴ En LN: «Annibal». Aníbal Barca.

⁵⁵ Errata en LN: «Appomatoxx». Referencia a la batalla de Appomattox.

Representantes⁵⁶ ha de confirmarla, con debate agrio sin duda. Y ya se susurra que hablarán briosamente en pro oradores de fama.

¿Qué tienen los oradores americanos de este tiempo, que ni sus nombres, ni sus discursos, salen afuera? Los de Wendell Phillips, sí; y los de Webster;⁵⁷ y los de Charles Sumner;⁵⁸ y los de Lincoln.—Ah! lo que tienen es, que el que se preocupa excesivamente de sí, es olvidado de los demás con justicia; y el que trabaja en pro del rincón de tierra en que aprovecha y no de la tierra vasta humana en que solo la conciencia se beneficia, no merece salir, y no saldrá, de su rincón de tierra. Solo el amor penetra.

Y es curioso ver cómo se han ido convirtiendo de oradores en lectores los representantes norteamericanos. Ya no peroran, sino leen. Tienen como vergüenza de su propia inspiración. Creen que, si dejan el vuelo a la elocuencia airosa, se les ha de acusar de romancescos e inexpertos; y, una a una, en obediencia de la demanda de abogados utilitaristas, van deponiendo, sin tristeza, las nobles pasiones. El sarcasmo y la lógica quedan solo como fuerzas acreditadas en la oratoria americana; mas la elegancia y hermosura, la olímpica majestad, la arremetida relampagueante, la gloriosa fulgencia de la palabra de Webster,—parecerían ahora dotes pampanosas y vanas, con que se hurtaba el tiempo del Congreso, señalado a más altos oficios. También la oratoria como la pintura, se rebaja. En el mundo hay, si por Dios, más Lopes⁵⁹ que cortejan, que Cervantes⁶⁰ que resisten. Tal paga, tal manda. Quieren calculadores, que vean por la bolsa. Y como de hacer el dinero, apenas les queda tiempo para gastarlo, no gustan de que el discurso les obligue a meditar, sino de que diga las cosas en lengua pedestre, que les parece sospechosa, y como poco fidedigna, si por desventura deja paso a algún primor artístico.—De ser elegidos viven los representantes; de modo que no hacen cosa que desagrade a los que han de elegirlos:—vese, pues, que en las tierras de sufragio hay peligro de vida en no afinar y aquilatar el espíritu de los electores.

Y con esa razón principal, esto también [es] para esta decadencia de la tribuna la parcialidad cerrada y ciega con que batallan aquí⁶¹ los bandos políticos; porque como se sabe lo que cada partido piensa, y de antemano

⁵⁶ Cámara de Representantes.

⁵⁷ Daniel Webster.

⁵⁸ Errata en LN: «Summer».

⁵⁹ Referencia al estilo de Félix Lope de Vega y Carpio.

⁷⁰ Referencia al estilo de Miguel de Cervantes y Saavedra.

⁷¹ Coma en LN.

se tienen recontados sus votos, vienen a ser ineficaces los discursos, y a estar como previamente desoídos por aquellos en quienes debieran influir,—de modo que no se les da ya este empleo, ni se pretende hacer vacilar con ellos la opinión de hombres que se han resignado a no tenerla propia, sino que se usa de la tribuna del Congreso como de un medio de ser oído por toda la Nación—por lo cual ha venido a ser costumbre que diputados y senadores no pronuncien, con la animación de la palabra suelta, sino lean pausada y monótonamente sus peroraciones. Sobre que apenas hay tampoco cuestión que no demande tal copia de hechos menudos, y razones de cifra, que la improvisación, y la vehemencia que va con ella, parecerían extemporáneas. No ha de decirse, sin embargo, que los oradores han muerto. Las ocasiones vengan, que los oradores se revelarán.—¿Pues cuando no tienen qué decir, qué han de decir? No hay pudor más tenaz que el de la verdadera grandeza.

Oradores pujantes tuvieron en otro tiempo los Estados Unidos: aquel Nye, que llevaba en el pecho todas las pasiones de la muchedumbre, que le oía pasmada, y le seguía embebecida y sin aliento más que por el interés humano de la causa parcial que defendía, por aquella manera especialísima de discurrir en que ya describía cuadros queridos a la gente llana que iba siempre a escucharle, ya, pendientes aún las lágrimas de sus ojos, se las evaporaba en risas, ya desnudaba de toda virtud, a sus adversarios políticos: y parecía que quedaba marcado con hierro el hombre a quien Nye marcaba;—aquel Garfield, de griega solidez, en cuya plática maciza y bruñida ni la energía, ni la trascendencia, ni el ardiente amor a los hombres anduvieron nunca en falta;—aquel Carpenter que luego de estudiar, cincuenta y ocho horas de seguido a veces, la materia de su discurso, salía de entre volúmenes abiertos y revueltas notas a derramar su palabra caliente y meliflua, rebosante de admirables imágenes, que venían a sus labios armónica y precipitadamente, como los movimientos significativos a sus brazos, y a sus ojos encendidos las guedejas revueltas de su plateado cabello: y ya se ponía, como quien reta, las dos manos en los bolsillos de su pantalón, ya, como quien levanta un haz de flechas, las alzaba con gesto violento por encima de su cabeza, y con inspirados ademanes las abatía, sacudiéndolas, sobre sus oyentes; y aquel Lincoln, que no dijo palabra que no fuera máxima, que a todos venció en el arte de conmover a sus oyentes por medios inesperados y sencillos, que decía las cosas de manera que cada cual que las oía las tenía por suyas propias, que trajo a la oratoria aquel aroma fuerte de la selva bíblica, que en el trato de la naturaleza se consigue, aquel temido Lincoln que unió, con arte de ferrador, la claridad a la grandeza.

Otros son los oradores de ahora, más famosos por su manera diestra de escaramupear que por esas benéficas oraciones que quedan por largo tiempo visibles y suspendidas en el aire, como aquellos escudos de los caudillos que levantados por los nervudos brazos servían como de punto de reunión y signo de victoria a las cohortes desbandadas. Ese Edmunds, que habla como quien clava con las dos manos enlazadas y caídas, empujando a veces las palabras decisivas con el índice de la mano derecha,—certero, cortés, atendido; Blaine, que no fía a la inspiración sus discursos, sino los elabora celosamente, y escribe muchas veces las mismas frases hasta que le parecen bien cuajadas, y conoce el arte de sugerir, que gana al⁶² orador la voluntad de su auditorio, por cuanto deja creer a este que de sí propio origina lo que sutilmente le va el discurso enseñando: agrupar es el medio, contenerse es la habilidad, halagar es el arte de Blaine;—Conkling, el más airoso acaso de la nueva tribuna, que sin un clásico no anda nunca, por no perder la costumbre del noble hablar, ni reconoce compañero más útil que el *Diccionario*⁶³ de Noah Webster, Conkling nunca lee sus discursos, sino que se prepara cumplidamente, antes de ellos, sin que le quede malla rota en la armadura para ningún asalto probable, ni pueda ser que el adversario sepa del caso lo que él ignore: y ya sobre estos rieles, echa sin miedo ni violencia la palabra flexible y abundosa, que se esparce en variadas ramazones, y deja de una parte y otra cabos sueltos, y caracolea, y se remonta, y se enmaraña, y ya parece perdida, cuando como guiador que está seguro de sus corceles, con un hábil golpe de mano recoge las riendas divididas, y a paso resonante y altanero llega a término feliz, así cual carrero de Grecia que detuviese sus caballos robustos, en día de buen sol, frente a la columnata del pórtico.

A Carlisle,⁶⁴ el Presidente de la Casa de Representantes, le viene su fama de aquel inevitable influjo de su palabra aparentemente sencilla, mas redoblada de finísimo acero templado en largo estudio; él no estudia su forma modesta, que es la de un disertador seguro y discreto; mas se carga de tal suma de razón, y con empeño tal escruta los detalles en que funda sus argumentos, que lo que dice, pesa y queda: y en otro campo le buscarán batalla, mas todos le huyen en el suyo propio: Bayard que está a punto de ser miembro del Gabinete de Cleveland,⁶⁵ es un aristócrata de la lengua, que la usa con grande amor y gracia, y a quien lo

⁶² En LN: «el».

⁶³ *An American Dictionary of the English Language*.

⁶⁴ John G. Carlisle.

⁶⁵ Stephen G. Cleveland.

abundante del pensamiento, sobre lo escogido de la dicción, hace parecer a veces, en el concepto vulgar, desmayado y difuso.

Otros hay, como Hoar⁶⁶ y Long,⁶⁷ que campean por la elegancia y riqueza de su lenguaje, que en Long alcanza excepcionales perfecciones; más, aunque la improvisación no los pondría en apuros, ambos estudian con mimo las oraciones que pronuncian luego de memoria, con arte celebrado; y de Hoar dicen que no solo las palabras aprende, sino en el espejo los gestos. Ya entre los famosos, quedan solo, porque lo profundo va en ellos realzado por lo clásico y por la honestidad clarísima de propósito, Abram Hewitt amigo de los hombres, que se mira en ellos, y les ve alada el alma; y Cox,⁶⁸ el diputado de New York, que los números adorna con guirnaldas de rosas, con tal galanura que sus electores mismos no se lo echan a mal, como que no tiene la razón puerta mejor que la hermosura. Estos cruzan, en las grandes ocasiones, armas en la Casa y en el Senado.—¡Oh, oratoria, León encendido!

Es invierno decíamos, y lo es de veras; pero no lo está sintiendo nadie, de puro preocupado y asustadizo. Y es que al separarse Arthur del gobierno, ha propuesto a la nación, con asombro de los demócratas consternados que no hubiesen deseado tal herencia, no una ley importante, sino un conjunto de medidas que implican el cambio más grave que desde la guerra⁶⁹ han experimentado acaso los Estados Unidos. De nada menos se trata que de ir preparando, por un sistema de tratados comerciales o convenios de otro género, la ocupación pacífica y decisiva de la América del Norte e islas adyacentes por los Estados Unidos. ¿A qué explicarlo en más detalles, que a tal distancia pudieran parecer complicados y enojosos? Y esto no es más que una nueva manera de hacer, con blandura y sin desatención aparente de sus deberes de nación republicana, lo que allá en sueños y sin saber bien cómo, quiso Grant,—⁷⁰ y por malas artes y resortes ocultos, que por desdicha no fueron suyos solo, estuvo a punto de adelantar mucho Blaine: y ¿cómo no, si en cambio de apoyo inmoral, había nacioncilla de Hispanoamérica⁷¹ que le ofrecía, según se corre, una banda de territorio, por donde pudiera oprimir del lado del Sur a un pueblo a quien ya tiene amenazado por el del Norte? ¿Cómo no, si en pago de

⁶⁶ Errata en LN, siempre: «Hoard». George F. Hoar.

⁶⁷ John D. Long.

⁶⁸ Samuel S. Cox.

⁶⁹ Guerra de Secesión.

⁷⁰ Errata en LN: «Gran, b».

⁷¹ Guatemala. Véase Nf. Guerra por la Unidad Centroamericana.

haberle sacado de un conflicto con Francia, otro desvergonzado mandón,⁷² que solo los mandones hacen estas cosas, se ligó de pies y manos a los proyectos de Blaine, y le ofreció su ayuda incondicional en el atentado de someter, so pretexto de conferencia, a un protectorado del Norte los países de Hispanoamérica?⁷³

De las revoluciones y pobreza que, por culpas de aquella⁷⁴ de quien dice Quintana⁷⁵ que no fue la culpa, han agitado nuestros países de América,—ha venido a los hombres activos de ellos un inmoderado deseo, saludable y urgente cuando se encierra en naturales límites, de desarrollar, a costa aun de la libertad futura de la nación, sus riquezas materiales así:—Nicaragua, que en progreso natural y ordenado no tiene que avergonzarse de pueblo alguno, ha contratado con el gobierno de los Estados Unidos la cesión, punto menos que completa, de una faja de territorio que de un Océano a otro cruza la República, para que en ella construya el gobierno norteamericano y mantenga, a su propio costo, un canal,⁷⁶ con fortalezas y ciudades de los Estados Unidos en ambos extremos, sin más obligación que una reserva de derechos judiciales en tiempo de paz a las autoridades nicaragüenses, y el pago de una porción de los productos líquidos del canal, y de las propiedades que fincan en el territorio cedido al gobierno americano.

España, de otra parte, incapacitada de aliviar con sus propios recursos la angustia reinante en Cuba, obligada a pagar, fuera de sus gastos de vida, al gobierno español en enorme presupuesto local y una considerable parte del nacional, con los productos de azúcar que por lo subido del costo de la producción en la Isla y los derechos altos en los

⁷² Francisco García Calderón.

⁷³ Durante su breve paso por la Secretaría de Estado en 1881, James G. Blaine lanzó la idea y circuló la convocatoria, en noviembre de ese año, para realizar una conferencia panamericana en el mismo mes del año siguiente, a fin de, con claros propósitos hegemónicos, tratar acerca de la paz y la prevención de guerras interamericanas, y el arbitraje continental. Cuando ya Blaine no ocupaba el cargo, el 18 de abril de 1882, se introdujo la propuesta en el Congreso estadounidense, donde se dilató su consideración, hasta que, finalmente, en agosto de 1882, el nuevo secretario de estado, Frederic Frelinghuyen, anuló la invitación hecha por su predecesor.

⁷⁴ Al parecer, referencia a España.

⁷⁵ Manuel José Quintana.

⁷⁶ Referencia al tratado de Frelinghuysen-Zabala, que permitía iniciar los trabajos de construcción de un Canal Interoceánico a través de Nicaragua. Véase en este tomo, la Nf. Proyectos de canal por Nicaragua; y en el tomo 12 (pp. 162-163), otra referencia de José Martí sobre el mismo tema.

Estados Unidos no se vende,—ha celebrado con el Gobierno norteamericano un tratado comercial,⁷⁷ que de tan absoluta manera liga la existencia de la Isla a los Estados Unidos que es poco menos que el vertimiento de cada uno de estos países en el otro, lo que acaso vendrá a parar, con gran dolor de muchas almas latinas, en perder para la América Española la isla que hubiera debido ser su baluarte.

A estos tratados se juntan el de México,⁷⁸ ya ratificado, y a punto de salir reglamentado del Congreso; y el que acaban de firmar los Estados Unidos con Santo Domingo,⁷⁹ en virtud del cual, como en el tratado con Cuba y Puerto Rico, cuanto acá sobra, y no tiene por lo caro donde venderse, allá entrará sin derechos, como acá las azúcares. Y vendrán los Estados Unidos a ser, como que les tendrán toda su hacienda, los señores pacíficos y proveedores forzosos de todas las Antillas.—Y como sin querella con Francia e Inglaterra no hubieran podido poner estorbo al canal del Istmo de Panamá, por donde querían, como quien aprieta a su seno con un brazo, abarcar esta parte de arriba de nuestra América, intentan ahora, con asentimiento imprevisor acaso de nuestra propia gente, pasar el brazo por el corazón de la América Central.

Pero esas medidas, más que alegrar, aturden a la opinión americana; no porque parezca mal atraerse tan estrechamente a países de tierra tan rica, y que mueven el apetito a poderosas naciones europeas, que serían para los Estados Unidos vecinos molestos, sino porque, poco habituados a concepciones nacionales y a previsiones históricas, miran estos convenios, no por el poder que para mañana aseguren, ni por los conflictos que eviten, sino por la suma de beneficio o daño pecuniario que su realización pueda importar. ¿A qué buscar, se dicen, en Cuba y Puerto Rico, un mercado que nos compra al año quince millones de pesos, si para esto vamos a perder los veinticinco millones que importan los derechos de entrada de las azúcares de las Antillas?:/y los que así razonan no ven que si mantienen los Estados Unidos sus derechos altos, Cuba cesará de producir azúcar, porque no podrá competir en precio con las de otras procedencias en el mercado americano; ni ven que es tal el sistema de ocultaciones que con provecho y complicidad de los más altos empleados, se practica en las Aduanas

⁷⁷ Referencia al *modus vivendi* firmado por John W. Foster, ministro estadounidense en España, y el ministro español Servando Ruiz Gómez, el 2 de enero de 1884. Véase en este tomo, la Nf. Tratado Comercial Estados Unidos-España.

⁷⁸ Tratado Grant-Romero.

⁷⁹ Tratado de Reciprocidad Comercial entre República Dominicana y Estados Unidos. Véase en este tomo, la Nf. Proyecto de Anexión de República Dominicana.

de Cuba, que si quince millones de importaciones acusa la estadística, una tercera parte, a lo menos, va de aquí, de cierto; ni ven tampoco que, alentado el crédito en la Isla y aguzada por la penuria la natural perspicacia de sus habitantes, se establecerán, con capitales americanos acaso, múltiples empresas, que ocasionarían demanda extraordinaria de artículos del único mercado donde tendría la Isla crédito y dinero./¿Y qué haremos, dícense, los azucareros nacionales? Mas a esto se responde: ¿cómo ha de importar más el sustentamiento artificial de una industria que, a pesar de toda clase de favor, no ha sabido salir de sus pañales, que el beneficio de toda la Nación, a quien la importación libre, o casi libre, de las azúcares extranjeros permitiría comprar a precio bajo, mantenido por la competencia de los diversos países productores, el azúcar por una libra de la cual pagan hoy tanto, cuando no más, que por una libra de pan?

Gremios menores, y entre otros, los gremios políticos, se oponen al tratado español,—los amigos de Blaine, porque con hacer a la faz del mundo y con provecho seguro lo que quería hacer él con arterias y violencias, pierde su política una de sus novedades más alucinadoras,—los proteccionistas, porque un tajo en su sistema abre la puerta a otros tajos,—los librecambistas, porque con esa súbita reducción, y el aumento de gastos que la construcción del canal, caso de que se apruebe, u otras causas, pueden traer al tesoro, no habrá manera de hacer nuevas reducciones en los derechos de introducción, que harían menores las entradas del erario que sus expensas,—y los demócratas, porque al entrar, tras veinte años de ausencia en el Gobierno, jamás pensaron verse reducidos al desairado empeño de realizar un plan político cuyas ventajas habrían de ceder en favor de sus adversarios, y en cuya elaboración no tuvieron la menor parte. Ni parecen tampoco más resueltos a aceptar los tratados, los fabricantes cuyos productos excesivos hallarían venta en los países de esos convenios, oposición que en verdad solo se explica por el miedo en que pone a los manufactureros americanos todo desvío del sistema proteccionista, que durante veinte años les permitió ganancias tales, que no obstante las angustias presentes que les acarrea, aún dudan de que él sea el que las cause.

Y sobre el convenio para el canal de Nicaragua, inquietan, sin parar mientes en su alcance político, si por acaso no costará más de los ciento cuarenta millones en que ahora lo estiman, y si esta suma y la de su mantenimiento y defensa en caso de guerra pagaría probablemente un interés estimable.

Nótase, en conjunto, la sorpresa ingrata que, aunque de provecho posible en lo futuro, causa a la gente tímida una obligación inmediata

inesperada. Temor de obligaciones, y no consideración alguna de otro género, es lo que inspira la resistencia a estos convenios.

Reunidos están el Senado y la Casa, y no se sabe si ratificarán, como ya hizo aquel con el de Santo Domingo, los convenios concluidos con Nicaragua y España, o si, para esquivar compromisos de ahora o dar a la opinión pública más tiempo de esclarecerse, se prorrogará⁸⁰ para la sesión próxima del Congreso, caso de que el nuevo Presidente no convoque una extraordinaria, el examen de los tratados, y la política que implican. Se está, pues, en este país en el momento de un grave cambio histórico, de trascendencia suma para los pueblos de la América.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 22 de febrero de 1885.
[Mf. en CEM]

⁸⁰ Errata en LN: «prorogará».

CARTAS DE MARTÍ

I.—Crímenes y problemas.—El problema religioso: de racionalismo a autoritarismo.—Posición de las Iglesias hostiles.—Monseñor Capel¹ y sus trabajos.

II.—La dinamita en New York.—Los irlandeses e Inglaterra.—Los socialistas alemanes.—Los Caballeros del Trabajo.²—O'Donovan Rossa³ e Iseult Dudley.—Fenómenos del egoísmo.

New York, febrero 9 [de 1885].

Señor Director⁴ de *La Nación*:

I

Eco de Europa ha parecido en estos días últimos New York: y se delinea ya a los ojos de todos una pregunta que desde hace mucho se hacen los de mirada previsor: ¿este país tan preparado por la naturaleza y la fortuna para ser original y bueno, será definitivamente una voz genuina y formidable, que con locomotoras por cañones, chimeneas por lanzas, y dragas y cultivadoras por máquinas de guerra, eche adelante por el mundo, y lo lleve a vías nuevas,—o, sin fuerzas para depurar y transformar la invasión que a un tiempo lo trastorna y lo fecunda, será al cabo un mero eco?

Porque una iglesia se fundó aquí, con diversísimos rituales, hijuelos más o menos timoratos de un sistema de autoridad que a unos agrada y a otros parece indispensable, si el mundo ha de vivir en orden, dado que lo impuro y brutal florecen en él con exceso sobre lo delicado y justiciero, y es fuerza andar entre los hombres poniendo frenos y mellando dientes, si no se quiere, dondequiera que la vigilancia se abandone, ver, a manera de cuadro ultrapocalíptico, bajo de cielo desgarrado, los brutos sentados sobre sus ancas gordas, refocilándose con los restos de las almas:—un alma superior es un gemido. Mas todas estas iglesillas se unían, como en un templo de acero, en una iglesia fundamental y común, fecunda como todo lo digno, y era el ejercicio de la razón humana. Pues ahora crece y prospera, al modo compuesto y precipitado

¹ Thomas J. Capel.

² Noble Orden de los Caballeros del Trabajo.

³ Jeremiah O' Donovan Rossa.

⁴ Bartolomé Mitre Vedia.

de una progresión geométrica, otra iglesia distinta que apoyada en los temores de los incultos a quienes aterra con el anuncio de la penitencia eterna y atrae con las solemnidades de su rito, y en los mayores y distintos miedos de la gente poderosa, que empieza a ver con recelo la libertad política, como ocasionada a que se salgan al fin de madre los apetitos de la muchedumbre, cunde y se enseñorea, atrae a sí las sectas más autoritarias y por tanto, abandonadas del culto protestante, crea Universidades de Teología, prepara, para echarlo por sobre toda la nación como una red, un sistema de enseñanza religiosa, y echa al cielo impasible, rodeada de palacios, una catedral de mármol,⁵ más frecuentada y rica que todas las que proclaman el uso legítimo de la razón libre.

Se ve aquí todavía, como se acaba de ver en la elección presidencial, una especie de poder subcutáneo, lento de puro pudoroso, que en las horas de crisis y pervertimiento público, aparece, opera, sujeta los dioses a sus altares, dispensa a los profanadores, y con sus vestidos sencillos de paño burdo, se vuelve amenazante a su asiento.

Mas lo que viene de Europa arrolla y sobrenumera a lo que de aquí se mantiene; y en vista de las grandes hordas descontentas, deseadoras y convencidas de su poder que enseñan de todas partes el puño cerrado, y ya muy a menudo en virtud del falso sistema económico que permitió su importación excesiva, se quedan sin empleo, y en vista también de la indiferencia religiosa, que viene de la omnívora preocupación de la riqueza, y del pensamiento libre, que amenaza a la vez a todas las formas de cultos, el trascendentalísimo problema humano que aquí ahora se formula, es este:—¿Se agruparán, más en espíritu y forma y la mayor parte en espíritu, todas las Iglesias, autoritarias por esencia, alrededor de la más autoritaria mirada hoy como baluarte único contra la próxima arremetida social, o sensibles al fin al inminente peligro, ya por mucho tiempo descuidado, frente a la Iglesia Romana, y alguna hija cercana que se le allegue, se congregarán, en enorme y arrolladora rebeldía, a una sacudida alarmada de ese espíritu del país, que parece ir de vencida, todas las Iglesias, desde el episcopalismo⁶ al abeísmo,⁷ que mantienen el derecho inalienable del hombre al ejercicio de su propia razón?

⁵ Catedral de San Patricio.

⁶ Errata en LN: «episcopalismo».

⁷ Al parecer, referencia a los *abelianos*, llamados también *abelistas* o *abelonianos*, secta herética vinculada a los maniqueos y gnósticos. Sostenían que Abel, hijo de Adán, se abstuvo de engendrar hijos, y que era digno de imitar para no traer criaturas pecaminosas al mundo. Aceptaban el matrimonio pero preferían adoptar hijos y practicar el celibato. Tuvo muchos seguidores en la diócesis de Hipona, África del Norte, durante el siglo iv.

¿Y cuánto problema secundario, cada uno considerable, arranca de este? ¿La Iglesia Romana, al enseñorearse de un pueblo de prácticas más libres y gratas al hombre que las de otro alguno, se suavizará beneficiosamente con ellas, o se valdrá meramente de ellas para luego ya segura de su dominio, cercenarlas?

¿Y la entrega voluntaria del Gobierno de sí, verificada de propio asentimiento y en paz aparente, en un pueblo fundado y mantenido con el fin de demostrar la capacidad del hombre para entenderse y regirse, no será el golpe más rudo de eco secular que haya jamás recibido, desde que el primer espíritu generoso se rebeló contra el primer déspota de tribu, la dignidad humana?

¿Dónde está pues, en esta fábrica portentosa, en esta nación a que su enormidad misma defiende y asegura, la hendidura por donde se está escapando, con prisa que da miedo el gran esfuerzo humano? ¿Todas las libertades, todas las abundancias, hasta todos los favores políticos que vienen de una posición geográfica privilegiada, no rodearon a este país al nacer, como hadas buenas, y le presagiaron no vil poder marcial, sino nueva y espléndida manera de fortuna? ¿Quién sino aquella cohorte de patriarcas norteamericanos, de las alas ensangrentadas de la Libertad fabricó riendas, y a la redención humana, que andaba en poesía, la puso en práctica, y llamó a la puerta del hombre, y le entregó las llaves de sí mismo, y le dijo: levántate, y manda?—Y ¿qué valdrá más, aunque de lo que va dicho a esto parezca que hay gran salto, sin haberlo; qué valdrá más para un pueblo nuevo que quiere constituirse de un modo grandioso y durable, honroso para sí y la historia humana, puesto que sin utilidad para esta no hay honra alguna en ser grande; qué valdrá más: desarrollarse con lentitud juiciosa y por allegamientos moderados en analogía con su propio espíritu, o alcanzar en poco tiempo tamaño y fuerzas que pasmen, por la desbaratada acumulación de elementos desemejantes y enormes, comidos hasta la médula por odios y preocupaciones hereditarias, que se harán dueños de un país antes de haber tenido tiempo de confundirse con su espíritu y amarlo? ¿Pues nación es el conjunto de hombres febriles e indiferentes en una tierra en que han nacido de ocasión, o viven de poco ha, sin más intento que el de acaparar presto la mayor suma de fortuna, o es aquella apretadísima comunión de los espíritus, por largas raíces, por el enlace de las gentes, por el óleo penetrante de los dolores comunes, por el gustosísimo vino de las glorias patrias, por aquella alma nacional que se cierne en el aire, y con él se respira, y se va aposentando en las entrañas, por todos los sutiles y formidables hilos de la historia atados, como la epidermis a la carne? De eso, las cohortes que vencen; las literaturas que perpetúan; las nacionalidades

que perduran y resplandecen.—¡No está el nutrirse bien, en esto de pueblos, en hartarse de alimentos, sino en digerirlos!

¿Cuándo hubo monjes en los Estados Unidos? Pues ya, en ceremonia pública y con más celebraciones que censuras, un joven de buena casa y fortuna, miembro de una Iglesia no muy reñida con la Católica, renuncia a las alegrías humanas, se rasa la barba, y se hace monje? ¿Quién que lee con atención la *North American Review*, donde con imparcialidad notable se van presentando los problemas que más preocupan al público, no ve que el religioso, con ser el político tan interesante, [no] está sobre él, sino dentro de él, y con extraño silencio o asentimiento resucitan debates teológicos, se acentúa la creencia en la necesidad de una Iglesia autoritaria, se enderezan argumentaciones sobre la bondad y racionalidad del infierno? En los periódicos, ¿quién no tropieza, aunque sean de gente protestante, con muy marcadas muestras de simpatía a ese blandilocuo prelado, que porque la tiene buena figura entre las cabezas de la Iglesia, y en dos años que lleva en este país, ha logrado vincular, como si trabajase en materia blanda, no solo en influentes conversos, sino en gran parte del público común, ideas de autoridad y represión que a maravilla concuerdan con aquel cansancio del cuidado de sí que engendra, más que otro alguno en los hombres, el exclusivo afán de riqueza, y con los sustos en que ponen a la gente que tiene que perder las sacudidas y amenazas de lo que no halla camino de ganar? Monseñor Capel está en la casa de los ricos, en el púlpito de las catedrales, en el escenario de los teatros, en el retrete de las esposas afligidas, en la sala triste de la niña exaltada, que sin conocer todavía la santidad del amor humano, arde por consumirse en el divino. Lógico, culto, fértil, elocuente, suave, diestro, está monseñor Capel: venerado y agasajado en todas partes. Si duerme, no se sabe; pero no lo parece. No hay día sin acto suyo. Está en los tiempos, y trabaja con ellos. No gusta de sermones, sino de conferencias. Cardenal como es, más que en la iglesia, predica en el teatro. Se dan fiestas noche tras noche, y no hay ramo de flores más oloroso que sus cumplimientos. Seda es su túnica y su lenguaje. No saca sus argumentos de la *Biblia*, ni de los Concilios, ni de las Encíclicas papales; sino de los sucesos corrientes, de los riesgos que acusan, de la necesidad de remediarlos. No presenta la Iglesia como una institución nacida de revelaciones, y mantenida por eterna virtud de autoridad; sino como el mejor sistema represor de los extravíos y peligros modernos.

Las preocupaciones, las azuza en privado; en público, no hace más que elegantes y estrechos razonamientos. Y el acero de Toledo penetra bien en la carne; pero no mejor que en las mentes desprevenidas, que son las más, y aun en las que no lo estén, la frase templada y bruñida de

este reavivador infatigable, que ve que el combate está en la tierra, y pie en ella lo libra contra el siglo, de lo mejor de su panoplia misma, tomándole las armas. De manera que si hoy se preguntase quién ejerce en este país un poder oculto más enérgico y trascendental, el que respondiese que monseñor Capel era, no iría errado. A su aliento, se ha levantado todo un ejército de lidiadores.

En Roma, Concilio de obispos americanos. Aquí, con asistencia respetuosa de toda la prensa, Concilio en Baltimore; sabia presentación de la utilidad de la Iglesia como poder político, más que nunca necesario en el actual desbarajuste; donaciones cuantiosas para Escuelas Normales de Sacerdotes, base permanente de un ancho sistema de escuelas nacionales religiosas; y las arcas, ya llenas; y las órdenes, dadas; y los carpinteros, levantando enfrente de las escuelas públicas, donde ninguna religión se ofende ni apadrina, mas se mantiene el sentimiento religioso, las escuelas católicas, donde se enseñará la subordinación de todos los fines humanos a las ordenanzas de la Iglesia. Y en una caricatura del *Puck*, que es aquí un semanario cómico, con láminas de colores, un gatillo, a quien en la primera lámina da a beber leche una niña, con permiso de su maestra, que le guarda el libro, en la lámina última se ha convertido en aterradora fiera; la maestra, rota a un lado; el libro, bajo la garra; la niña, subyugada y temblorosa.

II

De Europa vienen, no solo, suecos andariegos e italianos mansos; sino irlandeses coléricos, rusos ardientes, alemanes exasperados. El irlandés, que se ve cortejado por la importancia política que le da lo numeroso de su voto, y con ella le asegura buena porción de los presupuestos e innúmeras ventajas privadas que vienen de ella, mira esta como tierra donde es necesitado, y no olvidado jamás de su terruño, parte de buen grado su hacienda entre el cura que le maneja el alma, y los capataces políticos que alardean de públicos enemigos de Inglaterra. El alemán que en buena porción es ciudadano pacífico, en otra, pernicioso y activo, es fanático propagador de medidas violentas que pongan de una vez los cimientos de las casas en las nubes, y los trabajadores socialistas en los lugares de los empresarios que los emplean. El ruso, sangrándole todavía las espaldas de los golpes del *knut*⁸ trae a estas inquietudes

⁸ En LN: «knout». En ruso; látigo de nueve colas.

alemanas su palabra deslumbrante y fatídica como las estepas: y entre esos odios brilla, con su frente blanca y sus ojos azules, como el ángel de la iniquidad. De alemanes está lleno el⁹ Oeste; y el Este de irlandeses: de alemanes, que azuzan a los trabajadores descontentos; de irlandeses, que alientan, más que a los defensores esforzados de su tierra en el Parlamento inglés, a los que saltan, en unión con gente de París, el Parlamento, y Westminster,¹⁰ y la torre de Londres.

De la noble Francia, que paga siempre con sobrada sangre propia sus errores, no ha de decirse que viene a perturbar la casa ajena. De Europa vienen, pues, con los artesanos que trabajan, los odios que fermentan. Viene una población rencorosa e híbrida, que ni en sí misma ni en la que engendra produce hijos legítimos y sanos del país cuyo gobierno, sin embargo, les pertenece; y más que en el provecho de una nación que no aman, y de la que, por estar ella misma trabajada, no alcanzan cuanto apetecen, usan sus privilegios de ciudadanía en satisfacer sus pasiones extranjeras, en propalar ideas nacidas en otras tierras de problemas extraños, y en valerse de la inesperada libertad para cumplir más prontamente sus designios. Su trabajo, generalmente bien remunerado, les da modo de mantener en constante empleo a los que, por convicción o por oficio, se ocupan, no en estudiar y perseguir las causas económicas de las injustas diferencias de provechos entre empresarios y empleados, sino en excitar a los obreros, en preparación de un levantamiento formidable aún lejano, a actos de violencia que por el terror arranquen de los empresarios las concesiones que la razón a veces no alcanza, aún cuando en verdad sea la causa de su resistencia en muchos casos, no el deseo de un inmoderado provecho, sino la angustia en que tiene en todo este pueblo hoy a los fabricantes la venta cada día menor de sus productos, elaborados a un precio demasiado alto para exportarse con utilidad, en cantidad que excede en mucho a las necesidades ya bien suplidas del mercado doméstico.

Estos buenos establecimientos, que ven así mermar sus beneficios, y acumularse en almacenes que no se depletan,¹¹ sus artículos, o suspenden sus trabajos, dejando en inmediata penuria, presa de los horrores del invierno, a pueblos enteros de trabajadores, a quienes el imperfecto sistema actual de salarios no permite allegar ahorros, o, para poder continuar produciendo, reducen en una porción siempre importante, el sueldo de sus operarios, a lo que estos, necesitados de más de lo que

⁹ Errata en LN: «ab».

¹⁰ Alusión a la Abadía de Westminster.

¹¹ Neologismo derivado del inglés *deplet*; mermar, disminuir.

ganan, con todos sus esfuerzos se resisten. Y hoy, en silencio, están cerradas centenares de enormes fábricas: poblaciones completas hay de trabajadores sin empleo.

Y allí, en vez de la prudencia que aconseja no pedir más de lo posible, o esperar para rebelarse época y estación más clementes, las Asociaciones socialistas envían sus azuzadores profesionales, que alzar la gente no logran; mas envenenarla sí.—Otras más terribles ligas que estas de alemanes frenéticos tienen tratadas en centenares de miles de miembros, los trabajadores norteamericanos: y a haber Gracos¹² pronto, que ya los habrá, esta será cuestión como la de Roma,¹³ y más grave que aquella; y si no se viene pronto, como es de esperar que se venga por aquel poder genuino de que hablábamos a una original y justa distribución de los provechos de la industria, se verán frente a frente con el voto primero, o de cualquier otro modo, los trabajadores unidos de una parte, con todas las cohortes de agitadores en su bando y de otra los que, a pesar de la moderación con que entablarán aquellos sus demandas, determinan resistir sus pretensiones. Así ceñidos por los deberes de una Asociación propia, la de los Caballeros del Trabajo, bastante fuerte y rica para auxiliar en horas como esta a sus miembros desocupados, la gente alemana halla pasto escaso entre los obreros norteamericanos que—¿cómo no?—en el ejercicio seguro de su libertad han aprendido a desamar la violencia: pero en las ciudades, donde el trabajo, en su mayor parte extranjero, ya viene de Europa ofendido y codicioso, la propaganda sí prende; las asociaciones de destrucción, prosperan; químicos expertos enseñan en libros y lecciones prácticas, la manera de elaborar compuestos explosivos, y en esta última semana como toda esta gente inquieta es sombra y secuela de Europa, a las explosiones de dinamita en Londres siguieron aquí sucesos, que por encima de todos los demás, han escandalizado, y en cierto modo alarmado, el espíritu público. A la verdad, que no hay peor país para ejercitar la violencia que aquel donde se practica el derecho. Lo innecesario de la ofensa la hace más abominable.

¿Quiérense en una nuez estos acontecimientos extraordinarios? O'Donovan Rossa, feniano de fama, publica en dos cuartos tétricos, un periódico¹⁴ en que mantiene la legitimidad de aplicar a edificios y personas en la tierra inglesa, y a sus buques en la mar, sustancias explosivas,

¹² Referencia a los hermanos Cayo Sempronio y Tiberio Sempronio Graco.

¹³ Alusión a los conflictos suscitados en la antigua Roma entre la plebe, los campesinos y la nobleza, en torno a las medidas de beneficio popular dictadas por los hermanos Graco, y que condujeron a la muerte de estos.

¹⁴ *United Irishman*.

como manera de asegurar a Irlanda las libertades que apetece: y Rossa en esto, más que criminal, es aberrado.

La barba, tiénela roja; y el color, pálido. El ojo, que se le enciende en un fuego enfermizo, le vacila, como si no tuviera detrás la razón. Mas Rossa no es solo el defensor de estas ideas, sino el jefe en América de los que las aplican, y el peticionario y receptor de las sumas que en este género vil de guerrear se emplean, y el organizador de los planes tremendos que alguna vez, y siempre con ejecutores sobrados, se han llevado a camino. En una casuja, con los escalones del pórtico destartados, tiene Rossa su oficina de crímenes: y cara noble, por allí jamás entra: que el patriotismo se detiene, allí donde para salvar a la patria es necesario deshonrarla. Y esa casuja ha conmovido a New York en estos días, y a toda Inglaterra. Poco tiempo hace, hicieron venir a New York con alevosía a un capitán Phelan,¹⁵ que tuvo que hacer en la tentativa de volar un vapor inglés, y reveló a un periódico algunos detalles del suceso: Phelan vino, y a la oficina de Rossa, que cayó toda sobre él, este con puños, otro con botas, otro a cuchilladas, de las que le dio once: de una le pasó el cuello, de otra le rebanó un brazo. El Phelan, momentos después, ya preso el asesino, le disparó a quemarropa con el brazo libre su pistola;¹⁶ y hoy andan en tribunales, y cada día hay que quitarle a Phelan del bolsillo, porque no mate ante los jueces a Short,¹⁷ un gran revólver de marina, de los que parece tener abundancia.

Pero todavía no se habían secado las manchas de sangre en los cuartos de Rossa, todavía se estaban recogiendo del suelo los pedazos de una rica vidriera que en venganza de los dueños de una tienda de ropas saltaron con una sustancia desconocida algunos de sus empleados: todavía se escuchaba el tumulto de los dos bandos de socialistas alemanes que, reunidos en un mismo salón a censurar y encomiar las explosiones en Londres, a puñetazos y puntapiés echaron abajo de la plataforma a la policía que subió a ella para poner orden en el concurso; cuando Rossa mismo, cogido con maña en un lazo de los de su naturaleza, cayó herido sobre las losas de la calle por la bala de una mujer inglesa. «¡Felón eres, y enemigo de mi tierra, y como a felón te mató!».¹⁸

La mujer, está presa: Rossa, con una bala en un hombro, ya en pie, y vociferando; de poco menos que de can, lo trataban los diarios más

¹⁵ Thomas Phelan.

¹⁶ Este hecho ocurrió el 12 de enero de 1885, en el no. 12 de Chamber Street, Nueva York.

¹⁷ Richard Short.

¹⁸ El atentado tuvo lugar el 2 de febrero de 1885 en Broadway, Nueva York.

generosos al dar cuenta del suceso: no hay mano sin retrato de esta nueva Corday,¹⁹ como la llaman; no ha tenido New York, de Guiteau²⁰ acá, sensación más durable. Mas ¡ay! que no parece el caso comparable al de la sensible francesa. Una vida quebrada, dada a lo romántico, y sin salida apetecible para su dueña, halló, avivada acaso por una indignación real, manera con este suceso de quedar en el mundo con la notoriedad y prominencia, antes en vano procurada. De la historia de la mujer, esto se revela.

Ella es Iseult Dudley, de alto cuerpo y de finas maneras. Tendrá 24 años. Tiene cierta belleza, esa belleza lívida que da a los rostros el espíritu capaz de semejantes resoluciones. Usa anteojos azules, porque tiene un ojo imperfecto. El cabello lo lleva en dos sobre la frente, y recogido en un nudo sobre la nuca. Habla cultamente, como quien lee y escribe, y ha visto mundo. Su vida es la de aquellas criaturas que apetecen más de lo que por su posición social o mérito verdadero les es dable alcanzar. Como enfermera recibida, con muy buen diploma, vino aquí de Inglaterra hace poco tiempo, y en Inglaterra lo había sido, y muy estimada, mas de ánimo inquieto, y solo unos meses, ya al fin de su carrera dolorosa marcada por dos tentativas de suicidio. Un hijo había tenido, y parece que de persona principal, al cual hijo no amaba natural, sino frenéticamente.

Se le murió, y pasaba semanas, día sobre noche, junto a su tumba en el cementerio. Quién era el padre no se sabe; unos dicen que un ministro; otros que un militar francés; pero ella, en más de una ocasión y lugar, ha mostrado, cuando no bolsa amplia, aquellos gustos y alardes de persona determinada a poseerla. Osada en ejercicios corporales; ardiente en amistades y antipatías; protegida por personas que tenían este deber, concebían con ella verdadera lástima; arrebatada hasta la epilepsia, ya por la muerte de su hijo, a quien, estando en pobreza, erigió una tumba de cincuenta libras esterlinas, ya por cualquier otro accidente que echaba en tierra sus esperanzas; acosada por un afán enfermizo de ver reconocida, en su profesión y fuera de ella, la superioridad que en cierto modo tiene; exaltable la mente al punto de haber querido sacársela dos veces de su quicio; compelida a buscar en un trabajo rudo, que por otra parte desempeñaba con celo, una existencia inferior a la que juzgaba merecer; abandonando,—presa de estas inquietudes, los empleos en que comenzaba a hacerse valer,—¿qué mucho que ella, nunca especialmente

¹⁹ Carlota Corday.

²⁰ Charles J. Guiteau. Véanse en el tomo 9, las crónicas martianas referidas a Guiteau, autor del atentado y la muerte del presidente James A. Garfield.

dada a cosas políticas, buscarse, en la oportunidad que a su mente inclinada a lo violento ofrecían los sucesos de Londres y la connivencia probable de Rossa, manera de prestar con un ardid un servicio de policía que la señalase y abriese camino, y que desesperada de lograr su objeto, u obedeciendo a la idea, nunca en ella nueva, de llamar sobre sí la atención de una manera ruidosa, disparase sobre él, con tal cuidado que el escándalo ha sido grande, y el daño tan corto? Patriotismo no es, ni extraviado siquiera; porque a estas determinaciones se llega, como a la cumbre de un monte, después de larga subida, y no de pronto: y para el crimen, solo arma la mano un patriotismo tan vivo y absorbente que pare en locura. Se cansaba de esperar oportunidad de señalarse, y halló esta buena. Ni fue determinación de momento, porque ella, que vio a Rossa dos veces en la entrevista a que el disparo puso fin, quiso que él firmara, por una imaginaria cantidad con cuyo ofrecimiento le atraía, un recibo en que Rossa atestiguaba haber tomado la cantidad para emplearla en gastos de explosiones contra Inglaterra, y con tal arte estaba hecho el documento, que solo él, dadas las leyes americanas, hubiera sido razón suficiente para perseguir en los Estados Unidos a Rossa, por lo que mucha gente cree, y los fenianos declaran, que esta mujer, para hacer lo que ha hecho, estaba en la paga del Gobierno inglés. Cosa muy rara es la policía secreta: y la mujer que nos seduce, y el amigo que nos aprieta a su corazón, son a veces empleados de la policía, y esta criatura desgraciada, mas con artes y apariencias de dama e inteligencia no común, pudo acaso ser empleada para atraer a Rossa a firmar el recibo: mas lo del disparo, que a tan poco riesgo penal la expone, y le da las ventajas de la notoriedad buscada antes por ella en vano, de fijo que fue su idea propia.—Y hay adivinador que cree adivinar que en la paga de Rossa mismo estaba, para llamar sobre él, trocado en mártir, el cariño y ayuda de los irlandeses, ya un poco reacios en proveerle de fondos para sus tentativas: mas esto es un alarde de suspicacia,—ella, en su celda, reina y recibe cartas, amenazas, flores, gente curiosa, telegramas. En Inglaterra, han bebido en tabernas, ricos y pobres, a la salud de Iseult Dudley. Aquí, airada como estaba la opinión por las explosiones inglesas, y atenuada la tentativa por su ligero éxito, mírasela en lo general con más curiosidad que encono, y a Rossa con abominación y desdén.—¿No es el egoísmo, la lepra y signo dominante de nuestros tiempos? ¿El cuidar de sí, y el descuidar de los demás, no es hoy enfermedad usual y aborrecible, que a los ánimos generosos trae disgustados, como de una llaga, de la vida? ¿Lo que en todos prospera, en algunos no culmina? ¿Todos los tiempos, no producen criminales representativos del defecto especial que los carcome? ¿No es el prescindir de la vida de otro en

provecho de las aspiraciones propias, una manifestación suprema del amor a sí? En Guiteau, en quien alcanzó al grado sumo esta enfermedad vil, llegó a la muerte. En Iseult Dudley, en quien la enfermedad parece menos aguda, ha llegado solamente a la herida. ¿Quién hoy no se alimenta fríamente de alguien, y se nutre de la bondad, de la inteligencia, de la sangre del alma, como estos de la sangre del cuerpo, ajena? El medio es distinto: mas igual el fin. ¡En las dos sienes pudiera marcarse a los egoístas con los dos retratos de Guiteau y de Iseult Dudley!

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 20 de marzo de 1885.
[Mf. en CEM]

INAUGURACIÓN DE UN PRESIDENTE EN LOS ESTADOS UNIDOS

Cleveland.¹—Sucesos varios y desatendidos: huelga de los empleados de ferrocarriles.—La estatua de la Libertad.²—Grant³ moribundo.—La guerra en Centroamérica.⁴—La nueva administración y los empleados.—Escenas en Washington antes de la inauguración.—La mañana del 4 de marzo.—Ceremonias y fiestas.—Arthur⁵ y Cleveland van de la Casa Blanca al Capitolio.⁶—El Senado y el juramento del Vicepresidente.—El discurso inaugural de Cleveland.—La majestuosa escena.—«¡Conciudadanos!».—Cómo fue dicho y oído el discurso.—Líneas generales de la política de Cleveland.—La procesión enorme.—El Sur abrazado en las calles con el Norte.—Ovación a las tropas confederadas.—El gran baile de inauguración.—Los confederados en el gabinete.—El nuevo gabinete y su política.—Bocetos de los nuevos Secretarios.—Bayard,⁷ de Estado; Lamar,⁸ de lo Interior; Garland,⁹ de Justicia; Vilas,¹⁰ Whitney¹¹ y Endicott.¹²—Cómo nombró Cleveland su gabinete.—Nueva política de los Estados Unidos en la América española.

Nueva York, marzo 13 de 1885.

Señor Director¹³ de *La Nación*:

Un acontecimiento ha de llenar esta correspondencia, como ha llenado al país desde un mes hace, sin que aún hoy le deje espacio para ocuparse de otro asunto: la inauguración del presidente Cleveland. Ya está sentado en su mesa de trabajo, del alba de un día a la madrugada de

¹ Stephen G. Cleveland.

² *La Libertad iluminando el mundo*.

³ Ulysses S. Grant.

⁴ Véase en este tomo, la Nf. Guerra por la unidad de Centroamérica.

⁵ Chester A. Arthur.

⁶ Capitolio Nacional.

⁷ Thomas F. Bayard.

⁸ Lucius Q. C. Lamar.

⁹ Augustus H. Garland.

¹⁰ William F. Vilas.

¹¹ William C. Whitney.

¹² William C. Endicott.

¹³ Bartolomé Mitre Vedia.

otro, el hombre cuerdo y entero que hace cinco días era por completo desconocido en la política americana; abogado honrado era, sin miedo a hablar la verdad, y sin paces con pícaros, por lo que lo hicieron *Mayor*¹⁴ de su ciudad de Buffalo; fue *mayor* íntegro, sin sumisión en los intereses bajos y personales de su propio partido, ni a los de las corporaciones que viven del favor del gobierno,—y lo hicieron Gobernador del estado de Nueva York; fue gobernador tan imparcial que, gobernando con su partido, se captó la voluntad del partido hostil,—y lo hicieron presidente. De Presidente, ya ha comenzado a hacer lo que, como Gobernador y como *Mayor*. Basta que le pidan un empleo, para que no lo dé al que lo pide. Apenas sabe que en las oficinas públicas sobra un empleado, que cobra una paga que no gana, lo cercena. Le preguntan, contra lo que piensa la mayoría de su partido, si convendrá al país que el gobierno siga imponiendo la circulación, con valor de cien centavos, de los pesos de a ochenta y dos, y él, sin temor a la opinión de la mayoría, responde que el gobierno tiene antes que nadie el deber de ser honrado, y que la moneda pública debe tener un valor real.

Como ha venido al más alto puesto de la nación por su imparcialidad e independencia, en ellas se mantiene, no con alarde excesivo de virtud, que ofendería a los que no la poseen, y aun a los que la poseen parecería de mal tono, por cuanto hasta en el ejercicio de la virtud se debe ser cauto y artista; sino como quien cumple una función natural, con tan sencilla determinación y tan claras razones que desarma aun a los más enconados enemigos. Al poder no llegan nunca, de una o de otra manera, sino los que en sí concretan y tipifican uno de los elementos de la nación, que predomina por causas accidentales o esenciales en el momento de su triunfo. Las voluntades no se agrupan, ya para elevar, ya para sufrir, en el poder, sino a quien las representa. La admirable aristocracia que consumó la independencia estuvo gobernando desde ella hasta la guerra de separación,¹⁵ los Estados Unidos; los representantes del estado de guerra, ya en principio, como Lincoln,¹⁶ ya en armas, como Grant, ya en agios o combinaciones políticas, gobernaron por derecho y consecuencia naturales la nación que habían organizado; hasta que, vuelto a sí en un momento de crisis el país que se había abandonado a los que le defendieron bien ha veinte años, vio que a poco más lo sacaban del mando de sí mismo; y en la persona de Cleveland, regular e incontrastable como una fuerza, ha recobrado su propio gobierno. No

¹⁴ En inglés; alcalde.

¹⁵ Guerra de Secesión.

¹⁶ Abraham Lincoln.

ofrece la política moderna, fenómeno ni persona más interesantes, que las que en carta inmediata estudia, para *La Nación*, la pluma que pergeña ahora esta. En Cleveland están fundidos el espíritu neoinglés, adusto y neto; y el del neoamericano, que ni teme ni cesa.

De cabo a cabo están llenos de Washington los diarios de los Estados Unidos. Y suceden, sin embargo, muchas cosas interesantes:—Los empleados de los ferrocarriles del Oeste, en formidable revuelta,¹⁷ capitaneada con tino, se niegan a servir a los ferrocarriles en las condiciones que estos les imponen; y hay un Congreso de los directores de las vías; y otro de representantes de los empleados, y truecan términos, y debaten un contrato de avenimiento, y los ferrocarriles no andan hasta que las compañías cedan a las peticiones de sus trabajadores, lo que hace pensar inevitablemente en cuánto es cierto lo dicho en estas cartas numerosas veces: que acá se van agrupando los dos bandos de la gran batalla venidera, y que acá se ha de resolver, antes de que fine el siglo, la cuestión industrial, acaso ¡oh, maravilla! sin guerra.

El general Grant, con un cáncer en la garganta, escribe sus últimas memorias,¹⁸ y expira.¹⁹ Revuélvese inútilmente con las manos tendidas, la comisión encargada de recoger fondos para acabar el pedestal de la estatua de la Libertad,²⁰ que ya se embarca en Francia generosa, en un buque de la nación,²¹ y que aún aquí no tiene pie.²² Sentencian en Washington por falsario, y disfrutador de forrajes para más caballos de los que tenía, al rico general Swaim,²³ que ayudó a morir a Garfield²⁴ y fue su íntimo amigo. Surgen, como por ensalmo, en los teatros, en los circos, en las iglesias mismas, salas de patinar con ruedas; y con celo de las compañías teatrales, alarma de las madres y escándalo del púlpito, no hay niño, galancete, ni

¹⁷ Referencia a la huelga ocurrida entre el 9 y el 16 de marzo de 1885, originada por las sucesivas rebajas de salarios a los trabajadores efectuadas por la empresa de Jay Gould. El paro general afectó a 16 000 kilómetros de líneas férreas y 4 500 trabajadores en todos los puntos importantes del sistema en el Oeste del país. La Noble Orden de los Caballeros del Trabajo apoyó eficazmente el movimiento, que resultó victorioso, pues el consorcio decidió restablecer las escalas salariales anteriores y se comprometió a no despedir a ninguno de los huelguistas.

¹⁸ *Personal Memoirs of U.S. Grant*.

¹⁹ Murió el 23 de julio de 1885. Véase en el presente tomo, p. 156, el texto escrito por José Martí a la muerte del general.

²⁰ *La Libertad iluminando el mundo*.

²¹ La estatua fue transportada en el vapor *Idere*, donado por el gobierno francés.

²² Referida al tema, véase en este tomo, la nota 30, de la crónica «Un teatro original y cómo se elabora [en] Nueva York», p. 14.

²³ Errata en LN: «Suaiwn». David G. Swaim.

²⁴ James A. Garfield.

damisela que de siete a diez de la noche no se deje llevar por las ruedas amables, de lo que muchos amoríos se enzarzan, y muchos niños, estragados, mueren. Se desata, ya mal contenida en muros flojos, la guerra en Centroamérica, que Barrios²⁵ quiere entre para sí, contra El Salvador, que pide auxilio a México con éxito; contra Costa Rica, cuyo Presidente²⁶ ha fallecido hoy de muerte súbita; contra Nicaragua, que por un plato de lentejas quería vender a este país su primogenitura;²⁷ contra Honduras misma, que solo en fuerza de su pequeñez va a la zaga de Barrios, mas conserva en su seno nobles rebeldes que no estarán, apenas lo puedan, del lado de esta bárbara persona, mantenida en el poder más por la corrupción de sus conciudadanos que por cualidad alguna suya. Sabe Barrios que los hombres son viles, y se venden, y los paga; y ellos, por tener puesto asegurado, y por vivir en lujos, o por miedo, le sirven; y con sus ideas ¡ah, prostitutos! cubren los atentados brutales de su dueño: ¡estatuas de fango!—pues decíamos que ni este suceso, que por de contado destruye toda posibilidad de que el proyecto de canal con Nicaragua sea aprobado, basta a sacar los ojos de la gente del escritorio de Cleveland, que sin más que dos criados a la puerta de la Casa Blanca, recibe afablemente a los que le quieren ver, con tal que no sea en busca de empleos; que ya la caterva hambrienta de solicitantes sabe que si bien, como es de ley, una administración democrática necesita para realizar sus fines agentes democráticos en los puestos de iniciativa y representación nacional, esto no arguye que los empleados menores sin significación política que cumplen bien con su deber, sean removidos, en mero provecho de los peticionarios democráticos, por el pecado de ser republicanos. Y a cada peticionario, aunque cuando venga, como suelen, provisto de cartas y recomendaciones de gente de viso, lo envía, como un pedidor común al Jefe del Departamento en que solicita empleo: solo que los nuevos Secretarios, más que a cambiar de empleados, se muestran dispuestos a destituir a todos los que no tienen oficio real, de cuya clase de parásitos remunerados así por turbios servicios políticos, estaba poblado el árbol gubernamental en tiempo de los republicanos.

Cuarenta empleados de una vez ha suprimido el Secretario de Hacienda;²⁸ el coronel Lamont,²⁹ personaje silencioso y astuto, que hace de

²⁵ Justo Rufino Barrios.

²⁶ Próspero Fernández. Murió el 12 de marzo de 1885.

²⁷ Tratado Frelinghuysen-Zavala. Véase también, en este tomo, la Nf.: Proyectos de canal por Nicaragua.

²⁸ Daniel Manning.

²⁹ Daniel S. Lamont.

Secretario particular de Cleveland, y es como él honrado hasta el hueso, ha reducido a la mitad el número de servidores de la Casa Blanca. Seis porteros había y, hay dos. Un caballero había empleado en recortar de los periódicos, y conservar en grandes volúmenes, los elogios a la Administración; y han quedado sin oficio las tijeras del buen caballero. Unos invasores de tierras indias tenían muy cercado a Cleveland, en la esperanza de que, como que los republicanos les vedaron ocupar un territorio reservado a los indios por tratado, la administración democrática, por serlo, volvería contra la decisión republicana; pero a esto Cleveland responde confirmando, con un énfasis que ha confundido a los rufianes, la necesidad humana y política de respetar la tierra propia de los indios vencidos. Se habla a menudo, cuando se quiere dar idea de gran destrozo, de un torete en una tienda de porcelana:—garboso, y pujante y sobrancero en bríos, aquí ensarta, allá vuelca; todo lo echa por tierra el torete:—pues esto parece que será aquí dentro de poco la caterva de agiotistas y mendicantes políticos: porcelana rota.

Ya está, sí, Cleveland, como un llano caballero, sentado, después de almorzar, a las ocho y media de cada mañana, en su mesa de trabajo. Su inauguración fue un júbilo. Su discurso inaugural, ingenuo y sensato, con sabor de cosa nueva, como aquellas intrépidas manifestaciones de los fundadores de la República, que trajeron el hombre al Gobierno, y con él el calor y hermosura de la naturaleza. La procesión y el baile con que celebró el suceso Washington, enormes. El gabinete nuevo, invulnerable.

Jamás monarquía alguna celebró fiesta de reyes con más brillo. Imagínese: en la ciudad donde Washington en mármol,³⁰ ofrece su espada desnuda a la Casa de las Leyes, el Sol radiante, en un día azul de invierno, sobre trescientos mil hombres, dueños de sí mismos.

Desde el día 3, la ciudad toda era gente. Cuanto demócrata tuvo bolsa y tiempo, fue a ver la entrada en el Gobierno del Presidente demócrata.

Todo el Sur, vuelto por primera vez al mando y a la discusión leal de sus destinos con el triunfo de Cleveland, se vació sobre Washington. En las calles donde veinte años hace era castigado como felón el negro que portaba armas, ahora, con sus vestidos viejos de guerrear, y con mosquetes y banderas, alegraban la noche los soldados negros, y cuando hallaban a su paso a un anciano de elevada estatura, privado

³⁰ Referencia a la estatua de George Washington, que se halla en la puerta del lado sur del Capitolio.

de una pierna, de gran barba blanca, que le caía, como un testimonio de nobleza, sobre el pecho de su uniforme de confederado, los negros vitoreaban al que fue su enemigo, y a la sombra de la bandera desplegada de la Unión, que abrazaba el anciano, celebraban, ante la multitud que se descubría la cabeza, el olvido de aquel mal entendimiento de ha veinte años, de cuyos resultados se enorgullecen hoy tanto los que pretendieron evitarlo como los que lo defendieron. ¿No están hoy, sin escándalo de nadie, sino con aplauso público, Lamar y Garland, dos confederados ardientes e ilustres en el gabinete de Cleveland,—Garland, que fue diputado al Congreso de la Confederación,—Lamar que mandó sus tropas y fue a Rusia a abogar por ella? En esos reconocimientos, músicas y preparativos, pasó la ciudad de Washington la noche. Todas las ventanas estaban encendidas. En las aceras, la gente acurrucada. En los teatros y las iglesias, ocupados todos los asientos, como en función. Un tren cada minuto. Al paso de los forasteros salía una «Comisión de Comodidad», encargada de hallarles alojamiento y comida a precio ínfimo. Las compañías de milicia, las diputaciones de asociaciones democráticas, las avalanchas de habitantes de las comarcas vecinas, derramábanse a toda hora de la noche por las anchas calles, todas más ganosas de ver el alba que de sueño. Ya Cleveland, que a la callada había salido de Albany, a la callada había llegado a Washington; y cuando salió el sol, salió sobre este espectáculo:—en los momentos en que volvía al poder un partido privado de él por veinte años, y salía de él otro partido acostumbrado a mirarlo como cosa suya, y era puesto en el gobierno de la nación el bando del Sur que luchó temerariamente por dividirla,—ni un soldado había en la casa del Presidente que cesaba, ni un soldado en el hotel en que se alojó el Presidente nuevo.

¿A qué hablar del número inmenso de gente militar que desde por la mañanita buscaba su sitio en la procesión, a no ser para decir que no eran los del gobierno, ni pagados en modo alguno por él, sino gente voluntaria, venida de los Estados a dar brillo a la fiesta, y cada una de las cuales, ya de su bolsa, ya de la de sus asociaciones políticas, se pagó sus propios gastos? ¿A qué pintar el apretarse de las gentes en las aceras de la Avenida por donde debían pasar los presidentes; los tablados, de seis pisos algunos, levantados sobre sus cabezas y desde las diez henchidos de espectadores; las ventanas, acariciadas por el sol, repletas de gente; los árboles, cargados de fruta humana, y las lámparas, y los postes de telégrafo, y los techos? Músicas, cuchicheos, el sol en las banderas, en los penachos y en los cascos; edecanes cercando el paso a los carruajes; pequeñuelos pacíficamente sentados en el brazo de mármol de

Colón,³¹ sobre la cabeza iracunda de la Guerra, a los pies de la estatua de Washington. Ya vienen, en su carruaje tirado por cuatro caballos, frente a un senador del Norte y otro del Sur, los presidentes Arthur y Cleveland. Los vitorean, pero más con cariño que con estruendo: Arthur que ama el poder, le deja con pena profunda, que no se le nota, sin embargo, en el disciplinado rostro. Cleveland viene sereno, regocijado de verse querido, y visiblemente contento de sí; mas sin aquel exceso de cortesanía con que los hombres ambiciosos semejan acatar al pueblo de quien anhelan constantes honores.

Al Capitolio llegan, donde la Casa,³² en sesión tumultuosa, acaba de cerrar sus sesiones aprobando la ley que coloca a Grant con sueldo de General en Jefe en la lista de retiro; donde el Senado presenta a Arthur la ley, que él firma con júbilo. Solemne está el Senado le entra la luz por altos cristales de colores. Cabezas calvas de barbas luengas se destacan como cabezas sacerdotales, de detrás de los escritorios de pulida caoba. En sus sillones de cuero están sentados los jueces de la Suprema Corte, cuyas togas de seda negra caen en pliegues sobre la alfombra verde. Damas y caballeros de pro llenan los asientos todos de la sala. Entra Arthur entre los dos senadores y resuena un aplauso nutrido. Entra, de los mismos senadores acompañado, Cleveland: al redoblado aplauso, el rostro se le enrojece, saluda a un lado y otro, y sonríe.

De manos de Edmunds,³³ de barba blanca y larga, toma juramento como Vicepresidente de la República y Presidente del Senado el venerable Hendricks,³⁴ a quien lo fino de la inteligencia ha ennoblecido y aguzado el rostro; sobre la nariz aguileña se levanta la frente cuadrada: sus dos ojos penetran: los labios delgados y apretados enseñan firmeza. Ya está el Vicepresidente en su puesto. Ya afuera se ha ido llenando el tablado levantado a la intemperie en el pórtico del Este del Capitolio, siguiendo el uso de Washington, que al aire libre prestó la primera vez su juramento. De diplomáticos, de senadores atildados, de diputados menos cultos, de los jueces de la Suprema Corte está ya lleno el tablado. ¡Qué hurra,³⁵ cuando aparecen ante la muchedumbre de la plaza, Arthur y Cleveland! Conversan un instante: renuévase el vocerío; pónese en pie Cleveland de súbito, y alzando la mano derecha, en que en una tarjeta lleva apuntadas las palabras iniciales de los párrafos de su discurso, dice,

³¹ Referencia a la estatua de Cristóbal Colón, situada en la fachada este del Capitolio.

³² Cámara de Representantes.

³³ George F. Edmunds.

³⁴ Thomas A. Hendricks.

³⁵ En LN, siempre: «hurrah».

con penetrante voz, juvenil y halagadora; «¡Conciudadanos!». Y el magistral discurso empieza. Lo sabe de memoria, como todos los suyos, y lo recita.

La cabeza echa atrás, como quien es honrado, y no lo teme. Su grata voz corrige el imperio de este gesto. La mano izquierda no la saca de la espalda. A cada término de frase, una ola de hurras. Tiene delante, rematados en cuatro ríos de acero que se pierden por las colosales avenidas, cincuenta mil hombres, con la cabeza descubierta. ¿Qué se dirá en estas ocasiones, que no llegue al cielo? Se entiende por qué los reyes se han creído a veces de buena fe enviados divinos. Eso ha de consagrar, y en el alma ha de haber, en momentos tales, postramientos e inundaciones de luz; y ha de parecer como que, en una sombra solemne, descien- de sobre la cabeza una hostia.

Cleveland, a quien una mano amiga había acercado un vaso con un líquido turbio, que bebió de un aliento, dice con entereza sus propósitos nobles. Ni un vuelo de retórica, ni una pompa de estilo, ni un puntal de frase. Todo ello es verdad fuerte, dicho de la manera augusta y sencilla que es el natural lenguaje de los principios fundamentales. Parecía bien aquel discurso, de líneas sobrias y grandiosas en aquel día tan claro. «Aquí no vengo como dueño, sino como encargado de los intereses del pueblo de mi tierra. Nuestra doctrina democrática, que con esta elección agitada se confirma, no necesita apología: pero todo ciudadano es un miembro del gobierno, y si este ha de obrar bien, aquel ha de entender a tiempo cuándo es ocasión de que el calor del partidario político se trueque en el patriotismo del ciudadano. Recuerdos de la guerra y pequeñeces de partido han solido dividirnos; es hora ya de que armoniosamente trabajemos por el bien de todos, y gobernemos de un modo práctico esta nación práctica, y aseguremos por firme determinación al pueblo de esta tierra, el beneficio entero de la mejor forma de gobierno que haya sido jamás gozada por el hombre».

Cada palabra iba cargada de sentido: caía sobre las heridas, como un bálsamo; sobre los errores, como una reprimenda discreta y cariñosa; sobre los buenos, como una iluminación. «Por amistad y concesión mutua se hizo la Constitución: pues así se mantenga! ¿Qué importa que acá se lastime un interés privado, y allá se sacrifique una preocupación local? Piensen honradamente los legisladores en lo que conviene al bienestar general, y hallarán compensados esos sacrificios. Seré buen guardador de la Constitución, y de los deberes del poder ejecutivo, y de aquellos prudentes límites que mantienen en roce y sin choque al Gobierno Federal y los estados. Pero no seré más, ni siento ser más, siendo presidente, que lo que todo labrador, todo artesano, todo mercader,

todo hombre de honor de la República es en ella: vuestro es todo aquello que yo tengo que guardar y hacer guardar: vuestra es la Constitución; vuestro el gobierno que me dais; vuestro el sufragio: y todas las leyes, y toda nuestra mecánica administrativa, desde el municipio hasta el Capitolio de Estado, y el Capitolio Nacional, son vuestros:—de modo que tenéis el mismo deber que yo de cuidarlos, y de vigilar a sus servidores: ese es el precio de nuestra libertad, ese el derecho de nuestra fe altiva en la República».

Lo aplaudían punto menos que a cada palabra, y rogaba con la mano que no lo aplaudiesen. Con líneas seguras, apuntó su política doméstica y extranjera. «No se gaste más en el gobierno que lo que estrictamente necesite, administrado con modestia; y viva todo el mundo sencilla y económicamente, que esta es tierra de gente trabajadora: vivan sobre todo con discreción y sin vanidad los funcionarios públicos

Querellas extranjeras, no las tengamos con nadie. Ni nosotros en la casa ajena, ni en nuestra casa nadie. Sea nuestra política de independencia y de neutralidad: la política de Monroe,³⁶ de Washington y de Jefferson:³⁷ “Paz, comercio y honrada amistad con todas las naciones; alianzas comprometedoras, con ninguna”».

Aquí el aplauso fue tal, para reposo de nuestra América y honor de esta, que parecía sacar a los circunstantes³⁸ de su juicio.

«La hacienda, procuraremos arreglarla de manera que los negocios se sientan seguros, ni el trabajador tenga que temer por sus salarios, y la tarifa será compuesta de modo que el país no pague tributos innecesarios, sin comprometer por eso los intereses de los capitalistas y obreros empleados en las industrias americanas; ni permitir tampoco la acumulación de un exceso en el erario que convida a la prodigalidad y extravagancia: ni la propiedad de la Nación ha de ser distribuida entre usurpadores y agiotistas.—Los indios han de ser tratados con lealtad. La poligamia ha de ser perseguida sin descanso. La reforma del servicio de empleos públicos no admite espera ni debilidad; por mérito y competencia se dan los empleos; no por favor político, ni en cambio de apostasías y servicios ocultos. A los negros emancipados pertenece de hecho todo lo que de derecho se les tiene acordado. Al Gobierno refluirán, y el gobierno con imparcialidad y honradez atenderá, los varios contrapuestos clamores de los intereses diversos que en constante brega la-

³⁶ Errata en LN: «Monroe». James Monroe.

³⁷ Thomas Jefferson.

³⁸ Errata en LN: «cir cunstantes».

bran juntos, aunque en apariencia divididos, esta fuerte Nación; que no solo a nuestra laboriosidad y vigilancia, y al cuidado infatigable de nuestras libertades debe fiar sus destinos; sino que, reconociendo humildemente el poder y la bondad de Dios Todopoderoso, que preside sobre los pueblos, y se ha revelado en todas ocasiones en la historia del nuestro, ha de invocar, como yo invoco ahora, su ayuda y bendición sobre nuestros trabajos».

El Justicia Mayor³⁹ se puso en pie; tendió abierta al Presidente, que ayudó a sostenerla con la mano derecha, una *Biblia* pequeña y muy usada, de cubierta de cuero y con ribetes dorados, que fue la misma que dio a Cleveland su madre cuando salió de mozo a buscar suerte por el mundo; recitó el Justicia el juramento, y lo selló el Presidente con un beso en la *Biblia*.

La procesión comenzó entonces del Capitolio a la plataforma erigida para el cortejo presidencial cerca de la Casa Blanca. ¿Que fueron Arthur y Cleveland, ambos descubiertos, llevados, más que por los cuatro caballos, por los vítores,—y Hendricks tras ellos en otro gran carruaje? ¿Que iban Arthur y Cleveland vestidos de paño modesto, y sin insignia, ni banda, ni joyas siquiera? ¿Que las asociaciones democráticas de New York, no todas amigas de Cleveland en los días de su elección, acudieron en masa, con trajes de calle uniformados,—Tammany Hall, cuyo nombre viene de un caudillo indio, con unos cuantos politicastros rubios a la cabeza, pintados los rostros con colores a la manera salvaje,—y Irving Hall con sus ancianos de peluca de cola y gran bastón,—y la Democracia del Condado con sus viejecillos Knickerbockers,⁴⁰ en memoria de los holandeses que fundaron a New York, los cuales iban encorvados, como los vejetes del coro de *Fausto*, golpeando acompasadamente con sus báculos el asfalto de las avenidas de la procesión? ¿Que bajo la bandera federal, al mando del general confederado Lee,⁴¹ sobrino del jefe militar de la rebelión,⁴² iba, con sus vestidos de guerra, toda una división en uniforme confederado,—y que el general Lee recibió, en aplausos, en saludos, en ondeos de pañuelo y en flores, una ovación más entusiasta y significativa que la que a los presidentes mismos se estaba tributando? ¿Que detrás de ellos, con sus ropas desgarradas de combate, venían los negros invencibles de

³⁹ Traducción de *chief justice*, presidente del Tribunal Supremo.

⁴⁰ Errata en LN: «Kinckerbockers». Denominación que se les daba a los descendientes de las primeras familias holandesas que se establecieron en Nueva Amsterdam, luego Nueva York.

⁴¹ Fitzhugh Lee.

⁴² Robert E. Lee.

Philadelphia, que decidieron en pro del Norte muchas batallas dudosas contra los rebeldes,—y los gloriosos irlandeses del Regimiento 69, con su uniforme verde, como su bandera, y sus hazañas? ¿Que los estados todos enviaron sus más gallardos jefes, hombres mejores y mejores tropas? ¿Que dondequiera que asomaba, acudían mujeres y hombres a saludar y festejar al anciano confederado de la barba y de la pierna rota?—¿Que fue todo el día 4 de marzo, día de asombro, en que los vencedores magnánimos del Norte instalaron con júbilo indecible en el Gobierno a los vencidos decorosos? ¡Así el hermano ofuscado por cierto tiempo con nimias discordias de familia, aprieta al fin a su hermano contra su pecho, en un abrazo en que parece que quiere recobrar de un solo ímpetu todos los años de amor perdidos! Los federales eran los que hacían los honores de Washington a los confederados. Así, pues, resultó una fiesta nacional, y confirmación definitiva de la paz, la vuelta de los confederados al Gobierno, que los republicanos agoreros pregonaban como una calamidad pública: los republicanos mismos, arrebatados por la grandeza del suceso, salían en tropel de las aceras para estrechar la mano afable del General Lee, que detenía al paso de los vencedores el de su hermoso caballo obediente, y con antigua gracia recibía los honores de la derrota. Sin convulsión, pues; sin insolente remoción de empleados; sin peligro, antes bien con provecho de la Unión, han vuelto al poder los demócratas, y los confederados con ellos.

Porque, no bien había reposado Cleveland del baile con que en el edificio enorme de Pensiones⁴³ le obsequiaron las asociaciones democráticas, que en la fiesta emplearon sesenta y tres mil pesos, y decoraron con inusitada riqueza de pabellones de seda las columnas, de plantas tropicales, los recodos, de flores valiosas el gigantesco sillón presidencial, de escudos las paredes, de emblemas florales, altos como un hombre, en representación de las diversas secretarías el salón reservado a Cleveland; no bien; asomó el día 5,—el nuevo Presidente envió al Senado, a que la aprobase, la lista de los que ha elegido como sus consejeros; y entre ellos, para representante de la ley nacional, Garland, que se rebeló contra ella; y para Secretario de lo Interior, Lamar, que pocos días hace, como herido en la médula, se levantó con elocuente indignación en el Senado a anunciar que jamás permitiría que en su presencia se llamase traidor a Jefferson Davis! y Cleveland, sin miedo, ha traído a estos dos hombres, que de persona no conocía, a su consejo íntimo. Y la Nación lo ha aplaudido por ello unánimemente.

⁴³ Oficina de Pensiones.

Así se vence de veras: honrando al vencido. Acaba, por tanto, con este atrevimiento generoso, la época de suspicacia y recriminaciones, que sigue siempre a una guerra; y comienza, de buena fe y de lleno, el trabajo acordado de las dos secciones del país, la agrícola y la manufacturera, en busca de una prosperidad durable, que no haya menester de falso estímulo, ni de merodeos por tierras ajenas. Querían los republicanos, so capa de comercio y humanidad, una política acometedora y alejandrina, y soñaban en Roma y en Cartago, y ya se veían señores de toda la América. Con hombro desdeñoso echan por tierra los demócratas esta fatiga, y, como símbolo de la política de neutralidad que restauran, viene a la Secretaría de Estado Thomas Francis Bayard, que capitaneó con éxito en el Senado la resistencia al proyecto del canal en Nicaragua—¡y cómo ha venido a darle razón ahora, y a hacer que de Tiro como de Troya le feliciten, la guerra que Barrios mueve en Centro América, tomando excusa de estas tentativas de alianza con los Estados Unidos, que en ley de honor, y antes de sacar fruto del canal, se habrían visto en el empeño de mantenerlo, y amparar a la pequeña nación que por tratar con ellos se ve en tal disturbio!

La artística hermosura del lenguaje, que le censuran por exceso de perfección, realza en Bayard la moderada firmeza de sus opiniones, que no reprime cuando el caso lo quiere, el fuego sagrado y el acometimiento. Se ve ya en el timón de la nave una mano segura.

Daniel Manning es el Secretario de Hacienda. Con decir que Tilden⁴⁴ le quiere entrañablemente, está dicho su elogio: Tilden,—que pudo ser hace ocho años, sobre sangre acaso, el Presidente de los Estados Unidos, y, por no verter sangre, no quiso serlo; que sin conflicto alguno lo pudo ser ahora, y echó el manto en los hombros de Cleveland: ¡feliz el que desdeña lo que tantos se disputan! La indiferencia del poder es la prueba más difícil y menos frecuente de la grandeza del carácter. De modo que el que Tilden estima, bueno ha de ser.

Como organizador político, como ojeador del campo hostil, como lidiador de recursos rápidos y sorprendentes, como penetrador de los hombres, Manning no vale menos que como perito en Hacienda,—y como cajista: que parando letras y atando galeras empezó su camino en el *Argus*, de que hoy es dueño, el político brillante que a Tilden en 1876 y a Cleveland ahora, aseguró, sobre disensiones en el campo propio y maldades del ajeno, el triunfo.

⁴⁴ Samuel J. Tilden.

De lo Interior, el Secretario es Lamar, a quien acusan de distraído, sin más razón que la de no estar nunca lejos de su sesuda frente las ideas graves. La pasión, ordenada y artística, acalora en él las deducciones rigurosas del juicio, que suelen sugerirle imponentes arranques oratorios. Con él van llama y peso. Le cuelga sobre los hombros la melena, que no está mal a su rostro robusto y ponderoso. En la confederación, su espada fue buena, y su palabra tan buena como su espada. En el Senado, pocos le han aventajado en elocuencia e influjo. En el Gabinete, todos le miran como el carácter más pintoresco e interesante. La mirada triste alivia la expresión severa de su rostro, y hay en el hombre cierta natural majestad que a sus amigos fascina, e impone respeto a los extraños. Abuso no verá que no cercene. Hará pasar el río por los establos.⁴⁵ Representa en el Gabinete la voluntad leal del Sur de cooperar sin reservas con el Norte al engrandecimiento nacional, y a la pureza más estricta en la administración doméstica.

Y a su lado se sienta William F. Vilas, que para venir a ser Secretario ha tenido que abandonar la cátedra en que le oían con respeto sus discípulos, y en los tiempos de la guerra⁴⁶ alzó una compañía, se vio de capitán a su frente, y de coronel muy pronto, y luego de vencer en Vicksburg, se retiró a enseñar historia:—¡como Arthur ahora, que acaba de ser presidente, y ha tomado ya en un edificio de pórvido y bronce, una oficina de abogado! Puesto de peculiar importancia es el de Secretario de Correos que tiene Vilas; porque los empleos de correos son muchos, y por tanto, las ocasiones de favorecer; y porque, en paga del puesto, y con las relaciones en que pone, cada Administrador de Correos ha venido siendo agente eficacísimo del gobierno, en manos hasta hoy de los republicanos.

Pero sin administradores de correos triunfó Cleveland, y contra ellos: de modo que para gobernar y volver a vencer, no ha de necesitar revertir a usos legítimos las funciones de los administradores, que no contando ya en el gobierno con la impunidad que les aseguraban sus servicios políticos, atenderán con más empeño, si han de conservar sus puestos, al servicio público. Luce, como una gala, el coronel Vilas, a su muy discreta esposa.⁴⁷ Crece un hombre bien casado. El mal casado, decrece. O si se mantiene en alto, será con agonía, y sobre puntales.

Garland es el Secretario de Justicia. Reacio al principio a seguir a los confederados, no resistió al fin a ellos, y fue su diputado. Ni en firmeza, ni en honestidad, ni en manera clara y galana de exponer le vencen

⁴⁵ Alusión a los sucios establos del rey Augías, de Élide, que, según la leyenda griega, fueron limpiados por Heracles al hacer pasar por ellos el río Alfeo.

⁴⁶ Guerra de Secesión.

⁴⁷ Anna M. Vilas.

fácilmente. Cuando escribe, suele parecer que graba. Presenta con método, y deduce en justicia; por lo que se le tiene como muy apropiado para su puesto, donde están bien la palabra elocuente, juicio frío y no seco, voluntad firme y talento elegante que le adornan.

El Ministro de la Guerra es un juez, el Juez Endicott,⁴⁸ de prosapia puritana. No lo tomó Cleveland en atención a que es en Massachusetts⁴⁹ prominente, y a que figuró con honor hace un año como candidato demócrata al gobierno del estado; ni porque viene de gobernadores y Secretarios ilustres, y su elección había de halagar al hidalguío de Neo Inglaterra,⁵⁰ sino porque Endicott tiene, con todas estas ventajas sociales y el cariño unánime de su bando y del opuesto, aquella actividad en la labor, tesón en el empeño, y honradez incommovible que a Cleveland placen. No hay miedo de que en manos de Endicott vaya el ejército a la corrupción y a la tiranía,—de donde iba yendo!

Ministro de Marina es Whitney, otro abogado, ya notable porque con tacto singular ha salido sin mancha de peligrosos puestos públicos, por lo que se espera que realce el que ahora le asegura, tanto como sus méritos, la amistad personal de Cleveland.

Y para venir a este gabinete ¡cuánto ir y venir de comisión por ríos y por tierra; cuánto entrar y salir de gente ansiosa en la oficina y la casa de Cleveland; cuánto apretarse, en ominosa hilera, frente a la puerta de su aposento, cuando días antes de su entrada en Washington, vino, para oír pareceres, a New York! Todos los estados le enviaron comisiones. Los corredores de su hotel eran congresillos y hormigueros. Cada asociación tenía su favorecido para cada secretaría. Cuál estado, por esto, reclamaba para sí la de Hacienda. Cuál, por aquello, la de Correos. Cuál, se enardecía porque de un solo estado, el de New York, iba a haber dos Secretarios, el de Marina y el de Hacienda. Cuál, del Oeste, se quejaba altamente de que no hubiese representante occidental en el Ministerio.

A los abogados de cada candidato oía Cleveland, y ni de oír se cansaba, ni de callar. Mas no compuso su gabinete en obediencia servil a estas prácticas de agio, ni a estos miedos de que los Estados descontentos le nieguen su simpatía o sus futuros votos; sino de modo que reuniese un grupo de hombres inteligentes, limpios y activos, que, sin trabas de patronazgo ni empeños previos, entrasen brava e inmediatamente en la tarea de asegurar la paz con el extranjero, consolidar la unión con los Estados un tiempo rebeldes, preparar al país para una

⁴⁸ William C. Endicott.

⁴⁹ Errata en LN: «Massachussets».

⁵⁰ Nueva Inglaterra.

liberal reforma económica que normalice la producción y abarate la existencia, y extirpar los abusos que entorpecen y afean la administración pública.

He aquí, pues, que de un sol a otro sol, por la fuerza regular e incremento del voto libre, ha cambiado de rumbo radicalmente la política americana, y acaso la América. Porque a ofrecerse venían, ¡qué mengual varios estadillos hispanoamericanos,⁵¹ y a tomar lo ofrecido, y a más, mostrábanse dispuestos, y decíanse necesitados, los gobernantes y gente de influjo en el partido dominante en los Estados Unidos. Pero el buen abogado de Búfalo piensa de otro modo, y no quiere lances afuera, sino honradez en casa, ni estima bien que los abanderados de la libertad se entren a saco por las tierras vecinas, violando la libertad ajena. Ya se vislumbra la prosperidad que seguirá a esta confianza. Ya no se ve a los Estados Unidos como traidores odiosos al espíritu humano, de que parecen mantenedores naturales; sino que ya que no ayudan como debieran a la victoria universal de la libertad, la practiquen al menos, y la respetan. Salir de sí, y confundirse en batalla generosa y activa con el Universo, falta para su grandeza a los Estados Unidos. ¡Mas qué servicio nos hacen con su ejemplo!

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 7 de mayo de 1885.

[Fotocopia en CEM]

⁵¹ Referencia a Nicaragua, República Dominicana y Guatemala. En el caso del primero, alude a los proyectos del canal interoceánico. Véase en este tomo, la Nf. Proyectos de canal por Nicaragua. En el segundo, atiende a las intenciones anexionistas y al proyecto de Tratado de Reciprocidad Comercial entre ambos países. Por último, hace alusión al acercamiento de Justo Rufino Barrios a los círculos financieros estadounidenses, para unir por ferrocarril a Guatemala con el país nortño, su solicitud de colaboración a Estados Unidos a cambio de las Islas Bay, en Honduras, para lograr su proyectada confederación centroamericana, su apoyo al tratado Frelinghuysen-Zabala, y su respuesta afirmativa al consultársele, por parte de Washington, sobre la posibilidad de construir un canal por Guatemala.

CARTAS DE MARTÍ

Historia de la caída del Partido Republicano en los Estados Unidos y del ascenso al poder del Partido Demócrata.—Antecedentes, transformaciones y significación actual de los partidos.—Resumen, con este asunto, de todos los detalles y consideraciones que pueden explicar de una manera definitiva como clave para sus movimientos futuros, la política norteamericana.

Nueva York, marzo 15 de 1885.

Señor Director¹ de *La Nación*:

Yo esculpiría en pórfido las estatuas de los hombres maravillosos que fraguaron la Constitución de los Estados Unidos de América: los esculpiría, firmando su obra enorme, en un grupo de pórfido. Abriría un camino sagrado de baldosas de mármol sin pulir hasta el templo de mármol blanco que los cobijase; y cada cierto número de años, establecería una semana de peregrinación nacional, en otoño, que es la estación de la madurez y la hermosura, para que, envueltas las cabezas reverentes en las nubes de humo oloroso de las hojas secas, fueran a besar la mano de piedra de los patriarcas los hombres, las mujeres y los niños.—El tamaño no me deslumbra. La riqueza no me deslumbra. No me deslumbra la prosperidad material de un pueblo libre, más fuerte que sus vecinos débiles, aislado de rivales peligrosos, favorecido con la cercanía de tierras fértiles necesitadas de comprarles sus productos, y al que afluje, al amor de la libertad y a la facilidad para el trabajo, lo que tiene de más enérgico y emprendedor la Europa sobrancera de habitantes, lo que tienen de más puro y entusiasta los partidos humanitarios de las naciones que no han roto aún la cáscara del feudo.

Los nombres no me deslumbran, ni las novedades, ni los brillantes atrevimientos, ni las colosales cohortes; y sé que de reunir a tanta gente airada y hambrienta de pueblos distintos que no se abrazan en el amor a este en que no nacieron y cuyo espíritu no llevan en las venas, ni del miedo a la vida, acumulado en ellos por los padecimientos heredados y los propios sacan otro amor y cuidado que no sean los de sí,—sé que de reunir a tanta gente egoísta y temerosa, ha sucedido que la República esté en su

¹ Bartolomé Mitre Vedia.

mayor parte poblada de ciudadanos interesados o indiferentes, que votan en pro de sus intereses, y cuando no los ven en riesgo no votan, con lo que el gobierno de la nación se ha ido escapando de las manos de los ciudadanos, y quedando en las de grandes traíllas² que con él comercian. Sé que las causas mismas que producen la prosperidad, producen la indiferencia. Sé que cuando los pueblos dejan caer de la mano sus riendas, alguien las recoge, y los azota y amarra con ellas, y se sienta en su frente. Sé que cuando los hombres descuidan, en los quehaceres, ansias y peligros del lujo, el ejercicio de sus derechos, sobrevienen terribles riesgos, laxas pasiones y desordenadas justicias, y tras ellas, y como para refrenarlas, cual lobos vestidos de piel de mastines, la centralización política, so pretexto de refrenar a los inquietos, y la centralización religiosa, so pretexto de ajustarla: y los hijos aceptan como una salvación ambos dominios, que los padres aborrecían como una afrenta.

Sé que el pueblo que no cultiva las artes del espíritu aparejadamente con las del comercio, engorda, como un toro, y se saldrá por sus propias sienes, como un derrame de entrañas descompuestas, cuando se le agoten sus caudales. Sé que a esta nación enorme hacen falta honradez y sentimiento.—Pero cuando se ve esta majestad del voto, y esta nueva realeza de que todo hombre vivo, gritón o auriteniente—forma parte, y este monarca hecho todo de cabezas, que no puede querer hacerse daño, porque es tan grande como todo su dominio, que es él mismo; cuando se asiste a este acto unánime de voluntad de diez millones de hombres, se siente como si se tuviera entre las rodillas un caballo de luz, y en los ijares le apretásemos los talones alados, y dejásemos tras de nosotros un mundo viejo en ruínas, y se hubiesen abierto, a que lo paseemos y gocemos, las puertas de un universo decoroso: en los umbrales, una mujer, con una urna abierta al lado, lava la frente rota o enlodada de los hombres que entran.

A los que en ese universo nuevo levantaron y clavaron en alto con sus manos serenas, el sol del decoro; a los que se sentaron a hacer riendas de seda para los hombres, y las hicieron y se las dieron; a los que perfeccionaron el hombre, esculpiría yo, bajo un templo de mármol, en estatuas de pórfido. Y abriría para ir a venerarlos, un camino de mármol, ancho y blanco.

No se ven bien las maravillas cuando se está dentro de ellas. Las colosales figuras, los colosales hechos, solo a distancia adquieren sus naturales proporciones, y se enseñan en su conjunto y hermosura.

² En LN, siempre: «trahíllas».

¿Qué sabe el gusanillo que anda en las entrañas, de la majestuosa beldad del cuerpo humano? Por un canal se entra; en una celda se aloja; cae, como la langosta sobre los sembrados, sobre todo un tejido: ¿qué sabe él, luzbelillo ocupado en transformar la viña, de las amables líneas del cuerpo en que carcome,—de los mandatos amorosos, veloces y brillantes como rayos de estrellas, que van de un cuerpo a otro,—del velo de luz en que, como el sol a la tierra en la mañana envuelve el enamorado a su querida; ni qué sabe del toldo de rosas a cuya sombra se abrazan y adormecen?

Es recia, y nauseabunda, una campaña presidencial en los Estados Unidos. Desde mayo, antes de que cada partido elija sus candidatos, la contienda empieza. Los políticos de oficio, puestos a echar los sucesos por donde más les aprovechen, no buscan para candidato a la presidencia aquel hombre ilustre cuya virtud sea de premiar, o de cuyos talentos pueda haber bien el país, sino el que por su maña o fortuna o condiciones especiales pueda, aunque esté maculado, asegurar más votos al partido, y más influjo en la administración a los que contribuyan a nombrarlo y sacarle victorioso.

Una vez nombrados en las Convenciones los candidatos, el cieno sube hasta los arzones de las sillas. Las barbas blancas de los diarios olvidan el pudor de la vejez. Se vuelcan cubas de lodo sobre las cabezas. Se miente y exagera a sabiendas. Se dan tajos en el vientre y por la espalda. Se creen legítimas todas las infamias. Todo golpe es bueno, con tal que aturda al enemigo. El que inventa una villanía eficaz se pavonea orgulloso. Se juzgan dispensados, aún los hombres eminentes, de los deberes más triviales del honor. No concibe nuestra hidalguía latina tal desborde. Todavía asoman, detrás de cada frase, las culatas de aquellas pistolas con que años atrás, y aún hoy de vez en cuando, se argumentaba acá en los diarios en época de elecciones. Es un hábito brutal que curará el tiempo. En vano se leen con ansia en esos meses los periódicos de opiniones más opuestas. Un observador de buena fe no sabe cómo analizar una batalla en que todos creen lícito campaar de mala fe. De plano niega un diario lo que de plano afirma el otro. De propósito cercena cada uno cuanto honre al candidato adverso. Desconocen en esos días el placer de honrar.

Las elecciones llegan, y de ellas ve solo el transeúnte las casillas en que se vota despaciosamente, las bebederías en que se gasta y huelga, las turbas que se echan por las calles a saber las nuevas que va dando el telégrafo a los boletines de periódicos. Se ve aturdir, escamotear, comprar, falsear el voto. Se ve a extranjeros naturalizados votar por su interés especial en daño de los de la tierra que les da porción en su hacienda

y en su gobierno. Se palpa el peligro de dar autoridad en el país a los que no han nacido en él, y no lo aman, aunque se reconoce la justicia de que cada uno de los que ha de llevar las andas al hombro, dé su voto sobre el peso de las andas. Se vive de mayo a noviembre viendo ruindades, y en disgusto y alarma. Pero por sobre ellas, y con todas ellas ante los ojos, queda en la mente, sacudida de asombro, un respeto comparable solo al de quien viera tambalear sobre su quicio un mundo, inclinarse de un lado al abismo, irse ya todo sobre él, y reentrar de súbito en su puesto. Conmueven, obrando a la vez, diez millones de hombres. El que los ha visto, en esta hora de faena, siente que la tierra está más firme debajo de sus plantas: y se busca sobre las sienes la corona. Este es el inevitable hecho épico. Brilla, entre la revuelta y oscura campaña, como en un cielo gris brillaría una gran rosa de bronce encendida.

Campaña ninguna presidencial fue tan enmarañada, trascendental y significativa como la que dio el triunfo a Grover Cleveland.³ De lejos, no se distingue tal vez más que el hecho de bulto: la victoria del Partido Demócrata; y se supone, con error, que implica un cambio decisivo en la opinión y tendencias del país. De cerca, se observa el peligro, punto menos que inevitable, de dejar la política del país, que en las naciones libres, no es ya más que la manera de conducir honradamente sus intereses, en manos de una casta de empleados ociosos que no los poseen. De cerca se observa cuán difícil es, luego que ha sido descuidado por la gente proba, recobrar el ejercicio del poder político. De cerca, se ve que el cambio no ha sido esencial y durable, sino ocasional y como de prueba: y se ve lo que puede, con una sacudida de hombros, un puñado de gente honrada.

Nada más, nada más que esto, un puñado de gente honrada ha dado el triunfo a Cleveland. Mil votos menos, entre diez millones de votantes, y el Presidente hubiera sido un hombre impuro y funesto, un sofista brillante, hubiera sido Blaine.⁴

Cuello a cuello fueron hasta el último instante en la carrera Blaine y Cleveland: y por muchos días después de la elección no se supo de veras si había de ostentar en el actual período la Casa Blanca, el piñón, símbolo de los republicanos, o el gallo democrático. Garfield⁵ por los republicanos y Hancock⁶ por los demócratas contendieron por la

³ Stephen G. Cleveland.

⁴ James G. Blaine.

⁵ James A. Garfield.

⁶ Winfield S. Hancock.

presidencia hace cuatro años: es verdad que esta vez votaron 468 000 electores más por Cleveland de los que entonces por Hancock, pero también por Blaine votaron 393 000 más que por aquel discreto, sufrido, buen Garfield. De un solo Estado de los 36 que tiene la República dependía la victoria de uno u otro candidato: del estado de Nueva York.

El que lo obtuviese ganaba la Presidencia: nada más que por mil votos ganó el estado, su propio estado en que gobierna, Cleveland. No en vano, indomable y airoso, no se confiesa vencido Blaine por su adversario, sino por la casualidad; y con sutil conocimiento de los odios y miedos de su pueblo, los azuza todos, los hila en cuerpo de doctrina en un discurso de habilidad admirable, y hace de ellos cartel de batalla con que se propone guiar a su hueste de aquí a cuatro años al gobierno perdido.

Sabe que el Norte está aún receloso del Sur, y que la administración democrática, por tener en el Sur la gran masa de sus partidarios, y por obediencia a su espíritu y programa, ha de ser benévola con el Sur: lo que Blaine, hábil para manejar a los hombres por sus pasiones, anuncia, seguro de que ha de suceder, y de antemano explota.—Desentrañemos, pues, porque está llena de enseñanzas, la elección de Cleveland.

Y si antes se pregunta quién es él, diremos que es un caballero del pueblo, y aunque joven, uno de aquellos americanos viejos de mano de hierro y ojo de águila, que no pone ya las botas sobre la mesa, pero que tiene aún puestas las botas. Tiene los desdenes, la penetración, la ingenuidad, la audacia, la dureza, la nativez del pueblo en que ha nacido. Viene del mercader y del explorador. Viene del puritano y del volcador de los fardos de té.⁷ Tiene el ojo puesto adelante, como quien está decidido a llegar.

Tiene la inocencia poderosa de los caracteres primarios, que salen derechamente de la Naturaleza,⁸ y deben menos a los hombres que al influjo de su propia originalidad, y a su aptitud para domarlos, mezclando hábilmente la astuta sumisión con que se les halaga al desembarazado desdén con que se les atrae y sujeta: que los hombres y las cosas, esquivos para quienes los solicitan, se apegan, por vil esclavitud

⁷ Alusión al hecho conocido como *Boston tea party*, cuando un grupo de colonos disfrazados de indios asaltaron varias embarcaciones en ese puerto, en diciembre de 1773, y arrojaron sus cargas de té al mar en protesta por el impuesto británico sobre esa mercadería.

⁸ Véanse en el este tomo, apreciaciones similares en torno a Abraham Lincoln, Ulysses S. Grant y John A. Rawlins. Véase también, en el tomo 9, pp. 308-339, la semblanza sobre Ralph Waldo Emerson; y la dedicada a Walt Whitman, publicada en *La Nación* (Buenos Aires), el 26 de junio de 1887.

instintiva, a quien quiere deshacerse de ellos. Los grandes hombres necesitan ser coquetas. Fácil es, sirviendo a intereses o preocupaciones poderosas, subir a grandes puestos, a ser como antifaces o portavoces de las fuerzas que encumbran; mas ¿cómo no admirar, cuando se sabe lo desamparada y sola que anda la honradez, a quien no llega al triunfo en virtud de complicidad con los defectos de los hombres, sino contra ellos? ¿Quién está en el fondo de los pueblos, como en el fondo de los hombres, que, a despecho de ellos mismos, y con voz determinada e imponente, aconseja al oído lo que en las horas de peligro deben hacer, y los echa por el camino de la salvación, en temporáneo arrebató de virtud, que los sostiene y levanta cuando están al borde ya de la caída? El ángel no visita a Cleveland; lo sublime no se estruja y mantiene en agonía la mente; su espíritu tiene la solidez y llaneza de sus almuerzos: pan y mantequilla, y ancha lonja de carne, y sendo té. Tan sencillo es a veces que parece pueril: pero pensando en él, aunque no fuese más que por el ajuste del hombre a la situación en que adviene, se asoma a los labios—¡qué elogio!—el nombre de Lincoln,⁹ que es de los que cuando aparecen, alivian e iluminan. ¿Qué hacen los pueblos que no levantan grandes templos a los redentores de los hombres; y colocan en nichos sus estatuas,¹⁰ y componen con ellos un santoral nuevo, y se reúnen en los días feriados a comentar las virtudes de los héroes? ¿Por Iglesia, claman? ¿Por Iglesia que reemplace a la que se va? ¡Pues he ahí la Iglesia nueva!

Hay dos clases de triunfo: el uno aparente, brillante y temporal: el otro, esencial, invisible y perdurable. La virtud, vencida siempre en apariencia, triunfa permanentemente de este segundo modo. El que la lleva a cuestras,¹¹ es verdad, tiene que apretarse el corazón con las dos manos para que de puro herido no se le venga al suelo: que tan roto le ponen los hombres el corazón al virtuoso, que si no lo corcose y remienda con la voluntad, saltará deshecho en pedazos más menudos que las gotas de lluvia. Solo en los momentos de agonía suprema, a que conduce a los pueblos fatalmente la prescindencia de la virtud, acuden los hombres con grande homenaje y alabanza a ella, dispuesta siempre a salvar en la

⁹ Abraham Lincoln.

¹⁰ Ideas similares a estas alentaron su poema XLV de los *Versos sencillos*, más conocido por su primer verso: «Sueño con claustros de mármol...» Véase en el tomo 14, pp. 350-351.

¹¹ Obsérvese la coincidencia de esta idea con el poema «Yugo y estrella», de *Versos libres*, en que la luz se identifica con la virtud. Véase en el tomo 14, pp. 142-143.

hora de tribulación a los que la olvidan, y no bien se ven por la virtud sacados del apremio, la acusan de gazmoña y estorbosa y de importuna y excesiva, y le empiezan a roer los pies, y la derriban.

Los hombres gustan de ser guiados por los que abundan en sus propias faltas. Véase cómo se apegan con más ardor a las personalidades viciosas, brillantes, que a las personalidades puras, modestas. Solo en las épocas de crisis, el instintivo conocimiento del gran riesgo y de su incapacidad para librarse de él, les hace aceptar a los grandes honrados. La pureza, de que en lo general carecen, les irrita. En las faltas del que los gobierna, ven como la sanción de las suyas propias. Por una mentirijilla de la conciencia, creen que exculpándolos, se exculpan. Pues que sus pecados no estorbaron al gobernante para llegar a su alto puesto, no es tan malo el pecar, que el mundo condena y premia. Todos los que han pecado, tienen simpatía secreta por los pecadores. No hay como caer en error para aprender a perdonarlo. Ni hay insolencia mayor que la de la virtud, que con su cara austera, sus vestidos humildes y sus manos blancas, va haciendo resaltar por la fuerza del contraste, las villanerías y mañas criminales de la gente, que cuando la virtud no está cerca no aparecen de tanta fealdad, como que, por tenerlas todos por igual, en nadie sobresalen: así es que, en cuanto la virtud asoma, los caminos se quedan sin piedras, porque todos dan sobre ella.

Para el poder, sobre todo, es mal camino la virtud. Los hombres no siguen sino a quien los sirve, ni dan ayuda, a no ser constreñidos, sino en cambio de la que reciben. La autoridad que por su condición de ciudadano en un pueblo de gobierno electoral, o de persona de influjo, reside en ellos, la regatean y escatiman mucho. Todo hombre es la semilla de un déspota; y no bien le cae en la mano un átomo de poder, ya le parece que tiene al lado al águila de Júpiter, y que es suya la totalidad de los orbes. Por eso en estos pueblos en que la autoridad reside, cuando no es en cada ciudadano, en cada capataz de ciudadanos, de que hay cuentos, el que aspira a ganar voluntades tiene que rebajar tanto la suya, que no se sabe cómo se pueda, con grandeza de alma, soportar las vergüenzas que acarrea la conquista del poder. El corazón honrado se revuelve a la vez contra los que humillan, para prestar su apoyo, y contra los que en espera de él se humillan.

Pero el que, cuando necesita del influjo de un capataz de votos, inquiere, antes de procurarlo, cuál es su pasión, para halagársela; o su precio, para pagárselo; o su vanidad, para acariciársela; o el puesto que apetece, para empeñárselo; el que, con mayor apego a sí que a su pueblo o al pueblo humano, afloja en la defensa de lo que mantiene, o lo abandona, o lo defiende con más brío, según acomode a aquellos de

quienes ha menester para lograr el mando;—el que, sabedor de que la razón es de suyo, como que está convencida de su justicia, confiada y desdeñosa, y la preocupación impresionable y activa, opone a la razón de sus contendores cuanta preocupación, odio o cizaña¹² encuentra a mano;—el que no ve en sus capacidades intelectuales una misión de abnegada tutela de las capacidades inferiores, sino un instrumento eficaz para perturbarlas y dirigirlas en provecho propio;—el que usa para sí lo que no recibió de sí, y no pone en la humanidad, sino que la corrompe y confunde;—¹³el que no ve a los hombres como hermanos en desgracia a quienes confortar y mejorar, aun a despecho suyo, sino zócalo para sus pies, sino batalla de orgullo y de destreza, sino la satisfacción de aventajar en ardides y fortuna a sus rivales;—el que no ve en la vida más que un mercado, y en los hombres más que cerdos que cebar, necios a quienes burlar, y a lo sumo fieras que abatir;—el que del genio tiene lo catilinario, cesáreo y luz bélico, y no lo humanitario y expansivo;—el que, como lisonja suprema a los hombres, cae en sus faltas y se vanagloria de ellas,—ese tendrá siempre la casa llena de clientes, y entrará en los combates seguido de gran número de partidarios. Blaine es ese.

Ocupados los unos en fabricar riquezas; privados muchos, en la batalla por el pan del día, del bienestar que hubiera podido moverles a ver con celo por el buen gobierno que ha de conservárselo; y abandonados todos, por la sordidez que trae al ánimo esta vida precipitada, suntuaria y avariciosa; la política, aunque jamás desamparada de eminentes y pulcros servidores, fue aquí quedando por gran parte, en manos de los políticos ambiciosos, los empleados que les ayudan para obtener puestos o mantenerse en ellos, los capitalistas que a cambio de leyes favorables a sus empresas apoyan al partido que se las ofrece, los extranjeros que votan al consejo de sus intereses y pasiones, y los leales partidarios que, encariñados con las glorias pasadas o las ideas añejas, recuerdan solo la cosa pública, con consecuencia mal entendida, los días en que las elecciones les ofrecen oportunidad de ejercitar su autoridad y confirmar su fe.

Las grandes almas, modestas y vergonzosas de suyo, solo consienten en salir de sí cuando corren la humanidad o la patria un grave peligro, el cual afrontan con pasmoso denuedo, y con pecho ciclópeo, para volver después, ganada la batalla y asegurada la victoria, al dichoso rincón don-

¹² En LN: «zizaña».

¹³ Se añade la pleca.

de se goza de la aprobación interior y el cariño de algunas gentes buenas. Apenas hay para estas almas martirio mayor que el de confundirse necesariamente en la hora de la batalla con los logreros, negociantes y fanáticos que, como la lepra a la piel sana, se pegan a las grandes ideas, y son a veces lo que se ve más de ellas. Magnífico fue el turgimiento¹² de la gente honrada, cuando el Sur, exagerándose sus fuerzas y derechos, se mostró al fin decidido a apartar de la del Norte la fortuna de sus Estados esclavistas: y a la luz del cadalso de John Brown, apareció, cuál con la palabra, cuál con el bravo pecho, cuál con el don de toda su fortuna, aquel inagotable ejército del Norte.

Astros tienen los cielos, y la tierra: como un astro refule el cadalso de John Brown. Jesús murió en la cruz, y este en la horca. Luego de muertos los hombres, vacíanse, sin carne y sin conciencia de su memoria, en la existencia universal: en remolinos suben; camino al Sol caminan; dichosamente bogan; mas si se hallaran los hombres después de muertos, que no han de hallarse, andarían de la mano Jesús y John Brown.

Tales se van poniendo los humanos, que como no tenga éxito común la vida de un apóstol, se avergüenzan de que se sepa que lo admiran, y el loarlos mismo viene a ser de mal gusto. ¡Pues al primer grupo de estrellas que se descubriese, bien pudieran llamarle John Brown!

Entonces, al peligro, acudió lo más granado de la gente del Norte; y el mejor de todos fue aquel zanquilargo, bolsicorto y labirraso de mirada profunda y ojos tristes; aquel que no vino de negociantes, pastores, ni patricios, sino de la Naturaleza y la amargura; aquel de vestir burdo y alma airosa, el buen Abe Lincoln. Ellos, en incontestable exabrupto, no crearon solamente un partido, al organizar el republicano, sino que volvieron a crear la Nación. Fueron cruzadas nuevas, y Wendell Phillips su Pedro *el Ermitaño*. Se entraron por todas las ciudades. Asaltaron todas las plataformas. Hablaban desde un púlpito en las iglesias, desde un barril en las plazas, desde un caballo en los caminos. Ni una aldea sin prensa; ni un día sin peroración; ni una estancia sin su misionero. Cubrieron toda su tierra, y salieron de ella a conmovier a las ajenas. Así quedó el Partido Republicano establecido: como el mampuesto de la libertad humana.

Mas luego que venció el Norte, y quedó en el poder como símbolo de la Unión el partido formado para defenderla, y fuera del poder como causante del disturbio, el Partido Demócrata dominante en los

¹² Así en LN. Parece un neologismo derivado de «turgencia» para indicar hinchazón o abultamiento, como metáfora por reunión o agrupación compactada. La lección de OC, tomo 10, p. 190 es «surgimiento».

Estados rebeldes, miró apenas la República, deslumbrada por la victoria y la colosal prosperidad que vino de ella, en los detalles de la cosa nacional, cuyo manejo juzgó premio oportuno de los que la habían salvado. Diose fervientemente el Norte a la elaboración de la riqueza. Cumplido su deber, fueron volviendo a sus hogares y quehaceres los hombres generosos que solo al gran peligro consintieron salir de su humildad. Quedó el Partido Republicano en manos de aquellos que, ya por cariño a sus victorias, ya por odio a sus enemigos, ya por temor de que resucitasen, ya por beneficio propio, tenían un interés más directo en mantenerlo organizado y poderoso. Y como la victoria pudre, comenzó inmediatamente después de ella la descomposición. El manifiesto de la libertad humana llegó a convertirse en una casa de agios.

¡Qué repartir, como canonjías, a hombres ineptos los puestos mejores! ¡Qué distribuir, en gastos confusos, los ingresos sobrantes! ¡Qué contratar a escandalosos precios, correos que no existían y buques que a la primera caldeada zozobraban! ¡Qué dar destinos, con perjuicios de los más dignos y probos, a los que tenían valedor de uno u otro sexo, o habían puesto manos serviciales en los manejos oscuros de las elecciones! ¡Qué acumular, con promesas secretas y compromisos inmorales, sumas enormes en las campañas presidenciales para vencer a los demócratas! ¡Qué prometer a los empleados la permanencia en sus oficios, si ayudaban con su óbolo al fondo electoral, y por él al mantenimiento del partido en el gobierno! ¡Qué ir entregando, ley a ley, a los capitalistas y asociaciones poderosas, las tierras de la Nación, y hasta sus derechos, en pago, estipulado previamente, de los subsidios cuantiosos que para asegurarse en el poder recibía el partido de monopolios y bolsistas en horas apuradas! ¡Qué responder cínicamente, con acusarlos de amigos enmascarados de la rebelión, a las acusaciones de sus adversarios, y de la gente mejor de su propio partido, a quien el espectáculo de tan atrevida corrupción había forzado ya a salir de su silencio!—¿quién deja a la libertad sin vigilancia? ¿quién no sabe que por cada paloma que nace, nacen como tamaño de tres palomas de gusanos? En las elecciones ¡qué comprar los votos o cambiarlos en las urnas, o rebajarlos en las listas, cuando era menester! En las asambleas menores de los Estados que eligen los diputados a la Convención que ha de designar el candidato del partido a la Presidencia, ¡qué excluir, con anatema de traición, a los que se negaban a votar en el interés de los políticos de oficio!

En las Convenciones mismas, a la hora de elegir ya el candidato, ¡qué desdeñar a los prohombres de reputación acrisolada, por aquellos de reconocidas faltas, que merced a ellas mismas pudieran, con menos

escrúpulos, asegurar en la elección, más votos, y en el poder, más empleos, y provechos! ¡Y qué venderse los diputados de la Convención a este o aquel postulante a la candidatura; bien por dinero, bien por la promesa de un buen puesto, en caso de triunfo!

Una tienda abierta, donde se mercadea por los rincones el honor, han venido a ser las convenciones, un tiempo gloriosas, en que los delegados del partido en cada estado se reúnen cada cuatro años a elegir su candidato para el primer empleo de la Nación. Toda una delegación se compraba con unos cuantos millares de pesos, así, como esta suerte de delegados para serlo, había comprado, siempre de mala manera, en la asamblea menor del estado, el nombramiento en virtud del cual podían luego en la convención nacional vender su voto. Y dinero para estas compras de delegaciones oscilantes, jamás faltaba, por haber tanta enorme corporación, y tanto atrevido empresario, interesado en el triunfo del candidato que, en recompensa de estos anticipos, ha prometido estar a su servicio. Así, como de un templo profanado, se retiraron de la última convención las gentes blancas del partido.

Pregonábase como calamidad nacional, y como el triunfo del Sur, la vuelta al poder del Partido Demócrata, con lo que se tenía segura la adhesión de los estados del Norte.

Por desamor a la publicidad, o por no aparecer en ella del brazo con los logrereros, manteníanse apartados de los negocios públicos los hombres mejores, y por indiferencia los que no tenían especial interés en ellos. De manera que, seguros del triunfo y de la impunidad, puede decirse, de acuerdo con las declaraciones escritas y habladas de los republicanos más notables, que no había abuso público, violación, fraude, cohecho, rapiña, robo, que el Partido Republicano no cobijase o atentara.

En las elecciones, sustituían las papeletas democráticas por las republicanas, o aumentaban estas a su sabor, o falseaban los recuentos. En los estados, desaparecían en bolsas privadas los dineros dispuestos para atenciones públicas. En Washington, compraban los ministerios el apoyo de los representantes en ambas Cámaras con empleos y pensiones para sus recomendados: a cada senador y representante estaban reservados, para distribuir entre sus favorecidos, cierto número de empleos, «y en muchos casos» —dice el honrado MacVeagh,¹³ miembro que fue del gabinete de Garfield—«dos hombres a quienes se reserva

¹³ En LN: Mr. Veagh. Isaac Wayne MacVeagh.

este privilegio, y las mujeres nombradas en virtud de él (que ya se sabe que en los Estados Unidos muchos empleados son mujeres), viven lejos de la protección y las trabas de sus hogares».

En la Secretaría de la Guerra, todo eran cajas rotas, y «cuentas dobles», y forrajes para caballerías imaginarias. En la de lo Interior, no podía entrarse sin tropezar con los agentes de la camarilla de pensiones, de fondos Indios, de Distribución de Terrenos, de cuyo valor, una vez concedidos a la camarilla, iba una buena parte en pago a los que habían asistido en asegurar la concesión. En la de Correos, al contratista encausado por percibir subsidio efectivo por servicios falsos, concedíansele nuevas contratas. En la de Hacienda, ladrón de billetes del tesoro llegó a haber tan poderoso que cuando uno de los secretarios quería indignado poner mano sobre él, otro Secretario había, cuando no más de uno, que abogaba por el ladrón, y lo salvaba. En la de lo Exterior ¿no hubo toda una misión labrada, faz a faz de una guerra, en la esperanza de obtener el reconocimiento de una inmoral reclamación privada, pretexto, si no a ganancias viles o a protectorado inmerecido y abusivo, a dandismos y calaveradas diplomáticas, indignas de una nación honrada y grave?¹⁴

Fuéronse, al fin, con tan grandes abusos, despertando la indignación y energía de los miembros más sanos y menos ostensibles del partido, y primero en los consejos privados, y luego, aún a la callada, en las luchas eleccionarias, y por fin abiertamente en la Convención que nombró a Blaine,¹⁵ y en la campaña en que fue vencido, publicaron su determinación de purificar su partido deshonorado, o apartarse de él. Los apellidaron fariseos, petimetres y traidores.

Con ocasión del nombramiento del candidato, y la lid electoral que le siguió, se acentuaron, y quedaron definidas las tendencias que en siglo habían venido dividiendo al Partido Republicano, y ya antes, por haber de preceder en la feroz contienda humana alguna sangre a toda obra fructífera, habían venido a producir, exaltando un cerebro desatinado,¹⁶ la muerte de Garfield. Los bandos eran dos. Los unos mantenían descaradamente que, por encima de toda otra consideración, estaban el interés del partido y el beneficio de sus miembros; que la Unión era propiedad natural de los que la habían sacado en salvo; que al vencedor

¹⁴ Referencia a la reclamación de J. C. Landreau, respaldada por James G. Blaine en su condición de Secretario de Estado, en 1881, sobre supuestas propiedades en el Perú durante la Guerra del Pacífico. Véase en este tomo, la Nf. Guerra del Pacífico.

¹⁵ Blaine fue nominado candidato presidencial para las elecciones de 1884 por la Convención del Partido Republicano, efectuada en Chicago.

¹⁶ Referencia a Charles J. Guiteau.

pertenecen los despojos de la victoria; que los empleos, concesiones y dignidades deben ir a pagar los servicios prestados para mantener en el poder al partido que los concede; que no es censurable, sino lícito, coleccionar de los empleados públicos, pagados con dinero aprontado por toda la Nación, sumas destinadas a mantener en el Gobierno a uno de los partidos que se disputan su gobierno, y en cambio de este auxilio queda obligado a mantener en sus destinos a los contribuyentes, convertidos en sus cómplices, y a proteger o disimular sus abusos. Los otros, hijos en espíritu de los monumentales fundadores de la República, tachaban ese programa de abominable y vicioso; y si bien dispuestos a conservar viva la organización republicana, como símbolo aún necesario de la Unión ayer amenazada, como partido moderador y principalmente doméstico, como represor juicioso de la excesiva influencia seccional y extranjera que parece notarse en el Partido Demócrata, compuesto en gran parte de los electores del Sur y de muchos de Irlanda y Alemania,—preferían, sin embargo, la disgregación temporal, si no definitiva, del partido, o la fusión tal vez de la mejor parte de él con la más elevada y doctrinal de los demócratas, a contribuir con su complicidad al mantenimiento del Gobierno de la Nación en manos de una agresiva caterva de logreros tenaces.

¿Cuál era la nuez de este poder colosal; la clave de esta máquina enorme; la valla puesta a los mejores esfuerzos de la gente sana del partido; el obstáculo a toda tentativa de su moralización y reforma, sino la facultad de distribuir entre sus auxiliares los empleos y propiedades públicas? ¿Qué agentes más perspicaces y celosos puede tener un partido que aquellos que le deben su subsistencia, y que sin él, habituados ya al bienestar fácil, y la holganza, se verían reducidos a la desconsideración y la miseria? Eran, pues, los propagandistas y servidores del partido, no sus secuaces sinceros que, como que se dan sin paga, gustan de hacer sentir su influjo, sino aquellos otros dependientes de él para subsistir y medrar, y a quien altos ejemplos y el deseo de sostenerse en plácida fortuna incitaban para lograr influjo con que servir a su partido en la época electoral, a las complicidades y dispensaciones ilícitas que permite el ejercicio de una autoridad benévolamente vigilada.

Tardó mucho en parar mientes en esta corrupción la mayoría del país descuidado. A la masa común, y aun a la entendida, parecía peligroso devolver el gobierno a los demócratas, en cuyos consejos se suponía aún predominante el espíritu del Sur. Y como a la guerra,¹⁷ bajo los republicanos que la ganaron, había sucedido prosperidad casi maravillosa, patriotismo e interés se juntaron para mantener la confianza en el partido vencedor, que a pesar de sus desaciertos y abusos, resultaba

¹⁷ Guerra de Secesión.

acreditado por la abundancia de las cosechas, la cuantía de las sumas que entraban en el país en retorno de ellas, y la aplicación de esta riqueza sobrante a la creación de industrias que parecían prósperas, porque aún era bastante a consumir sus manufacturas el mercado doméstico, al que el exceso de lo que exportaba sobre [lo] que importaba permitía pagar sin gran quebranto el precio inmoderado a que por el alto derecho de introducción de los artículos europeos, se vendían los productos rivales americanos.

En pos de la enorme guerra vino la enorme confianza, y la riqueza que ciega y arrebata, y lo atrae todo a sí en el afán de gozarla y el miedo de perderla; de lo que, mientras a sus extraordinarias empresas se daba con verdadero frenesí el país deslumbrado, se aprovecharon las aves de rapiña para anidar en el árbol nacional, hasta fue al fin fue innegable y visible que la larga permanencia en el poder de hombres que a su sombra habían perdido ya la costumbre, y la capacidad acaso, de más honroso modo de vivir: la seguridad de una constante victoria; la práctica de emplear los dineros nacionales en sus gastos de partido; la intimidad con negociantes que, hacen pagar caro los servicios que prestan, habían, a la vez que pervertido sus móviles, hecho insolente y descarado al partido gobernante, que con prácticas, cuando no con leyes, venía cercenando al país los medios de sacudírselo y reemplazarlo por sus opositores: por lo cual, en cuanto sintió el país el yugo sobre el cuello, lo echó, de un solo vuelco, abajo.

Se vio que, envalentonado con su predominio, no atendía el Partido Republicano a calmar el desasosiego que la exuberancia de productos invendibles y el exceso de población desocupada comenzaban a causar con sobrada justicia. Se vio que para poder continuar repartiendo entre sus favorecidos el sobrante recaudado innecesariamente por derechos de importación, se resistía a rebajar estos, so pretexto de proteger las industrias nacionales, que de esta protección están muriendo; como que en verdad no se hacía más que encarecer el costo de vida de una población ya afligida por la falta de empleo, originada forzosamente en la producción excesiva de artículos que por su abundancia y precio subido no hallan compradores en la Nación abastecida y alarmada, ni fuera de ella pueden competir con artículos mejores fabricados a menos precio en tierras más baratas. Se vio que con el apoyo desvergonzado de legisladores venales, tendían las leyes a concentrar, así como el poder, la riqueza, con pérdida creciente de la independencia de los Estados, y la de los ciudadanos, y con merma de las posibilidades de emprender, que los monopolios absorben, y sin cuya esperanza se descontentan y rebelan los trabajadores útiles. Se vio que con la liga entre los empleados

y el gobierno, y la aplicación de los caudales de la República a los gastos privados de uno de sus bandos políticos, se iba a hacer a la larga imposible arrancar la autoridad a un partido cuyos abusos y arrogancia provocaban la condenación de sus prohombres, y cuyos errores económicos, continuados en favor de notorios intereses, han traído al país, favoreciendo engañosamente el mantenimiento de industrias artificiales, a una crisis latente y angustiosa, que todo lo paraliza y alarma, y de la que solo podrá reponerse la Nación por su producción agrícola, ayudada del abaratamiento de la vida en virtud de una tarifa más racional y llevadera, y de la reducción de la producción industrial a la de aquellos artefactos que sin ficción arancelaria pueden fabricar los Estados Unidos con posibilidad de vencer en la competencia a sus rivales extranjeros.—Tierra, cuanta haya debe cultivarse: y con varios cultivos,—jamás con uno solo. Industrias, nada más que las naturales y directas.¹⁸

No bien comenzó la Nación a sufrir por la depresión de su comercio, investigó sus causas, y las halló en gran parte en el parcial y desenfadado manejo de los negocios públicos. La Nación era un festín, y los republicanos, gordos y lucidos, estaban perpetuamente sentados a la mesa. Las heridas políticas, como las del cuerpo, de sí mismas se curan, sin más que cuidar de no envenenarlas o reabrir las; y así como la carne crece, y acerca con un tejido nuevo los bordes abiertos, así de los males excesivos brota, como su fruto natural, el remedio. Las leyes de la política son idénticas a las leyes de la naturaleza. Igual es el Universo moral al Universo material. Lo que es ley en el curso de un astro por el espacio, es ley en el desenvolvimiento de una idea por el cerebro. Todo es idéntico.—Cuando parecía, por el apetito de riqueza fuera del gobierno, y la inmoralidad dentro de él, podrida en la médula, y como sin cura posible, la nación; cuando en su aplicación veíanse corrompidas como en los países viejos, las instituciones políticas, y la naturaleza humana; cuando a vuelta de un siglo, toda era polvo la peluca de Washington,¹⁹ y polilla la chupa de Franklin²⁰ y lepra todo Jefferson;²¹ cuando eran de ver, en el espíritu del gobierno, la usurpación y el desenfado, y el ímpetu

¹⁸ Hasta aquí el texto publicado en LN el 9 de mayo de 1885. Al texto que sigue, publicado en LN el 10 de mayo, le precede: «(Conclusión. Véase el número anterior)».

¹⁹ George Washington.

²⁰ Benjamin Franklin.

²¹ Thomas Jefferson.

de arremeter, so manto de Libertad, contra la esencia de ella en el país y fuera de él,—y en el país eran de ver la misma empleomanía, preocupaciones e imprevisión que desfiguran a pueblos de cima menos afortunada y grandiosa,—surgió, como por magia, en cada lengua un remedio, se levantó, como contra la esclavitud, en cada púlpito un apóstol; se ensañaron con brío juvenil, los honrados ancianos; relucieron aquellas mismas lanzas de la cruzada abolicionista; salieron de su silencio los pensadores vigilantes, que son, como la médula del cuerpo humano, la esencia escondida de los pueblos; y la República se mostró superior a su peligro.

¡Así sea para los males de orden mayor que se están comiendo el espíritu nacional, nacidos todos ellos, como las ramas de una semilla, del culto exclusivo a la riqueza! Se llenó el país de reformadores. Y la campaña que empezó en las elecciones de ciudad por despojar a los traficantes de votos del poder, poco antes omnímodo, de elegir a su sabor los municipios, creció, más aprisa que la nieve que rueda, y en tres años ha venido a parar en arrancar a los traficantes, organizados de modo formidable, el absoluto y descarado dominio con que venían imponiendo su voluntad en las mismas elecciones presidenciales sobre la unánime de la Nación y sus necesidades más urgentes.

A las raíces del mal se está yendo, se ha visto de donde el mal proviene. En las raíces se le está atacando. Así, de tiempo en tiempo, precisa purgar el campo de gusanos y yerbas.

Tímido primero, y luego más enérgico de verse desairado, empezó a alzarse entre los republicanos un clamor de reforma,—en la manera de nombrar los empleados, en los trabajos electorales y la recaudación de fondos para ellos, en la distribución fraudulenta del sobrante del Tesoro, en los derechos de importación que, con ser más que lo que el gobierno requiere para sus expensas, mantenían en apetito activo a las traillas de logreros congregados en Washington para distribuirse el exceso, estimulaban la producción de artículos imperfectos, invendibles en el interior e inexportables, y hacían cada día más escaso el trabajo, más cara la existencia, y más sombrío el problema público. Enfrente de los demócratas al principio, cerca de ellos más tarde, y a su lado al fin, se unieron los republicanos honrados a la demanda de reforma, cuando no la originaron y consiguieron con más energía que los demócratas mismos, como en la ley que establece la elección de empleados menores en certamen público, y su promoción por mérito. Y como trocar el sistema de empleos, era descabezar la organización republicana, ahí culminó y por ahí se convirtió en guerra mortal, el desacuerdo referido, entre los republicanos que mantenían la urgencia de reformar la tarifa,

purificar la administración, y estorbar con un buen sistema de empleos la complicidad del Gobierno y los funcionarios públicos en la preservación violenta e indebida del poder, y aquellos otros republicanos más influyentes en el partido y numerosos que, ayudados de los capitalistas cuyas empresas favorecen, originan su influjo y bienestar, y los mantienen en el ejercicio de su privilegio de distribuir empleos entre sus amigos y auxiliares.

¿De quién había de ser el triunfo en la convención de los delegados del partido, escogidos entre los que subsisten de su favor por los que lo comparten o lo esperan, sino de los que reparten los beneficios? De esta, secundado por los capitalistas, era Blaine el capitán; Blaine, que llama a la gente familiar por su nombre de pila, y a los Josés «Pepotes», y a los Migueles «Miquis», y «Tomasetes» y «Juanillos» a los Tomases y a los Juanes, lo que deja a estas gentes gansescas muy llenas de halago; Blaine, que con el rufián habla en su jerga, y con el irlandés contra Inglaterra, y con el inglés contra Irlanda, y fue el que quiso sujetar en hipoteca al Perú, bajo la garantía y poder americanos al pago del reclamo de un aventurero²² con quien andaba en tomares y decires y por cuyos intereses velaba con tal celo que convirtió al Ministro de los Estados Unidos,²³ muerto después del bochorno, en agente privado del reclamo, que abusaba del gran nombre de su pueblo para que los beligerantes reconociesen la impura obligación, Blaine, móvil e indómito, perspicacísimo y temible, nunca grande; Blaine, acusado con pruebas y con su propia confesión escrita, de haber empleado espontánea e intencionalmente, en anticipo de una recompensa en acciones, su autoridad como Presidente de la Casa de Representantes²⁴ para que se votara una ley que favorecía indebidamente los intereses de un ferrocarril en que ya tenía, por servicio no menos, una buena parte;²⁵ —Blaine, que no hablaba de poner orden en su casa, sino, de entrarse por las ajenas, a buscar, so pretexto de tratados de comercio y paz, los caudales de que

²² J. C. Landreau.

²³ Isaac P. Christiancy.

²⁴ Cámara de Representantes.

²⁵ Referencia a la actuación de Blaine como agente de negocios de los bonos en la bancarrota de la compañía ferrocarrilera Little Rock & Forth Smith, aprovechando su puesto de Presidente de la Cámara de Representantes. En dicha transacción obtuvo alrededor de 100 000 dólares. La carta incriminatoria se publicó antes de las elecciones de 1884, y concluía, firmada de puño y letra del propio Blaine, con la frase: «Que me esta carta», lo cual no cumplió el destinatario, Warren Fisher, contratista de la Compañía Little Rock.

los errores económicos del Partido Republicano han comenzado a privar a la nación;—Blaine, mercadeable, que a semejanza de sí propio,—en el mercado de hombres compra y vende. Tal Convención eligió a tal candidato. Blaine fue el electo. Por debajo de las banderas alquiladas, y de entre los delegados vendidos que habían ayudado al triunfo, salieron, llenos de rubor y de ira, los que con una generosa esperanza habían acudido a la Convención para ver de nombrar a un hombre honrado.

Había venido entretanto, criándose para la victoria, a la que son buenos pechos los desastres, el Partido Demócrata. Coincidiendo, en apariencia en toda cuestión grave, y aún en sus mismas divisiones interiores, con el Partido Republicano, no puede, sin embargo, desconocerse que lleva en sí poderosísima esencia y algo como la médula de la República el partido que quedó en pie después de haber abierto el camino a los rebeldes, dándoles eminentes defensores, y continuando luego la guerra con el voto cerrado de los enemigos de la Unión.

Mas los federalistas, que eran como los republicanos de ahora, se habían diseminado: los republicanos triunfantes no traían cuerpo esencial de doctrina, sino la misión accidental y temporal de mantener sujeta la Unión para cuya defensa habían nacido; y el Partido Demócrata quedó vivo, como partido de oposición, que con serlo tiene ya condiciones legítimas y útiles de existencia, como el último símbolo, y la semilla de derecho, de la doctrina de los estados rebeldes que por medio de él únicamente se manifestaban,—y, enfrente de un partido transitorio e infantil, como la urna de madera noble, hollada por los fusiles, roída por los gusanos, quemada por la pólvora, que guarda el aroma de aquellas colosales flores de justicia, radiosos pensamientos, con que este pueblo apareció a la vida. Aquella gran familia de estados, que tuvo, como toda casa joven, sus desconocimientos y turbulencias, mas que se asentó luego con el respeto y puntillosa cortesía de los hogares puritanos; aquella sustanciosa y fundamental elocuencia, novedad absoluta y reflorecimiento de la mente humana, cuyos radiantes párrafos parecen pabellones de victoria, y a la que se asoma el espíritu reconocido como a la mano de un padre, o como a un nuevo mar; aquella generosa épica, que en su día aparecerá, cuando la lejanía permita verla proporcionalmente, no abatiendo hombres, sino tallándolos; no tinta en sangre por una moza liviana, como la épica de los peluquines clásicos, sino de las ruinas del hombre, que salió mal hecho la primera vez, recomponiendo a la criatura humana, y quitándole las bridas, y coronándolo de luz; aquel espíritu, aquella letra, aquella revelación del tiempo heroico del pueblo americano, perpetúanse, como tradiciones de familia que han solido ser abandonadas en el canoso Partido Demócrata, favorecido con el sutil

prestigio de la leyenda y de la buena casa. Imponen, esas acumulaciones de virtud. Los hombres, que apedrean la virtud, saben que necesitan de ella para salvarse.

Ve la gente, en la posteridad de los personajes ilustres, como la sombra de los grandes hombres. Y los pueblos, así como los hijos, aman más a sus padres después de muertos. Luego que cesó la guerra, y empezaron a brillar los mercenarios que ella sacó a flote, con la insolencia y ruidos propios de la gente advenediza, los ojos se volvían como a un descanso, a aquel viejo partido, arrinconado y expulsado, que purgaba en la pobreza su fausto y sus yerros; pero en el cual, más que en los atrevidos soldados triunfantes, vivía, con su traje de terciopelo negro y sus zapatos de hebilla de plata, el espíritu de la República.

Demócrata había sido el Sur antes de la guerra; y vencido en su tentativa de crear nación propia, mantúvose afiliado al partido que a sus contemplaciones con el Sur, tanto como a una corrupción administrativa, no menor que la de los republicanos de hoy, debió su salida del poder, punto menos que ignominiosa.

Y como considerable número de demócratas del Norte habían servido con lealtad la causa de la Unión, no les dañó grandemente que los estados rebeldes les continuasen afiliados, sino antes bien les dio la formidable masa de votantes que para equilibrar la de los republicanos, dueños de todo el Norte, necesitaban, mientras que la adhesión del Sur se explicaba como el natural apoyo de estados oprimidos al partido que mantenía la obligación nacional de respetar, como caudal ajeno, los derechos reconocidos por la Constitución a los Estados. Señores del Norte eran los republicanos: y del Sur, los demócratas. Más poblado estaba el Norte que el Sur, pero esta merma de población la reparaban los demócratas con sus partidarios del Norte numerosos. El combate, pues, comenzó a ser reñido desde las primeras elecciones y a pico cerrado. Con un poco que aflojasen los republicanos, con un poco que los demócratas creciesen, la victoria podía cambiar de lado.

Para un cambio en el gobierno, no se necesitaba un vuelco redondo de la opinión nacional, sino una oscilación ligera. Quedaba, para los demócratas, reducida la contienda a aguardar los yerros de los republicanos, a esperar a que se apaciguase la desconfianza que de ellos se tenía por su arraigo en los estados rebeldes, a presentar en las grandes cuestiones nacionales un programa más seguro y conforme a las tradiciones, que el de los republicanos. Todo lo cual dejaron de hacer cegados por intereses locales, durante largos tiempos. Y el poder les viene hoy, no de sí mismos, ni de ninguna especial virtud de la idea democrática, sino de la confianza que, a pesar de su partido, inspira Cleveland, por independiente

y honrado, en un momento de corrupción gubernamental y alarma pública, en que la independencia y honradez hacen gran falta.

Aseguradas las libertades esenciales, sin cuyo completo goce no está justificada la paz en ningún pueblo honrado; anonadada la intentona de separación que puso a la vez en peligro la eficacia de la República como forma de gobierno, y la existencia de la unión nacional; creados, en consecuencia de la población, confianzas y créditos que trajo la guerra, intereses enormes,—los problemas que a la guerra siguieron, salvo el de las franquicias del Sur, que los republicanos cercenaban y amparaban los demócratas, fueron, más que políticos, económicos. Y el de importancia mayor, y el único con el que uno de los dos partidos hubiera podido presentar batalla, era el problema del librecambio, que a cada elección parecía venir a ser el caso de combate, pero del que, como del escollo en que ha de zozobrase, huían con igual tenacidad ambos partidos.

El librecambio, que solo impide el desarrollo de las industrias ficticias, y asegura baratez a la vida general, base firme a la riqueza y al comercio, y la paz, que de esto viene, a la Nación, se hacía cada vez menos fácil en los Estados Unidos, por haberse creado, al abrigo de un sistema engañoso, numerosas industrias violentas que ocupaban a centenares de miles de obreros, a los que humanidad y prudencia aconsejan no dejar súbitamente sin oficio.

No son en los Estados Unidos partidos de clases diversas los dos que se disputan el gobierno. Fabricantes y obreros hay con los demócratas; fabricantes y obreros hay con los republicanos. Por sus notables principistas y abnegados servidores de la cosa pública sobresalen los demócratas, pero muchos de ellos, como Cox,²⁶ son hombres acaudalados; como Hewitt,²⁷ grandes manufactureros.

Y manufactureros y operarios, tanto de un bando como de otro, son, según sus alcances intelectuales y la independencia de sus industrias, librecambistas o proteccionistas. De modo que esta no pudo ser línea divisoria entre las organizaciones rivales. Poderosa ala librecambista tiene el Partido Demócrata: más poderosa acaso la tiene el Republicano: y cuando una u otra de estas dos opiniones contendientes en el seno de cada partido ha querido extremarse y declararse como dogma de él, la opinión rival se le ha opuesto con tanta energía que la tentativa ha sido abandonada, porque de seguro abría en dos el partido, que para sus demás fines necesitaba conservar la Unión.

²⁶ Samuel S. Cox.

²⁷ Abram S. Hewitt.

En economía, pues, uno y otro partido andaban igualmente vacilantes. En religión, fuera de estar siendo socavados ambos, como por el diente de una nutria, por la Iglesia católica, tan dividido en protestantes y católicos está el uno como el otro. En política, sí que los divide, aun sin saberlo ellos, el diferente concepto de la nación y su gobierno; pues los republicanos, que vinieron de la guerra, trajeron a la conducción de los negocios públicos los desembarazos y acometimientos de los vencedores, y en su política fueron de notar siempre, como pecho vellosa que no alcanza a esconder la pechera bruñida, las cualidades del combate: el botín y la violencia; mientras que los demócratas, que de viejo guardan la leyenda republicana, miraban de mal grado a la muchedumbre violenta y novedosa, amiga de mandos imperiales y de pompas, y de excursiones por tierras ajenas, que, porque había salvado de un peligro a la nación, se creía autorizada a prescindir y blasfemar de su espíritu:—por lo cual, aunque descontentos de mucho inmigrante burdo que a la prédica de las libertades les seguía, iban del lado demócrata los guardadores de la República: los enemigos del soldado.

Pero como unos y otros, aparte de esta distinción (no visible sino a las miradas penetrantes) donde gobernaban, gobernaban con iguales abusos, por ser ambos tajos de un mismo pueblo; como en ninguna cuestión capital se diferenciaban, sino que se dividían de igual manera; como que, el único problema imponente, a no ser el de la corrupción electoral y administrativa, era ese del sistema económico que la exuberancia de la producción y dificultad del comercio venían cerrando, en él parecían haber de parar al fin ambos partidos, e irse de un lado los librecambistas, republicanos y demócratas, y de otro, los proteccionistas de ambos bandos.

Mas los pueblos ricos, conservadores de suyo, solo aceptan en casos extremos las soluciones radicales, y ven todo cambio con horror secreto. De modo que como, a la vez que estas penurias económicas, cuyo remedio ha de ser a la fuerza violento y costoso, había disgusto de la arrogancia republicana, pruebas de su imprudencia en el manejo de los caudales del Erario, y miedos de que la libertad electoral, ya muy desfigurada por los que han hecho negocio de la política, quedase definitivamente en sus manos, por ahí se han manifestado primero, por no costar ahí nada el cambio, las inquietudes y cóleras del país descontento.

Y esto, no por sacudimiento de la masa votante, que solo se estremece cuando el hierro le entra en las carnes, o el lobo le aúlla a la puerta; sino por la briosa arremetida de la gente pensadora, que apenas vio cierto el peligro de la República, saltó a la plataforma, peroró desde los ferrocarriles, propagó por toda la nación la alarma, enfiló sus soldados

en las cajas de imprimir, y en el borde de una navaja ganó la contienda. Mas lo curioso es que la victoria de los demócratas la han ganado los republicanos.

En la nación venían gobernando los republicanos; pero en algunos Estados los demócratas; y en New York, donde la opinión fluctúa, con inclinaciones democráticas, unos y otros, con lo que se tenía ocasión de ver que los de la oposición no eran más escrupulosos que los del gobierno en el modo de reclutar partidarios y premiarlos. New York principalmente estaba como roída por una caterva de hombres lustrosos y obesos, consagrados, con gran provecho, a mantener subordinado el voto de la ciudad a los intereses de una añeja corporación democrática. Tammany Hall, que como por la distribución de empleos pequeños y el avivamiento de las pasiones irlandesas, disponía del voto de la ciudad que es más importante que el del resto del estado y decide de él, no solo imponía sus candidatos al partido, sino que, por lo que New York pesa en los negocios nacionales, y por no poder haber ahora presidente sin el voto de New York, no podía aparecer candidato democrático a la presidencia a menos que no consintiese de antemano en servir los intereses de Tammany Hall. Y los candidatos que sacaba electos, sabíase ya que entraban a sus oficios obligados a repartir puestos y ganancias con los miembros de la asociación: de estos empleos mayores obtenía los menores con que tenía sujetos a los votantes, que en cambio de ellos le daban el poder necesario para imponer condiciones a los que deseaban ser electos, o sacar por sobre sus contendientes a los que la asociación deseaba elegir.

Era Tammany Hall, con ser demócrata, tipo acabado, por lo que aquí lo describimos a la carga, de ese sistema de capataces, de caciques, de gamonales del voto que,—con no admitir en las listas de las asociaciones de barrio del partido sino a los que acataban sus voluntades, tenía sujeto por la raíz el voto público. Al fin, los no admitidos, que por indiferencia o respetos, venían viendo en silencio este abuso, se levantaron, y votaron. La revuelta fue en el campo republicano. Se levantaron los votantes ultrajados contra el *boss*,²⁸ el cabecilla, el gamonal. Se levantó primero Brooklyn, hogar de la Iglesia protestante, que guarda a pesar de sus estrecheces—¿por qué no decirlo?—la semilla de la libertad humana.—¡Ah Holanda!—¡Ah Guillermo de Orange! ¡Ah, sembradores! vuestra mano, penetrante como una consa-

²⁸ En inglés; jefe. Véase en el tomo 9, pp. 109-111, el texto «El *boss* y los *halls*», en el que José Martí explica ampliamente en qué consiste este cacique político.

gración—se ve aún sobre el hombro de estos reivindicadores de la limpieza de sufragio.

Sacasteis a la mejilla, mejor que nadie en Inglaterra y en Francia, la dignidad humana, que ya no se irá jamás del rostro. Fue Brooklyn la primera en rebelarse contra el *boss*, que en Tammany Hall tenía su representación más acabada. Y eligió a su *Mayor*, un joven honrado y rico,²⁹ contra la oposición de los capataces del voto en Brooklyn. Y como el mal era nacional, por la Nación se esparció el contento y por los electores el crecimiento de fuerza que da la victoria. Y luego por sobre el *boss* eligió el Estado a su gobernador. Y al fin sobre el *boss*, tipificado en Blaine, eligió la Nación su Presidente.

El canevá de toda aquella urdimbre electoral, el huevo de toda aquella vileza, era la repartición de los empleos públicos. Los que «trabajaban» por el triunfo de un partido, se proclamaban con derecho exclusivo a que este los recompensase con los destinos de la Nación, así como los que de alguna manera contribuían a la victoria, y sin influjo o pecunia hinchaban el voto, creíanse con naturales títulos a las concesiones y preferencias que están en mano de los administradores de negocios públicos; de lo que deriva que el electo a un puesto no fuese en él, como que sin aquellos votos interesados no hubiera podido alcanzarlo, más que el cómplice y servidor expreso de estos intereses; vendida como se ve estaba la Nación, a los traficantes activos de la política, que por el alejamiento de las urnas de los votantes desinteresados o entrabados por miramientos de partidarios o tibios, dominaban sin contrapeso en las deliberaciones de ambos bandos. Porque donde llegaba al gobierno el demócrata, como que subía por la misma tortuosa escala, quedaba sujeto a iguales compromisos. El gobierno tiene puestos que dar, y abusos que permitir, y contratos que autorizar; y los trabajadores lo eran por la golosina de los puestos, y los que los ayudaban, por la de las contratas y permisos. Lo que a los buenos republicanos indignaba, indignaba también a los buenos demócratas. Y así vinieron a juntarse, en la saludable revuelta, unos y otros.

Porque aquella misma diferencia en el partido dominante entre los republicanos de sangre entera, que mantenían en todos sus extremos la política gamonal, de disciplina, acometimiento y despojos, de subserviencia de sus adversarios, de befa y estrago de los pueblos débiles, de gobierno de conquista en conquista en lo interior y lo exterior, —y los republicanos de media sangre, que querían mayor respeto a la

²⁹ Seth Low.

voluntad nacional, menos alarde en las relaciones extranjeras, más pureza en las elecciones y distribución de empleos, más libertad para los miembros del partido,—existía, por causas iguales y con equivalente encono entre los demócratas. No se habla aquí del Sur, cuya simbólica democracia anda dividida por causas locales relacionadas con la guerra; sino del Norte, y de New York en especial, donde se extremó el mal y ha comenzado la cura.

«Borbones» se llaman entre los demócratas los viejos, los que gobernaban antes de la guerra, los que siguiendo el ejemplo inicial de los tiempos de ardiente contienda no concebían que bajo una administración hubiese empleado alguno que no compartiera sus miras políticas, los que en el gobierno contrajeron los vicios que de él nacen y han corrompido a los republicanos, los que más para los demócratas que para la Nación querían su vuelta a la gobernación pública, los que están a las tradiciones, y no a los tiempos. Mas en estos veinte años, mucha persona de buen pensar, mucho guardián de las³⁰ libertades públicas, mucha gente moza a quien sacaba al rostro los colores la soberbia republicana, mucho elector del Norte que veía riesgos de guerra o tiranía en la tendencia del Partido Republicano a reunir en el poder federal las autoridades que pertenecen a los estados y garantizan el equilibrio y renovamiento indispensable a la existencia de esta nación vasta y numerosa, habían venido afiliándose, como al único partido combatiente fuera del que ocupaba el gobierno, al bando democrático, y creando dentro de él como tejidos nuevos, libres de la polilla que cernía la mente preocupada y los casaquines de seda de los empolvados «Borbones». Ni celos del Norte, ni invasiones a México, ni intolerancias mezquinas, ni explotación del gobierno en beneficio de los partidarios. Enfrente de los males creados por el partido republicano, y por el disgusto de ellos, había formado bandera esta gente nueva bajo los demócratas, de modo que no batallaban³¹ como los «Borbones» para recobrar su influjo y aprovecharlo bien, sino para destruir los abusos republicanos, para estancar en lo posible la sed inmoral de puestos públicos; para establecer las organizaciones del partido de manera que todos sus miembros pudiesen expresar y realizar en él sus voluntades libremente; para reformar las elecciones de modo que los funcionarios no fuesen los meros ejecutores de las imposiciones de las camarillas que le aseguraban el nombramiento; para aliviar de cargas innecesarias la importación de

³⁰ Errata en LN: «da».

³¹ Errata en LN: «batallaba».

artículos y la vida general, sin comprometer de súbito la suerte de las industrias establecidas; para sacar de sobre las arcas del Tesoro a los explotadores que las cubren. Y contra estos demócratas nuevos, claman los trabajadores por empleos, los negociantes que los auxilian y dirigen, y los «Borbones».

Los «Borbones» son disciplinarios y quieren el mando como cuna propia, de que nada se debe a los que no sean miembros del partido, en lo que son como los republicanos de sangre entera. Y los demócratas menos miran el gobierno como la manera de afirmar el beneficio propio sirviendo con imparcialidad los intereses generales de la nación, y no creen que sea el gobierno una granja de los miembros del partido triunfante, donde pueden coger hasta la fruta, y rapacear a su placer, sino un depósito, en lo que se parecen a los republicanos de media sangre. Venían, por tanto, con semejante espíritu, hablando dentro de su partido con enemigos iguales, y acercados por natural simpatía, los mejores entre los republicanos y los mejores entre los demócratas. Tímidamente primero, y como en un ensayo, se unieron en Buffalo para la elección de corregidor de la ciudad a Cleveland. Ya con más franqueza, aunque sin confesión pública, juntaron de nuevo fortuna para elegir, siempre a Cleveland, gobernador del estado de New York. Por fin, abiertamente, y en notoria rebeldía, salieron de la Convención republicana muchos de los delegados más ilustres, decididos a apoyar; como apoyaron, al candidato de los demócratas, si en vista de este apoyo, el candidato fuese como fue siempre, Grover³² Cleveland.

Porque tuvo el Partido Demócrata la fortuna de que apareciese en él el reformador que los tiempos requerían, duro como un mazo, sano como una manzana, independiente como un cinocéfalo. No usa pompas en el lenguaje, ni en la vida. Cuando pasa un bribón, dice: «Ese». Cuando le piden que haga lo que no debe, dice: «No». Cuando le representan que un acto de justicia podrá dañar su adelanto personal o el de su partido, dice: «Es justo». Y como el país tiene ahora miedo de que los abusadores le sequen sus caudales, más aún que de que los «trabajadores» le vicien sus libertades políticas, se han dado todos a apoyar a este hombre sencillo, que se ha puesto sin miedo a la limpia de los bribones y la vigilancia de las arcas.

Con el auxilio de los republicanos tan puros, y contra el sentimiento borbónico de su partido, fue electo Cleveland al corregimiento de la ciudad de Buffalo, para que la gobernase con imparcialidad e independencia.

³² Errata en LN: «Graver».

Con tal entereza condujo los negocios de la ciudad, y ganó por ello tal fama, que el elemento joven del partido demócrata lo sacó triunfante sobre los «Borbones» corridos, como candidato al gobierno del Estado de New York, a cuyo puesto subió en hombros de demócratas y republicanos que lo ayudaron, ya con su abstención, por no complacerles el candidato de su partido, ya con su voto silencioso. Y como Cleveland en su difícilísimo puesto mostró saber conciliar el agradecimiento a sus electores con sus deberes para con el estado, como no tenía que pagar por un empleo que no había solicitado; como que contra Tammany Hall, repleto de borbonismo, fue electo; y no cedió ni al deseo de atraerse más voluntades republicanas, ni a las amenazas de Tammany Hall; como gobernó con su partido sin faltar a sus deberes con la Nación, sino en ejemplo y provecho de ella, como en tiempos en que había clamor de honradez y fortaleza, subía la fama de Cleveland por fuerte y por honrado,—aconteció naturalmente que cuando con la designación de Blaine por la Convención republicana para la candidatura a la Presidencia culminó el desdén de los republicanos a la opinión nacional, y la indignación pública,—culminó de la otra parte, en la Convención Democrática, con floja e ineficaz oposición de los «Borbones», el anhelo de reformas en aquel que había demostrado que no tenía miedo para afrontarlas, ni exageración con que deslucirlas, ni debilidad en llevarlas a remate en Grover Cleveland.

Los republicanos disidentes, por considerar como un golpe en la mejilla la designación de Blaine, se organizaron en los Estados, se reunieron en junta pública, proclamaron su determinación de votar con los demócratas, y, contra gran parte de los demócratas mismos, los sacaron triunfantes.

Los más mordidos de borbonismo, los más vivaces partidarios de los demócratas viejos, los que no querían en el gobierno a la democracia joven, formada en los problemas actuales para salvar en ellos a la Nación, sino la de antaño, amiga e incondicional de sus secuaces y consagrada a su servicio; los capataces de votos, que llenará Tammany Hall, siempre por Cleveland tratados con severa firmeza, y sin aquella adulación a que los solicitantes de sufragio tienen acostumbrados a los de Tammany,—en masa se revolvieron contra Cleveland, y ya a la callada, ya a la faz, prescindieron de su voto, o se lo dieron a Blaine, que halló fáciles partidarios entre estos «Tomasetes» y estos «Miquis», y ayudados de ellos, en la gente de Irlanda, con el anuncio, desmentido, sin embargo por su conducta anterior, de que, en defensa de los irlandeses iba a poner la mano, como en el de un perro de presa, sobre el cuello inglés.

Mucho puede Tammany Hall entre los electores de New York, y muy bien organizados los tiene. Muchos votos de Tammany Hall faltaron sin duda el día de elecciones, aunque en público, afectó decir que apoyaría a Cleveland, y luego ha ido a festejar su inauguración en Washington. Mucho irlandés votó por Blaine, aunque mucho alemán republicano hasta ahora, votó en cambio con la democracia. Pero las demás asociaciones democráticas de la ciudad de New York, a que, dado el equilibrio nacional de las fuerzas de los dos partidos, estaba la batalla presidencial reducida; y el comercio en masa, que llenaba las calles bajo la lluvia con procesiones y banderas; y los republicanos disidentes, que en plataforma, púlpito y prensa pelearon por Cleveland, con un ardor que entre los demócratas entibiaban mucho los «Borbones» airados, pudieron al fin, no sin grandísima dificultad, superar el voto de los republicanos disciplinados, y los tráfugas demócratas por poco más de un millón de papeletas en diez millones de votantes: ¡honradas papeletas, alas del derecho, que por encima de candidaturas censurables aunque previsoras, como la de Butler,³³ o ineficaces, como la del Partido de Temperancia,³⁴ o curiosas como la de la señora favorecida por las sociedades del sufragio femenino,³⁵ han llevado al sencillo reformador a que la oreo y purifique, a la Casa Blanca!

Así cayó el partido republicano del poder: así sube, y en esas dificultades queda en él, el elemento joven del partido demócrata. No tiene la virtud más enconados enemigos que los que la ven de cerca!

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 9 y 10 de mayo de 1885.
[Mf. en CEM]

³³ Benjamin F. Butler.

³⁴ El candidato del Partido de Temperancia o Prohibicionista fue John P. Saint John.

³⁵ Belva A. Lockwood. Fue nominada para presidenta en 1884, por el Partido Nacional por la Igualdad de Derechos.

SUCESOS DE LA QUINCENA

Proceso del banquero Fish.¹—Vindicación de Grant.²—Escenas de su agonía.—Memoria del general Santa Anna.³—El aniversario del rendimiento del general Lee.⁴—La escena en Appomattox.—Movimiento político en Washington.—Continuación del análisis del actual problema político.—Modo y razones con que combaten los elementos del Partido Demócrata.

Nueva York, abril 14 de 1885.

Señor Director⁵ de *La Nación*:

Grant, vindicado, expira; y si como presidente dejó pensar y gobernar por sí a sus amigos y valedores, que abusaron de su nombre y desconocimiento de la cosa pública en provecho de ellos y de sus camarillas; si como soldado deslució sus glorias adquiridas en la campaña contra los estados del Sur, con su disposición a marchar a la cabeza de las tropas que debían en caso de protesta armada de los electores del demócrata Tilden,⁶ colocar en la presidencia al republicano Rutherford Hayes,⁷ nombrado en virtud de fraude; como hombre de negocios al menos, aunque débil y ciego, cual suelen ser fuera de sus quehaceres militares, los hombres de armas, queda bien probado que le engañaron en vil acuerdo un atrevido bribón, Ward,⁸ a quien quería como a un hijo aventajado, y un presidente de banco,⁹ Fish, que arregló con el rufián la manera de ir disponiendo, en forma de préstamo a su cómplice sobre seguridades nulas o supuestas, de los depósitos acumulados en el Banco, que como provechos de la firma Grant, Ward y Cía. iban, en parte a Grant y a sus hijos¹⁰ y en parte mucho más considerable a Ward y a Fish. El nombre de Grant lo había deseado

¹ James D. Fish.

² Ulysses S. Grant.

³ Antonio López de Santa Anna.

⁴ Robert E. Lee.

⁵ Bartolomé Mitre Vedia.

⁶ Samuel J. Tilden.

⁷ Rutherford B. Hayes.

⁸ Ferdinand Ward.

⁹ Banco Nacional de la Marina.

¹⁰ Frederick D. Grant, Ulysses S. Grant, Jr. y Jesse D. Grant.

Ward, de rostro vago, lechoso y lampiño, y mirada llena de atrevimiento y desvergüenza, que en el mundo pasan por intrepidez y empuje,—ya por los naturales beneficios que, con semejante asociado y el caudal que él y sus hijos aportaban, habían de venir a la firma; ya por la esperanza de tener por medio del ex presidente aquellos prolíficos y misteriosos negocios de gobierno que en todas partes, según es fama, hacen crecer a ríos, allegados por de contado con aguas turbias, las fortunas que eran antes de ellos escuálidos arroyos. Y Grant, por su parte, airado de que los Estados Unidos no abundasen en aquellos sordos e imperiales deseos suyos de extensión y conquista que le hacían desear por tercera vez la presidencia, y en que le apoyaban, como jefe del partido de resistencia a las masas inquietas, los que pudieran llamarse aquí conservadores, se echó de bruces, espoleado por la visión de crecimientos súbitos y el amor a sus hijos, en las tramas de uno de esos proyectistas ávidos lenguaraces que, por su falta de escrúpulos y sus capacidades de acometimientos, hallan siempre acogida en los negociantes crédulos o ambiciosos. Mas por Grant no vinieron, como Ward suponía, aquellas secretas influencias y contratos pingües que de él se aguardaban; ni Ward, que tenía en estos toda su esperanza, supo hacer más, si esto siquiera hizo, que mermar de tal manera en unas cuantas especulaciones secretas de Bolsa, el capital aportado por Grant y sus hijos, que a poco de asociarse a ellos, ya le fue preciso, en la esperanza acaso de una salvación remota, fingir, en compañía de Fish, y merced a la prominente situación de Grant, la existencia de productivos contratos de gobierno, con cuyos amplios rendimientos explicaba el alto interés que pagó siempre, como incentivo para atraer a sus arcas las fuertes sumas requeridas ya por él para algunas especulaciones locas que aumentaban sus apuros, ya por su cómplice Fish, para ir cubriendo la falsa situación del Banco, que en tanto estuviese en pie les proporcionaría sumas que irse repartiendo como provechos de la firma. Grant entraba y salía en estos negocios, y firmaba en ellos mucho, mas sin entenderlos.¹¹

De fumar con exceso se le llegó a acentuar en la garganta una disposición cancerosa que hoy se extiende por toda ella, y ya le está comiendo, en presencia de un pueblo afectado, las últimas migajas de la vida. En mortaja lo envolverán cuando se muera; pero cuando el desastre de

¹¹ Acerca de este famoso fraude financiero que involucró a Grant, véase en el tomo 17 (pp. 224-235), un texto de Martí referido al tema, publicado en *La Nación* (Buenos Aires), el 16 de julio de 1884.

su firma trajo aquel pánico de Wall Street, en que las mujeres llamaban sollozando a las puertas de los Bancos cerrados, que habían jugado sus ahorros, y los hombres fornidos se sentaban en los bordes de las aceras a llorar su ruina como mujeres; cuando su prolongada asociación con aquellos dos desfalcadores y truhanes, que solo una excesiva ignorancia explica, trajo sobre su cabeza las acusaciones y desvíos más rudos; cuando el que se vio tratado por encima de Washington en su propia tierra, y como a rey en las ajenas, se veía en política desdeñado como jefe inepto y ambicioso, y en privado como el amparador y compadre de un fullero; cuando a duras penas recobraba un tanto del respeto público por su determinación de pagar con sus mismas reliquias de guerras y viajes los ciento cincuenta mil pesos que por consejo de su asociado pidió a su amigo Vanderbilt,¹² y este dio sin tardanza, y no quiso cobrar luego; cuando del más alto poder y fortuna vino a verse de modo que recibió con lágrimas de agradecimiento unos mil pesos que dejó en su mesa D. Matías Romero, el ministro mexicano en Washington, que le quería muy bien, y unos quinientos más que le mandó en préstamo un extraño compasivo;—mortajas fueron ya para aquel hombre, rotas todas sus vestiduras, y el día mismo que le veía vivir, y los rayos de sol que por el alma triste le penetraban como espadas: ¡solo para los felices es hermosa la Naturaleza! Y a todas esas humillaciones venían a unirse la áspera censura de algunos diarios inclementes, que aquí sacuden el látigo sobre la frente de los moribundos y las cenizas de los muertos, y la negativa de la Cámara de Representantes a complimentarle con su colocación en las listas de retiro en el carácter de General en Jefe que abandonó para ocupar la presidencia. Hacía Grant pensar en aquel desdichado general Santa Anna de México, que llegó a ser venerado como Alteza por las gentes de su pueblo y murió al fin, ya después de mucho tiempo de haber muerto, apagadas sus atrevidas ilusiones, vacías las arcas pródigas en que tanto aventurero puso mano, solo, apretados los dientes, con un rasgón de su colcha entre las manos crispadas, en cuarto de paredes polvosas y de alfombra roída, como por el despecho su propia alma.

Mas ni fueron como las de Santa Anna, las culpas de Grant, ni esa por cierto será su muerte, aunque en la amargura y desastres de los últimos meses de su vida se venían pareciendo.

Porque, no bien fue el peligro de Grant conocido, y se supo que el general que sacó a puerto la Unión, y recosió con su espada la carta

¹² William Henry Vanderbilt.

rota de la República, tanto bajo el peso de sus desdichas como bajo el de sus enfermedades, se moría, los enemigos esgrimieron con menos fiereza sus armas; los veteranos comenzaron a recordar hechos gloriosos de su jefe; el Congreso avergonzado de su demora lo puso a la cabeza de la lista de retiro; los sacerdotes de sectas diferentes que en esta época del año—buena para gente anciana—se congregan, le enviaron sus plegarias; la Casa Blanca, que está ahora en los recibos de primavera, suspendió sus banquetes y sus bailes; los niños de las escuelas, con rosas cogidas por sus manos, le mandaron su tristeza y sus buenos deseos; la calle de su casa, en los días en que más se ha temido por él, no se vio un instante sin grupos de gente silenciosa, que miraba amorosamente a las ventanas del cuarto donde expira, y en que la luz, a través de unas cortinas amarillas, entra para verle luchar, con un valor que le atrae las simpatías que le enajenaron sus errores, faz a faz y a sabiendas con la muerte para oírle despedirse uno a uno, y con voz entera, de su mujer,¹³ y de sus hijos y de los amigos que rodean su cama, para alumbrar la escena en que, sentado en su sillón de brazos, declara en el proceso del banquero Fish hechos que llevan a toda la nación la certidumbre de la inculpabilidad de Grant en las vilezas de la firma que llevó su nombre, y para ver cómo lo escribe, ya limpio de esta mancha, y generalmente venerado, en el libro de autógrafos de un niño.

Así queda muriendo. Y el banquero Fish, juzgado en jurado, muy discreto por cierto, en estos días, es reconocido culpable de los cargos más graves que puedan hacerse a un negociante honrado, cada uno de los cuales, que son nueve, lo sujeta a prisión, de cinco a diez años. En prisión está ya, cubierta la mala cabeza, cabeza turbia de anciano vicioso, con un casquillo de seda negra; sin que en el rostro gris de barba rala, acentuado por los labios gruesos y los ojos fríos, se le note la grande vergüenza de haber venido a parar de presidente de uno de los bancos más sanos y antiguos de la Nación en despreciado huésped de una de sus cárceles. En la misma está Ward; y se esquivan, como dos cobardes que han tenido quehaceres con la misma moza. Así vio Fish el 9 de este mes, aniversario de la mejor batalla que ganó Grant en su vida de soldado, y de su clemente aceptación de la rendición de los confederados en Appomattox.

El 9 de abril era; Appomattox, río estrecho; en el pueblo, cinco casas; un juzgado, un taller de carrero, una pulpería, una casa de ladrillo,

¹³ Julia T. Grant.

una taberna; del pueblo al río, un terrenillo, y en él un manzanar, que daba buena sombra; a un lado del camino, donde un negro tiene ahora una cabaña, descansaba Grant, recién llegado, bajo unos pinos: del otro lado, a lo lejos, ya seguro de que el maravilloso Sheridan¹⁴ le había cerrado con su caballería el paso por donde pensaba escapar con su ejército, venía el general Lee, despacio sobre un caballo rosillo, vestido de coronel confederado, a la cabeza de su Estado Mayor. Ya había venido carteándose con Grant sobre la manera de efectuar su entrega; ya llevaba la bandera de los estados sin fortuna caída sobre su corazón; no quería ya más sangre americana; venía muy lentamente, bajo el ala del fieltro oculto el rostro, las riendas sobre el cuello del caballo; y, en silencio, llegaron al sombrío.

Sentado estaba allí entre sus oficiales apeados, sobre unas estacas de la cerca del manzanar con que le improvisaron un asiento, cuando se vio venir en son de ataque a una parte del ejército del Norte. Hizo Lee enarbolarse en una astilla un lienzo, que no se sabe si fue pañuelo o toalla, y con él en alto salió un emisario al paso de los federales, a decirles que Lee, rendido, deseaba ver a Grant; de debajo de un árbol de manzana, salió con este mensaje el emisario. Viose a poco subir por la pendiente a un hombre corto y recio, de holgados vestidos, y fue hacia él seguido por sus oficiales hasta poco trecho, Lee, que se bajó de su caballo a medio camino, y siguió a pie a saludar al que venía. Dicen que de lejos no parecieron más que buenos amigos que se dan la mano y hablan de cosas indiferentes. Concertaron allí nueva entrevista, para firmar las estipulaciones de la rendición; y esto hicieron unas dos horas más tarde, en la casa de ladrillos, a donde Lee acudió con su mejor traje, y al cinto la espada, que cuando salió de allí llevaba: Grant iba en traje descompuesto por no haberle llegado con el triunfo su equipaje, y recibió de manos del desdichado capitán uno de los más grandes ejércitos que han movido guerras sobre el mundo, mas no quiso que los confederados rindiesen sus caballos «porque habían de hacerles falta para el arado de la primavera!».

Lee, casi lloraba. ¡A Grant, que montó a poco a caballo y siguió a Washington, no se le vio ni alegre, ni movido con afecto alguno el rostro! A las pocas horas, el árbol de manzanas a cuya sombra se había sentado Lee estaba hecho trizas, y todas ellas en manos de los soldados federales, que aquella noche se las enseñaban con júbilo al resplandor de las grandes hogueras con que festejaron su victoria.

¹⁴ Phillip H. Sheridan.

Otras batallas se lidian ahora en Washington, diversas de las que se libraron en aquellos días. Batallas son de empleos y de damas.

Las damas, por sus puestos de precedencia ¡quién lo dijera de la republicana Casa Blanca!; por empleos, los políticos de profesión de los estados, todos, que ya se van volviendo, cariacontecidos y sin credenciales, pero que todavía, de cuando en cuando, apoyados por los demócratas antiguos, se aprietan unos contra otros, como los bisontes, y arremeten unidos, levantando gran polvo, con los cuernos rasando la tierra, contra las puertas cerradas de la presidencia y las secretarías, que a nueva guisa, y no a la añeja, están distribuyendo puestos pocos; mas ya estos buscadores de empleos están desapareciendo de lo visible, como los bisontes. Solo que, llenos de despecho, reaparecerán por todo el país, obedeciendo acaso al mandato de la vieja democracia irritada, para impedir, con todo género de esfuerzos de palabra y obra—que en la Convención de delegados demócratas que cada cuatro años se congrega para designar el candidato del partido a la presidencia, vuelva a salir electo, aunque el partido corra riesgo de volver a la derrota, «ninguno de estos ridículos demócratas mozos que pretenden que la gente trabaje por la victoria de un partido que se niega después a darles empleos!». Aunque esto harán los solicitantes despechados, con auxilio de los demócratas de antaño que ven desdeñados sus métodos y maltrecho su influjo en los altos cónclaves demócratas, sin recordar, que, entre otras reformas, anda en camino la de esas mismas convenciones electorales que no son asambleas oficiales de la Nación, sino un modo privado de los partidos de discutir y presentar sus candidatos a la presidencia, en vez del modo antiguo que consistía en que los representantes y senadores de cada uno de ellos en Washington se reuniesen en convención para acordar y nombrar el candidato.

Y la reforma acaso irá más lejos, puesto que actualmente, las convenciones de los Estados, que son los riachuelos que dan en el río mayor de la Convención Nacional, designan a los votantes que las obedecen, los electores presidenciales, encargados por la Constitución de escoger el Presidente de la República; y como los partidos están organizados de manera que no la han de votar fuera de la cédula adoptada en las convenciones, o es inútil el voto, se está estudiando por gente de peso un plan de elecciones presidenciales que no sujete a los electores nombrados por los Estados a la dependencia absoluta de las decisiones de la Convención que los designa, a la cual están ahora sujetos; sino que, ya que el nombramiento de los electores es irresponsable, puesto que lo establece la Constitución, este sea hecho de manera que el tribunal de

ellos escoja libremente de entre todos los candidatos, o fuera de estos si le parece bien, el que haya de ser Presidente de la República. Gran batalla será esta, y no menor de la que acá se necesita para ir salvando a esta Nación de la corrupción y desastre que, a seguir por las vías porque iba, le aguardan; mas todavía no está cercana. La de los empleos es la que se riñe ahora.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 2 de junio de 1885.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ SUCESOS DE LA QUINCENA

Conducta de Cleveland¹ en el poder.—Espíritu y práctica de su gobierno.—Su teoría y manejo de los empleos públicos.—Los nuevos empleados.—Reforma en la organización de los partidos políticos.—Casos de prueba.—Los republicanos aún en sus puestos.—Los nuevos enviados diplomáticos.—El conflicto de Centroamérica,² la muerte de Barrios,³ y la actitud de los Estados Unidos.—Actitud de los Estados Unidos después del incendio de Colón en la guerra de Colombia.⁴

Nueva York, abril 15 de 1885.

En los Estados Unidos fue uso siempre, desde la época de su fundación en que los demócratas de ahora se llamaban republicanos, y los que en tendencias se parecían a los republicanos de ahora, federalistas,—el cambiar, de la raíz al tope, todos los empleos cada vez que, aún, cuando fuera del partido mismo, y sobre todo cuando el partido cambiaba, entraba en el gobierno un presidente nuevo.⁵ Mas entonces se debatían intereses esenciales, y las pasiones de los que batallaban por decidir la suerte futura del país eran ardientes e inconciliables y tan opuestas sus tendencias que con los unos no podían gobernar los otros. Triunfaron definitivamente al fin los mantenedores de la Constitución; y sus adversarios, seco ya aquel primer campo de batalla, entraron a reñir, con menos ira, y ya sobre el país fundado, en los campos menores que la política corriente iba ofreciendo.

Y desde antes de la guerra⁶ se hubiera notado este decrecimiento de pasión, y esta reducción de la contienda por el gobierno a una contienda de métodos administrativos y económicos, a que está reducida ahora, si no hubiera quedado aún en pie aquella cuestión esencial, preñada de

¹ Stephen G. Cleveland.

² Véase en este tomo, la Nf. Guerra por la unidad de Centroamérica.

³ Justo Rufino Barrios.

⁴ Véase en este tomo, la Nf. Guerra Civil en Colombia e intervención estadounidense en Panamá.

⁵ Esta nefasta costumbre, llamada *spoils system*, fue iniciada en gran escala por la presidencia de Andrew Jackson.

⁶ Guerra de Secesión.

problemas y de llamas, la cuestión de la esclavitud, que trajo al fin, como lo previó Webster,⁷ la guerra.

Con los amigos de los esclavos no podían gobernar los enemigos de la esclavitud, que venían al poder con el ánimo de irla destruyendo. Con los enemigos de la esclavitud, y de sus defensores del Sur, no podían gobernar los hombres del Sur, decididos a mantenerla.

Por las diferencias constitucionales primero, y por las esclavistas luego, se concibe cómo, ni aun en manos de aquel clarísimo Jefferson,⁸ pudo el gobierno librarse de la práctica, entonces necesaria, de cambiar casi totalmente los empleados públicos a cada presidencia. Mas extinguida con la guerra, en tanto que se presenten nuevos problemas, la última diferencia esencial, llegóse a ver, como en estas correspondencias queda minuciosamente explicado, que de la viciosa manera de distribuir los empleos, y del ansia de ellos, venían, ayudados de los apetitos de las grandes empresas y los miedos de los capitalistas, los defectos graves del sistema político, que iban ya penetrando en la Nación. Casta de holgazanes. Casta de legisladores traficantes. Nación indiferente. Los que dan el poder con sus votos en liga con los que distribuyen los provechos que vienen de la posesión del poder. El Ejecutivo a las órdenes del Legislativo, en las funciones que son de aquel, para el buen rodaje nacional. El Legislativo a las órdenes de los electores.

A quien no ofrece puesto, no se da voto. De modo que ya se dijo—o la Nación se iba a pique, o se veía modo de poner fin a estas rapiñas y vergüenzas. La reconstitución moral de la República, seriamente amenazada, había de empezar por la reforma en la distribución de los empleos. Cleveland, ascendido al poder en virtud de estas doctrinas, y contra los miembros de su partido que las desatienden y ridiculizan, tendría en el poder entereza bastante para afrontar la amenaza, la injuria, la burla, la calumnia, el desdén, el abandono, que habrían de apilar sobre él, como han apilado, los demócratas viejos, celosos de su influjo en tiempos en que las cuestiones eran otras, y los buscadores de empleos que, en acuerdo con las antiguas costumbres, más que por el triunfo de un sistema político, trabajan por un cambio de gobierno que les asegure puestos de lucro correspondiente a sus servicios? Pues Cleveland ha tenido esta entereza:—y esa frase explica todo lo que ahora, con inflamada verba, llena los diarios, republicanos o demócratas.

⁷ Daniel Webster.

⁸ Thomas Jefferson.

Vienen de los estados diputaciones especiales, con largas listas de candidatos para los empleos ocupados por los republicanos, y al pie de ellas, firmas de los demócratas que en los estados mandan en los votos;—pero los republicanos, si han sido honrados, en los empleos se quedan, y las diputaciones especiales, recibidas sin mucho agasajo, a sus estados se vuelven, aunque sin las listas, que por orden de turno quedan cortésmente registradas en las Secretarías a que los empleos pertenecen.

Era con los otros presidentes, en estos meses de la primavera del año de la inauguración, una antesala del Conde Duque⁹ la casa presidencial; y el presidente para nada más tenía tiempo que para oír recomendaciones y demandas, y esquivarse o prometerse: con Cleveland, los solicitantes comenzaron, si bien con parsimonia, a invadir la Casa, mas de tan firme manera fueron los más señorudos enviados para reforzar su empeño al secretario a que el puesto solicitado incumbía, y el secretario con la entereza daba a entender que el viejo tiempo es ido, que a poco ya estaba tranquila la Casa Blanca.—Antes, a cada entrada de gobierno, representantes y senadores acudían a cada secretario con la lista de los empleados de sus demarcaciones, de antemano adjudicados a los que les habían ayudado mejor, ya en su propia elección, ya en las demás del partido; y fuera del natural contrapeso de influencias rivales de otros republicanos o algún deseo particular del gobierno; los empleos iban, so pena de la hostilidad del representante en el Congreso, a quienes este señalaba, por lo cual era visto como el dispensador de puestos públicos en su distrito: y como los Senadores son electos de más indirecta manera, que comprende demarcaciones democráticas, estaba esto concertado de modo que a los republicanos pertenecía, como de derecho natural, la distribución de los empleos de su distrito entre sus secuaces; y a los senadores la de los empleos de los distritos demócratas, lo que era tan sabido que cuando un demócrata quería un puesto, al senador o diputado republicano lo pedía, no al suyo, que en tal arreglo no tenía manera de influir en las Secretarías:—y sucedió naturalmente que al venir al poder los demócratas, a sus senadores y representantes enviaron sus pretensiones los aspirantes, y aquellos, ya en casos estrechos con su recomendación personal, ya en casos comunes endosadas con su firma, las presentaron al presidente o a los secretarios; mas la austeridad de estos ha puesto la honradez en moda, y el senador que más se muerde los labios, y el representante que más murmura de un sistema que le

⁹ Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares.

pone en riesgo a su juicio la elección próxima, hacen gala de no ser vistos por las Secretarías, u ocultan que alguna vez lo fueron.

En cuanto a empleos, cambios ha habido, inevitablemente en todos aquellos empleados que por la naturaleza política de sus funciones, han de estar para que estas sean eficaces, en acuerdo con el espíritu y métodos del gobierno cuyas ideas administrativas aplican. Los representantes extranjeros se han cambiado; los jefes de secciones en los departamentos; el personal privado en cada uno de estos; el personal director de aquellos ramos confesamente necesitados de reforma. Mas en un caso conspicuo, para el que los republicanos observadores y los demócratas viejos, se apretaron su mejor cinto y batallaron sobre su mejor caballo,—en el caso de Director de Correos de Nueva York,—un republicano probó, que no torció nunca a servicios de partido su correo, y ayuda con voz y acto a la reforma, iba a cesar, por expiración de término, en su puesto. El comercio lo deseaba. Toda la ciudad, y el estado todo, lo apoyaba. Había cumplido con su deber irreprochablemente. Pero si, para otros puestos, bien que de espíritu político, y para hacer la reforma que ya este republicano tiene hecha, se habían nombrado demócratas; ¿por qué a su salida natural de su empleo, no habría de nombrarse en su lugar a un demócrata? ¿Qué demócrata es Cleveland, y cómo considera a su partido, que así va a poner en manos de un republicano la Dirección de Correos de New York, que dispone de mil setecientos empleos? ¿Cómo se contentará sino con este puesto deseado, a tanto prohombre demócrata de New York, que puede dar a los republicanos el triunfo en las elecciones de noviembre, y de Brooklyn,¹⁰ que tan bien combatió por Cleveland?

¿Para quién trabajó la democracia; para los republicanos? Pues si Cleveland deja en la Dirección a Pearson, «contra nuestra voluntad, la voluntad de los demócratas de New York, suceda lo que suceda,—¡ya verá Cleveland!»¹¹ En estas y mayores razones andaban los demócratas viejos, que en New York son los más, y acaso en toda la Nación; cuando se supo, con mucho regalo de la parte honrada, y con mucha ira de los «Borbones», que Cleveland, asesorado por demócratas ilustres, había hallado ejemplar la conducción de la Casa de Correos por el empleado republicano: y lo dejó en su puesto. Las amenazas culminaron. La rebelión alzó las armas. Los «Borbones» pronosticaron la derrota del partido en noviembre, que sin duda desean, para forzar con este

¹⁰ Errata en LN: «Bronklyn».

¹¹ Se añaden las comillas.

escarmiento a Cleveland a que acate su sabiduría y les ceda la jefatura del partido. Cleveland, sin duda estaría ya arrepentido frente a su oposición, de haber nombrado al republicano!

Sucedió en esto que el Comisionado de Pensiones,¹² porque cierta señora que tiene un buen empleo había ofendido en cosas políticas a un amigo suyo, le pidió por telégrafo, a uso republicano, que enviase su renuncia; a lo que respondió la señora que quitarle el puesto lo hiciera el Comisionado; pero renunciar ella, no.

Y el Comisionado acaba de ser nombrado por el nuevo gobierno: este es otro caso de prueba. Es verdad que la señora ha vociferado un tanto, y como desafiado el poder del presidente. Mas no parece que este dé razón al empleado demócrata, sino que, caso de que la señora no desfigure su derecho con provocaciones excesivas, Cleveland estará por la señora.

Y en el nombramiento de representantes [en el] extranjero, que por su importancia precedió a todos los demás, igual fue la sorpresa, cuando si bien en irreprochables individuos no recayó la elección en aquellos prominentes personajes del partido en quienes, por haber ganado antaño glorias en contiendas domésticas, todos tenían puestos los ojos, mirando más en los destinos una recompensa que un trabajo público. Mas Cleveland los considera evidentemente de esta última manera, y no de aquella; por lo que no eligió para los altos puestos de la diplomacia políticos de mera reputación nacional, o meros magnates demócratas, sino aquellos que, a las condiciones generales de antecedentes y cultura que han de asegurarles el respeto que su situación exige, reúnen en cada caso las condiciones especiales necesarias para resolver las dificultades que él presente. A Inglaterra, en diplomacias consumada, que con los Estados Unidos tiene pendientes cuestiones tan importantes como la validez del tratado Clayton-Bulwer¹³ y las de la extensión de los derechos de los irlandeses naturalizados, americanos en Irlanda, envió al caballero Phelps,¹⁴ tan llano como discreto, muy conocedor del carácter y legislación de Inglaterra, y maestro eminente de ley internacional.

A Francia, donde el conocer a los franceses tanto importa, mandó a quien lo es en modales y aficiones, y se educó entre ellos, al caballero

¹² John C. Black.

¹³ Errata en LN: «Bulner».

¹⁴ Errata en LN: «Phelpss». Edward J. Phelps.

McLane,¹⁵ muy distinguido. A Alemania manda a Pendleton,¹⁶ no por ser, como es, demócrata de mucho viso, sino porque el alemán lo habla como el inglés, y las cuestiones pendientes o probables con Alemania, sobre su general ilustración, le son de particular conocimiento.

Y a España, ni siquiera un demócrata nombra; sino que como el republicano Foster¹⁷ inició y llevó a su estado actual el tratado de comercio entre los Estados Unidos y las Antillas,¹⁸ que asegura sin duda a aquellos la dictadura comercial en estas, ruega a Foster que permanezca en su puesto, por lo menos hasta que termine el tratado. En tal espíritu han sido hechos los nombramientos restantes de ministros y cónsules. Solo al Perú va un caballero que, aunque conoce un tanto sus asuntos y no tiene tacha, tampoco cuenta derechos especiales; por más que parece que el Secretario de Estado espera mucho de las cualidades de que sabe poseedor a Mr. Buck,¹⁹ entre las que es la primera un decidido respeto a la independencia de los países a que los representantes diplomáticos van acreditados. A Chile va de enviado un caballero de buena historia política, varia y limpia fortuna y distinción personal: el coronel Roberts.²⁰ A México, como acatamiento a los derechos del Sur, y cumplimiento a la cultura y aficiones mexicanas, envía Cleveland el general confederado Jackson,²¹ persona literaria, y de mucha moderación y riqueza.

Va ya tan adelantada esta carta que apenas queda en ella espacio para dar cuenta de la intervención discreta, aunque no hubiera llegado a ser, ni tenía derecho a ser, eficaz, de los Estados Unidos en la tentativa de unir por la fuerza bajo un solo imperio las cinco Repúblicas de Centroamérica, tentativa que solo la muerte violenta del que la venía desde hace tantos años acariciando, impide comentar con la sagrada dureza y ardiente inmisericordia que inspiran las ambiciones de los tiranos.

¿Cómo no ha de haber anticipado el cable que Barrios, el dictador de Guatemala, es muerto; que en una fiesta de ópera bufa hizo leer la proclama en que se anunciaba Dictador Militar Supremo de las cinco Repúblicas centroamericanas; que mal seguro a última hora del apoyo del Presidente de El Salvador, escurridizo y misterioso, echó sobre él su ejército preparado, y ya en camino para unirse al de Honduras,

¹⁵ En LN: «Mc. Lane». Robert M. McLane.

¹⁶ George H. Pendleton.

¹⁷ John W. Foster.

¹⁸ *Modus vivendi* entre España y Estados Unidos.

¹⁹ Charles W. Buck.

²⁰ William R. Roberts.

²¹ Henry R. Jackson.

mientras que Zaldívar,²² el presidente salvadoreño, aclamado jefe del ejército de resistencia por Nicaragua y Costa Rica, y apoyado por México eficazmente con un contingente de armas que marchaba sobre Guatemala, reunía en la frontera guatemalteca, para cerrar a Barrios el camino de Honduras, el ejército desesperado que en una batalla ya legendaria²³ libró a Guatemala de un dueño cruel, a Centroamérica del más grave de sus peligros, y a nuestra historia americana de un período de espanto y de vergüenza?²⁴ El cable ha de haber dicho que el senador Edmunds²⁵ hizo aceptar en el Senado una resolución tan enérgica que hubiera sido punto menos que una declaración de guerra contra el Dictador, a no haberla templado con su mera repulsa moral el secretario de Estado, Bayard.²⁶ No: los Estados Unidos no intervendrían en las querellas intestinas de los centroamericanos; pero defenderían a sus súbditos en aquellas tierras; y las propiedades de ellos, y protegerían la comunicación por el cable interrumpida, a lo que enviaban ya el buque y las instrucciones necesarias;—y el cable habrá dicho, cómo el generoso México,²⁷ que por justo aborrecimiento a la conducta y atentado de Barrios, se ligó por telégrafo en suerte de armas con El Salvador, y le ayudó grandemente con distraer parte de las fuerzas de Barrios en ir a esperar a los mexicanos que se le venían encima,—desiste, apenas Barrios muere, de todo preparativo de guerra, y de las intenciones de aprovecharse de su posición de persona mayor en Centroamérica, que los Estados Unidos ya le suponían, más celosos que conocedores de su noble vecino mexicano.

Y ya el cable habrá dicho también cómo los Estados Unidos armaron en unos cuantos días, con determinación y sin alarde, unos seiscientos hombres de marina, y en sus humildes buques de guerra, en vapores mercantes, los enviaron a proteger en el istmo de Panamá las personas e intereses de los ciudadanos americanos ya en Colón, reducida a cenizas en la guerra civil que ahora enciende a Colombia,²⁸ ya en Panamá, que a la fecha queda en manos de los revolucionarios: mas la expedición llevó y ha cumplido la orden de proteger a los súbditos, y reponer el tráfico interrumpido por el ferrocarril del istmo, a lo que están obliga-

²² Rafael Zaldívar.

²³ Batalla de Chalchuapa.

²⁴ Véase en este tomo, la Nf. Guerra por la unidad de Centroamérica.

²⁵ George F. Edmunds.

²⁶ Thomas F. Bayard.

²⁷ En LN: «Méccio».

²⁸ Véase en este tomo, la Nf. Guerra civil en Colombia e intervención estadounidense en Panamá.

dos los Estados Unidos por tratado, sin intervenir para esto en modo alguno con la contienda doméstica que divide ahora a Colombia, ni juzgar en ella, ni ayudarla en una parte u otra. Corre el ferrocarril, Colón repara sus muelles. En Colombia pelean contra el Presidente liberal²⁹ que se entrega a los conservadores, los liberales que, extraviados en querellas internas, no vieron que, so capa de buena lengua y literatura latina, siempre gratas a pueblos cultos, se venía encima de sus escuelas laicas, de sus instituciones tolerantes y del gobierno que las mantiene, un grupo político que nada ve en América tan estimable como en España, ni reconoce en aquella destinos propios que en algo la apartan de su fundadora, ni con la España nueva está, de Núñez de Arce,³⁰ y Ateneos, sino con aquella otra canónica y desusada, que rey y clero quiere, y es como era cuando recibía tributo de los indios arrodillados en los zaguanes empedrados de huesos en Guatemala.³¹

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 5 de junio de 1885.
[Mf. en CEM]

²⁹ Rafael Núñez.

³⁰ Gaspar Núñez de Arce.

³¹ En la Guatemala colonial era frecuente cubrir el piso de los zaguanes con huesos de animales.

CARTAS DE MARTÍ

Grant¹ mejora.—Cómo se despidió Lee² de sus soldados.—La casa y el ferrocarril.—Quincena de crímenes.—Un joven distinguido se mata, y mata a su madre y a su hermana.—Males modernos.—El mal de las aspiraciones excesivas.—Exhibición de cuadros americanos.—Bosquejo del arte en los Estados Unidos.—Recuerdos del arte en México.—Los tipos del arte americano.—Creación del arte.—Los pilluelos de Brown.³—Reforma trascendental en el Colegio de Harvard.⁴—Modernos contra antiguos.—Una victoria del espíritu moderno.—El estudio del griego y el latín no será obligatorio en la Universidad.

Nueva York, abril 23 de 1885.

Señor Director⁵ de *La Nación*:

Funerales de Grant; suspensión y estremecimiento público; reunión definitiva, junto a su féretro, de los federales y los confederados; reavivamiento en los diarios de las trágicas y pintorescas memorias de la guerra;⁶—de como en Petersburg,⁷ que fue terrible, nadie vio temblar a Grant, sino andar a paso contenido en su caballo, de un lado para otro, con un tabaco en la boca, siempre encendido; de cómo Lee, cuando acabó la guerra, reunió a todos sus generales frente a su casa de Richmond; que echaron pie a tierra, con las bridas al brazo, de cuyo modo se fue Lee despidiendo de ellos uno a uno, tomándoles largamente por la mano, y mirándoles, en silencio, muy despacio, en el rostro, en el rostro de todos aquellos generales que lloraban, después de lo cual, sombrero en mano, cuando ya muchos de aquellos bravos sollozaban abrazados al cuello de sus caballos, subió Lee paso a paso la escalinata de su casa antigua, y con la mano libre, cubiertos los ojos,

¹ Ulysses S. Grant.

² Robert E. Lee.

³ John G. Brown.

⁴ Universidad de Harvard.

⁵ Bartolomé Mitre Vedia.

⁶ Guerra de Secesión. Referencia, entre otros, a la serie *Battles and Leaders of de Civil War*, aparecida en la *The Century Illustrated Magazine* entre 1884 y 1886. Véanse en el tomo 19, los elogiosos comentarios de José Martí acerca de esta publicación, aparecidos en *La América* (Nueva York, febrero de 1884).

⁷ Errata en LN: Pittsburg. Campaña de Petersburg.

lentos de lágrimas, se entró precipitadamente, sofocando sus altos gemidos, por su morada solitaria:—esas y más, historias y sucesos tenía ya preparados la fantasía popular. Ya se le tenía elegido a Grant lugar de reposo a la sombra del monumento a Washington,⁸ y se decía con este motivo: «Para dos cosas servirá este costoso y feo obelisco, a más de conmemorar la gloria del padre, para medir, como merced a él se ha medido, con más exactitud la velocidad de la luz, y para albergar en su recinto a un gran soldado». Ya un periódico novedoso y brutal había impreso, con vivos detalles, el orden del séquito fúnebre y las ceremonias con que había de ser puesto el cuerpo en tierra;—cuando la prensa entera cae sobre los siete médicos⁹ que habían declarado a Grant moribundo de un cáncer en la garganta, porque una buena mañana el general, sin ayuda de brazo ni bastón, bajó en el elevador hasta el comedor donde almorzaba su familia, y se sentó entre ella, a comer de sus panecillos calientes y su guisado de carnero. Y se ha levantado Grant, y va en carruaje al Parque Central, que está cerca de su casa, al doblar de la cual están por cierto las dos casas suntuosas que compraron, en la Quinta Avenida. Barrios,¹⁰ el muerto, y el que fue su amigo y presidente de Honduras, amigo de las letras y de sus prohombres, Marco Aurelio Soto. Y no solo sale Grant en carruaje, sino a pie por los alrededores de su casa, por donde hay siempre un grupo de curiosos que se descubre al verle pasar, a lo cual él, dulcificado por el sufrimiento, responde con gratitud en la sonrisa: no hay como verse cerca de la muerte para aprender a ser humilde. Ahora dicen los siete médicos después de un mes de exámenes microscópicos de lo que creyeron un epiteloma,¹¹ que puede ser que no lo haya más que en la superficie, o que la hemorragia que puso en riesgo al enfermo—fue de una úlcera común, y no cancerosa:—y como la conmoción pública, alimentada por los constantes boletines de los siete doctores, fue profunda, ahora hay alegría porque el héroe de la guerra puede bien salvarse, y cólera contra los médicos que tan plenamente erraron. Porque al tenor de los boletines, hora sobre hora, un cáncer estaba comiendo a Grant la garganta, y en «su bata de paño pardo y con el gorro de seda que usa para librarse de neuralgias» podía a cada momento quedar muerto en brazos de su fiel criado negro,¹² de

⁸ Obelisco a George Washington.

⁹ Orlando B. Douglass, George F. Shrady, Henry B. Sands, Newman y otros.

¹⁰ Justo Rufino Barrios.

¹¹ En LN: «epitelioma».

¹² Harrison.

su Dr. Douglass de barba blanca, y de sus hijos.¹³ Ese es acaso, con no ser más que personal, el suceso más saliente y notorio de estos días.

Siempre por estos meses, en que empieza a cesar la vida exuberante del invierno, y a prepararse la larga vacación de estío, son escasos los sucesos de importancia, para quien no tiene la mente de gacetero de crímenes que en la quincena actual han sido terribles, y entre gente de cierta pro, como revelando la agonía profunda de un país donde los afectos íntimos no son bastante dulces y sagrados para sobrellevar el peso enorme de esta vida de bestia de hipódromo, apretada y seca, como las fauces del que camina largo tiempo por un desierto en que no hay remanso en que apagar la sed.

¡Mantengan la casa, los que quieran pueblo duradero! ¡Y malhaya los ferrocarriles, si se llevan la casa, que viene a ser como el hígado, que limpia todas las impurezas de la vida! Esta vida de cartón y gacetilla que se lleva ahora, no es buena. Es mejor vivir como los antiguos griegos, sin ventanas a la calle, ni en toda la casa más que una sola puerta; o como vivíamos antes en nuestros países de América, con aquella claridad patriarcal que fomenta la sabrosa virtud, y que la riqueza fácil, y las ventajillas de apariencia que permite, y las rivalidades que crea nos deslucen ahora. Una mañanita de nuestros antiguos domingos, cordial y comunicativa, vale tanto como un ferrocarril o un puerto. Hace cinco años, un pobre suizo,¹⁴ arrepentido de haber puesto en vida miserable a sus tres hijos pequeñuelos, se los echó a los brazos, se fue con ellos a una selva, y, en lo hondo de un pozo, se ahogó con ellos.

Dos años ha, la mujer de un conocido médico de locos que ahora mismo hace de testigo en el pleito de una hija desheredada, so capa de demencia, por su padre, se encerró con todos sus hijitos en su alcoba, y con una pistola nueva, les dio muerte, y se la dio ella. Hoy, el hijo¹⁵ de un caballero que fue ministro de los Estados Unidos en Europa, se lleva por la orilla del mar a su madre¹⁶ y hermana,¹⁷ y las mata, «para que sean más felices», y se mata. Maridos que de una descarga de revólver se llevan a sus mujeres y a sus hijos, y sus propias sienes con ellos, los hay aquí, por celos y por pobreza, cada día.

¹³ Frederick D. Grant, Ulysses S. Grant Jr., Jesse D. Grant.

¹⁴ Este es el tema del poema «El padre suizo», de *Versos libres*. Véase en el tomo 14, pp. 126 y 127.

¹⁵ Young Johnson.

¹⁶ Mrs. Johnson.

¹⁷ Eleanor Johnson.

Algo falta, que refrene. En este pueblo de gente emigrada, falta el aire de la patria, que serena. En este pueblo vasto de gente aislada y encerrada en sí, falta el trato frecuente, la comunicación íntima, la práctica y fe en la amistad, las enérgicas raíces del corazón, que sujetan y renuevan la vida. En este pueblo de labor, enorme campo de pelea por la fortuna, las almas apasionadas de soledad se mueren; o apenas acaba el goce de la riqueza, ya se vuelan el cráneo, porque les parece que no hay más goce. Y a más, en esta época de renovación del mundo humano, los ojos desconsolados, se vuelven llenos de preguntas¹⁸ al cielo vacío, gimiendo junto a los cadáveres de los dioses. De esos crímenes, por sobre todo otro suceso, o falta de otro mayor, se ha hablado principalmente en estos días.

De ese hombre joven que mató a su madre y a su hermana, dicen que en todo este año último lo vieron silencioso y torvo, como si le doliese tener que vivir, con sus gustos de universidad, en un pueblo de gente de trabajo, que ara la tierra y comercia con sus frutos: ¡como si hubiera sobre la tierra nobleza mayor, ni impresión más sana y dulce, que la que pone en un alma limpia el espectáculo de la hermosura de la Naturaleza, y el tráfico con sus fuerzas vivas! Ver trabajadores, repone. Vivir en ciudad, enjuta.¹⁹ Ese infeliz caballero sufría de verse con más apetitos que modos de satisfacerlos: y era como otros tantos de mente de hormiga enferma: padecía de no poder vestir bien, ni poseer grandes trenes por los pueblos de baños en verano, ni ostentar en clubs y teatros en invierno la abundancia de otros condiscípulos suyos más afortunados. Parece que el rencor le fue creciendo en el pecho, donde le anidaban algunas buenas condiciones; y en vez de hacerse, de su propia sangre cuajada, un pedestal en que afirmarse contra los vientos de la vida, era de los que, por traer en el cerebro unos granos de talento, o en los hombros un retoño de alas, ya se imaginan que la tierra entera está obligada a servirles de pavés, como a un triunfador o a una maravilla, y a traer a sus plantas, como a un conquistador, todo género de presentes y de ricas frutas, sin ver que en la tierra, con las propias manos se ha de sembrar con esfuerzo, y con la propia sangre se ha de regar con dolor, toda fruta con que se haya de enjugar los labios. No hay corona como la de la entereza en la adversidad. Se sale de ella, a menos que no se

¹⁸ Errata en LN: «pregunta».

¹⁹ Ideas similares a estas José Martí las plasma en su poema «Hierro», de *Versos libres*. Véase en el tomo 14, p. 106.

tenga una virtud implacable y excesiva, siempre que se pone el cuello al yugo del trabajo, que no estorba, sino estimula, los centelleos del genio, cuya sublime e irremediable intranquilidad suelen confundir los que no lo poseen con las inquietudes punzantes que provienen de la desigualdad entre las aspiraciones prematuras y su realización penosa. El genio verdadero, fuerte de naturaleza, y seguro de un reconocimiento final, acá o allá, no gruñe, ni se impacienta, ni da valor a riquezas pasajeras: trabaja, aguarda y desdeña. Se mete las manos en el corazón sajado y caído, y cuando las retira, con un dolor que da luz, llenas de su sangre propia, sonríe deliciosamente, complacido en su valor; y para beneficio de los hombres, las manos cuentan lo que han visto; o con el verde de la hiel hacen esmeraldas, y con el rojo de la sangre hacen rubíes, y con sus lágrimas diamantes, que montan en firmes estrofas, como un joyero sus piedras, y ofrecen a los hombres curiosos, que no saben qué gemidos saldrían, si se rompiesen, de aquellas joyas finas. Mientras más cruel es el desengaño, más acerada es la espuela heroica. El dolor excesivo empuja el alma a las resoluciones grandes. Los cobardes, dan en la boca de una pistola, y con el humo de la pólvora se desvanecen. Los enérgicos, aunque desgranándose en lo interior como un rosario al que se rompe el hilo, echan manos a la espada, al arado o a la pluma, y con las ruinas de sí mismos, fundan. El hombre tiene que ser abatido, como una fiera, antes de que aparezca el héroe.

En ese pobre mozo que mató a su madre y a su hermana, parece que pudo tanto la certeza, aparente a su ojos, de la inconformidad de un espíritu superior con la vida usual, y el rencor a esta,—que tardaba en satisfacerle—llegó a ser tal, que no creyó bien dejar tras sí, en una existencia infecunda e injusta, a su hermana y a su madre, a quienes amaba: y se las llevó consigo. Algún pesar de familia, que apenó la casa, le decidió la mano. Hoy, sus condiscípulos compasivos, que le recuerdan como al alumno más brillante que tuvo en estos años el Colegio de Yale,²⁰ que es aquí una especie de Oxford,²¹ le han cubierto su féretro de rosas: y con noble piedad, el pueblo de Greenwich, cuyas doncellas acompañaron a la sepultura a su amiga Eleanor,²² han enterrado juntos a la madre y la hermana, y al infeliz hijo.—¡Ah! una mente exaltada, un corazón ambicioso, cuestan mucho de llevar a salvo por la tierra. ¡Con que el decoro mismo, se salva a penas!

²⁰ Errata en LN: «Yals». Universidad de Yale.

²¹ Universidad de Oxford.

²² Errata en LN: «Eleonor».

Bien hacen, pues, y un bien radical y urgente, los presidentes de colegios que, obedeciendo a esa analogía indispensable entre la vida de la nación y los elementos que han de continuarla y vivir en ella, se han decidido a abandonar el programa extemporáneo y férreo de la vieja educación universitaria, y a ir poniendo sus colegios de manera, como el benéfico Ezra Cornell quería, que cada uno pudiese seguir en ellos la línea de estudios a que se sintiese más aficionado. Este Cornell fue, como Cooper,²³ un hombre de trabajo, que fundó un Instituto,²⁴ donde los americanos modernos pueden educarse en los conocimientos nuevos, necesarios para luchar con fruto por la vida en la época moderna.

En primavera se congregan siempre, para departir sobre los problemas e intereses en curso, las corporaciones en los Estados Unidos: los presidentes de colegios como los ministros de las sectas religiosas, los sastres, que quieren reformar el vestido de etiqueta, como los artistas americanos, que no han podido crear aún más que dos tipos, con color falso y ejecución burda, el viejo de barba en halo, como la de Lincoln,²⁵ con sus botas recias, su chaleco corto y su sombrero de fieltro; y el pequeñuelo de las calles, que con cara más rosada e ingenua que la tiene de veras, reproduce el pintor Brown en lienzos conmovedores y picarescos. Ahora están en exhibición, los cuadros de los artistas americanos. No se inspiran en su propia naturaleza, por lo que no traen su nota propia al arte; ni les es esto posible por desdicha, por ir ya el arte tan adelantado que los que quieren estar en sus mercados, y venderse en él, tienen que tomarlo al paso que va, y como él es, desprendido de vida centurial en otros países; de modo que el arte americano no puede traer, al saltar de súbito a la arena, más que ciertas originalidades menores, que por el escaso relieve artístico que todavía alcanza acá la vida nacional, no tienen aún valer de tipos universales, en todas partes estimados y reconocidos, sino méritos secundarios de tipos locales, solo apreciables para aquellos que ven de cerca su exactitud o se sienten movido ante ellos el corazón por las relaciones del sentimiento y la memoria, que siempre gustan de traer por medio del lienzo a la presencia del espíritu lo que causó en ellos alguna vez una impresión penosa o halagüeña.

El Arte, como la Literatura, ni se improvisa ni trasplanta; ni trasplantado, da buen fruto. Para ser poderoso, ha de ser genuino. En pintura, como en letras, solo perdura lo directo. El Arte ha de madurar en el árbol, como la fruta. Se va haciendo despaciosísimamente, mediante la

²³ Peter Cooper.

²⁴ Referencia a la Universidad de Cornell.

²⁵ Abraham Lincoln.

agrupación tenaz e indisoluble de los elementos nativos y distintos que, por los caracteres peculiares de la naturaleza o los productos condensados y resistentes de especiales direcciones del espíritu, constituyen al fin de larga vida el carácter nacional, que como se sale el alma al rostro, en el Arte y en la Literatura se reflejan. Están ahora estos Estados Unidos definiéndose y condensándose, y en un período de monstruosa elaboración e incesante allegamiento, en que apenas se entreven cuáles elementos han de descartarse, y cuáles de permanecer en la Nación definitiva; de modo que, a más hacer, el arte americano, por mucho que quisiera apartarse de las seducciones del mercado que lo incita, no podría más que pintar, con los métodos extranjeros, los paisajes de una naturaleza que tiene más de grandiosa que de peculiar, y los tipos de accidente que en esta época de formación han alcanzado alguna relativa permanencia: el soldado de la guerra del Sur; el negro voluntario; el estanciero viejo; el explorador del Oeste; el esclavo en día de fiesta; el muchachuelo de New York. Y es curioso de ver cómo la mujer norteamericana no ha podido aún lograr una expresión durable en la pintura; ya porque los artistas, educados en el estudio de tipos europeos más armoniosos y flexibles, las hallen, como en verdad están, faltas de femeneidad y delicadeza, ya porque con aquella ductilidad y porosidad mayores que son propias de su sexo, se amoldan con tal rapidez a las fases de civilización por que precipitadamente su pueblo atraviesa, que en ninguna de ellas persisten por tiempo suficiente para constituir un tipo fijo. Más que por condiciones propias, la mujer americana es original en cuanto a espíritu por su asombrosa falta de estas condiciones; y es como un vaso de madera amarga, que en el primer momento guarda al licor que va el azar vaciando en él algo como su sabor legítimo, aunque ya un tanto derivado por el natural del vaso, mas a poco, por encima del sabor del líquido extraño, sobresale la amargura nativa de la madera. Escurridiza como un reptil, vacía como una vejiga, la mujer americana va de una forma a otra, sufriendo rápidamente influencias extranjeras diversas con todos los hábitos y servidumbres del harem en medio de una sociedad libre, que no ha alcanzado a caracterizarla y dignificarla, siendo más digna por el tácito asentimiento de los demás, que por ningún esfuerzo o deseo propio. Por estos tantos resulta que no se ofrece a los pintores como tipo original ni en espíritu ni en cuerpo. Ni los retratistas mismos hallan modo de espiritualizar con el pincel la abuela entonada, la matrona fría, la granítica doncella, cuya faz ni se ilumina ni se adelgaza con los bellos sustos y angélicas consagraciones de las novias. Modelos de trajes, y no almas en transfiguración, parecen aquí los más perfectos retratos de recién casadas.

Escasez, pues, por todas estas razones, tanto de asuntos nacionales como de espíritu nacional con que tratarlos, los artistas americanos que con la buena venta que en estos tiempos alcanzan las pinturas han florecido copiosamente, se limitan, dentro de las maneras de ejecución que gozan ahora mayor precio y boga, a tratar los sujetos usuales del arte moderno, o los correspondientes, y en relación nuevos, que les ofrece directamente su país. Aquel modo de ver heredado, aquella acumulación de métodos originada lentamente en la contemplación de unos mismos espectáculos por los pintores de diversas épocas de una misma raza, que para el fin en una escuela, o en cierta particular sustancia del arte de cada país está manifiesto aún en los métodos más personales y distintos, de sus artistas,—aquí faltan. Cierta crudeza, cierto abocetamiento, cierta prisa, cierto desdibujo, o contradibujo, cierto exceso en la condición dominante, que es condición de la juventud, en el arte como en todas las demás manifestaciones de la vida, si se notan, como defectos típicos nacidos de causas comunes, a modo de impresión general de la exhibición.

Y sin querer, y cuando iba esta carta a hablar de la buena reforma que han acordado los profesores del Colegio de Harvard, se ha dado cuenta de uno de los sucesos más señalados de estos días, que ha sido la exhibición de cuadros de artistas americanos, congregados a competir por los cuatro premios, de a dos mil quinientos pesos cada uno, que, para animar las artes nacionales, tienen fundados las ciudades de Nueva York, Boston, Louisville y San Luis,²⁶ cada una de las cuales tiene su museo, que compra en esa forma la obra que premia: y hay además otros premios menores, creados por americanos entusiastas que aman la pintura, y son, en Nueva York al menos, bastante numerosos. ¡Ah! Cuán diferentes resultados, los que hasta la fecha, y con tanto ánimo y precio, ha dado el arte rudo o imitativo de los Estados Unidos a sus practicantes, y el que, sin estímulo ni campo, ni más que una sola y buena escuela,²⁷ rica en cuadros antiguos, lleva dado, con sus estudiantes, geniosos y pobres, el arte en México! Allí, a las pocas tentativas, rebozó lo que aquí falta: la personalidad. Al punto, la historia legendaria del país comenzó a estimular la fantasía de los jóvenes pintores. La atmósfera musical y luminosa de la tierra de México se puso en sus cuadros. Se ve en muchos de ellos, como que fundó la nueva escuela un dibujante eximio,²⁸ un ultradibujo que, de puro embellecer el asunto, lo desnaturaliza y recorta.

²⁶ Saint Louis.

²⁷ Academia de San Carlos.

²⁸ Jerónimo Antonio Gil.

Pero, si ya en la primera generación de pintores modernos mexicanos,—Rebull,²⁹ Pina,³⁰ Cordero,³¹ Sagredo,³² Ramírez,³³—se nota, a pesar de la excesiva sumisión a las enseñanzas del español Clavé,³⁴ en el Jesús³⁵ de Sagredo arrobadora idealidad, en Cordero osadas excursiones en el verde y en la sierra, en Pina solidez que Alma Tadema³⁶ envidiaría, en Rebull transparencia y bruñimiento—que a los de ningún pintor moderno ceden,—ya en la generación de jóvenes a quienes estos enseñaron ¡qué irse cada uno, este con tamaños históricos, aquél con feminismo italiano, el otro con elegancias parisienses, por donde el genio libre, enfrenado por el buen dibujo, le mandaba! Enfrenado, porque para dejar de hacer academias, es necesario haberlas estado haciendo mucho tiempo.

Sin compradores, y con escaso público, pintaban, con un celo triste y solitario, Obregón,³⁷ con esmero y color, sus cuadros de indios; Ocaranza,³⁸ el más independiente y original de todos, sus cuadros de asuntos modernos, elegantes a veces como un pasaje de François Coppée, simbólicos y terribles otros, como un cuento de Edgard Poe;³⁹ y Parra⁴⁰ pintaba, con vuelo no igualado por ninguno de sus profesores y condiscípulos, ya a los matadores de Cholula,⁴¹ cubiertos de hierro, ya a Fray Bartolomé,⁴² encendido siempre en los ardores a que le movieron

²⁹ Santiago Rebull.

³⁰ José Salomé Pina.

³¹ Juan Cordero.

³² Ramón Sagredo.

³³ Joaquín Ramírez.

³⁴ Pelegrín Clavé.

³⁵ *Jesús en el camino de Emaús*.

³⁶ En LN: «Fadema». Lawrence Alma Tadema.

³⁷ José Obregón.

³⁸ Manuel Ocaranza e Hinojosa.

³⁹ Edgard Allan Poe.

⁴⁰ Félix Parra.

⁴¹ Referencia al cuadro *Matanza en Cholula* o *La destrucción de las Indias*, cuyo tema fue la masacre que el 19 de octubre de 1519, perpetraron los españoles al mando de Hernán Cortés, ante la negativa de los habitantes de la ciudad a entregarles víveres. Encerraron a las personalidades principales en el Templo Mayor y las asesinaron con disparos de arcabuz. La cacería se extendió por toda la ciudad y alcanzó a varios miles de personas.

⁴² Bartolomé de las Casas de Souza. El cuadro se titula *Fray Bartolomé de las Casas*. Acerca de esta obra también escribió José Martí, en la Sección Constante [1] del 1.º de marzo de 1882. Véase en el tomo 12, p. 231, de esta edición.

los espectáculos tristes de la Española en tiempos de Enriquillo,⁴³ pidiendo al cielo a las puertas de un templo profanado, justicia, para el indio gallardo que yace a sus pies muerto, para su desposada de pies desnudos que se abraza sollozando a las rodillas del dominico.

¿Cómo no acordarse, teniendo sangre leal de hispanoamericano en las venas, de estas glorias sofocadas y desconocidas de nuestro arte latino, enfrente de estos paisajes violentos de Chase,⁴⁴ no como los de Velasco⁴⁵ el mexicano poderoso; de estas marinas, acabadas, más sin brío, de Swain Gifford, que sigue a Tieppolo;⁴⁶ de estos retratos de Sargent,⁴⁷ que tiene genio suyo y copia con soltura la figura humana, más a la manera ajena de Bonnat;⁴⁸ de estas playas borrosas de Arthur Quartley, y árabes de Moore,⁴⁹ calcados sobre los de Fortuny,⁵⁰ y pilluelos de Brown, que, tanto como la fidelidad de la expresión, deben su fama a aquella misteriosa simpatía de las almas bien nacidas por la flor que saca su tallo por encima del lodo, por el niño desvalido que, solo en estas ciudades tremendas, batalla y trabaja? A puñados se quisiera tener el oro, para poner en buen camino a esos pilluelos ingeniosos, a esos escolares cascacabezas, a esos vendedorcillos descalzos, a esos harapientos críticos de los manjares expuestos en las vidrieras, a esos remendones de sus propios zapatos que con color un poco castaño pinta Brown.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 13 de junio de 1885.
[Mf. en CEM]

⁴³ José Martí envió una laudatoria carta al escritor dominicano Manuel de Jesús Galván, fechada en Nueva York el 19 de septiembre de 1884, por su novela *Enriquillo* 1882, en la que expone juicios muy interesantes en torno a la relación historia-ficción. Véase en el tomo 17, pp. 381-382, de esta edición.

⁴⁴ William M. Chase.

⁴⁵ Errata en LN: «Velasco». José María Velasco.

⁴⁶ Giambattista Tieppolo.

⁴⁷ John S. Sargent.

⁴⁸ Léon Joseph Florentin Bonnat.

⁴⁹ Harry H. Moore.

⁵⁰ Mariano Fortuny i Marsal.

CARTAS DE MARTÍ

La educación conforme a la vida.—Disciplina de la mente moderna.—La lengua antigua.—Sucesos políticos.—Facciones democráticas.—Tilden.¹—Habilitación de un confederado.—El ministro a Italia enemigo de la unidad italiana.—Número excesivo de aspirantes a exámenes para turno en las listas de empleos.—Consecuencias de una guerra entre Inglaterra y Rusia para la marina mercante americana.—La raza de color y el Partido Demócrata.—Desfile de sacerdotes.

Nueva York, abril 24 de 1885.

Señor Director² de La Nación:

A la Batalla de los Presidentes volvemos ahora, que así se llama el libro en que corren expuestas las razones porque Harvard,³ repitiendo, y no con menor riesgo, la hazaña de Tomás Moro en los tiempos escolásticos, va reemplazando la mera educación literaria, útil solo, cuando es exclusiva, a los maestros de bellas letras por aquella otra más eficaz y sensata, que a la par que afina con el conocimiento de las mejores obras del espíritu las tendencias ásperas de la naturaleza del educando, le prepara, con el estudio de las fuerzas corrientes y el modo de aprovecharlas, a vivir de propio derecho, y no por merced de la tradición y a su sombra, en países en que la tradición no importa, o importa menos que en cualquiera otra, y todos corren, y el que no corre queda bajo los pies de los demás, o se levanta detrás de ellos, oscurecido y empolvado. Ya los sacerdotes no tienen tan seguro empleo; ya los abogados defienden sus pleitos ante los jurados, que no conocen de latines, sino de hechos; ya el periodista ha de abarcar, si quiere poner bien su nombre, no solamente aquellos truismos escolásticos, amartillados en el yunque latino, y dispuestos con provincial prosopopeya, que bastaban antes, con algún tintillo de cosas extranjeras, para dar a un escritor fama de lucero de la prensa; sino la moderna vida múltiple, en todas sus formas, cómo estalla en las minas, cómo ruge en las fraguas, cómo se transforma en el comercio y viaja, cómo se deifica en la literatura y en la política, cómo se sublima y colorea en las artes. El periodista ha de saber, desde la nube

¹ Samuel J. Tilden

² Bartolomé Mitre Vedia.

³ Universidad de Harvard.

hasta el microbio. A Omar Kheyyam⁴ y a Pasteur.⁵ La literatura del espíritu, y la de la materia. Ambas ha de enseñar, si quiere dar buenos hombres de ideas, o preparar bien a los hombres de actos, el colegio moderno.

De disciplinarse tiene la mente, y de ejercitarse; mas no en la repetición de reglas muertas para idiomas que no se hablan; sino en el estudio minucioso de los organismos naturales, que no son menos lógicos que los de las lenguas, y se les parecen,—y en el de estos idiomas de ahora, que a la par que sirven de gimnasia a la inteligencia, y la enseñan a refrenarse, agrupar, depender, e ir por cauces, cosas todas que ha su gran menester la inteligencia humana, la dejan en aptitud de asimilarse los resultados eminentes y actuales de la labor de los hombres en los pueblos en que se hablan las lenguas modernas,—ventajas que no tiene el que sin más estímulo que el del goce de la belleza literaria, que a muy pocos es dado, adquiere imperfectamente a disgusto una lengua en que de siglos atrás han dejado ya de vivir y trabajar los hombres.

Bienvenida ha sido, pues, y merece serlo, esta decisión de Harvard de ir acercando a la vida la educación universitaria, y poniendo a los alumnos comunes más cerca del alemán y [el] francés que del latín y el griego, sin cerrar por eso,—que esto jamás debe hacerse,—a los que sientan afición irrevocable por las letras, o a los que quieran conocer con más fijeza las fuentes del idioma que hablan, aquellas cátedras de lenguas y literaturas antiguas, donde se coge como la flor del espíritu nacida al calor de un cielo azul, en bandejas de plata.

Suena a hoz nueva sobre espiga primeriza, esa brillante lengua antigua.

Es como núcleo y jugo. Da olor de yerba fresca. Asomarse a un poema viejo, es como asomarse al Paraíso. Adán anda desnudo; la serpiente ventrea; se despierta Eva. Todo es raizal, troncal, floral. Circula un aire esencial y penetrante. Parece que se caen capas del cuerpo. Es como una radiosa Primavera. Tales gozos son muy dulces al alma, y a las privilegiadas sobre todo; mas fuera de aquellas escasas personas de irrevocable fuerza literaria a quienes esa enseñanza provee de la grande y sólida forma que han de revestir, para que duren e influyan, los pensamientos, tal espíritu en el colegio, por lo mismo que saca la mente de las esferas usuales a otras más elevadas y deleitosas, no solo lo aleja de la posibilidad de batallar con éxito en aquellas esferas que por su educa-

⁴ En LN: «Kharyjam».

⁵ Louis Pasteur.

ción desconoce, aunque de su educación ha de entrar, de súbito y de lleno, a batallar en ellas; sino que dispone el espíritu a los agudos sufrimientos que produce el choque incesante de una mente purificada y engrandecida por el trato y amor de los grandes ideólogos, con los intereses apasionados y fuerzas egoístas e incontrastables cuya lidia permanente, y en apariencia odiosa, constituye la vida verdadera.

De hoy, pues, en adelante, el Colegio de Harvard,⁶ que va siempre en su disposición a aceptar lo nuevo un poco adelante del de Yale,⁷ abre sus costados con mayor largueza a la vida moderna; deja a la opción de sus colegas el estudio profundo de las lenguas y literatura antiguas, que solo exige para la carrera exclusivamente literaria; y en su sistema general establece el principio de libertad de los alumnos para escoger, dentro del plan y orden del establecimiento, aquellas asignaturas que por sus tendencias más les atraigan, o por sus proyectos para su futura ocupación más necesiten. De esta manera, al saltar a la lid por la existencia, lid impregnada de espíritu animal, avariento e implacable, no se verán los alumnos de Harvard, codo a codo en la labor diaria con los hijos de la naturaleza y del trabajo, como aquellos pecheros obligados en los juicios de Dios del tiempo añejo a pelear con un palo y a pie contra el señor montado a caballo, y armado, caballo y él, de todas armas.

Sucesos políticos, fuera de la continuación y menudeo de aquellos ya estudiados en cartas anteriores, no los ha habido en estos días prominentes. Que las facciones de los demócratas riñen, ganosa cada una de quedar con mayor influjo en la administración de Cleveland,⁸ y este, sin cejar de su programa, acá nombrando a un republicano, allá a un demócrata inesperado, las va, descontentándolas por igual, manteniendo sin razón para creerse una ni otra postergadas. Que desde su hermosa casa a orillas del río Hudson, llena de ricos manuscritos históricos y cuadros notables, mantiene Tilden, con sus sagaces consejos e influjo en su partido, la energía de Cleveland, que no lleva, a lo que parece,⁹ camino de quebrantarse. Que los senadores republicanos se negaron a confirmar el nombramiento de un general confederado para una Legación en Europa, so pretexto de que no hay ley que haya devuelto a los confederados su representación política, contra cuyo voto del Senado mantiene Cleveland su nombramiento, y el general va a Europa. Que después de

⁶ Universidad de Harvard.

⁷ Errata en LN: «Jale». Universidad de Yale.

⁸ Stephen G. Cleveland.

⁹ Se añade coma.

elegido un Mr. Kelley¹⁰ para ministro en Italia, resulta que años atrás, cuando el ejército unido ocupó a Roma, este Mr. Kelley tachó de crimen el suceso, y a Víctor Manuel de criminal, lo que desenterró aquí la prensa, que es un vigía que lo desentierra todo, y Mr. Kelley, avisado de que era probable, como en cartas de Italia se dejaba ver, que el rey Humberto no lo recibiría, creyó bien, a petición acaso de este gobierno, presentar su renuncia.

Que son tantas las peticiones que se presentan a la Comisión de exámenes de empleados de Gobierno, para alcanzar en concurso puesto de turno en las listas a donde por la ley nueva ha de ir el gobierno a proveer ciertos empleos, que la Comisión de exámenes ha tenido que declarar que el número de solicitantes excede ya con mucho al que racionalmente puede ser en mucho tiempo empleado, lo cual anuncia, tanto para contener la demanda por exámenes, como para evitar el mantenimiento de esperanzas inútiles. Que como la guerra probable entre Inglaterra y Rusia¹¹ haría peligrosa para la marina mercante la bandera inglesa, sería muy aconsejable reunir en sesión extraordinaria a la Casa de Representantes¹² hoy en receso, para que revocase la torpe ley que prohíbe que un buque no construido en los Estados Unidos lleve bandera americana,¹³ abriendo así con esta revocación, oportunidad¹⁴ a que la marina mercante inglesa se acoja al pabellón neutral americano, y recobren los Estados Unidos la preponderancia naval perdida, por proteger a unos navieros que solo a precios enormes han llegado a hacer buques buenos. Que los negros del Sur, afiliados hasta hoy como a sus defensores naturales a los republicanos contra los demócratas que miraban como a sus enemigos, por haber sido siempre demócratas los estados del Sur que mantuvieron los esclavos; declaran hoy, por boca de su caudillo, el pujante orador mulato Federico Douglass,¹⁵ que el gobierno de Cleveland les merece cariño y confianza; y un Congreso entero, de ciento cincuenta sacerdotes de color, que representan a trescientos mil negros, va en cuerpo a la Casa Blanca, con el obispo a la cabeza, y dice

¹⁰ Finalmente, fue designado John B. Stallo.

¹¹ Referencia a la tensión entre los dos países, suscitada en 1885 —a causa de conflictos fronterizos entre la India (entonces bajo dominio británico) y Afganistán, colindante con Rusia y apoyado por esta—, que estuvo a punto de desatar una guerra.

¹² Cámara de Representantes.

¹³ Ley de Navegación de 1817.

¹⁴ Errata en LN: «oportunidad».

¹⁵ Frederick Douglass.

a Cleveland un largo discurso congratulatorio, en que le asegura de la buena voluntad y afectuosa sorpresa con que ha recibido los actos del gobierno su raza; después de cuyo discurso, en fila india, de a uno en fondo, pasaron como en la Casa Blanca excluidos,¹⁶ los ciento cincuenta sacerdotes por frente de Cleveland, deteniéndose cada uno, sin hablar, el tiempo necesario para que el Presidente les estrechase la mano.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 14 de junio de 1885.
[Mf. en CEM]

¹⁶ Errata en LN: «excluidos».

CARTAS DE MARTÍ

Revista y resumen de los problemas actuales en los Estados Unidos.—La crisis económica y sus causas.—Dificultades y progresos del gobierno de Cleveland.¹—Manera con que ha ido venciendo la oposición de su propio partido.—Método de proveer los empleos públicos.—Desalojo de republicanos.—Esbozo del carácter de Cleveland.—Cómo Cleveland, siendo alcaide, haló dos veces de la cuerda de la horca.—Los americanos en Panamá.—Gran urgencia de una reforma liberal en la legislación de aduanas y de mar.—Necesidad y modo de crear la marina mercante americana.—Obstáculos que encuentran las reformas, y conciliaciones necesarias.—Cómo son escritas estas cartas.—Hechos menores.—Gran número de suicidios.—La parada de coches.—Beecher² inicia una revolución religiosa.—Miss Cleveland,³ la hermana del presidente, va a publicar un libro.

Nueva York, mayo 29 de 1885.

Señor Director⁴ de *La Nación*:

En este mes de mayo reposan los partidos políticos de su campaña del invierno, y hacen por medio de la prensa y de las declaraciones de sus hombres importantes una especie de balance de cuentas, que viene a ser como una toma de posiciones para los combates que se reanudan en octubre, ya en las elecciones parciales de los estados que en ese mes las celebran, ya en Washington, donde los republicanos, reducidos a la observación, luchan desde ahora por ver cómo impiden que lleguen a un acuerdo sobre las cuestiones de reforma esencial e inmediata los dos bandos que contienden por la supremacía en el seno del Partido Demócrata. Unos quieren que la tarifa se reforme en sentido librecambista, y que los gastos de la federación se colecten principalmente de los contribuyentes nacionales, y en especial de los consumidores de bebidas y tabaco: y estos parece que están en lo cierto, y que cuentan acaso con el apoyo del Presidente. Otros quieren la abolición de las contribuciones internas, para que de este modo, obligado el gobierno a colectar la

¹ Stephen G. Cleveland.

² Henry W. Beecher.

³ Rose E. Cleveland.

⁴ Bartolomé Mitre Vedia.

suma que necesita para su mantenimiento, se vea forzado a mantener la actual tarifa, proteccionista, que ha traído al país a la crisis creciente y gravísima porque ahora atraviesa.

Las cosechas se venden mal; ya porque de afuera compran menos, ya porque Australia y la India producen mucho, y con trabajo más barato y libertad mayor pueden vender a menos precio que los Estados Unidos. Las industrias, ni tienen el mercado propio, que solo compra, y esto con miedo, los artículos corrientes, ni han mostrado hasta hoy el empuje y previsión necesarios para hacerse del mercado extranjero.

Los ferrocarriles cuestan mucho más de lo que producen, y como ellos las demás vías de comunicación, lo que tiene en depresión creciente el mercado de acciones. En el mercado de productos, suele venderse con tal lentitud que los corredores, cuando no andan entretenidos en unas tiendas de lotería en que so pretexto de negociar acciones por lotes se juega verdaderamente al azar, se toman de la mano en un gran corro y danzan alrededor de la enorme pila de trigo que se ostenta en el centro de la sala. El dinero mendiga tomadores, y no los encuentra, ni aun a precios ínfimos.

Las casas de comercio disminuyen sus gastos y empleados: es notable el número de hermosas oficinas que en este mes de mayo, cuando la ciudad entera cambia de casa, han quedado sin inquilinos: y esto que las oficinas de ahora convidan a trabajar en ellas, las unas pintadas al óleo, de colores blandos, con todo el maderamen amarillo que alegra los ojos y predispone al tráfico y la confianza; las otras de pórfidos y bronce, de losetas de mármol el techo, sujetas con clavos de bronce dorado; de losetas de mármol el piso; de madera amarilla tallada ricamente el mostrador; cada mesa de escribir colocada sobre una alfombra persa; las ventanas de vidrios de colores.

En la ciudad no se observa aquella riqueza y bullicio que en años más prósperos reinaban, sino que los sábados, día en que todas las damas y los galanes todos de Nueva York se dan cita en la acera derecha de Broadway, es muy de notar cuánta⁵ menos es la gente que pasea hoy, que lo que solía ser. Los vapores ingleses, que en esta época del año tienen muy de antemano tomado todo su pasaje por viajeros a Europa, ahora solicitan pasaje, y aunque lo llevan bueno, ni es numeroso, ni presentan aquel concurso parlero y ameno que se reunía en la cubierta de los barcos a decir adiós a los viajeros conocidos, o a darse cita en Europa, o a verlos partir: las mesas estaban llenas de grandes herraduras de

⁵ Errata en LN: «cuánto».

flores, de cestos y vapores de alambre vestidos de rosas: ¿cómo ha de ser este año lo mismo, si los ferrocarriles no pagan dividendos, si los canales los pagan escasos, si los gastos de las empresas exceden de sus provechos, si el mal estado del comercio se agrava con la depresión que la producción excesiva está causando en casi todos los países con que los Estados Unidos trafican?

La primavera misma, consoladora de suyo, ha demorado tanto este año que aún hay nieve en los campos, y el trigo de invierno viene pobre y tardío. Y el mal crece, porque ni depende de este país solo, ni la mente americana es fuera de su tierra tan perspicaz y atrevida como la inglesa, ni aún como la alemana, que dominan las plazas que por todo sentido debieran pertenecer al comercio del Norte; ni es dable en un día volcar, sino con mucho más tiempo y cuidado, el sistema funesto, de engañosas apariencias, el sistema protector, que ha traído este país a esta alarmante plétora de producciones caras, que lo tiene hoy vuelto una especie de Midas. El oro rebosa; pero el pan falta. Demasiados ferrocarriles; demasiada tierra sembrada de trigo; más vías de comunicación de las que en mucho tiempo pueden necesitar las comarcas despobladas que atraviesan; más acciones de las que autorizan el capital empleado y la capacidad productora de las compañías que las emiten.

La deshonestidad y el atrevimiento inmoderado,⁶ si bien deslumbran con sus primeros arranques y beneficios, no pueden crear una prosperidad segura. Los mismos que llenaron el mercado de acciones infladas, sin base real, vendidas ricamente por la astucia y falsificaciones de las compañías emisoras, no saben hoy mismo qué hacer ni con el dinero que merced a ellas han acumulado, ni con las acciones buenas, que en la baja y zozobras generales, han seguido en la mala fortuna, a las dudosas o nulas.

El dinero desocupado viene buscando empleo en suntuosas fábricas urbanas, más altas que las más elevadas torres de las iglesias, todas llenas de piedras talladas el pavimento de mosaico, las alfombras de terciopelo espeso, la entrada, baja y oscura, como en los palacios italianos; todo una maravilla.

Mas las causas que tienen deprimido en lo general el tráfico, mantienen a las gentes en disgusto de toda idea de aumento y cambio; sobre que, como muchos capitales se han dado a edificar, y acá el hacer casas va tan de prisa que parece cuento, los edificios excedieron pronto a las

⁶ Ilegible en el microfilme, desde «inmoderado» hasta «talladas», en el párrafo siguiente. Se sigue la lección de OC, t. 10, p. 243.

necesidades de la población; y estructura magnífica hay, a un lado de la entrada del Parque Central, que como los dientes de una sierra descompueta dibuja en el cielo azul, allá a la altura de un noveno piso, sus paredes desde hace un año no adelantadas. Ese es en Nueva York, sin exceso y sin ocultación, el mayo financiero.

El mayo político va muy ligado a él, como que la catástrofe que la paralización de las industrias traería encima, iniciaría acaso, amén de los males presentes, una campaña temible de los trabajadores desocupados, que pudiera ¿por qué no, si lo tienen en la mente, y aun en los labios? acarrear graves trastornos públicos.

Pero quien observa este país, sin encono, por mucho que en él le disguste la primacía que tienen los apetitos, y el olvido, si no el desdén, en que están las cualidades generosas, ha de reconocer que, con la periodicidad de una ley, sucede siempre que cuando parece que un peligro es inminente, o que una institución está ya profanada sin remedio, o que un vicio se ha comido un lado de la nación, surgen, sin gran aparato, y cuando el mal tiene aún cura, los hombres y sistemas que han de evitar sus estragos. Aparecen, hacen lo que tienen que hacer, y se pierden de vista. Y parece ser también condición de esta ley que el mal se extreme, como si los pueblos prósperos no se decidiesen a variar de rumbo, y a perturbar sus hábitos, sino cuando ya la realidad aprieta tanto, que no es posible negarse a ella.

Esta ley fue confirmada en la elección de Cleveland antes que a la presidencia, al gobierno del estado. El mal era muy grave, y tan arraigado que no se veía la manera de extinguirlo: los republicanos, asidos del poder, abusaban de él cínicamente: atentaban a la libertad del voto, a la de la prensa: burlaban con leyes parciales el espíritu de la Constitución: meditaban ya, para llevar la atención fuera de sus manejos, la táctica de los tiranos, la guerra exterior: ¿quién iba a combatirlos, quién a derribarlos, si las elecciones se ganan a fuerza de dinero, si los republicanos tenían la mano libre en las arcas nacionales, si los ciento cincuenta mil empleados de la República, pagados por esta, eran con su bolsa y con su influjo los agentes interesados en la conservación del Partido Republicano en el gobierno? ¡Pues de pronto se alzó una ola, que nadie desde afuera vio formar, ni se sabe cómo vino, y por encima de todos los políticos ambiciosos e ilustres de la Nación, por sobre el enojo de sus propios partidarios los demócratas, por sobre prácticas y vanidades justificadas por el tiempo, la ola enorme y triunfante trajo sentado en la cresta, y apeó en la Casa Blanca, a un hombre poco menos que desconocido, a un hombre recio y humilde,

apropiado para la tarea de reformar sin miedo y con paciencia el gobierno corrompido, a un hombre nuevo para la obra nueva, al que entre todos sus conciudadanos parece más determinado, y capaz de cumplirla, a un alcaide que cuando fue del deber de su puesto tirar de la cuerda de la horca en una sentencia de muerte, no pagó a otro, como pudo y es uso, porque lo hiciera, sino lo hizo él mismo: la ola trajo a Cleveland!⁷

Nosotros, de raza nerviosa y sensible, no entendemos cómo cabe nobleza, ni elevación, ni cualidad alguna estimable, en un hombre que, cualesquiera que sean las obligaciones de su empleo, no se desgarran en el cuerpo la túnica oficial, y huye de ella como de un manto de lenguas encendidas, cuando su puesto público le exige que por su propia mano hale la cuerda que ha de causar la muerte a un hombre. Aquí también se lo echaron en cara cuando las elecciones; pero se conocía que, aunque el hecho era cierto, la acusación venía sin fuerza y caía en falso. ¿Acaso el enorme valor que un hombre culto necesita para cumplir un deber tan abominable, el deber conocido de un empleo que solicitó y aceptó de su propia voluntad, para cumplirlo por su mano cuando podía remitirlo a otra, no ponía más de manifiesto, en el juicio de esta raza diversa de la nuestra, el alto temple de alma, y cierta manera de heroísmo, del que con ese acto, dos veces practicado, daba prenda de que ninguna consideración ni influjo le hacía cejar en la obediencia a los más duros deberes? Porque más duro no lo hay; ni puede estar sujeto un hombre a influjo mayor que al de su propio deseo de evitárselo. Ha de ser un gran domador de hombres el que a sí se doma.

De esto, sentado como una fortaleza humana en su sillón presidencial, a la cabeza de sus siete ministros trabajadores, está dando amplias pruebas, en cosas aparentemente sencillas, el nuevo presidente. Hace lo que cree que debe hacer. Oye a todo el mundo con suma paciencia, clavando en los que le hablan una mirada que pregunta y juzga, una mirada que tiene aprendido mucho y no lo esconde cuando mira; y luego hace lo que le parece que debe hacer. Si no le conviene para ser reelecto, como sin duda ambiciona y en sus adentros prepara, y una porción de su partido desea,—bien está, no le convendrá; pero eso es lo que se debe hacer. Si no conviene al partido un acto de justicia, sino que sería bueno, para no descontentar a los partidarios, demorarlo o disfrazarlo,—nadie le hable de eso; al partido no le convendrá, pero a la nación le conviene: eso es lo que se debe hacer.

⁷ Se añade cierre de admiración.

Decidido sí es el Presidente; pero no obstinado. Cuando ha meditado sobre un asunto, con conocimiento de todos sus detalles, y resuelto sobre él, lleva a cabo lo que ha resuelto. Pero pesa antes con cabal serenidad los argumentos de un lado y los de otro, y se ve, sin lo cual ninguna virtud o excelencia hubiera sido bastante a traerlo a su alto puesto, que procura ir conciliando, en cuanto la justicia no resulte dañada, los elementos diversos de su partido, y los intereses de su partido y la Nación, dispuesto siempre, sin embargo, en caso de conflicto, a poner por encima los de esta.

No se cierra al consejo racional; antes lo invita, y suele acomodarse a él y agradecerlo: a lo que sí se cierra es al mero influjo personal, y es fama que no hay persona,—y así debe ser, y los que así no sean, dejen el arte de gobernar,—que pueda torcer su determinación una vez que la ha tomado en consecuencia de un estudio maduro.

Como se sabe honrado, no duda de sí, ni teme a lo que digan las gentes. Esta es su excelencia, y no otra. Por la excesiva flexibilidad de los gobernantes en manos de su partido llegó a corromperse la administración republicana: viene bien ahora, para volver las cosas a nivel, un hombre inflexible.—Viendo de alto, se ven estas leyes en lo político como en lo físico. El alma, con todas sus libertades, va como los astros, con toda su luz, donde sus leyes la llevan. Es muy grandioso el mundo. ¡Los hombres espantan; pero meditar en la hermosura universal, aunque sea a propósito de una hormiga que pasa, consuela!

—¡Influir en el Presidente!,⁸ respondió a un caballero de nuestras tierras una ilustre señora de Washington, que de seguro lo ha intentado en vano: ¡*Pooh, pooh!* ¿Qué ha de influir en él ni su hermana, ni nadie? No creo yo que si el más hermoso ángel femenino de los cielos cayese a sus pies con las alas abiertas, hiciese en él más impresión que la que los ángeles de la tierra hacemos, y a la verdad, esta no es mucha.

El Presidente es cortés, pero no a lo cortesano, sino a lo rudo. Tiene la apariencia pesada, como de una fuerza que anda.

El cuerpo lo tiene recio, y el cuello toral; pero el cabello, ya escaso, le suele caer en gajos rebeldes sobre la frente, y como bajo ella le lucen siempre los ojos inquietos, y a veces se mueve impaciente de un lado y de otro en la silla, como quien va a embestir, no es difícil entender que en aquel hombre de peso hay a la vez un hombre de batalla. No son sus condiciones de las que brillan a primera vista, sino de las que se hacen sentir a la larga.

⁸ Se añade cierre de admiración.

Merced a ellas, cuando aún no lleva un trimestre de gobierno, ya tiene como ganados⁹ y convencidos, o enfrenados a lo menos, a los que le hacían más oposición en su partido propio, por su resistencia a repartir a cubadas, y sin mirar en quién, los empleos públicos; sin que para esto haya cejado un ápice en su determinación de irlos proveyendo conforme a justicia.

Ya los republicanos han visto que, aunque Cleveland les agradece muy de veras que hubiesen ayudado a su elección, y allí donde hay en un empleo rico un republicano honrado en su empleo lo deja, esto no quiere decir que por más que los republicanos lo amenacen, como lo amenazaron, con retirarle su apoyo, vaya a dejar a todos los republicanos, honrados o no, en sus puestos, por el miedo de descontentarlos. Ya los demócratas han visto, no sin cierto respetuoso asombro que la gente previsora impone a la que no lo es, que si bien no está Cleveland dispuesto a dar los oficios de la Nación a los demócratas, cuando estos no tengan más méritos que el de haber ayudado en las elecciones a su partido, está por otra parte, determinado a ir colocando demócratas en los puestos ocupados hasta hoy por republicanos que tomaron parte con algo más que con su voto personal, en contiendas electorales y trabajos políticos: y como estos empleados republicanos que son tantos, que apenas hay uno a quien no caiga la censura, y Cleveland vino al poder confesamente para extirpar este vicio, resulta ahora que, precisamente en consecuencia del programa que tanto le pelearon los demócratas, tienen estos manera amplia y justa de entrar con aplauso público en los puestos en que forcejeaban por entrar a rebato y con violencia de oficio: estos son miopes: aquellos son présbitas. Hipermétrope parece que llaman a los que combinan los dos defectos que en política son dos cualidades: en política, se debe ser hipermétrope.

Esa venía siendo ahora la cuestión más grave e interesante en la política, después de haberse demostrado, con la rápida ocupación y abandono inmediato de Panamá, deslucidos un tanto por la ayuda a las tropas del gobierno colombiano,¹⁰ que si los republicanos tramaban aprovecharse de toda oportunidad que les diesen los disturbios de la América española para ir poniendo mano sobre ella, no es este el espíritu de los demócratas que, aunque a la salida del poder hace veinte años

⁹ Ilegible en el microfilme, desde «ganados» hasta «defectos», al final del párrafo siguiente. Se sigue la lección de OC, t. 10, pp. 246-247.

¹⁰ Véase en este tomo, la Nf. Guerra civil en Colombia e intervención estadounidense en Panamá.

eran tan ambiciosos como los republicanos, ahora, con la sangre nueva que ha entrado en el partido, han vuelto a su prístina pureza y patriarcal espíritu antiguo. Esa venía siendo,—y ahí quedó nuestra última correspondencia,—la cuestión más grave e interesante de esta política: la distribución de los destinos. Véase ya cómo va quedando resuelta, y cómo la astucia ha ido aquí acompañando y sirviendo a la honradez.

Formidable fue, y descarado, el ataque de los pretendientes a la Casa Blanca y a las Secretarías, abiertas a todo el mundo para oír, cerradas para conceder. Sin sorprenderse ni ablandarse, que sabía que todo el país le miraba, echó Cleveland atrás a los pretendientes, que se fueron a sus estados jurando venganza y rugiendo. Y ahora resulta que, no en virtud de fraude ni engaño, sino por rigurosa aplicación de su proyecto de reforma, los demócratas, aunque ni por supuesto lo más revuelto de ellos, sino lo más granado, están entrando en orden y por legítimo derecho en los empleos que apetecían. Y la República ha celebrado, la energía primero, y la habilidad después, del Presidente.

Cuanto empleado republicano se ha valido del empleo, o del influjo, o del dinero que recibió de la Nación, para servir los intereses de su partido, ha faltado a su deber y ha abusado de la Nación: su puesto queda vacante, y un demócrata entra en él, un demócrata obligado a no hablar en público, a no escribir en la prensa, a no valerse de su oficio público en favor de los intereses de su partido, al cual, desde que acepta un empleo de la Nación, que a todos los partidos comprende por igual y de todos se alimenta, ya no tiene el derecho de servir al suyo propio más que con su voto. ¿Harán tal los demócratas? Los republicanos afirman que no; sino que harán como ellos. Pero, en silencio, temen que, si esto sucede, Cleveland, que no tiene su empleo de presidente en más que su reputación de hombre honrado, sacará de sus puestos a los demócratas culpables, como con todo cuidado y paciencia está sacando ahora a los republicanos.

Este reconocimiento de los derechos del partido, como se dice en la parla política, ha sido mucha parte al buen acuerdo que ya se nota, o por lo menos al mayor acuerdo, entre las agrupaciones que contienen por el predominio en el gobierno demócrata, y puede a la fecha tenerse por cierto que con una cordura que en un hombre político no hay como alabar, el Presidente, si bien no esconde sus aficiones librecambistas, y todas las que derivan de ellas está decidido a irlas subyugando a las condiciones reales que aún estorban su triunfo, y prolongan, aunque para poco, el de los defensores de la tarifa alta; a cuya muestra de respeto se sienten agradecidos los proteccionistas, que por la boca de su jefe,

Randall,¹¹ celebran «la gran prudencia y patriotismo del Presidente», y abogan desde ahora por su reelección, cuando Randall mismo era uno de los candidatos. Y Carlisle,¹² el último presidente de la Casa de Representantes,¹³ que comparte con Randall el influjo sobre sus miembros, dice punto por punto lo mismo, lo cual hace creer que, aunque cada facción esté en octubre en su puesto, ambas aceptan un mismo árbitro, y estarán a lo que él componga y determine.

Esta concordia es también favorecida por la urgencia de no aparecer divididos e incapaces de soluciones precisas, en momentos en que la penuria pública, imperceptible acaso desde afuera, va siendo ya tan recia que no hay cómo sacar el pensamiento del modo de aliviarla. Si de afuera no compran y adentro no hay para qué, y las fábricas a gran costo siguen acumulando productos que nadie consume, o reduciendo al consumo sus productos, o cerrándose, como ya están centenares de ellas, y estarán otros centenares pronto, ¿qué se hará el ejército de obreros? ¿qué entretendrá las mandíbulas de este gigante? Nadie tenga en su casa un oso, que no haya provisto manera de darle de comer. ¡Qué desbarajuste enorme, el día en que, en un país como este, donde el interés personal es la ley, sientan todos que el terreno que pisan se les escurre bajo las plantas, y, con todos los hábitos pomposos del lujo, se revuelvan coléricos a todos lados, a las fábricas cerradas, a los ferrocarriles detenidos, a los barcos vacíos, a los obreros amenazadores, comidos todos del horror de la vasta pobreza!¹⁴ A esto hay que poner mano, y esto va a suceder, si no se evita a tiempo, en el período de esta misma administración democrática. Toca a los demócratas ir llevando en salvo al país por entre los conflictos a que lo ha traído la administración de los republicanos.

El comercio exterior es muy escaso: es necesario estrechar amistades, abrir caminos nuevos, celebrar tratados útiles, crear el comercio.

Rebajar de una vez la tarifa abarataría la vida del obrero y el costo de la materia prima, lo que permitiría producir más barato y competir en el extranjero con Inglaterra, Francia y Alemania; pero como ya estos países tienen hecho lo que aquí está por hacer, la producción barata, inundarían los Estados Unidos con sus manufacturas, antes de que las fábricas americanas pudiesen estar en posición de exportar en las nuevas condiciones a

¹¹ Samuel J. Randall.

¹² John G. Carlisle.

¹³ Cámara de Representantes.

¹⁴ Errata en LN, cierre de interrogación.

menor precio; y privada de súbito del consumo doméstico, único que hoy la alimenta, la industria nacional, levantada a tanto costo, se vendría abajo: de modo que hay que ir combinando con todos estos elementos la reforma de la tarifa: el problema es este,—legislar de manera que se abarate la producción sin que perezca la industria.

Y ¿en qué buques va hoy por los mares el comercio americano? En buques ingleses, dinamarqueses, italianos, alemanes, noruegos. No hay marina mercante americana.

Allá en tiempos de antaño, por favorecer a unos constructores de buques del país, acordó el Congreso que ningún buque que no fuese construido en arsenales de los Estados Unidos podría llevar bandera americana:¹⁵ y como, por excluir así los buques de fábrica extranjera, los constructores americanos quedaron dueños del mercado, impusieron sus precios, más altos que los de los demás países sobre que, por la alza general que origina el sistema de protector, el costo de producir los buques americanos era en realidad mayor que el de los de otras tierras: de modo que desapareció de las aguas, o punto menos, la marina mercante americana. Si la hubiera, el dinero que ahora se paga por llevar el comercio de los Estados Unidos a los buques extranjeros, quedaría en bolsillos americanos, y constituiría a la riqueza pública.

Es necesario que vuelva, pues, a la Nación el caudal que neciamente se está pagando fuera de ella. Hay que reconstruir la marina mercante. Hay que abaratar la producción de los buques; pero como esto no puede ser tan de prisa cuanto la angustia pública requiere, hay que habilitar a los buques de fábrica extranjera para llevar bandera americana.

En estas meditaciones se juntan y concuerdan, apegados tanto por razón patriótica como por el interés de partido, los bandos en que se dividen los demócratas, muy divorciados entre sí sobre estas mismas cuestiones, pero convencidos ya, a lo que parece, de que no es este el tiempo de extremarlas, sino de acomodarlas de modo que resuelvan, de un modo amplio y generoso los problemas presentes. En plegar y moldear está el arte político. Solo en las ideas esenciales de dignidad y libertad se debe ser espinudo, como un erizo, y recto, como un pino.

Queda arriba reflejado, con el reposo que la calma de primavera permite, el estado interior de esta tierra, y por dónde y adónde van las

¹⁵ Respecto a este tema, véase en el tomo 18, el artículo «El sistema proteccionista y los buques americanos», escrito por José Martí y publicado en *La América* (Nueva York), octubre de 1883.

fuerzas que la componen y dirigen. No está acaso de más advertir que estas cartas humildes van dispuestas de manera que, sin fatigar al que lee con la relación de hechos menudos y nombres que apenas a la distancia entendería, no quede sin embargo espíritu de persona o de suceso que acá influya que, sin que lo parezca acaso, no esté, en una frase u otra, y en el lugar en que hace juego, expresado en estas cartas. De manera que a veces, tratando a la larga un solo asunto, van envueltos en él, sin que se vea en la superficie, otros muchos incidentes y detalles menores, que dados uno a uno, y sin aquella armonía, ni dieran tan clara idea del movimiento y elaboración de esta República, ni dejarían que el que leyese viera de bulto y en globo, como debe ver, las fuerzas que en ella se acomodan y agrupan.

¿Hechos menores? ¡pues si cada día es un poema! ¡cada número del *Herald*¹⁶ es, a su modo, un poema! En estos días, muchas mujeres que se matan; una, con todos sus hijos; otra, la hermosa hija soltera de un labriego, educada en un seminario, que viene a morir a Nueva York en un hotel:—y su padre tenía la mano en el arado cuando recibió la noticia; otra, una niña apenas, sobrina¹⁷ de la viuda¹⁸ de Lincoln,¹⁹ se dispara, en su cama de colegio, una pistola sobre el corazón. Muchos hombres se matan, alemanes los más de ellos: viven hasta su último centavo: con él ruedan.—Hay mucha carrera de caballos, con caballeretes de casa rica que montan bien y saltan mucho. Hay mucho juego de pelota. Hubo hace días mucho coche, en la parada de ellos, que hacen aquí en remedo de la de Inglaterra, y fue muy pobre, no porque los coches no fuesen tan caros y los caballos tan buenos como los de los ingleses, sino porque la costumbre no es del país y se despega de él. Acá no hay en las venas esa sangre hereditaria, que sale por sobre los vestidos. Acá no se ha refinado esa costumbre pintoresca, muy fina donde es antigua, acá no hay en los colores de los coches aquellos juegos que en París renuevan y mejoran la costumbre inglesa, y alegran la parada. Acá, con vestirse las señoritas que van en la imperial del carruaje, de crema y de lila: y los señoritos ir tocados con una chistera blanca, que en Venezuela llaman *pumpá*, y en Colombia *cubilete*, y en Cuba *bomba*, y *sorbeta* en México, y *galera* en otras partes, denotándose con la dificultad de apellidarlos no-blemente, que el tal sombrero en sí es ruin,—ya creen que van bien,

¹⁶ *The New York Herald*.

¹⁷ Nellie Canfield.

¹⁸ Mary Lincoln.

¹⁹ Abraham Lincoln.

cuando no van. Acá, los de los coches van sentados con tal encogimiento y gravedad, como las sombrillas y bastones que lleva el carruaje a un lado en la bastonera de mimbre. Acá se ha dicho mucho, sin embargo, de esta parada de los coches.

Y entre otros muchos hechos, dos hay, que no son para olvidarlos. Es el uno que Beecher, quien a pesar de su moderado atrevimiento, será juzgado con justicia, no solo como el mejor orador sagrado, sino como uno de los gloriosos atrevidos de este país,—ha comenzado una serie de sermones en que pretende, del brazo de la teología y ciencias que la ayudan, conformar el espíritu religioso al espíritu científico: ¡como si, a manera de perfume, no se escapara de la ciencia, la religiosidad! Mientras más hondo, más alto!

Y el otro hecho es que la hermana del Presidente, que es dama de voluntad propia que no quiere vino en la mesa de su hermano y anda enojada con él por esto, vino a arreglar por sí misma, desde la Casa Blanca en que preside, hasta Nueva York, la publicación de un libro suyo, notable y encendido a juzgar por la muestra, en que reúne sus ensayos éticos, estéticos e históricos.²⁰

Quien quiera ver a la hermana del Presidente, vaya de mañana a la Casa Blanca, y la encontrará, vestida de una bata de franela, con una rosa mal prendida al lado, encorvada sobre sus cuartillas, caídos sobre la frente los rizos sueltos del cabello gris que usaba corto, y abierta a la derecha una obra de Hume,²¹ que la enoja, y a la izquierda las Capitulares de Carlomagno.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 15 de julio de 1885.

[Mf. en CEM]

²⁰ *George Eliot's Poetry and Other Studies*.

²¹ David Hume.

CARTAS DE MARTÍ

Decoration Day.—La campaña de otoño.—La estatua del peregrino.—Junio.—La Universidad de Cornell.—Universidad para los hispanoamericanos.—Derechos en Alemania de los alemanes naturalizados en los Estados Unidos. Caso diplomático.—Bismarck¹ y los norteamericanos.—Actual situación de demócratas y republicanos.—Análisis de la situación política.—La próxima campaña electoral.—Los grandes fraudes de la Aduana.—Nosotros los hispanoamericanos—¿Perdurará en los Estados Unidos el espíritu puritano?—El peregrino de bronce.—El día de las flores.—Grant² dice adiós a sus soldados.

Nueva York, junio 12 de 1885.

Señor Director³ de *La Nación*:

¿Los hijos de los alemanes naturalizados en los Estados Unidos, y los mismos alemanes naturalizados, quedan sujetos, o deben quedarlo, a perder a los dos años de su residencia en Alemania la ciudadanía adquirida en América? ¿En Nueva York, quién vencerá en otoño, los demócratas, que parecen más dispuestos a acatar a Cleveland,⁴ o los republicanos, cuyo sistema de fraudes en la Aduana es revelado ahora, y que andan divididos en facciones más hostiles que las de los demócratas? ¿En los Estados Unidos, perdurará el espíritu de *La Flor de Mayo*, representado en la estatua de uno de los peregrinos que vinieron en ella, y ahora en bronce se levanta en el Parque Central, o se pondrá en su lugar, más pujante y menos puro, el espíritu cartaginés, que la seguridad de la fuerza engendra y favorece, o el mercenario, aún más dañoso,—nacido de la accesión continua al país de hombres de otros pueblos que no tienen raíces en él, cuyo objeto único en la vida es fomentar su hacienda y aumentarla; cuyo corazón—como un ave que tuviese las alas contra el cuerpo—se agita siempre, con cierta ira de haberla abandonado, por la tierra nativa, donde hay menos riqueza y más ventura; cuyos hijos nacen en un país que nadie le enseña a amar, con el espíritu del cual contiene

¹ Otto von Bismarck Schönhausen.

² Ulysses S. Grant.

³ Bartolomé Mitre Vedia.

⁴ Stephen G. Cleveland.

acaso el acre y diverso que de sus padres extranjeros recibe, cuyos elementos nacionales, cuyas tradiciones, cuyos propósitos, cuyo sano orgullo patrio no lleva en la sangre? ¿Grant, morirá? ¿Su libro de memorias,⁵ que se publicará en diciembre, y del que ya corren muestras, se leerá con tanta avidez como el de la hermana⁶ del Presidente, la doctrinaria inspirada, que en diez días andará ya en todas las manos, y es esperado con curiosidad acá y en Inglaterra?

De todas esas cosas se habla ahora, porque son las que han ocurrido en los últimos días o están para ocurrir; de todo eso se habla, ya en los colgadizos de los hoteles de verano, sentados los contertulios frente al mar o a la falda de la arboleda pintoresca, en anchas mecedoras rústicas de madera roja y asiento de paja; ya mano a mano en las canoas, cuando se va a recobrar en una partida de remo las fuerzas exhaustas por la labor excesiva, mientras se ve a lo lejos girar sobre su sostén central un puente de acero por donde acaba de pasar arrebatado un ferrocarril, para que a su vez lo cruce el vapor embanderado que lleva a los paseantes por el río; ya en los juegos de pelota, ya en las carreras de caballos, ya en la playa limpia de los pueblecillos veraniegos, viendo cómo compiten, a modo de regata de alas blancas, los veleros *yachts*,⁷ ya en las fiestas con que en este mes de junio celebran los colegios—Yale⁸ y Harvard viejos, Vassar rico, Cornell útil—⁹las fiestas de fin de curso que abren las puertas a las golondrinas cautivas, y los echan armados, a la batalla de la vida, o a que en los regocijos de las vacantes remocen las fuerzas para seguir con el nuevo invierno, preparándose a ella.

Cornell, en Ithaca, es Universidad magnífica. Es la Universidad moderna. No a Seminarios, donde los quiebran; no a colegios de pupilos, donde los explotan y descuidan; no a academias literarias, donde ni las ventajas de la literatura obtienen, pues olvidan la propia y no tienen tiempo ni gusto de adquirir la ajena; no a injertar violentamente en el espíritu penetrado ya de los aires nativos, otro que no se apeg a él y lo aumenta, sino que lo contradice; no a esto, ni por esos caminos, debería mandarse a los Estados Unidos a los niños hispanoamericanos; sino a la Universidad de Cornell, basada en el conocimiento y necesidades de la vida moderna, sin desdén de lo bueno de la antigua; a la Universidad de

⁵ *Personal Memoirs of Ulysses S. Grant*.

⁶ El libro de Rose E. Cleveland se titula *George Eliot's Poetry and other studies*.

⁷ En inglés; yates.

⁸ Errata en LN: «Iale».

⁹ Universidades de Yale, de Harvard, de Vassar y de Cornell.

Cornell, donde adquieren en un trabajo interesante y fecundo los elementos universales de la vida nueva.

¿Los alemanes naturalizados, y sus hijos nacidos en los Estados Unidos, caen de nuevo en su ciudadanía originaria, a los dos años de vuelta a su país?

Parece que sí caen; y que tan oscuro anda el punto, que Alemania ha retenido como soldado a un joven hijo de alemán, nacido y educado en San Luis, que por la Constitución americana pudiera ser elegido a la presidencia de los Estados Unidos. Bismarck gruñe, y da con la bota de hierro en el suelo, cada vez que los vapores de inmigrantes se le llevan a América, con sus gabanes de lana y sus cachuchas, la pipa en los labios, y en la mano la jarra de cerveza, a una barcada de soldados futuros, de espaldas anchas y corazón bueno. Bismarck aborrece a los Estados Unidos. Ayer, cerraba a la carne de cerdo americana sus mercados, so pretexto de que iba enferma y dañina, cuando era la verdad que los que de comer cerdo morían, morían de haber comido el mal cerdo alemán; hoy, ya trabaja por cerrar la Alemania a los granos y el petróleo de los Estados Unidos.¹⁰ Y como ve con ojos hondos, y muy en las entrañas de los pueblos, desafía al norteamericano sin ningún embarazo, y vuelve a desafiarlo al día siguiente, siendo raro que, si puso la mano sobre un alemán naturalizado en los Estados Unidos o en su hijo, ablande el modo huraño y consienta en devolver a los cautivos: antes parece que se goza en negarlo de una manera brusca. ¡Y acá, puestos a machacar en el yunque y a apilar el oro, se ocupan poco en eso!

Pero ahora se nota el deseo, avivado por los alemanes alarmados, de que se rescinda el tratado de Bancroft,¹¹ que en 1868 ajustaron los Estados Unidos con Alemania por diez años, y en que, en clarísima cláusula, se estipula, con inconcebible desconocimiento de los derechos personales, que el alemán naturalizado en América que vuelve a la tierra nativa y está en ella dos años, es de nuevo alemán. Clay,¹² en 1829, ajustó otro tratado que aún rige,¹³ y nulifica el de Bancroft, pues en él se ajustó que los habitantes de Prusia y los Estados Unidos pueden entrar y residir, y salir con toda libertad, y como si fuesen nacidos en la tierra, en

¹⁰ Sobre este tema, véase también «Cartas de Martí. Los acontecimientos culminantes», en el tomo 17, p. 186.

¹¹ Tratado Bancroft-Von Volderndorff.

¹² Henry Clay.

¹³ Tratado de Comercio y Navegación entre Estados Unidos y Prusia, de 1828.

todos los lugares de la otra nación que estén abiertos al comercio,—sin limitar tiempo, ni perder derecho alguno, ni estar obligados a más que a no infringir las leyes del país. Mas hay manera de obviar las contiendas a que se prestan ambos convenios, y es notificar a Alemania como en el de Bancroft se acordó, que al año del aviso queda sin efecto el último tratado. En uno nuevo, no habría que esperar de Bismarck más concesiones, puesto que mira a este país como a un atrevidillo ladrón, que le hala impunemente del mostacho, y se le encorva cuando le enseña toda su estatura; pero se definirían los puntos dudosos. Y los alemanes podrían ir sobre seguro a su tierra; o no ir si no van seguros,—que es donde Bismarck les hiere, porque sabe que los aflige.—»¡La tierra padre!» como dicen ellos: y se quedan largo tiempo en silencio, delante de su vaso de cerveza, apagada la pipa, y mirando vagamente al vacío.

¿En Nueva York, quien vencerá en otoño, los demócratas o los republicanos? Si los republicanos, ¡cómo será esto tenido en el país por una muestra de la incapacidad para el gobierno de los demócratas, que ayudan a derribar a su caudillo porque no se presta a abandonarles los puestos públicos!

Si los demócratas ¡qué golpe de maza en la cabeza de los republicanos, a quienes demostraría así el Partido Demócrata que aunque haya en él mucha gente interesada y vociferadora, puede más la que no lo es, y aplaude la política honrada de Cleveland!

Mal va para las nuevas elecciones a la presidencia el partido que pierda ahora las elecciones en otoño. Por eso, con todo su brío, han empezado ya las¹⁴ labores de campaña unos y otros; y si se recuerda que fue en este mismo estado de Nueva York donde Cleveland estuvo a punto de perder la presidencia, que solo por una pobreza, por unos mil cuatrocientos votos, llevó a Blaine,¹⁵ vese que el vado es de tentar. Y como los demócratas de Nueva York no obtienen de Cleveland, como muchos de ellos quisieran, los puestos pingües en que se abusa de los dineros e influencia de la ciudad, no fuera extraño que muchos de ellos conviniesen en dejar de votar, o votasen de mal grado y como para ser vencidos, lo que, por mucho que el grupo de republicanos independientes ayudase a Cleveland, bastaría para poner muy en riesgo la elección. Es un gobernador el que elegirán en otoño; pero ya se ve como lo que en verdad eligen es un presidente. Cleveland, sin embargo, es

¹⁴ Errata en LN: «los».

¹⁵ James G. Blaine.

muy sesudo, y ni pierde los estribos, ni vacila en dar con ellos sobre la cabeza de los que le quieren sacar de su buen paso.

Oculto, bajo su aspereza aparente, una singular habilidad; y cuando llegó a la presidencia, ya tenía meditada la manera de poner en armonía los apetitos de su partido, sin la satisfacción de los cuales no puede gobernar ningún partidario, y las necesidades de reforma administrativa que le trajeron al gobierno, y él obedece: el cual medio ha sido el de expulsar de los empleos nacionales a los que usaron de ellos como instrumentos de partido, lo que deja legítimamente vacantes, gran número de puestos, que entran a ocupar demócratas de honradez bien probada, con la obligación de pagar con su absoluta imparcialidad en las elecciones el precio del puesto que desean. Lo que toda la Nación paga, no hay derecho para convertirlo en beneficio inmorale de uno solo de sus partidos. Y como de esta manera van entrando en oficio muchos demócratas aunque no tan de prisa como quieren, ya sus reclamaciones y amenazas van a menos; y sin que los republicanos independientes tengan por qué¹⁶ arrepentirse de la ayuda con que sacaron a Cleveland triunfante, se ve que los demócratas airados empiezan a apaciguarse y a estar contentos.—De que conversa poco; de que consulta poco; de que se deja guiar poco; de que «cree que lo lleva todo en sí»; acusan esos demócratas mohínos a Cleveland. Pero así es siempre: al honrado le llaman orgulloso. La dignidad es tenida por soberbia. Hay en la humanidad un deseo sordo de abatir a los que no se abaten.

Ni esta causa de conciliación, ni la moderación que impone el triunfo, que trueca en gente prolecta y sesuda a la más moza y levantisca, favorecen ahora a los republicanos. Cierlo que tienen grandísimo empeño en la derrota de los demócratas, que sería considerada como una censura del partido a las intenciones reformadoras en cuya virtud vino al poder, y como un estruendosísimo fracaso. Cierlo que entienden que en esta campaña les da la presidencia, y a cuanto nervio tienen le están dando cita para que la campaña sea campal y honrosa. Pero no se ve modo de que las facciones de los republicanos concuerden en un candidato aceptable a todas ellas; ni aquellos republicanos puritánicos que votaron por Cleveland están aún descontentos de él y deseosos de volver a su partido; ni los mismos demócratas que ayudaron flojamente en la elección presidencial o la traicionaron, en la esperanza de que Cleveland fuese derrotado, tienen ya hoy contra él el encono que todavía conservan, capitaneados por dos rivales que se abominan, los bandos en que

¹⁶ Errata en LN: «porqué».

los republicanos se dividen; el de los *Stalwarts* o «Mejores»¹⁷ que quiere gobierno recio en casa, y expansión del territorio, pero por manera franca y arrogante y con manos limpias;—y el de los «Mestizos», que en sí tenía un elemento honrado de reforma que inició Garfield,¹⁸ y hubiera acaso evitado el advenimiento de los demócratas; mas Blaine lo lleva ahora tras de sí, y lo desacreditó con sus empresas y métodos impuros, mientras estuvo en la Secretaría de Estado, siendo tal el enojo entre los «Mestizos» y los «Mejores», que estos, sin alharaca, tienen determinado no votar en pro de su propio partido, como en castigo de haber sido desdeñados por él cuando Garfield, y en la Convención que eligió a Blaine sobre Edmunds;¹⁹ y para ver si de este modo, reconociendo los «Mestizos» que sin los «Mejores» no pueden ganar batallas, resuelven hacer penitencia, y venir a pedirles por merced el apoyo que una vez desafiaron. Cuando el Secretario Folger,²⁰ que murió del pesar como Greeley,²¹ fue propuesto por los «Mestizos» como candidato al gobierno del estado, en la elección que hizo gobernador a Cleveland, los «Mejores», con el soberbio Conkling²² a la cabeza, se cruzaron de brazos; y, por la más subida mayoría que vieron jamás elecciones, por más de 200 000 votos, Cleveland fue electo. Cuando Cleveland contendió por la presidencia, se cruzaron de brazos los «Mejores», y vieron impasibles, más, vieron contentos, cómo los demócratas vencían a Blaine. Ese voto negativo de los «Mejores» fue tan eficaz para el triunfo de Cleveland como el voto positivo de los republicanos independientes. Es formidable en política el no hacer.

Esta situación de los republicanos ha venido a agravarse con el escandaloso descubrimiento de los fraudes perpetrados impunemente en

¹⁷ Sobrenombre con que se designó en aquellos años a la facción del Partido Republicano que explotaba desmesuradamente la derrota de los sudistas y los demócratas, y que se oponía a las políticas de reforma de la administración pública de Hayes. Los *Stalwarts* se disputaron con los *Halfbreeds*, el control del partido en las décadas de los 70 y 80. En 1889, dieron su última batalla, en la que salieron derrotados, al querer que el general Grant fuese elegido, por tercera vez, presidente de la república. Sus líderes principales fueron Conkling, Cameron y Logan.

¹⁸ James A. Garfield.

¹⁹ George F. Edmunds.

²⁰ En LN: «Fólger». Charles J. Folger.

²¹ En LN: «Greebey». Horace Greeley. Alusión al hecho de que ambos murieron poco tiempo después de sendas derrotas electorales.

²² En LN: «Conklin». Roscoe Conkling.

la Aduana de Nueva York, servida hoy por políticos de oficio y gentezuela laboriosa en las faenas de partido. Los comerciantes americanos se han puesto a una, a bien que ya lo estaban, del lado del gobierno. Los comerciantes extranjeros se ven sorprendidos y murmuran. ¿Quién creyera que en la Aduana de Nueva York, en la primer Aduana de los Estados Unidos, se hayan estado cometiendo por años enteros, los mismos abusos que han hecho famosa a la Aduana de la Isla de Cuba, los mismos que los americanos echan en cara a México? Esto no sorprende, sin embargo, sino a quien no observa: porque no hay pecado latino, que acá no haya, y con creces; pero hay en cambio virtudes y sistemas que no tenemos nosotros, nacidos ¡ay! de padres que no fueron puritanos!

No nos falta la condición, no, sino la ocasión, la constitución social, el medio ambiente. Sacudirnos todo lo que nos queda de polvo viejo: abrir los brazos, y tenerlos siempre abiertos; dar al que llega un arado, y un pedazo de tierra, y ayudarle a hacer la casa, y respetársela; crear medios honestos de vida para las inteligencias calientes, ambiciosas y desocupadas; sacar de la literatura escolástica, la educación pública que hoy se basa en ella, y arraigarla en las ciencias y artes prácticas, para que no le falte al hombre trabajo útil que lo dignifique, ni aquella savia pura falte a rama alguna de vida; decisión en masa de los hombres honrados para levantar en sus espaldas este edificio del continente nuestro, fundado sobre serpientes, y echarle base nueva, sin lo que vendrá abajo, desapercibido y befado, como una nube que pasó, con el seno repleto de gente alborotada, por el cielo humano: tal nos falta, y nada más:— virtudes de condición, y no de esencia: de acomodación, de lugar, de atmósfera; pero en nosotros mismos tenemos la impaciencia y previsión del espíritu futuro, la mano ágil, la mente viva, el corazón caluroso, el caballo de cañas finas en la llanura, y en las sienes.

Desbasar, y rebasar. De raíz venimos mal; y tenemos que sacarnos la raíz, y ponernos otra.

Los abuelos nos pudrieron; pero el aire puro de nuestras tierras nos ha oreado. El alimento que hemos tomado por las ramas combate, y expele, al que nos viene de la raíz. Con nuestra clase fina cultísima, y nuestras clases bajas rudísimas, somos como un libro de Barbey d'Aurevilly²³ en manos del hombre fresco de la selva. Tenemos cabeza de Sócrates, y pies de indio, pies de llama, pies de puma y jaguar, pies de bestia nueva. El sol nos anda en las venas. Nuestro problema es nuestro,

²³ Jules Barbey d'Aurevilly.

y no podemos conformar sus soluciones a las de los problemas de nadie. Somos pueblo original: un pueblo, desde los yaquis²⁴ hasta los patagones.²⁵

Como la cabeza socrática no gusta de abatirse, ni sabe cómo, ni puede, tenemos, si no²⁶ queremos morir de mal de cabeza, que ponernos cuerpo en relación a la cabeza. Somos el producto de todas las civilizaciones humanas, puesto a vivir, con malestar y náuseas consiguientes, en una civilización rudimentaria, el choque es enorme; y nuestra tarea es equilibrar los elementos. La literatura debe afinarnos y entretenernos, no ser nuestra ocupación favorita y exclusiva: nuestra ocupación favorita ha de ser el estudio, ¡hondo y de prisa! de nuestras condiciones peculiares de vida.

Decíamos que en la Aduana de Nueva York se han descubierto grandes fraudes. La Aduana tiene sus avaluadores, y los derechos de ciertos artículos se pagan sobre el avalúo,—que suele tener en cuenta como base el precio que las mercaderías traen en factura. Alegan los comerciantes americanos, con visos de certeza, que el fraude en su mayor parte era tramado y beneficiado por los mercaderes extranjeros. Ya fuese que los fabricantes de Europa estableciesen aquí casas sucursales para la venta de sus géneros; ya en las casas de europeos aquí abiertas se pusiesen de acuerdo con los manufactureros de allende, ello es que las facturas traían siempre un precio inverosímil por lo bajo, menor con mucho que el costo mismo de producción de los artículos: los avaluadores de la Aduana, cómplices todos entre sí y cohechados, avaluaban sobre los precios de factura; como de este modo venían a ser muy reducidos los derechos y resultaba que los comerciantes que declarasen el valor real del artículo y pagasen derechos sobre él, habían de venderlo a un precio mucho mayor que el que en virtud del fraude pedían sus competidores; cuando no era, además, que los encargados del avalúo, como para intimar a los comerciantes la necesidad de un arreglo, fijasen a las mercaderías de los importadores honrados, un valor caprichoso, que hacía que los derechos fueran aún mayores. La Aduana toda está andando en puntillas. El ministro de Hacienda,²⁷ que es político agudo, no pudo hallar mejor ocasión para sacar a luz estos malos secretos de los empleados republicanos que ahora que el voto de la

²⁴ Grupo étnico que vive al norte de México, en las riveras del río Yaqui.

²⁵ Estas ideas constituyen un anticipo de su ensayo «Nuestra América», publicado en la *Revista Ilustrada de Nueva York*, el 1ro. de enero de 1891.

²⁶ Errata en LN: «sino».

²⁷ Daniel Manning.

ciudad, no muy fiel a los demócratas, importa tanto para *ganar*²⁸ las elecciones de otoño.—«¡No en balde, dice un comerciante neoyorquino, ha hecho ese alemán pelirrojo en cuatro años una fortuna igual a la que me ha costado a mí veinticinco hacer!».²⁹ Pero el alemán pelirrojo³⁰ dice que también el americano rubio, entiende de preparar facturas.

¿Qué espíritu perdurará en la civilización norteamericana: el puritano, la afirmación más sesuda y trascendental del derecho humano, o el cartaginés de conquista y el mercenario de lucro que la contemplación del enorme poder nacional, el aislamiento de la vida de los individuos, y la accesión incesante de inmigrantes desamorados fomenta?

¡Bien que agita esta duda, aunque a la callada, a los briosos descendientes que aún quedan de aquella raza de hombres que huyó con la libertad por sobre los mares, y vino a ponerla en una tierra inmaculada que mereciese recibirla! Los descendientes y amigos del espíritu de aquellos peregrinos, reunidos en una sociedad que llaman de la Nueva Inglaterra, acordaron que en el Parque Central se levantase, en una estatua magnífica de bronce, la figura de uno de aquellos domadores de la selva, fortalezas del derecho, hombres celestes, en imagen del puñado de ansiosos evangelistas a cuyo paso de bota cuadrada se alzó por el cielo la libertad como un sol que ilumina día y noche la tierra, grande como el espacio que en lo más ancho del Continente va del Atlántico al Pacífico, y afluyeron los hombres redimidos, y pulularon las ciudades como arenas.

Ya se ostenta en el Parque Central *El Peregrino*, a provocar en los que contemplen la admiración por aquellos hombres que fundaron el reinado de la razón sin desenfreno, el del derecho propio sin desconocimiento del de los demás, el del examen libre, como decoro de la mente, sin asolar, cual vientos envidiosos, la esperanza y la poesía.

De allí se ve el muelle de Leyden, con sus tablas comidas; el barquichuelo en que venían, con tanta mano al cielo; la roca de Plymouth, altar natural digno de las rodillas de los hombres. Contra la razón augusta, nada. Sobre el deber de dar empleo a las fuerzas que puso en la mente la naturaleza, nada. Ni rey sobre el derecho político, ni rey sobre la

²⁸ En LN en cursivas.

²⁹ Errata en LN: «p».

³⁰ Errata en LN: «el alemán pelirrojo rojo».

conciencia. Por encima del hombre, solo el cielo. Allí está desafiando a los que entregan en curatela su inteligencia, y la ponen como una culpa, trémulos y traidores, a los pies de los que envilecen y contienen la naturaleza humana; allí está, inexpugnable como Wickliffe,³¹ firme como John Hampden, profundo como Milton,³²—la mano a la escopeta, boca en tierra; al cinto la canana; sobre la túnica de estameña la blusa de cuero; por encima de la media de costuras la bota a la rodilla; la cabeza, cubierta, que ante Dios nada más se destocaba. Y todo él, batallador y altivo, como si la escopeta fuera a levantarse y a vomitar fuego sobre los que abdican el ejercicio de su inteligencia, y se sacan el juicio de las sienes, y en las gradas de un dueño deshonrados, lo ponen temblando. Allí está, y lo descubrieron con fiestas y músicas, el hombre de bronce.

Y pocos días antes, cerca de donde la estatua se alza ahora, con sus manos escuálidas saludaba a los regimientos que cruzaron ante él con la cabeza descubierta, como el valor honrado y la muerte lo merecen, el general Grant, que lentamente acaba.

Era el día de las flores y de los muertos; un lindo día de mayo. De rosas están llenos los héroes en las plazas; las ventanas, de pabellones; las calles, desde por la mañanita, de anchos carros repletos de macetas. Por todas las esquinas desembocan, resplandecientes y orgullosos, los regimientos de milicia, y los soldados de la guerra:³³ aquellos, peripuestos, de casaquilla gris y pantalón muy blanco, con un jefe muy bien montado, y con pomposa música;—y los soldados de la guerra, sin brazo el uno, sin pierna el otro, otro sin los dos brazos, vestidos de paño azul, con unos vivos de oro, y sus propios hijos tocando los tambores, y las banderas rotas!

Se juntan en procesión. Cleveland ha venido de Washington a verla, y lleva en el ojal una rosa roja, la rosa roja que los habitantes de Gales sembraban en la tumba de los que habían obrado bien y merecido el cariño de su patria. Decenas de miles van en la procesión. Van a los cementerios, con sus carros floridos, a vaciarlos sobre las sepulturas de sus compañeros muertos en la guerra.

Nadie está triste: hay como una sobrenatural alegría, hasta en las ancianas mismas, vestiditas de negro, que en los carros del ferrocarril elevado van con el primer sol al cementerio, y llevan sobre la falda su maceta de flores.

³¹ John Wickliffe.

³² John Milton.

³³ Guerra de Secesión.

Las calles, henchidas. El tambor mayor, ¡cómo levanta, que parece que va a perderse por el cielo, su bastón de cabeza de plata que se sube por el aire como una saeta, y cae en sus manos derecho y obediente, y vuelve a subir, entre los aplausos de la muchedumbre! Un buen viejón, de cabeza muy blanca ¡cómo cojea y cómo lo vitorea la gente, que cual bravo le vio pelear en la guerra, y después, en veinte años, jamás le ha visto faltar a una parada!

¡Cómo se quitan todos los sombreros cuando pasan, con sus banderas despedazadas, las mangas vacías! Y un desterrado que anda por allí cerca ¡cómo llora! Luego que se acabó la procesión, como ya Grant se muere, fueron a decirle adiós, y desfilaron silenciosamente bajo sus ventanas.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 24 de julio de 1885.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

En verano.—Política, religión, tribunales y literatura.—Un libro de Vining¹ sobre Hwui Shang,² el primer descubridor de América.—Cosas americanas.—El periodista Stanton³ y su tiempo.—Los periódicos antaño.—Los campamentos de milicianos en junio.—Congresos.—Los indios inquietos.—Cómo los trataban los agentes del gobierno.—Los cheyenes.—Gobierno admirable de los cheroqueses.—El sufragio, la escuela y la propiedad entre los cheroqueses.

Nueva York, julio 6 de 1885.

Señor Director⁴ de *La Nación*:

Está la mesa llena de los diarios del mes. Es mes ocupado; pero no en cosas mayores: en regatas, en partidos de pelotas, en carreras de caballos, en exámenes de colegios, en simulacros y ejercicios militares, en congresos de sacerdotes y de músicos, en preparar el viaje a Europa, a aplaudir a la esposa⁵ del ministro inglés Churchill,⁶ que es americana y acaba de dirigir y ganar la elección de su marido al Parlamento; o a Nueva London,⁷ a ver las regatas entre los remadores de la Universidad de Harvard y los de la de Yale;⁸ o a Long Branch, a festejar abundantemente a los marinos franceses que han traído a Nueva York la estatua de la Libertad;⁹ o a Saratoga,¹⁰ que es cada año lugar de certamen y exhibición de las hermosas; o a Peekskill donde a la sombra de las pestañas de las lindas niñas, acampan, so pretexto de ejercicios militares, los soldados elegantes del 7mo. regimiento, que son de lo granadito de Nueva York, y muy mimados y regalados por las damas; o a Richfield Springs, donde veranea la gente sensata o a las montañas de Catskill,¹¹ a

¹ Edward P. Vining.

² En LON, indistintamente: «Hwin Shang» o «Hwin Shan».

³ Henry B. Stanton.

⁴ Bartolomé Mitre Vedia.

⁵ Jennie Jerome.

⁶ Randolph Churchill.

⁷ New London.

⁸ Errata en LN: «Yabe».

⁹ *La libertad iluminando al mundo*.

¹⁰ Errata en LN: «Laratoga».

¹¹ Errata en LN: «Casthill».

rusticar en paz, y echar afuera, enfrente de la hermosura y grandeza naturales, los miasmas de alma y cuerpo que echa en ellos todo un año de vida en la ciudad.

En política, Cleveland¹² no ceja, y va por donde iba, conciliándose cuando puede las voluntades de los políticos y arrollándolos cuando la honestidad del servicio público lo ha menester; ciego estará quien no vea que, aunque los desengañados le ladran, el país lo aprueba.

En religión, antes de viajar por Canadá en velocípedos,—cincuenta clérigos van a dar este verano la vuelta al Canadá en velocípedos, en calzón corto, camisa de franela y casquetín de paño!,—antes de salir, con los dineros que suelen regalarles sus corporaciones, a veranear por California, donde hay valles que hacen pensar en el Señor, o por Europa, de donde vuelven con asuntos nuevos para sus teatrales sermones de invierno, recogen los clérigos en pláticas eminentes sus doctrinas del año; y a manera de la lluvia de estrellas con que rematan¹³ las funciones de fuegos de artificio, acaban con brillantes discursos, que sintetizan su enseñanza pasada y prolongan la futura, el curso de pláticas anuales, colección casi siempre de estudio sobre los sucesos y problemas del día, matizados con versículos bíblicos y unas tantas invocaciones al Señor.

En tribunales, Iseult Dudley, la que disparó su revólver sobre el feniano O'Donovan Rossa,¹⁴ ha sido absuelta, con escasa persecución del fiscal, so pretexto, que de pretexto no pasa, de que es lunática: y dos millonarios¹⁵ han ido a la Penitenciaría.

En literatura, no hay casa que no se tenga prometido leer el libro de la hermana¹⁶ del Presidente, que apenas salga leeremos también nosotros acá en *La Nación*: ni hay veterano que no se haya suscrito a las memorias de Grant,¹⁷ de las que ya murmuran que no las ha escrito él, sino el talentoso de la casa, el viejo y letrado general Adam Badeau,¹⁸ que es Píades de este Orestes que se muere; rodeado de sus hijos,¹⁹ en una casa de campo. Así también se dice de las memorias del general Páez,²⁰ quien manejó mejor la lanza que la pluma—¡la lanza a cuyos

¹² Stephen G. Cleveland.

¹³ Errata en LN: «remetan».

¹⁴ Véase en este tomo la crónica «Crímenes y problemas».

¹⁵ James D. Fish y Edward A. Boyd.

¹⁶ Rose E. Cleveland. Su libro se titula *George Eliot's Poetry and other studies*.

¹⁷ *Personal Memoirs of Ulysses S. Grant*.

¹⁸ En LN: «Budeau».

¹⁹ Frederick D. Grant, Ulysses S. Grant Jr., Jesse D. Grant.

²⁰ José Antonio Páez.

botes huía, con sus entrañas de tigre, Monteverde!²¹—y contó sus recuerdos, para que los escribiese, al cubano Mantilla.²²

Otro libro hay notable de los publicados en este mes. *Un Colón sin gloria* se llama el libro nuevo de Vining, a quien los americanistas acusan de romanesco y novador, como al abate Brasseur,²³ quien solía dar por cierto lo que le parecía y se llevó de Guatemala, lo cual no ha hecho Vining, riquezas de librería antigua que generosamente pusieron en sus manos los guatemaltecos.

Todavía anda sin publicar una obra en diez tomos sobre la antigua Centroamérica, del alemán Berendt,²⁴ donde dicen que se ven, bien traducidos, aquellos títulos de propiedad indígenas, que eran la historia de cada casa, y tanticos en coloreada imaginaria que no parecen documentos de dominio, sino mantos de plata luciente, revestidos de piedras preciosas, colas de aves del paraíso, segmentos de arcoiris.

Edward P. Vining, con mejores fundamentos que el abate Brasseur para muchas de sus teorías, mantiene en un recio octavo de 700 páginas, que otros Colones hubo que no fueron el genovés, y el primero de ellos el monje budista²⁵ Hwui Shan, quien con otros monjes de Buda, salió de Afganistán, y entró por el estrecho de Behring en América, de donde volvió después de sendos años, contando maravillas del industrioso pueblo que habitaba la tierra de Tu-Sang,²⁶ cuyas señales de tal manera coinciden, según el manuscrito de Hwui, con lo que por entonces era México, que ni del viaje del monje budista se puede dudar, ni de que los Tu-sang-ecos eran los mismos mexicanos «que tenían unos relucientes espejos de piedra, y unos tejidos muy semejantes a la seda, y unas plantas de que hacían de beber y sacaban cuerdas, y una manera de escribir con pinturas que ya contenía los principios de un alfabeto de sonidos, y unas ovejas muy crecidas, con grandísimos cuernos», que eran en todo como las ovejas, de cuernos tales que cada uno pesaba cincuenta libras, y Coronado²⁷ cuenta haber visto por cerca de Cíbola.²⁸

²¹ Domingo de Monteverde y Ribas.

²² Luis Felipe Mantilla.

²³ Charles-Étienne Brasseur de Bourbourg.

²⁴ En LN: «Behrend». Karl Hermann Berendt. *Los indígenas de la América Central*.

²⁵ En LN, siempre: «budhistā».

²⁶ En LN: «Tu-Lang». Según el libro de Vining, significa México. La palabra procede del cantonés *tu*, nativos, y *san*, nacer. Referencia a los descendientes de asiáticos radicados en otros países.

²⁷ Francisco Vázquez de Coronado.

²⁸ En LN: «Chibola».

Como en México hay todavía la tradición de la visita de Hwui Shan, en que se cuenta que llegó por el Pacífico, y traía barba larga, y todo el cuerpo cubierto de extraños vestidos, con los que anduvo respetado y enseñando su religión por varias comarcas de México, la crítica no toma a fantasía el libro de Vining, sino que lo juzga muy puesto en razón; y parece que ya se ve salir vivo, de detrás de los anuncios que dicen en los cristales de las librerías *An Inglorious Columbus*, a aquel que vino a América, y no esclavizó, ni mató, ni trajo a gente de matar, sino que enseñó y amó, y se volvió a Asia sin más almirantazgo que su conciencia satisfecha, ni más trofeos que sus honradas barbas.

Y en literatura de periódicos, los periodistas de Nueva York se reunieron en el salón de lectura del club de la Prensa, a oír cómo su presidente, Amos Cummings,²⁹ en un discurso, que comienza con la mismísima frondosa imagen con que empiezan las notas de Castelar³⁰ sobre Víctor Hugo,³¹ saluda al más anciano de los periodistas neoyorquinos, fuerte también como la encina, y ni atemorizado por el trueno, ni deslumbrado por el rayo. Fue de los que vio venir como si todos los soldados de la tierra se hubiesen juntado en una llanura, a los suntuosos rebeldes del Sur, sobre el Norte, indefenso, y embrazó la pluma, la pluma sagrada, que pone la resolución en el ánimo de los héroes, y fortalece y corona a los soldados.

Henry B. Stanton se llama el periodista octogenario: y ¿entre qué gentes le tocó vivir, y cuánta fortuna es vivir en tiempos grandes, y cuánta desdicha ser grande en tiempos pequeños! Lincoln,³² Horacio Greeley,³³ Federico Douglass;³⁴—tales, y todos como ellos, fueron los hombres de su tiempo. Cuando Stanton ensayaba la pluma que había de ser famosa, Erastus Brooks, celebrado hombre de prensa, estaba de mancebo en una pulpería; Federico Douglass; el esclavo orador, recogía semillas en una hacienda del sur; y Lincoln ganaba seis pesos al mes manejando una balsa de transporte en el río Ohio. Y ¡cómo han andado los hombres, de entonces a ahora!

²⁹ Errata en LN: «Olmos Cunnings». Amos J. Cummings.

³⁰ Emilio Castelar y Ripoll.

³¹ Al parecer, referencia al prólogo de Emilio Castelar a las *Poesías selectas* de Víctor Hugo, traducidas por Teodoro Llorente, Madrid, Imprenta de Juan A. García, 1860.

³² Abraham Lincoln.

³³ Horace Greeley.

³⁴ Frederick Douglass

Hoy, seis horas después de que el corresponsal del *Herald*³⁵ se inoculara en el brazo el virus cólico del bravo valenciano Ferrán,³⁶ por todos los Estados Unidos se publica, con tan minuciosos detalles que la fantasía de los quesos³⁷ de Zola,³⁸ o la de las ropas blancas,³⁹ los envidiará: y entonces, aunque en pro y en contra se apasionaba aquí la gente con los sucesos de Napoleón,⁴⁰ tardaron sesenta y cinco días en tener noticia de su derrota en Waterloo. Y los correos que repartían los periódicos por los campos servían a los periódicos a la vez de correos y de cronistas. «De⁴¹ 120 diarios—dijo Stanton esa noche—que he visto fundar en esta ciudad de Nueva York en lo que llevo de vida, solo han perdurado seis: veinticinco millones de pesos he visto gastar estérilmente en aquellos». Y Erastus Brooks recordó lo que le dijo al tomarlo a su servicio, su señor el pulpero, con cuyo consejo le ha ido después muy bien en el periodismo: «Erastus, aquí tengo trabajo para ti: échale agua al ron, moja el tabaco, ponle arena al azúcar, y enseguida, a rezar a la iglesia».

«¿Qué más—añadió Erastus—se necesita para ser un buen periodista!».

Son de ver los campamentos del mes de junio. Allí van como si fuesen de guerra, los regimientos de milicianos de ciudades mayores y menores; allí se ensayan en las artes del buen marchar y el mal dormir, y las durezas de la guerra; allí, si llueve, con el fusil al hombro lo tienen de sufrir; y si el sol quema, de quemarse han, como si les pareciese bien, con el fusil al hombro. Los milicianos, que en las ciudades tienen suntuosos cuarteles, allí viven cosa de una semana en tiendas de campaña; de comer, rancho; de beber, leche y agua de soda; de vestir, el uniforme; de dormir, el catrecillo de campamento, y con la mano sobre el arma, y la cabeza en la gorra, porque a lo mejor suena el clarín, en lo

³⁵ *The New York Herald*.

³⁶ Jaime Ferrán y Clúa.

³⁷ Referencia a la escena del mercado en la novela *El vientre de París*, en la que la minuciosidad descriptiva del naturalismo insiste en la textura, color, sabor, variedad de los quesos, con lo que se provoca el apetito de los pobres a quienes se les niega el bocado.

³⁸ Émile Zola.

³⁹ Alusión a la insinuante transparencia del fular blanco de Naná (capítulo IV de la novela homónima), y la puntillosa descripción de los más mínimos detalles de la ropa blanca en el capítulo X de *L'assommoir*.

⁴⁰ Napoleón I.

⁴¹ Se añaden las comillas a esta frase.

más fresco de la madrugada, y el que no esté a tiempo en fila, como el que falta a cualquiera otro deber del soldado, paga su pena, que suele no ser floja, como el año pasado, en que por haber faltado al respeto a una fornida moza de la vecindad, un sargentín de muy lindos bigotes, y mayores dineros, fue degradado ante las filas, y expulsado a redoble de tambor de su regimiento.

Todo el día lo pasan en aprestos y ensayos de guerra; en marchas; en guardia; en avanzadas; en simulacros de encuentros. Suelen ir a verlos, en carruajes de fiesta, grandes partidas de damas, que aquende, como allende, gustan de los vestidos coloreados y de las armas relumbrantes; y luego que la temporada de ejercicios termina, bien que se baila, y se entregan de veras los soldados de afición a las amenidades sociales: por cada rama, que estas juntas y bailes son casi siempre en lugares frondosos,—asoma, tendido el arco y aguzada la flecha, un amorcillo: y de noche, aun cuando la disciplina lo prohíbe, y suele seguir al pecado el arresto, so capa de que redactan un informe, o auxilian a un enfermo, o asisten a bien morir a un compañero que en su catrecillo perece de risa, se reúnen los más amigos a jugar a las cartas y a otras cosas prohibidas. La disciplina engendra un deseo: el de infringirla.

Otras veces, no son los caballeros jóvenes de casas ricas, ni de los de modesta fortuna y sincero entusiasmo los que acampan en los grandes parques de las ciudades o a la sombra de bosques tupidos; sino gente hecha a las armas, o diestra en sus ejercicios, que viene desde los estados más distantes a competir por premios de dinero, que las ciudades ricas allegan sin dificultad, para aquellas compañías que mejor marchen, o ataquen, o se defiendan,⁴² o dirijan sus tiros. Se hacen procesiones verdaderas de estos milicianos lucrantes, que de ciudad en ciudad, so pretexto de campamento militar, van exhibiendo sus habilidades marciales, sobradas siempre de amigos, muy sobradas de amigos por desdicha, y repartiéndose buenamente los premios que ganan al paso.

Y como que, de abril a julio, cuanto elemento público, asociación o gremio hay en los Estados Unidos se congrega en algún grato lugar a debatir sus intereses, no es extraño que al plegar sus tiendas, al son de los tambores y los pífanos, los soldados veraniegos, tropiecen con los músicos que van a una sala vecina a levantar la suya, los unos, los de la derecha, tras un cabecilla alborotoso de ojos salvinianos⁴³ y mostacho negro, que pone por sobre su cabeza a Bellini;⁴⁴ los otros, los de la

⁴² En LN: «defienden».

⁴³ Referido al actor italiano Tommaso Salvini.

⁴⁴ Vincenzo Bellini.

izquierda, a grandes trancos, capitaneados por un luengo señor de corbata blanca, rala barbilla, y gafas de oro, levantando, a par que andan, los brazos al cielo, y alabando a Wagner.⁴⁵

Los sastres también han tenido su congreso este mes; y los albañiles y los zapateros.

Y los indios han tenido también su congreso: un congreso de guerra. Los cheyenes, que ya en 1878, cansados de padecer vejámenes a manos de los agentes del gobierno, se rebelaron y fueron causa de preocupaciones, gastos y guerra seria,—están descontentos. Entonces, tuvieron razón. Ahora, puede ser que la tengan. Entonces el gobierno los desatendió y los provocó a la guerra. Hoy, en cumplimiento de la promesa de mirar por los indios que en su discurso de inauguración hizo Cleveland, envía a un comisionado de paz, a inquirir sus razones de queja.

En 1878, ¿cómo no se habían de sublevar los cheyenes, si los agentes del gobierno en las reservas de indios, les robaban, los esquilaban, los sometían a trabajos inicuos, les negaban la medicina y el alimento? El Congreso vota de sobra dinero para atender bien a los indios sometidos; mas era uno de los bochornos públicos en tiempo de la administración republicana la repartición que los empleados del gobierno hacían en su favor de las sumas dispuestas al pago de los contratos del gobierno con los indios, en forma de escuelas, tierra cultivable, aprestos de cultivo, medicamentos y raciones, con que se compensaban las tierras cedidas de mal grado por las tribus.

A los cheyenes del norte, los sacaron de sus hogares, en la agencia de la Nube Roja, y los llevaron con los cheyenes del sur, al territorio indio. Al año, se huyeron, saqueando a su paso. ¿Cómo no, si morían uno sobre otro de malaria, y semanas enteras había en que no se les daba un medicamento; si en vano se quejaban de que les habían traído de sus hogares fríos y sanos, en que prosperaba su naturaleza, a una tierra ardiente y pestífera, donde se secaban los senos de las madres, y la piel no servía más que para dibujar los huesos de los pequeñuelos; si el gobierno contrató con ellos pagarles por su tierra, entre otras cosas, con raciones, y los agentes se negaban a darles las raciones que eran suyas por contrato, y su único recurso de alimento, a menos que no acabasen un trabajo rudo que no tenían obligación de hacer?

Se huyeron, y con no poco esfuerzo y muertes injustas, fueron aco-rralados en las tierras pestíferas, a ser mejor tratados, mas no tanto que ahora, en unión con otros indios que llegan a cinco mil, no den señales

⁴⁵ Wilhelm Richard Wagner.

de una temible revuelta, que acaso evite el mensaje de buena voluntad que les lleva el comisionado del gobierno.

¡Y dicen ciertos caballeros de nariz canina, porque los ven infortunados y desnudos, y a veces, por culpas históricas que ahora se pagan, violentos y feroces, dicen que los indios son gente inferior, buena sola para envainar la espada o encajar la lanza! ¡Esa es la inmigración que mejor nos estaría acaso, o ayudaría mucho a la otra: nuestros propios indios! Acá, en los Estados Unidos no tanto, que son pocos: pero nosotros, ¿cómo podemos andar, historia adelante, con ese crimen a la espalda, con esa impedimenta? Lo que los indios son, o pueden ser, lo enseña el senador Ingalls,⁴⁶ que ha vuelto del territorio de los cheroqueses, adonde fue en comisión del Senado, que quería saber la verdad en ciertas materias. Ingalls, que es uno de los senadores más renombrados por su elocuencia y juicio, viene maravillado de lo que ha visto en las tribus; ¡pues no tienen un gobierno democrático, con un jefe elegido por sufragio, y su Senado y su Congreso, que cada año se juntan! Tienen sus tribunales, con jueces también electivos; tienen su sistema de penas, tan ordenado como el de los blancos; y no tienen leyes para cobrar las deudas, porque entre ellos no hay deudas.

¡Y escuelas! ¡Los cheroqueses tienen escuelas! ¡Cincuenta por ciento del dinero público de los cheroqueses es empleado en las escuelas! Dondequiera que hay trece niños reunidos, levantan una escuela, y la proveen del mejor maestro que hallan: y ha de ser bueno el maestro. La escuela tiene dos habitaciones, como las de Uatlán⁴⁷ de los cachiqueles⁴⁸ que a botes de lanza exterminó Alvarado:⁴⁹ una habitación es para las niñas, y para los niños otra: de las escuelas de Uatlán salían los niños indios en procesión, a aquel sol suave, con sus vestidos blancos: ¡salían cantando! Los edificios de escuelas de los cheroqueses son de apariencia noble, y el gobierno cheroqués no solo paga los maestros, sino que viste y alimenta a los alumnos: y cuando estos completan la educación que puede darles la escuela india, como que en su territorio no quieren los cheroqueses a gente blanca, mandan a los estudiantes a los colegios famosos de los Estados Unidos, a Darmouth, a Yale. A los blancos, los quieren bien; pero de lejos: sobre todo, no quieren colonos blancos en sus tierras. Indios sí: cuantos vengan.

⁴⁶ John J. Ingalls.

⁴⁷ Errata en LN, siempre: «Uatlán».

⁴⁸ Errata en LN: «cachiqueles».

⁴⁹ Pedro de Alvarado.

Y el senador Ingalls viene asombrado de la manera en que los cheroqueses, «con ventaja, dice, sobre cuanto pueblo civilizado conozco», tienen resuelto el problema de la distribución de la tierra.

Toda la tierra pertenece en común a la tribu; lo que no excluye la propiedad, ni el derecho de traspasarla según las leyes de la tribu; pues la tierra es del que la cultiva, eso sí, mientras la trabaje, porque en cuanto el propietario de la tierra no la trabaje, vuelve al común. Mientras la cultiva, es su propiedad absoluta. Cualquiera cheroqués puede cultivar cuanto tierra le plazca, con tal de no llegar sino como hasta un cuarto de legua a distancia de los linderos del vecino. Con esto se impide la acumulación de vecinos en pequeñas comunidades, que a juicio de los cheroqueses favorece la holganza y sus vicios. Y con que la tierra vuelva al común tan pronto como su propietario no la cultive, se estorba que una misma mano llegue a poseer mucha tierra, y cuanto viene de eso. 70 000 habitantes tiene el país de los cheroqueses: no hay ni un mendigo.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 20 de agosto de 1885.

[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

Dos millonarios en la penitenciaría.—Los secretarios de Cleveland.¹—La reforma adelanta.—Cómo nombró Cleveland al colector de la Aduana de Nueva York.—Ojeada en el trabajo interior del partido demócrata.—El Presidente doma a su partido.—Vicepresidente contra Presidente.—Nuestras tierras latinas.—Inquietudes en la América Central.—Lo que piensa hacer el gobierno de los Estados Unidos en la América Central.—Problemas de la América Central, en relación con los Estados Unidos.—Cómo gobernaba Barrios.²—México y las repúblicas de Centroamérica.—Los Estados Unidos en Panamá.—Los Estados Unidos en México.—Intereses de los Estados Unidos.—México arregla su deuda y suspende los subsidios acordados a las compañías de ferrocarriles americanas.—Discusión de este asunto.—Habilidad y lealtad de México.

Nueva York, julio 6 de 1885.

Señor Director³ de *La Nación*:

Peor que mendigo está ahora el que fue presidente de banco, gamonal en Wall Street, este Lombard Street de Nueva York, y cómplice de Ward⁴ en los manejos inicuos de aquella firma, cuya historia se contó en estas cartas,⁵ de que eran socios el general Grant⁶ y sus hijos.⁷ Sesenta y dos años tiene el infeliz presidente de banco, el viejo dado a cosas de mozo, que con brutal crueldad retratan en los anuncios de una farsa que corre por los teatros con el nombre de «Nos, nosotros y compañía».

Ya se recordará que Fish⁸ era socio de la casa de Grant y Ward, a la vez que presidente del Banco de Marina, y como presidente del banco prestaba sin garantías o con garantías simuladas, sumas enormes a la

¹ Stephen G. Cleveland.

² Justo Rufino Barrios.

³ Bartolomé Mitre Vedia.

⁴ Ferdinand Ward.

⁵ Véase en este tomo la crónica «Sucesos de la quincena», p. 80; y en el tomo 17 (pp. 224-235), la crónica "Un domingo de junio" referida al mismo tema.

⁶ Ulysses S. Grant.

⁷ Frederick, Ulysses Jr., Jesse y Nellie.

⁸ James D. Fish.

casa de Grant y Ward, por cuyo servicio, que trajo al fin la ruina del Banco con la quiebra de Grant y Ward, recibía de este sin escrúpulo sumas cuantiosas, fuera de toda relación con el capital que representaba en la firma. De todo género de abusos, ocultaciones y fraudes, fue acusado y convicto.

«Ahí están, decía a los crédulos directores del Banco, las seguridades sobre que en uso de mis facultades de presidente he prestado a Grant y Ward tal suma»: y los crédulos directores acataban: y las seguridades o eran menos y diferentes de las que él decía o eran un mazo de papeles en blanco.

Estas y aquellas condiciones exigía con razón el Banco a las casas a que prestaba las sumas confiadas a él, y al presidente exigía que las investigase bien y no prestase sin ellas: y Fish ponía toda la fortuna del Banco, toda la fortuna de centenares de depositantes, en manos de una casa que no reunía ninguna de estas condiciones, sino que por todos se había de sospechar que carecía de ellas. A Ward, aún no se ha hallado manera de entablarle acusación: Fish, tiene ya puesto el vestido de listas del penitenciario.

Y otro millonario⁹ ha ido también por dos años a prisión. A la sombra de un contrato con el gobierno, que le habilitaba para introducir libres de derechos los cristales que convino en suministrar a los edificios públicos de Filadelfia, importó, sin pagar derechos, grandes valores en cristales destinados a su particular comercio. Se comprobó el fraude. A un hijo mayor de veintiún años, a quien mezcló el millonario en sus operaciones, por ser joven lo dejaron libre, con mil pesos de multa y una severa plática del juez: el millonario, está en la penitenciaría.

Persiguiendo abusos semejantes emplean a la callada lo más de su tiempo,¹⁰ los secretarios de Hacienda,¹¹ Interior,¹² y Guerra¹³ y Marina.¹⁴ Uno, suprime de un rasgo de pluma trescientos empleados inútiles. Otro, rechaza al contratista mimado por los republicanos, por violación probada del contrato, un buque de guerra de seiscientos mil pesos de valor, que los asesores de la Secretaría habían declarado ya en la administración anterior proyectado y construido conforme al convenio. Otro, ordena la suspensión de los trabajos en la oficina litográfica del gobierno,

⁹ Edward A. Boyd.

¹⁰ Se añade coma.

¹¹ Daniel Manning.

¹² Se añade coma. Lucius Q. C. Lamar.

¹³ William C. Endicott.

¹⁴ William C. Whitney.

mantenida a gran costo, so pretexto de abaratar la obra de litografía que necesitan las publicaciones oficiales, mas sin oficio real, a no ser el de producir un número excesivo de retratos de diputados y senadores sin derecho a ello.

Mucho trabajan los secretarios en eso, en ver que ningún republicano que disfruta de un empleo sea acusado por pura codicia de las faltas que pudieran hacérselo perder, y en sacar de sus puestos prontamente a los que de veras las hayan cometido, que son reemplazados entonces por demócratas puros.

Sorpresa como la que Cleveland dio a los políticos de oficio del estado de Nueva York, ha habido pocas. El puesto de colector de la Aduana de Nueva York es, con el de Director de Correos, el más apetecido de todos los del estado, y por el que lo obtiene se juzga del carácter del gobierno que lo nombra, porque ha sido siempre un político de influjo en el bando cuyas simpatías desea el Ejecutivo conservar. Grande era la expectación desde hace meses.

Los demócratas viejos, los que mantienen su derecho a los despojos de la victoria, volvían a amenazar al Presidente con privarle de sus votos si no agraciaba con el puesto a un hombre de su bando.—«Pues si lo agracia», decían los republicanos benévolos, «su partido lo ha vencido y el reformador ha muerto». «Si da la colecturía, como la dirección de correos, a un republicano», decían los demócratas, «desdeña a sus partidarios, y permitiremos nuestra derrota en las elecciones de noviembre».—«Y si es demócrata el colector, ¿de¹⁵ qué clase de demócratas será? ¿de¹⁶ los perseguidores de empleos, o de los que sirven a su partido con mejores fines: será el candidato de Tammany Hall, el cuartel de la gente irlandesa y la política de gula, o el de la democracia del Condado, donde los hábiles lo son en pro de los buenos principios y de los hombres honestos?».—«Personaje ha de ser; republicano o demócrata, sea de Tammany o del Condado».

Cleveland nombró por fin el colector. Era demócrata y no era personaje. No era el candidato de los perseguidores de empleo, sino el de los hombres honestos. Era un excelente hombre de negocios, de notable práctica en las operaciones aduaneras, de capacidad y honradez sumas, y punto menos que desconocido entre los políticos de oficio. El aplauso llegó al cielo: no de los demócratas famélicos, que, sin tener

¹⁵ Se añaden los signos de interrogación a esta frase.

¹⁶ Se añade el signo de interrogación.

reproche que hacer al nombrado, se mordieron los labios. De manera que Cleveland no cede. Lo que ofreció, lo cumple.

No ha venido, so capa de reforma, a continuar en provecho de su partido una política viciosa; sino que conocidos los vicios públicos, y elegido para extirparlos, reforma de veras.

Que los de Missouri piensan que el gobierno no satisface bastante las aspiraciones de los demócratas a los puestos públicos. Pues Cleveland lo siente por Missouri, pero cree que todo hombre debe avergonzarse de confesar que sirve a un partido político por los provechos que le vengan de él. Y tras esta contestación, el senador que la provocó, no vuelve, y Missouri no pide más destinos.

La energía del Presidente va plegando la aparatosa de sus opositores que, aunque se sienten apoyados por el vicepresidente Hendricks,¹⁷ notan que a este no vale para hacer triunfar sus doctrinas el andar de discursos por ferias y colegios apuntando que no le parece bien la política del Presidente.

Por cierto que si en nuestras tierras sucediese que un vicepresidente indicara en público su desaprobación de la conducta del gobierno, parecería esta natural manera de tentar la opinión y ejercer legítimo influjo, una exhibición lamentable de nuestro díscolo espíritu latino. Y de ambicioso y traidor sería lo menos que se adjetivaría al vicepresidente. Pues acá se hace también y no parece mal.

Acá se hacen también muchas cosas que nosotros hacemos. Es que, en tanto que tengamos en empresas útiles modo apropiado de emplear nuestras inteligencias, estas, enfermizas de puro ociosas, de puro inactivas irritadas, con poco que ver fuera de sí, se vuelven contra sí, y como el alacrán, se hieren con su misma ponzoña. Siempre que se ve mucho, constante, y acaso únicamente un mismo objeto, el objeto llega a parecer deforme. Así nosotros: de puro mirarnos a nosotros mismos no nos conocemos.

Nuestras tierras son ahora, precisamente, motivo de preocupación para los Estados Unidos, México y la América Central los preocupan.

¿La América Central? ¡Quién sabe lo que será de la América Central! ¿México? ¡Quién sabe lo que será del bravo México! El *Sunday Herald* de Washington lo decía, por boca de un miembro del gobierno¹⁸ que

¹⁷ Thomas A. Hendricks.

¹⁸ Se trata de William C. Whitney, Secretario de Marina, quien en el primer semestre de 1885 ofreciera varias declaraciones de contenido expansionista aparecidas en el *Sunday Herald*.

tendrá más o menos que hacer con las miras del Presidente sobre la América Central—»Vale más que se sepa desde ahora—ha dicho el miembro del gobierno, sin que los periódicos le hostiguen, ni lo duden,—que aunque no se proyecta plan alguno de anexión, ni ha tomado aún el gobierno en consideración el establecimiento de guarniciones militares permanentes en la América Central, sea lo que quiera lo que las circunstancias demanden, eso será hecho. La política exterior de los Estados Unidos será a la vez guiada por los principios más humanitarios, y en acuerdo con las necesidades de la civilización anglosajona».

De esta manera ha hablado el miembro del gobierno, aludiendo a inquietudes próximas en la América del Centro, que en nada por cierto afectarían, ni de cerca ni de lejos, a los Estados Unidos, a quienes, con ser lo que son, no agrada la idea acá concebida, y simplemente absurda, de que México generoso, México sobrecargado de territorio frondosísimo, México con más problemas que modos de afrontarlos, México a quien toda habilidad y energía bastarán apenas para salvarse de los riesgos a que le expone la vecindad de un pueblo acometedor, que lo necesita y no lo ama, llegará a apoderarse, por artes de vecino fuerte, de las repúblicas de la América Central.

¿Dónde se vio león con dos cabezas, mirando con la una, todo azorado, al norte, y la otra en la cola, abierto para tragarse al sur?

¿Ni cómo asiría México, ahora ni en el cercano porvenir, un territorio tan vasto y escurridizo como el de la América Central, sobrado segura, por otra parte, contra semejante tentativa por el doble interés de los Estados Unidos, ya de que México no adquiriera un territorio que pudiera llegar a ser base de una civilización hostil y formidable; ya de que las tierras vecinas del Istmo, caso de salir de sus dueños naturales, vengan a ellos?

Pues en Panamá, aunque con mesura y apariencias de servicio público, y orden de no hacer más que lo que fuere necesario—¿no ha ido la marina americana más allá de la mera protección de su bandera, puesto que ha impedido con la imposición y la amenaza de la fuerza los actos de uno de los partidos beligerantes en el país, y ayuda con esta actitud y con sus propios buques las operaciones de guerra de otro de estos partidos?¹⁹

Pues ahora, ¿a qué vendrá la intervención americana en Centroamérica, fuera de aquella honrosa que quiere evitar sangre y se ha de limitar para no ser sospechada a buenos oficios, caso de que en Guatemala aspirase

¹⁹ Véase en este tomo la Nf. Guerra civil en Colombia e intervención estadounidense en Panamá.

al poder, lo cual anda aún lejos un partido liberal, moderado, que quisiese rescatar el país de manos de los reaccionarios confusos que a la sombra de Barrios, aun después de muerto lo gobiernan, por haber estado en el poder, so nombre de liberal, cuando Barrios murió, en manos del partido embozadamente religioso, en aquel ensayo grosero de monarquía que el rudo instinto aconsejaba al Dictador, quien, aparentando que desdeñaba la opinión, tenía el oído atento a ella, y no bien se le encrespaban los religiosos, daba de espaldas a los reformadores, y no bien había desacreditado a aquellos lo bastante para no haber de temerles por algún tiempo, se volvía hacia los reformadores, que creían, o por su salvación o interés afectaban creer, que los impulsos liberalescos a que su odio a las clases altas movía a Barrios eran aquel tesón en el moldeo de caracteres, aquel fortalecer la dignidad con respetarla, aquel mirar sesudamente por la cordial unión de todos los elementos limpios, más o menos arrebatados en política, que son los medios únicos de asegurar en un país la práctica de la libertad?

¿A qué vendría la intervención americana, siquiera fuese igual a la de Panamá, como ya la anticipa el miembro del gobierno, caso de que Honduras, mal contenta con su jefe actual,²⁰ deslucido por su incondicional sumisión a los proyectos de Barrios,²¹ volviese los ojos, aunque fuesen, como en todo pueblo imperfecto van, acompañados de las manos, a otro jefe²² de mayor peso y alcance, señalado hace dos años por su resistencia a coadyuvar a la tentativa armada del guatemalteco, de quien fue teniente este jefe, que redimió el haberlo sido con fatigarse a tiempo de serlo?

¿A qué vendría la intervención americana, caso de que El Salvador,²³ que ve con malos ojos todo gobierno que le venga de Guatemala, volcase el que ahora tiene, que le ha venido de ella, incapaz de absorber al Salvador por la fuerza, pero capaz aún de gobernarla por medio de un salvadoreño que le prometa no serle hostil en cambio de su alianza?

Solo estos problemas se abocan en Centroamérica: ¿en qué puede ninguno de ellos afectar a los Estados Unidos, sino en uno que otro ciudadano suyo, que andan allí en número mucho menor que los de cualquiera otra nacionalidad? Pero los pueblos no se forman para ahora, sino para mañana.

²⁰ Luis Bográn.

²¹ Véase en este tomo la Nf. Proyectos de Unión Centroamericana.

²² Marco Aurelio Soto.

²³ Referencia al gobierno de Francisco Menéndez, que invadió El Salvador desde Guatemala en 1885 y logró la dimisión del presidente constitucional Rafael Zaldívar.

Los Estados Unidos se han palpado los hombros y se los han hallado anchos. Por violencia confesada, nada tomarán. Por violencia oculta, acaso. Por lo menos, se acercarán hacia todo aquello que desean. Al istmo lo desean. A México, no lo quieren bien. Se disimulan a sí propios su mala voluntad, y quisieran convencerse de que no se la tienen; pero no lo quieren bien.

No parece que reconocen el derecho de México a hacer, sino que le permiten que haga. Apenas México afirma con un acto desembarazado, y siempre hábil y correcto, su personalidad de nación, acá se toma a ofensa y se ve el caso, no por el derecho de México a ponerlo a su interés, sino por el deber de México de no hacer cosa que no sea primeramente en el interés de los Estados Unidos.

Libremente, sin intervención alguna del gobierno de los Estados Unidos, y estipulando que en caso alguno que resultara de su convenio acudirían a él, contrataron con el gobierno de México, ciertas compañías ferrocarrileras norteamericanas la construcción de vías férreas en México, y de México a los Estados Unidos, favorecidas con crecidos subsidios del gobierno de México.²⁴

El gobierno del presidente González,²⁵ calculando mal los ingresos futuros del erario, ofreció de gobierno a contratante particular, estos subsidios. Bien pudieron ver, como veía todo calculador juicioso, que México no había de poder, a los pocos años, pagar las subvenciones ofrecidas. El cuidado mismo que ponía en exigir que no se acudiese al gobierno de los Estados Unidos en caso de falta de pago lo indicaba. Escritores ilustres y periódicos famosos de los Estados Unidos lo advirtieron. Grant recomendó la empresa, estimulado por su amigo fidelísimo, el ministro de México en Washington, Matías Romero, que ha hecho el objeto de su vida acercar esta tierra a la suya.

Deliberadamente, y como empresa privada, entraron las compañías en la empresa de construcción de los ferrocarriles. Los construyeron. Sucedió lo previsto. Hubiera sucedido aun sin los abusos que hicieron pública granjería del erario mexicano en el último tiempo de la presidencia de González.

Con estos abusos, sucedió más pronto. Advino Díaz²⁶ al gobierno, y halló a la nación en quiebra. Tenía un déficit en el presupuesto anual.

²⁴ Tratado Grant-Romero.

²⁵ Manuel del Refugio González Flores.

²⁶ Porfirio Díaz.

Tenía contra sí veinticinco millones de obligaciones legales. Ni cubrir su presupuesto podía, cuanto más pagar esa deuda enorme.

Tales eran las subvenciones ofrecidas que, de pagarlas, consumirían todas las entradas naturales. ¿De qué viviría el país? Acaso este no debió ofrecerlas: pero, ¿por qué, libres los contratantes para observar y prever, las aceptaron? Ni el ejército ni el servicio civil estaban pagados, ni podía seguirseles pagando en el número y suma que se les pagaba. Díaz, provisto de poderes amplios por el Congreso, afronta enérgicamente la situación desesperada: reduce los gastos del gobierno; suspende las subvenciones acordadas y aceptadas imprevisiblemente durante el gobierno de González; unifica en una emisión de bonos por veinticinco millones a veinticinco años, al seis por ciento anual, los subsidios pendientes hasta la fecha de la unificación y otras obligaciones semejantes; refunde las deudas varias del país en una sola deuda con interés más bajo y uniforme, que será gradualmente de uno, dos y tres por ciento, en el primero, segundo y tercer año, hasta quedar en tres, por \$144 000 000, suma total aproximada de la deuda; y aunque importa tanto a México el apoyo de Inglaterra fundado en un derecho real, para sus conflictos futuros con los Estados Unidos, repudia valerosamente la deuda de la intervención y las que dieron pretexto a ella, aunque dos terceras partes de esta deuda están en manos de ingleses, acto de lealtad que debiera inspirar en los Estados Unidos respeto profundo por la buena fe de México, que ni desconoce sus peligros, ni con admirable habilidad deja de precaverse contra ellos, ni cualesquiera que sean los motivos de la aparente cordialidad norteamericana, cesa de pagarlos con la más candorosa nobleza.

¿Pues qué camino le queda, tampoco, sino cerrar con exquisito cuidado todo camino de reclamación por el que ante el mundo que observa pudiera decorosamente entrarse una república por otra que la trata con tanta limpieza y gallardía? Obra fina, y por todo punto magistral, están haciendo los mexicanos en sus relaciones con los Estados Unidos. Sobre hierros encendidos están andando; de todas partes oyen voces que debieran acalorarlos y cegarlos: no tropiezan. Acaso se salven.

Ahora, naturalmente, los tenedores de acciones de los ferrocarriles mexicanos claman. Las acciones han bajado de precio. Por años, la empresa es ruinosa. Mas la reforma mexicana ha empezado en casa; está conforme a la ley y necesidad; pudo y debió ser prevista por los que se expusieron libremente a ella: y si estos entraron a correr este riesgo, a pesar de él, o tal vez por tener ocasión en él de cosas mayores, o porque este riesgo que se preveía pudiera dar a algún político ambicioso ocasión

de conquista, merecido tienen por su deslealtad o su codicia el apuro que pudieron prever o acaso desearon.

Como cien millones de pesos emplearon los norteamericanos en ferrocarriles en México. A ciegas no pudo ser ni sin prever y estudiar sus consecuencias. Así queda, briosamente sentado en México, y en hora todavía oportuna, el problema de mayor interés que presenta acaso la política continental americana. Quien dude de nuestras tierras, para redimirse, para trabajar sus minas, para mejorar sus ciencias, para crear su arte, para crecer de sus mismos infortunios, para mantener la más difícil diplomacia, mire a México.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 21 de agosto de 1885.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ. MUERTE DE GRANT¹

El lecho de muerte.—Preparativos para sus funerales.—Los diarios.—Las calles.—Disputa sobre el lugar de sepultura.—Se le entierra en Nueva York.—El monumento.—La tumba provisional.—Grant, en la guerra² y después de ella.—El Este y el Oeste.—Los gitanos en Nueva York.—La magia de Nueva York.—Convulsiones de elaboración en el Oeste.—Los indios revueltos.—Los vaqueros traviesos.—Los ganaderos rebeldes.—Un sacerdote con pistolas.—El caolín.—Exodo de húngaros.—A trabajar, los nobles!—Una ciudad en un mes.

Nueva York, agosto 3 de 1885.

Señor Director³ de *La Nación*:

Las calles están vestidas de negro. Las veletas de los techos echan al aire sus cintas de luto. Edificios de once pisos están cubiertos de casimir fúnebre. Todo Wall Street, la calle de la banca, parece un féretro. Poco menos que de pie sobre el aire cuelgan de paño sombrío los decoradores, columnas y balcones más altos que las torres de las iglesias.

Los carreteros han puesto sobre las sienes de sus caballos rosetas de duelo, los maquinistas han atado a la chimenea de sus máquinas sus cintas de tristeza, que, a par del humo oscuro, van oscilando al viento. La ciudad entera se viene preparando a ver pasar el sábado, con doscientos mil soldados y lo mejor de la nación tras él, el cadáver de Grant.

Murió el 23 de julio. Le rodeaba toda su familia, su criado fiel, sus médicos.⁴ Los nietecitos dormían en sus ropas blancas de sueño, en el cuarto que daba sobre su cabeza. La esposa⁵ le tenía de las dos manos, se las acariciaba, le apartaba los cabellos de la frente. Nadie lloraba. De pronto, aspiró el aire, con ese movimiento de fuego fatuo con que lo aspiran por última vez los moribundos. Y murió como a las ocho y ocho minutos de la mañana, en Mount Mc Gregor,⁶ a más de diez horas de Nueva York. A las ocho y once minutos, con el telegrama que anunciaba la hora del fallecimiento, salía a las calles, el *Evening Telegram*,

¹ Ulysses S. Grant.

² Guerra de Secesión.

³ Bartolomé Mitre Vedia.

⁴ Orlando B. Douglass, George F. Shrady, Henry B. Sands, y Newman.

⁵ Julia T. Grant.

⁶ En LN: «Mount Gregor».

que es el alcance al *Herald*. De entonces a hoy, y van ya diez días, ni diarios ni gentes hablan más que del funeral de Grant, a quien Nueva York ha acaparado para sí, con gran celo de Washington, que lo reclama como a héroe nacional; de Chicago, siempre celosa de Nueva York; de Galena, la humilde ciudad donde nació y padeció pobreza, y de donde salió a la guerra primero, después de cinco años de quehaceres penosos por asegurar el pan del día, y luego a la presidencia de la República. En los lugares puros y apartados del campo se crían las grandes fuerzas.

Política, teatros, artes, todo parece en tregua desde hace diez días. Los detalles más menudos de la vida del general llenan, de la fecha al pie de imprenta, los periódicos: las casucas empinadas de los barrios más ruines, los puestos de frutas de los italianos, los sillones de los limpiabotas en las esquinas, todo se ha ido adornando con guirnaldas y coronas negras y retratos del muerto. En el gran Parque Nuevo⁷ lo van a enterrar, más allá del Parque Central. Quinientos mil pesos quieren reunir para levantar sobre su tumba un mausoleo de granito y bronce.⁸ Fabrican provisionalmente, mientras se le levanta el palacio de granito, una bóveda recia, semejante en la forma a una ambulancia militar. Día y noche está en sus alrededores la policía arrollando gente, que va a millares a ver hacer la tumba, y a recoger como memento una esquirla de ladrillo, una pedrezuela, un puñado de tierra, una hoja de los árboles de las⁹ cercanías. El funeral adelanta, como una apoteosis. La ciudad de Nueva York ofreció a la familia de Grant, el lugar que ella eligiese para sepultar al jefe muerto, quien ya en vida había dicho que contaba a Nueva York entre las ciudades donde le sería agradable ser sepultado «porque el pueblo de Nueva York le había sido amigo en su necesidad»; y como el municipio concedió a la viuda el derecho de ser enterrada al lado de su marido, según este quiso, la familia prefirió a Nueva York, que con las más ostentosas celebraciones se prepara a agradecer el privilegio de abrigar en su suelo el cuerpo del que llevó de gloria en gloria, contra los rebeldes esclavistas, el ejército colosal de la Federación. A las veces, la sangre le llegaba, como en la batalla de dos días en Shiloh, hasta las cañoneras de las sillas, él, entre los labios el tabaco, el fieltro sobre los ojos imperturbables, avanzaba. Si por la derecha le cortaban el paso, se iba por la izquierda; si por esta se lo cortaban volvía por la derecha.

⁷ Parque Riverside.

⁸ De estructura neoclásica, de 45 m. de alto, edificado en granito, en él descansan los restos de Grant y su esposa. Fue diseñado por John Duncan y está situado en la intersección de Riverside Drive y la calle 122 Oeste, en Manhattan. Inaugurado en 1897 con la asistencia de la viuda y del presidente William McKinley.

⁹ Errata en LN: «la».

Caía, sin cólera, como una avalancha. A donde puso el ojo, puso la bandera.

Una capa nueva podría hacerse a la tierra con los soldados que perdió en una sola batalla; pero expulsó de sus cuarteles del oeste a los confederados; pero forzó el paso del¹⁰ Mississippi;¹¹ pero entró en Vicksburg inexpugnable; pero jamás tuvo que hacerse atrás; pero acorraló al ejército enemigo contra el manzanar donde se le rindió Lee. Y como tendió la mano a los vencidos, estos, los generales mismos a quienes echó de ciudades y atrincheramientos, han venido a sentarse a su cabecera y llevarán mañana las cintas de su féterro en su entierro: ¿quién dijo que se habían acabado los poemas?¹² Nueva York no quiere ver hoy en Grant, ni la nación agradecida quiere ver, ni en realidad quiso ver nunca, al hombre de armas en quien era vicio ya el mandar, abarcar y arremeter, al presidente parcial y manejable, al político autocrático e inculto, cuyas faltas alcanzaron siempre a disimular el resplandor de su triunfo y el candor de su ignorancia. Las grandes personalidades son como cimientos en que se afirman los pueblos. Pueblo hay que cierra los ojos a los mayores pecados de sus grandes hombres, y necesitado de héroes para subsistir, los viste de sol, y los levanta por sobre su cabeza.

Cuantos errores pudo cometer hombre, en cosas públicas; muchos de los atentados que puede imaginar presidente de un país libre contra el derecho de su país y el del ajeno, Grant, que tenía apetito de marcha, permitió e imaginó. Él miraba con ansia al Norte inglés; al Sur mexicano; al Este español; y solo por el mar y la lejanía no miraba con ansia igual al Oeste asiático.

Mascaba fronteras cuando mascaba en silencio su tabaco. La silla de la presidencia le parecía caballo de montar; la nación regimiento; el ciudadano recluta. Del adulador gustaba; del consejero honrado no. Tenía la modestia exterior, que encubre la falta de ella, y deslumbra a las masas, y engaña a los necios. Concebía la grandeza cesárea, y quería entrañablemente a su país, como un triunfador romano a su carro de oro. Tenía el rayo debajo del ojo; y no gozaba en ver erguido al hombre. Ni sabía mucho del hombre; sino de empujar y de absorber. Pero ahora no escribimos su vida. Ya nos asomaremos el sábado, los lectores de *La Nación* y nosotros, a verlo pasar, con la carta que su pobre mujer le hizo poner en el bolsillo del pantalón en que «se despidió de él hasta un mundo mejor»; ya veremos el sábado este suceso histórico, y en las paradas

¹⁰ Errata en LN: «de».

¹¹ Errata en LN: «Mississippi».

¹² Idea recurrente en casi todas las crónicas de este tomo.

de la procesión de doscientos mil soldados, hablaremos de aquel que sin pestañear ni cejar se fue derecho al triunfo, a la cabeza de un millón de hombres.¹³ Esta masa, no manejada antes nunca por el hombre, tuvo en las manos, que no le temblaron.

No era de los que se consumen en el amor de la humanidad, sino de los que se sientan sobre ella. Ha muerto noblemente, robándole a la muerte los días necesarios para escribir el libro¹⁴ que deja como único caudal a su mujer y a sus hijos. Antes de morir concibió y proclamó la hermosura de la paz. Fue leal. No fue cruel. Le esperan, en fila silenciosa, para acompañarlo a la tumba, los cañones envueltos en crespón, y las casas, las colosales de Nueva York, a la generala.

La ciudad no está triste; comienza a estar solemne. No se debe ahorrar a los pueblos los espectáculos grandiosos.

El Este se prepara a esta fiesta; el Este, que acata el derecho humano y es hoy sobre la tierra su mejor mampuesto.—Triste sí, uno se siente triste en Nueva York. Ver pasar unos infelices gitanos que el municipio cruel devuelve a Europa de donde acaban de venir; verlos pasar, los pequeñuelos con sus ojos de amor; los chalanes con su chaqueta alamarada; las mozas con sus pañuelos amarillos, entre los policías espaldudos que los llevan a oír su sentencia de reembarque a la casa municipal; verlos pasar, como migajas secas de la paleta de Pasini,¹⁵ del luminosísimo Pasini, destacándose de las paredes oscuras de estas casas cuadradas, alegra los ojos, con esa batalladora alegría que producen el color, la luz, el hombre libre y el caballo suelto. Triste sí, uno se siente triste en Nueva York;—pero firme también; se siente uno tan firme que cuando se aleja de estas playas, ¡en no siendo para las de la patria, donde la roca es dulce!, parece como que se aparta del goce digno de la libertad real, que se aleja de sí propio!

Mientras celebra a su héroe de guerra el Este culto, en el Oeste contienen a duras penas a los indios las tropas del general Sherman;¹⁶ las ciudades se arman, para defenderse de los huelguistas que las acometen; empresas de ganaderos intentan rebelarse contra el gobierno; y sostener por las armas su derecho a conservar en arrendamiento por precios mínimos tierras indias de pasto, que no pudieron alquilar de los indios sino por medio del gobierno; en un mes, donde no había ayer más que una escuela y una tienda de campaña, en Fern City se levanta, al cebo de

¹³ Véase en este tomo, la crónica «El general Grant».

¹⁴ *Personal Memoirs of Ulysses S. Grant*.

¹⁵ Alberto Pasini.

¹⁶ William T. Sherman.

un pozo de petróleo, una ciudad nueva que ya se procura municipio, jefe de policía y vigilantes, y tiene al aire sus fondas, y un periódico, y cuatro mesas permanentes de jugadores: a Fern City están mudando toda una ciudad vecina, cerca de la cual se secó un pozo de aceite. Las casas de dos pisos vienen por los caminos: las apean, las remontan en Fern City. Los vaqueros traviesos, los gauchos del Oeste, detienen un tren; porque les dio gana de reír de los *cajetillas*,¹⁷ y a cuanto caballero de ciudad va en el tren lo ponen—ayer mismo los pusieron—de cabeza en tierra con los pies al aire, y de dos tiros de bala le destaconan los zapatos. En Kansas City, un cura católico cayó en liviandad, y en el desamor de sus feligreses; ante los cuales, como que son gente de vestido de cuero y escopeta pronta, se presenta a decir misa, entre silbidos y befas, con sus ropas de sacerdote, y bajo ellas dos pistolas. Un marqués, que se fatigó de ser noble y ha alzado un gran rancho, no sin haber tendido de un balazo a más de un vaquero atrevido, halla en las cercanías de unos terraplenes recién descubiertos, una arcilla finísima, que dicen ser el caolín afamado de los chinos: ya el marqués levantó compañía, busca obreiros en porcelana, y diseña una fábrica enorme.

Cansados, en tanto, por Filadelfia, unos veinte mil húngaros de trabajar a intervalos en industrias que por muchos años han de estar produciendo más de lo que de ellas se demanda, propónense emprender la marcha con otro noble a la cabeza, el Conde Esterhazy,¹⁸ y dedicarse en masa, juntos los veinte mil húngaros, a las labores que perduran, y en las que debe descansar toda riqueza, a las labores agrícolas: les da el gobierno cerca de la frontera del Canadá doscientos mil acres de tierra. La Hungría es vivaz y de ojos negros; y escogida en sus mejores lugares puesto que los tiene laxos y malos, no estaría mal en la América Latina.¹⁹ Una raza no crece bien sino con el allegamiento de materiales afines.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 20 de septiembre de 1885.

[Mf. en CEM]

¹⁷ Así en LN. Véase también esta palabra en el artículo «La Pampa», publicado en *El Sudamericano* (Buenos Aires), 20 de mayo de 1890, en el que también compara a los vaqueros del Oeste estadounidense con los gauchos argentinos por sus prácticas similares de violencia contra los *cajetillas* o *petimetres* de la ciudad.

¹⁸ Paul Oscar Esterhazy.

¹⁹ Sobre los criterios martianos de inmigración deseable e indeseable, véase su artículo «La inmigración en los Estados Unidos y en Hispanoamérica», publicado en *El Partido Liberal* (México), el 26 de septiembre de 1888.

EL GENERAL GRANT¹

Estudio de la formación, desarrollo e influjo de su carácter, y de los Estados Unidos en su tiempo.

Nueva York, agosto 12 de 1885.

Señor Director² de *La Nación*:

Nació de pobres; de niño, gustó más de caballos que de libros y acarreo leña; en la Escuela Militar se distinguió por buen jinete; llegó a capitán en la guerra de México y, por no ser sobrio, le pidieron su renuncia; le alcanzaron los cuarenta años poniendo billares, curtiendo cueros y cobrando cuentas; cuatro años más tarde, era General en Jefe de un ejército activo de doscientos cincuenta mil soldados que peleaban por la libertad del hombre; cuatro años después, presidía desordenadamente su República.

Luego viajó por el mundo, que lo hizo miembro de sus mejores ciudades y lo salió a recibir, guiado por sus presidentes y sus reyes; luego cayó en trampas de comercio, por el apetito vulgar de la fortuna; al fin ha muerto, ennoblecido por sus dolores; seguidos de cincuenta mil soldados, los generales a quienes venció en batalla lo acompañaron a su tumba. Hombres de hechura nueva y de tiempos riosos son estos que en veinte años aprenden a amar sin disimulo, al que frustró sus esperanzas, diezmó sus feudos y los venció en guerra! ¡Estos son hombres, los que no empeñan la vida de generaciones y la paz de su pueblo en vengar derrotas y rumiar injurias!

Se pelea mientras hay porqué, ya que puso la naturaleza la necesidad de justicia en unas almas, y en otras la de desconocerla y ofenderla. Mientras la justicia no esté conseguida, se pelea. Luego, sofocando con la superior fraternidad que da el contacto común con la muerte los recuerdos que expusieron a ella, se entregan en paz los hombres dignos de serlo a las faenas usuales de la vida, engrandecidos³ por aquel caudal nacional que dejan a los pueblos las campañas en que se han probado las virtudes de sus hijos. Los bravos, olvidan. Se nota, después de las guerras, que los que olvidan menos, son los menos bravos; o los que

¹ Ulysses S. Grant.

² Bartolomé Mitre Vedia.

³ Coma en LN.

pelearon sin justicia, y viven en el miedo de su victoria. Pueblos hay y gentes, de oro por fuera, que son una cueva de duendes insomnes por dentro. Solo los pueblos pequeños perpetúan sus guerras civiles.—Como bueno, caballo contra caballo, se dirimen las contiendas que arrebató al dictamen de la razón la ferocidad del hombre: después, como los federales en Washington luego que acabaron de vencer, como los confederados en Appomattox, luego de ser vencidos, los soldados se despiden de sus generales, y sin suspender sobre la patria las armas ociosas ni cobrar como mercenarios impuros con una soldada perenne el premio de haber cumplido con su deber, vuelven, enriquecidos con la grandeza propia y la de sus adversarios, a los quehaceres libres que mantienen en toda su fuerza y majestad al hombre.

Ulises Grant fue el que nació de pobres, en una casuca gacha de madera y tejas, allá en un rincón de Ohio: y de terciopelo y paño negro estaban colgadas las casas de mármol y los palacios de piedra cuando al doblar de todas las campanas de la nación, seguían su féretro por las calles de Nueva York, Johnston,⁴ a quien su teniente Sherman⁵ desalojó de Atlanta; Buckner,⁶ a quien Grant mismo tomó diecisiete mil prisioneros en Fort Donelson, Fitzhugh⁷ Lee, sobrino y soldado de aquel hombre brillante y piadoso⁸ que, por Grant solo fue rendido:—Culminan las montañas en picos y los pueblos en hombres. Veamos cómo se hace un gran capitán en un pueblo moderno.

Como de un pobre colono fue la casita de su nacimiento: de un piso, paredes de madera, techo de caballete; la chimenea en la cruz, la puerta entre dos ventanillas; de madera el cercado, monte atrás, en el patio, follaje, un árbol en la puerta. Allí, en el cariño de su buena mujer,⁹ descansaba el padre¹⁰ de Grant de curtir cueros, cuando no contaba las hazañas de sus antepasados, que eran gente de Escocia brava y firme, o escribía con mano hecha al oficio un artículo de diario. De ocho generaciones americanas vino Grant, generaciones de campesinos y soldados. ¿Se acendran las cualidades de los padres al pasar por los hijos? ¿Serán los hombres nuevas representaciones de fuerzas espirituales que se condensan y acentúan? «¡Firme! firme!» rezan los moteles del linaje de

⁴ Errata en LN, siempre: «Johnson». Joseph E. Johnston.

⁵ William T. Sherman.

⁶ Simon B. Buckner.

⁷ Errata en LN: «Fitzburg».

⁸ Robert E. Lee.

⁹ Hannah S. Grant.

¹⁰ Jesse R. Grant.

Grant, uno sobre una montaña que humea, otro sobre cuatro eminencias encendidas: «¡Firme, Craig Ellachie!».¹¹ De Grant era todo un regimiento inglés en la India,¹² que fue de los más bravos. Montaña encendida, regimiento, firmeza: todo eso se encuentra en Grant; y va con él, maceando, aplastando, arremolinando, tundiendo. En Chickahominy,¹³ cuando en un cuarto de hora acaba de perder once mil hombres, sin moverse de la silla, manda renovar el ataque. En Vicksburg, a una anciana que le da agua: «Aquí me estaré hasta tomar a Vicksburg, aunque tenga que esperar treinta años!». En Chattanooga, «¡arriba, arriba!» por la montaña, entre las nubes, por encima de las nubes: se ven de abajo como cintas de fuego; y se oyen estampidos graneados; al resplandor de la fusilería, la bandera sube, en lo más alto del pico ruedan las balas tras los confederados, monte abajo:—la montaña encendida.

De niño, aprende muy poco. Los libros le enojan, como le han de enojar siempre. Dicen que a los dos años oyó un tiro sin pestañear:—«¡Otra vez!», «¡otra vez!». A los ocho años, se sube en cuanto caballo halla a mano. Tiene el cuerpo endeble en apariencia, fuerte en realidad. Se educa como todos los niños pobres de campo de su tiempo; en invierno, a la escuela; en verano, al trabajo.

A los doce años, guía en una excursión el cochecillo de unas señoras y a lo que iban por un arroyo, notan las señoras aterradas que los caballos han perdido pie; «no hablen; y yo las saco en salvo». Y las saca.

Quiere que su padre le compre un caballo, para emparejar con uno que ya tiene, y se obliga a pagarle el precio de él acarreándole los leños que corta en el bosque el peón de la casa: acarrea leños ocho meses: un día, no halla al peón: saca del carro al caballo, le hace arrastrar los leños sobre un árbol caído: de donde los rueda sobre el carro, y vuelve a la casa: ¿Y el peón? «No sé, ni me importa. Cargué solo el carro».¹⁴

Así crece; de madre llana y leal, de padre inteligente y poco afortunado.

¹¹ El lema en inglés es «Stand Fast Craig Ellachie», cuya traducción más frecuente es «Manteneos firmes Craig Ellachie». Se trata del grito de guerra del clan que defendía el pueblo de ese nombre en Escocia, junto al río Spey, lugar de los ancestros del general Grant.

¹² Referencia al bisabuelo del general, Noah Grant y al hermano menor de este, Solomon, que murieron en misión militar en la India en 1776.

¹³ Referencia a la segunda batalla de Cold Harbor, ocurrida a orillas de este río.

¹⁴ La fuente de estas referencias a la infancia temprana de Ulysses S. Grant parece ser la serie de cartas de Jesse R. Grant, padre del general, que con motivo de la muerte de este reeditó *The New York Ledger*, a partir del 3 de agosto de 1885, bajo el título *General Grant's Biography by his father*. La primera edición data de 1868.

A los 17 años, por servicio de un representante del estado,¹⁵ entra en la Escuela Militar de West Point.¹⁶ Montar, monta muy bien; estudiar, estudia mal. Es el mejor jinete de su curso; pero al fin de la carrera, en una clase de treinta y nueve, obtiene el número veinticinco. Ha sido silencioso, pero amigo de juegos, obediente y cortés, «un buen muchacho». Las matemáticas no las estudió a disgusto. De deberes militares, táctica, ordenanza y balística aprendió más que de mineralogía, geología, química, ingeniería y mecánica. Se enamora intensamente, que es signo de personalidad. Se casa joven, que es signo de nobleza. Y va, con grado de teniente segundo a la frontera, como todos los militares jóvenes.

Ambiciosos y esclavistas se juntaron por aquellos años, en los Estados Unidos para arrebatar a México una porción preciosa de territorio.—Los colonos americanos inundaron a Texas, y se alzaron con él, como estado perteneciente a la Unión del Norte por la voluntad de sus habitantes.

México clama. Los esclavistas del Sur, que venían lidiando desde principios del siglo por introducir la esclavitud en los estados libres, o aumentar el número de estados esclavistas, favorecen en este concepto la anexión de Texas. Van Buren,¹⁷ candidato a la presidencia, censura la tentativa de anexión, como motivo probable de una guerra injusta con México; y su contendiente Polk,¹⁸ que personifica la idea anexionista es electo. Las tropas americanas, so pretexto de defender a sus conciudadanos de Texas, entran más allá del límite extremo del estado. Las tropas de Arista¹⁹ se les oponen, de lo que toma Polk pretexto para dar por declarada la guerra. Taylor²⁰ marcha sobre México, y lleva a Grant entre los suyos. Adelantan, como suele la injusticia. Grant peleó contra los cadetes imberbes que a la sombra del último pabellón mexicano cayeron sonriendo, apretados uno contra otro, sobre los cerros de lava de Chapultepec.²¹ En un parte fue citado Grant, por bravo. Y en nada

¹⁵ Thomas Morris.

¹⁶ Academia Militar de West Point.

¹⁷ Martin Van Buren.

¹⁸ James K. Polk.

¹⁹ Mariano Arista.

²⁰ Zachary Taylor.

²¹ Referencia a los niños héroes, seis adolescentes de entre trece y diecisiete años de edad, alumnos del Colegio Militar, que murieron bravamente durante el asalto de las tropas estadounidenses al cerro de Chapultepec, el 13 de septiembre de 1847. Ellos son Juan de la Barrera, Juan Escutia, Francisco Márquez, Agustín Melgar, Fernando Montes de Oca, y Vicente Suárez Ferrer.

más se distinguió, aunque tenía veinticinco años. Sirvió bien como habilitado, y allí aprendió a cuidar del soldado en campaña, y de bagajes y almacenes. El conocimiento de los detalles es indispensable para la preservación de la grandeza: el impulso necesita ser sostenido por el conocimiento.

No parece que a su vuelta de México, donde llegó a capitán, fuera tan sobrio en el beber como el decoro aconseja. Es creencia pública que este triste hábito llegó a ser en él tan manifiesto que, a no haber accedido a pedir la renuncia que de él solicitaron sus jefes, hubiera caído en un consejo de guerra; ni parece tampoco, en pura verdad, que semejante costumbre le siguiese en los años oscuros y amargos en que vivió Grant, hasta que estalló la guerra civil, ocupado en penosas faenas, si bien tiene biógrafos que solo por la persistencia de aquel hábito, aun en sus días gloriosos, se explican ciertos errores y acometimientos en la guerra. Anduvo Grant de hacienda en aldea. En California establecía un billar, y quebraba. Vivió luego en una hacienda de su mujer²²—él cortaba la madera, él la acarreaba por el pueblo y él la malvendía. Para cobrar no servía mucho, porque era dadivoso y no sabía ver lástimas. Apetecía la fortuna; mas no era ruín y abusador de naturaleza, de modo que cuando andaba luego de cobrador de rentas, a par que de vendedor de madera, recio el cuerpo y despacioso, oculto el rostro bajo un fieltro ancho, por pieza de mangas una blusa, y embutidos en las altas botas los calzones, más eran las cuentas que dejaba atrás que las que amonedaba, aunque él siempre recordó aquellas fatigas con orgullo.—»Aquellos eran buenos tiempos, amigo», dijo una vez en la Casa Blanca a un marchante suyo de aquella época que electo representante más tarde fue a visitarlo, todo tímido cuando ya era Presidente: «buenos tiempos eran aquellos; porque yo hacía lo mejor que podía para sostener a mi familia». Y siguió conversando con la esposa de su marchante, de las mañanitas frías en que él les llevaba la leña, la apilaba con sus manos y la medía, e iba luego a cobrarle a la oficina. Pero en tantas estrecheces se vio que hubo al fin de aceptar en Galena, donde su padre y hermano²³ tenían una curtiembre, un empleo de doscientos pesos anuales: y ya para entonces Grant frisaba en los cuarenta años. Más notado era por el callar que por el hablar. A todos parecía en el pueblo un hombre adocenado. Aspiró a una plaza de agrimensor, y no la obtuvo. Se paseaba; callaba,

²² Julia T. Grant.

²³ Samuel S. Grant.

fumaba. No mostraba impaciencia. De la guerra se había traído sus celos, celos profundos de los que, por capricho de la fortuna o influjo de amigos poderosos, alcanzaron puestos prominentes, sin los merecimientos acaso que él creía sentir en sí. Mas estos celos, apenas los entrevé un ojo avisado en las primeras efusiones suyas, raras, por cierto, como deben ser siempre las efusiones, con un amigo militar a quien llevó hacia Grant una simpatía que a poco llegaba ya a veneración; con Sherman, que cuidaba de él como de una criatura de sus manos, y por su fama miraba más que por la propia.

Sherman,²⁴ alto, elocuente, centelleante, inquieto, inspirador, desasosegado, desbocado,²⁵ fiero; Grant, corto de cuerpo, ya espaldado, lento; sobrio en el habla, de ojo impasible, que acaparaba lo que oía, que no daba de sí. Grant, que concebía laboriosamente, o volteaba en la memoria con esfuerzo lo que acababa de oír; Sherman, que como lluvia de chispas vertía ante su amigo silencioso sus planes e ideas. A veces, a todo un discurso de Sherman, Grant no contestaba. Se recogía en sí; y aunque siempre estuvo pronto, con generosidad singular y absoluta, a encomiar el mérito de sus subordinados y reconocer espontáneamente la parte que tenían en sus victorias, si recibía influjo de ellos, no gustaba de dejarlo ver, ni ponía en acto la idea ajena, hasta que de magullarla y considerarla llegaba a tenerla como propia. Y le fue creciendo tan fuera de medida la persona, que llegó a ponerse en él en lugar de lo más alto y a oscurecerle el juicio.

Pero en aquellos duros tiempos de Galena no se notaba en él, oscurecido en la oficina de la curtiembre,²⁶ cualidad marcada alguna, ya porque su mala salida del ejército y falta de éxito en sus humildes empresas lo tuvieran desconfiado y encogido, ya porque, comido de esa impaciencia que consume a los caracteres originales y pujantes, fuera presa constante de la sorda ira que produce la falta de acomodo entre la realidad trivial y el deseo osado. El silencio es el pudor de los grandes caracteres: la queja es una prostitución del carácter. Aquel que es capaz de algo y muere sin que le haya llegado su hora, muera en calma, que en alguna parte le llegará. Y si no llega, bien está: ya es bastante grande el que es capaz de serlo.

No era Grant de carácter amigable, y si no²⁷ desdenaba los escasos cariños de que pudiese ser objeto, jamás cortejó, ni en lo más recio de

²⁴ Se añade coma.

²⁵ Se añade coma.

²⁶ Se añade coma.

²⁷ Errata en LN: «sino».

sus pruebas, amistad alguna. En sí exploraba y vivía. Venía del campo, del campo siempre nuevo y original, y de sí mismo, con poca mezcla de lo general humano, en cuyas artes se sintió siempre como extraño y perseguido; ya abrumado, como un hombre a quien todo vence, ya rebelde, como aquel a quien azuza una voz superior. Huía Grant por eso, y por sus penosos recuerdos de su vida militar, que se exacerbaban con su candidatura frustrada al puesto de agrimensor, de los manejos políticos, harto complicados siempre, aun en los villorrios, para no²⁸ inspirar temor y un sentimiento²⁹ previo de derrota a los espíritus sencillos; mas por esto era, y no porque en sí le desagradasen, sino que, marcial de naturaleza, arremeter y arrebatar le era más fácil que cautivar y esperar, y carecía de aquella ductilidad y pleguez que en la vida política aseguran el éxito. A su naturaleza de dueño repugnaba esa angustiosa y continuada servidumbre con que se compra casi siempre la prominencia política. Entrar en política sí le hubiera parecido bien: pero como se entra en una plaza enemiga: imponiendo condiciones. Por donde iba la política no lo distinguía él muy bien a veces; pero en su país, la política era la única forma del mando. A los demócratas estaba afiliado, porque era en aquel tiempo la democracia, el partido que al estado en la Unión, y al hombre en el estado, reconocía más derechos, y Grant fue siempre muy celoso de los suyos; mas en sus cuarenta años solo en una elección había dado su voto, y en una República, un hombre que no vota es como en un ejército un soldado que deserta.

Acerca a los espíritus originales una incontrastable simpatía. Mirando bien se observan dos especies de hombres en perpetua lucha; los que arrancan de la naturaleza, pujantes y genuinos, activos y solitarios, reconocidos y aclamados solo en las grandes crisis, que necesitan de ellos; y los hombres amoldados a la convención, que ocultan su espíritu como un pecado, que defienden y contribuyen a lo establecido, que viven acomodados y dichosos, y en el movimiento social solo son útiles como fuerza saludable de resistencia, en los casos en que un carácter natural, embriagado con el triunfo, se desvanece y afirma en demasía. Otro carácter natural vivía en Galena, el abogado Rawlins,³⁰ un árbol de virtud, todo hecho de valor y de justicia. Hablaba en explosiones. Sus pensamientos nacían y salían de él derechamente, como rayos de luz.

²⁸ Errata en LN: «parano».

²⁹ Errata en LN: «sensentimiento».

³⁰ Se añade coma. John A. Rawlins.

Tenía la concisión y grandeza de la palabra apostólica, y la suprema elocuencia de la vida, ante la cual la de las academias, como coqueta embijada ante doncella de franca hermosura, se oscurece. Rawlins había vivido de hacer carbón hasta sus veintitrés años; Rawlins, que murió más tarde de secretario de la Guerra. Solo, se educó; solo, se hizo abogado; solo, impuso respeto a sus cofrades: se habituó a pensar y a obrar solo. Y solo podía pensar y obrar sin miedo, porque no le dominó más pasión que la de la justicia. Pero tenía aquella superior prudencia que, como nueva gala, engendra el sufrimiento prolongado en los hombres de verdadera fortaleza, dichosa cualidad que en el grupo de caracteres naturales distingue al desinteresado del egoísta. En el egoísta hay más personalidad, visible al menos, que en el desinteresado, pero solo en el desinteresado hay verdadera grandeza. En Rawlins eran apreciables la palabra, la intuición, la firmeza, la honradez, el consejo. Aplastaba las intrigas como hubiera aplastado víboras. Una sinrazón o un agravio no podía soportar, aunque se hiciesen a una tórtola. La verdad quería él que triunfase, aunque nadie llegara a saber que triunfaba por él. A este hombre, desde que vendía cueros se fue Grant acercando poco a poco; en sus defensas bebió luces; en su consejo superior encontró un dueño: de los labios de Rawlins salían acabadas y perfectas, las ideas que en su forma rudimentaria de instinto fatigaban el cerebro a Grant. Y juntos hablaban el abogado y el curtidor de cómo se venía encima la querella en el Sur, cuyo creciente atrevimiento, como a toda la Unión, tenía asombrada a la gente de Galena.

Los tiempos eran aquellos de la más noble cruzada que jamás vieron los hombres. De un mar a otro hervían los estados del Norte: «No ha de haber más esclavos».

Desde que Garrison³¹ fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión; ¡cómo crecen las ideas en la tierra! Una pobre hojilla era el *Liberator* en 1831, el primer vocero de la idea abolicionista: ya en 1840 había descompuesto los partidos enormes que contendían por el poder, y creado el de la libertad: el de los abolicionistas que querían el mantenimiento de la Unión, contra su mismo apóstol Garrison, que llamaba a la Unión, porque amparaba la esclavitud,³² «contrato con el infierno y convenio con la muerte». Los 7 000 que en 1840 votaron por el partido de la libertad, ya eran 62 500 cuatro años más tarde. En 1848, ya eran 300 000, ya pedían, congregando en una organización formidable a los antiesclavistas de

³¹ William L. Garrison.

³² Se añade coma.

todos los partidos, «la tierra libre para el pueblo libre». Ya en 1856 fueron 1 341 000; y en 1860 ya fueron la Presidencia de la República, fue Lincoln.³³ ¿Dónde se vio mayor grandeza, más generoso³⁴ impulso, más llameante palabra, más desinteresado caudillaje, ni virtud más fecunda y batalladora? Por el apetito del cielo y el amor de la ventura batallaron en tiempos de guerra otros cruzados; pero estos de América conmovieron sus hogares seguros en una época próspera y pacífica para libertar a la raza más desventurada de la tierra. Ellos la bolsa, que cuesta; la palabra, que consume; la familia, que sujeta: la vida, que en una tierra libre y próspera enamora. El Sur, hecho a mandar, veía con cólera la resistencia del Norte a sus voluntades, y sonreía a la gente burda de los estados libres, empujado sobre sus esclavos.

El Norte, lento como todos los fuertes, cauto como todos los trabajadores, miraba al principio con temor, y siempre con pena, el peligro de la ruptura que el Sur provocaba. No había paz desde 1831, desde el *Liberator*. Por todas maneras persiguió el Sur el periódico de Garrison: por la voz del presidente Jackson³⁵ pidió al Congreso la persecución de toda propaganda abolicionista.

El Sur pidió más tierras para criar la esclavitud: el Norte, obligado por la Constitución a reconocerla en los estados que la tenían establecida, en la Constitución misma se apoyaba para resistir su institución en los nuevos estados. Si un territorio entraba a ser estado, el Sur lo clamaba para sí, para tener esclavos en él, y más votos en el Senado sobre el Norte; y el Norte, fatigado de aquella inhumanidad y de la arrogancia del Sur, clamaba como libre el estado nuevo, inundado de merodeadores sudistas que en batallas campales o en asaltos nocturnos disputaban la tierra a los colonos abolicionistas. Cuando Wilmot³⁶ pide que los estados que por la paz con México hayan de entrar en la Unión puedan a su voluntad no tener esclavos o tenerlos, el Sur, que los quiere esclavistas, se yergue³⁷ como herido en la médula; y a la afirmación enérgica del Norte, al partido del suelo libre, a la palabra de Wendell Phillips, opone tan atrevida resolución que cuando se trata de la incorporación de California como Estado libre propone,³⁸ por la voz de Calhoun,³⁹ que

³³ Abraham Lincoln.

³⁴ Errata en LN: «generosa».

³⁵ Andrew Jackson.

³⁶ Errata en LN: Wilmott. David Wilmot.

³⁷ Errata en LN: «iergue».

³⁸ Se añade coma.

³⁹ Errata en LN: «Calham». John C. Calhoun.

se iguale por ley el poder político del Sur y del Norte. La palabra majestuosa de Henry Clay obtiene, a fin de alejar el conflicto que ya en 1850 se avecina, el compromiso famoso⁴⁰ en que, a trueque de que el Sur reconozca estado libre a California y el distrito federal y facultad a Nuevo México y Utah de declararse libres o esclavistas, el Norte se obliga a ceder en una cuestión del territorio de Texas, y a devolver por una ley de fugitivos los esclavos prófugos del Sur. Este, hasta entonces siempre vencedor, se cree seguro. El Norte, avergonzado, fulmina sus censuras⁴¹ contra la ley de esclavos prófugos; reúnen en Europa los enviados diplomáticos del partido del Sur para publicar proyectos de extensión del territorio esclavista; y en 1856, contra el Partido Republicano que nace con un millón y medio de votantes, para impedir la extensión de la esclavitud en los Estados libres y territorios, eligen presidente a Buchanan,⁴² uno de los tres ministros esclavistas de Europa. Recoge el Norte el guante. Ya el Norte es un partido y el Sur otro. ¿Quién en el Norte entregará a un esclavo? Las legislaturas de los estados libres dictan leyes que impiden los efectos de la de esclavos fugitivos. Renace el fuego de los mártires y los apóstoles. Cunde entre los apáticos el ardor de los generosos. John Brown se ofrece en sacrificio: y convierte la idea en acción. Del cadalso en que muere porque faltó a la ley escrita, un ejército surge, que pulula buscando jefes y campo de batalla. Cuando las nuevas elecciones vienen, y el Partido Republicano, en una gloriosa arremetida, elige a Lincoln, sin un solo voto del Sur vencido, ya la guerra ominosa está en todas las bocas. La Legislatura de Carolina del Sur llama a Convención para discutir el derecho del estado a separarse de la Unión; y ella y once estados más se separan, y reunidos en Congreso, crean la Confederación de América⁴³ y eligen presidente a Jefferson Davis. Arsenales, aduanas, fuertes, todos los recursos y depósitos del gobierno en el Sur caen, sin oposición, en manos de los confederados que al fin disparan sobre el Fuerte Sumter. Un leñador⁴⁴ está en la Casa Blanca—un curtidor de cueros⁴⁵ está en Galena.

⁴⁰ Referencia al *Compromise Measures*, promovido en 1850 por Stephen A. Douglas y Henry Clay al Congreso, consistente en una serie de cinco medidas, diseñadas para reconciliar las diferencias políticas entre las facciones abolicionistas y esclavistas del Congreso y de la nación.

⁴¹ Errata en LN: «sensuras».

⁴² James Buchanan.

⁴³ Estados Confederados de América.

⁴⁴ Abraham Lincoln.

⁴⁵ Ulysses S. Grant.

Oye Grant la noticia. «El Gobierno me educó para militar, dice, y todavía no le he pagado bien mi deuda». Rawlins, en un discurso ardoroso, disiente de su partido y mantiene la Unión, en cuya defensa entra a servir al punto. Lincoln ha llamado a las armas 75 000 voluntarios; y como en Galena no hay más militar que Grant, a él le dan a instruir, y a que lleve al gobernador la compañía de Galena. Apenas recordar cómo en aquellos días andaba el triste soldado de puerta en puerta pidiendo, como de limosna, un puesto que le niegan. Ese, que cinco años después llevaba cuatro ejércitos con pasos seguros a la victoria, no pudo hallar al principio un puesto ruin en las armas de su patria. Lo pide al Ayudante General,⁴⁶ que no le contesta. Lo pide dos veces a McClellan⁴⁷ que lo conoce: en vano las dos veces. Lo hacen al fin, por carencia de instructores, coronel de un regimiento, al cual enseña y organiza de manera que cuando, merced a un representante del estado que le fue siempre amigo,⁴⁸ lo nombran brigadier del Ejército, a nadie que lo ha visto en medio de sus soldados le sorprende. Rawlins, que erraba pocas veces, estaba ya a su lado, «preparándolo a vencer», de secretario y ayudante. Rawlins, la sugestión disimulada, el consejo hábil y modesto, la prudencia que sofrena,⁴⁹ la palabra que pule. Y se vio entonces de nuevo el poder del hombre para crecer a nivel de sus dificultades.

Dieciséis mil hombres tenían por todo ejército los Estados Unidos cuando se declaró la guerra que cinco años después cerraba, al mando de Grant, con 1 000 516 soldados en servicio activo y 2 254 006 en reserva,—dieciséis mil hombres componían el ejército, esparcidos en lugares apartados de la Nación por el Ministro de la Guerra⁵⁰ del gobierno de Buchanan, para que no pudiesen impedir la organización armada de la Confederación, que con tanta presteza como el Norte cubría su territorio de soldados. De voluntarios tuvo el Norte un ejército a los pocos días. A porfía organizaban tropas los estados, las ciudades. De \$100 a \$400 daba el gobierno a cada voluntario. Al instante se reúnen 750 000; 42 000 enseguida; enseguida 300 000 más. En cuanto se refiera a los Estados Unidos, se ha de contar con esta pujanza súbita y oculta, que parece aún mayor en el momento en que se enseña, por la vacilación y recogimiento que la preceden, y suelen tomar los observadores ligeros por indiferencia, cuando no son más que el cuidado natu-

⁴⁶ Lorenzo Thomas.

⁴⁷ George B. McClellan.

⁴⁸ Elihu B. Washburne.

⁴⁹ Se añade coma.

⁵⁰ John B. Floyd.

ral con que un pueblo maravillosamente próspero examina sus problemas antes de decidirse a una innovación que lo ponga en peligro. Tarda más en alzarse de tierra el elefante que el ciervo.

Al punto una hojeada basta para comprender la magnitud de la guerra. Un general se ríe de otro porque pide doscientos mil soldados para mantener un puesto en el Oeste; pero después,⁵¹ en una sola campaña, en un invierno solo, mueren cien mil federales entre el Rapidan y el James, que corren cercanos y casi parejos. No hay encuentro que no deje postrados millares de hombres. Shiloh, Gettysburg,⁵² Antietam,⁵³ Chattanooga, Wilderness,⁵⁴ Chickahominy, ¿cuál de ellos no vio, cuando menos, dos mil muertos?

Y cuando Grant avanzaba sobre Lee, poderoso e impenetrable como una montaña que se mueve, los federales estuvieron muriendo de un mayo a un junio en un solo campo de operaciones, mil por día. ¡Adelante las columnas! ¡El pueblo que han⁵⁵ ayudado a fabricar todos los hombres, para todos los hombres ha de quedar libre! ¡Libres ha declarado a cuatro millones de esclavos el presidente Lincoln, que «ofreció a Dios darles la libertad si permitía que los confederados fuesen expulsados de Marylandia», y han de rendirse, quebrados para siempre, los que se oponen a que cuatro millones de hombres sean libres!

No hay añagazas políticas que les den semejanza de derecho. Las guerras deben verse desde las nubes.⁵⁶ Bien está que medio millón de seres humanos muera para mantener seguro a los hombres su único hogar libre sobre el Universo. Allá, desde arriba, los hombres deben parecer, ondulando, fabricando, abrazándose cuerpo a cuerpo, hasta para guerrear, como esos bulbos vivos, henchidos de gusanos invisibles, que en grandes masas pugnan con movimientos incesantes y torpes por romper las raíces de los árboles que acaso en ellos mismos se convierten en una forma más libre y animada de la vida. Son como un puño cerrado que viene pujando por salir de lo hondo de la tierra. ¿Quién no entrevé en la magnitud de los pesares que acarrea el estado

⁵¹ Se añade coma.

⁵² En LN: «Gettysburg».

⁵³ Errata en LN: «Anttetam».

⁵⁴ En LN: «Willderness».

⁵⁵ En LN: «ha».

⁵⁶ Referencia a la toma de Lookout Mountain, ocurrida en noviembre de 1863. Esta fue una de las batallas más importantes de la campaña de Grant en Chattanooga, y fue mitificada en la posguerra en fuentes que seguramente José Martí consultó, como el *Century Magazine*, entre otros. Se le denominó «Battle Above the Clouds».

rudimentario de la especie humana, la claridad dichosa que la aguarda, después de su acendramiento y paso doloroso por los mundos? ⁵⁷ ¡Qué paz para equilibrar este comienzo! Arrebata el pensar en esa suprema dicha: ¡a cuán pocos es dado vislumbrarla, satisfechos de su pequeña máquina, desde su cáscara de huesos!

La guerra está encendida; el Sur se echa sobre el Norte; tiene lista la costa meridional; a treinta leguas de Washington, capital de la Unión, unge a Richmond capital de los confederados.

Domina todo el Sudeste por el Potomac y el James; por el lado del Oeste, sube y ocupa el Mississippi, y los puestos donde se le une el Ohio, enriquecido a poca distancia con el Tennessee y el Cumberland. Tiene la victoria quien tiene los ríos. Los ríos son las venas de la guerra. Con ellos va todo el territorio que ellos bañan. Cerrando a los federales el Mississippi, ni los confederados podrán ser envueltos en sus estados, por el mar de una parte y el río de otra; ni los estados rebeldes del Este serán separados de los del Oeste que quieren para sí; para criaderos de esclavos! ¿Cómo dan agua los ríos a semejantes hombres?—Asegurando las bocas del ⁵⁸ Ohio y del Tennessee y el Cumberland que afluyen en él, se aseguran los estados centrales, que en la guerra vinieron a ser como los límites norte y oeste de las batallas. En la boca del Ohio sobre el Mississippi, confluyen como los radios a un centro, Illinois, Missouri, Tennessee, Kentucky. Quien tiene al Tennessee, tiene abierto el camino por sus aguas hasta el corazón del estado rebelde de Alabama. Quien tiene al Cumberland, tiene a Tennessee y Kentucky; Galena está en Illinois, que remata por el sur en la boca del Ohio. Manda la tropa de aquella comarca Grant de Galena! Los confederados se han subido hasta allí, para cerrar el paso a los avances de los federales y ampliar hacia el norte, con espacio para la defensa, el territorio que cruza su red de ferrocarriles, indispensable para el transporte de sus hombres y provisiones. De Mississippi, de Alabama, de Georgia, de la Carolina del Sur, de Virginia, todos los ferrocarriles van a confluir en Chattanooga, sobre el Tennessee. ⁵⁹ Fortifican, pues, los confederados los ríos. Se encierran dentro de un baluarte de río y mar.

Por el Mississippi cubren su oeste: su norte con el Ohio, el Tennessee y el Cumberland; ⁶⁰ con el Atlántico, su este; su sur con el Golfo de México.

⁵⁷ Se añade signo de interrogación.

⁵⁸ Errata en LN: «el».

⁵⁹ Errata en LN: «Tennessee».

⁶⁰ Errata en LN: «Cumbeland».

Vicksburg defiende de los federales al Mississippi—Fort Henry defiende al Tennessee; Fort Donelson defiende al Cumberland. Por el este, Charleston ampara la costa; y New Orleans por el sur. En la guerra no es necesario ocupar todos los puntos, sino los principales. En el interior, el Potomac y el James, cuajadas las orillas de tiendas de campaña, defienden a Richmond.—La guerra, pues, consistirá desde el principio en la disputa y toma de los ríos; las ciudades del mar importan menos. Los ejércitos tomarán su nombre de los ríos. Los caminos están marcados. Si por el mar hay que tomar a New Orleans y a Charleston, por tierra hay que tomar a Fort Henry y a Fort Donelson, para dominar el Tennessee y bajar por él hasta Alabama; hay que tomar a Vicksburg para ocupar el Mississippi y dividir en dos la Confederación; hay que cruzar el Potomac y el James para tomar a Richmond.

Allí los laboriosos planes, la estupefacción de los ejércitos del Norte, la sorpresa y celos entre sus generales. Al genio, solo no sorprende lo imprevisto, porque lo imprevisto es su dominio natural. No ven que esta es una guerra de tamaño y número, que solo puede vencerse con el tamaño y con el número. Hay uno que lo ve; pero no lo dice todavía; hay uno a quien un hombre inspirado y enérgico aconseja. No se trata de vencer a un enemigo científico, sino denodado. Denuedo vence a denuedo. El Sur se viene encima; no hay tiempo para preparar un ejército perfecto. Los ejércitos perfectos no se improvisan. El Sur arremete con sus masas brillantes y desordenadas: hay que salirle al paso, si se puede, con masas mayores. Si el Norte se detiene a prepararse, el Sur se preparará también; y al cabo de la larga preparación quedarán siempre a la par, el Sur y el Norte. «Vencerá quien ataque primero», en Fort Donelson, donde lo dijo Grant como en toda la guerra, y por su parte, apenas tiene número suficiente de soldados para caer sobre el enemigo, mientras los generales académicos vayan por las cercanías del Potomac arrogante, entrabando su valor con sus preocupaciones escolares, allá va Grant, con su sombrero de copa alta y su cigarro en los labios, «a atacar primero».

Paducah está en Kentucky sobre el Ohio, cerca del lugar donde se le junta el Tennessee; Cairo está en la confluencia del Ohio y el Mississippi y es la llave del Oeste. Ya los rebeldes merodean por el Estado leal de Kentucky. Grant tiene que tomar la boca del Ohio sobre el Mississippi, aún antes de caer sobre Fort Henry y asegurar el Tennessee, y sobre Fort Donelson, para asegurar el Cumberland. Ocupa a Paducah sin violencias. «No tengo nada que hacer», dice en su proclama, «con las opiniones, sino con los rebeldes armados y los que les ayuden y encubran». El buen juicio de Grant percibía siempre la utilidad y nobleza de los

propósitos de Rawlins, y este envolvía en forma hermosa y memorable las inspiraciones confusas de su jefe.—Cae Grant sobre Cairo, que tiene 7 000 hombres, con 3 000 federales no más, aún indisciplinados y novicios. El enemigo le sale al encuentro: rudo acaba el día, y parece haber vencido; en aquella noche de espera «el corazón se me había subido a la garganta». El alba le reveló en camino al Cairo, abandonado por los confederados: «Nunca desde aquella vez vacilé en atacar al enemigo».

Grant manda ahora el distrito del Cairo; pero ya el caballo que le hirieron en Belmont está bueno y le «molestan» Fort Henry y Fort Donelson.—No entiende su prisa el General del Departamento. Al fin da sobre Fort Henry que se rinde a la flotilla avanzada: y, dejando en él, dueño ya de la boca del Tennessee a 2 500 de sus hombres, marcha con los 15 000 que le restan contra Fort Donelson, que está entre dos arroyos que dan en el río, y desde su eminencia echa las balas lejos. Los rebeldes fingen caer sobre el centro de Grant, cuando en realidad se concentran sobre el ala más retirada de sus tropas. Concentrados los deja Grant, y por una altura vecina, se les sube bombardeando sobre el fuerte que queda a su merced: y de jefe en jefe que lo abandona, viene al fin a manos de Buckner, que se le rinde: ¡rendirse a discreción! es lo único que Grant acepta. «¡Allá voy sobre las defensas!» 15 000 prisioneros se entregan con Buckner, y el Cumberland es de Grant, de Grant la primera gran victoria de la guerra. Una u otra idea podía Grant tomar de los demás, y acaso el plan entero de una batalla, si lo creía bueno,⁶¹ como el de Chattanooga,⁶² del general Thomas,⁶³ como el de la toma de Vicksburg, de su ayudante Rawlins, pero el acometimiento, el movimiento inesperado, el quite de un desastre, el juego original de sus tropas, la percepción instantánea de la oportunidad feliz, de nadie más que de sí las necesitó Grant nunca. ¿Vacilar? las rocas sobre que libraba la batalla vacilarían: él no. No era valor el suyo; sino «insensibilidad ante el peligro». Jamás le ocurrió que podía ser vencido. Detenido, sí, pero jamás vencido. El empuje despedaza las primeras filas enemigas; pero la tenacidad gana la batalla. Donde todo general se hubiese retirado, Grant resistía y vencía. Ya le tenían la mano sobre el cuello; ya no tenía donde poner el pie el caballo, de tanto muerto en torno, ya lo acorralaban contra un río: él concentra sus fuerzas, fuma su cigarro, espera en calma el refuerzo que debe venir: recoge su gente al pie de sus cañones: «¡Todavía los tengo de vencer!» Dice y los vence.

⁶¹ Se añade coma.

⁶² Errata en LN: «Chattanooga».

⁶³ George H. Thomas.

Así fue en Shiloh, que dejó al Sur asombrado de aquel poder de resistencia, y al Norte aterrado de aquella hecatombe. A pesar de la victoria de Fort Donelson, el General del Departamento,⁶⁴ hombre entero, le quitó el mando, «porque había vuelto» refiriéndose a su embriaguez «a sus antiguos hábitos».—Pero Rawlins lo desmiente; y le vuelven sus tropas. Los confederados no quieren que los refuerzos que vienen a Grant bajen con este el Tennessee; poniendo en riesgo uno de sus ferrocarriles, y en hora en que él andaba lejos del campamento, y sus oficiales desprevenidos, caen sobre los del Norte, que acá resisten, allá mueren en montón, allá se desbandan y Shiloh fue «¡terrible!»; mas Grant había venido a tiempo, y con su serenidad y valor llegaron sin huir hasta la noche. Cañonea con los restos de su fuerza al enemigo que adelanta, preparando así la carga que proyecta apenas se le reúna el refuerzo, que viene a tiempo, y con cuyo auxilio dispersa a los confederados.—Pero su victoria espanta. A descuido, o a causa peor se atribuye la sorpresa. Su jefe desconfía de él; de Washington, donde no se buscó amigos, los generales de ciencia lo desdennan, los que presienten su fuerza le atacan. Es Washington durante toda la guerra un semillero de intrigas.

Se disfrazan de patriotismo los celos. Los incapaces se coaligan, para cerrar el paso a los afortunados. La patria ¿qué les duele? Lo que les duele es que les saque alguien ventaja. A los hombres les importa más, a los hombres que llegan con el deseo a donde no llegan con el mérito, o con la ambición a donde no les llega el patriotismo, les importa más quedar primero que salvar la patria. Así, con aquellos celos que se trajo de la guerra de México, se unieron en el ánimo de Grant estos reveses para abominar, conforme a justicia, los nombramientos de compadrazgo que paralizaban la guerra y la privaban de sus soldados mejores: así se fue acumulando en él aquel odio; hecho de desdén y miedo, a Washington, que atenuó Lincoln con su grandeza y su prudencia luego, más no pudo ni quiso Grant sacar de sí, el cual explica acaso aquella manera de conquistador, en que sus deseos personales iban mezclados a ciertos instintos rudos de honradez, hasta que con los goces de una autoridad excesiva que apenas su propio pueblo le tenía a mal, llegó a encaminarse con Washington de modo que en nadie en tanto grado como en él se personificaron sus peligros y sus vicios. Pero el amigo que le hizo brigadier, logró devolverle después de Shiloh sus tropas. Los ojos grises se le humedecían a veces en aquel tiempo, cuando se veía

⁶⁴ Henry W. Halleck.

desatendido, y fuera acaso para siempre del camino de la victoria. Sufren mucho esos hombres que lo concentran todo en sí.

Pero encabezó su ejército, y ya no lo abandonó, sino a las puertas de Richmond vencido; adonde, con su natural magnanimidad, no quiso entrar como triunfador. Encabezó su ejército. El Tennessee ya lo tenía. Los generales del Potomac y el James vencían o eran vencidos, pero no los cruzaban. ¡Él no: él cruzaría hasta los ríos! ¡A Vicksburg ahora, que guarda el Mississippi!

Se ha hecho mal en esparcir en cuerpos pequeños, cuyos movimientos son expuestos y difíciles, un ejército que tiene que desalojar a un enemigo concentrado en posiciones formidables. El general que concentra, lleva ya la ventaja de forzar a su enemigo a darle batalla o a recibirla en el lugar que a él le plazca. No es lo mismo por cierto pelear donde el enemigo se ha preparado para resistir que donde tiene que acudir imprevista y precipitadamente. Esto quería Grant siempre: forzar al enemigo a dar batalla. En concentrar no hay peligro: también tiene que concentrar el enemigo, que no ha de irse a merodear cuando ve sus puntos vitales amenazados.

Sobre Vicksburg mueve Grant sus fuerzas, las que él lleva, las de Sherman, las que le vienen de Washington.

Va por tierra, y la caballería enemiga lo hace atrás. Baja por el río, ante la nación que espera en angustia el resultado de la marcha. Todo Vicksburg está rodeado de tierra anegadiza: ¿dónde poner el pie para atraer a batalla al enemigo? ¿dónde alojar las tropas que la marea alta no le suba a la rodilla? Un canal para doblar a Vicksburg por el Sur, no se pudo abrir.

El Norte se impacienta con lo dilatado de la empresa.

De Washington se habla de cambiar de jefe. «Dios lo bendiga», dice Lincoln a Charles Dana, el que hoy dirige el *Sun*⁶⁵ de Nueva York, cuando sale de Washington por en medio de los enemigos, pues no hay otro camino, a ver lo que sucede en Vicksburg. Llega. Ve que sucede lo que debía. Rawlins propone, pues nada más se puede hacer, correr las baterías de la plaza, río abajo. «¡Locura!»,⁶⁶ le dicen los demás jefes: al fin tiene que hacerse la locura. Baja el ejército el Mississippi, bajo los cañones de Vicksburg y de otro fuerte más al Sur: la tropa desembarca. Corre a Jackson al Este, donde hay un cuerpo fuerte de enemigos a quienes derrotan. Echan vencidas sobre Vicksburg a las

⁶⁵ Errata en LN: «Sund». *The Sun*.

⁶⁶ Se añade coma.

fuerzas de la plaza que les salen al encuentro. La plaza sufre de hambre y se rinde.

El Mississippi queda abierto a los federales: 27 000 enemigos se le entregan y 120 cañones. Rojo se puso el cielo de los estados todos del Norte, de tanta fogata que encendieron para celebrar la victoria. Y en aquel punto y hora se acercó a Lincoln una comisión de «caballeros cristianos» a inquirir si era cierto—¡oh puerilidad de los fanáticos! que Grant era dado a la bebida. «No lo sé yo en verdad»; les respondió Lincoln, peinándose la barba, «pero si lo es, bien quisiera yo saber dónde compra su brandy, para mandar un barril de él a cada uno de sus generales.» Y se fueron mohínos los caballeros cristianos, en tanto que Grant volaba, hecho ya general de toda aquella comarca, a salvar a la tropa federal sitiada en Chattanooga: Chattanooga, eminencia apetecida en las orillas del Tennessee, que como en un puño recoge todos los ferrocarriles que mueven las fuerzas del Sur y llevan a los ejércitos de Virginia los granos y la carne de los valles; Chattanooga, donde el Sur cercena sin piedad a la gente federal del país, brava gente montañesa. Entre dos crestas preñadas de confederados que aguardan tranquilamente su caída está Chattanooga. Solo el río queda a los federales para escapar, el río vigilado por sus enemigos. El camino de donde les vienen tropas y recursos está lleno de avanzadas de los confederados. Lookout Mountain y Missionary Ridge miran desde sus topos a Chattanooga, como dos gigantes que miran a un niño. Grant llega de noche, bajo lluvia tremenda. A trechos va en brazos de sus soldados, porque está cojo de una caída de caballo. ¿Cómo contar aquellos gloriosos sucesos? Desde aquella roca mueve Grant sobre ella los diversos cuerpos de su ejército, sin descuidar un detalle, sin abandonar un lugar importante, sin dejar descubierto el camino que tiene Chattanooga a la espalda, sin alarmar al enemigo, que, con torpeza grande y seguro de rechazar a los asaltantes desde sus empinadas ciudadelas, sale a cerrar el paso a uno de los cuerpos que vienen sobre Chattanooga. El plan de Thomas va a ser realizado por los cuerpos que con acierto y previsión tales dirige Grant: de Thomas, que a una orden de Grant en que le dice: «Manténgase en Chattanooga de todos modos»—responde: «La mantendré hasta que muramos de hambre». El día viene, un día hermosísimo, que convida al triunfo. Pero la bruma envuelve la cumbre de la más elevada de las ciudadelas. Sin que lo sienta el enemigo, le han tomado los federales, cruzando el río en pontones más abajo de la montaña, unas colinas de donde arrancan sobre ella. Thomas sale de la ciudad, y arremete triunfante sobre una posición vecina. ¡Montaña arriba van los federales, a la bayoneta, que, al sol que resplandece, brilla como una

serpiente de anillos de plata que adelanta sobre el vientre a saltos! Suben con arrebato irresistible. Un cañonazo divide las filas como un relámpago las nubes: ciérranse las filas tras el cañonazo como las nubes tras el relámpago. Entran los asaltantes por la bruma de la cumbre, donde ya apenas se les ve desde abajo. Sobre sus cañones rematan a los desparvoridos artilleros. Regimientos enteros se les rinden. Vuelven las piezas de la ciudadela sobre los confederados que escapan monte abajo. Y ganan «la batalla sobre las nubes». La otra altura queda, y a punta de bayoneta se la ganan. Está la pendiente llena de reductos, de atrincheramientos, de fosos, de cortinas. Rompen las filas pendiente arriba las tropas de Sherman. Destácanse sobre el cielo azul, por cien partes a la vez, las banderas de colores. Saltan como Alvarado.⁶⁷ Salvan foso tras foso, trinchera sobre trinchera. A un tiempo mismo las asaltan todas. Missionary Ridge, tomado en su cresta misma, se rinde a los federales. Contaron los federales sus hombres perdidos en esta batalla: 7 000 eran los muertos.

Ya los ríos del Oeste están ganados: ahora, a los ríos del Este. El Congreso, ante la nación que aplaude, resucita en honor de Grant el puesto de teniente general, que solo Washington tuvo en los Estados Unidos. Grant recibe de manos de Lincoln que, «en presencia de Dios» le promete ayudarlo honradamente, el mando de todas las tropas de la Unión, esparcidas entonces, por el mal consejo de los generales en jefe anteriores, en cuerpos aislados que molestaban al enemigo y lo tenían a raya; pero no estaban en su campo, ni lo reducían a una comarca ceñida, ni interrumpían su sistema de comunicaciones, ni se interponían entre los diversos cuerpos de sus tropas, ni impedían que con unos mismos soldados defendiesen puestos diferentes, ni le quebraban aquella voluntad de acometer que tenía siempre indecisa la suerte de la Unión.

El Mississippi y el Tennessee estaban abiertos; pero el Potomac y el James estaban todavía llenos de tiendas confederadas: todavía Richmond se erguía a noventa millas de Washington todavía entre Washington y Richmond; movía sus 80 000 soldados invictos el general Lee; todavía al oeste cubriendo a Atlanta, y en ella el centro de ferrocarriles que movían los hombres y los recursos del Sur, mandaba Johnston su temible ejército; todavía nueve millones de hombres obedecían las leyes de Richmond, que defendían en un⁶⁸ área de 800 000 millas más de medio millón de soldados. A Virginia, como a un vértice, venían las avenidas

⁶⁷ Pedro de Alvarado.

⁶⁸ En LN: «una».

de la guerra, y al oeste, alrededor de Georgia, que protegía a Atlanta. Llenos estaban los campos intermedios de merodeadores sudistas y de columnas sueltas que los perseguían.

Grant no vuelve al Oeste, como Sherman le pide «por el amor de Dios», no vaya a ser que los intrigantes de Washington le hagan perder su fama. No se detiene en Washington, donde no está el enemigo, y teme que lo derroten «los de casa». No: sale a dar de beber a su caballo en el Potomac y en el James. El ejército de Lee en el Potomac no ha sido nunca vencido: va a vencerlo. No más expediciones sueltas; no más temporadas de descanso, en que se repone el enemigo, y ayuda a los negros de las haciendas a sembrar en verano las provisiones del próximo invierno; no más ataques inútiles a poblaciones, ni a Richmond siquiera. Es necesario «quebrar de una vez el poder militar del Sur»; perseguirlo; concentrarlo; acorralarlo; extenuarlo; aturdirlo. Es necesario caer en masa, de todas partes a la vez, sobre los cuerpos de su ejército aún famoso por su valor y por su número; marchar incesantemente contra ellos, en todas estaciones; tenerlo constantemente amenazado en todas partes, para que luego de defenderse en un lugar, no vaya a proteger con las mismas fuerzas otro. Ni un día sin batalla; ni un día sin un paso adelante. Contra el núcleo confederado de Georgia, avance Sherman, pero de modo que cuando venza siga a reunirse con el núcleo del este sobre Lee. Contra Lee en el este, un cuerpo que se le eche encima por el norte, y otro que le cierra el paso por el sur. Ya lo tiene Grant todo en su mano, y bien lo hizo entender y respetar del secretario de la guerra⁶⁹ antes de salir de Washington. ¡Contra Lee, pues, de todas partes, dejando siempre protegido a Washington en la marcha sobre Richmond!—»Voy a reducirlo, a cerrarle todos los pasos; a anonadarlo a golpes repetidos; a caer incesantemente sobre él como un martillo». Y así va sobre Lee, de mayo de un año a junio de otro, con sus ciento treinta mil hombres: sentado en un leño, da al comenzar la primera batalla, la orden de que se pongan en marcha todos los cuerpos del ejército; y en lo más recio de la pelea del Wilderness, en que los generales, desconcertados en medio de un bosque desconocido, pierden 2 261 muertos y 8 785 heridos, noticias llegan de todos los generales de las divisiones: ¡ha comenzado la marcha que lleva de triunfo en triunfo a Sherman hasta el mar, y a Grant al pie de Richmond! Jamás un hombre movió, como Grant entonces, tamaño ejército. Ya Rawlins no estaba a su lado, y el brillo de los ataques de Grant era menor; mas no su orden,

⁶⁹ Edwin Mc. Stanton.

no su paciencia incontrastable, no su capacidad para dictar cada noche desde su tienda, no siempre victoriosa, la orden del día siguiente para cuatro cuerpos de ejército diversos.

Grant no pelea contra Lee como general que proyecta, sino como mole que avanza. Lee podrá salirle al paso, como le sale, cada vez que intente forzarle el camino. No piensa Grant cosa que Lee no le adivine. Y cuando cree haberlo burlado, a Lee tiene delante; pero cada vez más abatido. ¡Oh, aquella guerra no tiene precedente! ¿Qué manera es aquella de hacer la guerra? Lo que se propone Grant hacer, lo hace. Una vez, diez veces, las fuerzas entusiastas y valientes de Lee se lo impiden; pero él tuerce la brida a su caballo, y un poco más abajo del río tienta otra vez, sin volver los ojos sobre los cincuenta mil muertos que en un poco más de un mes deja tras sí: y, al fin, «lo que quiso hacer, lo hace».

Toda la campaña de Grant contra Lee en el Potomac, que acabó la guerra, es eso. Adelante, adelante: no batallas que brillan, sino golpes que aturden. Hoy un río y mañana otro; una trinchera hoy y otra mañana. Lee se va retirando sobre Richmond, protegido⁷⁰ por los atrincheramientos improvisados que dondequiera que acampa levanta; pero cómo el Sur, descorazonado ya y despavorido, cercado por todas partes, caída ya Atlanta en manos de Sherman, tomados o amenazados de cerca los cuatro ferrocarriles que paran en Richmond, podrá dar a su jefe, que no quiere derramar sangre inútil, aquellos centenares de miles de hombres robustos y frescos que el Norte, determinado como Grant, a acabar de una vez, le manda sin tasa? Ya está Grant sobre Petersburg,⁷¹ que cubre a Richmond. Ha perdido,⁷² es verdad, cien mil hombres,⁷³ muertos en menos de un año, pero las líneas de Lee están tan mermaidas, que «apenas le bastan para centinelas». Cae sobre las últimas fortalezas de los confederados cerca de Petersburg, para rendir a Lee antes de que pueda reunírsele Johnston que vuelve derrotado con el ejército de Georgia. Una salida quiso Lee hacer sobre Washington para sacudirse el sitio que le sofoca; y Sheridan,⁷⁴ que duerme siempre vestido con un plano en la mano, vuela a caballo donde sus tropas están ya vencidas: «No es nada! No es nada!» le dice a un soldado que acaba de recibir una bala en el cerebro; y el muerto: «No, mi general: no es nada» y anda. Vuelve atrás derrotada la caballería de Lee, Five Forks es la última ba-

⁷⁰ En LN: «protegiendo».

⁷¹ En LN, siempre: «Pittsburg».

⁷² Se añade coma.

⁷³ Se añade coma.

⁷⁴ Philip H. Sheridan.

talla, y estaba Jefferson Davis oyendo el servicio en una iglesia de Richmond cuando recibió de Lee la nueva de que aquella noche debían ser evacuados Richmond y Petersburg. Y días después, el 9 de abril, iba Lee tristemente a la cabeza de sus generales, a dejar en manos de Grant, que lo trató como un amigo, la espada, victoriosa tantas veces, en que no quiso Grant poner las manos. Artes de guerra no quiso Grant, ni parece en verdad que en ataques que requerían concepción y brillo tuviese muchos; pero no iba él a «hacer la guerra de libro», sino a ahorrar gente; a acabar pronto, a exterminar el poder militar del Sur. Carnicero le decían: porque veía morir decenas de miles de soldados sin retirarse de sus posiciones: a lo que él alegaba que con prolongar la campaña por esos miramientos se perderían al fin más hombres. Vio que, dejando caer su fuerza enorme sobre el enemigo debilitado podía extinguirlo; y la dejó caer. ¿El objeto de la guerra es pelear brillantemente, o vencer al enemigo? Él era de instrucción pobre, escaso en la inventiva, en la concepción lento; pero vio el gran hecho, las grandes⁷⁵ líneas de la masa; las causas de la fuerza del enemigo, las novedades que exigía una guerra nunca vista, y la exterminó conforme a ellas, sin más objeto que entregar a la Unión al rebelde para siempre abatido, sin que jamás manchase su triunfo un acto de inclemencia o injusticia. Parecía él en Appomattox, y no Lee, el vencido, por lo modesto del traje y la apostura, y por lo humilde del habla y la expresión. Ajustó la paz como había conducido la guerra, sin entusiasmo y sin ira. Él entreveía lo que había hecho; pero en su arrogancia, no desenvuelta todavía, solo vio entonces que «hizo lo que se había propuesto hacer».

Verdad que en el principio de la guerra tuvo de consejero a Rawlins, que para él meditaba, abatía intrigas; disponía planes de conducta y refería batallas; verdad que, ya por buen consejo de Rawlins o por el propio, se rodeó, no bien tuvo el ejército en sus manos, de hombres de carácter natural como el suyo, que a la intriga debían poco, y la abominaban; y se reunían en él por el respeto a sus méritos y su odio a ella; verdad que tuvo en Washington a Lincoln,⁷⁶ carácter más que otro alguno nacido de la Naturaleza, a quien «le gustaba el hombre», por lo que se puso siempre entre él y los generales celosos y gente de política, que sin su influjo, sin mirar por la patria, le hubiesen sacado del mando;⁷⁷ verdad que tuvo detrás de sí, supliendo sus filas con una abundancia

⁷⁵ Errata en LN: «granás».

⁷⁶ En LN, punto y coma.

⁷⁷ Coma en LN.

y determinación análogas al tamaño de la lucha, un pueblo de su mismo origen y tendencias, que en aquel hombre que adelantaba y arrollaba reconocía con placer su propio espíritu; verdad que como apuntan sus más benévolos biógrafos,⁷⁸ mucho hizo la fortuna por aquel que no siempre previó cuanto debía, ni ahorró la sangre que debió ahorrar, ni dejó de reparar nunca sus omisiones y torpezas con el triunfo, a costa a veces de horrendos sacrificios. Pero mirando en aquella asombrosa guerra, con el superior sentido que el íntimo conocimiento de ella crea, nada sobrenatural se nota en ella, sino⁷⁹ una de las expresiones humanas más espontáneas y completas, la más completa y artística acaso, con el gran arte de las cosas universales, de cuantas hasta hoy conoce el hombre; por cuanto estuvieren en ella en perfecta analogía, desenvueltos pujantemente al calor de una libertad ilimitada, los elementos del acto con sus agentes y sus métodos. Los hechos legítimamente históricos, son tales que, cada uno en sí, a más de reflejar en toda la naturaleza humana, refleja especialmente los caracteres de la época y la nación en que se produce; y dejan de ser fecundos, y aun grandiosos, en cuanto se apartan de su nación y de su época.

Ni hombres ni hechos derivan grandeza permanente sino de su asimilación con una época o con una nación.

En su determinación cauta y prudente; en la súbita y pasmosa creación de sus ejércitos; en el carácter de hecho que distingue a los que en ellos llegaron a señalarse, tanto por él como por su falta de carácter de ciencia; en la manera, desordenada primero, como científica apenas y ciega y brutal luego de mover la guerra;⁸⁰ en la magnanimidad misma de su caudillo durante lo más ardiente de la pelea y en la hora de la más cruenta victoria, ni un punto cesó de haber analogía absoluta, que oscureció todas las tentativas y elementos exóticos o innaturales, entre la manera de formación,⁸¹ el espíritu y los métodos del Norte, y la manera de formación, el espíritu y los métodos de la guerra. País súbito, de costumbres mercantiles y tolerantes, y de colosal tamaño, produjo naturalmente una guerra súbita, en que el conflicto creado más por un pro-

⁷⁸ El adjetivo «benévolo» pudiera referirse a los autores y textos siguientes, caracterizados por sus alabanzas a Grant: James Grant Wilson, *The life and campaigns of Ulysses Simpson Grant, General-in-Chief of the United States Army* (New York, Roberts M. de Witt, Publishers [1868]); Emma E. Brown, *Life of Ulysses Simpson Grant* (Boston, D. Lothrop and Company, 1885).

⁷⁹ En LN, coma.

⁸⁰ En LN, coma.

⁸¹ Se añade coma.

pósito humanitario que por el desagrado de política interior que influyó en él, vino a verse y terminarse como una mera cuestión de interés público, y atacarse con los recursos enormes consiguientes a la magnitud de la empresa y de sus mantenedores, mas sin aquella crueldad frecuente todavía en los pueblos más literarios y artísticos, que no se deben aún al beneficio de la práctica ordenada y constante del libre albedrío que agranda y fortifica los caracteres.

Enorme, improvisada, inculta, original y generosa fue la guerra del Norte, como era por entonces el pueblo que la hizo, y el caudillo que le dio su espíritu natural e ingenuo, y expelió de ella el espíritu académico exótico, nació,⁸² como su pueblo, de la pobreza y de las privaciones; dio, como su pueblo, más tiempo y afición al trabajo fecundo y directo que al débil y secundario trabajo de los libros; sustituyó, a las ideas convencionales e importadas, las ideas nuevas que le iba sugiriendo en campo virgen y condiciones locales la Naturaleza; y, siempre, como su pueblo, arremetió con todo su tamaño, firme e incontrastable como los montes, sobre el objeto de su deseo.

También, como su pueblo, y mucho más que él,⁸³ corrompió con malas prácticas políticas su gloria. De sí mismo había llegado,⁸⁴ desde los quehaceres de la curtiembre,⁸⁵ a honores tales, que, para darles forma propia, creó el Congreso el título de general,⁸⁶ que⁸⁷ Washington mismo no tuvo en los Estados Unidos.

Amor no era aquello, sino como una especie de frenesí; y se vio un hombre a quien cada uno de sus conciudadanos veía como señor de su casa y salvador de ella, con lo que se acumuló en torno suyo tal afecto que los errores más grandes le fueron luego,⁸⁸ en virtud de él, condonados,⁸⁹ y parecía como que su pueblo mismo le invitaba al error, para tener el placer de perdonarlo. No tenía aquel viril desamor de los presentes que ha de ser cualidad del hombre público, a bien que hubiera sido difícil rechazarlos, cuando de todas partes de la nación se le entraban en brazos del cariño.—Ciudadanos y ciudades competían en regalos

⁸² Se añade coma.

⁸³ Se añade coma.

⁸⁴ Se añade coma.

⁸⁵ En LN: «curtímbre».

⁸⁶ Referencia al título de General en Jefe de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos.

⁸⁷ Errata en LN: «quue».

⁸⁸ Se añade coma.

⁸⁹ Errata en LN: «condenados».

y dádivas al salvador de la Unión: cien mil pesos le regaló Nueva York; Filadelfia le dio treinta mil; Galena le regaló una casa lindamente amueblada; Boston se la llenó de libros; salió la nación entera por dondequiera que iba a regarle el camino de rosas. Y como en la guerra, cuando se querían valer de él para candidato político contra Lincoln, dijo que en política solo quería ser *Mayor* de su ciudad, para componer la acera que iba de la estación a su casa; el pueblo todo de Galena fue a recibirlo a la estación y lo llevó a su casa nueva arrebatado de entusiasmo por la acera compuesta.

No conociera al silencioso paseante de hacía cinco años el que le imaginase con aquellos tranquilos honores satisfecho. El carácter en la paz es más difícil que la fortuna de la guerra. Aquel poder comprimido, aquella sofrenada actividad, aquella personalidad concentrada, aquel rencor confuso contra la fortuna que se la desconocía o los que ayudaron, con voluntad o sin ella, a la mala obra de la fortuna, ahora habían⁹⁰ hallado campo espacioso y natural empleo. No era propia⁹¹ para reposo alguno aquella naturaleza violenta y expansiva, no en el hablar por cierto—en que en guerra y en paz fue siempre excesivamente parco con los que no gozaban de su confianza íntima; sino en la acción, a que necesitaba dar constantemente ocupación de acometimiento y conquista. Ya la política no le era desagradable, puesto que él no tenía que ir a ella, lo cual no estaba en su naturaleza, sino que ella venía a solicitarle a su puerta; ya con el presidente Johnson, para que ordenase todo aquel aparato de guerra que había tenido en sus manos; ya con republicanos y demócratas, que a una se propusieron valerse de su prestigio para ganar la elección presidencial, entonces próxima. Sirvió a Johnson de ministro luego de asesinado aquel,⁹² cuyo nombre se dice siempre con reverente alabanza, hasta que el Senado desaprobó la opinión de Johnson sobre su facultad de proveer empleos; y como con esta muestra de respeto al cuerpo gobernante, hermozó su gloria,⁹³ sometiéndose a la expresión de la voluntad pública por su órgano legítimo; fue incontestable su candidatura, cuando, ganando la mano a los demócratas, de quienes no se duda la hubiese aceptado, se la propuso el agudo político Thurlow⁹⁴ Weed, de primera noticia en un almuerzo, para capitanear a los republi-

⁹⁰ En LN: «habrán».

⁹¹ Errata en LN: «propio».

⁹² Abraham Lincoln.

⁹³ En LN, punto y coma.

⁹⁴ Errata en LN: «Thwelon».

canos, porque, muerto Lincoln, «el único modo de exterminar definitivamente el espíritu de secesión era poner en el gobierno de la Unión al que acababa de salvarla con su espada». Y presidente fue, como candidato de los republicanos, el que en la elección anterior a [la] que provocó la guerra había votado por el más conspicuo de los demócratas, por Buchanan.

¿Quién es ese hombre extraño, desigual, ignorante de las más elementales leyes de la República y cortesías y agradecimientos de gobierno; desconocedor absoluto de los límites que señalan en la presidencia de un país los derechos personales del gobernante y su autoridad pública; incapaz de entender la relación indispensable en que han de estar los empleos nacionales y los individuos nombrados para desempeñarlos; persona desafiadora y excesiva que pone en la administración de un país celoso de su libertad y respeto, todo el garbo y desembarazo malhumorado que permiten y aun exigen en su objeto y constitución especial, las prácticas de la guerra? Grant es ese, que se ha traído las botas de campaña a la Casa Blanca, y yerra. No hay faena más complicada y sutil que la del gobierno, ni cosa que requiera más práctica del mundo, sumisión y ciencia. No basta el mero instinto; sino el conocimiento, o el genio del detalle; el genio es conocimiento acumulado. Por toda suerte de condiciones habrá sido útil pasar, para ser benigno y justo, según diferentes normas, con los hombres de todas condiciones.

Han de tenerse en grado igual y sumo la conciencia del derecho propio, y el respeto al derecho ajeno; y de este se ha de tener un sentimiento más delicado y vivo que de aquel, porque de su abuso solo puede venir debilidad, y del de aquel puede caerse en despotismo.

Fuera de pensamiento está que el gobernante no viene a la presidencia para crear con los dineros de la Nación, beneficio a sus relacionados y clientes, ni para dar a su pueblo la forma que le place, o adormecer con el desuso o la aplicación equivocada el espíritu de sus leyes; sino para gobernar conforme a virtud, por medio de las leyes que le da su pueblo hechas, sin tomar para sí y los suyos lo que la nación le entrega en custodia y depósito. Obediencia es el gobierno.

Todo lo que vive, se expresa. Lo que se contiene, se desborda. Asomémonos a ese carácter. Que tenía persona, bien se ha visto en la guerra. Se completaban sus cualidades con las de juicio, prudencia y elocuencia de otros; pero de todos ellos se desentendía, y sobre todos ellos obraba, y libremente tomaba y rechazaba de ellos lo que le parecía acertado; tanto que no bien se vio un tanto libre de aquel excelente Rawlins, que ya después de Chattanooga le pesaba, porque sin querer le echaba en cara con sus cualidades altas y finas, las que él no tenía, su

persona se afirma de un modo considerable; manda incesantemente, sin alarde ni esfuerzo, cual si le fuera cosa propia, ni pide ni oye consejo, como si se quisiese probar que no lo necesita; y como en una guerra en que ha concebido la idea eficaz y simple de vencer por el número, le proporcionan todo el número que necesita para vencer; se complace y admira a sí propio, y no extraña que le comparen a los capitanes más grandes de todos los siglos y lo pongan a veces por sobre todos ellos ¿quién mandó más soldados? ¿quién venció con menos idea ajena a tal enemigo? ¿quién produjo con sus guerras de un lado tantos hombres libres y un pueblo tan próspero de otro? Y por toda la guerra, que en algunos incidentes se lo confirma, ha venido temiendo y murmurando, con razón sobrada, mas sin el espíritu de justicia que la completa, de «los de Washington», de los que son injustos para con el soldado de pelea, de los soldados de escuela que se confabulan con los políticos de oficio, de «los políticos». No ve que Lincoln es un «político»; para él son políticos los que quieren ponerle encima a Rosecranz⁹⁵, o a McClellan. Sherman también, que ama la justicia con pasión y viene, como Grant, de la naturaleza, le estimula ese horror de los que dan puestos de preferencia a los que no los merecen. Durante la guerra, cuando pasan por Washington, sale como de ascuas encendidas. «No; lo que es esta vez, el general en jefe mandará en la guerra: Washington no ha hecho más», y es la verdad, «que demorarla y entorpecerla».

En la guerra, manda sin soportar contradicción. Mucho ha de querer a quien le contradiga para soportárselo. Poco a poco, los que le rodean, necesitados de su gracia, se hacen una ley de no contradecirle; Rawlins sí le contradecía, por lo que, ya al fin, le irritaba. Impuesta la paz, no cesa de oír, con la conciencia de que las merece, alabanzas mayores que las que oyó jamás hombre alguno, tributadas sin descanso por el pueblo más grande en la paz y generoso en la guerra que habita en su tiempo el Universo.

Entra, pues, en la presidencia de la República, el sumo puesto político con estos elementos: abominación de la política y rencor acumulado contra los que la representan; complacencia excesiva en su personalidad y hábito y deseo de expansión, conquista y marcha; costumbre lisonjeada de mando absoluto y carencia completa del hábito [de] obedecer; desdén de toda ley minuciosa y progresiva, y carrera súbita hecha fuera de la práctica natural y ordenada de las leyes; hábito de verlo todo partir de sí, y realizarse por su voluntad y conforme a ella.

⁹⁵ En LN: «Rosecrans». William S. Rosecranz.

Este es el hombre del instinto, que por exceso de persona o apego a la Naturaleza, que puede provenir de sinceridad o de crudez, se niega a beneficiarse con los resultados civilizadores del trabajo del hombre, y llevado por su fuerza natural, oportunamente servida por la fortuna, a los quehaceres complejos del gobierno, que incluyen en ejercicio minucioso y activo los resultados y averiguaciones más perfectas de la cultura humana, se despedaza contra ella, ya que en un país habituado a ejercitarse y más fuerte que él no puede despedazarla.

Otros caracteres hay, entre esos primarios y originales nacidos derechamente, o con pocas trabas de la Naturaleza, que no traen de ella solo la fuerza, como el de Grant, y cierta generosidad que viene siempre con la fuerza verdadera; sino que, como el de Lincoln, como el de Garfield, como el de Rawlins mismo, traen con la fuerza, constituyendo un grado superior en los caracteres primarios, la intelectualidad y la hermosura, y de ellas la capacidad y la necesidad activa de asimilarse el resultado entero del trabajo humano. Así la grandeza final, que es en estos superiores caracteres consecuencia forzosa de la unión de los méritos comunes a una voluntad desusada y tenaz, es meramente casual en los caracteres de fuerza, y, ciega como ella, necesitando de condiciones adventicias e independientes del carácter del⁹⁶ individuo para producir toda su cualidad saliente.

Pensar en sí es del hombre, su existencia inevitable y encarnizadamente se lo impone: mas en unos se desenvuelve el pensamiento en sí, a poco que justifique su persona la fortuna, con tenacidad y plenitud odiosas, que en la esfera de la vida común engendran los egoístas, y en la esfera del gobierno produce los déspotas; y otros se miran en sí como una palabra que tienen que comunicar o una indicación que tienen⁹⁷ que cumplir, o una caridad que tienen que hacer, y dirigen su vida con el segundo pensamiento en sí y el primero y dominante en el beneficio humano, a que han venido, padeciendo ásperamente, como de un delito; mientras no han sacado su elocuencia, su ternura o su energía afuera.

Mas aun cuando no sean los caracteres primarios desinteresados, una especie de parentesco de originalidad les atrae y relaciona más directamente con los que lo son que con los caracteres comunes, y aunque suelen odiar, y por todos los medios combatir, a los que llevando en sí embellecida la fuerza con la intelectualidad y la hermosura,⁹⁸

⁹⁶ Errata en LN: «de».

⁹⁷ Errata en LN: «tiene».

⁹⁸ Se añade coma.

abominan y fustigan como irregularidad monstruosa los caracteres de fuerza mera, tienen,⁹⁹ sin embargo, cierta venturosa capacidad de la grandeza propia y consciente que en lo más de la vida parece estarles negada; y, a poco que el roce con los caracteres desinteresados, o con alguna condición favorable lo estimule, la grandeza intelectual y espiritual, rudimentaria y opaca en ellos, se abre paso, como si fuese la simple energía del huevo rudo, cuya existencia preside en grado a la inteligencia y la belleza, y las carreras de fuerza se iluminan con la luz suave, penetrante y fresca que dejan tras de sí, esclareciendo y ensanchándose, los hombres de bondad y de propósito.

Y ¡qué país entraba Grant a gobernar con aquel desdén de los demás, costumbre de sí y pensamiento voluntarioso a que se había habituado en los hechos simples y rudos de la guerra! Un país en peligro, ciertamente, donde la conciencia de la fuerza y el apetito de la fortuna tienen en riesgo el decoro nacional, la independencia de los pueblos vecinos y la independencia del mismo espíritu humano acaso; pero grandioso país a pesar de eso, donde el hombre se elabora y ejerce sin más trato ni límite que los naturales que le impone la vecindad de los demás hombres; donde acababa de darse el espectáculo sublime de una nación pacífica exaltada hasta la guerra tremenda por su conciencia del decoro humano; donde, a los mismos ojos de Grant, habían desfilado, camino de sus hogares en las calles de Washington, con las banderas desgarradas, los vestidos maltrechos y los miembros rotos, doscientos cincuenta mil hombres en masa, resplandecientes aún de la victoria; un país de pregunta y de respuesta, donde a todo hombre se pone desnudo y se le mira del revés, y a cada acto se lo ve en la entraña; y si no sale puro, se le quiebra; un país de «Junta de oraciones», de *prayer meeting*, donde en las salas de las iglesias aprenden hombres y mujeres a usar de su palabra revelando en voz alta sus pecados, denunciando los del vecino y pidiendo al pastor que les explique sus dudas sobre el dogma; un país de periódico vivo, donde cada interés, no bien asoma, ya tiene su diario, y en él acceso todos los interesados en común, de modo que no hay injuria¹⁰⁰ o sospecha sin voz, y prensa que la¹⁰¹ publique, y tribunal dispuesto a censurarla;¹⁰² un país prendado, sí, de aquel hombre marcial, terco y arremetedor como él, que había quebrantado a sus rivales y abierto vías a la prosperidad

⁹⁹ Se añaden las comas antes y después de «sin embargo».

¹⁰⁰ Errata en LN: «injuriar».

¹⁰¹ Errata en LN: «do».

¹⁰² Coma en LN.

mayor que la historia escrita recuerda en los siglos; de la que ya gozaban; pero un país que, por encima de todo, al que le escatima o amenaza su derecho, lo denuncia y lo vuelca.

De modo que fue penosa, en su arranque y en las composiciones y atentados que le siguieron, la vida política con que deslució Grant sus magnánimos actos en la guerra.

Desde el principio, obra, creyendo¹⁰³ que hace muy bien, conforme a su abominación de la política y su rencor contra los que la representan, y da en el modo en que lo hace, prueba pueril de su desconocimiento de las leyes y del sentido de decoro que las inspira: quiere rodearse de consejeros que no sean políticos de hábito, y nombra a un gran comerciante en ejercicio Secretario del Tesoro,¹⁰⁴ al amigo fiel que le hizo nombrar brigadier y devolver el mando de sus tropas, Secretario de Estado,¹⁰⁵ a un negociante oscuro, Secretario de Marina,¹⁰⁶ a un Williams,¹⁰⁷ que por medios tenebrosos subió de juez de aldea a senador, Secretario de Justicia; pero en aquella soledad terrible y desconocida del poder supremo, en que se sentía tan ignorante como vigilado, volvió los ojos al amigo fiel de consejo siempre entero, a Rawlins, a quien el estar cerca de la muerte, que le llegó poco después, no estorbó para asesorar bravamente a su jefe, mientras vivió cerca de él como Secretario de la Guerra. Y mientras Rawlins está en el Gabinete, ladrones y malos consejeros se tienen a la puerta: acechando, sí, mas lejos. Luego que Rawlins desaparece ¿cómo ha de gobernar en tan complicados asuntos quien los desdeña de propósito y nada sabe de ellos? Va como barco perdido, donde los vientos lo llevan. Al que le da consejo, le frunce el ceño y lo rechaza; pero él busca a pesar suyo opinión en lo que ignora y necesita saber; por lo que viene a ser, sin sentirlo, esclavo de los que le aconsejan de soslayo, y no como quien da, sino como quien recibe ideas.

La vanidad tiene el hígado sensible: tiene artes increíbles la lisonja. El que le adula, le sujeta. No sufre al que no le adula. Todo lo da al que aparenta creer en él, y en su instintiva sabiduría, todo lo da, con singular lealtad hasta el peligro de su propio honor. ¿Qué ha de ser un hombre ignorante en el gobierno, sino la presa natural de los que conocen y halagan sus defectos?

¹⁰³ Coma en LN.

¹⁰⁴ Alexander T. Stewart.

¹⁰⁵ Elihu B. Washburne. Solo estuvo doce días en el cargo y lo sustituyó Hamilton Fish.

¹⁰⁶ Adolph E. Borie.

¹⁰⁷ George H. Williams.

Su complacencia en su personalidad lo expone a que le lleguen a hacer creer que el gobierno, es cosa suya como la nación, que sin él no existiría, y no será cuerda si no se deja guiar de él. Como prolongación de sí, mira a todos los suyos, y a cuantos le defienden su persona y voluntades, y como si cumpliese un deber de la nación, no deja pariente, o amigo de pariente a quien no ponga en buen puesto, de tal modo que a poco viene a ser llamado su gobierno «el gobierno de los cuñados». Por facilidad de admiración los unos, por deslumbramiento del poder los otros,¹⁰⁸ por la necesidad de sus favores, acatan sin contradicción y sirven con exceso sus deseos originales, autocráticos, cuando no atentatorios, o aquellos de sus lisonjadores poderosos que se valen de él para abatir a sus enemigos políticos en el Norte, o constituir en capital permanente de poder y de las elecciones que lo aseguran, el temor del Norte al renacimiento de la guerra en el Sur: y hasta su natural magnanimidad con los rebeldes que en nadie hubiera sido mayor, se la envenenan, pintándole como desagradecimiento del Sur, la resistencia legítima de los estados vencidos a ser tratados con abuso por los empleados del Norte. Hábilmente azuzados, su hábito del mando y su falta de costumbre de oír y obedecer, va hasta a prohijar un plan inicuo, que a tiempo se descubre e inutiliza, de amordazar la prensa libre que lo censura, instituyendo en Washington un tribunal especial de jueces manejables que conozcan de los «delitos» de la prensa política en toda la Nación.

Estimulado en su necesidad de expansión y marcha, y en acuerdo con su desconocimiento del espíritu y forma de las leyes, manda a su secretario privado,¹⁰⁹ so pretexto de reconocer la bahía de Samaná,¹¹⁰ a celebrar, sin intervención de la autoridad diplomática legítima, un tratado de anexión¹¹¹ con el gobierno de Santo Domingo, contra el que Sumner,¹¹² en el Senado protesta con indignación, tanto por la violenta manera con que en él aparece sometido a la voluntad de un deseador poderoso, un pueblo débil, como por el peligro que corren las instituciones republicanas con un gobernante que usurpa a la nación sus facultades legítimas, y para obtener el reconocimiento de su usurpación en el Senado y en la Casa de Representantes,¹¹³ entra en tratos bochornosos con miembros de

¹⁰⁸ Se añade coma.

¹⁰⁹ Orville E. Babcock.

¹¹⁰ En LN: «Samaria». Véase en este tomo la Nf. Proyecto de anexión de República Dominicana.

¹¹¹ No fue aprobado por el Senado de Estados Unidos.

¹¹² Charles Sumner.

¹¹³ Cámara de Representantes.

uno y otra, y promete en la sombra su apoyo a proyectos reprensibles a cambio del voto de sus cómplices en favor del proyecto de anexión y la manera de tratarla; y era lo mísero de este caso, no solo que el pueblo que mantiene sobre la tierra la eficacia de la libertad quisiese violar, como en realidad violaba, la ajena en un pueblo gallardo, aunque pequeño; sino que con gran razón se sospechaba que una camarilla de especuladores, valiéndose del espíritu de acometimiento y conquista que conocían en Grant sus familiares, le había inspirado la idea de la anexión, para repartirse luego entre sí; y fuera de él, sus provechos.

Y así iba, sin brújula, el gobierno, ya en el primer término de gobierno de Grant, ya en el segundo, que le fue asegurado por aquel candor íntimo suyo que le hacía aparecer al cabo, como en verdad era, inocente en los abusos que sus amigos hacían de su ciego apego a los que le mostraban lealtad; y por aquel arraigado amor en que su pueblo le tenía como a su máspreciado héroe, con cuya presencia en la casa de gobierno, no bien acallado aún el Sur a lo que parecía se creía seguro; aunque, como a raíz de su segunda elección ya se hablase de asegurarle una tercera, se levantó un clamor de miedo y de ira que puso respeto a sus más atrevidos partidarios;—y por más que la opinión pública se resistiese siempre con igual tenacidad a culpar a Grant de los robos escandalosos de sus secretarios en que aparecían complicados a veces su mismo hermano y sus más próximos parientes, de los hurtos de impuestos públicos autorizados a grandes corporaciones por los empleados de la Hacienda que aprovechaban en ellos, del atentado revelado por los defraudadores que aseguraban haber dejado de pagar sus cuotas al tesoro público para aplicarlas a los gastos de la elección de Grant a un tercer término de gobierno, por más que se observase en el pueblo americano la voluntad, no desmentida hasta la muerte de Grant, en conflictos aún más dolorosos, de explicar, de manera honrosa para él, por su candor de soldado y por su lealtad de amigo, aquel sometimiento de la persona pública a su propia persona, aquel abuso de los puestos nacionales en favor de secuaces indignos y de culpables relacionados, aquella inaudita torpeza en la elección de hombres maculados, oscuros e incapaces para los destinos de más momento y representación de la República, aquellas desconcertadas tentativas, acentuadas más que desmentidas en la carta en que se vio obligado a dar cuenta de ellas, hacia el aseguramiento de un poder a cuya permanencia tendían a toda luz los consejeros íntimos del deslucido Presidente; por más que se excusase en su silencio descortés, su desagrado manifiesto de oír las opiniones propias de sus secretarios oficiales, su determinación de hacer acatar en torno suyo sin resistencia su voluntad, inspirada si original, en los

asuntos públicos, con aquella severa cortesanía que se notaba en sus modales y en sus expresiones, aquella humilde manera suya para con sus subordinados, aquella modestia de su persona exterior que en él, como en tantos otros, parecía en realidad no ser más que hábil cobertor de las inmodestias temibles de adentro,—ello fue que, ni todo el brillo de su viaje ostentoso alrededor del mundo, en que la grandeza de su pueblo fue reconocida y festejada en su persona, pudo mover a su pueblo a elegirlo por tercera vez a la presidencia de la República. Perdió su majestad, por haber comprometido la de las leyes.

¡Ay de sus años últimos! en que ni se fatigó su ansia de poder, encaminada ahora innecesariamente hacia la riqueza, cuando sus amigos le habían asegurado la renta vitalicia de un caudal de doscientos cincuenta mil pesos; ni cejó en su afán de expandirse y marchar en que su misteriosa cualidad de héroe negociante le llevó a curiosear por Cuba y México y a aconsejar con su nombre a la cabeza, la continuación sobre México de la red de ferrocarriles norteamericanos; ni su pueblo se cansó tampoco de poner a la parte de sus asociados en su catástrofe en los negocios la culpa que [a] primera vista resultaba también de él. Los que le conocían, no lo dejaban en la prensa de la mano, como si supiesen que alrededor suyo se movía, con él por centro, un partido de fuerza que, al menor descuido u ocasión, con el amparo de los monopolios enormes que necesitan defenderse de las clases llanas, cuyo porvenir y bienestar impiden,¹¹⁴ se levantara por sobre las leyes de la República.

Profundamente generoso, o decoroso o discreto es este pueblo norteamericano, que parece, al mirarlo por encima, egoísta y desatento ¿cómo, si no, explicarse la tenaz bondad con que se negó a reconocer en Grant culpa alguna en el manejo escandaloso, en la colosal estafa, de la casa de comercio que abusó de su nombre, y logró su firma en documentos graves;¹¹⁵ y se condujo por derriscaderos tan semejantes a los que recorrieron sus años de gobierno que siendo él la persona que en ambas existía, el repetirse entre personas extrañas como que indicaba que las faltas eran suyas? Y no; no eran de él: permitir vagamente un engaño que creía útil, podía acaso; mas nunca aprovechar a sabiendas de una ganancia inmundada. Fue aquel afán de principalidad visible;¹¹⁶

¹¹⁴ Se añade coma.

¹¹⁵ Referencia al escándalo financiero provocado por la caída de la casa de Grant & Ward, y el descubrimiento público de enormes fraudes. Véase en el tomo 17 la crónica "Un domingo de junio", que explica estos hechos.

¹¹⁶ Coma en LN.

aquel perpetuo clamor interno de encabezamiento y mando; aquella falta de intelectualidad y hermosura que embelleciesen su carácter primario de fuerza; aquella importunada incapacidad en que este le tenía de reconocer la dulce majestad de la modestia, y el influjo mayor que, aun en las cosas prácticas ejerce en las verdaderas repúblicas el que no se prevale de los servicios prestados para sobreponerse a ellas.

Pero vino a la postre su enfermedad, a cerrar, de luminosa y singular manera aquella vida, ora brillante, culpable ora, que fue de propia fuerza y por la magnitud de sus servicios innegable y definitivamente ilustre. A otros parecerá término apropiado de aquella existencia, que mantuvo sin crueldad la obra política más grande imaginada por los hombres, el funeral pomposo que desde su casa mortuoria le vino haciendo su nación hasta su tumba en Riverside sobre la que extiende ahora sus ramas un retoño de la enredadera de la que fue tumba de Napoleón¹¹⁷ en Santa Elena. Les parecerá término bueno de aquella fecunda vida el tren de luto, que bajaba, sacudiendo al aire lluvioso¹¹⁸ sus cortinas negras, de la altiva montaña; la procesión de la milicia neoyorquina que acompañó, poco después de una tempestad, su cadáver de la estación del camino de hierro al vestíbulo de la Casa de Ayuntamiento, convertido en cripta fúnebre: el cortejo interminable, el cortejo incansable, de hombres y mujeres,¹¹⁹ de negros, de blancos, de artesanos que volvían de su labor, de soldados que habían peleado en sus filas, de curiosos que en dos días y dos noches no se depletó¹²⁰ un instante, a lo largo de una milla: de la casa municipal, para venir a ver su cuerpo; el día, en suma, del solemne entierro, declarado día de plegaria para toda la nación, en que el enorme catafalco que llevó sus restos a la fosa, tirado por veinticuatro caballos negros, paseó las calles enlutadas de Nueva York, henchidas de gente, que desde la madrugada anterior esperaba acurrucada en los quicios, colgada en los aleros, montada en los postes de telégrafo, apiñada en balcones pagados a alto precio, para ver pasar al general Hancock¹²¹ con su estado mayor de generales, y uno del Sur¹²² entre ellos; a tanto regimiento apuesto de milicias; al batallón de Virginia, acorralado por Grant en la guerra; a los que lo acorralaron a las órdenes de Grant;¹²³ al muerto, ante quien todas las cabezas

¹¹⁷ Napoleón I.

¹¹⁸ Coma en LN.

¹¹⁹ Se añade coma.

¹²⁰ Neologismo derivado del inglés «*deplete*»; mermar, disminuir.

¹²¹ Winfield S. Hancock.

¹²² Fitzhugh Lee.

¹²³ Coma en LN.

quedaban descubiertas; y al Presidente de la República,¹²⁴ en un coche con sus caballos negros, y a los dos ex presidentes,¹²⁵ y a quinientos carruajes, llenos de prohombres, de secretarios del Estado, de gobernadores, de obispos, de generales, para ver pasar, envueltas en sus largos velos, a la hija¹²⁶ y las nueras¹²⁷ del gran muerto.

Mas no fue eso lo que cerró luminosamente aquella vida; sino el superior espíritu que en la prolongada espera de la muerte, soportada con singular entereza por aquel anciano carcomido, fue sacando a actos y palabras de eficaz ternura lo mejor de su energía natural, oscurecida por los apetitos y trances vulgares de la existencia. Un soberano recogimiento puso a aquel hombre en la conciencia clara de la grandeza verdadera de su vida; y, al preparar su propia historia de la guerra,¹²⁸ que será el caudal único que deje a sus hijos, y cuyas últimas páginas ha escrito jadeante y con los sudores de la agonía, sobre los bordes mismos del sepulcro, como polvillo de escultura roída caían ante él las vanidades a que, con apariencia de humildad, dio en otro tiempo tanto aprecio; y por aquella gracia genuina de los caracteres primarios que les permite elevarse, apenas les favorece alguna condición, al superior sentido de la grandeza del espíritu, ni vio, ni estimó, ni recordó de su obra más que aquellas hazañas necesarias en que solo fue magno en el pelear para serlo más en la manera de vencer.

Desde sus ojos profundos, enternecidos por el agradecimiento al pueblo bueno que le perdonaba sus errores y lo miraba en su hora de morir, contemplaba con un digno y elevado cariño a los héroes equivocados a quienes le fue dado un día combatir sin reposo y someter sin ira; y su mano descarnada, extendida al Sur desde la orilla de su tumba con buena voluntad, ha sido recogida por amorosa admiración, como tesoro nacional, por sus gallardos enemigos. La nación de los hombres ha empezado, y este muerto, a pesar de sus grandes errores, ayudó a abrir camino para ella.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 27 septiembre de 1885.
[Mf. en CEM]

¹²⁴ Stephen G. Cleveland.

¹²⁵ Chester A. Arthur y Rutherford B. Hayes.

¹²⁶ Nellie Grant Sartoris Jones.

¹²⁷ Ida Marie, Elizabeth y Fannie Josephine Grant.

¹²⁸ *Personal Memoirs of Ulysses S. Grant*.

EL GENERAL GRANT¹

New York, agosto 12 de 1885.

Sr. Director² de *La Nación*.

Nació de pobres; de niño gustó más de caballos que de libros y acarreaba³ leños;⁴ en la Escuela Militar se distinguió por buen jinete; llegó a capitán en la guerra de México y por no ser sobrio⁵ le pidieron su renuncia; le alcanzaron los cuarenta años⁶ poniendo billares, curtiendo cueros⁷ cobrando cuentas;⁸ cuatro años más tarde,⁹ era¹⁰ General en Jefe de un ejército activo¹¹ de doscientos cincuenta mil soldados, que peleaba por la libertad del hombre;¹² cuatro años después,¹³ presidía desordenadamente¹⁴ su¹⁵ República. Luego viajó por el mundo, que lo hizo miembro de sus mejores ciudades y le salió a recibir, guiado por sus presidentes y sus reyes; luego cayó en trampas de comercio, por el apetito vulgar de la fortuna;¹⁶ al fin ha muerto, ennoblecido¹⁷ por sus

¹ Ulysses S. Grant. Manuscrito en tinta negra, en hojas tamaño 19,5 por 29,5 cm. Es, a todas luces, una versión previa a la publicada por *La Nación* y presentada en las páginas que anteceden a este texto.

² Bartolomé Mitre Vedia.

³ Tachado a continuación: primera versión: «leña»; segunda versión: «horcones».

⁴ Esta palabra y las dos anteriores añadidas encima de la línea.

⁵ Esta palabra y las tres anteriores añadidas encima de la línea.

⁶ Tachado a continuación: primera versión: «vendiendo»; segunda versión, añadida encima de la línea: «curtiendo». Las tres palabras a continuación añadidas encima de la línea.

⁷ Tachado a continuación: primera versión: «y»; segunda versión, añadida debajo de la línea: «cobrando madera».

⁸ Tachado a continuación: «vino la ocasión grandiosa a los cuat[ro]».

⁹ Esta palabra y la anterior escritas encima de, tachado: «después».

¹⁰ Tachado a continuación: «Pre[sidente]».

¹¹ Esta palabra añadida encima de la línea.

¹² Tachado a continuación: «y a los otros».

¹³ Esta palabra añadida encima de la línea.

¹⁴ Esta palabra añadida encima de la línea.

¹⁵ Esta palabra escrita encima de, tachado: «la».

¹⁶ Tachado a continuación: «murió».

¹⁷ Tachado a continuación: «y ablandado por el [rasgos ininteligibles] padecimiento y la».

dolores; y¹⁸ seguidos de cincuenta mil soldados,¹⁹ los generales a quienes²⁰ venció en batalla lo acompañaron²¹ a su tumba.²² Hombres de hechura nueva y de tiempos radiosos son estos que en²³ veinte años²⁴

²⁵que, electo representante más tarde fue a visitarlo, todo tímido, cuando era Presidente: «buenos tiempos eran aquellos, porque yo hacía lo mejor que podía para sostener a mi familia».—Y siguió conversando con la esposa de su marchante de las mañanitas frescas en que él les llevaba la leña, y la apilaba con sus manos, y²⁶ la medía e iba luego a cobrarla a la oficina.—Pero en tantas estrecheces se vio que hubo al fin de aceptar en Galena, donde su padre²⁷ y hermano tenían una curtiembre, un empleo de \$600 anuales; y ya para entonces Grant frisaba en los cuarenta años. Más notado era por el callar que por el hablar. A todos parecía en el pueblo un hombre adocenado. Aspiró a una plaza de agrimensor, y no la obtuvo. Se paseaba; callaba, fumaba. No²⁸ mostraba impaciencia, aunque la tenía sin duda.²⁹ De la guerra se había traído sus celos, celos profundos de los que por caprichos de la fortuna o influjo de amigos poderosos alcanzaron puestos prominentes, sin los merecimientos acaso que él creía sentir en sí. Mas estos celos apenas los entrevé un ojo avisado en las primeras efusiones suyas, raras por cierto, como deben ser³⁰ siempre las efusiones, con un amigo militar a quien llevó hacia Grant una simpatía que a poco llegaba ya a veneración, con

¹⁸ Tachado a continuación: «así [lección dudosa] ha empeza[do]». La palabra a continuación escrita sobre lo tachado.

¹⁹ Tachado a continuación: primera versión: «en»; segunda versión: «do acompañaron a la tumba». Añadido encima de «la» sin tachar por *lapsus*: «su».

²⁰ Tachado a continuación: «venció y».

²¹ Tachado a continuación: «por la [cuatro palabras ininteligibles]».

²² Tachado a continuación: «Doblaban todas las campanas».

²³ Esta palabra añadida encima de, tachado: primera versión: «en»; segunda versión: «de».

²⁴ Tachado a continuación: «, sin disimulos en el corazón nunca dejan sus hogares a cente[nares]». Al dorso de esta página: «New York agosto 12 de 1883. / Sr. Director de La Nación:— / «De quien ha de hablar esta correspondencia». Aquí se interrumpe el manuscrito. La continuación, luego de un salto de varias páginas parece una copia en limpio del texto.

²⁵ Aquí continúa el manuscrito en limpio.

²⁶ Tachado a continuación: «due[go]».

²⁷ Jesse R. Grant.

²⁸ La «N» escrita sobre «n».

²⁹ Esta palabra y las cuatro anteriores añadidas encima de la línea.

³⁰ La «s» escrita sobre «e».

Sherman,³¹ que cuidaba de él como de una criatura de sus manos, y por su fama miraba más que por la propia—Sherman, alto, elocuente, centelleante, inquieto, inspirador, desasosegado, desbocado,³² fiero—; Grant, corto de cuerpo, ya espaldado, lento, sobrio en el hablar, de ojo impasible, que acaparaba lo que oía, que no daba de sí: Grant,³³ que concebía laboriosamente, o volteaba en la memoria con esfuerzo lo que acababa de oír; Sherman,³⁴ que como en lluvia de chispas vertía ante su amigo silencioso sus planes e ideas. A veces, a todo un discurso de Sherman, Grant no contestaba. Se recogía³⁵ en sí; y aunque siempre estuvo presto,³⁶ con³⁷ generosidad singular y absoluta, a encomiar el mérito de sus subordinados y reconocer espontáneamente la parte que tenían en³⁸ sus victorias, si recibía influjo de ellos no gustaba de dejarlo ver ni ponía en acto la idea ajena hasta que de magullarla y considerarla llegaba a tenerla como propia. Y le³⁹ fue creciendo tan fuera de medida⁴⁰ la persona, que llegó a ponerse en él en el lugar de lo más alto y a oscurecerle el juicio. Pero en aquellos duros tiempos de Galena no se notaba en él, oscurecido⁴¹ en la oficina de la curtiembre, cualidad marcada alguna, ya porque su mala salida del ejército y falta de éxito en sus humildes empresas, lo tuvieran desconfiado y encogido, ya comido de esa impaciencia que consume a los caracteres originales y pujantes, fuera presa constante de la sorda ira que produce la falta de acomodo entre la realidad trivial y el deseo osado. El silencio es el pudor de los grandes caracteres. La queja es una prostitución del carácter. Aquel que es capaz de algo, y muere sin que le haya llegado su hora, muera en calma, que en alguna parte le llegará. Y si no llega, bien está: ya es bastante grande el que es capaz de serlo. No era Grant de carácter amigable, y si no desdeñaba los escasos cariños de que pudiese ser objeto, jamás cortejó, ni en lo más recio de sus pruebas,⁴² amistad alguna. En sí exploraba y vivía. Venía del

³¹ William T. Sherman.

³² Se añade coma

³³ Se añade coma.

³⁴ Se añade coma.

³⁵ Esta palabra añadida debajo de, tachado: «embebía».

³⁶ Tachado a continuación: «a».

³⁷ Tachado a continuación: «singular».

³⁸ Tachado a continuación: «el».

³⁹ La «b» escrita sobre «d».

⁴⁰ Tachado a continuación: «su».

⁴¹ Tachado a continuación: «por».

⁴² Se añade coma.

campo,⁴³ del campo siempre nuevo y original, y de sí mismo, con poca mezcla de lo general humano, en cuyas artes se sintió spre. como extraño y perseguido, ya abrumado, como un hombre a quien todo vence, ya rebelde, como aquel a quien azuza una voz superior. Huía Grant por eso, y por sus penosos recuerdos de su vida militar⁴⁴ que se exacerbaban con su candidatura frustrada al puesto de agrimensor, de los manejos políticos, harto complicados siempre, aun en los villorrios, para no inspirar temor y un sentimiento previo de derrota a los espíritus sencillos. Mas por esto era, y no porque en sí le desagradasen; sino que, marcial de naturaleza, arremeter y arrebatarse le⁴⁵ eran más fácil que cautivar y esperar, y carecía de aquella ductilidad y pleguez que en la vida política aseguran el éxito. A su naturaleza de dueño repugnaba esa angustiosa y continuada servidumbre con que se compra casi siempre la prominencia política. Entrar en política sí le hubiera parecido bien; pero como se entra en una plaza enemiga: imponiendo condiciones. Por donde iba la política, no lo distinguía él muy bien a veces; pero en su país, la política era la única forma del mando. A los demócratas estaba afiliado, porque era en aquel tiempo la democracia⁴⁶ el partido que al estado en la Unión y al hombre en el estado reconocía más derechos; y Grant fue siempre muy celoso de los suyos; mas en sus cuarenta años solo en una elección había dado su voto. En una República, un hombre que no vota es como en un ejército un soldado que deserta.

Acerca a los espíritus originales una incontrastable simpatía. Mirando bien, se observan dos especies de hombres en perpetua lucha. Los que arrancan de la Naturaleza, pujantes y genuinos, activos y solitarios,⁴⁷ reconocidos y aclamados solo en las grandes crisis que necesitan de ellos; y los hombres amoldados a la convención, que ocultan su espíritu como un pecado, que defienden y contribuyen a lo⁴⁸ establecido, que viven acomodados y dichosos, y en el movimiento social solo son útiles como fuerza saludable de resistencia en los casos en que un carácter natural, embriagado con el triunfo, se desvanece y afirma en demasía.— Otro carácter natural vivía en Galena, el abogado Rawlins,⁴⁹ un árbol de

⁴³ Tachado a continuación: «siem[pre]».

⁴⁴ Tachada coma a continuación.

⁴⁵ Esta palabra tachada y vuelta a escribir.

⁴⁶ Tachado a continuación: «q[ue]».

⁴⁷ Tachado a continuación: «y».

⁴⁸ Tachado a continuación: «des».

⁴⁹ John A. Rawlins.

virtud, todo hecho de valor y de justicia. Hablaba en explosiones. Sus pensamientos nacían y salían de él derechamente, como rayos de luz. Tenía la concisión⁵⁰ y grandeza de la palabra apostólica, y la suprema elocuencia de la vida, ante la cual la de las academias, como coqueta embijada ante doncella de franca hermosura, se oscurece. Rawlins había vivido de hacer carbón hasta sus veintitrés años; Rawlins, que murió más tarde de Secretario de la Guerra. Solo se educó; solo se hizo abogado; solo impuso respeto a sus cofrades; se habituó a pensar y a obrar solo: Y solo podía pensar y obrar sin miedo, porque no le dominó más pasión que la de la justicia. Pero tenía aquella superior prudencia que, como nueva gala, engendra el sufrimiento prolongado en los hombres de verdadera fortaleza, dichosa⁵¹ cualidad que en el grupo de caracteres naturales distingue al desinteresado del egoísta. En el egoísta hay más personalidad, visible al menos, que en el desinteresado; pero solo en el desinteresado hay verdadera grandeza. En Rawlins eran apreciables la palabra, la intuición, la honradez,⁵² la firmeza, el consejo. Aplastaba las intrigas, como hubiera aplastado víboras. Una sinrazón o un agravio no podía soportar, aunque se hiciesen a una tórtola. La verdad quería él que triunfase, aunque nadie llegara a saber que triunfaba por él.⁵³ A este hombre, desde que vendía cueros, se fue Grant acercando poco a poco: en sus discursos bebió luces: en su consejo superior encontró un dueño: de los⁵⁴ labios de Rawlins salían, acabadas y perfectas, las ideas que en su forma rudimentaria de instinto fatigaban a Grant el cerebro. Juntos hablaban el abogado y el curtidor de cómo se venía encima la querella con el Sur, cuyo creciente atrevimiento, como a toda la Nación, tenía asombrada a la gente de Galena.

Los tiempos eran aquellos de la más noble cruzada que jamás vieron los hombres. De un mar a otro hervían los estados del Norte. «No ha de haber más esclavos!». Desde que Garrison⁵⁵ fundó su *Liberator*⁵⁶ no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra! Una pobre hojilla era el *Liberator* en 1831, el primer vocero de la idea abolicionista: ya en 1840 había descompuesto los partidos enormes que contendían

⁵⁰ Esta palabra añadida encima de, tachado: «aridez».

⁵¹ Tachado a continuación: «natur[aleza]».

⁵² Tachado a continuación: «el consejo».

⁵³ Tachado a continuación: «Y». La «A» que continúa escrita sobre «a».

⁵⁴ Añadidas «os» a «del» para convertirlo en «de los». Tachado a continuación: «cerebro a».

⁵⁵ William L. Garrison.

⁵⁶ *The Liberator*.

por el poder, y creado el de la «libertad,» el de los abolicionistas que querían el mantenimiento de la Unión, contra su mismo apóstol Garrison, que llamaba a la Unión, porque amparaba la esclavitud «contrato con el infierno y convenio con la muerte». Los 17 000 que en 1840 votaron por el partido de la libertad, ya eran 62 500 cuatro años más tarde. En 1848,⁵⁷ eran ya 300 000, que pedían, congregando en una organización formidable, a los antiesclavistas⁵⁸ de todos los partidos, «la tierra libre para el pueblo libre». Ya en 1856 fueron 1 341 000; y en 1860 ya fueron la Presidencia de la República: fue Lincoln.⁵⁹ ¿Dónde se vieron mayor grandeza, más generoso impulso, más llameante palabra, más desinteresado caudillaje, ni virtud más fecunda y batalladora? Por el apetito del cielo y el amor de la aventura batallaron⁶⁰ en tiempos de guerra otros cruzados; pero estos de América conmovieron sus hogares seguros en una época próspera y pacífica para libertar a la raza más desventurada de la tierra. Ellos,⁶¹ la bolsa, que cuesta; ellos, la palabra que consume; ellos, la familia que sujeta; ellos, la vida, que en una tierra libre y próspera enamora!

El Sur, hecho a mandar, veía con cólera la resistencia del Norte a sus voluntades; y sonreía a la gente burda de los estados libres, empinado sobre sus esclavos. El Norte, lento, como todos los fuertes; cauto, como todos los trabajadores; miraba⁶² al principio con temor, y siempre con pena, el peligro de la ruptura que el Sur provocaba: No había paz desde 1831, desde el *Liberator*. Por todas maneras persiguió el Sur el periódico de Garrison; por la voz del presidente Jackson⁶³ pidió al Congreso la persecución de toda propaganda abolicionista. El Sur pedía más tierras para criar la esclavitud: el Norte, obligado por la Constitución a reconocerla⁶⁴ en los estados que la tenían establecida, en la Constitución misma se apoyaba para resistir su institución en los nuevos estados. Si un territorio entraba a ser estado, el Sur lo clamaba para sí para tener⁶⁵ más esclavos en él, y en el Senado más votos. Y el Norte, fatigado de

⁵⁷ El «4» escrito sobre «3».

⁵⁸ En el manuscrito: «esclavistas». Se sigue la lección de LN, que parece más apropiada.

⁵⁹ Abraham Lincoln.

⁶⁰ Tachado a continuación: «un».

⁶¹ Se añade coma.

⁶² Esta palabra añadida encima de la línea.

⁶³ Andrew Jackson.

⁶⁴ Tachado a continuación: rasgo ininteligible.

⁶⁵ Tachado a continuación: «escla[vos]».

aquella inhumanidad y arrogancia del Sur,⁶⁶ clamaba como libre el Estado nuevo,⁶⁷ inundado de merodeadores sudistas que en batallas campales o en asaltos nocturnos disputaban la tierra a los colonos. Cuando Wilmott⁶⁸ pide que los Estados que por la paz con México hayan de entrar en la⁶⁹ Unión, puedan a su voluntad no tener esclavos o tenerlos, el Sur, que los quiere esclavistas, se yergue como herido en la médula, y a la afirmación enérgica del Norte, al partido del suelo libre, a la palabra de Wendell Phillips, opone tan atrevida resolución que cuando se trata de la incorporación de California, propone⁷⁰ por la voz de Calhoun⁷¹ que se iguale por ley el poder político del Sur y del Norte. La palabra majestuosa de H. Clay⁷² obtiene, a⁷³ fin de alejar el conflicto que ya en 1850 se avecina, el compromiso⁷⁴ famoso en que a trueque de que el Sur reconozca Estado libre a California⁷⁵ y el Distrito⁷⁶ Federal, y facultad a Nuevo México y Utah de declararse libres⁷⁷ o esclavistas, el Norte se obliga a ceder en una cuestión de territorio de Texas, y a devolver, por una ley de fugitivos, los esclavos prófugos del⁷⁸ Sur. Este, hasta entonces siempre vencedor, se cree seguro. El Norte, avergonzado, fulmina sus censuras contra la ley de esclavos prófugos: reúnen en Europa los enviados diplomáticos del partido del Sur para publicar proyectos de extensión del territorio esclavista, y en 1856, contra el partido republicano que nace con⁷⁹ 1 500 000 de votantes, para impedir la extensión de la esclavitud en los estados libres⁸⁰ y territorios, eligen Presidente a Buchanan,⁸¹ uno de los tres ministros esclavistas⁸² de Europa.

⁶⁶ Se añade coma.

⁶⁷ Tachado a continuación: «que».

⁶⁸ David Wilmott.

⁶⁹ Estas dos palabras tachadas y vueltas a escribir.

⁷⁰ Tachado a continuación: «de».

⁷¹ John C. Calhoun.

⁷² Henry Clay.

⁷³ Repetida esta palabra por *lapsus*.

⁷⁴ *Compromise Measures*, promovido por Stephen A. Douglas y Henry Clay al Congreso en 1850, consistente en una serie de cinco medidas, diseñadas para reconciliar las diferencias políticas entre las facciones abolicionistas y esclavistas del Congreso y de la nación.

⁷⁵ Tachada coma a continuación.

⁷⁶ La «D» escrita sobre «e». Tachado a continuación: «de».

⁷⁷ Tachado a continuación: «y».

⁷⁸ Tachado a continuación: «sur».

⁷⁹ Tachado a continuación: «un».

⁸⁰ Tachada coma a continuación.

⁸¹ James Buchanan.

⁸² Esta palabra escrita encima de la línea.

Recoge el Norte el guante: Ya el Norte es un partido y el Sur otro. ¿Quién en el Norte entregará a un esclavo? Las Legislaturas de los estados libres dictan leyes que impiden los efectos de la de los esclavos fugitivos. Renace el fuego de los mártires y de los apóstoles. Cunde entre los apáticos el ardor de los generosos. John Brown⁸³ se ofrece en sacrificio y convierte la idea en acción. Del cadalso en que muere, porque faltó a la ley escrita, un ejército surge,⁸⁴ que pulula buscando jefes y campo de batalla. Cuando las nuevas elecciones vienen, y el partido republicano en una gloriosa arremetida, elige a Lincoln, sin un solo⁸⁵ voto del Sur vencido, ya la guerra ominosa está en todas las bocas.⁸⁶ La Legislatura de⁸⁷ Sur Carolina llama a Convención para⁸⁸ discutir el derecho del estado; y ella y once estados más se separan y⁸⁹ reunidos en Congreso crean la Confederación de América y eligen Presid^{te} a Davis.⁹⁰ Arsenales, aduanas, fuertes, todos los recursos y depósitos del Gob^m en el Sur caen, sin oposición, en manos de los confed. q. al fin disparan s/ el F. Sumter.⁹¹ Un leñador⁹² está en la Casa Blanca: un curtidor de cuero está en Galena.

Oye Grant la noticia. «El Gob. me educó p^a militar—dice—y todavía no le he pagado bien mi deuda». Rawlins, en un discurso ardoroso, disiente de su partido y mantiene la Unión, en cuya defensa entra a servir al punto. Lincoln ha llamado a las armas 75 000 voluntarios; y como en Galena no hay más militar que Grant, a él le dan a instruir y a que lleve al Gob^f la comp^a de Galena. Apenas recordar cómo en aquellos días andaba el triste soldado de puerta en puerta pidiendo, como de limosna, un puesto que⁹³ le niegan. Ese que cinco años después, llevaba cuatro ejércitos con pasos seguros a la victoria no pudo hallar al principio un puesto ruin en las armas de su patria. Lo pide al Ayud^{te} Gral.⁹⁴ q. no le contesta. Lo pide dos veces a McClellan⁹⁵ que lo conoce, en vano las dos veces. Lo hacen, al fin, por carencia de instructores, coronel de

⁸³ John G. Brown.

⁸⁴ Tachado a continuación: «un».

⁸⁵ Tachado a continuación: rasgo ininteligible.

⁸⁶ Tachado uno de dos puntos.

⁸⁷ Tachada «b» al final de esta palabra.

⁸⁸ Tachado a continuación: «disting[uir]».

⁸⁹ A partir de aquí continúa con tinta azul.

⁹⁰ Jefferson Davis.

⁹¹ Fuerte Sumter.

⁹² Abraham Lincoln.

⁹³ Tachado a continuación: «no».

⁹⁴ Lorenzo Thomas.

⁹⁵ George B. McClellan.

un Reg^{to}, al cual enseña y organiza de manera que cuando, merced a un representante⁹⁶ del Estado que le fue spre. amigo—lo nombran Brigadier del Ejército, a nadie que lo ha visto en medio de sus soldados le sorprende. Rawlins que erraba pocas veces estaba ya a su lado de Secretario y ayud^{te}. Él, la sugestión disimulada, el consejo hábil y modesto, la prudencia que sofrena, la palabra que pule.—Y se vio entonces de nuevo el poder del hombre p^a crecer a nivel de sus dificultades.

16 000 hombres tenían por todo ejército los E U cdo. se declaró la guerra, que cinco años después cerraba al mando de Grant con 1 000 516 solds. en servicio activo y 2 254 006 en reserva. 16 000 h^s componían el ejército esparcidos en lugares apartados de la Nación por el Ministro de la Guerra⁹⁷ del Gobⁿ de Buch., p^a q. no pudiesen impedir la organización armada de la Confederación que con tanta presteza como el N. cubría su territorio de soldados. De voluntarios tuvo el N. un ejército a los pocos días. A porfía organizaban tropas los estados, las ciudades. De \$100 a \$400 daba el Gob^m a cada voluntario. Al instante se reúnen 75 000; 42 000 enseguida; enseguida 300 000 más.— En cuanto⁹⁸ se refiera a los E U se ha de contar con esta pujanza súbita y oculta, que parece aún mayor en el momento en q. se enseña por la vacilación y recogimiento q. la preceden, y suelen tomar los observadores ligeros por indiferencia, cdo. no son⁹⁹ más q. el cuidado natural con q. un pueblo maravillosamente próspero examina sus problemas antes de decidirse¹⁰⁰ a una innovación q. lo¹⁰¹ ponga en peligro. Tarda más¹⁰² en alzar-se de tierra el elefante que el ciervo.

Al punto una hojeada basta para comprender la magnitud de la guerra. Un Gral. se ríe de otro porque pide 200 000 soldados p^a mantener un puerto en el Oeste; pero después, en una sola campaña, en un invierno solo, mueren 100 000 federales entre el Rapidan y el James, que corren cercanos y casi¹⁰³ parejos.—No hay encuentro que no deje postrados millares de hombres. Sh.,¹⁰⁴ Gett.,¹⁰⁵ Ant.,¹⁰⁶ Chatt.,¹⁰⁷

⁹⁶ Elihu B. Washburne.

⁹⁷ John B. Floyd.

⁹⁸ Las letras «cu» escritas sobre: «es».

⁹⁹ Esta palabra escrita sobre «es».

¹⁰⁰ En el manuscrito, por lapsus: «decirse».

¹⁰¹ La «o» escrita sobre «os».

¹⁰² Tachado a continuación: «tiempo».

¹⁰³ Esta palabra añadida encima de la línea.

¹⁰⁴ Shiloh.

¹⁰⁵ Gettysburg.

¹⁰⁶ Antietam.

¹⁰⁷ Chattanooga.

Wild.,¹⁰⁸ Chickah.,¹⁰⁹ cuál de ellos no vio cdo. menos, 2 000 muertos? Y cdo. G. avanzaba s/ Lee,¹¹⁰ ponderoso e impenetrable como una montaña q. se mueve, los federales estuvieron muriendo de un mayo a un junio, en un solo campo de operaciones, a 1 000 por día. ¡Adelante las columnas! ¡El pueblo q. han ayudado a fabricar todos los hombres, p^a todos los hombres ha de quedar libre! ¡Libres ha declarado a 4 000 000 de esclavos el Pte. Lincoln, que «ofreció a Dios darles la libertad si permitía que los confederados fuesen expulsados de Marylandia»,¹¹¹ y han de rendirse, quebrados p^a spre., los que se oponen a q. 4 000 000 de h. sean libres! ¡No hay añagazas políticas que les den semejanza de dro.¹¹²—Las guerras deben verse desde las nubes.¹¹³ Bien está que medio millón de seres humanos muera p^a mantener seguro a los hombres su único hogar libre sobre el Universo. Allá desde arriba los hombres deben parecer, ondulando, fabricando, abrazándose cuerpo a cuerpo hasta para guerrear, como esos bulbos vivos henchidos de gusanos invisibles, que en grandes masas pugnan, con movimientos incesantes y torpes, por romper las raíces de los árboles, que acaso en ellos mismos se convierten en una forma más libre y animada de la vida. Son como un puño cerrado¹¹⁴ que viene pujando por salir de lo hondo de la tierra. ¿Quién no entrevé en la magnitud de los pesares que acarrea el estado rudimentario de la especie humana, la claridad dichosa que la aguarda, después de su acendramiento y paso doloroso por los mundos? ¿Qué paz, para equilibrar este comienzo? Arrebata el pensar en esa suprema dicha: ¡a cuán pocos es dado vislumbrarla, satisfechos de su pequeña máquina desde su cáscara de huesos!

La guerra está encendida. El Sur se echa s/ el N. tiene lista la costa meridional: a treinta leg. de Wash.,¹¹⁵ capital de la Unión, unge a Rich.¹¹⁶

¹⁰⁸ Wilderness.

¹⁰⁹ Chickahominy. Referencia a la segunda batalla de Cold Harbor, ocurrida a orillas de este río.

¹¹⁰ Robert E. Lee.

¹¹¹ Se añade coma. Las comillas siguen la lección de LN.

¹¹² Abreviación de significa: «derecho.»

¹¹³ Referencia a la toma de Lookout Mountain, ocurrida en noviembre de 1863. Esta fue una de las batallas más importantes de la campaña de Grant en Chattanooga, y fue mitificada en la posguerra en fuentes a las que José Martí pudo tener acceso, como el *Century Magazine*, entre otros. Se le denominó «Battle Above the Clouds».

¹¹⁴ Tachada «n» entre la «a» y la «d».

¹¹⁵ Washington.

¹¹⁶ Richmond.

capital de los confederados. Domina todo el Sudeste por el Potomac y el James: por el lado del Oeste, sube y ocupa el Mississippi, y los puestos donde se le une el Ohio, enriquecido a poca distancia con el Tennessee y el Cumberland. Tiene la victoria quien tiene los ríos; los ríos son las venas de la guerra. Con ellos va todo el territorio que ellos bañan. Cerrando a los federales el Mississippi, ni los confederados podrán ser envueltos en sus estados, por el mar de una¹¹⁷ parte y el río de otra ¡ni los estados rebeldes del E. serán separados de los del Oeste, que quieren p^a sí, p^a criaderos de esclavos! ¿Cómo dan agua los ríos a semejantes hombres? Asegurando las bocas del Ohio y el Tennessee y el Cumberland que afluyen en él, se aseguran los Estados centrales que en la guerra vinieron a ser como el límite Norte y el Oeste de las batallas. En la¹¹⁸ boca¹¹⁹ del Ohio s/ el Mis.,¹²⁰ confluyen, como radios a un centro, Illinois, Missouri, Tennessee, Kentucky. Quien tiene al Tenn.,¹²¹ tiene abierto el camino por sus aguas hasta el corazón del estado rebelde de Alabama. Quien tiene el Cumberland, tiene a Tennessee y Kentucky, Galena está en Ill.,¹²² q. remata por el S. en la boca del Ohio: Manda la tropa de aquella comarca Grant de Galena! Los confederados se han subido hasta allí, para cerrar el paso a los avances de los federales, y ampliar hacia el N. con espacio p^a la defensa, el territorio que cruza su red de ferroc^s, indispensable p^a el transporte de sus hombres y provisiones.— De Miss., de Ala.,¹²³ de Georgia, de la Carolina del S., de Virginia, todos los ferrocarriles van a confluir en Chatt.¹²⁴ s/ el Tennessee. Fortifican, pues, los confederados los ríos. Se encierran dentro de un baluarte de ríos y de mares. Por el Miss. cubren su Oeste: su Norte con el Ohio; el Ten. y el Cumb;¹²⁵ con el Atlántico su E; su S. con el Golfo de México. V.¹²⁶ defiende de los federales al Miss. F. Henry defiende al T. F. Don.¹²⁷ defiende al Cumb. Por el E. Charleston ampara la costa; y N. O.¹²⁸ por el S. En la guerra no es necesario ocupar todos los puntos, sino los

¹¹⁷ Añadida la «a» al final de esta palabra. Tachado a continuación: «dado».

¹¹⁸ La «a» escrita sobre «as».

¹¹⁹ La «a» escrita sobre «as».

¹²⁰ Mississippi.

¹²¹ Tennessee.

¹²² Illinois.

¹²³ Alabama.

¹²⁴ Chattanooga.

¹²⁵ Cumberland.

¹²⁶ Vicksburg.

¹²⁷ Fort Donelson.

¹²⁸ New Orleans.

principales. Del centro se puede ir a todos los radios, y replegarse sobre el centro. El Potomac y el J.¹²⁹ cuajadas las orillas de tiendas de campaña, defienden a Richmond. La guerra, pues, consistirá desde el principio en la disputa y toma de los ríos: las ciudades del mar importan menos, a no ser que¹³⁰ como N. Or. cierran al Mis. la entrada. Los ejércitos tomarán s/ nombre de los ríos. Los caminos están marcados: Si por el mar hay q. tomar a N. Orleans y a Charleston, por tierra hay q. tomar a F. H.¹³¹ y a F. D.¹³² p^a dominar el Ten. y bajar por él hasta Alabama; hay que tomar a V.¹³³ p^a ocupar el Mis. y dividir en dos la Confederación; hay q. cruzar el Potomac y el J. p^a tomar a Richmond.

Allí los laboriosos planes, la estupefacción de los ejércitos del N., la sorpresa¹³⁴ y celos entre sus generales: Al genio solo¹³⁵ no sorprende lo¹³⁶ imprevisto, porque lo imprevisto es su dominio natural. No ven que esta es una guerra de tamaño y número que solo puede vencerse con el tamaño y con el número. Hay uno que lo ve; pero no lo dice todavía: hay uno a quien un hombre inspirado y enérgico aconseja. No se trata de vencer a un enemigo científico, sino denodado. Denuedo vence a denuedo. El Sur arremete con sus masas brillantes y desordenadas: hay que salirle al paso, si se puede, con masas mayores. Si el Norte se detiene a prepararse, el Sur se preparará también; y al cabo de la larga preparación¹³⁷ quedarán¹³⁸

¹³⁹incesantemente contra ellos, en todas estaciones; tenerlo constantemente amenazado en todas partes, p^a q. luego de defenderse en un lugar, no vaya a proteger con las mismas fuerzas otro. Ni un día sin batalla; ni un día sin un paso adelante. C/¹⁴⁰ el núcleo confederado de G.,¹⁴¹ avance Sh.¹⁴² p^{o143} de modo q. cdo. venza siga a reunirse con el grupo del este

¹²⁹ James.

¹³⁰ Tachado a continuación: «cierr[en].»

¹³¹ Fort Henry.

¹³² Fort Donelson.

¹³³ Vicksburg.

¹³⁴ A partir de aquí continúa con tinta negra.

¹³⁵ Tachado a continuación: rasgo ininteligible.

¹³⁶ La «o» escrita sobre «a».

¹³⁷ Tachado a continuación: «quedará».

¹³⁸ Aquí se interrumpe el manuscrito. Según el texto publicado, faltan varias hojas.

¹³⁹ Aquí continúa el manuscrito.

¹⁴⁰ Abreviatura que significa: «contra».

¹⁴¹ Georgia.

¹⁴² William T. Sherman.

¹⁴³ Abreviación de «pero».

s/ Lee. C/ Lee en el E., un cpo. que se le eche encima por el N., y otro que le cierre el paso por el S. Ya lo tiene Gr.¹⁴⁴ todo en su mano, y bien lo hizo entender y respetar del Srio. de la G.¹⁴⁵ antes de salir de W.¹⁴⁶ C/ Lee, pues, de todas partes, dejando spre. protegido a W. en la marcha s/ R.¹⁴⁷ —»Voy a reducirlo, a cerrarle todos los pasos; a anonadarlo a golpes repetidos; a¹⁴⁸ martillearlo». Y así va sobre Lee, de mayo de un año a junio de otro, con sus 130 000 hombres. Sentado en un leño, da al comenzar la 1ª bataª la orden de q. se pongan en marcha todos los cpos. del ejército; y en lo más recio de la pelea del Wild. en q. los gneles. desconcertados en medio de un bosque desconocido pierden 2 261 mtos. y 8 785 heridos, noticias llegan de todos los grales. de las divisiones: ¡ha comenzado la marcha q. lleva de triunfo en triunfo a Sh. hta. el mar, y a Gr. al pie de Richmond! Jamás un hombre movió tamaño ejército. Ya R.¹⁴⁹ no¹⁵⁰ estaba a su lado y el brillo de los ataques de Gr. era¹⁵¹ menor; mas no su orden, no su paciencia incontrastable, no su capacidad pª dictar cada noche desde su tienda, no spre. victoriosa, la orden del día sig^{te} pª 4¹⁵² cpos. de ejército diversos.

Gr. no peleó c/ L.¹⁵³ como Gral. q. proyecta, sino como mole q. avanza. Lee podrá salirle al paso como le sale cada vez q. intente forzarle el camino. No piensa Grant cosa que L. no le adivine; y cdo. cree haberlo burlado a L. tiene delante, pero cada vez más abatido. Oh!,¹⁵⁴ aquella guerra no tiene precedente. ¿Qué manera es aquella de hacer la guerra? Lo q. se propone Gr. hacer, lo hace. 1 vez, 10 veces, las fzas. entusiastas y valientes de L. se lo impiden; pº él tuerce la brida a su caballo y un poco más abajo del río tienta otra vez, sin volver los ojos s/ los 50 000 muertos q. en poco más de un mes deja tras¹⁵⁵ sí: y al fin, lo q. quiso hacer, lo hace.

¹⁴⁴ Ulysses S. Grant.

¹⁴⁵ Secretario de la Guerra, Edwin McMasters Stanton.

¹⁴⁶ Washington.

¹⁴⁷ Richmond.

¹⁴⁸ Tachado a continuación: «a caer ince[santemente]».

¹⁴⁹ John A. Rawlins.

¹⁵⁰ Tachado rasgo ininteligible al inicio de esta palabra.

¹⁵¹ Tachado a continuación: «mayor».

¹⁵² Tachado a continuación: «grupos».

¹⁵³ Robert E. Lee.

¹⁵⁴ Se añade coma.

¹⁵⁵ Tachado a continuación: «de».

Toda la campaña de G. c/ L. en el Pot.,¹⁵⁶ que acabó la guerra, es eso. Adelante, adelante: no batallas que brillen, sino golpes que aturden. Hoy un río y mañana otro; una trinchera hoy y otra mañana. L. se va retirando s/ R.¹⁵⁷ protegido por los atrincheramientos improvisados q. dondequiera q. acampa levanta pero cómo el Sur, descorazonado ya y despavorido, cercado por todas partes, caída ya A.¹⁵⁸ en manos de Sh.,¹⁵⁹ tomados o amenazados de cerca los 4 ferroc^l q. paran en R.,¹⁶⁰ podrá dar a su jefe que no quiere derramar sangre inútil, aquellos centenares de miles de hombres robustos y frescos que el N. determinado c/¹⁶¹ Grant a acabar de una vez le manda sin tasa. Ya está Gr. s/ Peles.¹⁶², q. cubre a R.¹⁶³ Ha perdido es verdad 100 000 muertes¹⁶⁴ en menos de un año; pero las líneas de Lee están tan mermadas, que apenas le bastan p^a centinelas. Cae s/ las últimas fortalezas de los confed. cerca de Pet.,¹⁶⁵ p^a rendir a Lee antes q. pueda reunírsele Jhon.¹⁶⁶ q. vuelve derrotado con el ejército de Ga.¹⁶⁷ Una contramarcha quiso L. hacer sobre W.¹⁶⁸ p^a sacudirse el sitio q. le sofoca: y Sheridan¹⁶⁹ q. duerme¹⁷⁰ spre. vestido con un plano en la mano,¹⁷¹ vuela a caballo donde sus tropas están ya vencidas. «No es nada : No es nada» le dice a un soldado q. acaba de recibir una bala en el cerebro: y el muerto: «No, mi general, no es nada»:— y anda!—Vuelve atrás derrotada la caballería de Lee.—5 F¹⁷² es la ul^a batalla y estaba Jef. D.¹⁷³ oyendo el servicio en una iglesia de R.¹⁷⁴ cdo.

¹⁵⁶ Potomac.

¹⁵⁷ Richmond.

¹⁵⁸ Atlanta.

¹⁵⁹ William T. Sherman. Tachado a continuación «tomados am[enazados]».

¹⁶⁰ Richmond.

¹⁶¹ Abreviación de «como».

¹⁶² Petersburg.

¹⁶³ Richmond.

¹⁶⁴ La «m» escrita sobre un rasgo que parece el comienzo de «h[ombres]».

¹⁶⁵ Petersburg.

¹⁶⁶ Joseph E. Johnston.

¹⁶⁷ Georgia.

¹⁶⁸ Washington.

¹⁶⁹ Phillip H. Sheridan.

¹⁷⁰ Esta palabra escrita encima de tachado: «duelre».

¹⁷¹ Sobre la capacidad de improvisar batallas y tomar decisiones rápidas, véase «El general Sheridan», publicado en *La Nación*, Buenos Aires, el 3 de octubre de 1888.

¹⁷² Five Forks.

¹⁷³ Jefferson Davis.

¹⁷⁴ Richmond. Esta abreviación añadida en el margen superior izquierdo.

recibió de L. la nueva de q. aquella noche debían ser evacuados R.¹⁷⁵ y P.¹⁷⁶ Y días después, el 9 de abril, iba Lee tristemente a la cabeza de sus gales., a dejar en manos de Grant que lo trató como un amigo, la espada victoriosa tantas veces, en q. no quiso Gr. poner las manos. Artes de guerra no quiso Gr.; ni parece en verdad q. en ataques q. requerían concepción y brillo tuviese muchos; p^o no iba él a hacer guerra de libro, sino a ahorrar gente, a acabar pronto, a exterminar el poder militar del Sur.— Carnicero le decían porque veía caer¹⁷⁷ decenas de miles de soldados sin retirarse de sus posiciones, a lo q. él alegaba q. con prolongar la campaña por esos miramientos se perderían al fin más hombres. Vio q. dejando caer su fuerza enorme s/ el enemigo debilitado podría extinguirlo: y la dejó caer. ¿El objeto de la guerra es pelear brillantemente o¹⁷⁸ vencer al enemigo? Él era de instrucción pobre, escaso en la inventiva, en la concepción lento; pero vio el gran hecho, las grandes líneas de la masa, las causas de la fuerza del enemigo, las novedades que exigía una guerra nunca vista, y la exterminó conforme a ellas, sin más objeto que entregar a la Unión al rebelde p^a spre. abatido, sin que jamás manchase su triunfo un acto de inclemencia o injusticia. Parecía él en Appomattox y no L. el vencido, por lo modesto del¹⁷⁹ traje y la apostura, y por lo humilde del habla y la expresión. Ajustó la paz como había conducido la guerra sin entusiasmo y sin ira.— Él entreveía lo que había hecho; p^o en su arrogancia, no desenvuelta todavía, solo vio entonces que hizo lo q. se había propuesto hacer.—Verdad q. en el prin^{io} de la guerra tuvo de consej. a R.,¹⁸⁰ que para él meditaba, abatía intrigas, disponía planes de conducta y refería batallas. Verdad q. ya por el buen consejo de R. o por el propio, se rodeó, no bien tuvo el ejército en s/ manos, de hombres de carácter natural como el suyo, q. a la intriga debían poco y la abominaban, y se reunían en él por el respeto a sus méritos y su odio a ella; verdad que tuvo en W.¹⁸¹ a L.¹⁸² carácter más q. otro alg^o¹⁸³ nacido de la Nat^a, a quien le gustaba el hombre, por lo q. se puso spre. entre él y los generales celosos y gente de política, que sin su

¹⁷⁵ Richmond.

¹⁷⁶ Petersburg.

¹⁷⁷ Esta palabra escrita encima de, tachado: «morir».

¹⁷⁸ Tachado a continuación: «tr[unfar]».

¹⁷⁹ Tachado a continuación: «tra[je]».

¹⁸⁰ John A. Rawlins.

¹⁸¹ Washington.

¹⁸² Abraham Lincoln.

¹⁸³ Abreviación de «alguno».

influjo, sin mirar por la patria le hubiesen sacado del mando; verdad q. tuvo detrás de sí, supliendo sus filas con una abundancia y determⁿ¹⁸⁴ paupérrimas¹⁸⁵ al tamaño de la lucha, un pueblo de su mismo origen y tendencias que en aquel hombre que adelantaba y arrollaba reconocía con placer su propio espíritu; verdad, que como apuntan sus más benévolos biógrafos,¹⁸⁶ mucho hizo la fortuna por aquel que no spre. previó cto. debía, ni ahorró la sangre que debió ahorrar, ni dejó de reparar nunca sus omisiones y torpezas con el triunfo a costa a veces de horrendos sacrificios.—

Pero mirando en aquella asombrosa guerra con el superior sentido que el íntimo conocimiento de ella crea, nada sobrenatural se nota en ella, sino una de las expresiones humanas más espontáneas y completas, la más acabada y artística acaso, con el gran arte de las cosas universales, de ctas. hasta hoy conoce el hombre; por cto. estuvieren en ella en perfecta analogía, desenvueltos pujantemente al calor de una libertad ilimitada, los elementos del acto con sus agentes y sus métodos. Los hechos legítimamente¹⁸⁷ históricos son tales que, cada uno en sí, a más de reflejar en todo la naturaleza humana, reflejan¹⁸⁸ especialmente los¹⁸⁹ caracteres de la época y la nación en q. se producen,¹⁹⁰ y dejan de ser fecundos, y aun grandiosos, en cto. se apartan de su nación y de su época. Ni hombres ni hechos derivan grandeza permanente sino de su asimilación con una época o con una nación. En su determinación cauta y prudente; en la súbita y pasmosa creación de sus ejércitos;¹⁹¹ en el carácter de hecho que distingue a los que en ellos llegaron a señalarse, tanto por él como por su falta de carácter de ciencia; en la manera desordenada primero, científica apenas, y ciega y brutal luego de mover la guerra; en la magnanimidad misma de su caudillo durante lo más ardiente de la pelea y en la hora de la más cruenta victoria,¹⁹² ni un punto cesó de

¹⁸⁴ Abreviación de «determinación».

¹⁸⁵ Lección dudosa.

¹⁸⁶ El adjetivo «benévolo» pudiera referirse a los autores y textos siguientes, caracterizados por sus alabanzas a Grant: James Grant Wilson, *The life and campaigns of Ulysses Simpson Grant, General-in-Chief of the United States Army* (New York, Roberts M. de Witt, Publishers [1868]); Emma E. Brown, *Life of Ulysses Simpson Grant* (Boston, D. Lothrop and Company, 1885).

¹⁸⁷ Las sílabas «mente» añadidas al final de esta palabra.

¹⁸⁸ La «n» añadida.

¹⁸⁹ Las letras «os» escritas sobre «a».

¹⁹⁰ La «n» añadida.

¹⁹¹ Coma en el manuscrito.

¹⁹² Se añade coma.

haber analogía absoluta, que oscureció todas las tentativas y elementos exóticos o innaturales, entre la manera de formación, el espíritu y los métodos del N. y la man^{a193} de forma^{cn} el espíritu y los métodos de la guerra. País súbito, de costumbres mercantiles y tolerantes, y de colosal tamaño, produjo naturalmente una guerra súbita, en que el conflicto, creado más por un propósito humanitario q. por el desagrado de política interior q. influyó en él, vino a verse y terminarse como una mera cuestión de interés público, y atacarse con los recursos enormes consiguientes a la magnitud de la empresa y de sus mantenedores, mas sin aquella crueldad frecuente todavía en los pueblos más literarios y artísticos, que no se deben aún al¹⁹⁴ beneficio de la práctica ordenada y constante del libre albedrío,— que agranda y fortifica los caracteres. Enorme, improvisada, inculta, original y generosa fue la guerra del N., como era por entonces el pueblo que la hizo, y el caudillo que le dio su espíritu, natural e ingenuo,¹⁹⁵ y expelió de ella el espíritu académico exótico, nació como su pueblo de la pobreza y de las privaciones; dio como su pueblo más tpo. y afición al trabajo fecundo y directo que al débil y secundario trabajo de los libros; sustituyó a las ideas convencionales¹⁹⁶ e importadas, [por] las¹⁹⁷ ideas nuevas que le iba sugiriendo en campo virgen y condiciones locales¹⁹⁸ la Naturaleza; y siempre como su pueblo arremetió con todo su tamaño, firme e incontrastable como los montes, s/ el objeto de su deseo.

También, como su pueblo, y mucho más que él, corrompió con malas prácticas políticas su gloria.—De sí mismo había llegado desde los quehaceres de la curtiembre, a honores tales que para darles forma propia, creó el Congreso el título de general, que W.¹⁹⁹ mismo no tuvo en los E. U.— Amor no era aquello sino como una especie de frenesí, y se vio un hombre a quien cada uno de sus conciudadanos veía como señor²⁰⁰ de su casa y salvador de ella, con lo que se acumuló en torno suyo tal afecto que los errores más grandes le fueron luego en virtud de él, condonados, y parecía como que su pueblo mismo le invitaba a

¹⁹³ Abreviación de «manera».

¹⁹⁴ En el manuscrito, al parecer por *lapsus* «el».

¹⁹⁵ Esta palabra y las dos anteriores añadidas encima de la línea.

¹⁹⁶ La sílaba «ven» escrita sobre «di».

¹⁹⁷ Tachado a continuación: «ab».

¹⁹⁸ Tachado a continuación: «n[aturales]».

¹⁹⁹ George Washington.

²⁰⁰ Esta palabra escrita encima de tachado: «miembro».

errar, p^a tener el placer de perdonarlo. No tenía aquel viril desamor de los presentes, que ha de ser cualidad del hombre público, a bien que hubiera sido difícil rechazarlos, cdo. de todas partes de la nación se le entraban en brazos del cariño. Ciudadanos y ciudades competían en regalos y dádivas al Salvador de la Unión: 100 000 le regaló N.Y.²⁰¹ Ph.²⁰² le dio 30 000; Gal.²⁰³ le regaló una casa lindamente amueblada; B.²⁰⁴ se la llenó de libros; salió la nación entera por dondequiera que iba, a regarle el camino de rosas. Y como en la guerra, cdo. se querían valer de él p^a candidato político c/ L.,²⁰⁵ dijo que en política solo quería ser *Mayor* de su ciudad, p^a componer la acera q. iba de la estación a su casa, el pueblo todo de Galena fue a recibirlo a la estación, y lo llevó a su casa nueva arrebatado de entusiasmo por la acera compuesta.

No conociera al²⁰⁶ silencioso paseante de hacía 5 años el que le imaginase con aquellas tranquilas honras satisfecho. El carácter en la paz es más difícil que la fortuna en la guerra. Aquel poder comprimido; aquella sofrenada actividad; aquella personalidad concentrada; aquel rencor confuso contra la fortuna que se la desconocía, o los que ayudaron, con voluntad o sin ella, a la mala obra de la fortuna, habían hallado ahora campo espacioso y natural empleo. No era propia para reposo alguno aquella naturaleza violenta y expansiva, no en el hablar por cierto, no en el hablar por cierto en que en guerra y en paz fue spre. excesivamente parco con los q. no gozaban de su confianza íntima; sino en la acción, a que necesitaba dar constantemente empleo de ocupación y conquista. Ya la política no le era desagradable, puesto que él no tenía que ir a ella, lo cual no estaba en su naturaleza, sino que venía a solicitarlo a su puerta, ya con el P.J.²⁰⁷ p^a q.²⁰⁸ ordenase todo aquel aparato de guerra que había estado en sus manos y padecía de gentes rapaces, ya con republicanos y democr., q.²⁰⁹ a una se propusieron valerse de su prestigio p^a ganar la elección presidencial entonces próxima. Sirvió a J.²¹⁰ de ministro, luego

²⁰¹ Nueva York.

²⁰² Philadelphia.

²⁰³ Galena.

²⁰⁴ Boston.

²⁰⁵ Abraham Lincoln.

²⁰⁶ En esta palabra, la «a» escrita sobre «e».

²⁰⁷ Presidente Johnson. Andrew Johnson.

²⁰⁸ Tachado a continuación: «or[denase]».

²⁰⁹ Tachado a continuación: «en».

²¹⁰ Andrew Johnson.

de asesinado aquel a quien no excederá nunca la admiración del hombre, hasta que el Sen. desaprobó la opinión²¹¹ de J. s/ su facultad de proveer empleos; y como con esta muestra de respeto al cpo. gobernante hermo­seó su gloria, sometiéndose a la expresión de la voluntad pública por su órgano legítimo fue incontrastable su candidatura cdo., ganando la mano a los demócratas de quienes no se duda la hubiese aceptado, se la propuso el agudo político Th. W.,²¹² de p^a²¹³ noticia en un almuerzo, porque, «muerto L.²¹⁴ el único modo de exterminar el espíritu de secesión era poner en el gobierno de la Unión al que acababa de salvarla con su espada».—Y P. fue, como candidato de los rep.—el q. en la el. ant^r²¹⁵ a la q. provocó la guerra,²¹⁶ había votado por el demócrata q. hizo²¹⁷ menos por alejarla del país—por Buchanan.

¿Quién es ese hombre extraño, desigual,²¹⁸ impaciente, ignorante de las más elementales leyes de la Rep. y cortesías y agradecimientos de gobierno; desconocedor absoluto de los límites q. señalan en la presidencia de un país los derechos personales del gobernante y su autoridad pública, incapaz de entender la²¹⁹ relación indispensable en que han de estar los empleos nacionales y los individuos nombrados p^a desempeñarlos:²²⁰ persona desafiadora y excesiva q. pone en la administración de un país celoso de su libertad y²²¹ respeto todo el garbo y desembarazo malhumorado que permiten y aun exigen, en su objeto y constitución especiales, las prácticas de la guerra? Grant es ese, que se ha traído las botas de campaña²²² a la Casa Blanca, y yerra.

No hay faena más complicada y sutil q. la del Gob^{no} ni²²³ cosa que requiera más práctica del mundo, sumisión y ciencia: No basta el mero instinto; sino el conocimiento, o el genio del detalle, pues²²⁴ genio es

²¹¹ Esta palabra escrita encima de, tachado: «conducta».

²¹² Tachado a continuación: «en». Por *lapsus*, también tachada la «W». Thurlow Weed.

²¹³ Abreviación de «primera».

²¹⁴ Abraham Lincoln.

²¹⁵ Abreviación de «elección anterior».

²¹⁶ Tachado a continuación: «p».

²¹⁷ Tachado a continuación: «más».

²¹⁸ Tachado a continuación: «ignorante de».

²¹⁹ Tachada «s» al final de esta palabra.

²²⁰ Tachado a continuación: «¿q[ue] que».

²²¹ Esta palabra y la anterior añadidas encima de la línea.

²²² Tachado a continuación: «y».

²²³ Tachado a continuación: «que se».

²²⁴ Tachado a continuación: «es el g[enio]».

conocimiento acumulado. Por toda suerte de condiciones habrá sido útil pasar p^a ser benigno y justo, según²²⁵ diferentes normas, con los hombres de todas condiciones. Han de tenerse en grado igual y sumo la conciencia del derecho propio y el respeto al²²⁶ ajeno; y de este se ha de tener un sentimiento más delicado y vivo que de aquel, porque de su abuso puede solo venir debilidad, y del de aquel puede caerse en despotismo. Fuera de pensamiento está q. el goberñ. no viene a la Pa^{a227} p^a crear con los dineros de la Nación beneficios a sus relacionados y clientes, ni para dar a su pueblo la forma q. le place o adormecer con el desuso o la aplicación equivocada el espíritu de sus leyes; sino para goberñar conforme a virtud, por medio de las leyes q. le da su pueblo hechas, con la facultad del consejo y el ejemplo, sin tomar para sí y los suyos lo que la nación le²²⁸ entrega en custodia y depósito. Obediencia es el gobierno.

Todo lo que vive, se expresa. Lo que se contiene, se desborda. Asomémonos a ese carácter. Que tenía persona, bien se ha visto en la guerra. Se completaban sus cualidades buenas, o se disimulaban las malas con las de juicio, prudencia o elocuencia de otros; pero de todos ellos se desentendía, y sobre todos ellos obraba, y libremente tomaba y rechazaba de ellos lo q. le parecía acertado, tanto que no bien se vio un tanto²²⁹ libre de aquel excelente R.,²³⁰ q. ya después de Chat.²³¹ le pesaba, porque sin querer le echaba en cara con sus cualidades altas y finas las que él no tenía, su persona se afirma de un modo considerable, manda incesantemente, sin alarde ni esfuerzo, cual si le fuera cosa propia; ni pide ni oye consejo; como si se quisiese probar que no lo necesita,²³² y como en una guerra en q. ha concebido la idea eficaz y simple de vencer por el n^o, le proporcionan todo el n^o q. necesita, y vence, se complace y admira²³³ a sí propio, y no extraña que le comparen a los capitanes más grandes de todos los siglos y lo²³⁴ pongan a veces por sobre todos ellos: ¿quién mandó más soldados? quién venció con menos idea ajena a tal

²²⁵ Esta palabra escrita encima de tachado: «con».

²²⁶ Tachado a continuación «derecho».

²²⁷ Abreviación de «Presidencia».

²²⁸ Tachado a continuación: «da».

²²⁹ Esta palabra y la anterior añadidas encima de la línea.

²³⁰ John A. Rawlins.

²³¹ Chattanooga.

²³² Tachado a continuación: rasgo ininteligible.

²³³ Tachado a continuación: «en».

²³⁴ En el manuscrito «s» al final de esta palabra.

enemigo? quién produjo con sus guerras de un lado a tantos hombres libres, y un pueblo tan próspero de otro? —Y por toda la guerra, q.²³⁵ en alg^s incidentes se lo confirma, ha venido temiendo y murmurando, con razón sobrada, mas sin el espíritu de justicia que la completa, de los de W., de los q. son injustos p^a con el soldado de pelea, de los soldados de escuela q. se confabulan con los políticos de oficio, de «los políticos». No ve que Lincoln «es un político»; para él son «políticos» los que quieren ponerle encima a Rosecrans²³⁶ y a McClellan.²³⁷ Sher.²³⁸ también, q. ama la just^a con pasión y viene como G²³⁹ de la Nat^a le estimula ese horror de los q. dan puestos de preferencia a los q. no los merecen. Durante la guerra, cdo. pasa por W.²⁴⁰ sale como de ascuas encendidas. «No; lo que es esta vez, el G. en J.²⁴¹ mandará en la guerra».²⁴² En la guerra, manda sin soportar contradicción. Mucho ha de querer a quien se la²⁴³ soporte. Poco a poco, los que le rodean, necesitados de su gracia, se hacen una ley de no contradecirle.

Rawlins²⁴⁴ sí le contradecía pero lo que ya al fin le irritaba. Impuesta la paz, no cesa de oír, con la conciencia de que las merece, alabanzas que las que oyó jamás hombre alguno, tributadas sin descanso por el pueblo más grande en la paz y generoso en la guerra que habilita²⁴⁵ en su tiempo el Universo. Éntrase²⁴⁶ pues en la Presidencia de la República, el sumo puesto político con estos elementos:—abominación de la política y rencor acumulado contra los que la representan; complacencia excesiva en su personalidad y hábito y deseo de expansión, conquista y marcha; costumbre de mando absoluto y carencia completa del hábito de obedecer; desdén de toda ley minuciosa y progresiva, y carrera súbita hecha fuera de la práctica natural y ordenada de las leyes, hábito de verlo todo

²³⁵ Tachado a continuación: «con».

²³⁶ William S. Rosecranz.

²³⁷ George B. McClellan.

²³⁸ William T. Sherman.

²³⁹ Ulysses S. Grant.

²⁴⁰ Washington.

²⁴¹ Abreviación de «General en Jefe».

²⁴² Tachado a continuación: «W. no ha».

²⁴³ Tachado a continuación: «imp».

²⁴⁴ En el manuscrito: «Rawlnis». Con esta palabra que da inicio a una nueva página, cambian tanto los rasgos, que no parece escrito por Martí, como el punto de la pluma utilizada. Sin embargo, el texto sigue cercanamente el publicado en *La Nación*, Buenos Aires. Ahora son hojas lisas.

²⁴⁵ Así en el manuscrito. En LN: «habita».

²⁴⁶ En el manuscrito: «Éntrece».

partir de sí, y realizarse por su voluntad y conforme a ella. Este es el hombre del instinto, que por exceso de persona o apego a la Naturaleza, q^{e247} puede provenir de sinceridad o de crudez; se niega a beneficiarse con los resultados civilizadores del trabajo del hombre, y llevado por su fuerza natural afortunadamente servida por la fortuna, a los quehaceres complejos del Gobierno, que incluyen en ejercicio minucioso²⁴⁸ y activo los resultados y averiguaciones²⁴⁹ más perfectas de la cultura humana, se despedaza contra ella, ya que en un país habituado a ejercitarse y más fuerte que él no puede despedazarla. Otros caracteres hay, entre esos primarios²⁵⁰ y originales nacidos derechamente o con pocas trabas de la Naturaleza, que no traen de ella solo fuerza, como el de Grant,²⁵¹ y cierta generosidad que viene siempre con la fuerza verdadera, sino que como el de Lincoln,²⁵² como el de Garfield,²⁵³ como el de Rawlins mismo, traen con la fuerza, constituyendo un grado superior en los caracteres primarios, la intelectualidad y la hermosura, y de ellas la capacidad y la necesidad de asimilarse el resultado entero del trabajo humano. Así la grandeza final, que es en estos superiores caracteres consecuencia forzosa de la unión de los méritos comunes a una voluntad desusada y tenaz, es meramente casual en los caracteres de fuerza, y, ciega como ella, necesitando de condiciones adventicias e independientes del carácter del²⁵⁴ individuo para producir toda su cualidad saliente. Pensar²⁵⁵ en sí es del hombre, y su existencia inevitable y encarnizadamente se le impone; mas en unos se desenvuelve el pensamiento en sí, a poco que justifique su persona la fortuna, con tenacidad y plenitud odiosas, q. en la esfera de la vida común engendran²⁵⁶ los egoístas, y en la esfera del Gob^{no} produce los déspotas; y²⁵⁷ otros se miran en sí como una palabra q. tienen q. comunicar, o una indignación q. tienen que cumplir, o una caridad q. tienen q. hacer, y dirigen su vida con el segundo pensamiento en sí y el primero y dominante con el beneficio humano a que han

²⁴⁷ Esta abreviatura añadida encima de la línea.

²⁴⁸ En el manuscrito: «minusioso».

²⁴⁹ En el manuscrito: «averiguaciones».

²⁵⁰ Esta palabra, añadida en un espacio en blanco, con letra evidentemente de Martí.

²⁵¹ En el manuscrito: «Grand».

²⁵² Se añade coma.

²⁵³ James A. Garfield. Se añade coma.

²⁵⁴ En el manuscrito: «de».

²⁵⁵ En lo adelante el manuscrito continúa con letra de Martí.

²⁵⁶ La primera «e» escrita sobre «de».

²⁵⁷ Desde aquí en hojas rayadas.

venido, padeciendo ásperamente, como de un delito, mientras no han sacado su elocuencia, su ternura o su energía afuera.—

Mas, aun cuando no sean los caracteres primarios desinteresados, una especie de parentesco de originalidad les atrae y relaciona más directamente con los que lo son que con los caracteres comunes; y aunque suelen odiar, y por todos los medios combatir, a los que llevando en sí embellecida la fuerza, en su superior forma de acción práctica,²⁵⁸ con la intelectualidad y la hermosura²⁵⁹ abominan y fustigan como irregularidad monstruosa los caracteres de fuerza mera, tienen sin embargo cierta venturosa capacidad de la grandeza propia y consciente que en lo más de la vida parece estarles negada; y a poco que el roce con los caracteres desinteresados o con alguna condición favorable lo estimule, la grandeza intelectual y espiritual, rudimentaria y opaca en ellos, se abre paso, como si fuese la simple energía,²⁶⁰ el huevo rudo cuya existencia preside en grado a la inteligencia y la belleza, y las carreras de fuerza se iluminan con la luz suave²⁶¹ y fresca, que dejan tras de sí, esclareciendo y ensanchándose, los hombres de bondad y de propósito.

Y qué país entraba Gr.²⁶² a gobernar con aquel desdén de los demás, costumbre de sí, y pensam^{to} voluntarioso a q. se había habituado en los hechos simples y rudos de la guerra! Un país en peligro, ciertamente, donde la conciencia de la fuerza y el apetito de la fortuna tienen en²⁶³ riesgo el decoro nacional, la independencia de los pueblos vecinos, y la del mismo espíritu humano acaso; pero grandioso²⁶⁴ país a pesar de eso donde el hombre se elabora y ejercita sin más traba ni límite que los naturales que le impone la vecindad de los demás hombres, donde²⁶⁵ acababa de darse el espectáculo sublime de una nación pacífica exaltada hasta la guerra tremenda por²⁶⁶ su conciencia del decoro humano; donde a los mismos ojos de Grant habían desfilado camino de sus hogares en las calles de W.²⁶⁷ con las banderas desgarradas, los vestidos maltrechos

²⁵⁸ Lección dudosa.

²⁵⁹ Tachada coma al final de esta palabra.

²⁶⁰ Se añade coma.

²⁶¹ Tachado a continuación: «penetrante», sin tachar la coma en «suave», al parecer por *lapsus*.

²⁶² Ulysses S. Grant.

²⁶³ Esta palabra añadida debajo de, tachado: «en».

²⁶⁴ Tachado a continuación: «a».

²⁶⁵ Tachado a continuación: «aba».

²⁶⁶ Tachado a continuación: «el amor omnipotente a la libertad del prójimo». Sin tachar «él», al parecer por *lapsus*.

²⁶⁷ Washington.

y los miembros rotos, 250 000 hombres en masa, resplandecientes aún de la victoria; un país de pregunta y respuesta, donde a todo hombre se pone desnudo y se le mira del revés, y a cada acto se lo ve en la entraña, y si no sale puro, se le quiebra; un país de «junta de oraciones», de *prayer meeting*,²⁶⁸ donde en las salas de las iglesias aprenden hombres y mujeres a usar de su palabra revelando en voz alta sus pecados, denunciando los del vecino, y pidiendo al pastor que les explique sus dudas s/ el dogma; un país de periódico vivo, donde cada interés, no bien asoma, ya tiene su diario, y en él acceso todos los interesados en común, de modo que no hay injuria o sospecha sin voz, y prensa que lo publique y tribunal dispuesto a censurarla: un país prendado,²⁶⁹ sí, de aquel hombre marcial, terco y acometedor como él,²⁷⁰ que había quebrantado a sus rivales y abierto vías a la prosperidad mayor que la historia escrita recuerda en los siglos, de la que ya gozaban; pº un país que, por encima de todo, al que le escatima o amenaza su dro.²⁷¹ lo denuncia, y lo vuelca.

De modo q. fue penosa, en su arranque y en las composiciones y atentados que le siguieron, la vida política con que deslució Gr. sus magnánimos actos en la guerra.

Desde el principio,²⁷² obra creyendo q. hace muy bien conforme a su²⁷³

²⁷⁴contradicción y sirven con exceso sus deseos originales, autocráticos, cuando no atentatorios, o aquellos de sus lisonjeadores poderosos que se valen de él para²⁷⁵ abatir a sus adversarios políticos en el Norte, o constituir en capital permanente del poder, y de las elecciones que lo aseguran, el temor del N. al renacim^{to} de la guerra en el Sur: y hasta su natural magnanimidad con los rebeldes, q. en nadie hubiera sido mayor, se la envenenan, pintándole como desagradecimiento del Sur la resistencia legítima de los estados vencidos a ser tratados con abuso por los empleados del N. Hábilmente azuzados su hábito del mando y su falta de costumbre de oír y obedecer, va hasta a prohijar un plan inicuo, que a tiempo se descubre e inutiliza, de amordazar la prensa libre que lo

²⁶⁸ Se añade coma.

²⁶⁹ Esta palabra escrita debajo de, tachado: «enloquecido, [rasgo ininteligible]».

²⁷⁰ Se añade coma.

²⁷¹ Abreviación de «derecho».

²⁷² Tachado a continuación: «ejercita».

²⁷³ Aquí se interrumpe el manuscrito. Según el texto publicado, faltan varias hojas.

²⁷⁴ Aquí comienza de nuevo el manuscrito.

²⁷⁵ Tachado a continuación: «inflar empresas impuras, o acaparar».

censura, instituyendo en W. un tribunal especial de jueces manejables que conozcan de los delitos de la prensa política en toda la Nación.

Estimulado en su necesidad de expansión y marcha, y en acuerdo con su desconocimiento del espíritu y forma de las leyes, manda a su Secro^o privado,²⁷⁶ so pretexto de reconocer la bahía de Samaná, a celebrar sin intervención de la autoridad diplomática legítima, un tratado de anexión²⁷⁷ con el gob^{no} de Sto. Do., contra el q. Sumner²⁷⁸ en el Sen. protesta con indignación, tanto por la violenta manera con que en él aparece sometido a la voluntad de un deseador poderoso un pueblo débil, como por el peligro que corren las instituciones republicanas con un gobernante que usurpa a la nación sus facultades legítimas, y para obtener el reconocimto. de su usurpación en el Senado y en la C. de R.²⁷⁹ entra en²⁸⁰

El q. se aferra a la grandeza es menos grande que el q. la ahorra. Hay mucho de pequeño en el q. sacrifica una sola victoria,²⁸¹ un solo escrúpulo a la pasión²⁸² de la grandeza.

La caballería es la poesía de la guerra.²⁸³

²⁸⁴[inaudi]ta torpeza en la elección de hombres maculados, oscuros o incapaces para los destinos de más momento y representación de la República,²⁸⁵ aquellas desconcertadas tentativas,²⁸⁶ acentuadas más que desmentidas en la carta en que se vio obligado a dar cuenta de ellas,²⁸⁷ hacia el aseguramiento de un poder a cuya permanencia a²⁸⁸ toda²⁸⁹

²⁷⁶ Orville E. Babcock.

²⁷⁶ No fue aprobado por el Senado de Estados Unidos.

²⁷⁷ Charles Sumner.

²⁷⁸ Cámara de Representantes.

²⁷⁹ Aquí se interrumpe el texto y continúa, en la misma página, con otro párrafo independiente, que no se corresponde con la versión publicada en LN. Al parecer, se trata de un apunte suelto.

²⁸⁰ Lección dudosa. Tachado a continuación: «a la». Se añade coma.

²⁸¹ Lección dudosa.

²⁸² Aquí termina el párrafo independiente. Se añade punto.

²⁸³ Aquí comienza de nuevo el manuscrito: «[inaudi]ta.» Hay variación en el punto de la pluma y en los rasgos, que no son de Martí, excepto en algunas palabras añadidas. Ahora la hoja es lisa.

²⁸⁴ Se añade coma.

²⁸⁵ Se añade coma.

²⁸⁶ Se añade coma.

²⁸⁷ Esta palabra añadida encima de la línea con rasgos de la escritura martiana.

²⁸⁸ La sílaba «da» escrita sobre «dos».

luz²⁹⁰ tendían los consejeros íntimos del deslucido Presidente; por más que se excusasen su silencio descortés, su desagrado manifiesto de oír las opiniones propias de sus Secretarios oficiales, su determinación de hacer acatar en torno suyo sin resistencia su voluntad, inspirada y original,²⁹¹ en los asuntos públicos, con aquella severa cortesanía que se notaba en sus modales y en sus expresiones,²⁹² aquella humilde manera suya para con sus subordinados, aquella modestia de su persona exterior que en él como en tantos otros, parecía en realidad no ser más que hábil cobertor²⁹³ de las inmodestias temibles de adentro,—ello fue que ni todo el brillo de su viaje ostentoso alrededor del mundo, en que la grandeza de su pueblo fue reconocida y festejada en su persona pudo²⁹⁴

²⁹⁵verdaderas Repúblicas el que no se prevale de los servicios prestados para sobreponerse a ellas.

Pero vino a la postre su enfermedad a cerrar de luminosa y singular manera aquella vida, ora brillante, culpable ora, que fue de propia fuerza y por la magnitud de sus servicios innegable y definitivamente ilustre. A otros parecerá término apropiado de aquella existencia, que mantuvo sin crueldad la obra política más grande imaginada por los hombres, el funeral pomposo que desde su casa mortuoria le vino haciendo su nación hasta su sepultura²⁹⁶ en Riverside, sobre la q. extiende ahora sus ramas un retoño de la enredadera de la que fue²⁹⁷ tumba de Nap.²⁹⁸ en Sta. El.²⁹⁹ —Les parecerá término bueno de aquella fecunda vida el tren de luto que bajaba, sacudiendo al aire lluvioso sus cortinas negras, de la altiva montaña; la procesión de la milicia neoyorquina, que acompañó, poco después de una tempestad, su cadáver de la estación del camino de hierro al vestíbulo de la C. de A.³⁰⁰ convertida en cripta fúnebre; el cortejo interminable, el cortejo incansable de hombres y mujeres, de negros, de blancos, de artesanos q. volvían de su labor, de soldados q.

²⁸⁹ Esta palabra añadida encima de la línea con rasgos de la escritura martiana.

²⁹⁰ Se añade coma.

²⁹¹ Antes de la coma, tachado: «públicas».

²⁹² Esta palabra añadida encima de la línea.

²⁹³ Aquí se interrumpe el manuscrito. Según el texto publicado, faltan varias hojas.

²⁹⁴ Aquí comienza de nuevo el manuscrito, en una hoja rayada.

²⁹⁵ Esta palabra escrita encima de, tachado: «tumba».

²⁹⁶ Añadido un rasgo al final de esta palabra que parece una «l.» Tachado a continuación: «tu».

²⁹⁷ Napoleón I.

²⁹⁸ Santa Elena.

²⁹⁹ Casa de Ayuntamiento.

habían peleado en sus filas, de fruteras q. venían a la ciudad como de fiesta, de curiosos de todas las naciones, que en dos días y dos noches no se depletó³⁰¹ un instante, a lo largo de una milla de la Casa Municipal p^a venir a ver su cuerpo; el día en suma, del solemne entierro, declarado día de plegaria p^a toda la Nación en q. el enorme catafalco q. llevó sus restos a la fosa, tirado por veinticuatro caballos negros, con negros palafreneros, paseó las calles enlutadas de N. Y.³⁰² henchidas de gente, que desde la madrugada anterior esperaba acurrucada en los quicios, colgada en los aleros, montada en los postes de telégrafo, apiñada en balcones pagados a alto precio, para ver pasar al Gral. Hancock³⁰³ con su estado mayor de generales, y³⁰⁴ uno del Sur³⁰⁵ entre ellos; a tanto apuesto regim^{to} de milicias; al batallón de Va,³⁰⁶ acorralado por Gr. en la guerra, a los que lo acorralaron a las ord. de Gr.; al muerto ante quien todas las cabezas quedaban descubiertas; y al Presidente de la Rep.³⁰⁷ en un coche con 6 caballos.³⁰⁸

[Mf. en CEM]

³⁰¹ Neologismo derivado del inglés *deplet*; mermar, disminuir.

³⁰² Nueva York.

³⁰³ Winfield S. Hancock. Tachado a continuación: «al G[eneral]».

³⁰⁴ Tachado a continuación: «a».

³⁰⁵ Fitzhugh Lee.

³⁰⁶ Virginia.

³⁰⁷ Stephen G. Cleveland.

³⁰⁸ Aquí se interrumpe el manuscrito.

CARTAS DE MARTÍ

Los indios, los soldados y los agentes del gobierno en el territorio indio.—«El caballo de hierro» y el «gran padre».—Abusos de los agentes.—Cómo los trata Cleveland.¹—Mozos y viejos.—Cleveland.—Cleveland y Grant.²—Análisis de la política interior.—Continúa la batalla de los empleos.—Demócratas contra demócratas, y Vicepresidente contra Presidente.—No basta haber sido soldado para ser empleado.—Los empleos han de proveerse por oposición, conforme a la ley.—El gobierno mantiene su programa.

New York, agosto de 1885.

Señor Director³ de *La Nación*:

Sola y abandonada a su desdicha, acurrucada junto a sus caciques canosos, con los ojos puestos en sus *ponies*⁴ y en los pies los bordados mocasines, determinan las tribus indias, agasajadas por los emisarios de Cleveland, no mover la guerra a que les compelián el abuso y maldad de los agentes del gobierno en el territorio indígena. Porque no los miran, cual debieran los agentes, como a una raza rudimentaria y simpática, estancada en flor por el choque súbito con la acumulada civilización de los europeos de América; sino que los tienen como a bestias; y los odian; y se gozan en envilecerlos para alegrar después que son viles. Ellos tienen sus sabios; sus grandes caudillos; sus diplomáticos cuerdos; ellos son como pájaros graciosos, irisado el plumaje, húmedos todavía del redaño de la naturaleza. Piden con moderación; sufren con paciencia; aconsejan con juicio; pelean con bravura. Pero acá *rum*⁵ y allá hambre, acá prisión y allá castigo, ¿cómo ha de acallar el indio el odio natural al que le robó su tierra so capa⁶ de contrato, y lo embrutece y denigra? Madrigueras son esas agencias. Las bondades del Congreso, que para los indios son grandes, no les llegan. Si son de cariño y miramiento, jamás. Si de dinero o raciones, más de la mitad queda en las manos de

¹ Stephen G. Cleveland.

² Ulysses S. Grant.

³ Bartolomé Mitre Vedia.

⁴ Siempre en inglés; ponis.

⁵ En inglés; ron.

⁶ Errata en LN: «capo».

los encargados de distribuirlos. Los viejos con su manto crestado y su rostro real, suelen montarse en «el caballo de hierro» y venir a exponer elocuentemente sus quejas al «gran padre». Y si «el gran padre» tarda en recibirlos, suelen ponerse en pie, mostrando descontento, y dar a entender que no les place la descortesía. Ahora se ha descubierto que los agentes habían forzado a los indios a alquilar, por precios nominales, sus mejores tierras de pasto a ganaderos del Oeste; habían respondido a sus quejas con privaciones del dinero y alimento que sus tratados con el gobierno les aseguraron; habían mermado sin vergüenza la ración de comida y vestido de los indios; habían cobrado al gobierno por años enteros, donde no había más que 2 000 cheyenes, raciones para 4 000 y todo como para ellos. Allí donde el agente es bueno, el indio es manso. El soldado, que pelea con ellos *pony* contra *pony* y los respeta como a enemigo, los trata cual siempre trata un combatiente a otro, aunque de bando opuesto. La muerte y el valor los fraternizan. El soldado trata al indio con cariño:—pues en astucia, en resistencia, en sobriedad, en atrevimiento, en decoro, ¿quién iguala al indio? Los civiles no: los civiles lo odian. Aceptan un puesto en la agencia, porque es pingüe, y ya se ve cómo un agente se come las raciones de dos mil indios: pero lo odia, por esa conciencia brutal de la espalda ancha, que mira con desdén la espalda estrecha; por esa insolente primacía de los rostros rosados, que se ofende de la vivacidad de la gente olivácea, y de su esbeltez y ligereza; y por la obligación misma de vivir entre los indios, los odian. Cleveland ha hecho llegar hasta los cheyenes,⁷ por detrás de los montes los soldados necesarios para impedir su revuelta, y frente a frente, con la mano tendida, la cordial voluntad de mantenerlos libres, bien racionados, sin contratos forzosos que les quiten sus pastos, con médico y con escuela. A un vil se le conoce en que abusa de los débiles. Los débiles deben ser como los locos eran para los griegos: sagrados.

Da prenda de infamia el hombre que se goza en abatir a otro. Tiene su aristocracia el espíritu: y la forman aquellos que se regocijan con el crecimiento y afirmación del hombre. El género humano no tiene más que una mejilla: ¡dondequiera que un hombre recibe un golpe en su mejilla. todos los demás hombres lo reciben!

Quedan quietos ahora los cheyenes: los mozos quieren guerra, y acumulan mocasines viejos para dejarlos caer en su ruta en los casos de fuga, como si fueran por donde aparecen caídos los mocasines, y así despistar a los rastreadores; pero estos tienen olfato de moloso, y los

⁷ Errata en LN: «chayenes».

viejos saben que el indio será vencido, porque no puede el pino joven de la selva sujetar a los vientos furiosos que vienen vociferando por el aire y escribiendo en el cielo con relámpagos.

¡Fuérale tan fácil a Cleveland reducir a los peticionarios de empleos como a los indios! Cleveland viene a New York con todo su gabinete, al entierro de Grant. Como si le sangrara su propio corazón, escribió Cleveland un admirable pésame a la familia del jefe temido por los republicanos. Todo lo ha hecho en su honor: interrumpe sus trabajos; hace día nacional el de los funerales; pone a las órdenes de la viuda⁸, para las exequias de su esposo, las arcas y los soldados de la Nación; nombra para llevar las cintas del féretro a los capitanes valerosos que con los ríos al cuello o la maleza al petral de los caballos embistieron a las órdenes de Grant contra las fortalezas enemigas, y le trajeron su bandera; y a los que la defendieron de Grant y de sus capitanes con grandiosa e infortunada bravura. La primera victoria de Grant fue contra Buckner⁹ en Fort Donelson: lo expulsó, lo puso en fuga, lo aniquiló: Buckner llevará una cinta en los funerales de Grant. Johnston,¹⁰ solo a Lee¹¹ cedía en talentos, y con él mantuvo invencible, hasta que Grant lo atacó, el ejército rebelde del Potomac: Johnston llevará otra cinta. Y Cleveland, a quien el Sur entero alaba, y la gente desinteresada toda encomia, irá en el séquito, con su paso sencillo de hombre honrado.

Pero no bien quede puesto en la tierra el jefe nacional, con cuyo triunfal entierro ha decidido la nación dar memorable fe de sí, se reanudará la campaña interna del Partido democrático,¹² ni aun por los funerales de Grant enteramente interrumpida. La vieja democracia quiere puestos; por ofrecerlos se han mantenido en la prohombría muchos de los dignatarios del partido: temen bajar de ella si no pueden darlos: y los defienden. Otros lo hacen por saña; y habituados a las vociferaciones de partido, no entienden cómo es necesario para salvar la República amenazada, purificar el sufragio en que se funda, acá donde la República es verdadera, y donde el apetito de los empleos había engendrado unas despóticas organizaciones políticas que acaparaban la iniciativa y acción de los partidos sin más objeto que llevar al triunfo candidatos comprometidos a dividir con sus encumbradores los beneficios de la victoria.

⁸ Julia T. Grant.

⁹ Simon B. Buckner.

¹⁰ En LN: Johnson. Joseph E. Johnston.

¹¹ Robert E. Lee.

¹² Partido Demócrata.

«¿Pues por qué trabajarán, ni con qué estímulo, los demócratas—se preguntan estos demócratas viejos—si no han de ser recompensados con los destinos públicos por el gobierno que han elevado al poder?». Por la patria: «Por el placer de verla honrada y de ayudar a que lo sea; por el bienestar de la república trabajarán»: de esta manera responden, sin cejar un ápice de su puesto, Cleveland y sus secretarios. De sobra entienden que cuando haya vacante que llenar, a los fines del gobierno, a la utilidad de la nación importa, y está en la naturaleza humana, fuera de la cual no se gobierna, que sean demócratas, y no republicanos, los que las llenen: y demócratas las llenan, cuando las hay. Pero subir al poder en virtud del clamor público por la reforma del vicioso sistema de empleos que esclaviza a la nación y pudre el sufragio, y una vez en el poder echar de sus asientos a los empleados útiles y puros, para poner en su lugar a sobrinos, concuños y amigos, o a la rufianería, que busca votos a cambio de empleos, fuera una traición ignominiosa. Ni gastos innecesarios; ni compadrazgos y favorecimientos; ni repartición de fondos públicos; ni pago de servicios de partido con empleos de la nación. De este programa no se ha apartado el gobierno: de este programa han jurado apartarlo, so pena de derrota en las elecciones próximas, los demócratas viejos, con el vicepresidente¹³ a la cabeza.

Hay una ley de empleos que ordena determinada manera de proveerlos por oposición. Aun cuando no compartiera Cleveland el espíritu de la ley, y cuentan que ella fue parte del programa que le dio el triunfo, ley es, ley del Congreso: y como poder ejecutivo, pluguiérale o no, habrá de mantenerla. Y los demócratas viejos quieren que la viole: lo mismo quieren ahora que a raíz del 4 de marzo:¹⁴ que no se provean los empleos como el Congreso manda: que el gobierno demócrata abandone el programa con que se aseguró el poder: que se expulse a todos los republicanos de los empleos públicos: que se ocupen todos los empleos públicos con demócratas: que se mantenga confesamente el principio de que los empleos públicos pertenecen de derecho al partido vencedor. A todo apelan, hasta a la gratitud de la República; a todo, hasta a convertir los soldados del gran ejército en mendigos. ¿No fue en días pasados una comisión de ex marineros y soldados a inquirir del Presidente si a su juicio no merecen preferencia para ocupar los puestos públicos aquellos que han servido con las armas al país? Los trató sin crudeza Cleveland; mas les hizo entender que ni él puede hacer más,

¹³ Thomas A. Hendricks.

¹⁴ Fecha de la toma de posesión de los presidentes en Estados Unidos, en el siglo XIX.

como vigilador de que las leyes se cumplan, que cuidar de que se cumpla la ley de provisión de empleos del Congreso, ni un puesto público es una remuneración de servicios que la han tenido ya en el honor de prestarlos y en la paga recibida oportunamente por ellos: un puesto público es el desempeño de funciones necesarias, en su grado relativo, para la eficacia y seguridad de la marcha nacional, y solo debe ocuparlo el que demuestre, como la ley vigente manda, poseer la capacidad necesaria para el desempeño de las funciones a que aspira. Si los ex soldados y marineros obtienen en el concurso grado igual al de otros, el gobierno los preferirá, pues al mérito de competencia reúnen el de haber defendido la unión de la patria; pero el mero hecho de ser ex soldado o marinero no da derecho a empleos nacionales que requieren determinadas aptitudes. Si va a la ruina una simple casa de comercio cuyos empleados no entienden el manejo de los asuntos que se les encomiendan, ¿cómo no irá a la ruina un gobierno, que es casa que gira intereses materiales tanto como morales, con servidores que entorpecen sus operaciones con su ignorancia, pereza o simonía? Por lo menos, un gobierno debe ser tan bien administrado como una casa de comercio.

Y cuando, como ahora, sucede que con el beneplácito y el apoyo del vicepresidente, que es gamonal máximo en el estado de Indiana, despide el director de correos de Indianápolis a empleados eficaces y meritorios, a cuatro viudas entre ellos, y pone en su lugar a sus propios hijos, a tres «políticos», a un sobrino de la esposa del vicepresidente, parece al fin abocado a una prueba estruendosa la batalla, reprimida desde el cuatro de marzo, entre las alas opuestas del partido demócrata. Se quiere hacer del caso del director de correos un caso de prueba. Los viejos demócratas alegan que el director de correos ha hecho bien en reemplazar a los empleados republicanos con demócratas serviciales. El Presidente mantiene, cualquiera que sea la opinión y actitud del Vicepresidente, que puesto que hay una ley para la distribución de empleos públicos, que establece y reglamenta su provisión por oposiciones ante el tribunal competente, que los nombramientos que estén hechos fuera de esa ley, o en virtud de oposiciones fraudulentas o de dictamen de jurados parciales, serán nulos. Y ha enviado una comisión a Indianápolis, a investigar si son ciertos los hechos de que se vanagloria el director de correos. Si son ciertos, vendrán abajo, aunque esto, definiendo enfáticamente la política imperturbable de Cleveland, determine una deserción tan numerosa en las filas demócratas, en las del Norte sobre todo, que no baste a repararla la entusiasta adhesión de los republicanos independientes, cada día más satisfechos de haber prestado a Cleveland su apoyo. Es lo

cierto, sin embargo, que fuera de los que padecen por la privación de los empleos, ni el menor desvío de su deber, ni la menor inconsistencia, ni el menor yerro se ha echado aún en cara a Cleveland: y apenas a sus secretarios: bien que estos, con unánime ímpetu, aunque sin agresiva destemplanza, están poniendo coto firmemente a las prácticas culpables que traían al erario desangrado y sin crédito al gobierno de la República.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 3 de octubre de 1885.

[Mf. en CEM]

.

CARTAS DE MARTÍ

LOS SECRETARIOS DEL PRESIDENTE

El honrado ministro de Marina.¹—El contratista John Roach.—Cómo colectan sus fondos y pagan sus gastos los partidos.—Ligas de especuladores y políticos.²—Historia íntima.—El Secretario de Marina era el abogado del contratista.—El Consejo de Marina servía al contratista.—Anticipos cuantiosos.—Quiebra de John Roach.

LA POLÍTICA DE ACOMETIMIENTO

Los acometedores de los Estados Unidos y su génesis.—Los mercenarios de ayer y los de ahora.—Los acometedores en Washington y los que los ayudan.—Banqueros privados.—Ministros sombríos.—La política de la sombra.—Dentro, corrupción; conquista, fuera.—Planes perfectos.—«¡Adquirir!»—Último proyecto: compra de los estados del norte de México.

New York, agosto de 1885.

Señor Director³ de *La Nación*:

Era un John Roach amigo grande de los republicanos. Tiene arsenal, y no menos de \$10 000 000 le han sido pagados, no más que por remiendos de buques mohínos, que nunca salen de un mal paso. Pero más se han pagado en realidad, porque año sobre año, en certámenes simulados, le ha estado adjudicando la Secretaría de Marina a precios nominales, y como hierro viejo, maquinarias enteras de buques en buen estado y material de toda clase.

Y ¿cómo no, si el Secretario de Marina era el propio abogado de John Roach? Así fue que cuando el gobierno sacó a licitación sus nuevos buques de guerra, aunque John Roach ofreció hacerlos a precios que por lo bajos eran sospechosos, a él se le adjudicaron, y en pocos

¹ William E. Chandler.

² Errata en LN: «policianos». En más de una ocasión Martí empleó la hispanización de la voz inglesa *politicians*.

³ Bartolomé Mitre Vedia.

meses, aún sin haber acabado el primer buque, que ha salido tal que no puede aceptarlo el gobierno, ya el Secretario de Marina y abogado de Roach había pagado a este, so capa de adelanto una considerable parte, el total a veces, del valor de los barcos. No en balde, cuando la elección de Garfield,⁴ dio Roach para los gastos del partido cien mil pesos. Y para la de Blaine,⁵ con cuya ruina le ha venido la suya, no parece que dio menos: así quedan inmoralmente obligados a los especuladores los candidatos que no triunfarían sin su ayuda: así afrontan los partidos los desembolsos extraordinarios que requiere una campaña de elecciones. Los especuladores dan, a cambio de legislación y favor que adelanten sus intereses: los empleados dan a cambio de la promesa de ser conservados en sus puestos en atención a sus contribuciones. De ese doble punto, escasamente adicionado con el de algunos partidarios entusiastas, se pagan los oradores, los periódicos, las calumnias, los viajes, las paradas de uniforme y antorcha, las vagonadas⁶ de documentos impresos, las ricas enseñas con inscripciones y retratos que izan en las calles, y los demás quehaceres oscuros del día de elecciones. Vencidos los republicanos, sacada la Secretaría de manos de su abogado, llegado el momento de entregar a un secretario austero y desconocido el primer buque de la serie, conforme a requisitos estipulados en el contrato, hubo de serle devuelto el buque a Roach, porque, a pesar de que todo el Consejo de Marina había aprobado los planos y proyectos de la embarcación, esta demostraba no reunir, en pruebas generosas e imparciales, las condiciones estipuladas en el contrato. Rechaza el gobierno el barco: pone Roach a salvo su fortuna, y quiebra. Se publica la lista de los injustificables anticipos del secretario anterior a su cliente, en pago de buques que acaso no pueda comenzar a hacer jamás.

El Consejo de Marina dio por buenos, y con ciertas especificaciones, planos que no lo eran, ni las tenían. Antes de enseñar el contratista el primer buque, el Secretario de Marina le había adelantado poco menos que el valor de todos. Ni inclemencia, ni encono, ni inmerecida gracia ha mostrado el secretario. Al Consejo de Marina lo ha reprendido ante la Nación. A su antecesor en la Secretaría, harto lo reprende el voto público. A Roach, se propone tratarlo como si fuese el gobierno, como es, un mero aunque importante acreedor de la quiebra. La sencillez y

⁴ James A. Garfield.

⁵ James G. Blaine.

⁶ En LN: «wagonadas».

justicia de este escarmiento ha ganado honrosa popularidad al secretario Whitney.⁷

La política tiene sus púgiles. Las costumbres físicas de un pueblo se entran en su espíritu y lo forman a su semejanza. Estos hombres desconsiderados y acometedores, pies en mesa, bolsa rica, habla insolente, puño presto; estos afortunados pujantes, ayer mineros, luego nababs, luego senadores; esta gente búfaga, de rostro colorado, cuello toral, mano de maza, pie chato y ciclópeo; estos aventureros, criaturas de lo imposible, hijos ventruados de una época gigante, vaqueros rufianes, vaqueros perpetuos; estos mercenarios, nacidos, acá como allá, de padres perdidos al viento, de generaciones de deseadores enconados, que al hallarse en una tierra que satisface sus deseos, los expelen más que los cumplen, y se vengan con ira, se repletan, se sacian en la fortuna que viene, de aquella que esperaron generación tras generación, como siervos, como soldados, como lacayos, y nunca vino; estos tártaros nuevos, que merodean y devastan⁸ a la usanza moderna, montados en locomotoras; estos colosales rufianes, elemento temible y numeroso de esta tierra sanguínea, emprenden su política de pugilato, y, recién venidos de la selva, como en la selva viven en la política, y donde ven un débil comen de él, y veneran en sí la fuerza, única ley que acatan, y se miran como sacerdotes de ella, y como con cierta superior investidura e innato derecho a tomar cuanto su fuerza alcance. En Cartago, estos hombres se asentaban en el palacio de Amílcar,⁹ se comían sus bueyes y bebían su vino; se revolcaban ebrios, repletos de germen desocupado, al pie de sus rosales olorosos; se echaban vientre a tierra, cubiertos de oro y de perfumes, y luego se alzaban como la esfinge, las palmas de las manos apoyadas en el césped, en los ojos una mirada redonda como la de trilobites, asido entre los dientes el rosal roto: y luego cargados de botín, rugiendo por su soldada, se iban como una plaga, por los campos, a juntarse anca a anca para caer, con las lanzas tendidas y secando a su aliento la tierra, contra la República. La inmigración tumultuosa; la fantástica fortuna que la recibió en el Oeste; la fuerza y riqueza mágicas que surgieron y rebosaron con la guerra,¹⁰ produjeron en los Estados Unidos esas nuevas cohortes de gente de presa, plaga de la República, que arremete y devasta como aquella. El país bueno la ve con encono, pero alguna vez, envuelto en sus redes, o deslumbrado con sus planes,

⁷ William C. Whitney.

⁸ Errata en LN: «devastan».

⁹ En LN: «Hamílcar». Amílcar Barca.

¹⁰ Guerra de Secesión.

va detrás de ella. Algunos presidentes, como Grant¹¹ mismo, hecho a tropa y conquista, la aceptan y mantienen, y comercian con ella su apoyo y la accesión de una tierra extranjera. Forman sindicatos, ofrecen dividendos, compran elocuencia e influencia, cercan con lazos invisibles al Congreso, sujetan de la rienda la legislación, como un caballo vencido, y, ladrones colosales, acumulan y se reparten ganancias en la sombra. Son los mismos siempre; siempre con la pechera llena de diamantes; sordidos, finchados, recios: los senadores los visitan por puertas excusadas; los secretarios los visitan en las horas silenciosas; abren y cierran la puerta a los millones; son banqueros privados.

Si los tiempos solo se prestan a cábalas interiores, urden una camarilla, influyen en los decretos del gobierno de manera que ayuden a sus fines, levantan por el aire una empresa, la venden mientras excita la confianza pública mantenida por medios artificiales e inmundos y luego la dejan caer a tierra. Si el gobierno no tiene más que contratos domésticos en que rapacear, caen sobre los contratos, y pagan suntuosamente a los que les auxiliaren en acapararlos. Caen sobre los gobiernos, como los buitres, cuando los creen muertos; huyen por donde no se les ve, como los buitres por las nubes arremolinadas, cuando hallan vivo el cuerpo que creyeron muerto.¹² Tienen soluciones dispuestas para todo: periódicos, telégrafos, damas sociales, personajes floridos y rotundos, polemistas ardientes que defienden sus intereses en el Congreso con palabra de plata y magnífico acento. Todo lo tienen: se les vende todo: cuando hallan algo que no se les vende, se coaligan con todos los vendidos y lo arrollan.

Es un presidio ambulante, con el que bailan las damas en los saraos, y coquetean los prohombres respetuosos, que esperan en su antesala y comen a su mesa. Esta camarilla, que cuando es descubierta en una empresa, reaparece en otra, ha estudiado todas las posibilidades de la política exterior, todas las combinaciones que pueden resultar de la política interna, hasta las más problemáticas y extrañas. Como con piezas de ajedrez, estudian de antemano, en sus diversas posiciones, los acontecimientos y sus resultados, y para toda combinación posible de ellos, tienen la jugada lista. Un deseo absorbente les anima siempre, rueda continua de esta tremenda máquina: adquirir: tierra, dinero, subvenciones, el guano del Perú,¹³ los estados del norte de México.

¹¹ Ulysses S. Grant.

¹² En LN: dos puntos y mayúscula a continuación.

¹³ Véase en este tomo, la Nf. Guerra del Pacífico.

Esto quiere ahora la camarilla, que cree ver en la suspensión del pago de las subvenciones a los ferrocarriles americanos, decretada últimamente como medida angustiosa por México, buena ocasión para estimular el descontento y arriar los apetitos alejandrinos que, como que los llevan en sí suponen en el pueblo norteamericano hacia sus vecinos de lengua española. Esto propone ahora la camarilla: comprar en 100 000 000 de pesos la frontera del norte de México. No han hallado todavía, como hubieran hallado en tiempo de Blaine, el camino del gobierno: la Casa Blanca es ahora honrada. Pero insisten; pero pujan; pero azuzan sin escrúpulos el reconocimiento y desdén con que acá en lo general se mira a la gente latina, y más, por lo más cercana, a la de México; pero acusan falsamente a México de traición, y de liga con los ingleses; pero no pasa día sin que pongan un leño encendido, con paciencia satánica, en la hoguera de los resentimientos.

¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondada, debían ser paseados por las calles esos malvados que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos!—¡Banqueros no: bandidos!

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 4 de octubre de 1885.

[Mf. en CEM]

LUCÍA JEREZ¹

¹ Se utiliza el texto publicado por Gonzalo de Quesada y Aróstegui (*Obras de Martí*, vol. X, Berlín, 1911), quien lo reprodujo incorporando las enmiendas manuscritas por José Martí sobre los recortes del periódico quincenal *El Latino-Americano* (Nueva York), donde se publicó originalmente la novela bajo el nombre de *Amistad funesta*, entre el 15 de mayo y el 15 de septiembre de 1885. Los cambios advertidos entre ambas versiones se señalan en notas al pie, siguiendo la edición crítica de Mauricio Núñez Rodríguez (*Lucía Jerez* de José Martí. Edición Crítica y prólogo de Mauricio Núñez Rodríguez, en sus dos ediciones: La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2000; y Guatemala, Centro de Estudios Martianos y Letra Negra editores, 2001).

[PRÓLOGO INCONCLUSO DE JOSÉ MARTÍ]¹

Quien ha escrito esta noveluca, jamás había escrito otra antes, lo que de sobra conocerá el lector sin necesidad de este proemio, ni escribirá probablemente más después. En una hora de desocupación, le tentó una oferta de esta clase de trabajo: y como el autor es persona trabajadora, recordó un suceso acontecido en la América del Sur en aquellos días, que pudiera ser base para la novela hispanoamericana que se deseaba, puso mano a la pluma, evocó al correr de ella sus propias observaciones y recuerdos, y sin alarde de trama ni plan seguro, dejó rasguear la péñola, durante siete días, interrumpido a cada instante por otros quehaceres,² tras de los cuales estaba lista con el nombre de *Amistad funesta* la que hoy con el nombre de *Lucía Jerez* sale nuevamente al mundo. No es más, ni es menos. Se publica en³ libro, porque así lo desean los que sin duda no lo han leído. El autor, avergonzado, pide excusa. Ya él sabe bien⁴ por dónde va, profunda como un bisturí y útil como un médico, la novela moderna. El género no le place, sin embargo, porque hay mucho que fingir en él, y los goces de la creación artística no compensan⁵ el dolor de moverse en⁶ una ficción prolongada; con diálogos que nunca se han oído, entre personas que no han vivido jamás. Menos que⁷ todas, tienen derecho a la atención⁸ novelas como esta,⁹ de puro cuento,¹⁰ en las que no es dado¹¹ tender a nada serio, porque esto, a juicio de editor, aburre a la gente lectora; ni siquiera es lícito,¹² por lo llano de los tiempos, levantar el espíritu del¹³ público con¹⁴ hazañas de

¹ Manuscrito en tinta, en hojas tamaño 19,9 por 25,1 cm. A todas luces, José Martí pretendía escribir un prólogo para una nueva publicación de la novela.

² Esta frase, entre comas, añadida encima de la línea en el manuscrito.

³ Esta palabra escrita sobre palabra ininteligible.

⁴ Tachado a continuación, rasgos ininteligibles.

⁵ Tachado a continuación, rasgos ininteligibles.

⁶ Tachado a continuación: «una [dos palabras ininteligibles] de [palabra ininteligible] creador, en mayor o menor sufrir a [palabra ininteligible]».

⁷ Tachado a continuación: «las».

⁸ Tachado a continuación: «pública estas».

⁹ Esta palabra y la anterior, añadidas encima de la línea.

¹⁰ Tachado a continuación: «que ni de». Las dos palabras siguientes añadidas encima de la línea.

¹¹ Tachado a continuación: «encen». Lección dudosa.

¹² Tachado a continuación: «como».

¹³ Tachado a continuación de la «b»: «os».

¹⁴ Tachado a continuación: «las».

caballeros y de héroes, que han venido a ser personas muy fuera de lo real y del¹⁵ buen gusto. Lean, pues, si quieren, los que lo culpen, este libro; que el autor ha procurado hacerse perdonar con algunos¹⁶ detalles; pero sepan que el autor piensa muy mal de él.—Lo cree inútil; y lo lleva sobre sí como una grandísima culpa.¹⁷ Pequé, Señor, pequé, sean humanitarios, pero perdónenmelo. Señor: no lo haré más.

Yo quiero ver al valiente que¹⁸ saca de los¹⁹ una novela buena.

En la novela había de haber mucho amor; alguna muerte; muchas muchachas, ninguna pasión pecaminosa; y nada que no²⁰ fuese del mayor agrado de los padres de familia y de los señores sacerdotes.²¹ Y había de ser hispanoamericano.²²

Juan empezó con mejores destinos que los que al fin tiene, pero es que en²³ la novela²⁴ cortó su carrera²⁵ cierta prudente observación, y hubo que convertir en mero galán de amores al que nació en la mente del novelador dispuesto²⁶ a más y a más altas empresas (grandes) hazañas. Ana ha vivido, Adela, también.—Sol, ha muerto²⁷. Y Lucía, la ha matado. Pero ni a Sol ni a Lucía ha conocido de cerca el autor. A don Manuel, sí. Y a Manuelillo,²⁸ y a doña Andrea, así como a la propia Directora.²⁹

[Ms. en CEM.]

¹⁵ Tachado a continuación de la «b»: «os».

¹⁶ Tachado a continuación: «humildes».

¹⁷ Tachado a continuación: «Yo pecador».

¹⁸ Tachado a continuación: «sobre tras manos, osado se [palabra ininteligible]». Lección dudosa.

¹⁹ A continuación: palabra ininteligible.

²⁰ Tachado a continuación: 1ra. versión: «gustase a los»; 2da. versión: «o».

²¹ Esta palabra escrita encima de, tachado: «curas».

²² Tachado a continuación, añadido debajo de la línea: «y [tres palabras ininteligibles]». El párrafo a continuación añadido al empezar y por el margen lateral derecho de la primera página.

²³ Esta palabra añadida encima de la línea. Tachado a continuación: «al [palabra ininteligible]».

²⁴ Esta palabra y la anterior encima de la línea.

²⁵ Tachado a continuación: «la».

²⁶ Esta palabra escrita encima de una palabra ininteligible tachada.

²⁷ A continuación, palabra ininteligible.

²⁸ Tachado a continuación: 1ra. versión: «y a la»; 2da. versión: «Doña».

²⁹ A continuación, varias frases ininteligibles, que avanzan a lo largo del margen izquierdo y a la cabeza de la segunda página. Deteriorado el manuscrito y borrosa la tinta en esa zona.

CAPÍTULO I¹

Una frondosa magnolia, podada por el jardinero de la casa con manos demasiado académicas, cubría aquel domingo por la mañana con su sombra a los familiares de la casa de Lucía Jerez. Las grandes flores blancas de la magnolia, plenamente abiertas en sus ramas de hojas delgadas y puntiagudas, no parecían, bajo aquel cielo claro y en el patio de aquella casa amable, las flores del árbol, sino las del día. ¡Esas flores inmensas e inmaculadas, que se imaginan cuando se ama mucho! El alma humana tiene una gran necesidad de blancura. Desde que lo blanco se oscurece, la desdicha empieza. La práctica y conciencia de todas las virtudes, la posesión de las mejores cualidades, la arrogancia de los más nobles sacrificios, no bastan a consolar el alma de un solo extravío.

Eran hermosas de ver, en aquel domingo, en el cielo fulgente, la luz azul y por entre los corredores de columnas de mármol, la magnolia elegante, entre las ramas verdes, las grandes flores blancas y en sus mecedoras de mimbre, adornadas con lazos de cinta, aquellas tres amigas, en sus vestidos de mayo: Adela, delgada y locuaz, con un ramo de rosas Jacqueminot² al lado izquierdo de su traje de seda crema; Ana, ya próxima a morir, prendida sobre el corazón enfermo, en su vestido de muselina blanca, una flor azul sujeta con unas hebras de trigo; y Lucía, robusta y profunda, que no llevaba flores en su vestido de seda carmesí, «porque no se conocía aún en los jardines la flor que a ella le gustaba: ¡la flor negra!».

Las amigas cambiaban vivazmente sus impresiones de domingo. Venían de misa; de sonreír en el atrio de la catedral a sus parientes y conocidos; de pasear por las calles limpias, esmaltadas de sol, como flores desatadas sobre una bandeja de plata con dibujos de oro. Sus amigas, desde las ventanas de sus casas grandes y antiguas, las habían saludado al pasar. No había mancebo elegante en la ciudad que no estuviese aquel mediodía por las esquinas de la calle de la Victoria. La ciudad, en esas mañanas de domingo, parece una desposada. En las puertas, abiertas de par en par, como si en ese día no se temiesen enemigos, esperan a los dueños los criados, vestidos de limpio. Las familias, que apenas se han visto en la semana, se reúnen a la salida de la iglesia para ir a saludar a la madre ciega, a la hermana enferma, al padre achacoso.

¹ La novela comenzó a publicarse el 15 de mayo de 1885 en la primera página del periódico neoyorquino *El Latino-Americano* (año 1, no. 15).

² Rosas bordadas en la fábrica de hilados del vizconde de Jacqueminot.

Los viejos ese día se remozan. Los veteranos andan con la cabeza más erguida, muy luciente el chaleco blanco, muy bruñido el puño del bastón. Los empleados parecen magistrados. A los artesanos, con su mejor chaqueta de terciopelo, sus pantalones de dril muy planchado y su sombrero de castor fino, da gozo verlos. Los indios, en verdad, descalzos y mugrientos, en medio de tanta limpieza y luz, parecen llagas. Pero la procesión lujosa de madres fragantes y niñas galanas continúa, sembrando sonrisas por las aceras de la calle animada; y los pobres indios, que la cruzan a veces, parecen gusanos prendidos a trechos en una guirnalda. En vez de las carretas de comercio o de las arrias de mercaderías, llenan las calles, tirados por caballos altivos, carruajes lucientes. Los carruajes mismos, parece que van contentos, y como de victoria. Los pobres mismos, parecen ricos. Hay una quietud magna y una alegría casta. En las casas todo es algazara. Los nietos ¡qué ir a la puerta, y aturdir al portero, impacientes por lo que la abuela tarda! Los maridos ¡qué celos de la misa, que se les lleva, con sus mujeres queridas, la luz de la mañana! La abuela, ¡cómo viene cargada de chucherías para los nietos, de los juguetes que fue reuniendo en la semana para traerlos a la gente menor hoy domingo, de los mazapanes recién hechos que acaba de comprar en la dulcería francesa, de los caprichos de comer que su hija prefería cuando soltera, ¡qué carruaje el de la abuela, que nunca se vacía! Y en la casa de Lucía Jerez no se sabía si había más flores en la magnolia, o en las almas.

Sobre un costurero abierto, donde Ana al ver entrar a sus amigas puso sus enseres de coser y los ajuares de niño que regalaba a la Casa de Expósitos, habían dejado caer Adela y Lucía sus sombreros de paja, con cintas semejantes a sus trajes, revueltas como cervatillos que retozan. ¡Dice mucho, y cosas muy traviesas, un sombrero que ha estado una hora en la cabeza de una señorita! Se le puede interrogar, seguro de que responde: ¡de algún elegante caballero, y de más de uno, se sabe que ha robado a hurtadillas una flor de un sombrero, o ha besado sus cintas largamente, con un beso entrañable y religioso!³ El sombrero de Adela era ligero y un tanto extravagante, como de niña que es capaz de enamorarse de un tenor de ópera: el de Lucía era un sombrero arrogante y amenazador: se salían por el borde del costurero las cintas carmesíes, enroscadas sobre el sombrero de Adela como un⁴ boa sobre una tórtola: del fondo de seda negro, por los reflejos

³ En ELA, a continuación la frase: «Solo que en los templos de esta religión las vírgenes andan».

⁴ Así en ELA y en la edición de Quesada y Aróstegui.

de un rayo de sol que filtraba oscilando por una rama de la magnolia, parecían salir llamas.

Estaban⁵ las tres amigas en aquella pura edad en que los caracteres todavía no se definen: ¡ay! ¡en esos mercados es donde suelen los jóvenes generosos, que van en busca de pájaros azules, atar su vida a lindos vasos de carne que a poco tiempo, a los primeros calores fuertes de la vida, enseñan la zorra astuta, la culebra venenosa, el gato frío e impasible que les mora en el alma!

La mecedora de Ana no se movía, tal como apenas en sus labios pálidos la afable sonrisa: se buscaban con los ojos las violetas en su falda, como si siempre debiera estar llena de ellas. Adela no sin esfuerzo se mantenía en su mecedora, que unas veces estaba cerca de Ana, otras de Lucía, y vacía las más. La mecedora de Lucía, más echada hacia adelante que hacia atrás, cambiaba de súbito de posición, como obediente a un gesto enérgico y contenido de su dueña.

—Juan no viene: ¡te digo que Juan no viene!

—¿Por qué, Lucía, si sabes que si no viene te da pena?

—¿Y no te pareció Pedro Real muy arrogante? Mira, mi Ana, dame el secreto que tú tienes para que te quiera todo el mundo; porque ese caballero, es necesario que me quiera.

En un reloj de bronce labrado, embutido en un ancho plato de porcelana de ramos azules, dieron las dos.

—Lo ves, Ana, lo ves ya Juan no viene. Y se levantó Lucía; fue a uno de los jarrones de mármol colocados entre cada dos columnas, de las que de un lado y otro adornaban el sombreado⁶ patio; arrancó sin piedad de su tallo lustroso una camelia blanca, y volvió silenciosa a su mecedora, royéndole las hojas con los dientes.

—Juan viene siempre, Lucía.

Asomó en este momento por la verja dorada que dividía el zaguán de la antesala que se abría al patio, un hombre joven, vestido de negro, de quien se despedían con respeto y ternura uno de mayor edad, de ojos benignos y poblada barba, y un caballero entrado en largos años, triste, como quien ha vivido mucho, que retenía con visible placer la mano del joven entre las suyas:

—Juan, ¿por qué nació Vd. en esta tierra?

—Para honrarla si puedo, don Miguel, tanto como Vd. la ha honrado.

⁵ En ELA, este párrafo comienza: «De aquellas tres amigas, Ana se moría; Adela ardilleaba; Lucía mandaba; mas estaban todas en aquella pura edad ...».

⁶ En ELA: «ameno».

Fue la emoción visible en el rostro del viejo; y aún no había desaparecido del zaguán, de brazo del de la buena barba, cuando Lucía, demudado el rostro y temblándole en las pestañas las lágrimas, estaba en pie, erguida con singular firmeza, junto a la verja dorada, y decía, clavando en Juan sus dos ojos imperiosos y negros:

—Juan, ¿por qué no habías venido?

Adela estaba prendiendo en aquel momento en sus cabellos rubios un jazmín del Cabo.

Ana cosía un lazo azul a una gorrita de recién nacido, para la Casa de Expósitos.

—Fui a rogar, respondió Juan sonriendo dulcemente, que no apremiasen por la renta de este mes a la señora del Valle.

—¿A la madre de Sol? ¿de Sol del Valle?

Y pensando en la niña de la pobre viuda, que no había salido aún del colegio, donde la tenía por merced la Directora,⁷ se entró Lucía, sin volver ni bajar la cabeza, por las habitaciones interiores, en tanto que Juan, que amaba a quien lo amaba, la seguía con los ojos tristemente.

Juan Jerez era noble criatura. Rico por sus padres, vivía sin el encojimiento egoísta que deslucе tanto a un hombre joven, mas sin aquella angustiosa abundancia, siempre menor que los gastos y apetitos de sus dueños, con que los ricuelos de poco sentido malgastan en empleos estúpidos, a que llaman placeres, la hacienda de sus mayores. De sí propio, y con asiduo trabajo, se había ido creando una numerosa clientela de abogado, en cuya engañosa profesión, entre nosotros perniciosamente esparcida, le hicieron entrar, más que su voluntad, dada a más activas y generosas labores, los deseos de su padre, que en la defensa de casos limpios de comercio había acrecentado el haber que aportó al matrimonio su esposa. Y así Juan Jerez, a quien la naturaleza había puesto aquella coraza de luz con que reviste a los amigos de los hombres, vino, por esas preocupaciones legendarias que desfloran y tuercen la vida de las generaciones nuevas en nuestros países, a pasar, entre lances de curia que a veces le hacían sentir ansias y vuelcos, los años más hermosos de una juventud sazónada e impaciente, que veía en las desigualdades de la fortuna, en la miseria de los infelices, en los esfuerzos estériles de una minoría viciada por crear pueblos sanos y fecundos,⁸ de

⁷ En ELA, a continuación: «cuya pensión pagaban a escote los amigos de la triste señora».

⁸ En ELA, en lugar del texto a continuación hasta «miseros»: «ya de soledades tan ricas como desiertas, ya de poblaciones cuantiosas de indios tan malvados como brutos».

soledades tan ricas como desiertas, de poblaciones cuantiosas de indios míseros, objeto más digno que las controversias forenses del esfuerzo y calor de un corazón noble y viril.

Llevaba Juan Jerez en el rostro pálido, la nostalgia de la acción, la luminosa enfermedad de las almas grandes, reducida por los deberes corrientes o las imposiciones del azar a oficios pequeños; y en los ojos llevaba como una desolación, que solo cuando hacía un gran bien, o trabajaba en pro de un gran objeto, se le trocaba, como un rayo de sol que entra en una tumba, en centelleante júbilo. No se le dijera entonces un abogado de estos tiempos, sino uno de aquellos trovadores que sabían tallarse, hartos ya de sus propias canciones, en el mango de su guzla, la empuñadura de una espada. El fervor de los cruzados encendía en aquellos breves instantes de heroica dicha su alma buena; y su deleite, que le inundaba de una luz parecida a la de los astros, era solo comparable a la vasta amargura, con que reconocía a poco que en el mundo no encuentran auxilio, sino cuando convienen a algún interés que las vicia, las obras de pureza. Era de la raza selecta de los que no trabajan para el éxito, sino contra él. Nunca, en esos pequeños pueblos nuestros donde los hombres se encorvan tanto, ni a cambio de provechos ni de vanaglorias cedió Juan un ápice de lo que creía sagrado en sí, que era su juicio de hombre y su deber de no ponerlo con ligereza o por paga al servicio de ideas o personas injustas; sino que veía Juan su inteligencia como una investidura sacerdotal, que se ha de tener siempre de manera que no noten en ella la más pequeña mácula los feligreses; y se sentía Juan, allá en sus determinaciones de noble mozo, como un sacerdote de todos los hombres, que uno a uno tenía que ir dándoles perpetua cuenta, como si fuesen sus dueños, del buen uso de su investidura.

Y cuando veía que, como entre nosotros sucede con frecuencia, un hombre joven, de palabra llameante y talento privilegiado, alquilaba por la paga o por el puesto aquella insignia divina que Juan creía ver en toda superior inteligencia, volvía los ojos sobre sí como llamas que le quemaban, tal como si viera que el ministro de un culto, por pagarse la bebida o el juego, vendiese las imágenes de sus dioses. Estos soldados mercenarios de la inteligencia lo tachaban por eso de hipócrita, lo que aumentaba la palidez de Juan Jerez, sin arrancar de sus labios una queja.⁹ Y

⁹ En ELA: «sin dejar escapar de sus labios desdeñosos una queja».

otros decían, con más razón aparente, —aunque no en el caso de él,— que aquella entereza de carácter no era grandemente meritoria en quien, rico desde la cuna, no había tenido que bregar por abrirse camino, como tantos de nuestros jóvenes pobres, en pueblos donde por viejas tradiciones coloniales, se da a los hombres una educación literaria, y aun esta descosida e incompleta, que no halla luego natural empleo en nuestros países despoblados y rudimentarios, exuberantes, sin embargo, en fuerzas vivas, hoy desaprovechadas o trabajadas apenas, cuando para hacer prósperas a nuestras tierras y dignos a nuestros hombres no habría más que educarlos de manera que pudiesen sacar provecho del suelo providísimo en que nacen. A manejar la lengua hablada y escrita les enseñan, como único modo de vivir, en pueblos en que las artes delicadas que nacen del cultivo del idioma no tienen el número suficiente, no ya de consumidores, de apreciadores siquiera, que recompensen, con el precio justo de estos trabajos exquisitos, la labor intelectual de nuestros espíritus privilegiados. De modo que, como con el cultivo de la inteligencia vienen los gustos costosos, tan naturales en los hispanoamericanos como el color sonrosado en las mejillas de una niña¹⁰ quinceña;—como en las tierras calientes y floridas, se despierta temprano el amor, que quiere casa, y lo mejor que haya en la ebanistería para amueblarla, y la seda más joyante y la pedrería más rica para que a todos maraville y encele su dueña; como la ciudad, infecunda en nuestros países nuevos, retiene en sus redes suntuosas a los que fuera de ella no saben ganar el pan, ni en ella tienen cómo ganarlo, a pesar de sus talentos, bien así como un pasmoso cincelador de espadas de taza, que sabría poblar¹¹ estas de castellanas de larga amazona desmayadas en brazos de guerreros fuertes, y otras sutiles lindezas en plata y en oro, no halla empleo en un villorrio de gente labriega, que vive en paz, o al puñal o a los puños remite el término de sus contiendas; como con nuestras cabezas hispanoamericanas, cargadas de ideas de Europa y Norteamérica, somos en nuestros propios países a manera de frutos sin mercado, cual las excrecencias de la tierra, que le pesan y estorban, y no como su natural florecimiento, sucede que los poseedores de la inteligencia, estéril entre nosotros por su mala dirección, y necesitados para subsistir de hacerla fecunda, la dedican con exceso exclusivo a los combates políticos, cuando más nobles, produciendo así un desequilibrio entre el país escaso y su política sobrada, o, apremiados por las urgencias de la vida,

¹⁰ En ELA, a continuación: «de quince años».

¹¹ En ELA: «que puebla».

sirven al gobernante fuerte que los paga y corrompe, o trabajan por volcarle cuando, molestado aquel por nuevos menesterosos, les retira la paga abundante de sus funestos servicios. De estas pesadumbres públicas venían hablando el de la barba larga, el anciano de rostro triste, y Juan Jerez, cuando este, ligado desde niño por amores a su prima Lucía, se entró por el zaguán de baldosas de mármol pulido, espaciosas y blancas como sus pensamientos.

La bondad es la flor de la fuerza. Aquel Juan brioso, que andaba siempre escondido en las ocasiones de fama y alarde, pero visible apenas se sabía de una prerrogativa de la patria desconocida o del decoro y albedrío de algún hombre hollados; aquel batallador temible y áspero, a quien jamás se atrevieron a llegar, avergonzadas de antemano, las ofertas y seducciones corruptoras a que otros vociferantes de temple venal habían prestado oídos; aquel que llevaba siempre en el rostro pálido y enjuto como el resplandor de una luz alta y desconocida, y en los ojos el centelleo de la hoja de una espada; aquel que no veía desdicha sin que creyese deber suyo remediarla, y se miraba como un delincuente cada vez que no podía poner remedio a una desdicha; aquel amantísimo corazón, que sobre todo desamparo vaciaba su piedad inagotable, y sobre toda humildad, energía o hermosura prodigaba apasionadamente su amor, había cedido, en su vida de libros y abstracciones, a la dulce necesidad, tantas veces funesta, de apretar sobre su corazón una manecita blanca. La de esta o la de aquella le importaban poco; y él, en la mujer, veía más el símbolo de las hermosuras ideadas que un ser real.

Lo que en el mundo corre con nombre de buenas fortunas, y no son, por lo común, de una parte o de otra, más que odiosas vilezas, habían salido, una que otra vez, al camino de aquel joven rico a cuyo rostro venía, de los adentros del alma, la irresistible belleza de un noble espíritu. Pero esas buenas fortunas, que en el primer instante llenan el corazón de los efluvios trastornadores de la primavera, y dan al hombre la autoridad confiada de quien posee y conquista; esos amoríos de ocasión, miel en el borde, hiel en el fondo, que se pagan con la moneda más valiosa y más cara, la de la propia limpieza; esos amores irregulares y sobresaltados, elegante disfraz de bajos apetitos, que se aceptan por desocupación o vanidad, y roen luego la vida, como úlceras, solo lograron en el ánimo de Juan Jerez despertar el asombro de que so pretexto o nombre de cariño vivan hombres y mujeres, sin caer muertos de odio a sí mismos, en medio de tan torpes liviandades. Y no cedía a ellas, porque la repulsión que le inspiraba, cualesquiera que fuesen sus gracias, una mujer que cerca de la mesa de trabajo de su esposo o junto a la cuna

de su hijo no temblaba de ofrecerlas, era mayor que las penosas satisfacciones que la complicidad con una amante liviana produce a un hombre honrado.

Era la de Juan Jerez una de aquellas almas infelices que solo pueden hacer lo grande y amar lo puro. Poeta genuino, que sacaba de los espectáculos que veía en sí mismo, y de los dolores y sorpresas de su espíritu, unos versos extraños, adoloridos y profundos, que parecían dagas arrancadas de su propio pecho, padecía de esa necesidad de la belleza que como un marchamo ardiente, señala a los escogidos del canto. Aquella razón serena, que los problemas sociales o las pasiones comunes no oscurecían nunca, se le ofuscaba hasta hacerle llegar a la prodigalidad de sí mismo, en virtud de un inmoderado agradecimiento. Había en aquel carácter una extraña y violenta necesidad del martirio, y si por la superioridad de su alma le era difícil hallar compañeros que se la estimaran y animasen, él, necesitado de darse, que en su bien propio para nada se quería, y se veía a sí mismo como una propiedad de los demás que guardaba él en depósito, se daba como un esclavo a cuantos parecían amarle y entender su delicadeza o desear su bien.

Lucía, como una flor que el sol encorva sobre su tallo débil cuando esplende en todo su fuego el mediodía; que como toda naturaleza subyugadora necesitaba ser subyugada; que de un modo confuso e impaciente, y sin aquel orden y humildad que revelan la fuerza verdadera, amaba lo extraordinario y poderoso, y gustaba de los caballos desalados, de los ascensos por la montaña, de las noches de tempestad y de los troncos abatidos; Lucía, que, niña aún, cuando parecía que la sobremesa de personas mayores en los gratos almuerzos de domingo debía fatigarle, olvidaba los juegos de su edad, y el coger las flores del jardín, y el ver andar en parejas por el agua clara de la fuente los pececillos de plata y de oro, y el peinar las plumas blandas de su último sombrero, por escuchar, hundida en su silla, con los ojos brillantes y abiertos, aquellas aladas palabras, grandes como águilas, que Juan reprimía siempre delante de gente extraña o común, pero dejaba salir a caudales de sus labios, como lanzas adornadas de cintas y de flores, apenas se sentía, cual pájaro perseguido en su nido caliente, entre almas buenas que le escuchaban con amor; Lucía, en quien un deseo se clavaba como en los peces se clavan los anzuelos, y de tener que renunciar a algún deseo, quedaba rota y sangrando, como cuando el anzuelo se le retira queda la carne del pez; Lucía, que con su encarnizado pensamiento había poblado el cielo que miraba, y los florales cuyas hojas gustaba de quebrar, y las paredes de la casa en que lo

escribía con lápices de colores, y el pavimento a que con los brazos caídos sobre los de su mecedora solía quedarse mirando largamente; de aquel nombre adorado de Juan Jerez, que en todas partes por donde miraba le resplandecía, porque ella lo fijaba en todas partes con su voluntad y su mirada como los obreros de la fábrica de Eibar,¹² en España, embuten los hilos de plata y de oro sobre la lámina negra del hierro esmerilado; Lucía, que cuando veía entrar a Juan, sentía resonar en su pecho unas como arpas que tuviesen alas, y abrirse en el aire, grandes como soles, unas rosas azules, ribeteadas de negro, y cada vez que lo veía salir, le tendía con desdén la mano fría, colérica de que se fuese, y no podía hablarle, porque se le llenaban de lágrimas los ojos; Lucía, en quien las flores de la edad escondían la lava candente que como las vetas de metales preciosos en las minas le culebreaban en el pecho; Lucía, que padecía de amarle, y le amaba irrevocablemente, y era bella a los ojos de Juan Jerez, puesto que era pura, sintió una noche, una noche de su santo, en que antes de salir para el teatro se abandonaba a sus pensamientos con una mano puesta sobre el mármol del espejo, que Juan Jerez, lisonjeado por aquella magnífica tristeza, daba un beso, largo y blando, en su otra mano. Toda la habitación le pareció a Lucía llena de flores; del cristal del espejo creyó ver salir llamas; cerró los ojos, como se cierran siempre en todo instante de dicha suprema, tal como si la felicidad tuviese también su pudor, y para que no cayese en tierra, los mismos brazos de Juan tuvieron delicadamente que servir de apoyo a aquel cuerpo envuelto en tules blancos, de que en aquella hora de nacimiento parecía brotar luz. Pero Juan aquella noche se acostó triste, y Lucía misma, que amaneció junto a la ventana en su vestido de tules, abrigados los hombros en una aérea nube azul, se sentía, aromada como un vaso de perfumes, pero seria y recelosa...¹³

—Ana mía, Ana mía, aquí está Pedro Real, ¡Míralo qué arrogante!

—Arrodíllate, Adela: arrodíllate ahora mismo, le respondió dulcemente Ana, volviendo a ella su hermosa cabeza de ondulantes cabellos castaños; mientras que Juan, que venía de hacer paces con Lucía refugiada en la antesala, salía a la verja del zaguán a recibir al amigo de la casa.

¹² Fábrica de armas de fuego, bicicletas y máquinas de coser ubicada en Eibar, en la comunidad autónoma del País Vasco. Errata en ELA: «Tibar».

¹³ Aquí concluye la primera entrega de la novela. A partir del párrafo siguiente se inicia la segunda, aparecida el 1.º de junio de 1885 (año 1, no. 16), en las páginas interiores de ELA.

Adela se arrodilló, cruzados los brazos sobre las rodillas de Ana; y Ana hizo como que le vendaba los labios con una cinta azul, y le dijo al oído, como quien ciñe un escudo o ampara de un golpe, estas palabras:

—Una niña honesta no deja conocer que le gusta un calavera, hasta que no haya recibido de él tantas muestras de respeto, que nadie pueda dudar que no la solicita para su juguete.

Adela se levantó riendo, y puestos los ojos, entre curiosos y burlo-nes, en el galán caballero, que del brazo de Juan venía hacia ellas, lo esperó de pie al lado de Ana, que con su serio continente, nunca duro, parecía querer atenuar en favor de Adela misma, su excesiva viveza. Pedro, aturdido y más amigo de las mariposas que de las tórtolas, saludó a Adela primero.

Ana retuvo un instante en su mano delgada la de Pedro, y con aquellos derechos de señora casada que da a las jóvenes la cercanía de la muerte.

—Aquí, le dijo, Pedro: aquí toda esta tarde a mi lado. ¡Quién sabe si, enfrente de aquella hermosa figura de hombre joven, no le pesaba a la pobre Ana, a pesar de su alma de sacerdotisa, dejar la vida! ¡Quién sabe si quería solo evitar que la movable Adela, revoloteando en torno de aquella luz de belleza, se lastimase las alas!

Porque aquella Ana era tal que, por donde ella iba, resplandecía. Y aunque brillase el sol, como por encima de la gran magnolia estaba brillando aquella tarde, alrededor de Ana se veía una claridad de estrella. Corrían arroyos dulces por los corazones cuando estaba en presencia de ella. Si cantaba, con una voz que se esparcía por los adentros del alma, como la luz de la mañana por los campos verdes, dejaba en el espíritu una grata intranquilidad, como de quien ha entrevisto, puesto por un momento fuera del mundo, aquellas musicales claridades que solo en las horas de hacer bien, o de tratar a quien lo hace, distingue entre sus propias nieblas el alma. Y cuando hablaba aquella dulce Ana, purificaba.

Pedro era bueno, y comenzó a alabarle, no el rostro, iluminado ya por aquella luz de muerte que atrae a las almas superiores y aterra a las almas vulgares, sino el ajuar de niño a que estaba poniendo Ana las últimas cintas. Pero ya no era ella sola la que cosía, y armaba lazos, y los probaba en diferentes lados del gorro de recién nacido: Adela súbitamente se había convertido en una gran trabajadora. Ya no saltaba de un lugar a otro, como cuando juntas conversaban hacía un rato ella, Ana y Lucía, sino que había puesto su silla muy junto a la de Ana. Y ella también, iba a estar sentada al lado de Ana toda la tarde. En sus mejillas pálidas, había dos puntos encendidos que ganaban en viveza a las cintas

del gorro, y realizaban la mirada impaciente de sus ojos brillantes y atrevidos. Se le desprendía el cabello inquieto, como si quisiese, libre de redes, soltarse en ondas libres por la espalda. En los movimientos nerviosos de su cabeza, dos o tres hojas de la rosa encarnada que llevaba prendida en el peinado, cayeron al suelo. Pedro las veía caer. Adela, locuaz y voluble, ya andaba en la canastilla, ya revolvía en la falda de Ana los adornos del gorro, ya cogía como útil el que acababa de desechar con un mohín de impaciencia, ya sacudía y erguía un momento la ligera cabeza, fina y rebelde, como la de un potro indómito. Sobre las losas de mármol blanco se destacaban, como gotas de sangre, las hojas de rosa.

Se hablaba de aquellas cosas banales de que conversaba en estas tertulias de domingo, la gente joven de nuestros países. El tenor, ¡oh el tenor! había estado admirable. Ella se moría por las voces del tenor. Es un papel encantador el de Francisco I.¹⁴ Pero la señora de Ramírez, ¡cómo había tenido el valor de ir vestida con los colores del partido que fusiló a su esposo!, es verdad que se casa con un coronel del partido contrario, que firmó como auditor en el proceso del señor Ramírez. Es muy buen mozo el coronel, es muy buen mozo. Pero la señora Ramírez ha gastado mucho, ya no es tan rica como antes: tuvo a siete bordadoras empleadas un mes en bordarle de oro el vestido de terciopelo negro que llevó a *Rigoletto*, era muy pesado el vestido. ¡Oh! ¿Y Teresa Luz? lindísima, Teresa Luz: bueno, la boca, sí, la boca no es perfecta, los labios son demasiado finos; ¡ah, los ojos! bueno, los ojos son un poco fríos, no calientan, no penetran: pero qué vaguedad tan dulce; hacen pensar en las espumas de la mar. Y, ¡cómo persigue a María Vargas ese caballerete que ha venido de París, con sus versos copiados de François Coppée, y su política de alquiler, que vino, sirviendo a la oposición y ya está poco menos que con el Gobierno! El padre de María Vargas va a ser ministro y él quiere ser diputado. Elegante sí es. El peinado es ridículo, con la raya en mitad de la cabeza y la frente escondida bajo las ondas. Ni a las mujeres está bien eso de cubrirse la frente, donde está la luz del rostro. Que el cabello la sombree un poco con sus ondas naturales; pero ¿a qué cubrir la frente, espejo donde los amantes se asoman a ver su propia alma, tabla de mármol blanco donde se firman las promesas puras, nido de las manos lastimadas en los afanes de la vida? Cuando se

¹⁴ Protagonista del drama *Le roi s'amuse*, de Víctor Hugo, basado en este rey francés. La versión operística, *Rigoletto*, escrita por el italiano Piave, cambia su nombre por el de Duque de Mantua. A todas luces, José Martí usa como referencia la pieza de Hugo.

padece mucho, no se desea un beso en los labios sino en la frente. Y ese mismo poetín lo dijo muy bien el otro día en sus versos «A una niña muerta», era algo así como esto: Las rosas del alma suben a las mejillas: las estrellas del alma, a la frente. Hay algo de tenebroso y de inquietante en esas frentes cubiertas. No, Adela, no, a Vd. le está encantadora esa selva de ricitos: así pintaban en los cuadros de antes a los cupidos revoloteando sobre la frente de las diosas. No, Adela, no le hagas caso: esas frentes cubiertas, me dan miedo. Es que ya se piensan unas cosas, que las mujeres se cubren la frente, de miedo de que se las vean. Oh, no, Ana: ¿qué han de pensar Vds. más que jazmines y claveles? Pues que no, Pedro: rompa Vd. las frentes, y verá dentro, en unos tiestitos que parecen bocas abiertas, unas plantas secas, que dan unas florecitas redondas y amarillas. Y Ana iba así ennobleciendo la conversación, porque Dios le había dado el privilegio de las flores: el de perfumar. Adela, silenciosa hacía un momento, alzó la cabeza y mantuvo algún tiempo los ojos fijos delante de sí, viendo cómo el perfil céltico de Pedro, con su hermosa barba negra, se destacaba, a la luz sana de la tarde, sobre el zócalo del mármol que revestía una de las anchas columnas del corredor de la casa. Bajó la cabeza, y a este movimiento, se desprendió de ella la rosa encarnada, que cayó deshaciéndose a los pies de Pedro.

Juan y Lucía aparecieron por el corredor, ella como arrepentida y sumisa, él como siempre sereno y bondadoso. Hermosa era la pareja, tal como se venían lentamente acercando al grupo de sus amigas en el patio. Altos los dos, Lucía más de lo que sentaba a sus años y sexo, Juan, de aquella elevada estatura, realzada por las proporciones de las formas, que en sí misma lleva algo de espíritu, y parece dispuesta por la naturaleza al heroísmo y al triunfo. Y allá, en la penumbra del corredor, como un rayo de luz diese sobre el rostro de Juan,¹⁵ y de su brazo, aunque un poco a su zaga, venía Lucía, en la frente de él, vasta y blanca, parecía que se abría una rosa de plata: y de la de Lucía se veían solo, en la sombra oscura del rostro, sus ojos llameantes, como dos amenazas.

—Esta Ana imprudente, dijo Juan con su voz de caricia: ¿cómo no tiene miedo a este aire del crepúsculo?

—¡Pero si es ya el mío natural, Juan querido! Vamos, Pedro: deme el brazo.

¹⁵ En ELA y en la edición de Quesada y Aróstegui aparece el nombre de Pedro. Es una errata evidente, pues se hace referencia a Juan. Esta irregularidad se reitera en la primera y segunda edición de OC.

—Pero pronto, Pedro, que esta es la hora en que los aromas suben de las flores, y si no la haces presa, se nos escapa.

—¡Este Juan bueno! ¿No es verdad, Juan, que Lucía es una loca? Ya Adela y Pedro me están al lado cuchicheando, de apetito. Vamos, pues, que a esta hora la gente dichosa tiene deseo de tomar el chocolate.

El chocolate fragante les esperaba, servido en una mesa de ónix, en la linda antesala. Era aquel un capricho de domingo. Gustan siempre los jóvenes de lo desordenado e imprevisto. En el comedor, con dos caballeros de edad, discutía las cosas públicas el buen tío de Lucía y Ana, caballero de gorro de seda y pantuflas bordadas. La abuelita de la casa, la madre del señor tío, no salía ya de su alcoba, donde recordaba y rezaba.

La antesala era linda y pequeña, como que se tiene que ser pequeño para ser lindo. De unos tulipanes de cristal trenzado, suspendidos en un ramo del techo por un tubo oculto entre hojas de tulipán simuladas en bronce, caía sobre la mesa de ónix la claridad anaranjada y suave de la lámpara de luz eléctrica incandescente. No había más asientos que pequeñas mecedoras de Viena, de rejilla menuda y madera negra. El pavimento de mosaico de colores tenues que, como el de los atrios de Pompeya, tenía la inscripción «Salve», en el umbral, estaba lleno de banquetas revueltas, como de habitación en que se vive: porque las habitaciones se han de tener lindas, no para enseñarlas, por vanidad, a las visitas, sino para vivir en ellas. Mejora y alivia el contacto constante de lo bello. Todo en la tierra, en estos tiempos negros, tiende a rebajar el alma, todo, libros y cuadros, negocios y afectos, ¡aun en nuestros países azules! Conviene tener siempre delante de los ojos, alrededor, ornando las paredes, animando los rincones donde se refugia la sombra, objetos bellos, que la colorean y la disipen.

Linda era la antesala, pintado el techo con los bordes de guirnalda de flores silvestres, las paredes cubiertas, en sus marcos de roble liso dorado, de cuadros de Madrazo¹⁶ y de Nittis,¹⁷ de Fortuny¹⁸ y de Pasini,¹⁹ grabados en Goupil; de dos en dos estaban colgados los cuadros, y entre cada dos grupos de ellos, un estantillo de ébano, lleno de libros, no más ancho que los cuadros, ni más alto ni bajo que el grupo. En la

¹⁶ Raimundo Madrazo.

¹⁷ Giuseppe de Nittis.

¹⁸ Mariano Fortuny i Marsal.

¹⁹ Alberto Pasini.

mitad del testero que daba frente a la puerta del corredor, una esbelta columna de mármol negro sustentaba un aéreo busto de la Mignon de Goethe,²⁰ en mármol blanco, a cuyos pies, en un gran vaso de porcelana de Tokio, de ramazones azules, Ana ponía siempre mazos de jazmines y de lirios. Una vez la traviesa Adela había colgado al cuello de Mignon una guirnalda de claveles encarnados. En este testero no había libros, ni cuadros que no fuesen grabados de episodios de la vida de la triste niña, y distribuidos como un halo en la pared en derredor del busto. Y en las esquinas de la habitación, en caballetes negros, sin ornamentos dorados, ostentaban su rica encuadernación cuatro grandes volúmenes. *El Cuervo*, de Edgar Poe,²¹ el Cuervo desgarrador y fatídico, con láminas, de Gustavo Doré,²² que se llevan la mente por los espacios vagos en alas de caballos sin freno: el *Rubaiyat*, el poema persa, el poema del vino moderado y las rosas frescas, con los dibujos apodícticos²³ del norteamericano Elihu Vedder; un rico ejemplar manuscrito, empastado en seda lila, de *Las Noches*, de Alfredo Musset,²⁴ y un *Wilhelm Meister*, el libro de Mignon, cuya pasta original, recargada de arabescos insignificantes, había hecho reemplazar Juan, en París, por una de tafilete negro mate embutido con piedras preciosas: topacios tan claros como el alma de la niña, turquesas, azules como sus ojos; no esmeraldas, porque no hubo en aquella vaporosa vida; ópalos, como sus sueños; y un rubí grande y saliente, como su corazón hinchado y roto. En aquel singular regalo a Lucía, gastó Juan sus ganancias de un año. Por los bajos de la pared, y a manera de sillas, había, en trípodes de ébano, pequeños vasos chinos, de colores suaves, con mucho amarillo y escaso rojo. Las paredes, pintadas al óleo, con guirnalda de flores, eran blancas. Causaba aquella antesala, en cuyo arreglo influyó Juan, una impresión de fe y de luz.

Y allí se sentaron los cinco jóvenes, a gustar en sus tazas de coco el rico chocolate de la casa, que en hacerlo fragante era famosa. No tenía mucho azúcar, ni era espeso. ¡Para gente mayor, el chocolate espeso! Adela, caprichosa, pedía para sí la taza que tuviese más espuma.

—Esta, Adela: le dijo Juan, poniendo ante ella, antes de sentarse, una de las tazas de coco negro, en la que la espuma hervía, tornasolada.

²⁰ Johann Wolfgang Goethe.

²¹ Edgar Allan Poe.

²² Gustave Doré.

²³ Errata en ELA que se reitera en la edición de Quesada y Aróstegui: «apolícticos».

²⁴ Alfred de Musset.

—¡Malvado! le dijo Adela, mientras que todos reían, ¿me has dado la de la ardilla!

Eran unas tazas, extrañas también, en que Juan, amigo de cosas patrias, había sabido hacer que el artífice combinara la novedad y el arte. Las tazas eran de esos coquillos negros de óvalo perfecto, que los indígenas realzan con caprichosas labores y leyendas, sumisas estas como su condición, y aquellas pomposas, atrevidas y extrañas, muy llenas de alas y de serpientes, recuerdos tenaces de un arte original y desconocido que la conquista hundió en la tierra, a botes de lanza. Y estos coquillos negros estaban muy pulidos por dentro, y en todo su exterior trabajados en relieve sutil como encaje. Cada taza descansaba en una trípode de plata, formada por un atributo de algún ave o fiera de América, y las dos asas eran dos preciosas miniaturas, en plata también, del animal simbolizado en la trípode. En tres colas de ardilla se asentaba la taza de Adela, y a su chocolate se asomaban las dos ardillas, como a un mar de nueces. Dos quetzales altivos, dos quetzales de cola de tres plumas, larga la del centro como una flecha verde, se asían a los bordes de la taza de Ana: ¡el quetzal noble, que cuando cae cautivo o ve rota la pluma larga de su cola, muere! Las asas de la taza de Lucía eran dos pumas elásticos y fieros, en la opuesta colocación de dos enemigos que se acechan: descansaba sobre tres garras de puma, el león americano. Dos águilas eran las asas de la de Juan; y la de Pedro, la del buen mozo Pedro, dos monos capuchinos.

Juan quería a Pedro, como los espíritus fuertes quieren a los débiles, y como, a modo de nota de color o de grano de locura, quiere, cual forma suavísima del pecado, la gente que no es ligera a la que lo es.

Los hombres austeros tienen en la compañía momentánea de esos pisaverdes alocados el mismo género de placer que las damas de familia que asisten de tapadillo a un baile de máscaras. Hay cierto espíritu de independencia en el pecado, que lo hace simpático cuando no es excesivo. Pocas son por el mundo las criaturas que, hallándose con las encías provistas de dientes, se deciden a no morder, o reconocen que hay un placer más profundo que el de hincar los dientes, y es no usarlos. Pues, ¿para qué es la dentadura, se dicen los más; sobre todo cuando la tienen buena, sino para lucirla, y triturar los manjares que se lleguen a la boca? Y Pedro era de los que lucían la dentadura.

Incapaz, tal vez, de causar mal en conciencia, el daño estaba en que él no sabía cuando causaba mal, o en que, siendo la satisfacción de un deseo, él no veía en ella mal alguno, sino que toda hermosura, por serlo, le parecía de él, y en su propia belleza, la belleza funesta de un hombre

perezoso y adocenado, veía como un título natural, título de león, sobre los bienes de la tierra, y el mayor de ellos, que son sus bellas criaturas. Pedro tenía en los ojos aquel inquieto centelleo que subyuga y convida: en actos y palabras, la insolente firmeza que da la costumbre de la victoria, y en su misma arrogancia tal olvido de que la tenía, que era la mayor perfección y el más temible encanto de ella.

Viajero afortunado; con el caudal ya corto de su madre, por tierras de afuera, perdió en ellas, donde son pecadillos las que a nosotros nos parecen con justicia infamias, aquel delicado concepto de la mujer sin el que, por grandes esfuerzos que haga luego la mente, no le es lícito gozar, puesto que no le es lícito creer en el amor de la más limpia criatura. Todos aquellos placeres que no vienen derechamente y en razón de los afectos legítimos, aunque sean champaña de la vanidad, son acíbar de la memoria. Eso en los más honrados, que en los que no lo son, de tanto andar entre frutas estrujadas, llegan a enviciarse los ojos de manera que no tienen más arte ni placer que los de estrujar frutas. Solo Ana, de cuantas jóvenes había conocido a su vuelta de las malas tierras de afuera, le había inspirado, aun antes de su enfermedad, un respeto que en sus horas de reposo solía trocarse en un pensamiento persistente y blando. Pero Ana se iba al cielo: Ana, que jamás hubiera puesto a aquel turbulento mancebo de señor de su alma apacible, como un palacio de nácar; pero que, por esa fatal perversión que atrae a los espíritus desemejantes, no había visto sin un doloroso interés y una turbación primaveral, aquella rica hermosura de hombre, airosa y firme, puesta por la naturaleza como vestidura a un alma escasa, tal como suelen algunos cantantes transportar a inefables deliquios y etéreas esferas a sus oyentes, con la expresión en notas querrellosas y cristalinas, blancas como palomas o agudas como puñales, de pasiones que sus espíritus burdos son incapaces de entender ni sentir. ¿Quién no ha visto romper en actos y palabras brutales contra su delicada mujer a un tenor que acababa de cantar, con sobrehumano poder, el «Spirto Gentil» de la *Favorita*? Tal la hermosura sobre las almas escasas.

Y Juan, por aquella seguridad de los caracteres incorruptibles, por aquella benignidad de los espíritus superiores, por aquella afición a lo pintoresco de las imaginaciones poéticas, y por lazos de niño, que no se rompen sin gran dolor del corazón, Juan quería a Pedro.²⁵

²⁵ Aquí concluye la segunda entrega de la novela. A partir del párrafo siguiente se inicia la tercera, aparecida el 15 de junio de 1885 (año 1, no. 17), en la primera página de ELA.

Hablaban de las últimas modas, de que en París se rehabilita el color verde, de que en París, decía Pedro, nada más se vive.

—Pues yo no, decía Ana. Cuando Lucía sea ya señora formal, adonde vamos los tres es a Italia y a España: ¿verdad, Juan?

—Verdad, Ana. Adonde la naturaleza es bella y el arte ha sido perfecto. A Granada, donde el hombre logró lo que no ha logrado en pueblo alguno de la tierra: cincelar en las piedras sus sueños: a Nápoles, donde el alma se siente contenta, como si hubiera llegado a su término. ¿Tú no querrás, Lucía?

—Yo no quiero que tú veas nada, Juan. Yo te haré, en ese cuarto la Alhambra, y en este patio Nápoles; y tapiaré las puertas, ¡y así viajaremos!

Rieron todos; pero Adela ya había echado camino de París, quién sabe con qué compañero, los deseos alegres. Ella quería saberlo todo, no de aquella tranquila vida interior y regalada, al calor de la estufa, leyendo libros buenos, después de curiosear discretamente por entre las novedades francesas, y estudiar con empeño tanta riqueza artística como París encierra; sino la vida teatral y nerviosa, la vida de museo que en París generalmente se vive, siempre en pie, siempre cansado, siempre adolorido; la vida de las heroínas de teatro, de las gentes que se enseñan, damas que enloquecen, de los nababs que deslumbran con el pródigo empleo de su fortuna.

Y mientras que Juan, generoso, dando suelta al espíritu impaciente, sacaba ante los ojos de Lucía, para que se le fuese aquietando el carácter, y se preparaba a acompañarle por el viaje de la existencia, las interioridades luminosas de su alma peculiar y excelsa, y decía cosas que, por la nobleza que enseñaban o la felicidad que prometían, hacían asomar lágrimas de ternura y de piedad a los ojos de Ana, —Adela y Pedro, en plena Francia, iban y venían, como del brazo, por bosques y bulevares. «La Judic²⁶ ya no se viste con Worth.²⁷ La mano de la Judic es la más bonita de París. En las carreras es donde se lucen los mejores vestidos. ¡Qué linda estaría Adela, en el pescante de un coche de carreras, con un vestido de lila muy suave, adornado con pasamanería de plata! ¡Ah, y con un guía como Pedro, que conocía tan bien la ciudad, qué pronto no se estaría al corriente de todo! ¡Allí no se vive con estas trabas de aquí, donde todo es malo! La mujer es aquí una esclava disfrazada: allí es donde es la reina. Eso es París ahora: el reinado de la mujer. Acá, todo

²⁶ Anne Judic.

²⁷ Charles Frederick Worth.

es pecado: si se sale, si se entra, si se da el brazo a un amigo, si se lee un libro ameno. ¡Pero esa es una falta de respeto, eso es ir contra las obras de la naturaleza! ¿Porque una flor nace en un vaso de Sevres, se la ha de privar del aire y de la luz? ¿Porque la mujer nace más hermosa que el hombre, se le ha de oprimir el pensamiento, y so pretexto de un recato gazmoño, obligarla a que viva, escondiendo sus impresiones, como un ladrón esconde su tesoro en una cueva? Es preciso, Adelita, es preciso. Las mujeres más lindas de París son las sudamericanas. ¡Oh, no habría en París otra tan chispeante como ella!».

—Vea, Pedro, interrumpió a este punto Ana, con aquella sonrisa suya que hacía más eficaces sus reproches, déjeme quieta a Adela. Ud. sabe que yo pinto, ¿verdad?

—Pinta unos cuadritos que parecen música; todos llenos de una luz que sube; con muchos ángeles y serafines. ¿Por qué no nos enseñas el último, Ana mía? Es lindísimo, Pedro, y sumamente extraño.

—¡Adela, Adela!

—De veras que es muy extraño. Es como en una esquina de jardín y el cielo es claro, muy claro y muy lindo. Un joven... muy buen mozo... vestido con un traje gris muy elegante, se mira las manos asombrado. Acaba de romper un lirio, que ha caído a sus pies, y le han quedado las manos manchadas de sangre.

—¿Qué le parece, Pedro, de mi cuadro?

—Un éxito seguro. Yo conocí en París a un pintor de México, un Manuel Ocaranza,²⁸ que hacía cosas como esas.

—Entre los caballeros que rompen o manchan lirios quisiera yo que tuviese éxito mi cuadro. ¡Quién pintara de veras, y no hiciera esos borrzones míos! Pedro: borrón y todo, en cuanto me ponga mejor, voy a hacer una copia para Vd.

—¡Para mí! Juan, ¿por qué no es este el tiempo en que no era mal visto que los caballeros besasen la mano a las damas?

—Para Vd., pero a condición de que lo ponga en un lugar tan visible que por todas partes le salte a los ojos. Y, ¿por qué estamos hablando ahora de mis obras maestras? ¡Ah! porque Vd. me le hablaba a Adela mucho de París. ¡Otro cuadro voy a empezar en cuanto me ponga buena! Sobre una colina voy a pintar un monstruo sentado. Pondré la luna en cenit, para que caiga de lleno sobre el lomo del monstruo, y me permita simular con líneas de luz en las partes salientes los edificios de París más famosos. Y mientras la luna le acaricia el lomo, y se ve por el

²⁸ Manuel Ocaranza e Hinojosa.

contraste del perfil luminoso toda la negrura de su cuerpo, el monstruo, con cabeza de mujer, estará devorando rosas. Allá por un rincón se verán jóvenes flacas y desmelenadas que huyen, con las túnicas rotas, levantando las manos al cielo.

—Lucía, dijo Juan reprimiendo mal las lágrimas, al oído de su prima, siempre absorta: ¡y que esta pobre Ana se nos muera!

Pedro no hallaba palabras oportunas, sino aquella confusión y malestar que la gente dada a la frivolidad y el gozo experimenta en la compañía íntima de una de esas criaturas que pasan por la tierra, a manera de visión, extinguiéndose plácidamente, con la feliz capacidad de adivinar las cosas puras, sobrehumanas, y la hermosa indignación por la batalla de apetitos feroces en que se consume la tierra.

—De fieras, yo conozco dos clases, decía una vez Ana: una se viste de pieles, devora animales, y anda sobre garras; otra se viste de trajes elegantes, come animales y almas y anda sobre una sombrilla o un bastón. No somos más que fieras reformadas.

Aquella Ana, cuando estaba en la intimidad, solía decir de estas cosas singulares. ¿Dónde había sufrido tanto la pobre niña salida apenas del círculo de su casa venturosa, que así había aprendido a conocer y perdonar? ¿Se vive antes de vivir? ¿O las estrellas, ganosas de hacer un viaje de recreo por la tierra, suelen por algún tiempo alojarse en un cuerpo humano? ¡Ay! por eso duran tan poco los cuerpos en que se alojan las estrellas.

—¿Conque Ana pinta, y *La Revista de Artes* está buscando cuadros de autores del país que dar a conocer, y este Juan pecador no ha hecho ya publicar esas maravillas en *La Revista*?

—Esta Ana nuestra, Pedro, se nos enoja de que la queramos sacar a luz. Ella no quiere que se vean sus cuadros hasta que no los juzgue bastante acabados para resistir la crítica. Pero la verdad es, Ana, que Pedro Real tiene razón.

—¿Razón, Pedro Real? dijo Ana con una risa cristalina, de madre generosa. No, Juan. Es verdad que las cosas de arte que, no son absolutamente necesarias, no deben hacerse sino cuando se pueden hacer enteramente bien, y estas cosas que yo hago, que veo vivas y claras en lo hondo de mi mente, y con tal realidad que me parece que las palpo, me quedan luego en la tela tan contrahechas y duras que creo que mis visiones me van a castigar, y me regañan, y toman mis pinceles de la caja, y a mí de una oreja, y me llevan delante del cuadro para que vea cómo borran coléricas la mala pintura que hice de ellas. Y luego, ¿qué he de saber yo, sin más dibujo que el que me enseñó el señor Mazuchelli, ni más colores que estos tan pálidos que saco de mí misma?

Seguía Lucía con ojos inquietos la fisonomía de Juan, profundamente interesado en lo que en uno de esos momentos de explicación de sí mismos que gustan de tener los que llevan algo en sí y se sienten morir, iba diciendo Ana. ¡Qué Juan aquel, que la tenía al lado, y pensaba en otra cosa! Ana, sí, Ana era muy buena; pero ¿qué derecho tenía Juan a olvidarse tanto de Lucía, y estando a su lado, poner tanta atención en las rarezas de Ana? Cuando ella estaba a su lado, ella debía ser su único pensamiento. Y apretaba sus labios; se le encendían de pronto, como de un vuelco de la sangre las mejillas; enrollaba nerviosamente en el dedo índice de la mano izquierda un finísimo pañuelo de batista y encaje. Y lo enrolló tanto y tanto, y lo desenrollaba con tal violencia, que yendo rápidamente de una mano a la otra, el lindo pañuelo parecía una víbora, una de esas víboras blancas que se ven en la costa yucateca.²⁹

—Pero no es por eso por lo que no enseño yo a nadie mis cuadritos, siguió Ana; sino porque cuando los estoy pintando, me alegro o me entristezco como una loca, sin saber por qué: salto de contento, yo que no puedo saltar ya mucho, cuando creo que con un rasgo de pincel le he dado a unos ojos, o a la tórtola viuda que pinté el mes pasado, la expresión que yo quería; y si pinto una desdicha, me parece que es de veras, y me paso horas enteras mirándola, o me enojo conmigo misma si es de aquellas que yo no puedo remediar, como en esas dos telitas mías que tú conoces, Juan, *La madre sin hijo*, y el hombre que se muere en un sillón, mirando en la chimenea el fuego apagado: *El hombre sin amor*. No se ría, Pedro, de esta colección de extravagancias. Ni diga que estos asuntos son para personas mayores; las enfermas son como unas viejitas, y tienen derecho a esos atrevimientos.

—Pero, ¿cómo, le dijo Pedro subyugado, no han de tener sus cuadros todo el encanto y el color de ópalo de su alma?

—¡Oh! ¡oh! a lisonja llaman: vea que ya no es de buen gusto ser lisonjero. La lisonja en la conversación, Pedro, es ya como la Arcadia en la pintura: ¡cosa de principiantes!

—Pero, ¿por qué decías, puso aquí Juan, que no querías exhibir tus cuadros?

—Porque como desde que los imagino hasta que los acabo voy poniendo en ellos tanto de mi alma, al fin ya no llegan a ser telas, sino mi alma misma, y me da vergüenza de que me la vean, y me parece que he

²⁹ En unos apuntes fragmentarios de fecha indeterminada, José Martí escribió lo siguiente: «El tepulucal (tapa el c...) de Izquintepeque, es tal vez la misma víbora blanca Ulum: excreta por la mitad del cuerpo: tiene dos cabezas plateadas; ligeras. Muy deleznable».

pecado con atreverme a asuntos que están mejor para nube que para colores, y como solo yo sé, cuánta paloma arrulla, y cuánta violeta se abre, y cuánta estrella lucen lo que pinto; como yo sola siento cómo me duele el corazón, o se me llena todo el pecho de lágrimas o me laten las sienes, como si me las azotasen alas, cuando estoy pintando; como nadie más que yo sabe, que esos pedazos de lienzo, por desdichados que me salgan, son pedazos de entrañas mías en que he puesto con mi mejor voluntad lo mejor que hay en mí, ¡me da como una soberbia de pensar que si los enseño en público, uno de esos críticos sabios o caballerines presuntuosos me diga, por lucir un nombre recién aprendido de pintor extranjero, o una linda frase, que esto que yo hago es de Chaplin³⁰ o de Lefèvre,³¹ o a mi cuadrito *Flores vivas*, que he descargado sobre él una escopeta llena de colores! ¿Te acuerdas? ¡como si no supiera yo que cada flor de aquellas es una persona que yo conozco, y no hubiera yo estudiado tres o cuatro personas de un mismo carácter, antes de simbolizar el carácter en una flor; como si no supiese yo quién es aquella rosa roja, altiva, con sombras negras, que se levanta por sobre todas las demás en su tallo sin hojas, y aquella otra flor azul que mira al cielo como si fuese a hacerse pájaro y a tender a él las alas, y aquel aguinaldo lindo que trepa humildemente, como un niño castigado, por el tallo de la rosa roja! ¡Malos! ¡escopeta cargada de colores!

—Ana: yo sí que te recogería a ti, con tu raíz, como una flor, y en aquel gran vaso indio que hay en mi mesa de escribir, te tendría perpetuamente, para que nunca se me desconsolase el alma.

—Juan, dijo Lucía, como a la vez conteniéndose y levantándose: ¿quieres venir a oír el *M'odi tu*, que me trajiste el sábado? ¡No lo has oído todavía!

—¡Ah!, y a propósito, no saben Vds., dijo Pedro como poniéndose ya en pie para despedirse, que la cabeza ideal que ha publicado en su último número *La Revista de Artes...*

—¿Qué cabeza? preguntó Lucía, ¿una que parece de una virgen de Rafael, pero con ojos americanos, con un talle que parece el cáliz de un lirio?

—Esa misma, Lucía: pues no es una cabeza ideal, sino la de una niña que va a salir la semana que viene del colegio, y dicen que es un pasmo de hermosura: es la cabeza de Leonor del Valle.

Se puso en pie Lucía con un movimiento que pareció un salto; y Juan alzó del suelo, para devolvérselo, el pañuelo, roto.

³⁰ Charles-Josuah Chaplin.

³¹ Jules Lefèvre.

CAPÍTULO II

Como veinte años antes de la historia que vamos narrando, llegaron a la ciudad donde sucedió, un caballero de mediana edad y su esposa, nacidos ambos en España, de donde, en fuerza de cierta indómita condición del honrado don Manuel del Valle, que le hizo mal mirado de las gentes del poder como cabecilla y vocero de las ideas liberales, decidió al fin salir el señor don Manuel; no tanto porque no le bastase al sustento su humilde mesa de abogado de provincia, cuanto porque siempre tenía, por moverse o por estarse quedo, al guindilla, como llaman allá al policía, encima; y porque, a consecuencia de querer la libertad limpia y para buenos fines, se quedó con tan pocos amigos entre los mismos que parecían defenderla, y lo miraban como a un celador enojoso, que esto más le ayudó a determinar, de un golpe de cabeza; venir a «las Repúblicas de América», imaginando, que donde no había reina liviana,³² no habría gente oprimida, ni aquella trailla³³ de cortesanos perezosos y aduladores, que a don Manuel le parecían vergüenza rematada de su especie, y, por ser hombre él, como un pecado propio.

Era de no acabar de oírle, y tenerle que rogar que se calmase, cuando con aquel lenguaje pintoresco y desembarazado recordaba, no sin su buena cerrazón de truenos y relámpagos y unas amenazas grandes como torres, los bellacos oficios de tal o de cual marquesa, que auxiliando ligerezas ajenas querían hacer, por lo comunes, menos culpables las propias; o tal historia de un capitán de guardias, que pareció bien en la corte con su ruda belleza de montañés y su cabello abundante y alborotado, y apenas entrevió su buena fortuna tomó prestados unos dineros, con que enrizarse, en lo del peluquero la cabellera, y en lo del sastre vestir de paño bueno, y en lo del calzador comprarse unos botitos, con que estar galán en la hora en que debía ir a palacio, donde al volver el capitán con estas donosuras, pareció tan feo y presumido que en poco estuvo que perdiese algo más que la capitanía. Y de unas jiras, o fiestas de campo, hablaba de tal manera don Manuel, así como de ciertas cenas en la fonda de un francés, que cuando contaba de ellas no podía estar sentado; y daba con el puño sobre la mesa que le andaba cerca, como para acentuar las palabras, y arreciaban los truenos, y abría cuantas ventanas o puertas hallaba a mano. Se desfiguraba el buen caballero español, de

³² Alusión a Isabel II, reina de España, acerca de cuyos numerosos amoríos fueron frecuentes los comentarios.

³³ Errata en ELA, asumida por la edición de Quesada y Aróstegui: «trabilla».

santa ira, la cual, como apenado luego de haberle dado riendas en tierra que al fin no era la suya, venía siempre a parar en que don Manuel tocase en la guitarra que se había traído cuando el viaje, con una ternura que solía humedecer los ojos suyos y los ajenos, unas serenatas de su propia música, que más que de la rondalla aragonesa que le servía como de arranque y *ritornello*, tenía de desesperada canción de amores de un trovador muerto de ellos por la dama de un duro castellano, en un castillo, allá tras de los mares, que el trovador no había de ver jamás.

En esos días la linda doña Andrea, cuyas largas trenzas de color castaño eran la envidia de cuantas se las conocían, extremaba unas pocas habilidades de cocina, que se trajo de España, adivinando que complacería con ellas más tarde a su marido. Y cuando en el cuarto de los libros, que en verdad era la sala de la casa, centelleaba don Manuel, sacudiéndose más que echándose sobre uno y otro hombro alternativamente los cabos de la capa que so pretexto de frío se quitaba raras veces, era fijo que andaba entrando y saliendo por la cocina, con su cuerpo elegante y modesto, la buena señora doña Andrea, poniendo mano en un pisto manchego, o aderezando unas farinetas³⁴ de Salamanca que a escondidas había pedido a sus parientes en España, o preparando, con más voluntad que arte, un arroz con chorizo, de cuyos primores, que acababan de calmar las iras del republicano, jamás dijo mal don Manuel del Valle, aun cuando en sus adentros reconociese que algo se había quemado allí, o sufrido accidente mayor: o los chorizos, o el arroz, o entrambos. ¡Fuera de la patria, si piedras negras se reciben de ella, de las piedras negras parece que sale luz de astro!

Era de acero fino don Manuel, y tan honrado, que nunca, por muchos que fueran sus apuros, puso su inteligencia y saber, ni excesivos ni escasos, al servicio de tantos poderosos e intrigantes como andan por el mundo, quienes suelen estar prontos a sacar de agonía a las gentes de talento menesterosas, con tal que estas se presten a ayudar con sus habilidades el éxito de las tramas con que aquellos promueven y sustentan su fortuna: de tal modo que, si se va a ver, está hoy viviendo la gente con tantas mañas, que es ya hasta de mal gusto ser honrado.

En este diario y en aquel, no bien puso el pie en el país, escribió el señor Valle con mano ejercitada, aunque un tanto febril y descompuesta, sus azotainas contra las monarquías y vilezas que engendra, y sus himnos, encendidos como cantos de batalla, en loor de la libertad, de

³⁴ Comida confeccionada con harina, cocida con agua y sal, que se puede aderezar con leche, miel u otro aliño.

que «los campos nuevos y los altos montes y los anchos ríos de esta linda América, parecen natural sustento».

Mas a poco de esto, hacía veinticinco años a la fecha de nuestra historia, tales cosas iba viendo nuestro señor don Manuel que volvió a tomar la capa, que por inútil había colgado en el rincón más hondo del armario, y cada día se fue callando más, y escribiendo menos, y arrebujándose mejor en ella, hasta que guardó las plumas, y muy apegado ya a la clemente temperatura del país y al dulce trato de sus hijos para pensar en abandonarlo, determinó abrir escuela; si bien no introdujo en el arte de enseñar, por no ser aún este muy sabido tampoco en España, novedad alguna que acomodase mejor a la educación de los hispanoamericanos fáciles y ardientes, que los torpes métodos en uso, ello es que con su Iturzaeta³⁵ y su Aritmética de Krüger³⁶ y su Dibujo Lineal, y unas encendidas lecciones de Historia, de que salía bufando y escapando Felipe Segundo³⁷ como comido de llamas, el señor Valle sacó una generación de discípulos, un tanto románticos y dados a lo maravilloso, pero que fueron a su tiempo mancebos de honor y enemigos tenaces de los gobiernos tiránicos. Tanto que hubo vez en que, por cosas como las de poner en su lugar a Felipe Segundo, estuvo a punto el señor don Manuel de ir, con su capa y su cuaderno de Iturzaeta, a dar en manos de los guindillas americanos «en estas mismísimas Repúblicas de América». A la fecha de nuestra historia, hacía ya unos veinticinco años de esto.

Tan casero era don Manuel, que apenas pasaba año sin que los discípulos tuviesen ocasión de celebrar, cuál con una gallina, cuál con un par de pichones, cuál con un pavo, la presencia de un nuevo ornamento vivo de la casa.

—Y ¿qué ha sido, don Manuel? ¿Algún Aristogitón que haya de librar a la patria del tirano?

—¡Calle Vd., paisano: calle Vd. Un malakoff más! Malakoff,³⁸ llamaban entonces, por la torre famosa en la guerra de Crimea, a lo que en llano se ha llamado siempre miriñaque o crinolina.

Y don Manuel quería mucho a sus hijos, y se prometía vivir cuanto pudiese para ellos; pero le andaba desde hacía algún tiempo por el lado

³⁵ José Francisco Iturzaeta.

³⁶ Probablemente aluda al libro *Aritmética mercantil* de Jakobo Kruger.

³⁷ Felipe II.

³⁸ A pesar del tiempo que duró esta batalla y las miles de bajas que provocó de ambas partes, no fue un triunfo que determinó el fin de la guerra de Crimea. En tal sentido, parece que en el lenguaje popular de la época el término definía asuntos de poca importancia como los propios miriñaques —refajos huecos con armadores de alambres— a que Martí hace referencia.

izquierdo del pecho un carcominillo que le molestaba de verdad, como una cestita de llamas que estuviera allí encendida, de día y de noche, y no se apagase nunca. Y como cuando la cestita le quemaba con más fuerza sentía él un poco paralizado el brazo del corazón, y todo el cuerpo vibrante, como las cuerdas de un violín, y después de eso le venían de pronto unos apetitos de llorar y una necesidad de tenderse por tierra, que le ponían muy triste, aquel buen don Manuel no veía sin susto como le iban naciendo tantos hijos, que en el caso de su muerte habían de ser más un estorbo que una ayuda para «esa pobre Andrea, que es mujer muy señora y bonaza, pero ¡para poco, para poco!».

Cinco hijas llegó a tener don Manuel del Valle, mas antes de ellas le había nacido un hijo, que desde niño empezó a dar señales de ser alma de pro. Tenía gustos raros y bravura desmedida, no tanto para lidiar con sus compañeros, aunque no rehuía la lidia en casos necesarios, como para afrontar situaciones difíciles, que requerían algo más que la fiereza de la sangre o la presteza de los puños. Una vez, con unos cuantos compañeros suyos, publicó en el colegio un periodiquín manuscrito, y por supuesto revolucionario, contra cierto pedante profesor que prohibía a sus alumnos argumentarle sobre los puntos que les enseñaba: y como un colegial aficionado al lápiz, pintase de pavo real a este maestrizo, en una lámina repartida con el periodiquín, y don Manuel, en vista de la queja del pavo real, amenazara en sala plena con expulsar del colegio en consejo de disciplina al autor de la descortesía, aunque fuese su propio hijo, el gentil Manuelillo, digno primogénito del egregio varón, quiso quitar de sus compañeros toda culpa, y echarla entera sobre sí; y levantándose de su asiento, dijo, con gran perplejidad del pobre don Manuel, y murmullos de admiración de la asamblea:

—Pues, señor Director: yo solo he sido.

Y pasaba las noches en claro, luego que se le extinguía la vela escasa que le daban, leyendo a la luz de la luna. O echaba a caminar, con las *Empresas*³⁹ de Saavedra Fajardo⁴⁰ bajo el brazo, por las calles umbrosas de la Alameda, y creyéndose a veces nueva encarnación de las grandes figuras de la historia, cuyos gérmenes le parecía sentir en sí, y otras desesperando de hacer cosa que pudiera igualarlo a ellas, rompía a llorar, de desesperación y de ternura. O se iba de noche a la orilla de la

³⁹ *Idea de un príncipe político cristiano representada en cien empresas.*

⁴⁰ Diego Saavedra Fajardo.

mar, a que le salpicasen el rostro las gotas frescas que saltaban del agua salada al reventar contra las rocas.

Leía cuanto libro le caía a la mano. Montaba en cuanto caballo veía a su alcance: y mejor, si lo hallaba en pelo; y si había que saltar una cerca, mejor. En una noche se aprendía los libros que en todo el año escolar no podían a veces dominar sus compañeros; y aunque la Historia Natural, y la Universal, y cuanto añadiese algo útil a su saber, y le estimulase el juicio y la verba, eran sus materias preferidas, a pocas ojeadas penetraba el sentido de la más negra lección de Álgebra, tanto que su maestro, un ingeniero muy mentado y brusco, le ofreció enseñarle, en premio de su aplicación, la manera de calcular lo infinitésimo.

Escribía Manuelillo, en semejanza de lo que estaba en boga entonces, unas letrillas y artículos de costumbres que ya mostraban a un enamorado de la buena lengua; pero a poco se soltó por natural empuje, con vuelos suyos propios, y empezó a enderezar a los gobernantes que no dirigen honradamente a sus pueblos, unas odas tan a lo pindárico, y recibidas con tal favor entre la gente estudianteca, que en una revuelta que tramaron contra el Gobierno unos patricios que andaban muy solos, pues llevaban consigo la buena doctrina, fue hecho preso don Manuelillo, quien en verdad tenía en la sangre el microbio sedicioso; y bien que tuvieron que empeñarse los amigos pudientes de don Manuel para que en gracia de su edad saliese libre el Pindarito, a quien su padre, riñéndole con los labios, en que le temblaban los bigotes, como los árboles cuando va a caer la lluvia, y aprobándole con el corazón, envió a seguir, en lo que cometió grandísimo error, estudios de Derecho en la Universidad de Salamanca, más desfavorecida que otras de España, y no muy gloriosa ahora, pero donde tenía la angustiada doña Andrea los buenos parientes que le enviaban las farinetas.

Se fue el de las odas en un bergantín que había venido cargado de vinos de Cádiz; y, sentadito en la popa del barco, fijaba en la costa de su patria los ojos anegados de tan triste manera, que a pesar del águila nueva que llevaba en el alma, le parecía que iba todo muerto y sin capacidad de resurrección y que era él como un árbol prendido a aquella costa por las raíces, al que el buque llevaba atado por las ramas pujando mar afuera, de modo que sin raíces se quedaba el árbol, si lograba arrancarlo de la costa la fuerza del buque, y moría: o como el tronco no podía resistir aquella tirantez, se quebraría al fin, y moría también: pero lo que don Manuelillo veía claro, era que moría de todos modos. Lo cual, ¡ay! fue verdad, cuatro años más tarde, cuando de Salamanca había hallado aquel niño manera de pasar, como ayo en la casa de un conde

carlista,⁴¹ a estudiar a Madrid. Se murió de unas fiebres enemigas, que le empezaron con grandes aturdimientos de cabeza, y unas visiones dolorosas y tenaces que él mismo describía en su cama revuelta, de delirante, con palabras fogosas y desencajadas, que parecían una caja de joyas rotas; y sobre todo, una visión que tenía siempre delante de los ojos, y creía que se le venía encima, y le echaba un aire encendido en la frente, y se iba de mal humor, y se volvía a él de lejos, llamándole con muchos brazos: la visión de una palma en llamas. En su tierra, las llanuras que rodeaban la ciudad estaban cubiertas de palmas.

No murió don Manuel del pesar de que hubiese muerto su hijo, aunque bien pudo ser; sino que dos años antes, y sin que Manuelillo lo supiese, se sentó un día en su sillón, muy envuelto en su capa, y con la guitarra al lado, como si sintiese en el alma unas muy dulces músicas, a la vez que un frescor húmedo y sabroso, que no era el de todos los días, sino mucho más grato. Doña Andrea estaba sentada en una banqueta a sus pies, y lo miraba con los ojos secos, y crecidos, y le tenía las manos. Dos hijas lloraban abrazadas en un rincón: la mayor, más valiente, le acariciaba con la mano los cabellos, o lo entretenía con frases zalameras, mientras le preparaba una bebida; de pronto, desasiéndose bruscamente de las manos de doña Andrea, abrió don Manuel los brazos y los labios como buscando aire; los cerró violentamente alrededor de la cabeza de doña Andrea, a quien besó en la frente con un beso frenético; se irguió como si quisiera levantarse, con los brazos al cielo; cayó sobre el respaldo del asiento, estremeciéndosele el cuerpo horrendamente, como cuando en tormenta furiosa un barco arrebatado sacude la cadena que lo sujeta al muelle; se le llenó de sangre todo el rostro, como si en lo interior del cuerpo se le hubiese roto el vaso que la guarda y distribuye; y blanco, y sonriendo, con la mano casualmente caída sobre el mango de su guitarra, quedó muerto. Pero nunca se lo quiso decir doña Andrea a Manuelillo, a quien contaban que el padre no escribía porque sufría de reumatismo en las manos, para que no le entrase el miedo por las angustias de la casa, y quisiese venir a socorrerlas, interrumpiendo antes de tiempo sus estudios. Y era también que doña Andrea conocía

⁴¹ Partidario del carlismo. Tendencia política española que sostuvo el derecho alegado por don Carlos María Isidro de Borbón (llamado Carlos V por sus seguidores) y sus descendientes varones a ocupar el trono de España a partir del reinado de Isabel II, declarada soberana en el año 1833. Hubo varias guerras carlistas.

que su pobre hijo había nacido comido de aquellas ansias de redención y evangélica quijotería que le habían enfermado el corazón al padre, y acelerado su muerte; y como en la tierra en que vivían había tanto que redimir, y tanta cosa cautiva que libertar, y tanto entuerto que poner derecho, veía la buena madre, con espanto, la hora de que su hijo volviese a su patria, cuya hora, en su pensar, sería la del sacrificio de Manuelillo.

—¡Ay! decía doña Andrea, una vez que un amigo de la casa le hablaba con esperanzas del porvenir del hijo. Él será infeliz y nos hará aún más infelices sin quererlo. Él quiere mucho a los demás, y muy poco a sí mismo. Él no sabe hacer víctimas, sino serlo.⁴² Afortunadamente, aunque de todos modos, por desdicha de doña Andrea, Manuelillo había partido de la tierra antes de volver a ver la suya propia, ¡detrás de la palma encendida!⁴³

¿Quién que ve un vaso roto, o un edificio en ruina, o una palma caída, no piensa en las viudas? A don Manuel no le habían bastado las fuerzas, y en tierra extraña esto había sido mucho, más que para ir cubriendo decorosamente con los productos de su trabajo las necesidades domésticas. Ya el ayudar a Manuelillo a mantenerse en España le había puesto en muy grandes apuros.

Estos tiempos nuestros están desquiciados, y con el derrumbe de las antiguas vallas sociales y las finezas de la educación, ha venido a crearse una nueva y vastísima clase de aristócratas de la inteligencia, con todas las necesidades de parecer y gustos ricos que de ella vienen, sin que haya habido tiempo aún, en lo rápido del vuelco, para que el cambio en la organización y repartimiento de las fortunas corresponda a la brusca alteración en las relaciones sociales, producidas por las libertades políticas y la vulgarización de los conocimientos. Una hacienda ordenada es el fondo de la felicidad universal. Y búsquese en los pueblos, en las casas, en el amor mismo más acendrado y seguro, la causa de tantos trastornos y rupturas, que los oscurecen y afean, cuando no son causa del apartamiento, o de la muerte, que es otra forma de él: la hacienda es el estómago de la felicidad. Maridos, amantes, personas que aún tenéis que vivir y anheláis prosperar: ¡organizad bien vuestra hacienda!

⁴² Véase esta misma frase, más desarrollada, en el Cuaderno de apuntes no. 8 (1880-1882): «La cuestión en la vida está reducida a una simple frase:—O hacer víctimas, o serlo».

⁴³ Aquí concluye la tercera entrega de la novela. A partir del párrafo siguiente se inicia la cuarta, aparecida el 1.º de julio de 1885 (año 1, no. 18), en la primera página de ELA.

De este desequilibrio, casi universal hoy, padecía la casa de don Manuel, obligado con sus medios de hombre pobre a mantenerse, aunque sin ostentación ni despilfarro, como caballero rico. ¿Ni quién se niega, si los quiere bien, a que sus hijos brillantes e inteligentes, aprendan esas cosas de arte, el dibujar, el pintar, el tocar piano, que alegran tanto la casa, y elevan, si son bien comprendidas y caen en buena tierra, el carácter de quien las posee, esas cosas de arte que apenas hace un siglo eran todavía propiedad casi exclusiva de reinas y princesas? ¿Quién que ve a sus pequeñines finos y delicados, en virtud de esa aristocracia del espíritu que estos tiempos nuevos han sustituido a la aristocracia degenerada de la sangre, no gusta de vestirlos de linda manera, en acuerdo con el propio buen gusto cultivado, que no se contenta con falsificaciones y bellaquerías, y de modo que el vestir complete y revele la distinción del alma de los queridos niños? Uno, padrazo ya, con el corazón estremecido y la frente arrugada, se contenta con un traje negro bien cepillado y sin manchas, con el cual, y una cara honrada, se está bien y se es bien recibido en todas partes; pero, ¡para la mujer, a quien hemos hecho sufrir tanto! ¡para los hijos, que nos vuelven locos y ambiciosos, y nos ponen en el corazón la embriaguez del vino, y en las manos el arma de los conquistadores! ¡para ellos, oh, para ellos, todo nos parece poco!

De manera que, cuando don Manuel murió, solo había en la casa los objetos de su uso y adorno, en que no dejaba de adivinarse más el buen gusto que la holgura, los libros de don Manuel, que miraba la madre como pensamientos vivos de su esposo, que debían guardarse íntegros a su hijo ausente, y los enseres de la escuela, que un ayudante de don Manuel, que apenas le vio muerto, se alzó con la mayor parte de sus discípulos, halló manera de comprar a la viuda, abandonada así por el que en conciencia debió continuar ayudándola, en una suma corta, la mayor, sin embargo, que después de la muerte de don Manuel se vio nunca en aquella pobre casa. Hacen pensar en las viudas las palmas caídas.

Este o aquel amigo, es verdad, querían saber de vez en cuando qué tal le iba yendo a la pobre señora. ¡Oh! se interesaban mucho por su suerte. Ya ella sabía: en cuanto le ocurriese algo no tenía más que mandar. Para cualquier cosa, para cualquier cosa estaban a su disposición. Y venían en visita solemne, en día de fiesta, cuando suponían que había gente en la casa; y se iban haciendo muchas cortesías, como si con la ceremonia de ellas quisiesen hacer olvidar la mayor intimidad que podría obligarlos a prestar un servicio más activo. Da espanto ver cuán sola se queda una casa en que ha entrado la desgracia: da deseos de morir.

¿Qué se haría doña Andrea, con tantas hijas, dos de ellas ya crecidas; con el hijo en España, aunque ya el noble mozo había prohibido, aun suponiendo a su padre vivo, que le enviasen dinero? ¿qué se haría con sus hijas pequeñas, que eran, las tres, por lo modestas y unidas, la gala del colegio; con Leonor, la última flor de sus entrañas, la que las gentes detenían en la calle para mirarla a su placer, asombradas de su hermosura? ¿qué se haría doña Andrea? Así, cortado el tronco, se secan las ramas del árbol, un tiempo verdes, abandonadas sobre la tierra. ¡Pero los libros de don Manuel no! esos no se tocaban: nada más que a sacudirlos, en la piececita que les destinó en la casa pobrísima que tomó luego, permitía la señora que entrasen una vez al mes. O cuando, ciertos domingos, las demás niñas iban a casa de alguna conocida a pasar la tarde, doña Andrea se entraba sola en la habitación, con Leonor de la mano, y allí a la sombra de aquellos tomos, sentada en el sillón en que murió su marido, se abandonaba a conversaciones mentales, que parecían hacerle gran bien, porque salía de ellas en un estado de silenciosa majestad, y como más clara de rostro y levantada de estatura; de tal modo que las hijas cuando volvían de su visita, conocían siempre, por la mayor blandura en los ademanes, y expresión de dolorosa felicidad de su rostro, si doña Andrea había estado en el cuarto de los libros. Nunca Leonor parecía fatigada de acompañar a su madre en aquellas entrevistas: sino que, aunque ya para entonces tenía sus diez años, se sentaba en la falda de su madre, apretada en su regazo o abrazada a su cuello, o se echaba a sus pies, reclinando en sus rodillas la cabeza, con cuyos cabellos finos jugaba la viuda, distraída. De vez en cuando, pocas veces, la cogía doña Andrea en un brusco movimiento en sus brazos, y besando con locura la cabeza de la niña rompía en amarguísimos sollozos. Leonor, silenciosamente, humedecía en todo este tiempo la mano de su madre con sus besos.

De España se trajo pocas cosas don Manuel, y doña Andrea menos, que era de familia hidalga y pobre. Y todo, poco a poco, para atender a las necesidades de la casa, fue saliendo de ella: hasta unas perlas margaritas que habían llevado de América a Salamanca un tío, abuelo de doña Andrea, y un aguacate de esmeralda de la misma procedencia, que recibió de sus padres como regalo de matrimonio; hasta unas cucharas y vasos de plata que se estrenaron cuando se casó la madre de don Manuel, y este solía enseñar con orgullo a sus amigos americanos, para probar en sus horas de desconfianza de la libertad, cuánto más sólidos eran los tiempos, cosas y artífices de antaño.

Y todas las maravillas de la casa fueron cayendo en manos de inclementes compradores; una escena autógrafa de *El delincuente honrado* de

Jovellanos;⁴⁴ una colección de monedas romanas y árabes de Zaragoza, de las cuales los árabes estimulaban la fantasía y avivaban las miradas de Manuelillo cada vez que el padre le permitía curiosear en ellas; una carta de doña Juana *la Loca*, que nunca fue loca, a menos que amar bien no sea locura, y en cuya carta, escrita de manos del secretario Passamonte, se dicen cosas tan dignas y tan tiernas que dejaban enamorados de la reina a los que las leían, y dulcemente conmovidas las entrañas.

Así se fueron otras dos joyas que don Manuel había estimado mucho, y mostraba con la fruición de un goloso que se complace traviesamente en hacer gustar a sus amigos un plato cuya receta está decidido a no dejarles conocer jamás: un estudio en madera, de la cabeza de San Francisco, de Alonso Cano, y un dibujo de Goya,⁴⁵ con lápiz rojo, dulce como una cabeza del mismo Rafael.

Con las cucharas de plata se pagó un mes la casa: la esmeralda dio para tres meses: con las monedas fueron ayudándose medio año. Un desvergonzado compró la cabeza, en un día de angustia, en cinco pesos. Un tanto se auxiliaban con unos cuantos pesos que, muy mal cobrados y muy regañados, ganaban doña Andrea y las hijas mayores enseñando a algunas niñas pequeñas del barrio pobre donde habían ido a refugiarse en su penuria. Pero el dibujo de Goya, ese sí se vendió bien. Ese, él solo, produjo tanto como las margaritas y las cucharas de plata, y el aguacate. El dibujo de Goya, única prenda que no se arrepintió doña Andrea de haber vendido, porque le trajo un amigo, lo compró Juan Jerez, Juan Jerez que cuando murió en Madrid Manuelillo, y la madre extremada por los gastos en que la puso una enfermedad grave de su niña Leonor, se halló un día pensando con espanto en que era necesario venderlos, compró los libros a doña Andrea, mas no se los llevó consigo, sino que se los dejó a ella «porque él no tenía donde ponerlos, y cuando los necesitase, ya se los pediría». Muy ruin tiene que ser el mundo, y doña Andrea sabía de sobra que suele ser ruin, para que ese día no hubiese satisfecho su impulso de besar a Juan la mano.

Pero Juan, joven rico y de padres y amistades que no hacían suponer que buscase esposa en aquella casa desamparada y humilde, comprendió que no debía ser visita de ella, donde ya eran alegría de los ojos y del corazón, más por lo honestas que por lo lindas, las dos niñas mayores, y muy distraído el pensamiento en cosas de la mayor alteza, y muy fino y generoso, y muy sujeto ya por el agradecimiento del amor que le

⁴⁴ Gaspar Melchor de Jovellanos.

⁴⁵ Francisco de Goya y Lucientes.

mostraba a su prima Lucía, ni visitaba frecuentemente la casa de doña Andrea, ni hacía alarde de no visitarla, como que le llevó su propio médico cuando la enfermedad de Leonor, y volvió cuando la venta de los libros, y cuando sabía alguna aflicción de la señora, que con su influjo, si no con su dinero que solía escasearle, podía tener remedio.

Lo que, como un lirio de noche en una habitación oscura, tuvo en medio de todas estas agonías iluminada el alma de doña Andrea, y le aseguró en su creencia bondadosa en la nobleza de la especie humana, fue que, ya porque en realidad la apenase la suerte de viuda, ya porque creyera que había de parecer mal, siendo como el don Manuel bien querido, y maestro como ella, que permitieran la salida de sus hijas del colegio por falta de paga, la directora del Instituto de la Merced, el más famoso y rico del país, hizo un día, en un hermoso coche, una visita, que fue muy sonada, a casa de doña Andrea, y allí le dijo magnánimamente, cosa que enseguida vociferó y celebró mucho la prensa, que las tres niñas recibirían en su colegio, si ella no lo mandaba de otro modo, toda su educación, como externas, sin gasto alguno. Aquella vez sí que doña Andrea, sin los miramientos que en el caso de Juan habían más tarde de impedírselo, cubrió de besos la mano de la directora, quien la trató con una hermosa bondad pontificia, y como una mujer inmaculada trata a una culpable, tras de lo cual se volvió muy oronda a su colegio, en su arrogante coche.

Es verdad que las niñas no decían a doña Andrea que, aunque no las había en el colegio más aplicadas que ellas, ni que llevaran los vestidos más blancos y bien cuidados, ni que, en la clase y recreo mostrasen mayor compostura, los vales a fin de semana, y los primeros puestos en las competencias, y los premios en los exámenes, no eran nunca para ellas, los regaños, sí. Cuando la niña del ministro había derramado un tintero, de seguro que no había sido la niña del ministro, ¿cómo había de ser la hija del ministro?, había sido una de las tres niñas del Valle. La hija de Mr. Floripond, el poderoso banquero, la fea, la huesuda, la descuidada, la envidiosa Iselda, había escondido, donde no pudiese ser hallado, su caja de lápices de dibujar: por supuesto, la caja no aparecía: «¡Allí todas las niñas tenían dinero para comprar sus cajas! ¡las únicas que no tenían dinero allí eran las tres del Valle!», y las registraban, a las pobrecitas, que se dejaban registrar con la cara llena de lágrimas, y los brazos en cruz, cuando por fortuna la niña de otro banquero, menos rico que Mr. Floripond, dijo que había visto a Iselda poner la caja de lápices en la bolsa de Leonor. Pero tan buenas y serviciales fueron, tan apretaditas se sentaban siempre las tres, sin jugar, o jugando entre sí, en la hora de

recreo; con tal mansedumbre obedecían los mandatos más destemplados e injustos; con tal sumisión, por el amor de su madre, soportaban aquellos rigores, que las ayudantes del colegio, solas y desamparadas ellas mismas, comenzaron a tratarlas con alguna ternura, a encomendarles la copia de las listas de la clase, a darles a afilar sus lápices, a distinguirlas con esos pequeños favores de los maestros que ponen tan orondos a los niños, y que las tres hijas de del Valle recompensaban con una premura en el servirlos y una modestia y gracia tal que les ganaba las almas más duras. Esta bondadosa disposición de las ayudantes subió de punto cuando la directora, que no tenía hijos, y era aún una muy bella mujer, dio muestras de aficionarse tan especialmente a Leonor, que algunas tardes la dejaba a comer a su mesa, enviándola luego a doña Andrea con un afectuoso recado; y un domingo la sacó a pasear en su carruaje, complaciéndose visiblemente aquel día en responder con su mejor sonrisa a todos los saludos.

Porque los que poseen una buena condición, si bien la persiguen implacablemente en los demás cuando por causa de la posición o edad de estos temen que lleguen a ser sus rivales, se complacen, por el contrario, por una especie de prolongación de egoísmo y por una fuerza de atracción que parece incontrastable y de naturaleza divina, en reconocer y proclamar en otros la condición que ellos mismos poseen, cuando no puede llegar a estorbarles.

Se aman y admiran a sí propios en los que, fuera ya de este peligro de rivalidad, tienen las mismas condiciones de ellos. Los miran como una renovación de sí mismos, como un consuelo de sus facultades que decaen, como si se viesan aun a sí propios tales como son aquellas criaturas nuevas, y no como ya van siendo ellos. Y las atraen a sí, y las retienen a su lado, como si quisiesen fijar, para que no se les escapase, la condición que ya sienten que los abandona. Hay, además, gran motivo de orgullo en oír celebrar la especie de mérito porque uno se distingue.

Verdad es que no había tampoco mejor manera de llamar la atención sobre sí que llevar cerca a Leonor. ¡Qué mirada, que parecía una plegaria! ¡Qué óvalo el del rostro, más perfecto y puro! ¡Qué cutis, que parecía que daba luz! ¡Qué encanto en toda ella y qué armonía! De noche doña Andrea, que como a la menor de sus hijas la tuvo siempre en su lecho, no bien la veía dormida, la descubría para verla mejor; le apartaba los cabellos de la frente y se los alzaba por detrás para mirarle el cuello, le tomaba las manos, como podía tomar dos tórtolas, y se las besaba cuidadosamente; le acariciaba los pies, y se los cubría a lentos besos.

Alfombra hubiera querido ser doña Andrea, para que su hija no se lastimase nunca los pies, y para que anduviese sobre ella. Alfombra,

cinta para su cuello, agua, aire, todo lo que ella tocase y necesitase para vivir, como si no tuviese otras hijas, quería ser para ella doña Andrea. Solía Leonor despertarse cuando su madre estaba contemplándola de esta manera; y entreabriendo dichosamente los ojos amantes, y atrayéndola a sí con sus brazos, se dormía otra vez, con la cabeza de su madre entre ellos; de su madre, que apenas dormía.

¡Cómo no padecería la pobre señora cuando la directora del colegio, estando ya Leonor en sus trece años, la vino a ver, como quien hace un gran servicio, y en verdad para el porvenir de Leonor lo era, para que le permitiese retener a Leonor en el colegio como alumna interna! En el primer instante, doña Andrea se sintió caer al suelo, y, sin palabras, se quedó mirando a la directora fijamente, como a una enemiga. De pensarlo no más, ya la pareció que le habían sacado el corazón del pecho.

Balbuceó las gracias. La directora entendió que aceptaba.

—Leonor, doña Andrea, está destinada por su hermosura a llamar la atención de una manera extraordinaria. Es niña todavía, y ya ve Vd. como anda por la ciudad la fama de su belleza. Vd. comprende que a mí me es más costoso tenerla en el colegio como a interna; pero creo de mi deber, por cariño a Vd. y al señor don Manuel, acabar mi obra.

Y la madre parecía que quería adelantar una objeción; y la mujer hermosa, que en realidad, en fuerza de la plácida beldad de Leonor, había concebido por ella un tierno afecto, decía precipitadamente estas buenas razones, que la madre veía lucir delante de sí, como puñales encendidos.

—Porque Vd. ve, doña Andrea, que la posición de Leonor en el mundo, va a ser sumamente delicada. La situación a que están Vds. reducidas las obliga a vivir apartadas de la sociedad, y en una esfera en que, por su misma distinción natural y por la educación que está recibiendo, no puede encontrar marido proporcionado para ella. Acabando de educarse en mi colegio como interna, se rozará mucho más, en estos tres años, con las niñas más elegantes y ricas de la ciudad, que se harán sus amigas íntimas, yo misma iré cuidando especialmente de favorecer aquellas amistades que le pueden convenir más cuando salga al mundo, y le ayuden a mantenerse en una esfera a que de otro modo, sin más que su belleza, en la posición en que Vds. están, no podría llegar nunca. Hermosa e inteligente como es, y moviéndose en buenos círculos, será mucho más fácil que inspire el respeto de jóvenes que de otro modo la perseguirían sin respetarla, y encuentre acaso entre ellos el marido que la haga venturosa. ¡Me espanta, doña Andrea, dijo la directora que observaba el efecto de sus palabras en la pobre madre, me espanta pensar en la suerte que correría Leonor, tan hermosa como va a ser, en el desamparo en que tienen Vds. que vivir,

sobre todo si llegase Vd. a faltarle! Piense Vd. en que necesitamos protegerla de su misma hermosura.

Y la directora, ya apiadada del gran dolor reflejado en las facciones de doña Andrea, que no tenía fuerzas para abrir los labios, ya deseosa de alcanzar con halagos su anhelo, había tomado las manos de doña Andrea, y se las acariciaba bondadosamente.

Entró Leonor en este instante, y en el punto de verla, fue como si los torrentes de llanto apretados por la agonía se saliesen al fin de sus ojos; no dijo palabra, sino inolvidables sollozos; y se lanzó al encuentro de su hija, y se abrazó con ella estrechísimamente.

—Yo no iré, mamá, yo no iré: le decía Leonor al oído, sin que lo oyese la directora; aunque ya Leonor le había dicho a esta que, si quería doña Andrea, ella quería ir.

A los pocos momentos doña Andrea, pálida, sentada ya junto a Leonor, a quien tenía de la mano, pudo por fin hablar. ¡Porque era ceder a cuanto le quedaba de don Manuel, a aquellas noches queridas suyas de silencio, en que su alma, a solas con su amargura y con su niña, recordaba y vivía; porque conforme se había ido apartando de todo, en sus hijas, y en Leonor, como un símbolo de todas ellas, se había refugiado, con la tenacidad de las almas sencillas que no tienen fuerza más que para amar; ¡porque dar a Leonor era como dar todas las luces y todas las rosas de la vida!

Por fin pudo hablar y con una voz opaca y baja, como de quien habla de muy lejos dijo:

—Bueno, señora, bueno. Y Dios le pagará su buena intención. Leonor se quedará en el colegio.

Y ya hemos visto en los comienzos de esta historia que estaba Leonor a punto de salir de él.

CAPÍTULO III

¿De qué ha de estar hablando toda la ciudad, sino de Sol⁴⁶ del Valle? Era como la mañana que sigue al día en que se ha revelado un orador poderoso. Era como el amanecer de un drama nuevo. Era esa conmoción inevitable que, a pesar de su vulgaridad ingénita, experimentan los hombres cuando aparece súbitamente ante ellos alguna cualidad suprema. Después se coligan⁴⁷ todos, en silencio primero, abiertamente luego, y dan sobre lo que admiraron. Se irritan de haber sido sorprendidos. Se encolerizan sordamente, por ver en otro la condición que no poseen. Y mientras más inteligencia tengan para comprender su importancia, más la abominan, y al infeliz que la alberga. Al principio, por no parecer envidiosos, hacen como que la acatan: y, como que es de fuertes no temer, ponen un empeño desmedido en alabar al mismo a quien envidian, pero poco a poco, y sin decirse nada, reunidos por el encono común van agrupándose, cuchicheando, haciéndose revelaciones. Se ha exagerado. Bien mirado, no es lo que se decía. Ya se ha visto eso mismo. Esos ojos no deben ser suyos. De seguro que se recorta la boca con carmín. La línea de la espalda no es bastante pura. No, no es bastante pura. Parece como que hay una verruga en la espalda. No es verruga, es lobanillo. No es lobanillo, es joroba. Y acaba la gente por tener la joroba en los ojos, de tal modo que llega de veras a verla en la espalda, ¡porque la lleva en sí! Ea; eso es fijo: los hombres no perdonan jamás a aquellos a quienes se han visto obligados a admirar.

Pero allá, en un rincón del pecho, duerme como un portero soñoliento la necesidad de la grandeza. Es fama que, para dar al champaña su fragancia, destilan en cada botella, por un procedimiento desconocido, tres gotas de un licor misterioso. Así la necesidad de la grandeza, como esas tres gotas exquisitas, está en el fondo del alma. Duerme como si nunca hubiese de despertar, ¡oh, suele dormir mucho! ¡oh, hay almas en que el portero no despierta nunca! Tiene el sueño pesado, en cosas de grandeza, y sobre todo en estos tiempos, el alma humana. Mil duendecillos, de figuras repugnantes, manos de araña, vientre hinchado, boca encendida, de doble hilera de dientes, ojos

⁴⁶ A partir de ahora, Leonor aparecerá siempre con el nombre de Sol. Este cambio seguramente está relacionado con lo que representa el personaje en la acción dramática.

⁴⁷ En ELA: «coaligan», forma incorrecta de *coligarse*, cuyo uso es muy extendido en el habla común, incluso en la época.

redondos y libidinosos, giran constantemente alrededor del portero dormido y le echan en los oídos jugo de adormideras, y se lo dan a respirar, y se lo untan en las sienes, y con pinceles muy delicados le humedecen las palmas de las manos, y se les encucillan sobre las piernas, y se sientan sobre el respaldo del sillón, mirando hostilmente a todos lados, para que nadie se acerque a despertar al portero: ¡mucho suele dormir la grandeza en el alma humana! Pero cuando despierta, y abre los brazos, al primer movimiento pone en fuga a la banda de duendecillos de vientre hinchado. Y el alma entonces se esfuerza en ser noble, avergonzada de tanto tiempo de no haberlo sido. Solo que los duendecillos están escondidos detrás de las puertas, y cuando les vuelve a picar el hambre, porque se han jurado comerse al portero poco a poco, empiezan a dejar escapar otra vez el aroma de las adormideras, que a manera de cendales espesos va turbando los ojos y velando la frente del portero vencido; y no ha pasado mucho tiempo desde que puso a los duendes en fuga, cuando ya vuelven estos en confusión, se descuelgan de las ventanas, se dejan caer por las hojas de las puertas, salen de bajo las losas descompuestas del piso, y abriendo las grandes bocas en una risa que no suena, se le suben agilísimamente por las piernas y brazos y uno se le para en un hombro, y otro se le sienta en un brazo, y todos agitan en alto, con un ruido de rata que roe, las adormideras. Tal es el sueño del alma humana.⁴⁸

¿De qué ha de estar hablando toda la ciudad, sino de Sol del Valle?

De ella, porque hablan de la fiesta de anoche: de ella, porque la fiesta alcanzó inesperadamente, al influjo de aquella niña ayer desconocida, una elevación y entusiasmo que ni los mismos que contribuyeron a ello volverían a alcanzar jamás. Tal como suelen los astros juntarse en el cielo, ¡ay! para chocar y deshacerse casi siempre, así, con no mejor destino, suelen encontrarse en la tierra, como se encontraron anoche, el genio, y ese otro genio, la hermosura.

De fama singular había venido precedido a la ciudad el pianista húngaro Kelleffy. Rico de nacimiento, y enriquecido aún más por su arte, no viajaba, como otros, en busca de fortuna. Viajaba porque estaba lleno

⁴⁸ Aquí concluye la cuarta entrega de la novela. A partir del párrafo siguiente se inicia la quinta, aparecida el 15 de julio de 1885 (año 1, no. 19), en la primera página de ELA. La manera en que termina esta sección, evidencia que las entregas se estructuraron teniendo en cuenta más el tamaño de las columnas del periódico que el sentido de la progresión de la acción. Este bloque, por ejemplo, queda inconcluso por un solo párrafo.

de águilas, que le comían el cuerpo, y querían espacio ancho, y se ahogaban en la prisión de la ciudad. Viajaba porque casó con una mujer a quien creyó amar, y la halló luego como una copa sorda, en que las armonías de su alma no encontraban eco, de lo que le vino postración tan grande que ni fuerzas tenía aquel músico-atleta, para mover las manos sobre el piano: hasta que lo tomó un amigo leal del brazo, y le dijo: «Cúrate»; y lo llevó a un bosque, y lo trajo luego al mar, cuyas músicas se le entraron por el alma medio muerta, se quedaron en ella, sentadas y con la cabeza alta, como leones que husmean el desierto, y salieron al fin de nuevo al mundo en unas fantasías arrebatadas que en el barco que lo llevaba por los mares improvisaba Keleffy, las que eran tales, que si se cerraban los ojos cuando se las oía, parecía que se levantaban por el aire, agrandándose conforme subían, unas estrellas muy radiosas, sobre un cielo de un negro hondo y temible, y otras veces, como que en las nubes de colores ligeros iban dibujándose unas como guirnaldas de flores silvestres, de un azul muy puro, de que colgaban unos cestos de luz, ¿qué es la música, sino la compañera y guía del espíritu en su viaje por los espacios? Los que tienen ojos en el alma, han visto eso que hacían ver las fantasías que en el mar improvisaba Keleffy: otros hay, que no ven, por lo que niegan muy orondos que lo que ellos no han visto, otros lo vean. Es seguro que un topo no ha podido jamás concebir un águila.

Keleffy viajaba por América, porque le habían dicho que en nuestro cielo del Sur lucen los astros como no lucen en ninguna otra parte del cielo, y porque le hablaban de unas flores nuestras, grandes como cabeza de mujer y blancas como la leche, que crecen en los países del Atlántico, y de unas anchas hojas que se crían en nuestra costa exuberante, y arrancan de la madre tierra y se tienden voluptuosamente sobre ella, como los brazos de una divinidad, vestida de esmeraldas, que llamasen, perennemente abiertas, a los que no tienen miedo de amar los misterios y las diosas.

Y aquel dolor de vivir sin cariño, y sin derecho para inspirarlo ni aceptarlo, puesto que estaba ligado a una mujer a quien no amaba; aquel dolor que no dormía, ni tenía paces, ni le quería salir del pecho, y le tenía la fantasía como apretada por serpientes, lo que daba a toda su música un aire de combate y tortura que solía privarla del equilibrio y proporción armoniosa que las obras durables de arte necesitan; aquel dolor, en un espíritu hermoso que, en la especie de peste amatoria que está enllagando el mundo en los pueblos antiguos, había salvado, como una paloma herida un apego ardentísimo a lo casto, aquel dolor, que a veces con las manos crispadas se buscaba el triste músico por sobre el corazón, como para arrancárselo de raíz, aunque se tuviera que arran-

car el corazón con él, aquel dolor no le dejaba punto de reposo, le hacía parecer a las veces extravagante y huraño, y aunque por la suavidad de su mirada y el ardor de su discurso se atrajese desde el primer instante, como un domador de oficio, la voluntad de los que le veían, poco a poco sentía él que en aquellos afectos iba entrando la sorda hostilidad con que los espíritus persiguen a los hombres de alma superior, y aquella especie de miedo, si no de terror, con que los hombres, famélicos de goces, huyen, como de un apestado, de quien, bajo la pesadumbre de un infortunio, ni sabe dar alegrías, ni tiene el ánimo dispuesto a compartirlas.⁴⁹

Ya en la ciudad de nuestro cuento, cuya gente acomodada había ido toda, y en más de una ocasión, de viaje por Europa, donde apenas había casa sin piano, y, lo que es mejor, sin quien tocase en él con natural buen gusto, tenía Keleffy numerosos y ardientes amigos;⁵⁰ tanto entre los músicos sesudos, por el arte exquisito de sus composiciones, como entre la gente joven y sensible, por la melodiosa tristeza de sus romanzas. De modo que cuando se supo que Keleffy venía, y no como un artista que se exhibe, sino como un hombre que padece, determinó la sociedad elegante recibirle con una hermosísima fiesta, que quisieron fuese como la más bella que se hubiera visto en la ciudad, ya porque del talento de Keleffy se decían maravillas, ya porque esta buena ciudad de nuestro cuento no quería ser menos que otras de América, donde el pianista había sido ruidosamente agasajado.

En la «casa de mármol»⁵¹ dispusieron que se celebrase la gran fiesta: con un tapiz rojo cubrieron las anchas escaleras; los rincones, ya en las salas, ya en los patios, los llenaron de palmas; en cada descanso de la escalera central había un enorme vaso chino lleno de plantas de camelia en flor; todo un saloncito, el de recibir, fue colgado de seda amarilla; de lugares ocultos por cortinas venía un ruido de fuentes. Cuando se entraba en el salón, en aquella noche fresca de la primavera, con todos los balcones abiertos a la noche, con tanta hermosa mujer vestida de telas ligeras de colores suaves, con tanto abanico de plumas, muy de moda entonces, moviéndose pausadamente, y con aquel vago rumor de fiesta que comienza, parecía que se entraba en un enorme cesto de alas. La

⁴⁹ En ELA: «bajo la pesadumbre de un infortunio, ni sabe darlos, ni tiene el ánimo dispuesto a compartirlo».

⁵⁰ En ELA, el complemento directo «numerosos y ardientes amigos», aparece al final de esta gran oración subordinada, después de una coma.

⁵¹ Así en la edición de Quesada y Aróstegui.

tapa del piano, levantada para dar mayor sonoridad a las notas, parecía, como dominándolas a todas, una gran ala negra.

Keleffy, que discernía la suma de verdadero afecto mezclada en aquella fiesta de la curiosidad y sentía desde su llegada a América como si constantemente estuviesen encendidos en su alma dos grandes ojos negros; Keleffy a quien fue dulce no hallar casa,⁵² donde sus últimos dolores, vaciados en sus romanzas y nocturnos, no hubiesen encontrado manos tiernas y amigas, que se las devolvían a sus propios oídos como atenuados y en camino de consuelo, porque «en Europa se toca, decía Keleffy, pero aquí se acaricia el piano»; Keleffy, que no notaba desacuerdo entre el casto modo con que quería él su magnífico arte, y aquella fiesta discreta y generosa, en que se sentía el concurso como penetrado de respeto, en la esfera inquieta y deleitosa de lo extraordinario; Keleffy, aunque de una manera apesurada y melancólica, y más de quien se aleja que de quien llega, tocó en el piano de madera negra, que bajo sus manos parecía a veces salterio, flauta a veces, y a veces órgano, algunas de sus delicadas composiciones, no aquellas en que se hubiera dicho que el mar subía en montes y caía roto en cristales, o que braceaba un hombre con un toro, y le hendía el testuz, y le doblaba las piernas, y lo echaba por tierra, sino aquellas otras flexibles fantasías que, a tener color, hubieran sido pálidas, y a ser cosas visibles, hubiesen parecido un paisaje de crepúsculo.

En esto, se oyó en todo el salón un rumor súbito, semejante a los que en días de fiestas nacionales se oye en la muchedumbre de las plazas cuando rompe en un ramo de estrellas en el aire un fuego de artificios. ¡Ya se sabía que en el Instituto de la Merced había una niña muy bella! que era Sol del Valle; ¡pero no se sabía que era tan bella! Y fue al piano; porque ella era la discípula querida del Instituto y ninguna como ella entendía aquella plegaria de Keleffy «¡Oh, madre mía!». y la tocó, trémula al principio, olvidada después en su música y por esto más bella; y cuando se levantó del piano, el rumor fue de asombro ante la hermosura de la niña, no ante el talento de la pianista, no común por otra parte; y Keleffy la miraba, como si con ella se fuese ya una parte de él; y, al verla andar, la concurrencia aplaudía, como si la música no hubiera cesado, o como si se sintiese favorecida por la visita de un ser de esferas superiores, u orgullosa de ser gente humana, cuando había entre los seres humanos tan grande hermosura.

⁵² En ELA, a continuación.: «de las que antes de esta fiesta solemne había visto en la ciudad».

¿Cómo era? ¡Quién lo supo mejor que Keleffy! La miró, la miró con ojos desesperados y avarientos. Era como una copa de nácar, en quien nadie hubiese aún puesto los labios. Tenía esa hermosura de la aurora, que arroba y ennoblece. Una palma de luz era. Keleffy no la hablaba, sino la veía. La niña, cuando se sentó al lado de la directora, casi rompió en lágrimas. La revelación, la primera sensación del propio poder lisonjea y asusta. Se tuvo miedo la niña, y aunque muy contenta de sí, halagada por aquel rumor como si le rozasen la frente con muy blandas plumas, se sintió sola y en riesgo, y buscó con los ojos, en una mirada de angustia a doña Andrea, ¡ay! a doña Andrea que, conforme iban pasando los años, se hundía en sí misma, para ver mejor a don Manuel, de tal manera que ya, si sonreía siempre, apenas hablaba. Se conversaba apresuradamente. Todos los ojos estaban sobre ella. ¿Quién es? Las mujeres no la celebraban, se erguían en sus asientos para verla; movían rápidamente el abanico, cuchicheaban a su sombra con su compañera: se volvían a mirarla otra vez. Los hombres, sentían en sí como una rienda rota; y algunos, como un ala. Hablaban con desusada animación. Se juntaban en corrillos. La medían con los ojos. Ya la veían de su brazo ostentándola en el salón, y la estrechaban el talle en el baile ardiente y atrevido; ya meditaban la frase encomiástica con que habían de deslumbrarla al ser presentados a ella. «¿Conque esa es Sol del Valle?». «¿En qué casas visita?». «¿Va a casa de Lucía Jerez?». «Juan Jerez es amigo de la señora». «Allí está Juan Jerez; que nos presente». «Yo soy amigo de la directora: vamos». «¿Quién nos presentará a ella?». «¡Pobre niña! Su alcoba no la vio nunca como la dejaron aquellos curiosos. No es para la mayor parte de los hombres una obra santa, y una copa de espíritu la hermosura; sino una manzana apetitosa. Si hubiera un lente que permitiese a las mujeres ver, tales como les pasean por el cráneo los pensamientos de los hombres, y lo que les anda en el corazón, los querrían mucho menos.

Pero no era un hombre, no, el que con más insistencia, y un cierto encono mezclado ya de amor, miraba a Sol del Valle, y con dificultad contenía el llanto que se le venía a mares a los ojos, abiertos, en los que se movían los párpados apenas. La conocía en aquel momento, y ya la amaba y la odiaba. La quería como una hermana; ¡qué misterios de estas naturalezas bravías e iracundas! y la odiaba con un aborrecimiento irresistible y trágico. Y cuando un caballero apuesto y cortés que saludaba mucha gente a su paso, se acercó, por lo mismo que vivía en esfera social más alta, más que a saludar, a proteger a Sol del Valle, cuando Juan Jerez llegó al fin al lado de la niña, y Lucía Jerez, que era quien de aquella manera la miraba, los vio juntos, cerró los ojos, inclinó la cabeza sobre el hombro como quien se muere; se le puso todo el rostro

amarillo; y solo al cabo de algún tiempo, al influjo del aire que agitaban sus compañeras con los abanicos, volvió a abrir los ojos, que parecían turbios, como si hubiera cruzado por su pensamiento un ave negra.

Y Keleffy en aquellos instantes tenía subyugada y muda a la concurrencia. Allí sus esperanzas puras de otros tiempos; sus agonías de esposo triste; el desorden de una mente que se escapa; el mar sereno luego; la flota toda americana, ardiente y rica; el encogimiento sombrío del alma infeliz ante la naturaleza hermosa; una como invasión de luz que encendiese la atmósfera, y penetrase por los rincones más negros de la tierra, y a través de las ondas de la mar, a sus cuevas de azul y corales; una como águila herida con una llaga en el pecho que parecía una rosa, huyendo, a grandes golpes de ala, cielo arriba, con gritos desesperados y estridentes. Así, como un espíritu que se despidе, tocó Keleffy el piano. Jamás pudo tanto, ni nadie le oyó así segunda vez. Para Sol era aquella fantasía; para Sol, a quien ni volvería a ver nunca, ni dejaría de ver jamás. Solo los que persiguen en vano la pureza, saben lo que regocija y exalta el hallarla. Solo los que mueren de amor a la hermosura entienden cómo, sin vil pensamiento, ya a punto de decir adiós para siempre a la ciudad amiga, tocó aquella noche en el piano Keleffy. Pero tocó de tal manera que, aun para la gente inculta, es todavía aquel un momento inolvidable. «Nos llevaba como un triunfador, decía un cronista al día siguiente, sujetos a su carro. ¿Adónde íbamos? nadie lo sabía. Ya era un rayo que daba sobre un monte, como el acero de un gigante sobre el castillo donde supone a su dama encantada; ya un león con alas, que iba de nube en nube; ya un sol virgen que de un bosque temido, como de un nido de serpientes, se levanta; ya un recodo de selva nunca vista, donde los árboles no tenían hojas, sino flores; ya un pino colosal que, con estruendo de gemidos, se quebraba; era una grande alma que se abría. Mucho se había hecho admirar el apasionado húngaro en el comienzo de la fiesta; mas, aquella arrebatadora fantasía, aquel desborde de notas; ora plañideras, ora terribles, que parecían la historia de una vida, aquella, que fue su última pieza de la noche, porque nadie después de ella osó pedirle más, vino tan inmediatamente después de la aparición de la señorita Sol del Valle, orgullo desde hoy de la ciudad, que todos reconocimos en la improvisación maravillosa del pianista el influjo que en él, como en cuantos anoche la vieron, con su vestido blanco y su aureola de inocencia, ejerció la pasmosa hermosura de la niña. Nace bien esta beldad extraordinaria, con el genio a sus plantas».

Dos amigas están sentadas a la sombra de la magnolia, nuestra antigua conocida. En un sillón está sentada Lucía. Otras sillas de mimbre esperan

a sus dueñas, que andan preparando dulces por los adentros de la casa, o con Ana, que no está bien hoy. Está muy pálida. No se espera gente de afuera aquella tarde; Juan Jerez no está en la ciudad: fue el viernes a defender en el tribunal de un pueblo vecino los derechos de unos indios a sus tierras, y aún no ha vuelto. Lucía⁵³ hubiera estado más triste, si no hubiera tenido a su amiga a su lado. Juan no puede venir. Ferrocarril no hay hoy. A caballo, es muy lejos. A los pies de Lucía, en una banqueta, con los brazos cruzados sobre las rodillas de la niña, ¿quién es la que está sentada, y la mira con largas miradas, que se entran por el alma como reinas hermosas que van a buscar en ella su aposento, y a quedarse en ella; y la deja jugar con su cabeza, cuya cabellera castaña destrenza y revuelve, y alisa luego hacia arriba con mucho cuidado, de modo que se le vea el noble cuello? A los pies de Lucía está Sol del Valle.

Desde la noche de la fiesta de Keleffy, Lucía y Sol se han visto muchas veces. ¿De conocerla, cómo había de librarse, en estas ciudades nuestras en que todo el mundo se conoce? Aquella misma noche, y no fue Juan por cierto, Lucía, muy adulada por la directora del Instituto de la Merced, de donde había salido tres años antes, se vio en brazos de Sol, que la miraba llena de esperanza y ternura. Se levantó la directora y llevó a Sol de la mano a donde Lucía estaba, taciturna. Las vio venir, y se echó atrás.

—¡Vienen a mí, a mí! se dijo.

—Lucía, aquí te traigo una amiga, para que te la pongas en el corazón, y me la cuides como cosa de tu casa. En tus manos la puedo dejar: tú no eres envidiosa.

Y a Sol se le encendía el rostro, sin saber qué decir, y a Lucía se le desvanecía el color, buscando en balde fuerzas con que mover la mano y abrir los labios en una sonrisa.

—Por esto no ha de ser así, no.

Y la directora puso el brazo de Sol en el de Lucía, y acompañadas de miradas celosas, se refugió por algunos momentos con ellas en un balcón, cuya baranda de granito estaba oculta bajo una enredadera florecida de rosas salomónicas. El balcón era grande y solemne; la noche, ya muy entrada, y el cielo, cariñoso y locuaz, como se pone en nuestros países cuando el aire está claro, y parece como que platican y se hacen visitas las estrellas.

—Y ante todo, Lucía y Sol dense un beso.

⁵³ Errata en ELA: «María».

—Mira, Lucía, dijo la directora juntando en sus manos las de las dos niñas y hablando como si no estuviese Sol con ellas, quien se sentía las mejillas ardientes, y el pecho apretado con lo que la maestra iba diciendo, tanto que por un instante vio el cielo todo negro, y como que desde su casita la estaba llamando doña Andrea. Mira, Lucía, tú sabes cómo entra en la vida Sol del Valle, como lo sabe todo el mundo. Su padre se ha muerto. Su madre está en la mayor pobreza. Yo, que la quiero como a una hija, he procurado educarla para que se salve del peligro de ser hermosa siendo tan pobre.

Sintió Lucía en aquel instante como si la mano de Sol le temblase en la suya, y hubiese hecho un movimiento por retirarla y ponerse en pie.

—Señora...

—No, no, Lucía. La que va a ser mujer de Juan Jerez...

La sombra de una de las cortinas de la enredadera, que flotaba al influjo del aire, escondió en este instante el rostro de Sol.

—...merece que yo ponga en sus manos, para que me la enseñe al mundo a su lado y me la proteja, la joya de la casa con que ha sido Juan Jerez tan bueno.

Aquí la cortina flotante de la enredadera cubrió con su sombra el rostro de Lucía.

—Juan...

—Juan ha sido muy bueno, dijo como con cierta prisa voluntaria la directora. Él apenas conoce a Sol, porque ha ido muy poco a casa de doña Andrea; pero como es tan generoso, se alegrará de que tú ampares a esta niña con el respeto de tu casa, de los que, porque la verán desvalida...

Más blanco que su vestido pudo verse en este momento, el rostro de Sol.

—...querrán faltarle al respeto. Ya Sol ha acabado su colegio; pero para que mi obra no quede incompleta voy a dejarla en él como profesora, y así ayudará a su madre a llevar los gastos de la casa, y le hemos tomado ya a doña Andrea una casita mejor, cerca del Instituto. Yo espero, añadió la señora gravemente, y como si las estrellas no estuviesen brillando en el cielo, que Sol será una buena maestra. Yo, Lucía, no podré llevarla a todas partes, porque ya he dejado de ser joven, y los cuidados del colegio me lo impiden; pero quiero que tú hagas mis veces, y ya lo sabes, dijo con una ligera emoción en la voz dando un beso en la mejilla de Lucía, cuídamela. Que sientan que el que no pueda llegar hasta ti, no puede llegar hasta ella. Cuando haya una fiesta, llévala. Ella se vestirá siempre linda, porque yo la he enseñado a hacérselo todo y es maestra en coser. Convidala a tu casa, para que nadie tenga reparo en

convidarla a la suya: que el que entra en tu casa puede entrar en todas partes. Sol es tan bonita como agradecida.

—Sí, sí, señora, interrumpió Lucía que en sus mejillas propias estaba sintiendo la palidez de las de Sol. Yo la llevaré conmigo. Yo sí, yo sí, ahora mismo la presentaré a todas mis amigas. Iremos juntas la Semana Santa. No me digas que no, Sol. Iremos al teatro siempre juntas.

Y el cariño le iba creciendo con las palabras, que decía amontonadamente, como si tuviese prisa por olvidarse de algo, o quisiese vengarse de sí misma.

—Bueno, vamos entonces, que yo veo que la gente curioseas porque estamos cuchicheando tanto tiempo. Vamos.

Sol no hablaba. Lucía, como que quería defenderla de la directora, que entraba ya en el salón con su paso pomposo.

—Enseguida, señora, enseguida. Entre Vd. y detrás vamos nosotras. Voy a coger dos rosas de esta enredadera: esta para Sol, y se la prendió con mucha ternura, mirándola amorosamente en los ojos; esta, que es la menos bonita, para mí.

—¡Oh, Vd. es tan buena!

—¿Vd.? No, Sol, yo soy tu hermana. No hagas caso de lo que dice la directora. Yo te querré siempre como una hermana. Y abrió los brazos, y apretó en ellos a Sol, a la que llevaba sin miedo, prestísimamente.

—Oh, dijo Sol de pronto ahogando un grito. Y se llevó la mano al seno, y la sacó con la punta de los dedos roja. Era que al abrazarla Lucía, se le clavó en el seno una espina de la rosa.

Con su propio pañuelo secó Lucía la sangre, y de brazo las dos entraron en la sala. Lucía también estaba hermosa.⁵⁴

—¿Cómo entenderte, Lucía? decía Juan a su prima unos quince días después de la noche de la fiesta, con una intención severa en las palabras que él con Lucía nunca había usado. Desde hace unos quince días, espera, creo que me acuerdo, desde la noche de Keleffy, te encuentro tan injusta, que a veces, creo que no me quieres.

—¡Juan! ¡Juan!

—Bueno, Lucía: tú sí me quieres. Pero ¿qué te hago yo que explique esas durezas tuyas de carácter, para mí que vengo a ti como viene el sediento a un vaso de ternuras? Más cariño no puedes desear. Pensar, yo

⁵⁴ Aquí concluye la quinta entrega de la novela. A partir del párrafo siguiente se inicia la sexta, aparecida el 1.º de agosto de 1885 (año 1, no. 20), en la primera página de ELA.

sí pienso en todo lo más difícil y atrevido; pero querer, Lucía, yo no quiero más que a ti. Yo he vivido poco; pero tengo miedo de vivir y sé lo que es, porque veo a los vivos. Me parece que todos están manchados, y en cuanto alcanzan a ver un hombre puro empiezan a correrle detrás para llenarle la túnica de manchas. La verdad es que yo que quiero mucho a los hombres, vivo huyendo de ellos. Siento a veces una melancolía dolorosa. ¿Qué me falta? La fortuna me ha tratado bien. Mis padres me viven. Me es permitido ser bueno. Y además, te tengo —le⁵⁵ dijo tomándola cariñosamente de la mano que Lucía le abandonó como apenada y absorta.

—Te tengo, y de ti me vienen, y en ti busco, las fuerzas frescas que necesito para que el corazón no se me espante y debilite. Cada vez que me asomo a los hombres, me echo atrás como si viera un abismo; pero de cada vez que vengo a verte, saco un brío para batallar y un poder de perdón que hacen que nada me parezca difícil para que yo lo acometa. No te rías, Lucía; pero es la verdad. ¿Tú has leído unos versos de Longfellow⁵⁶ que se llaman «Excelsior»? Un joven en una tempestad de nieve, sube por un puerto pobre, montaña arriba, con una bandera en la mano que dice: —«Excelsior». No te sonrías: yo sé que sabes tú latín: «¡Más alto!». —Un anciano le dice que no vaya adelante, que el torrente ruge abajo y la tempestad se viene encima: «¡Más alto!». —Una joven linda —¡no tan linda como tú!— le dice: «Descansa la cabeza fatigada en mi seno». Y al joven se le humedecen los ojos azules, pero aparta de sí a la enamorada y le dice: «¡Más alto!».

¡Ah! ¡no! pero tú no apartarás a mí de ti. Yo te quito la bandera de las manos. Tú te quedas conmigo. ¡Yo soy lo más alto!

—No, Lucía: los dos juntos llevaremos la bandera. Yo te tomo para todo el viaje. Mira que, como soy bueno, no voy a ser feliz. ¡No te me canses! Y le besó la mano.

Lucía le acariciaba con los ojos la cabeza.

—Y el joven al fin siguió adelante: y los monjes lo hallaron muerto al día siguiente, medio sepultado en la nieve; pero con la mano asida a la bandera, que decía: «¡Más alto!». Pues bien Lucía: cuando no te me pones majadera, cuando no me haces lo que ayer, que me miraste de frente como con odio y te burlaste de mí y de mi bondad, y sin saberlo llegaste hasta dudar de mi honradez, cuando no te me vuelves loca como ayer, me parece cuando salgo de aquí, que me brilla en las manos

⁵⁵ En la edición de Quesada y Aróstegui: «la».

⁵⁶ Henry W. Longfellow.

la bandera. Y veo a todo el mundo pequeño, y a mí como un gigante dichoso. Y siento mayor necesidad, una vehemente necesidad de amar y perdonar a todo el mundo. En la mujer, Lucía, como que es la hermosura mayor que se conoce, creemos los poetas hallar como un perfume natural todas las excelencias del espíritu; por eso los poetas se apegan con tal ardor a las mujeres a quienes aman, sobre todo a la primera a quien quieren de veras, que no es casi nunca la primera a quien han creído querer, por eso cuando creen que algún acto pueril o inconsiderado las desfigura, o imaginan ellos alguna frivolidad o impureza, se ponen fuera de sí, y sienten unos dolores mortales, y tratan a su amante con la indignación con que se trata a los ladrones y a los traidores, porque como en su mente las hicieran depositarias de todas las grandezas y claridades que apetecen, cuando creen ver que no las tienen, les parece que han estado usurpándoles y engañándoles con maldad refinada, y creen que se derrumban como un monte roto, por la tierra, y mueren aunque sigan viviendo, abrazados a las hojas caídas de su rosa blanca. Los poetas de raza mueren. Los poetas segundones, los tenientes y alféreces de la poesía, los poetas falsificados, siguen su camino por el mundo besando en venganza cuantos labios se les ofrecen, con los suyos, rojos y húmedos en lo que se ve, ¡pero en lo que no se ve tintos de veneno! Vamos, Lucía, me estás poniendo hoy muy hablador. Tú ves, no lo puedo evitar. Si me oyeran otras gentes, dirían que era un pedante. Tú no lo dices, ¿verdad? Es que en cuanto estoy algún tiempo cerca de ti, de ti que nadie ha manchado, de ti en quien nadie ha puesto los labios impuros, de ti en quien miro yo como la carne de todas mis ideas y como una almohada de estrellas donde reclino, cuando nadie me ve, la cabeza cansada, estas cosas extrañas, Lucía, me vienen a los labios tan naturalmente que lo falso sería no recordarlas. Por fuera me suelen acusar de que soy rebuscado y exagerado, y tú habrás notado que ya yo hablo muy poco. ¿Qué culpa tengo yo de que sea así mi naturaleza, y de que al influjo de tu cariño enseñe todas sus flores?

Y le besó las dos manos, como pudiera un niño haber besado dos tórtolas.

Así, aunque no parezca cierto, suelen hablar y sentir algunos seres «vivos y efectivos», como dicen las lápidas de los nichos en que están enterrados los oficiales militares muertos en el servicio de la corona española. Así exactamente, y sin quitar ni poner ápice era como sentía y hablaba Juan Jerez.

—Tú me perdonas, Juan, dijo Lucía antes de que hubieran pasado algunos momentos, bajos los ojos y la voz, como pecador contrito

que pide humildemente la absolución de su pecado. Juan yo no sé qué es, ni sé para qué te quiero, aunque si sé que te quiero por lo mismo que vivo, y que si no te quisiera no viviría. Y mira, Juan, te miento; ahora mismo te estoy mintiendo, yo creo que no sé por qué te quiero, pero debo saberlo muy bien, sin notarlo yo, porque sé por qué pueden quererte los demás. Y como si te conocen, han de quererte como yo te quiero, ¡no me regañes Juan! ¡Yo no quisiera que tú conocieses a nadie! ¡Yo te querría mudo, yo te querría ciego: así no me verías más que a mí, que le cerraría el paso a todo el mundo, y estaría siempre ahí, y como dentro de ti, a tus pies donde quisiera estar ahora! ¿Tú me perdonas, Juan? Luego, yo no soy soberbia, y no creo que yo solo soy hermosa: ¡tú dices que yo soy hermosa! yo sé que fuera de mí hay muchas cosas y muchas personas bellas y grandes; yo sé que no están en mí todas las hermosuras de la tierra, y como a ti te caben en el alma todas, y eres tan bueno que te he visto recoger las flores pisadas en las calles y ponerlas con mucho cuidado donde nadie las pise, creo, Juan, que yo no te basto, que cualquier cosa o persona, hermosa, te gustaría tanto como yo, y odio un libro si lo lees, y un amigo si lo vas a ver, y una mujer si dicen que es bella y puedes verla tú. Quisiera reunir yo en mí misma todas las bellezas del mundo, y que nadie más que yo tuviera hermosura alguna sobre la tierra. Porque te quiero, Juan, lo odio todo. Y yo no soy mala, Juan; yo me avergüenzo de eso, y luego me entran remordimientos, y besaría los pies de los que un momento antes quería no ver vivos, y de mi sangre les daría para que viviesen si se muriesen; ¡pero hay instantes, Juan, en que odio a todas las cosas, a todos los hombres y a todas las mujeres! ¡Oh, a todas las mujeres! Cuando no estás a mi lado, y pienso en alguien que pueda agradar tus ojos u ocupar tu pensamiento, créemelo, Juan; ¡ni sé lo que veo, ni sé qué es lo que me posee, pero me das horror, Juan, y te aborrezco entonces, y odio tus mismas cualidades, y te las echo en cara, como ayer, para ver si llegas tú a odiarlas, y a no ser tan bueno, y si así no te quieren! Eso es, Juan, no es más que eso. A veces, y te lo diré a ti solo, sufro tanto que me tiendo en el suelo en mi cuarto, cuando no me ven, como una muerta. Necesito sentir en las sienes mucho tiempo el frío del mármol. Me levanto, como si estuviera por dentro toda despedazada. Me muero de una envidia enorme por todo lo que tú puedas querer y lo que pueda quererte. Yo no sé si eso es malo, Juan: ¿tú me perdonas?

La magnolia, nuestra antigua conocida, oyó a las últimas luces de la tarde, el final de esta conversación congojosa.

Lindo es el montecito que domina por el este a la ciudad, donde a brazo partido lucharon antaño, macana contra lanza y carne contra hierro, el jefe de los indios y el jefe de los castellanos, y de barranco en barranco abrazados, matándose y admirándose iban cayendo, hasta que al fin, ya exhausto, e hiriéndose con su propia macana la cabeza, cayó el indio a los pies del español, que se levantó la visera, dejando ver el rostro bañado en sangre, y besó al indio muerto en la mano. Luego, como que era recio de subir, le escogieron para sus penitencias los devotos, y es fama que por su falda pedregosa subían de rodillas en lo más fuerte del sol, los penitentes, cantando el rosario.

Vinieron gentes nuevas, y como que el monte es corto y de forma bella, y desde él se ve a la ciudad, con sus casas bajas, de patios de arbolado, como una gran cesta de esmeraldas y ópalos, limpiaron de piedras y yerbajos la tierra que, bien abonada, no resultó ingrata; y de la mejor parte del monte hicieron un jardín que entre los pueblos de América no tiene rival, puesto que no es uno de esos jardinuelos de flores enclenques, y arbustos podados, con trocitos de césped entre enverjados de alambre, que más que cosa alguna dan idea de esclavitud y artificio, y de los que con desagrado se aparta la gente buena y discreta; sino uno como bosques de nuestras tierras, con nuestras propias y grandes flores y nuestros árboles frutales, dispuestos con tal arte que están allí con gracia y abandono, y en grupos irregulares y como poco cuidados, de tal manera que no parece que aquellos bambúes, plátanos y naranjos han sido llevados allí por las manos de jardinero, ni aquellos lirios de agua, puestos como en montón que bordan el estrecho arroyo cargado de aguas secas fueron allí trasplantados como en realidad fueron: antes bien parece que todo aquello floreció allí de suyo y con libre albedrío, de modo que allí el alma se goza y comunica sin temor, y no bien hay en la ciudad una persona feliz, ya necesita ir a decírselo al montecito que nunca se ve solo, ni de día ni de noche.

Por allí, en la tarde en que vamos caminando, halló Pedro Real razón para encontrarse a caballo, el cual dejó en la cumbre, mientras que, golpeándose con el latiguillo los botines, se perdía, sin recordar el cuadro de Ana, por la calle de los lirios. Por allí, y sin saber por cierto que Pedro andaba cerca, acababa Adela, con tres amigas suyas, que estrenaban unos sombreros de paja crema adornados con lilas, de bajar del carruaje, que en la cumbre, con los caballos, esperaba. Por allí, sin que lo supiese Adela tampoco, aunque sí lo sabía Pedro, andaban lentamente,

con las dos niñas mayores,⁵⁷ Sol y doña Andrea: doña Andrea, que desde que el colegio le devolvió a su Sol y podía a su sabor recrear los ojos, con cierto pesar de verle el alma un poco blanda y perezosa, en aquella niña suya de «cutis tan transparente, decía ella, como una nube que vi una vez, en París, en un medio-punto de Murillo»,⁵⁸ andaba siempre hablando consigo en voz baja, como si rezase; y otras regañaba por todo, ella que no regañaba antes jamás, pues lo que quería en realidad, sin atreverse, era regañar a Sol, de quien se encendía en celos y en miedos, cada vez que oía preparativos de fiesta o de paseo, que por cierto no eran muchos, pero sobrados ya para que temiese con justicia doña Andrea por su tesoro. Ni con el mayor bienestar que con el sueldo de Sol en el colegio había entrado en la casa, se contentaba doña Andrea; y a veces se dio la gran injusticia de que aquella hermosura que ella tanto mimaba, y que desde la infancia de la niña cuidaba ella y favorecía, se la echase en cara como un pecado, que le llevó un día a prorrumper en este curiosísimo despropósito, que a algunas personas pareció tan gracioso como cuerdo: «Si Manuel viviera, tú no serías tan hermosa». Enojábase, doña Andrea, cuando oía, allá por la hora en que Sol volvía con una criada anciana del colegio, la pisada atrevida del caballo de cierto caballero que ella muy especialmente aborrecía; y si Sol hubiese mostrado, que nunca lo mostró, deseos de ver la arrogante cabalgadura, fuera de una vez que se asomó sonriendo y no descontenta, a verla pasar detrás de sus persianas, es seguro que por allí hubieran encontrado salida las amarguras de doña Andrea, que miraba a aquel gallardísimo galán, a Pedro Real, como a abominable enemigo. Ni a galán alguno hubiera soportado doña Andrea, cuyos pesares aumentaba la certidumbre de que aquel que ella hubiera querido por tenerlo muy en el alma, que poseyese a su Sol, no sería de Sol nunca, por lo alto que estaba, y porque era ya de otra. Mas aquella mansísima señora se estremecía cuando pensaba que, por parecer proporcionados en la gran hermosura externa, pudiesen algún día acercarse en amores aquel catador de labios encendidos y aquella copa de vino nuevo. Sentía fuerzas viriles doña Andrea, y determinación de emplearlas, cada vez que el caballo de Pedro Real piafaba sobre los adoquines de la calle. ¡Como si los cuerpos enseñasen el alma que llevan dentro! Una vez, en una habitación recamada de nácar, se encontró refugiado a un bandido. Da horror asomarse a mu-

⁵⁷ Errata en ELA: «menores».

⁵⁸ Bartolomé Esteban Murillo.

chos hombres inteligentes y bellos. Se sale huyendo, como de una madriguera. Y ya se sabía por toda la ciudad, con envidia de muchas locuelas, que tras de Sol del Valle había echado Pedro Real todos sus deseos, sus ojos melodiosos, su varonil figura, sus caballos caracoleadores, sus ímpetus de enamorado de leyenda. Y lo despótico de la afición se le conocía en que, bruscamente, y como si no hubiera estado perturbando con vislumbres de amor sus almas nuevas, cesó de decir gallardías, a afectar desdenes a aquella que más de cerca le tuvieron desde su llegada de París, ya porque de público se las señalase como las conquistas más apetecidas, ya porque lo picante de su trato le diese fácil ocasión para aquellas conversaciones salpimentadas que son muy de uso entre aquellos de nuestros caballeros jóvenes que han visto tierras, y suplen con lo atrevido del discurso la escasez de la gracia y el intelecto. La conversación con las damas ha de ser de plata fina, y trabajada en filigrana leve, como la trabajan en Génova y México.

En ser visto donde Sol del Valle había de verlo,⁵⁹ ponía Pedro Real el mayor cuidado; en que no se la viera sin que se le viese a él; si al teatro, bajo el palco a que fue Sol, que fue el de la directora, y no más que dos veces, estaba la luneta de Pedro, si en Semana Santa, por donde Sol iba con Lucía y Adela, Pedro, sin piedad por Adela, aparecía. Decirle, nada le había dicho. Ni escribirle. Ni nadie afectaba, al saludarla en público, encogimiento y moderación mayores. Y parecía más arrogante, porque no iba tan pulido. Ni le decía, ni le escribía; pero quería llenarle el aire de él. A la salida del teatro, la segunda noche que fue a él Sol, ofrecía un pequeñuelo de sombrero de pita y pies descalzos un ramo de camelias color de rosa, que eran allí muypreciadas y caras. Y en el punto en que salió Sol, y con rapidez tal que pareció a todos cosa artística, tomó el ramo Pedro Real, lo deshizo de modo que las camelias cayeron al suelo, casi a los pies de Sol, y dijo, como si no quisiera ser oído más que del amigo que tenía al lado: «Puesto que no es de quien debe ser, que no sea de nadie». Y como la fantasía que la hermosura de Sol arrancó a Keleffy era ya a manera de leyenda en la ciudad, Pedro Real, con tacto y profundidad mayores de los que pudieran suponérsele, compró, para que nadie volviese a tocar en él, el piano en que habían tocado aquella noche Sol y Keleffy.⁶⁰

⁵⁹ Errata en la edición de Quesada y Aróstegui: «serlo».

⁶⁰ Aquí concluye la sexta entrega de la novela. A partir del párrafo siguiente se inicia la séptima, aparecida el 15 de agosto de 1885 (año 1, no. 21), en la primera página de ELA.

Sonaban por la ciudad alegremente las chirimías, los pífanos y los tambores. Los balcones de la calle de la Victoria eran cestos de rosas, con todas las damas y niñas de la ciudad asomadas a ellos. Por cada bocacalle entraba en la de la Victoria, con su banda de tamborines a la cabeza, una compañía de milicianos. Unos llevaban pantalón blanco de dril, con casaquín de lana perla, cruzado el pecho de anchas correas blancas, con asta plateada. Otros iban de blanco y rojo, blanco el pantalón, la casaca roja. Iban otros más de ciudadano, y aunque menos brillantes, más viriles: llevaban un pantalón de azul oscuro y uno como gabán corto y justo, cerrado con doble hilera de botones de oro, por delante: el sombrero era de fieltro negro de alas anchas, con un delgado cordón de oro, que caía con dos bellotas a la espalda. En las esquinas iban las compañías tomando puesto. ¡Qué conmovedoras las banderas rotas! ¡Qué arrogantes, y como sacerdotes, los que las llevaban! Parecían altos aunque no lo fueran. No parecían bien, cerca de aquellos pabellones desgarrados, los banderines de seda y flores de oro en que con letras de realce iban bordados los números de las compañías. ¡Qué correr desalados, el de los muchachos por las calles! Verdad que hasta los hombres mayores, periódico en mano y bastón al aire, corrían. A algunos, se les saltaban las lágrimas. Parecía como que de adentro empujaba alguien a las gentes. Cuando una banda sonaba a distancia, como si estuviera yéndose, los muchachos, aun los más crecidos, corrían tras ella, con la cara angustiada, como si se les fuera la vida. Y los más pequeños, cruzando de un lado para otro, mirados desde los balcones, parecían los granos sueltos de un racimo de uvas. Las nueve serían de la mañana, y el cielo estaba alegre, como si le pareciese bien lo que sucedía en la tierra. Era el día del año señalado para llevar flores a las tumbas de los soldados muertos en defensa de la independencia de la patria. Entre compañía y compañía, iban carros enormes en la procesión, tirados por caballos blancos, y henchidos de tiestos de flores. Allá en el cementerio, había sobre cada tumba clavada una bandera.

¿Qué caballerín, de los elegantes de la ciudad, no estaba aquella mañana, con un ramo de flores en el ojal, saludando a las damas y niñas desde su caballo? Los estudiantes, no, esos no estaban por las calles, aunque en los balcones tenían a sus hermanas y a sus novias: los estudiantes estaban en la procesión, vestidos de negro, y entre admirados y envidiosos de los muertos a quienes iban a visitar, porque estos, al fin, ya habían muerto en defensa de su patria, pero ellos todavía no: y saludaban a sus hermanas y novias en los balcones, como si se despidieran de ellas. Los estudiantes fueron en masa a honrar a los muertos. Los estudiantes que son el baluarte de la libertad, y su ejército más firme. Las

universidades parecen inútiles, pero de allí salen los mártires y los apóstoles. Y en aquella ciudad ¿quién no sabía que cuando había una libertad en peligro, un periódico en amenaza, una urna de sufragio en riesgo, los estudiantes se reunían, vestidos como para fiesta, y descubiertas las cabezas y cogidos del brazo, se iban por las calles pidiendo justicia; o daban tinta a las prensas en un sótano, e imprimían lo que no podían decir; se reunían en la antigua Alameda, cuando en las cátedras querían quebrarles los maestros el decoro, y de un tronco hacían silla para el mejor de entre ellos, que nombraban catedrático, y al amor de los árboles, por entre cuyas ramas parecía el cielo como un sutil bordado, sentado sobre los libros decía con gran entusiasmo sus lecciones; o en silencio, y desafiando la muerte, pálidos como ángeles, juntos como hermanos, entraban por la calle que iba a la casa pública en que habían de depositar sus votos, una vez que el Gobierno no quería que votaran más que sus secuaces, y fueron cayendo uno a uno, sin echarse atrás, los unos sobre los otros, atravesados pechos y cabezas por las balas, que en descargas nutridas desataban sobre ellos los soldados? Aquel día quedó en salvo por maravilla Juan Jerez, porque un tío de Pedro Real desvió el fusil de un soldado que le apuntaba. Por eso, cuando los estudiantes pasaban en la procesión, vestidos de negro, con una flor amarilla en el ojal, los pañuelos de todos los balcones soltabáanse al viento, y los hombres se quitaban los sombreros en la calle, como cuando pasaban las banderas; y solían las niñas desprenderse del pecho, y echar sobre los estudiantes, sus ramos de rosas.

En un balcón, con sus dos hermanas mayores y la directora, estaba Sol del Valle. En otro, con un vestido que la hacía parecer como una imagen de plata, una linda imagen pagana, estaba Adela. Más allá, donde Sol y Adela podían verlas, ocupaba un ancho balcón, amparado del sol por un toldo de lona, Lucía con varias personas de la familia de su madre, y Ana. En una silla de manos habían traído a Ana hasta la casa. Muy mala estaba, sin que ella misma lo supiese bien; estaba muy mala. Pero ella quería ver, «con su derecho de artista, aquella fiesta de los colores: a la tierra le faltaba ahora color: ¿verdad, Juan? Mira si no como todo el mundo se viste de negro. Quiero oír música, Lucía: quiero oír mucha música. Quiero ver las banderas al viento». Y allí estaba en el ancho balcón, vestida de blanco, muy abrigada, como si hubiese mucho frío, mirando avariciosamente, como si temiera no volver a ver lo que veía, y sintiendo como dentro del pecho, porque no se las viesan, le estaban cayendo las lágrimas.

Lucía distinguió a Sol, y miró si estaba en el balcón, o dentro, Juan Jerez. Sol, no bien vio a Lucía, no quitó de ella los ojos, para que supiese

que estaba allí, y cuando le pareció que Lucía la estaba viendo, la saludó cariñosamente con la mano, a la vez que con la sonrisa y con los ojos. Prefería ella que Lucía la mirase, a que la miraran los jóvenes mejor conocidos en la ciudad, que siempre hallaban manera de detenerse más de lo natural frente a su balcón. A Pedro Real, pagó con un movimiento de cabeza, su humilde saludo, cuando pasó a caballo; y no lo vio con pena, ni con afecto que debiera afligir a doña Andrea, todo lo cual vio Adela desde su balcón, aunque estaba de espaldas. Pero Lucía se había entrado por el alma de Sol, desde la noche en que le pareció sentir goce cuando se clavó en su seno la espina de la rosa. Lucía, ardiente y despótica, sumisa a veces como una enamorada, rígida y frenética enseguida sin causa aparente, y bella entonces como una rosa roja, ejercía, por lo mismo que no lo deseaba, un poderoso influjo en el espíritu de Sol, tímido y nuevo. Era Sol como para que la llevasen en la vida de la mano, más preparada por la naturaleza para que la quisiesen que para querer, feliz por ver que lo eran los que tenía cerca de sí, pero no por especial generosidad, sino por cierta incapacidad suya de ser ni muy venturosa ni muy desdichada. Tenía el encanto de las rosas blancas. Un dueño le era preciso, y Lucía fue su dueña.

Lucía había ido a verla; a buscarla en su coche para que paseasen juntas; a que fuese a su casa a que la conociera Ana; y Ana la quiso retratar; pero Lucía no quiso «porque ahora Ana estaba fatigada, y la retrataría cuando estuviese más fuerte», lo que, puesto que Lucía lo decía, no pareció mal a Sol. Lucía fue a vestirla una de las noches que iba Sol al teatro, y no fue ella: ¿por qué no iría ella? Juan Jerez tampoco fue esa noche: y por cierto que esa vez Lucía le llevó, para que lo luciese, un collar de perlas: «A mí no me lo conocen, Sol: yo nunca me pongo perla»; pero doña Andrea, que ya había comenzado a dar muestras de una brusquedad y entereza desusadas, tomó a Lucía por las dos manos con que estaba ofreciendo el collar a Sol, que no veía mucho pecado en llevarlo, y mirando a la amiga de su hija en los ojos, y apretando sus manos con cariño a la vez que con firmeza, le dijo con acento que dejaba pocas dudas: «No, mi niña, no», lo que Lucía entendió muy bien, y quedó como olvidado el collar de perlas. A la mañana siguiente, a la hora de que Sol fuese a sus clases, fue Lucía a buscarla para que diesen una vuelta en el coche por cerca del colegio, y le preguntó con ahínco sobresaltado y doloroso, que a quién vio, que quién subió a su palco, que a quién llamó la atención, que dónde estaba Pedro Real: «¡Oh! Pedro Real, tan buen mozo; ¿no te gusta Pedro Real? Yo creo que Pedro Real llamaría la atención en todas partes. Has visto como desde que te conoce no se ocupa de nadie Pedro Real»; pero pronto acabó de hablar de

esto Lucía. Quién estaba en el teatro, no le importaba mucho saberlo: Juan no había estado; pero ¿a la salida quién estaba? ¿no recuerdas quién estaba a la salida? ¿Estaba...? y no acababa de preguntar quién había estado. Ni sabía Sol por quién le preguntaba. No: Sol no había visto a nadie. Iba muy contenta. La directora la había tratado con mucho cariño. Sí, Pedro Real había estado; pero no a saludarla: nadie había subido a saludarla. La habían mirado mucho. Decían que el cónsul francés había dicho una cosa muy bonita de ella. Pero al salir, no, no vio a nadie. Sol quería llegar pronto, porque se había quedado triste doña Andrea. Y al llegar en esta conversación al colegio, Lucía besó a Sol con tanta frialdad, que la niña se detuvo un momento mirándola con ojos dolorosos, que no apearon el ceño de su amiga. Y de pronto, por muchos días, cesó Lucía de verla. Sol se había afligido, y doña Andrea no; aunque la ponía orgullosa que le quisiesen a su hija; pero Lucía no: ella no veía nunca con gusto a Lucía. Un día antes de la procesión Lucía había vuelto a la casa de Sol. Que la perdonase. Que Ana estaba muy sola. Que Sol estaba más linda que nunca. «Mira, mañana te mandaré, la camelia más linda que tenga en casa. Yo no te digo que vengas a mi balcón, porque... Yo sé que tú vas al balcón de la directora. Pero mira, vas a estar lindísima; ponte la camelia en la cabeza, a la derecha, para que yo pueda vértela desde mi balcón.» Y le tomó las manos, y se las besó; y conforme conversaba con Sol, se pasaba suavemente la mano de ella por su mejilla; y cuando le dijo adiós, la miraba como si supiera que corría algún peligro, y le avisase de él, y cuando fue hacia el coche, ya se le iban desbordando las lágrimas.

—¡Allí está, allí está! dijo como involuntariamente, y reprimiéndose enseguida que lo había dicho, una de las hermanas de Sol, la mayor, la que no era bella, la que no tenía más que dos ojos muy negros y acariciadores, expresivos y dulces como los de la llama, el animal que muere cuando le hablan con rudeza.

—¿Quién?

—No, no era nadie: Juan Jerez, en el balcón de Lucía.

—Sí, ya lo veo. Lucía está mirando para acá. Y se desprendió, y volvió a prender,⁶¹ para que Lucía lo notase, y supiera que pensaba en ella. Hermanita, dijo de pronto Sol en voz baja: hermanita, ¿no te parece que Juan Jerez es muy bueno? Yo quisiera verlo más. Nunca lo he visto cuando he ido a casa de Lucía. Yo no sé qué tiene, pero me parece mejor que todos los demás. ¿Tú crees que él querrá mucho a Lucía?

⁶¹ Así en ELA.

Hermanita no quería decir nada, hacía como que no oía.

—Juan Jerez iba antes algunas veces a casa, antes de que yo saliese del colegio; ¿verdad? Cuéntame, tú que lo conoces. Yo sé, que él se va a casar con Lucía, aunque ella no me habla de él nunca; pero a mí me gusta hablar de él. A Lucía no me atrevo a preguntarle, como ella no me dice... Él ha sido muy bueno con mamá, ¿no? ¡La directora lo quiere tanto! Mira, allí vuelve a pasar Pedro Real: ¡es buen mozo de veras! pero yo le hallo unos ojos extraños, no son tan dulces como los de Juan. No sé; pero el único que me dijo algo la noche de Keleffy, que no se me ha olvidado, fue Juan Jerez.

Hermanita no decía palabra. Se le habían puesto los ojos muy negros y grandes como para contener algo que se salía a ellos.

Ella, que no miraba hacia el balcón, sentía que Juan Jerez había tenido puesta buen tiempo su mirada larga y bondadosa en Sol. Juan, que acariciaba los mármoles, que seguía por las calles a los niños descalzos hasta que sabía dónde vivían, que levantaba del suelo las flores pisadas, si no lo veían, y les peinaba los pétalos y las ponía dónde no pudiesen pisarlas más. De la misma manera, y con aquel deleite honrado que produce en un espíritu fino la contemplación de la hermosura, había Juan mirado a Sol largamente.

Lucía no estaba allí entonces. ¡Pobre Ana! Cuando ya iban pasando los últimos soldados, palideció, se le cubrió el rostro de sudor, cerró los ojos, y cayó sobre sus rodillas. La llevaron cargada para adentro, a volverle el sentido. Parecía una santa, vestida de blanco, con su cara amarilla. Lucía no se aparta de su lado; Ana había vuelto en sí; Lucía había mirado ya muchas veces a la puerta, como preguntándose dónde estaría Juan. «¿En el balcón? ¡Qué no esté en el balcón!». Y aún desmayada Ana, por poco no le abandona la mano.

—¡Vete, vete con Juan! le dijo Ana, apenas abrió los ojos, y le notó el trastorno: y con la mano y la sonrisa la echaba hacia la puerta suavemente.

—Bueno, bueno, vengo enseguida.

Y fue al balcón derechamente.

—¡Juan!

—¿Y Ana? ¿Cómo está Ana?

El balcón de la directora estaba ya vacío.

—Ya está bien: ya está bien. ¡Yo no sabía dónde tú estabas!

Y volvemos ahora al pie de la magnolia, cuando ya llevaba días de sucedido todo esto, y Sol estaba en una banqueta a los pies de Lucía, sentada en un sillón de hierro. Ana, con sus caprichos de madre, había querido que le llevasen aquel domingo a Sol. «Es tan buena, Lucía! Tú

no tienes que tenerle miedo: tú también eres hermosa. Mira: yo veo a las personas hermosas como si fueran sagradas. Cuando son malas no: me parecen vasos japoneses llenos de fango; pero mientras son buenas, no te rías, me parece, cuando estoy delante de ellas, que soy un monaguillo y que le estoy alzando la cogulla, como en la misa, a un sacerdote. Vamos, tráeme a Sol; ¿pero es de veras que Juan no viene hoy?».

—¡Es de veras! Sí, sí; ahora mismo voy, y te traigo a Sol.

Sol vino, y otras amigas de Ana, mas no Adela. Vivía ya Ana en un sillón de enfermo, porque andar le era penoso, y reclinarse no podía. Ya, como las tardes cuando se está yendo la luz, tenía el rostro a la vez claro y confuso, y todo él como bañado de una dulce bondad. Ni deseos tenía, porque de la tierra deseó poco mientras estuvo en ella, y lo que Ana le hubiera pedido a la tierra, de seguro que en ella no estaba, y tal vez estaría fuera de ella. Ni sentía Ana la muerte, porque no le parecía a ella que fuese muerte aquello que dentro de sí sentía crecientemente, y era como una ascensión. Cosas muy lindas debía ver, conforme se iba muriendo, sin saber que las veía, porque se le reflejaban en el rostro. La frente la tenía como de cera, alta y bruniada, y hundidas las paredes de las sienes. Aquellos ojos eran una plegaria. Tenía fina la nariz, como una línea. Los labios violados y secos, eran como una fuente de perdón. No decía sino caridades. Sola, sí, no quería estar ella. Tampoco se quiere estar solo cuando se va a entrar en un viaje: tampoco, cuando se está en las cercanías de la boda. Es lo desconocido, y se le teme. Se busca la compañía de los que nos aman. Y más que con otras se había encariñado Ana en su enfermedad con Sol, cuya perfecta hermosura lo era más si cabe, por aquel inocente abandono que de todo interés y pensamiento de sí tenía la niña. Y Ana estaba mejor cuando tenía a Sol cogida de la mano, en cuyas horas Lucía, sentada cerca de ellas, era buena.

Dormía Ana en aquellos momentos, cuando en el patio hablaban Lucía y Sol. Hablaban del colegio, que había dado su examen en aquella semana, y dejaba a Sol libre durante dos meses: y a Sol no le gusta mucho enseñar, no, «pero sí me gusta: ¿no ves que así no pasa mamá apuros? ¡Mamá!». Y Sol contaba a Lucía, sin ver que a esta al oírlo se le arrugaba el ceño, cómo inquietaban a doña Andrea los cuidados de Pedro Real, de que no hablaba la señora, porque la niña no se fijase más en él;⁶² pero ella no, ella no pensaba en eso.

—No, ¿por qué no?

⁶² Errata en la edición de Quesada y Aróstegui: «ella».

—No sé: yo no pienso todavía en eso: me gusta, sí, me gusta verle pasear la calle y cuidarse de mí; pero más me gusta venir acá, o que tú vayas a verme, y estar con Ana y contigo. Luego, Pedro Real me da miedo. Cuando me mira, no me parece que me quiere a mí. Yo no sé explicarlo, pero es como si quisiera en mí otra cosa que no soy yo misma. Porque a mí me parece, ¡anda, Lucía, tú puedes decirme de eso! a mí me parece que cuando un hombre nos quiere, debemos como vernos en sus ojos, así como si estuviéramos en ellos, y dos veces que he visto de cerca a Pedro Real, pues no me ha parecido encontrarme en sus ojos. ¿No es verdad, Lucía, que cuando a uno lo quieren le sucede a uno eso?

En la mano de Lucía se encogió de pronto el cabello de Sol con que jugaba.

—¡Ay! me haces daño.

—¿Quieres que vayamos a ver cómo está Ana?

Y ya se estaban poniendo en pie para ir a verla, y arreglándose Sol los cabellos, aquellos cabellos suyos finos, de color castaño con reflejos dorados, cuando a un tiempo se oyeron dos diversos ruidos: uno en el cuarto de Ana, como de mucha gente que se moviera y hablara agitadamente, otro a la puerta de la calle, donde, con aire desembarazado, saltaba un hombre apuesto, de una mula de camino.

—¡Juan! murmuró Lucía, poniéndose más blanca que las camelias.

—¿Juan Jerez? dijo Sol alegrándosele el rostro, y acabando apresuradamente de sujetarse las trenzas.

Lucía, en pie y ceñuda, y con los ojos puestos sobre Sol, a quien turbaba aquel silencio, aguardó apoyada en la silla de hierro, a Juan que, reparando apenas en Sol, venía hacia su prima con las manos tendidas.

—Señorita Sol, ¿qué me le ha hecho a mi Lucía? ¿Por qué no sales a recibirme? ¿para castigarme porque por verte hoy he andado veintidós leguas en mula?

A Lucía se le veían temblar los labios imperceptiblemente, y como crecer los ojos. Su mano se sacudía entre las de Juan, que la miraba con asombro.

Sol hacía como que sobre una mesita un poco alejada arreglaba las flores de un vaso.

—Lucía, ¿qué tienes?

—¡Sol, Lucía, vengan! dijo acercándose a ellas una de sus amigas que salía del cuarto de Ana precipitadamente. Ah, Juan, qué bueno que esté aquí. Ve, Lucía, ve, yo creo que Ana se muere.

—¡Ana!

—Sí, mande enseguida por el médico.

Saltó Juan en la mula, y echó a escape. Sol ya estaba al lado de Ana, Lucía miró muy despacio a la puerta de la calle, miró con ira a aquella por donde había entrado Sol, y se quedó unos momentos de pie, sola, en el patio, los dos brazos caídos y apretados a los costados, fijos los ojos delante de sí tenazmente. Y echó a andar hacia el cuarto de Ana, después de haber mirado a su alrededor a todos los lados, como si temiese.

¡Al campo! ¡al campo! Todos van al campo. Todos, sí, todos. Adela y Pedro Real, Lucía y Juan, y Ana y Sol. Y, por supuesto, las personas mayores que por no influir directamente en los sucesos de esta narración no figuran en ella. ¡Al campo todos!

El médico llegó aquel domingo en momentos en que Ana abría los ojos, que a Sol arrodillada al borde de su cama fue lo primero que vieron.

—¡Ah, tú, Sol! Y Sol le pasaba la mano por la frente, y le apartaba de ella los cabellos húmedos.

Lucía arreglaba las almohadas de manera que Ana pudiera estar como sentada. Sus amigas todas rodeaban la cama, y Ana, sin fuerzas aún para hablar, les pagaba sus miradas de angustia con otras de reconocimiento. Parecía que era dichosa. Sol quiso retirar la mano con que tenía asida la de Ana; pero Ana la retuvo.

—¿Qué ha sido, eh, qué ha sido? Sentí como si todo un edificio se hubiese derrumbado dentro de mí. Ya, ya pasó. Ya estoy bien. Y se le cayó la cabeza al otro lado de las almohadas.

El médico la halló de esta manera, le puso el oído sobre el corazón, abrió de par en par la ventana y las puertas, y aconsejó que solo quedase junto a ella la persona que ella desease.

Ana, que parecía no oír, abrió los ojos, como si el aire le hubiese hecho bien, y dijo:

—Juan ha llegado, Lucía.

—¿Cómo sabes?

—Vete con Juan, Lucía. Sol, tú te quedas.

Miró Sol a Lucía, como preguntándole; a Lucía, que estaba en pie al lado de la cama, duros los labios y los brazos caídos.

Juan llamaba a la puerta en este instante, y el médico lo entró en el cuarto, de la mano.

—Venga a decirme si no es locura pensar que corre riesgo esta linda niña. Y con los ojos, desdecía el médico sus palabras. Pero es indispensable que la enfermita vea el campo. Es indispensable. No me pregunte Vd. qué remedio necesita, dijo el médico clavando los ojos en Juan.

Mucho reposo, mucho aire limpio, mucho olor de árboles. Llévenmela donde haya calor, estos tiempos húmedos pueden hacerle mucho daño. Si mañana mismo pueden Vds. disponer el viaje, sea mañana mismo. Pero, niña, no se me vaya a ir sola. Lleve gente que la quiera, y que la arrope bien por las mañanitas y por las tardes. ¿Y esta señorita? añadió volviéndose a Sol. Y creo que Vd. se me pone buena si lleva consigo a esta señorita.

—Oh, sí, Sol va conmigo; ¿no, Juan?

—Por supuesto, dijo Juan vivamente, pensando con placer en que así se regocijaría Ana, cuya afición a Sol le era ya conocida, y se daría una prueba de estimación a la pobre viuda: por supuesto que la llevamos. Va a ser una gala de los ojos ver ir por un caminito de rosales que yo me sé, cogidas del brazo, a Sol, Ana y Lucía. Lucía, mañana nos vamos. Sol, voy ahora a su casa a pedirle permiso a doña Andrea. ¿Te parece, Lucía, que invitemos a Adela y a Pedro Real? ¡Upa, Ana, upa! Allá tengo unos inditos en el pueblo que te van a dar asunto para un cuadro delicioso. ¿Vamos, doctor? Acarició Juan una mano de Ana, besó la de Lucía, con un beso que la regañaba dulcemente y salió al corredor, hablando como muy contento, con el médico.

Ana llamó a Lucía con una mirada, y así que la tuvo cerca de sí, sin decir palabra, y sonriendo felizmente, trajo sobre su seno con un esfuerzo las manos de Lucía y de Sol, que estaban cada una a un lado de ella, y paseando sus ojos por sobre sus cabezas, como conversándoles, estuvo largo tiempo unidas las manos de ambas niñas bajo las suyas.

Y Sol miró a Lucía de tan linda manera, que no bien Ana se quedó como dormida, se acercó Lucía a Sol, la tomó por el talle cariñosamente, y una vez en su cuarto, empezó a vaciar con ademanes casi febriles sus cajas y gavetas.

—Todo, todo, todo es para ti. Y Sol quería hablar, y ella no la dejaba. Mira, pruébate este sombrero. Yo nunca me lo he puesto. Pruébate, pruébate. Y este, y este otro. Esos tres son tuyos. Sí, sí, no me digas que no. Mira, trajes: uno, dos, tres. Este es el más bonito para ti. ¿Oyes? Yo quiero mucho a Pedro Real. Yo quiero que tú quieras a Pedro Real. Que te vea muy bonita. Que te vean siempre más bonita que yo. Pero óyeme, a Juan no me lo quieras. Tú déjame a Juan para mí sola. Enójalo. Trátalo mal. Yo no quiero que tú seas su amiga. ¡No, no me digas nada! sí, es chanza, sí es chanza. ¿Ves? Este vestido malva sí te va a estar bien. A ver, ve qué bien hace con tu pelo castaño. ¿Ves? Es muy nuevo. Tiene el corpiño como un cáliz de flor, un poco recto; no como esos de ahora, que parecen una copa de champaña: muy delgados en la cintura, y muy anchos en los hombros. La saya es lisa; no tiene tablados ni

pliegues; cae con el peso de la seda hasta los pies. ¿Ves? a mí me está muy corta. A ti te estará bien. Es un poco ancha, a lo Watteau.⁶³ ¡Mi pastorcita! ¡mi pastorcita! Yo nunca me la he puesto. ¿Tú sabes? A mí no me gustan los colores claros. ¡Ah! mira: aquí tienes, y escondía algo con las dos manos cerradas detrás de su espalda, aquí tienes, y no te lo vas a quitar nunca, aunque se nos enoje doña Andrea. Cierra, cierra los ojos.

Los cerró Sol venturosa de verse tan querida por su amiga, y cuando los abrió, se vio en el brazo, e hizo por quitarse un gesto que Lucía le detuvo, un brazalete de cuatro aros de perlas margaritas.⁶⁴

—Sí, sí, es muy rico; pero yo quiero que tú lo tengas. No: nada, nada que me digas: ¿ves? yo tengo aquí otro, de perlas negras. ¡Y nunca, nunca te lo quites! Yo quiero ser muy buena. Y la tomó de las dos manos, y la besó en las dos mejillas apasionadamente. ¡Ven, vamos a ver a Ana!

Y salieron del cuarto, cogidas del tallo.

¡Al campo, al campo! doña Andrea no sabe que va Pedro Real; que si lo supiese, no dejaría ir a Sol: aunque a Juan ¿qué le negaría ella? ¡A Juan! Ese, ese era el que ella hubiera querido para Sol. «Bueno, Juan: que no salga al sol mucho». Juan preguntó en vano por la hermana mayor, por Hermanita. Ella estaba en la casa cuando entró él; pero ahora no: estará en casa de alguna vecina. ¡No, Hermanita estaba allí; estaba en el comedor, detrás de las persianas. Ella veía a quien no la veía. «Cierra los ojos, Hermanita, no veas a lo que no debes ver!». Y cuando Juan salió, las persianas se entornaron, como unos ojos que se cierran.

¡Al campo, al campo! Cuatro mulas tiran del carruaje, con collares de plata y cencerro, porque Ana vaya alegre: y las mulas llevan atadas en el anca izquierda unas grandes moñas rojas, que lucen bien sobre su piel negra. El cochero es Pedro Real, que lleva al lado a Adela, en la imperial, Juan y Lucía, adentro, con la gente mayor, que es muy respetable, pero no nos hace falta para el curso de la novela, Ana sentada entre almohadas, muy mejor con el gozo del viaje, con su cuaderno de apuntes en la falda, para copiar lo que le guste del camino, que ya le parece que está buena, y Sol a su lado, con un vestido de sedilla color de ópalo, tranquila y resplandeciente como una estrella.

Pedro Real se mordió el bigote rizado cuando vio que no iba a ser Sol su compañera en el pescante. Y con Adela iba muy cortés. Pero ¿Ana no necesitaría nada? Juan, ¿irá Ana bien? deberíamos bajar. ¡Voy a bajar un

⁶³ Jean Antoine Watteau.

⁶⁴ Las perlas margaritas, generalmente de color gris o blanco aunque en ocasiones pueden presentarse rosáceas o con tonos amarillentos, se originan en moluscos cuya perla madre recibe el nombre científico de *Melagarina margaritina*.

momento, a ver si Ana va bien! Bajó muchos momentos. Y las mulas, aunque diestras, más de una vez se iban un poco del camino, como si no estuviese bastante puesto en ellas el pensamiento del cochero.⁶⁵

Era como de seis leguas el camino, y todo él a un lado y otro de tan frondosa vegetación que no había manera de tener los ojos sino en constante regalo y movimiento. Porque allá al fondo era un bosque de cocoteros, o una hilera de palmas lejanas que iba a dar en la garganta de dos montes; ya era, al borde mismo del camino, una pendiente llena de flores azules y amarillas que remataba en un río de espumas blancas, nutrido con las aguas de la sierra, o eran ya a la distancia, imponentes como dos mensajes de la tierra al cielo, dos volcanes dormidos, a cuya falda serpeada por arroyuelos de agua blanca viva y traviesa, se recogían, como siervos azotados a los pies de sus dueños, las ciudades antiguas, desdentadas y rotas, en cuyos balcones de hierro labrado, mantenidos como por milagro sin paredes que los sustentasen sobre las puertas de piedra, crecían en hilos que llegaban hasta el suelo copiosas enredaderas de ipomea. De una iglesia que tuvo los techos pintados, y dorados de oro fino de lo más viejo de América los capiteles de los pilares, quedaba en pie, como una concha clavada en tierra por el borde, el fondo del altar mayor, cobijado por una media bóveda: un bosquecillo había crecido al amor del altar; la pared interior, cubierta de musgo, le daba desde lejos apariencia de cueva formidable; y era cosa común y sumamente grata ver salir de entre los pedruscos florecidos, al menor ruido de gente o de carruajes, una bandada de palomas. Otra iglesia, de la que no había quedado en pie más que el crucero, tenía el domo completamente verde, y las paredes de un lado rosadas y negras, como los bordes de una herida. Y por el suelo no podía ponerse el pie sin que saltase un arroyo.

Llegaron a los volcanes; pasaron por las ciudades antiguas: más allá iban; y no se detuvieron. Lucía, a la sombra de su quitasol rojo, se sentía como la señora de toda aquella natural grandeza, y como si el mundo entero, de que tenía a los ojos hermosa pintura, no hubiera sido fabricado más que para cantar con sus múltiples lenguas los amores de Lucía Jerez y de su primo. Y se veía ella misma lo interior del cráneo como si estuviese lleno de todas aquellas flores: lo que le sucedía siempre que

⁶⁵ Aquí concluye la séptima entrega de la novela. A partir del párrafo siguiente se inicia la octava, aparecida el 1.º de septiembre de 1885 (año 2, no. 22), en la primera página de ELA.

estaba sola, con Juan Jerez al lado. Adela y Pedro hablaban de formalísimos sucesos, que tenían la virtud de poner a Adela contemplativa y silenciosa, dando a Pedro ocasión para ir callado buena parte del camino, lo cual aprovechaba él en celebrar consigo mismo animados coloquios: y a cada instante era aquello de: «Juan, ¿cómo estará Ana? Bajaré un instante, a ver si se le ofrece algo a Ana». Y Lucía reía, y daba por cosa cierta que, aunque Sol era niña recatada, ya le había dicho que Pedro Real le parecía muy bien, y se la veía que le llevaba en el alma: lo que a Juan no parecía un feliz suceso, aunque prudentemente lo callaba. Adentro del carruaje, la dichosa Sol era toda exclamaciones: jamás, jamás en su vida de huérfana pobre, había visto Sol correr los ríos, vestirse a los bosques fuertes de campanillas moradas y azules, y verdear y florecer los campos. De un color de rosa de coral se le teñían las mejillas, y el ónix de México no tuvo nunca mayor transparencia que la tez fina de Sol, en aquella mañana de ventura en la naturaleza. ¡Ay! la buena Ana sonreía mucho, pero había olvidado levantar de su falda el cuaderno de notas.

Y de pronto sonaron unas músicas; se oscureció el camino como por una sombra grata, y refrenaron las mulas el paso, con gran ruido de hebillas y cencerros. De un salto estaba Pedro a la portezuela del carruaje, al lado de Sol, preguntándole a Ana qué se le ofrecía. Pero aquí bajaron todos, y Sol misma, que se volvió pronto al carruaje, para acompañar a Ana, y animarla a tomar del breve almuerzo que los demás, sentados en torno de una mesa rústica, gustaban con vehemente apetito, sazonado por chistes que el piadoso Juan encabezaba y atraía, porque los oyese Ana desde su asiento en el coche, traído a este propósito cerca de la mesa.

Allí, en las tazas de güiros posadas en trípodes de bejuco recién cortado de las cercanías, hervía la leche que, a juzgar por lo fragante y espumosa, acababa de salir de la vaca de Durham que asomó su cabeza pacífica por uno de los claros de la enredadera. Porque era aquel lugar un lindo parador, techado y emparrado de verdura, puesto allí por los dueños de la finca, para que los visitantes hiciesen de veras, al llegar de la ciudad, su almuerzo a la manera campesina. Allí el queso, que manaba la leche al ser cortado, y sabía ricamente con las tortas de maíz humeantes que servía la indita de saya azul, envueltas en paños blancos. Allí unos huevos duros, o blanquillos, que venían recostados, cada uno en su taza de güiro, sobre una yerba de grata fragancia, que olían como flores. Allí,

en la cáscara misma del coco recién partido en dos, la leche de la fruta, con una cucharilla de coco labrado que la desprendía de sus tazas naturales. Y mientras duraba el almuerzo, unos indios, descalzos y en sus trajes de lona, puesto en tierra sus sombreros de palma, tocaban, bajo otro paradorcillo más lejano, dispuesto para ellos, unos aires muy suaves de música de cuerda, que blandamente templada por el aire matinal y la enredadera espesa, llegaba a nuestros alegres caminantes como una caricia. Adela solo reía forzosamente. Violencia tenía que hacerse Sol para no palmoear en el carruaje. Muy feamente arrugó el ceño Lucía una vez que se acercó Juan a la portezuela del lado de Ana, y habló con ella, haciéndola reír, unos minutos: y en cuanto oyó reír a Sol, dejó Lucía su asiento, y se fue ella también a la portezuela. ¡Ea! ¡Ea! ya tocan diana, que es el toque de bienvenida y adiós, los indios habilidosos. La indita de saya azul da a gustar a la vaca mirona una de las tazas de coco abandonada. Al pescante van Pedro y Adela: Lucía, menos contenta, a la imperial con Juan. Ya la casa de la finca, toda blanca, de techo encarnado, se ve a poca distancia. Ana ya va muy pálida; y las mulas, al olor del pesebre, vuelan camino arriba, bajo la bóveda de espesos almendros que llenan la avenida con sus hojas redondas y sus verdes frutas.

Mucha, mucha alegría. Lucía también estaba alegre, aunque no estaba Juan allí. ¿Por qué no estaba Juan?⁶⁶ el pleito de los indios, aunque aquellos eran días de receso en tribunales como en escuelas, le había obligado a volver al pueblecito, si no quería que un gamonal del lugar, que tenía grandes amigos en el Gobierno, hurtase con una razón u otra a los indios la tierra que la energía de Juan había logrado al fin les fuese punto menos que reconocida en el pleito. Los indios habían salido de la iglesia con su música, el domingo antes, apenas se supo que Juan no esperaría el tren del día siguiente; y cuando le trajeron a Juan la mula, vio que la habían adornado toda con estrellas y flores de palma, y que todo el pueblo se venía tras él, y muchos querían acompañarle hasta la ciudad. Una viejita, que venía apoyada en su palo, le trajo un escapulario de la Virgen, y una guapa muchacha, con un hijo a la espalda y otro en brazos, llegó con su marido, que era un bello mancebo, a la cabeza de la mula, y puso al indito en alto para que le diese la mano al «caballero bueno»; y muchos venían con jarras de miel cubiertas con estera bien

⁶⁶ Errata en la edición de Quesada y Aróstegui: «Porque no estaba Juan».

atada, u otras ofrendas, como si pudiesen dar para tanto las ancas de la caballería, muy oronda de toda aquella fiesta; y otro viejito, el padre del lugar, mi señor don Mariano, que jamás había bebido de licor alguno, aunque él mismo trabajaba el de sus plantíos propios, llegó, apoyado en sus dos hijos, que eran también como senadores del pueblo, y con los brazos en alto desde que pudo divisar a Juan, y como si hubiera al cabo visto la luz que había esperado en vano toda su vida: «Abrazarlo, decía. ¡Déjenme abrazarlo! ¡Señor, todito este pueblo lo quiere como a su hijo!» De modo que Juan, a quien habían conmovido aquellos cariños, dejó la finca, dos días después de haber llegado a ella, no bien supo que los indios, a pesar de su esfuerzo, corrían peligro de que se les quitase de las manos la posesión temporal que, en espera de la definitiva, había Juan obtenido que el Juez les acordase, —el Juez, que había recibido el día anterior de regalo del gamonal un caballo muy fino.

Mucha, mucha alegría. Lucía misma, que en los dos días que estuvo allí Juan le dio ocasión de extrañeza con unos cambios bruscos de disposición que él no podía explicarse, por ser mayores y menos racionales que los que ya él le conocía, estaba ahora como quien vuelve de una enfermedad.

Era la casa toda de los visitantes, por no estar en ella entonces sus dueños, que eran como de la familia de Juan. Pedro, al anochecer, salía de caza, porque era el tiempo de la de los conejos, por allí abundantísimos. De los que traía muertos en el zurrón no hablaba nunca, porque Ana no se lo había de perdonar, por haber todavía en este mundo almas sencillas que no hallan placer en que se mate, a la entrada misma de la cueva donde tiene a su compañero y a su prole, a los padres animales que han salido a descubrir, para mudarse de casa, algún rincón del bosque rico en yerbas.

Pero los conejos, de puro astutos, suelen caer en las manos del cazador; porque no bien sienten ruido, se hacen los muertos, como para que no los delate el ruido de la fuga, y cierran los ojos, cual si con esto cerrase el cazador los suyos, quien hace por su parte como que no ve, y echada hacia la espalda la escopeta, por no alarmar al conejo que suele conocerla, se va, mirando a otro lado, sobre la cama del conejo, hasta que de un buen salto le pone el pie encima y así lo coge vivo: una vez cogió tres, muy manso el uno, de un color de humo, que fue para Ana: otro era blanco, al cual halló manera de atarle una cinta azul al cuello, con que lo regaló a Sol; y a Lucía trajo otro, que parecía un rey cautivo, de un castaño muy duro, y de unos ojos fieros que nunca se cerraban, tanto que a los dos días, en que no quiso comer, bajó por primera vez las

orejas que había tenido enhiestas, mordió la cadenilla que lo sujetaba, y con ella en los dientes quedó muerto.

Paseos, había pocos. Sin Ana ¿quién había de hacerlos? Con ella, no se podía. Ni Sol dejaba a Ana de buena voluntad; ni Lucía hubiera salido a goce alguno cuando no estaba Juan con ella. Adela, sí, había trabado amistades con una gruesa india que tenía ciertos privilegios en la casa de la finca, y vivía en otra cercana, donde pasaba Adela buena parte del día, platicando de las costumbres de aquella gente con la resuelta Petrona Revolorio: «y no crea la señorita que le converso por servicio, sino porque le he cobrado afición». Era mujer robusta y de muy buen andar, aunque esto lo hacía sobre unos pies tan pequeños que no había modo de que Petrona llegara a ver a «sus niños» sin que le pidieran que los enseñase, lo cual ella hacía como quien no lo quiere hacer, sobre todo cuando estaba delante el niño Pedro. Las manos corrían parejas con los pies, tanto que algunas veces las niñas se las pedían y acariciaban; llevaba una simple saya de listado, y un camisolín de muselina transparente, que le ceñía los hombros y le dejaba desnudos los hermosos brazos y la alta garganta. Era el rostro de facciones graciosas y menudas, de tal modo que la boca, medio abierta en el centro y recogida en dos hoyuelos a los lados, no era en todo más grande que sus ojos. La naricilla, corta y un tanto redonda y vuelta en el extremo, era una picardía. Tenía la frente estrecha, y de ella hacia atrás, en dos bandas no muy lisas, el cabello negro, que en dos trenzas copiosas, veteadas de una cinta roja, llevaba recogida en cerquillo, como una corona, sobre lo alto de la cabeza. Un chal de listado tenía siempre puesto y caído sobre un hombro; y no había quien, cuando remataba una frase que le parecía intencionada, se echase por la espalda con más brío el chal de listado. Luego echaba a correr, riendo y hablando en una jerga que quería ser muy culta y ciudadana; y se iba a preparar a la niña Ana, lo cual lo hacía muy bien, unos tamales de dulce de coco y un chocolatlillo claro, que era lo que con más gusto tomaba, por lo limpio y lo nuevo, nuestra linda enferma. Y mientras Ana los gustaba, Petrona Revolorio, con el chal cruzado, se sentaba a sus pies «no por servicio, sino porque le había cobrado afición», y le hacía cuentos.

¿El alba, sin que Petrona Revolorio estuviese a la puerta del cuarto de la niña Ana con su cesta de flores, que ella misma quería ponerle en el vaso y ver con sus propios ojos, cómo seguía la niña?⁶⁷—» ¡Mi niñita:

⁶⁷ En la edición de Quesada y Aróstegui, el parlamento a continuación se inicia con guión, comillas y signo de admiración, pero no aparecen los cierres de estos.

mírenla que galana está hoy: se lo voy a decir al niño Pedro que nos dé un baile de convite a las señoras, y vamos a sacarla a bailar con el niño Pedro. ¡Y él sí que es galán también, el niño Pedro!—Mire mi niñita: no le traigo de esos jazminotes blancos, porque los de acá huelen muy fuerte; pero aquí le pongo, en este vaso azul, esos jazmines de San Juan, que acá se dan todo el año y huelen muy bien de noche. Con que, mi niñita, prepárese para el baile, y que le voy a prestar un chal de seda encarnada que yo tengo, que me la va a poner más linda que la misma niña Sol. ¡Cómo está que se muere el niño Pedro por la niña Sol! Pero yo no sé que tiene la niña Adela, que está como aburrida.—¿Quiere mi niñita los tamales hoy de coco, o de carnegita fresca? Ayer maté un cochito,⁶⁸ que está de lo más blando: era el cochito rosado, y la carne está como merengue ¡Jesús, mi niñita, no me diga eso! Si yo me muero por servirla: mire que yo soy como las tacitas de coco, que dicen en letras muy guapas: «yo sirvo a mi dueña». Voy a poner la puerta de mi casa llena de tientos de flores, y a alquilar a los músicos, el día que mi niñita vaya a verme. ¡Y eso que yo no se lo hago a nadie: «porque no lo hago por servicio, sino porque le he cobrado mucha afición!».

Y Pedro, como que con la ausencia de Juan venía a ser el caballero servidor de las cuatro niñas, ¿qué había de hacer sino estarlas sirviendo, y mucho mejor cuando no estaba cerca Adela, y mejor aún cuando no estaba junto a Ana, que no ponía buenos ojos cuando miraba a la vez a Sol y a Pedro, y mejor que nunca cuando por algún acaso Lucía y Sol estaban solas? Y siempre entonces tenía Lucía algo que hacer, ir de puntillas a ver si seguía durmiendo Ana, ver si habían puesto de beber a los pajaritos azules, preguntar si habían traído la leche fresca que debía tomar Ana al despertarse: siempre tenía Lucía, cuando Pedro y Sol podían quedarse solos, alguna cosa que hacer.

Era el lugar de conversación un colgadizo espacioso, de tablilla bruñida el pavimento: la baranda —como toda la casa, de madera— abierta en tres lados para las tres escalerillas que llevaban al jardín que había al frente de la casa. Estaba el colgadizo siempre en sombra, porque lo vestía de verdor una enredadera copiosísima, esmaltada de trecho en trecho por unos ramos de florecitas rojas. Colgaban del techo, pintado al fresco de unas caprichosas guirnaldas de hojas y flores como las de la enredadera, unos cestos de alambre cubiertos de cera roja, que les hacía parecer de coral, todos llenos de florecillas naturales, brillantes y pequeñas,

⁶⁸ Diminutivo de cocho: cerdo en algunas regiones de América.

y a menudo adornados con las hebras de una parásita que crecía sobre los árboles viejos de la finca, y era, por su verde blancuzco y por crecer en hilos, como las canas de aquella arboleda. En los tramos de pared, entre las ventanas interiores, realzadas con unas líneas de vivo encarnado, había unos grandes estudios de flores en madera, pintada con los colores naturales por los artistas del país, con propiedad muy grande: dos de los cuadros eran de magnolia, la una casi abierta, y con cierta hermosura de emperatriz; la otra aún cerrada en su propia rama: y otros dos cuadros eran de las flores pomposas del marpacífico, con sus hojas de rojo encendido, agrupadas de modo que realizase su natural tamaño y hermosura.

Y allí, a la suave sombra, contaba Pedro maravillas y glorias europeas a Ana, que le oía con cariño,—a Adela, que hacía como si no le interesasen,—a Lucía, que pensaba con amorosa cólera en Juan, en Juan, que no debía venir, porque estaba allí Sol, en Juan, que debía venir puesto que estaba Lucía;—y a Sol contaba también aquellas historias, quien sin desagrado ni emoción las escuchaba y con sus hábitos de niña huérfana, azorada a veces de la súbita rudeza que templaba Lucía luego con arrebatos afectuosos, solo se sentía dueña de sí cerca de quien la necesitaba, y ni con Adela, que parecía esquivarla, ni con la misma Lucía, aunque esto le pesaba mucho, tenía ya la naturalidad y abandono que con Ana, con Ana a quien aquellos aires perfumados y calurosos habían vuelto, si no el color al rostro, cierta facilidad a los movimientos y unos como asomos de vida.

Hallaba Pedro con asombro que el atrevimiento desvergonzado y celebración excesiva a que se reduce, casi siempre pagado de prisa y con usura por las mujeres, todo el arte misterioso de los enamoradores, no le eran posibles ante aquella niña recién salida del colegio, que con franca sencillez, y mirándole en los ojos sin temor, decía en alto como materia de general conversación lo que con más privado propósito dejaba Pedro llegar discretamente a su oído. Era la niña de tal hermosura que llevaba consigo, y de sí misma, la majestad que la defiende; y lo usual iba siendo que cuando Lucía encontraba modo de ir a ver si los pajaritos azules tenían agua, o si había llegado la leche fresca, no mudase la conversación entre Sol y Pedro, abierta por los demás y no muy amena, del asunto en que se estaba antes de que Lucía fuera a ver los pájaros. Ni había cosa que a Lucía pusiese en mayor enojo que hallarlos conversando, cuando volvía, de la caza de ayer, del jabalí en preparación, de las fiestas de cacería en los castillos señoriales de Europa, de la pobre Ana, de los tamales de Petrona Revolorio. Y Pedro, de otras mujeres tan temido, era con la mayor tranquilidad puesto por Sol, ya a que le leyese

la *Amalia* de Mármol o la *María* de Jorge Isaacs, que de la ciudad les habían enviado, ya, para unos cobertores de mesa que estaba bordando a la directora, a que devanase el estambre.

—Sí, sí, hoy estaba muy hermosa. Dime, tú, espejo: ¿la querrá Juan? ¿la querrá Juan? ¿Por qué no soy como ella? Me rasgaría las carnes: me abriría con las uñas las mejillas. Cara imbécil, ¿por qué no soy como ella? Hoy estaba muy hermosa. Se le veía la sangre y se le sentía el perfume por debajo de la muselina blanca.

Y se sentaba Lucía, sola en su cuarto en una silla sin espaldar, sin quitarse los vestidos, ya a más de medianoche, y a poco rato se levantaba, se miraba otra vez al espejo, y se sentaba nuevamente, la cara entre las manos, los codos en las rodillas. Luego rompía a hablarse:

—Yo me veo, sí, yo me veo. ¿Qué es lo que tengo, que me parezco fea a mí misma? Y yo no lo soy, pero lo estoy siendo. Juan lo ha de ver; Juan ha de ver que estoy siendo fea. ¡Ay! ¡por qué tengo este miedo! ¿Quién es mejor que Juan en todo el mundo? ¿Cómo no me ha de querer él a mí, si él quiere a todo el que lo quiere? ¿quién, quién lo quiere a él más que yo? Yo me echaría a sus pies. Yo le besaría siempre las manos. Yo le tendría siempre la cabeza apretada sobre mi corazón. ¡Y esto ni se puede decir, esto que yo quisiera hacer! Si yo pudiera hacer esto, él sentiría todo lo que yo lo quiero, y no podría querer a más nadie. ¡Sol! ¡Sol! ¿quién es Sol para quererlo como yo lo quiero? ¡Juan!... ¡Juan!...

Y conteniendo la voz se iba hacia la ventana abierta, y tendía las manos como sin querer, llamando a Juan a quien acababa de escribir sin decirle que viniese.

Empujó violentamente las dos hojas de la ventana, y arrodillándose de repente junto a ella, sacó afuera, como a que el aire se la humedeciese, la cabeza; y la tuvo apoyada algún tiempo sobre el marco, sin que le molestase aquella almohada de madera.

—¡No puede ser! ¡no puede ser! dijo levantándose de pronto: Juan va a quererla. Lo conozco cada vez que la mira. Se sonríe, con un cariño que me vuelve loca. Se le ve, se le ve que tiene placer en mirarla. Y luego ¡esa imbécil es tan buena! No es mentira, no: es buena. ¿Yo misma, yo misma no la quiero? ¡Sí, la quiero, y la odio! ¿Qué sé yo qué es lo que me pasa por la cabeza? ¡Juan, Juan, ven pronto; Juan, Juan, no vengas!

—¿Cómo no ha de quererla Juan? decía la infeliz, entre golpe de lágrimas, a los pocos momentos, siendo aquel llanto de Lucía extraño, porque no venía a raudal y de seguida, aliviando a la que lloraba, sino a borbotones e intervalos, sofocándola y exaltándola, parecido al agua que baja, tropezando entre peñas, por los torrentes. ¿Cómo no ha de

quererla Juan, si no hay quien ame lo hermoso más que él, y la Virgen de la Piedad no es tan hermosa como ella? Juan... Juan... decía en voz baja, como para que Juan viniese sin que nadie lo viera; ¡sin que Sol lo viera!⁶⁹

—Y si viene... y si la mira... ¡yo, no puedo soportar que la mire!... ¡ni que la mire siquiera! Y si está aquí un mes, dos meses. Y si ella no quiere a Pedro Real, porque no lo quiere, y Ana le dice que no lo quiera. Y ella va a querer a Juan ¿cómo no va a quererlo? ¿Quién no lo quiere desde que lo ve? Ana lo hubiera querido, si no supiese que ya él me quería a mí; ¡porque Ana es buena! Adela lo quiso como una loca; yo bien lo vi, pero él no puede querer a Adela. Y Sol ¿por qué no lo ha de querer? Ella es pobre; él es muy rico. Ella verá que Juan la mira. ¿Qué marido mejor puede tener ella que Juan? Y me lo quitará, me lo quitará si quiere. Yo he visto que me lo quiere quitar. Yo veo cómo se queda oyéndole cuando habla; así me quedaba yo oyéndole cuando era niña. Yo veo que cuando él sale, ella alza la cabeza para seguirle viendo. ¡Y van a estar aquí un mes, dos meses! ella siempre con Ana, todos con Ana siempre. Él recreando los ojos en toda su hermosura. Yo, callada a su lado, con los labios llenos de horrores que no digo, odiosa y fiera. Esto no ha de ser, no ha de ser, no ha de ser.⁷⁰ O Sol se va, o yo me iré. Pero ¿cómo me he de ir yo?; ⁷¹ ¡qué me lo robe alguien si puede! Y abrió los brazos en la mitad del cuarto, como desafiando, y le cayó por las espaldas desatada la cabellera negra.

—¡Qué no se sienten juntos: que yo no lo vea!

Y con los labios apoyados sobre el puño cerrado, quedó dormida en un sillón cerca de la ventana, sombreándole extrañamente el rostro, al agitarse movida por el aire la cabellera negra.

¿A quién vio la mañana siguiente Lucía, sentado en el colgadizo, con Sol y con Ana? Venía con paso lento, y como si no hubiera querido venir.

—¡No le diga, no le diga!... a Sol que se levantaba como para avisarle.

Venía Lucía con paso lento, y Ana y Sol que conocían las habitaciones de la casa, sabían que era ella quien venía. Volvió Sol a su asiento. Juan hizo como que hablaba muy animadamente con Ana y con ella. Lucía llegó a la puerta. Los vio sentados juntos, y como que no la veían.

⁶⁹ Aquí concluye la octava entrega de la novela. A partir del párrafo siguiente se inicia la novena (y última), aparecida el 15 de septiembre de 1885 (año 2, no. 23), en las páginas interiores de ELA.

⁷⁰ En ELA, a continuación.: «O Sol se va. O yo me iré. Pero ¿cómo me he de ir yo? ¡Qué me lo robe alguien si puede!».

⁷¹ En la edición de Quesada y Aróstegui no abre el signo de admiración que sigue.

Tembló toda. ¿Entra? ¿Sale? ¡Juan! ¡allí Juan! ¡Juan así! Se clavó los dientes en el labio, y los dejó clavados en él. Volvió la espalda, se entró por el corredor que iba a su habitación; a Sol que fue corriendo detrás de ella, —: ¡Vete! ¡vete! y entró en su cuarto, cerrando tras de sí con llave la puerta.

¡A Juan que, suponiéndola apenada, no bien acabó con cuanta prisa pudo su empeño en el pueblo de los indios volvió a la ciudad, y de allí, aprovechando la noche por sorprender a Lucía con la luz de la mañana, emprendió sin descansar el camino de la finca a caballo y de prisa! ¡A Juan, que con amores muy altos en el alma, consentía, por aquella piedad suya que era la mayor parte de su amor, en atar sus águilas al caballo de aquella criatura, no tanto por lo que la amaba él, sin que por eso dejase de amarla, sino por lo que lo amaba ella! ¡A Juan que, puestos en las nubes del cielo y en los sacrificios de la tierra sus mejores cariños, no dejaba, sin embargo, por aquella excelente condición suya, de hacer, pensar u omitir cosa con que él pudiera creer que sería agradable a su prima Lucía, aunque no tuviese él placer en ella! ¡A Juan que, joven como era, sentía, por cierto anuncio del dolor que más parece recuerdo de él, como si fuera ya persona muy trabajada y vivida, a quienes las mujeres, sobre todo en la juventud, parecían⁷² encantadores enfermos! ¡A Juan, que se sentía crecer bajo el pecho, a pesar de lo mozo de sus años, unas como barbas blancas muy crecidas, y aquellos cariños pacíficos y paternales que son los únicos que a las barbas blancas convienen! ¡A Juan, que tenía de su virtud idea tan exaltada como la mujer más pudorosa, y entendía que eran tan graves como⁷³ las culpas groseras los adulterios del pensamiento!

¡A Juan, porque, ya después de aquellas cartas extrañas que Lucía le había escrito a la finca sin hablarle de su vuelta, recibirlo de aquel modo, con aquella mirada, con aquella explosión de cólera, con aquel desdén! ¡Pues cuándo había cesado de pensar Juan, cuándo, que aquel cariño que con tanta ternura prodigaba, sin fatiga ni traición, sobre su prima, era como una concesión de él, como un agradecimiento de él, como una tentativa, a lo sumo, de asir en cuerpo y ver con los ojos de la carne las ideas de rostro confuso y vestidura de perlas, que cogidas del brazo y

⁷² En ELA, a continuación: «encantadores enfermos: a Juan, que sentía crecer...».

⁷³ En ELA, a continuación: «los adulterios del pensamiento! Nadie ocupa un alma que no le dé la suya por entero. Y si la dio antes de tiempo, y se arrepintió luego de darla, pague por sí, con la privación de la ventura de toda su vida, y no haga pagar a otro la culpa propia de haber obrado ligeramente». El párrafo siguiente continúa después de punto y seguido.

con las alas tendidas, le vagaban en giros majestuosos por los espacios de su mente! Pues sin el alma⁷⁴ tierna y fina que de propia voluntad suya había supuesto, como natural esencia de un cuerpo de mujer, en su prima Lucía, ¿qué venía a ser Lucía? ¿Qué hombre, que lo sea, ama a una mujer más que por el espíritu puro que supone en ella, o por el que cree ver en sus acciones, y con el que le alivia y levanta el suyo de sus tropiezos y espantos en la vida? Pues una mujer sin ternura ¿qué es sino un vaso de carne, aunque lo hubiese moldeado Cellini,⁷⁵ repleto de veneno? Así, en un día, dejan de amar los hombres a la mujer a quien quisieron entrañablemente, cuando un acto claro e inesperado les revela que en aquella alma no existen la dulzura y superioridad con que la invistió su fantasía.⁷⁶

—Estará enferma Lucía. Ana, dile que la saludaré, luego. Voy a ver a Pedro Real. Sol, gracias por lo buena que es Vd. con Ana. Vd. tiene ya fama de hermosa, pero yo le voy a dar fama de buena.

Lucía oyó esto, que hizo que le zumbasen las sienes y le pareciese que caía por tierra: Lucía, que sin ruido había abierto la puerta de su cuarto, y había venido hasta la de la sala, para oír lo que hablaban, en puntillas.

Violentos fueron, a partir de entonces, los días en la finca. Ni Ana misma sabía, puesto que tenía a Sol constantemente a su lado, qué causaba la ira de Lucía. Esta cesó cuando Juan, tomándola a la tarde de la mano, la llevó, mientras que Pedro y Adela buscaban flores de saúco para Ana, a la sombra de un camino de rosales que daba al saucal, y donde había de trecho en trecho unos bancos de piedra, y al lado unos atriles, de piedra también, como para poner un libro. En la mirada y en la voz se conocía a Juan que algo se le había roto en lo interior, y le causaba pena; pero con voz consoladora persuadía a Lucía, quien con pretextos fútiles, que no acertaba Juan a entender ni excusar, ocultaba la razón verdadera de su ira, que ella a la vez quería que Juan adivinase y no supiese: «¡porque si no lo es, y se lo digo, tal vez sea! Y no lo es, no, yo creo ahora que no lo es; pero si no sabe lo que es ¿cómo me va a perdonar?». Y airada ya contra Juan irrevocablemente, como si las nubes que pasan por el cielo del amor fueran sus lienzos funerarios, se levantaron como si hubieran hecho las paces, pero sin alegría.

Pusiéronse en esto los días tan lluviosos, que ni Pedro iba a casa, ni Adela a la de la Revolorio, ni podía Ana salir al colgadizo, ni Sol y Lucía

⁷⁴ En ELA, a continuación: «que de propia voluntad».

⁷⁵ Benvenuto Cellini.

⁷⁶ En ELA: «la dulzura y superioridad con que la invistieron».

sino estar cerca de ella; ni Juan, fuera de sus horas de leer, que le fatigaban ahora que no estaba contento, tenía modo de estar alejado de la casa. Ni había con justicia para Juan placer más grato, ahora que en Lucía había entrevisto aquel espíritu seco y altanero, que estar cerca de Ana, cuyo espíritu puro con la vecindad de la muerte se esclarecía y afinaba. Y se asombraba Juan, con razón, de haber pasado, libre aún, cerca de aquella criatura que se desvanecía, sin rendirle el alma. Esta misma contemplación del espíritu de Ana, cuya cabalidad y belleza entonces más que nunca le absorbían, le apartaron del riesgo, en otra ocasión acaso inevitable, de observar en cuán grata manera iban unidas en Sol, sin extraordinario vuelo de intelecto, la belleza y la ternura.

Con Lucía, no había paces. Lo que no penetraba Ana, ¿cómo lo había de entender Sol? En vano, Sol, aunque ya asustadiza, aprovechando los momentos en que Ana estaba acompañada de Juan o de Pedro y Adela, se iba en busca de Lucía, que hallaba ahora siempre modo de tener largos quehaceres en su cuarto, en el que un día entró Sol casi a la fuerza, y vio a Lucía tan descompuesta que no le pareció que era ella, sino otra en su lugar: en el talle un jirón, los ojos como quemados y encendidos, el rostro todo, como de quien hubiese llorado.⁷⁷

Y ese día Lucía y Juan estaban en paz: ni permitía Juan, por parecerle como indecoro suyo, aquel llevar y traer de cóleras, que le sacaban el alma de la fecunda paz a que por la excelencia de su virtud tenía derecho. Pero ese día, como que Ana se fatigase visiblemente de hablar, y Adela y Pedro estuviesen ensayando al piano una pieza nueva para Ana, Juan, un tanto airado con Lucía que se le mostraba dura, habló con Sol muy largamente, y se animó en ello, al ver el interés con que la enferma oía de labios de Juan la historia de Mignon, y a propósito de ella, la vida de Goethe. No era esta para muy aplaudida, del lado de que Juan la encaminaba entonces, y tan hermosas cosas fue diciendo, con aquel arrebatado lenguaje suyo, que se le encendía y le rebosaba en cuanto sentía cerca de sí almas puras, que Pedro y Adela, ya un tanto reconciliados, vinieron discretamente a oír aquel nuevo género de música, no señalada por el artificio de la composición ni pedantesca pompa, sino que con los ricos colores de la naturaleza salía a caudales de un espíritu ingenuo, a modo de confesiones oprimidas. Lucía se levantaba, se mostraba muy solícita para Ana, interrumpía a Juan melosamente. Salía como con despecho. Entraba como ya iracunda. Se sentaba, como si quisiera domarse. «Sol, ¿habrán puesto agua a los pájaros?». Y Sol fue, y habían

⁷⁷ En ELA: punto y seguido.

puesto agua. «Sol, ¿habrán traído la lecha fresca para Ana?». Y Sol fue, y habían traído la leche fresca para Ana. Hasta que, al fin, salió Lucía, y no volvió más: Sol la halló luego, con los ojos secos y el talle desgarrado.

Y aquello crecía. Hoy era una dureza para Sol. Otra mañana. A la tarde otra mayor. La niña, por Ana y por Juan, no las decía. Juan, apenas bajaba. Lucía, con grandes esfuerzos, lograba apenas, convertido en odio aparente todo el cariño que por Juan sentía, disimularlo de modo que no fuese apercibido.⁷⁸ ¿Quién había de achacar a Sol tanta mudanza, a Sol cuya pacífica belleza en el campo se completaba y esparcía, pues era como si la vertiese en torno suyo, y por donde ella anduviese fueran, como sus sombras, la fuerza y la energía? ¿A Sol, que sobre todos levantaba sus ojos limpios, grandes y sencillos, sin que en alguno se detuviesen más que en otro; con Lucía, siempre tierna; para Ana, una hermanita; con Pedro, jovial y buena; con Juan, como agradecida y respetuosa? Pero ese era su pecado: sus ojos grandes, limpios y sencillos, que cada vez que se levantaban, ya sobre Juan, ya sobre otros donde Juan pudiese verlos, se entraban como garfios envenenados por el corazón celoso de Lucía; y aquella hermosura suya, serena y decorosa, que sin encanto no se podía ver, como la de una noche clara.

Hasta que una noche,

—No, Sol, no: quédate aquí.

—¿Ana, adónde vas? ¿Qué tienes, Ana? ¿Salir tú del cuarto a estas horas? ¡Ana! ¡Ana!

—Déjame, niña, déjame. Hoy, yo tengo fuerzas. Llévame hasta la mitad del corredor.

—¿Del corredor?

—Sí: voy al cuarto de Lucía.

—Pues bueno, yo te llevo.

—No, mi niña, no. Se sentó un momento, con Sol a sus pies, le abrazó la cabeza, y la besó en la frente. Nada le dijo, porque nada debía decirle. Y se levantó, del brazo de ella.

—Es que sé lo que tiene triste a Lucía. Déjame ir. De ningún modo vayas. Es por el bien de todos.

Fue, tocó, entró.

—¡Ana!

Ana, casi lívida y tendiendo los brazos para no caer en tierra, estaba de pie, en la puerta del cuarto oscuro, vestida de blanco.

⁷⁸ En ELA: «disimularlo de modo que no se apercibiera».

—Cierra, cierra.

Se habló mucho, se oyeron gemidos, como de un pecho que se vacía, se lloró mucho.

Allá a la madrugada, la puerta se abría, Lucía quería ir con Ana.

—No, no, quiero llevarte; ¿cómo has de ir sola si no puedes tenerte en pie? Sol estará despierta todavía. Yo quiero ver a Sol ahora mismo.

—¡Loca! ¡Hasta cuándo eres buena, loca! A Juan, sí, en cuanto lo veas mañana, que será delante de mí, bésale la mano a Juan. A Sol, que no sepa nunca lo que te ha pasado por la mente. Vamos: acompáñame hasta la mitad del corredor.

—¡Mi Ana, madrecita mía, mi madrecita!

Y lloró Lucía aquella mañana, como se llora cuando se es dichoso.

¡Fiesta, fiesta! El médico lo ha dicho; el médico, que vino desde la ciudad a ver a la enferma, y halló que pensaba bien Petrona Revolorio. ¡Fiesta de flores para Ana!

¡Todos los músicos de las cercanías! ¡Telegramas a los sinsontes! ¡Recados a los amarillos! ¡Mensajeros por toda la comarca, a que venga toda la canora pajarería! Ana, ya se sabe de Ana: ¡Aquí no está bien, y debe ir adonde está bien! Pero es buena idea esa de Petrona Revolorio, y la enferma quiere que se dé un baile que haga famosa la finca. Petrona, por supuesto, no estará en la sala, ni ese es el baile que debía dar el niño Pedro Real; pero ella estará donde la pueda ver su niñita Ana, y mandarle todo lo que necesite, porque «ella baila con ver bailar, y lo que hace no lo hace por servicio, sino porque ha cobrado mucha afición». Ya está tan contenta como si fuese la señora. Tiene un jarrón de China, que hubo quién sabe en qué lances, y ya lo trajo, para que adorne la fiesta; pero quiere que esté donde lo vea la niña Ana.

¡Ahora sí que ha empezado la temporada en la finca! Andar, bien, andar, Ana no puede; pero Petrona la acompaña mucho y Sol, siempre que van Juan y Lucía a pasear por la hacienda, porque entonces ¡qué casualidad! entonces siempre necesita Ana de Sol.

El médico vino, después de aquella noche. El baile lo quiere Ana para sacudir los espíritus, para expulsar de las almas suspicaces la pena pasada, para que con el roce solitario no se enconen heridas aún abiertas, para que viendo a Lucía tierna y afable torne de nuevo, la seguridad en el alma de Juan alarmado,⁷⁹ para que Lucía vea frente a frente a Sol en la hora de un triunfo, y como Ana le hablará antes a Juan,

⁷⁹ En ELA: «Lucía tierna y afable torne de nuevo en el alma de Juan alarmado».

Lucía no tiemble. ¡Ana se va, y ya lo sabe!: ella no quiere el baile para sí, sino para otros.

¡Qué semana, la semana del baile! Pedro ha ido a la ciudad. Lucía quiso por un momento que fuera Juan, hasta que la miró Ana.

—¡Oh, no, Juan! tú no te vayas.

Una tristeza había en los ojos de Juan Jerez, que acaso ya nada haría desaparecer: la tristeza de cuando en lo interior hay algo roto, alguna creencia muerta, alguna visión ausente, algún ala caída. Mas se notó en los ojos de Juan una dulce mirada, y no como de que se alegraba él por sí, sino por placer de ver tierna a Lucía. ¡Son tan desventurados los que no son tiernos!

De la ciudad vendría lo mejor; para eso iba Pedro. ¿Quién no quería alegrar a Ana? Y ver a Sol del Valle, que estaba ahora más hermosa que nunca ¿quién no querría? Carruajes, los tenían casi todos los amigos de la casa. El camino, salvo el tramo de las ciudades antiguas, era llano. Allí habría caballerías para ayuda o repuesto. Cerca de la casa, como a dos cuadras de ella, aderezaron para caballerizas dos grandes caserones de madera, contruidos años atrás para experimentos de una industria que al fin no dio fruto. Pedro, antes de salir, había encargado que por todas las calles del jardín que había frente a la casa, pusieran unas columnas, como media vara más altas que un hombre, que habían de estar todas forradas de aquella parásita del bosque, sembrada acá y allá de flores azules; y sobre los capiteles, se pondrían unos elegantes cestos, vestidos de guías de enredadera y llenos de rosas. Las luces vendrían de donde no se viesen, ya en el jardín, ya en la casa; y estaba en camino Mr. Sherman, el americano de la luz eléctrica, para que la hubiese bien viva y abundante: los globos se esconderían entre cestos de rosas. De jazmines, margaritas y lirios iban a vestirle a Ana, sin que ella lo supiese, el sillón en que debía sentarse en la fiesta. Con una hoja de palma, puesta a un lado de los marcos y encorvada en ondulación graciosa por la punta en el otro, vistieron los indios todas las puertas y ventanas, y hubo modo de añadir a las enredaderas del colgadizo otras parecidas por un buen trecho a ambos lados de las tres entradas, en cada uno de cuyos peldaños, como por toda esquina visible del colgadizo o de las salas, pusieron grandes vasos japoneses y chinos, con plantas americanas. En las paredes del salón como desusada maravilla, colgó Juan cuatro platos castellanos, de los que los conquistadores españoles embutían en las torres. Era por dentro la casa blanca, como por fuera, y toda ella, salvo el colgadizo, tenía el piso cubierto por una alfombra espesa como de un negro dorado, que no llegaba nunca a negro, con dibujos menudos y fantásticos, de

los que el del ancho borde no era el menos rico, rescatando la gravedad y monotonía que le hubiera venido sin ellos de aquella masa de color oscuro.

¡Gentes, carruajes, caballos! Pedro y Juan jinetean sin cesar toda la tarde, de la casa al parador, y de este a aquella. En las ciudades antiguas donde aún hay alegres posadas, y cierto indio que sabe francés, han comido casi todos los invitados. A las ocho de la noche empieza el baile. Toda la noche ha de durar. Al alba, el desayuno va a ser en el parador. ¡Oh qué tamales, de las especies más diversas, tiene dispuestos Petrona Revolorio! esta tarde, cuando los hizo, se puso el chal de seda. Ana no ha visto su sillón de flores. ¿Adónde ha de estar Adela, sino por el jardín correteando, enseñando cuanto sabe, a la cabeza de un tropel de flores, de flores de ojos negros?

¿Y Lucía? Lucía está en el cuarto de Ana, vistiéndola ella misma a Sol. Ella, se vestirá luego. ¡A Sol, primero! —Mírala, Ana, mírala. Yo me muero de celos. ¿Ves? el brazo en encajes. Toma; ¡te lo beso! ¡Qué bueno es querer! Dime, Ana, aquí está el brazo, y aquí está la pulsera de perlas: ¿cuáles son las perlas? Y ¿de qué iba vestida Sol? De muselina; de una muselina de un blanco un poco oscuro y transparente, el seno abierto apenas, dejando ver la garganta sin adorno; y la falda⁸⁰ casi oculta por unos encajes muy finos de Malinas⁸¹ que de su madre tenía Ana.

—Y la cabeza ¿cómo te vas a peinar por fin? Yo misma quiero peinarte.

—No, Lucía, yo no quiero. No vas a tener tiempo. Ahora voy a ayudarte yo. Yo no voy a peinarme. Mira; me recojo el cabello, así como lo tengo siempre, y me pongo ¿te acuerdas? como en el día de la procesión, me pongo una camelia.

Y Lucía, como alocada, hacía que no la oía. Le deshacía el peinado, le recogía el cabello a la manera que decía. —¿Así? ¿No? Un poco más alto, que no te cubra el cuello. ¡Ah! ¿y las camelias?... ¿Esas son? ¡Qué lindas son! ¡qué lindas son! Y la segunda vez dijo esto más despacio y lentamente como si las fuerzas le faltaran y se le fuera el alma en ello.

—¿De veras que te gustan tanto? ¿Qué flores te vas a poner tú?

⁸⁰ En ELA a continuación: «más que de muselina, de unos encajes muy finos de Malines...».

⁸¹ En ELA: «Malines». Lo correcto es «Malinas», pues los famosos encajes bordados a mano procedían de la ciudad de Malinas (Bélgica), situada a orillas del río Dyle.

Lucía, como confusa:

—Tú sabes: yo nunca me pongo flores.

—Bueno: pues si es verdad que ya no estás enojada conmigo, ¿qué te hice yo para que te pusieras enojada? si es verdad que ya no estás enojada, ponte hoy mis camelias.

—¡Yo, camelias!

—Sí, mis camelias. Mira, aquí están: yo misma te las llevo a tu cuarto. ¿Quieres?

—¡Oh! si se pusiera toda aquella hermosura de Sol la que se pusiese sus camelias. ¿Quién, quién llegaría nunca a ser tan hermosa como Sol? ¡Qué lindas, qué lindas, son esas camelias! Pero tú, ¿qué flores te vas a poner?

—Yo, mira: Petrona me trajo unas margaritas esta mañana, estas margaritas.

¡Gentes, caballos, carruajes! Las cinco, las seis, las siete. Ya está lleno de gente el colgadizo.

Caballeros y niñas vienen ya del brazo, de las habitaciones interiores. Carruajes y caballos se detienen a la puerta del fondo, de la que por un corredor alfombrado, con grabados sencillos adornadas las paredes, se va a la vez a los cuartos interiores que abren a un lado y a otro, y a la sala. Ya desde él, al apearse del carruaje se ve la entrada de la sala, donde hay un doble recodo para poner dos otomanas, como si hubiese allí ahora un bosquecillo de palmas y flores. En un cuarto dejan las señoras sus abrigo y enseres, y pasan a otro a reparar del viaje sus vestidos, o a cambiarlos algunas por los que han enviado de antemano. A otro cuarto entran a alñarse y dejar sus armas los que han venido a caballo. Una panoplia de armas indias, clavada a un lado de la puerta de los caballeros, les indica su cuarto. Un gran lazo de cintas de colores y un abanico de plumas medio abierto sobre la pared, revelan a las señoras los suyos.

Ya suenan gratas músicas, que los indios de aquellas cercanías, colocados en los extremos del colgadizo, arrancan a sus instrumentos de cuerdas.⁸² Del jardín vienen los concurrentes; del cuarto de las señoras salen; Ana llega del brazo de Juan. «Juan, ¿quién ha sido? ¿para mí ese sillón de flores?». No la rodean mucho; se sabe que no deben hablarle. Y ¿Lucía que no viene? Ella vendrá enseguida. ¿Y Sol? ¿Dónde está Sol? Dicen que llega. Los jóvenes se precipitan a la puerta. No viene aún. Se

⁸² En ELA, a continuación.: «Del jardín vienen; del cuarto de las señoras salen; Ana llega del brazo de Juan».

está inquieto. Se valsa. Sol viene al fin: viene, sin haberla visto, de llamar al cuarto de Lucía. «¡Voy! ¡Ya estoy! Así responde Lucía de adentro con una voz ahogada. No oye Sol los cumplimientos que le dicen: no ve la sala que se encorva a su paso: no sabe que la escultura no dio mejor modelo que su cabeza adornada de margaritas, no nota que, sin ser alta, todas parecen bajas cerca de ella. Camina como quien va lanzando claridades, hacia Juan camina:

—Juan ¡Lucía no quiere abrirme! Yo creo que le pasa algo. La criada me dice que se ha vestido tres o cuatro veces, y ha vuelto a desvestirse, y a despeinarse, y se ha echado sobre la cama, desesperada, lastimándose la cara y llorando. Después despidió a la criada, y se quedó vistiéndose sola. ¡Juan! ¡vaya a ver qué tiene!

En este instante, estaban Juan y Sol, de pie en medio de la sala, y otras parejas, pasando, en espera de que rompiese el baile, alrededor de ellas.

—¡Allí viene! ¡allí viene! dijo Juan, que tenía a Sol del brazo, señalando hacia el fondo del corredor, por donde a lo lejos venía al fin Lucía. Lucía, toda de negro. A punto que pasaba por frente a la puerta del cuarto de vestir, interrumpiendo el paso a un indio, que sacaba en las manos cuidadosamente, por orden que le había dado Juan,⁸³ una cesta cargada de armas, vio viniendo hacia ella del brazo, solos, en plena luz de plata, en mitad del bosquecillo de flores que había a la entrada de la sala, a Juan y a Sol, a la hermosísima pareja.⁸⁴ Se afirmó sobre sus pies como si se clavase en el piso. «¡Espera! ¡Espera!», dijo al indio. Dejó a Juan y a Sol adelantarse un poco por el corredor estrecho, y cuando les tenía como a unos doce pasos de distancia, de una terrible sacudida de la cabeza desató sobre su espalda la cabellera: «¡Cállate, cállate!», le dijo al indio, mientras haciendo como que miraba adentro, ponía la mano tremenda en la⁸⁵ cesta; y cuando Sol se desprendía del brazo de Juan y venía a ella con los brazos abiertos...

¡Fuego! Y con un tiro en la mitad del pecho, vaciló Sol, palpando el aire con las manos, como una paloma que aletea, y a los pies de Juan horrorizado, cayó muerta.

—¡Jesús, Jesús! ¡Jesús! Y retorciéndose y desgarrándose los vestidos, Lucía se echó en el suelo, y se arrastró hasta Sol de rodillas, y se mesaba los cabellos con las manos quemadas, y besaba a Juan los pies; a Juan, a

⁸³ En ELA: «una bandeja de pistolas», en lugar de «una cesta cargada de armas».

⁸⁴ En ELA: «Se echó hacia atrás», en lugar de la oración que está a continuación.

⁸⁵ En ELA: «bandeja», en lugar de «cesta».

quien Pedro Real, para que no cayese, sostenía en su brazo. ¡Para Sol, para Sol, aún después de muerta, todos los cuidados! ¡Todos sobre ella! ¡Todos queriendo darle su vida! ¡El corredor lleno de mujeres que lloraban! ¡A ella, nadie se acercaba a ella!

—¡Jesús! ¡Jesús! Entró Lucía por la puerta del cuarto de vestir de las señoras, huyendo, hasta que dio en la sala, por donde Ana cruzaba medio muerta, de los brazos de Adela y de Petrona Revolorio, y exhalando un alarido, cayó, sintiendo un beso, entre los brazos de Ana.

Cartas¹

¹ Esta sección debía incluir, en atención a la fecha, las cartas rimadas a Enrique Estrázulas y Adelaida Baralt, respectivamente. No aparecen aquí pues ya se encuentran ambas, publicadas en el tomo 15 de esta edición; la primera en las pp. 265-269 y la segunda en la p. 264.

A HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA

Nueva York, 10 de abril de 1885.

Sr. Heraclio Martín de la Guardia

Mi amigo generosísimo:

Con Mercedes¹ le mando la parte más cariñosa y agradecida de mi alma; aunque parte no es justo decir, porque con el acto de valiente bondad con que me tiene usted obligado,² se la ha ganado usted toda. Ya era suya, por los trabajos y merecimientos de su vida, por el difícil y ejemplar decoro con que usted aquilata sus talentos: ya era propia de usted como una rosa blanca de una lira de oro. Me apreté el corazón, que se me quería salir del pecho, como si tuviera alas y quisiera ir a usted con ellas, cuando, más valiosa para mí que paga honor algunos de la tierra, leí la dedicatoria de su poema. ¡Luego no está solo el que está solo! ¡Luego las almas honradas se entienden sin hablarse, y se aprietan para resistir, y vencerán al cabo! ¡Luego me acompaña y me quiere uno de los más grandes poetas en la lengua española! ¿Cómo quería usted que le dijese mi alegría, mi amor lloroso, mi agradecimiento, que como un juramento le empeño, en una carta pálida y lejana? Juntaré mis versos, me dije; unos versos atormentados y dolientes que yo hago,³ y pondré al frente, como quien posa sobre un haz de zarzales un águila blanca, el nombre de Heraclio Guardia. Con eso no le pagaré la deuda en que me ha puesto; pero daré muestra de que la he alojado en mi corazón, como una joya que me le dará luz en noche oscura, y me lo mantendrá rico cuando las injusticias o ruindades humanas me lo aflijan y empobrezcan. Y en carta no le contesté, por contestarle en libro. Pero me ha entrado el horror de la palabra, como forma de la vergüenza en que me tiene la infecundidad de mi existencia. La mano, ganosa de armas más eficaces, o de tareas más viriles y difíciles, rechaza, como una acusación, la pluma. Las amarguras de mi tierra se me entran por el

¹ Mercedes Smith de Hamilton.

² Este poeta venezolano dedicó a José Martí su poema «*Al centenario de Bolívar*», con estas palabras:

«A José Martí/ Señor:/ Ama Ud. a Venezuela como a hijo: admira a Bolívar como agradecido. Los escritos de Vd. han fortalecido mi espíritu en muy tristes momentos. A usted dedico estas páginas».

³ Referencia a *Versos libres*.

alma, y me la tienen loca. Ahora mismo, después de un sueño de años, ya puedo escribirle, porque me lo pide Mercedes, con sus ojos que mandan, y porque nuestros guerreros están limpiando su armadura:— ¡y entonces sí seré digno de responder a su dedicatoria!

Nada le digo más que este saludo. ¡Ingrato y descortés le habré parecido, yo que no tengo en el alma huésped más caro e ilustre, ni presente con más placer y emoción a los que me la visitan! Cuando me siento triste, tomo en mis manos su poema, y me salgo con él, a mis trabajos y tristezas, como con mi mejor amigo. Cuando cerca de mí habla alguien de oro, abro su libro, y para que sepan que no lo hay mejor, le enseño el de sus versos, macizo y bruñado. Por usted, Guardia, hemos vuelto, y cuente que peso lo que le digo, a la edad de las maravillas y de los titanes. Cohortes son esas estrofas; sus arrebatos, estandartes; sus versos, resplandecientes y sonantes como armaduras, son un ejército de héroes. Y yo, porque no desamo la virtud, he merecido que usted me los dedique. ¡Vengan golpes de maldad, amigo mío, que ya tengo el pecho fuerte para recibirlos! ¡Y quería usted que le contestase en una carta! Cuando por mi alma me pregunten, enviaré a que dé cuenta de ella usted, que me la tiene. Todo es para usted ternura y obligación,

JOSÉ MARTÍ

[OC, t. 7, pp. 274-275]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, entre el 24 de marzo y el 12 de abril de 1885].¹

Mi hermano mejor—.

En el estribo, como siempre, y todavía contento de la alegría que me dio ayer su carta.—Ahora vivo, solo, porque Carmen² y el niño³ están por unos meses en Cuba, en una casa pacífica, donde tal vez halle reposo para contarle a la larga las cosas que me han ido sucediendo.—Tristes son, y de la mayor tristeza; pero en mí no caben, mientras me quede átomo de vida, flojedad ni abatimiento. Llevo al costado izquierdo una rosa de fuego, que me quema; pero con ella vivo y trabajo, en espera de que alguna labor heroica, o—por lo menos difícil, me redima.

Del modo de ayudarme un poco, que yo sé que lo desea de veras, le hablaré en este mes; y creo que le será posible. Me da siempre vergüenza hablarle de lo que pueda convenirme.

Ya el Sr. Solignac se impacienta, y yo me quedo pensando tristemente en que vivo tan solo, cuando aún hay en el mundo quien me ama. Los amigos son mejores que los amores. Lo que estos corroen, aquellos lo rehacen. Y si son como V., se ganan el alma de

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

¹ Se precisa la datación porque la esposa y el hijo llegaron a Cuba el 24 de marzo de ese año y no parece lógico que Martí hablara del regreso de ellos a la Isla en carta posterior a la del 12 de abril.

² Carmen Zayas-Bazán e Hidalgo.

³ José Francisco Martí Zayas-Bazán.

A MANUEL MERCADO

New York, 12 de abril [de 1885]¹

Mi hermano muy querido—el más querido:

Creí poderle escribir muy largamente; pero al llegar a la oficina me la he encontrado llena de trabajo, y acortando de una factura y abreviando una cuenta de venta, hallo tiempo para decirle cómo envidio al señor Méndez, a quien busqué en vano toda esta semana, y al fin hallé ayer,—cómo lo envidio, puesto que va a verlo, y a México.—Como él me trajo preguntas de Vd.,—con él le mando sumario de respuestas. Pero no me parecen cosas bien calientes las que le mando decir por mensajero,—siquiera sea caballeroso y estimable. Vea en mi retrato,² que el benévolo señor Méndez le lleva, buena parte de lo que no le digo. Quise vivir delicadamente y tiernamente,—y he muerto de ello.—

¡Que si iría a México! ¡Si con tanto brío quiero a México como a Cuba! Y acaso ¡con mayor agradecimiento! Pero, por este cauce han de venir las cosas de mi tierra; y aunque me veo casi solo en el compadecerlas, pudiera ser que no estuviera yo de más—para aconsejar amores y contrarrestar intereses pérfidos—en el día en que, de sumo hervir, rompan la floja cáscara.—

Y ya vivo lentamente, y tengo miedo del cambio.—Hasta ver si resurjo.—

Y luego, que tengo el pecho lleno de miedos por México, y como lo amo vehementemente, y medito sobre sus riesgos sin cesar, y me excitan y afligen como si fueran míos—acaso hiciera yo mal en ir a ponerme, con mis vehemencias y justicias inevitables e inoportunas, y mis miedos y terrores de hijo, en el seno del cráter. Como sale un suspiro de los labios de los desdichados, así se me sale México a cada instante del pensamiento y de la pluma.—De siete artículos que escribí para un periódico de esta ciudad,³ pero de gente latina,—hallé que tres eran de cosas mexicanas.

¹ Fechamos esta carta en 1885 porque el retrato que Martí envía con ella a Mercado es igual al que en ese año dedicó al poeta José Joaquín Palma. [EJM, t. I, p. 299]

² Se trata del retrato con los brazos cruzados, tomado probablemente en 1885, por W. F. Bowers, con estudios en Manhattan y en Brooklyn.

³ Pudiera tratarse de *La América*.

Y sobre todo, hermano mío, aquí han dado flor y fruto todas mis desdichas,—y aquí han venido a tierra mis esperanzas puras y mejores—y el espíritu humano ama la tierra donde reposan los cadáveres queridos.—¡Aunque me ahoga la savia, que no hallo modo de echar fuera!—Y como a mí no me rinde pena alguna, aunque hinque en mí dobles hileras de dientes—si no vivo mucho, como temo, no será por dolores de la tierra,—que yo llevo en mí mis gozos, y no los hay más dulces ni vivificantes que los del alma clara y satisfecha,—sino de exceso de vida.—Me han contado de un águila presa que vivió sometida a alimentarse de la pitanza de un jilguero.—

Algo quiero, y no me regañe.—Quiero ver siempre junto a mí color, brillantez, gracia, elegancia. Un objeto feo me duele como una herida. Un objeto bello me conforta como un bálsamo.—No me regañe!: de seguro que Ocaranza⁴ dejó mucho bosquejo sin concluir, alguna terneza no bien terminada, algún polvo de alas de mariposa⁵ no bien desleída en lienzo.—¿Cuántos me manda, y pronto,—para que lleguen a tiempo,—de los que V. no quiere, y alegren mi sala?—No me regañe.—

Y muchas cosas más le iba a decir, a pesar de la prisa; pero siento que se me hinchan los ojos. Bese la mano a Lola. ⁶Abrace a Manuel,⁷ y a su parvada de cisnecillos—, y quiera mucho a su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

⁴ Manuel de Ocaranza e Hinojosa.

⁵ Obsérvese la cercanía de esta frase con el poemario «Polvo de alas de una gran mariposa». Véase en el tomo 15, pp. 13-49, de esta edición.

⁶ Dolores García Parra.

⁷ Manuel Mercado García.

A QUIEN PUEDA INTERESAR¹

A quien pudiese interesar

Me complazco en certificar que, a mi entender, no se podría encontrar en esta ciudad mejor profesor de Lengua y Literatura Española que el doctor Luis A. Baralt.

Dotes peculiares que rara vez se combinan en un solo hombre, le permiten despertar la simpatía y estimular el intelecto de sus discípulos.

Por sus conocimientos amplios y profundos; por su práctica continuada y eficaz en el arte de enseñar idiomas; por su correcta pronunciación, que hacen de él uno de nuestros oradores de más clara dicción, es acreedor a que se le recomiende cordialmente.

Mis estudios especiales de Literatura Española me autorizan a afirmar que muy pocas personas llegan a manejar su propio idioma con tan pleno conocimiento de todas sus sutilezas y posibilidades como maneja el suyo el doctor Baralt.

JOSÉ MARTÍ

Nueva York, 9 de junio, 1885.

[OC, t. 20, p. 310]

¹ Traducción del inglés de una carta de recomendación a favor del doctor Luis A. Baralt quien aspiraba a ocupar una plaza de profesor de Literatura e Idioma Español en el *College of the City of New York*, empleo que obtuvo. Ver «Ecos de casa», en *El Avisador Cubano* (Nueva York), 1ro. de julio de 1885, p. 2, col. 2.

AL DIRECTOR DE *EL AVISADOR CUBANO*

Sr. Director¹ de *El Avisador Cubano*

Señor y amigo:

Agradeceré a V. mucho se sirva insertar en *El Avisador Cubano* la invitación adjunta, que me he creído obligado a dirigir, muy a pesar mío, a mis compatriotas de Nueva York.

Quedo de V., con afectuosa consideración.

Su agradecido servidor y amigo,

JOSÉ MARTÍ

N.Y., 22 de junio de 1885.

El Avisador Cubano. Nueva York, 24 de junio de 1885.

¹ Enrique Trujillo y Cárdenas.

A LOS CUBANOS DE NUEVA YORK

No tengo más derecho al dirigirme a los cubanos de Nueva York, que el del más humilde entre ellos: amar bien a mi patria.

Pero han llegado a mí rumores confusos de que en una reunión celebrada en Clarendon Hall,¹ el 13 de este mes, se hicieron respecto a mis actos políticos, algunas gestiones equivocadas, debidas sin duda a exceso de celo, o a desconocimiento involuntario de los hechos a que se referían.

Mis compatriotas son mis dueños. Toda mi vida ha sido empleada y seguirá siéndolo, en su bien. Les debo cuenta de todos mis actos, hasta de los más personales: todo hombre está obligado a honrar con su conducta privada, tanto como con la pública, a su patria.

En la noche del jueves 25, desde las 7½, estaré en Clarendon Hall, para responder a cuantos cargos se sirvan hacerme mis conciudadanos.

JOSÉ MARTÍ

Nueva York, junio 23, 1885.

El Avisador Cubano. Nueva York, 24 de junio de 1885.

[OC, t. 1, p. 180-181]

¹ Tenía por objeto la elección de una nueva Junta Directiva de la Asociación Cubana de Socorro, fundada en octubre del año anterior con el objetivo de coleccionar fondos destinados al plan revolucionario de San Pedro Sula, liderado por el general Máximo Gómez. Su primer presidente fue José Martí, quien renunció al cargo al separarse del movimiento, sustituyéndolo José Miguel Párraga. Véase *El Avisador Cubano*, Nueva York, 24 de junio de 1885; y carta de José Miguel Párraga al general Antonio Maceo, Nueva York, 10 de junio de 1885, en el Archivo Nacional, Fondo Donativos y Remisiones, legajo 621, No. 9. [EJM; t. I, p. 303]

A MANUEL MERCADO

N. York, 29 de junio [de 1885].

Mi silencioso hermano:—

Nada más que para saber si vive: a dos cartas me debe respuesta ahora,—y el tiempo sobra,—y su carta no viene.—¿No le llevó mi carta el Sr. Méndez? Pues no me abandone, que cuando me siento caer, pienso en Vd.—

Estoy como roído,—del ansia de vivir en acuerdo conmigo mismo, y en obediencia a los mandatos q. Llevo en el alma.—

Le mando un periódico¹ en q. escribo.—Veo eso como niñeces.—

Sin tpo. p^a. más q. este saludo, besa la mano a Lola,² y abraza a V., y a sus hijos,³ su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

¹ Pudiera tratarse de *La América* o de la publicación de su novela *Amistad funesta*, cuya aparición por entregas en *El Latino-Americano* comenzó el 15 de mayo de 1885. Inclinan hacia la segunda hipótesis los desfavorables criterios martianos sobre el género novelístico y sobre la propia *Amistad funesta* ó *Lucía Jerez*.

² Dolores García Parra.

³ Alicia, Alfonso, Dolores, Ernesto, Luisa, Manuel y Raúl Mercado García.

AL DIRECTOR DE *EL AVISADOR CUBANO*

Sr. Enrique Trujillo¹

Director de *El Avisador Cubano*

Mi distinguido amigo:

Me preguntan algunos cubanos qué me parece *El Avisador*, y me parece tan bien que tomo ocasión de la pregunta para decírselo a V. en público, e irle con mi humilde pláceme premiando sus noblezas. Tan bien me parece, que no hallo persona honrada y previsora que no me lo alabe, y cuyas celebraciones yo no esfuerce. Tan bien, que no hubiera sido posible empezar más a punto, ni con más serenidad y tacto, la tarea generosa y prudente que requiere ahora la patria de sus amigos verdaderos. Solo son amigos de la patria los que saben deponer ante ella sus iras y sus tentaciones: solo sirve a la patria el que la obedece. El nombre de la patria es cosa que se roba y se usa en ocasiones para acusar a los que más la aman. *El Avisador Cubano*, menguado de tamaño como es, precave tanto, lleva tanta hondura y propaga con tanta cordialidad, que por ese camino se irá a la victoria, o se templarán los males que pudieran venir de ella, o quedará preparada la campaña nueva, si se proyectase ahora una mezquina, y fracasara. Unos ven para ahora, y son los más, y cuya vista alcanza menos. Otros ven para ahora y para quienes lo presente no es más que la manera de ir al porvenir. Estos que ven para hoy y para mañana, estos que ven lo que está debajo y oyen lo que no se dice; estos que no tienen en su sangre generosa espacio para el odio, y si abaten en guerra a un adversario, se apean de su montura, con riesgo de la vida, a restañar la sangre a que han abierto paso; estos que no guerrear para desolar, sino para fundar; para encender, sino para redimir; para excluir, sino para incluir; para aterrar, sino para juntar; estos son los únicos que merecen aspirar al triunfo en un pueblo cansado de odio.

Yo no diré aquí,—porque de una carta sobre mi parecer acerca de *El Avisador* no he de tomar pie para enderezar errores ni castigar atrevimientos,—todo aquello que firmemente pienso, y mantengo sin ira, en la actual crisis gravísima de mi patria. Lo he de decir muy pronto; porque fuera de la verdad no hay salvación, y yo no puedo decir ni hacer

¹ Enrique Trujillo y Cárdenas.

cosa que no sea para beneficio de mi patria. Ella es la razón de mi vida. Si pienso, es para defenderla. Si soporto en silencio aparente una ofensa, es porque así la sirvo. Todo lo haré, todo lo noble haré sobre la tierra, para crear en mi país un pueblo de hombres, por salvar a mis compatriotas del peligro de no serlo. Y, no quisiera que se asentasen sobre rencores. Yo veo los caminos por que viene nuestro pueblo y quisiera salirle al paso, para acortarle la jornada, y no ir contra ellos. Si vamos por donde quiere ir nuestro pueblo, vencemos: si no, no.

Otros sabrán otra cosa: yo sé que para atraerse a un pueblo, se ha de hacer lo que le inspire confianza, y no se ha de hacer lo que teme. Cuando se sabe lo que un pueblo teme, y se quiere ganar su voluntad sin engaño y con grandeza, incurrir en los actos temidos es confirmar su miedo.

No quería hoy sino alabar a V., como de público es alabado, por la elevación de ánimo, la paz del espíritu y la abundancia de corazón con que defiende V. las soluciones patrias.

Atento a las voces del país, entiende V. que la guerra no es más que la expresión de la revolución, y que sin que esta hubiese ya madurado no sería posible, y no puede ir, por tanto, contra el espíritu de ella, porque no tendría entonces su apoyo, o lo tendría de mala voluntad, lo que la expondría a vencer mal, o a ser vencida. Hemos de pelear, si de pelear se ha, de manera que al desceñirnos las armas, surja un pueblo. Si no, no merecemos el honor de llevar las armas en pro de nuestra patria, ni tenemos el derecho de ir a conmovérla. En Cuba, de la experiencia y de la pobreza ha nacido un espíritu de paz que promete acortar la guerra y acelerar la victoria, si una y otra son dirigidas con atención a las necesidades del país y a los derechos fundamentales humanos; no por el capricho celoso y enteco. Quien no tenga en el alma grandezas reales; quien no esté dispuesto de antemano a postergar al bien de su país toda idea de fama o gloria propias; quien no tenga el corazón y la mente tan firmes como la mano, esta para guerrear, aquella para precaver, aquel para perdonar a los que yerran; quien confunda con la gran política necesaria para la fundación de un pueblo, una política de tienda de campaña o de antesala, ese no entra en la medida de los salvadores.

Por eso piensa de V. tan bien la gente sensata, que ve la guerra inevitable, por lo que quiere que se la prepare de modo que sea posible, y no de modo que se enajene voluntades, agravie y espante; la gente sensata, que no quiere estorbar en la hora del combate pero pide juicio en la manera de disponerlo, porque se va a arrojar la representación del país, y si muere por ir mal dirigido, por dejar en duda a los que ha debido convencer, por mirar de lado a los que ha debido llevar en su corazón,

por no reunir en una gran esperanza común todos los elementos visibles e invisibles dispuestos a ella, con el combate que muere, el país muere. ¡Y, cuánto tenemos que pensar, y que defender antes de permitir, por tenacidad o estrechez de miras, que en nuestras propias manos, y por nuestra propia culpa, se nos muera el país!

Estas penas me afligen, y me tienen sin reposo; ¿por qué costará tanto trabajo sobre la tierra el desinterés? ¿por qué lapidarán los hombres a los que defienden con más brío su decoro? ¿por qué hemos de mirar como enemigo al que solo se aparta de nosotros para nuestro propio bien? Pues ¿qué persona, qué pasión, qué ambición, qué fama personal, pueden en un hombre honrado más que el febril deseo, encendido perennemente como el son, de servir bien a su patria?

A V. amigo mío, que no se exaspera con las injusticias, ni se aturde con los golpes, ni ve nada en Cuba que esté por encima del decoro personal de cada cubano, ni cree que con medios pequeños se pueda ir a cosas grandes, ni que excluyendo se funde, ni que envolviéndose en niebla se inspire fe, ni olvida la manera de sembrar, a V. son debidas desde ahora las gracias de la patria.

Y las de su servidor

JOSÉ MARTÍ

Nueva York, 6 de julio de 1885.

[OC., t. 1, pp. 181-183]

A MANUEL MERCADO

Mi hermano muy querido:

No quiero dejar pasar la excelente ocasión de escribirle que me ofrece el Sr. Villalobos, y le escribo en papel de oficina, amarillo, como ando yo por dentro, excepto cuando pienso en su buen cariño, y en sus amigos manteles y en su mujer¹ e hijos².—Siempre, cuando oigo decir Uruapan, me parece que oigo hablar de país en que estuve o de cosa que fue mía. Y daría algo que valiese la pena por tener cerca de mí un paisaje de Uruapan: río cargado de frutas, monte espeso, como esmeraldas húmedas, cielo puro.

Acá estuvieron los caballeros mexicanos y, aunque recibí invitación del Club de la Prensa para acompañarlos en sus fiestas, no me fue dable por mis labores acompañarlos más que un día. Y luego, que me entristeció verlos.—

Aquí paro porque estoy trabajando, y se va el Sr. Villalobos, que me hace la merced de llevarle estas líneas para darle fe de mí.

¿Por qué tiene abandonado a quien tan bien como el que más le quiere?

JOSÉ MARTÍ

[Nueva York] julio 28/85.

[Ms. en CEM]

¹ Dolores García Parra.

² Alicia, Alfonso, Dolores, Ernesto, Luisa, Manuel y Raúl Mercado García.

DISCURSO

[BORRADOR DEL DISCURSO
PRONUNCIADO EL 25 DE JUNIO DE 1885
EN CLARENDON HALL]¹

¿Hay aquí alguien a quien yo haya incitado, a pesar de mis opiniones privadas, a que moviese obstáculos? Que se ponga de pie si lo hay. Alguno de los de la junta,² de los directores de periódico³

Vedlo, pues, cubanos: no hay ninguno.

⁴Todo hombre honrado puede dar cuenta de sus actos en todo momento; y⁵ debe estar siempre presto a darla.

⁶de la odiosa actitud propia solo de espíritus raquíticos como una cabezuela de⁷ víbora, de reducir a cuestiones de persona las más honradas: el porvenir de la patria.

¿qué soy yo en mí mismo, sino un montón de huesos mal seguros, que sustentan ya pobremente un espíritu enamorado del bien de⁸ mi país, y del decoro de sus hijos, tanto que a muchos, por ser digno parezco soberbio; y porque abomino la intriga, y⁹ miro las cosas frente a frente y no me guardo la vida para la hora de un triunfo probable, y por ningún miedo ni¹⁰ aspereza de prueba me dejo inducir a acompañar a los que no merecen mi honrada compañía; porque ni cortejo la popularidad por más que el amor de mis compatriotas sea lo único que me consuela en la tierra, ni por el temor de perderlo dejo de cumplir con lo que estimo mi deber, por esto hay quienes me llaman orgulloso.

¹ Manuscrito en tinta azul, en hoja tamaño 15,6 por 11 cm., escrita por una sola cara. Todos los fragmentos que integran este borrador están escritos en hojas, al parecer, separadas del centro de un cuaderno y comparten similitudes: tinta azul e igual tipo de letra; solo varía el tamaño de las hojas en unos pocos centímetros, con evidencias de recortes en las más pequeñas. Lourdes Ocampo Andina determinó a qué documento corresponden estos fragmentos.

² Podría referirse a la Junta Directiva de la Asociación Cubana de Socorro.

³ Así en el manuscrito, sin signo.

⁴ Aquí empieza otra hoja tamaño 18,3 por 12 cm, escrita por ambas caras.

⁵ Tachado a continuación: «está presto a darla».

⁶ Así continúa el manuscrito.

⁷ Tachado a continuación: «tus las el».

⁸ Tachada a continuación una «l».

⁹ Tachado a continuación: «fr[ente]».

¹⁰ Tachado a continuación: «por».

¹¹Y por lo que a mí me hacen ¿por qué reacciono? ¿Por qué no persigo fieros agravios? ¿Por qué no bullangueo; por qué no ofendo a la gente trabajadora;¹² qué cosa hay más repugnante que rebajar así el carácter?

Mis compatriotas son mis dueños. Toda mi vida ha sido empleada y seguirá viviendo en su bien. Les debo cuenta de todos mis actos: hasta de los más personales: todo hombre está obligado a honrar con su vida¹³ privada, tanto como con la pública, a la patria.—¹⁴

El que comete una mala acción privada¹⁵ es un mal patriota.

Invito a cuantos tengan que hacerme algún cargo, y a cuantos quieran hacerlo

¹⁶Y yo me pregunto: Sin esa concreción, sin ese egoísmo, que censuro ¿son acaso posibles las grandes personalidades?

—Sí, las grandes personalidades del desinterés: las grandes personalidades en provecho ajeno, no en provecho propio.—¹⁷

¹⁸No es un desafío: ¿qué cubano mirará como a enemigo a otro cubano? ¿qué cubano permitirá que nadie le humille? ¿qué cubano, que no sea un vil, se gozará de humillar a otro? Aunque yerre un cubano profundamente, aunque toda el alma nos arda en indignación contra su error; aunque sea un traidor verdadero; aunque llegue a hacernos tan abominable su presencia que nos venga a los labios al verlo o al recordarlo la náusea que producen los infames; aunque arremetamos ante él ciegos de ira, como¹⁹ un padre arremete contra el hijo que lo deshonra ¡ay! cáigansenos los brazos antes de herirlo, porque nos herimos a nosotros mismos. Ha podido errar, ha podido errar mucho, pero²⁰ es cubano. Que siempre esté la puerta abierta, de par en par, para todos los que

¹¹ Hoja tamaño 18,3 por 12,7 cm escrita por ambas caras.

¹² Tachado a continuación: «Oyendo».

¹³ A continuación y hasta «patria» añadido en el margen inferior izquierdo del papel.

¹⁴ Este párrafo, con muy pocos cambios, también aparece en la invitación adjunta fechada en Nueva York, el 23 de junio de 1885, dirigida desde *El Avisador cubano* «A los cubanos de Nueva York»; véase en el presente tomo, p. 321.

¹⁵ Tachado a continuación: «o pública».

¹⁶ Aquí empieza otra hoja, tamaño 7,6 por 11 cm, escrita por ambas caras.

¹⁷ Al dorso del papel, sin relación con el resto del texto, pero con el mismo tipo de letra y tinta: «o: y recomiendo se mantengan—las partes usadas con esta mezcla...—¿cómo?:—falta aquí algo si no se le pone acento a *pártes*.»

¹⁸ Aquí empieza otra hoja tamaño de 18,3 por 12,7 cm., escrita por ambas caras.

¹⁹ Tachado a continuación: «a».

²⁰ Tachado a continuación: «no se sabe que las hec».

yerran &. Solo la grandeza engendra pueblos: solo los fortifica la clemencia.

²¹Quiero que el pueblo de mi tierra no sea como este,²² una masa ignorante y apasionada, que va donde quieren llevarla, con ruidos que ella no entiende, los que tocan sobre sus pasiones como un pianista toca sobre el teclado. El hombre que halaga las pasiones populares es un vil.—El pueblo que abdica del uso de la razón, y²³ que deja que se explote su país, es un pueblo vil.—Yo no necesito²⁴ ganar una batalla para hoy; sino²⁵ que, al ganarla, desplegar por el aire el estandarte de²⁶ la victoria de mañana, una victoria sesuda y permanente, que nos haga libres de un tirano, ahora y después.—

Que dónde estoy? en la revolución; con la revolución. Pero no para perderla, ayudándola a ir por malos caminos! Sino para poner en ella, con mi leal entender, los elementos quienes, aunque no sean reconocidos al principio²⁷ por la gente de poca vista o mala voluntad, serán los que en las batallas de la guerra, y en los días difíciles y trascendentales batallas de la paz,²⁸ han de salvarla.

²⁹No una revolución (la que yo no quería) sino una revolución: donde está el bronce para que resuene, donde está el fuego, para grabar con él lo que quiere digno, amante, grandioso, casto, fecundo: Decidme, cubanos, si sois hombres: ¿qué revolución queréis para n/. tierra, la que nos dejará el país vicioso, podrido, o esta otra?

³⁰Lo del jinete al³¹ esta ladera: no: no está aquí la ladera; pero creí que estaba aquí: ¿no la llevamos todos en n/. corazones?—

Se engañan por completo: vengo simplemente aquí a dar ejemplo de que la conducta de todo hombre público, casi contra su voluntad, debe ser siempre sometida, sin reparos ni ocultaciones, al pueblo en cuyo beneficio puede influir y con cuyo nombre y en³² cuya representación,

²¹ Aquí comienza otra hoja tamaño 18,3 por 12,7 cm, escrita por ambas caras.

²² Referencia al pueblo estadounidense.

²³ Tachado a continuación: «deja que lo se».

²⁴ Esta palabra escrita encima de, tachado: «quiero».

²⁵ Tachado a continuación: «que».

²⁶ La continuación del párrafo añadida en el margen izquierdo del papel.

²⁷ Tachado a continuación: «sin».

²⁸ La continuación en el margen izquierdo.

²⁹ Aquí comienza otra hoja de tamaño 18,3 por 12,7 cm., escrita por ambas caras.

³⁰ Este párrafo escrito en el margen izquierdo del párrafo anterior.

³¹ A continuación, varias palabras ininteligibles.

³² A partir de aquí y hasta «por sí», añadido en el margen izquierdo de este párrafo.

halagándole con palabras gruesas y vacías, suelen con frecuencia urdirse crímenes, y tramarse en la sombra los hierros con que luego se le ha de encadenar.—Quiero por mi parte habituar al pueblo a que piense por sí, y juzgue por sí³³ y se desembarace de los aduladores que de él obtienen frutos; fama; de los hombres que con palabras de bulto, pero sin respeto recibidas, los llevan por donde les place.³⁴

[Ms. en CEM]

³³ A partir de aquí y hasta «les place», añadido en el margen izquierdo de la añadidura anterior.

³⁴ Existen además dos hojas que responden a las mismas características de las anteriores, que, sin embargo no tienen que ver con el discurso, dice: «Tenía la elocuencia de Anarimenes—(s& Téocrito, río de palabras, gota de entendimiento)»; y la otra: «La violencia del cariño que te he tenido me obliga a eso. Lo quiero evitar, y no puedo. Quiero disculparte y te condeno más. [Tachado a continuación: «te m»] Voy pensando en ti con ternura, y en cuanto te veo me vence la ira. Nada muere sin convulsiones: solo a veces la virtud. [La continuación de este texto aparece al dorso de la hoja, apaisadamente.] Una suave impresión de ópalo nuevo / la chaquetilla perla // Sus dientes entre los labios como la flor de la fresa, blanca, entra las fresas maduras.—»

Notas finales

GUERRA CIVIL EN COLOMBIA E INTERVENCIÓN ESTADOUNIDENSE EN PANAMÁ. En 1885 la República de Colombia se debatía en una lucha entre liberales (fraccionados en independientes y radicales) y conservadores. Desde mediados del año anterior, se había iniciado una guerra civil por parte de los radicales, opuestos al recién electo presidente y caudillo del movimiento político, Rafael Núñez, durante su segundo mandato (1884-1886). Esta guerra fue antecedida por desórdenes en el ejército que fue necesario sofocar. Tales acciones hicieron que Núñez se separara del Partido Liberal y fundara el Partido Nacionalista, que propugnaba una restauración conservadora. En diciembre de 1885, este gobierno sancionaba el acuerdo de reforma constitucional que fue sometido a la aprobación popular. Entre otras modificaciones, en ella se consignaba que la soberanía era atributo exclusivo de la nación, conservándose la nomenclatura de *estados*. Tal concepto guardaba estrecha relación con Panamá, que desde 1875 había sido invadida por tropas colombianas, quedando a merced de la política de Bogotá. Desde entonces el istmo pasó a ser un país dominado por Colombia. Las entradas provenientes del ferrocarril y la empresa de los trabajos del canal —iniciados en 1881 por franceses—, aportaron poco a Panamá y mucho a Colombia. El Congreso colombiano se había negado a concertar un tratado con Estados Unidos para permitir la construcción en Panamá, una de sus provincias, de un canal interoceánico. Con la nueva Constitución, que se pondría en vigor en 1886, Panamá perdía toda esperanza de independencia y de llevar a efecto los proyectos de un canal. En 1885 las contradicciones entre los dos territorios eran ya antagónicas. En el istmo se desarrollaría una insurrección, liderada por Pedro Prestán, quien tomó e incendió la ciudad de Colón. Estados Unidos, que desde mediados de siglo había advertido las posibilidades que ofrecía el suelo panameño, aprovechó esta situación y desembarcó tropas a las órdenes del almirante McCalla, el 15 de marzo de 1885, con el pretexto de proteger el ferrocarril, las propiedades norteamericanas y la vida de los ciudadanos estadounidenses que se hallaran allí. Esta acción fue respaldada por los sectores poderosos, interesados en independizarse de Colombia, lo que no conseguirían hasta 1903.

GUERRA DEL PACÍFICO. Conflicto armado entre Chile, Perú y Bolivia (1879-1883), aunque sus antecedentes datan de 1858, cuando trabajadores, capital y empresarios chilenos se establecieron en el desierto de Atacama, entonces perteneciente en gran medida a Bolivia y a Perú. Vinculados con inversionistas británicos, los chilenos desarrollaron una nueva industria de exportación de nitratos y fertilizantes. Luego Chile, alentado por Gran Bretaña, inició una guerra de conquista para consolidar el monopolio mundial de guano y de salitre. En 1879 estalló entre Chile y Bolivia, a causa del impuesto de diez centavos por concepto de transporte de cada tonelada de nitrato que este último país quería cobrar, lo cual pareció injusto al gobierno chileno. Posteriormente se extendió a Perú, cuya armada fue derrotada por los acorazados chilenos, recién construidos en Inglaterra. El presidente de Bolivia, Hilarión Daza, fue derrocado por una revuelta popular, al saberse en La Paz que había abandonado el campo de batalla y negado su respaldo a los aliados peruanos. El presidente de Perú, Mariano Ignacio Prado, huyó al extranjero

con el pretexto de la compra de armas, y llegó a Nueva York en enero de 1880, lo cual fue ampliamente comentado por la prensa estadounidense. El caudillo Nicolás de Piérola tomó el poder en Perú e inició gestiones en Europa, con importantes firmas francesas, para intentar el financiamiento de la indemnización de guerra y evitar la cesión territorial. El primer intento de mediación fracasó y las tropas chilenas avanzaron hacia Lima, que sería ocupada. Las empresas europeas, poseedoras de grandes intereses financieros en Perú, solicitaron la mediación estadounidense. A finales de 1880 fue nombrado Secretario de Estado del presidente Garfield, James G. Blaine, quien desde entonces comenzó a establecer vínculos muy estrechos con todas las partes implicadas. Levi P. Morton, amigo personal de Blaine y muy ligado al capital financiero internacional, fue designado embajador en París, para gestionar cualquier arreglo ante el gobierno francés. Simultáneamente, el presidente de Chile, Aníbal Pinto, instrumentó la creación en Perú de un gobierno civil paralelo para anular a Piérola y evitar cualquier riesgo de resistencia armada. Se crearon las Juntas de Notables, que eligieron presidente, como único candidato, a Francisco García Calderón, anteriormente abogado de grandes empresarios guaneros, con lo que se resguardaron los intereses en ese sentido. Así, firmó un contrato con el representante de Crédito Industrial, y le concedió a Levi P. Morton el monopolio de la venta del guano y el salitre a Estados Unidos. En este contexto, de suma tensión internacional, Blaine interrumpió el proceso de paz sin cesión territorial para interponer ante el gobierno de Perú el ilegítimo reclamo Landreau, hecho por un francés naturalizado estadounidense, sobre enormes cantidades de guano, depósitos de nitrato y otras materias valiosas. Blaine, que aspiraba a ser nominado por el Partido Republicano como candidato presidencial, utilizó demagógicamente el reclamo Landreau, pues supuestamente defendía los intereses de un ciudadano estadounidense, aunque verdaderamente se trataba de un gran fraude, para hacer del Perú un protectorado de Estados Unidos. La derrota de Blaine frente a Cleveland en la campaña presidencial de 1884, se debió, en gran medida, a su inexcusable proceder durante las negociaciones de paz entre Chile y Perú. La Guerra del Pacífico concluyó oficialmente el 20 de octubre de 1883, cuando se firmó el Tratado de Ancón, con el cual Chile se anexó todo el territorio norteño perteneciente a Bolivia y el peruano hasta la ciudad de Arica. Según declaró el propio Blaine en 1882, cuando el comité del Congreso investigaba su comportamiento en el conflicto, este no era más que «una guerra inglesa contra Perú que tomaba a Chile como instrumento». Existen evidencias de que Martí comprendió tempranamente la naturaleza de este conflicto, como lo demuestra en su *Cuaderno de apuntes no. 13*, donde analiza críticamente la *Historia de la Guerra del Pacífico (1879-1880)* del chileno Diego Barros Arana. Luego del examen detenido del texto, y disgustado por las verdades que descubrió, concluye: «El libro de Barros Arana ha sido escrito para demostrar que ha tenido razón Chile: pues ese es el libro que convence de que no ha tenido razón Chile».

GUERRA ESTADOS UNIDOS-MÉXICO. Tuvo lugar del 8 de marzo de 1846 al 30 de mayo de 1848. En Estados Unidos se le conoce como la Guerra Mexicana y en México como la Intervención americana y la Invasión estadounidense a México,

además de otras denominaciones. Se inició por disputas fronterizas entre México y Texas. Después de independizarse este territorio en 1836, fue anexado a Estados Unidos en 1845. El gobierno estadounidense sostenía que el límite sur de Texas era el río Grande, mientras México afirmaba que se trataba del río Nueces. El presidente James K. Polk ordenó al general Zachary Taylor emplazar tropas entre los dos ríos. Taylor cruzó el Nueces ignorando los reclamos mexicanos y marchó hacia el sur del Grande, donde comenzó la construcción de Fort Brown. El 24 de abril de 1846 tuvo lugar el primer enfrentamiento, cuando la caballería mexicana capturó uno de los destacamentos invasores. Después de la ruptura del límite, y de las batallas de Palo Alto y Resaca de la Palma, Polk anunció al Congreso que los mexicanos habían «invadido nuestro territorio y derramado sangre americana sobre suelo americano». El Congreso declaró la guerra el 13 de mayo de 1846. El Norte y los republicanos radicales (Whigs) se opusieron mayoritariamente, mientras el Sur y los demócratas la apoyaron. México hizo oficial su declaración de guerra el 23 de mayo. Posteriormente las fuerzas estadounidenses invadieron el territorio mexicano por varios frentes. En el Pacífico, la Marina envió a John D. Sloat a ocupar California, quien se había vinculado previamente con los colonos ingleses de la zona, los cuales la declararon república independiente y ocuparon algunas ciudades importantes. Mientras, las tropas comandadas por Stephen W. Kearny ocuparon Santa Fe, Nuevo México, y un destacamento pasó a apoyar las fuerzas navales de Robert F. Stockton, que ocuparon San Diego y Los Angeles. El ejército principal, comandado por Taylor, cruzó el río Grande y siguió su marcha hacia México, para ganar la batalla de Monterrey en septiembre de 1846. El presidente mexicano, Antonio López de Santa Anna, marchó personalmente al norte a enfrentar a Taylor, pero fue derrotado en Buena Vista el 22 de febrero de 1847. Mientras estos continuaban avanzando, Polk envió un segundo ejército, a las órdenes de Winfield Scott, que fue transportado por mar a Veracruz, con la encomienda de sitiara, rendirla y marchar a la Ciudad de México. Estas tropas ganaron batallas importantes como Cerro Gordo y Chapultepec, y ocuparon la capital. El Tratado de Cahuenga, firmado el 13 de enero de 1847, puso fin a la lucha en California. El Tratado de Guadalupe Hidalgo, firmado el 2 de febrero de 1848, dio por terminada la guerra y le concedió a Estados Unidos el control de Texas, California, Nevada, Utah, y parte de Colorado, Arizona, Nuevo México y Wyoming. A cambio, y como indemnización, México recibió la irrisoria suma de \$18 250 000, consumándose así el despojo de casi la mitad de su territorio. Esta contienda fue vista dentro de Estados Unidos como una reafirmación del Destino Manifiesto, y generó tal euforia que llevó a la presidencia en 1848 a Zachary Taylor, convertido en héroe nacional. Sin embargo, creó conflictos internos, pues el Sur esclavista reclamaba los nuevos territorios, lo cual no se resolvió nunca satisfactoriamente y condicionó, en gran medida, el estallido de la Guerra de Secesión. José Martí la consideró como ejemplo del carácter expansionista del vecino del Norte y así lo manifestó incontables veces en sus llamados a la unidad continental frente al «gigante de las siete leguas».

EL LATINO-AMERICANO. Periódico aparecido en la ciudad de Nueva York en septiembre de 1884. Órgano de la Hectograph Manufacturing Company, de frecuencia

quincenal. En el mismo colaboraban especialmente escritores hispanoamericanos, que residían de forma permanente o transitoria en esta ciudad. Pintores de prestigio ilustraron sus páginas, y en ellas sobresale un retrato de Simón Bolívar realizado por Francisco Duque. Aunque se le había atribuido vida efímera y limitado alcance, el hallazgo de una colección de este periódico en 1994, por parte de Pedro Pablo Rodríguez e Ibrahim Hidalgo, investigadores del Centro de Estudios Martianos, en la Hemeroteca Nacional de México y en la Biblioteca Pública de Nueva York, demuestra que circuló de manera regular entre 1884 y 1888 y que tenía agentes en veintidós países de América y el Caribe, quienes se encargaban de recibir y cobrar las suscripciones de los lectores, y en algunos casos enviaban informaciones referidas a sus lugares de residencia. Además, tenía un corresponsal en Hamburgo, que hacía llegar noticias procedentes de Europa. También contaba con secciones de participación, concursos, intercambio de correspondencia con los lectores y un suplemento dedicado a las modas. Por encargo de Adelaida Baralt, colaboradora de esta publicación, apareció en ella la novela de José Martí *Amistad funesta*, firmada con el seudónimo de Adelaida Ral, entre el 15 de mayo y el 15 de septiembre de 1885. La existencia de las colecciones arriba mencionadas ha permitido investigar el contexto literario, cultural y social específico en que apareció la obra, posibilitó el establecimiento de la fecha exacta de su aparición así como la realización del cotejo textual y estilístico entre la primera versión publicada y la que apareció en *Obras completas*, lográndose con ello un texto de *Amistad funesta* lo más completo posible.

MANTILLA, LUIS FELIPE (1833-1878). Educador cubano. Cursó estudios en la Universidad Literaria de Sevilla y ejerció la docencia en su país natal. Se estableció en Nueva York en julio de 1862 y allí vivió hasta su muerte. En 1865 era miembro de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico. En abril de 1869 fue nombrado miembro corresponsal de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y a principios de 1878 recibió similar distinción de la Academia Científico-Literaria de Guatemala. En 1878 fue nombrado socio del Liceo Hidalgo, de México, y en 1876 se le otorgó la condición de miembro honorario de la Sociedad de Instrucción Primaria de Izamal, Yucatán. Colaboró en diversas publicaciones periódicas en lengua española que se editaban en Nueva York, como *El Educador Popular*, *Museo de las Familias*, *La América Ilustrada* y *El Mundo Nuevo*. En octubre de 1871 fue nombrado profesor de lengua y literatura española de la New York University. Fue uno de los profesores de la sociedad Amigos de la Educación Popular (1874) y publicó varios textos escolares que tuvieron gran difusión y acogida en Hispanoamérica. Entre ellos se cuentan: *Libro de Lectura* (números 1, 2 y 3), *Método recíproco* (para la enseñanza del español e inglés), *Nociones de lengua francesa*, *Cartera de conversación en inglés*, *Cartilla de Física*, *Elementos de Fisiología e Higiene*, *Manual de Historia Natural*, *Catecismo de Moral Universal* y su traducción de una *Historia universal para niños*. Mantuvo una estrecha amistad con el prócer venezolano José Antonio Páez durante su destierro y éste le dictó sus memorias. En su nota necrológica, José Manuel Mestre expresó: «[...] Sin temor de que se nos tache de exagerados, podemos decir que nadie ha gozado en Nueva York, en

estos últimos años, de más crédito que Mantilla, como maestro de la lengua y literatura castellanas [...]».

MODUS VIVENDI ESPAÑA-ESTADOS UNIDOS. El 2 de enero de 1884, John W. Foster, embajador norteamericano en España, y Servando Ruiz Gómez, ministro español de exteriores, firmaron un *modus vivendi*, mediante el cual España eliminaba los derechos de tonelaje, los derechos especiales sobre el pescado vivo y cualquier otra medida discriminatoria, mientras Estados Unidos suprimía el recargo de un 10% *ad valorem* que desde 1867 gravaba las mercancías procedentes de las Antillas españolas. Ambos gobiernos se comprometían, finalmente, a iniciar un tratado comercial y de navegación, cuyo antecedente más inmediato era este acuerdo. Ni este ni el posterior de Foster-Albacete fueron ratificados por el Senado norteamericano a través de su comité de Relaciones Exteriores. Las discrepancias existentes acerca de cómo llevar a vías de hecho las intenciones expansionistas eran demasiado profundas, por lo que no se logró un consenso en ese sentido.

PROYECTO DE ANEXIÓN DE REPÚBLICA DOMINICANA. A mediados de 1869 el presidente Ulysses S. Grant envió a su secretario, Orville Babcock, como agente confidencial a Santo Domingo a entrevistarse con el ministro dominicano de Relaciones Exteriores para proponerle la anexión de su país. El enviado regresó a Washington con un proyecto de anexión aprobado por el presidente dominicano Buenaventura Báez, a cambio de un millón de dólares y el Tratado de anexión fue firmado en la capital dominicana el 29 de noviembre de 1869. El gobierno del país insular había puesto a consulta el proyecto, que alcanzó más de 16 mil votos a favor y sólo unos cientos en contra. Grant lo pasó al Congreso en diciembre de aquel año argumentando que si se rechazaba la anexión una potencia europea compraría la península de Samaná y que la posesión del territorio dominicano daría a Estados Unidos el dominio sobre las islas antillanas. Al someterse al Senado de Estados Unidos para su ratificación encontró una fuerte oposición, y el presidente envió en 1870 un segundo mensaje al Congreso con algunas reformas al proyecto de Tratado anexionista y reiteró la tesis de que el país podía pasar a manos de alguna de las potencias europeas acreedoras de República Dominicana. El Senado acordó enviar una comisión a Santo Domingo, que viajó a principios de 1871 y concluyó recomendando la anexión, aunque, finalmente, el Senado estadounidense lo rechazó en julio de ese año.

PROYECTOS DE CANAL POR NICARAGUA. Pretendía crear un canal navegable para unir los océanos Atlántico y Pacífico, a través del territorio de la república de Nicaragua, aprovechando el lago de este nombre, y según otros proyectos, también el de Managua. La primera tentativa moderna de estudio de un paso interoceánico por el lago Nicaragua fue hecha en 1830 por orden de Guillermo I, rey de los Países Bajos. Después se hicieron muchos proyectos no consumados. De ellos pareció triunfar la tentativa que hacía partir el canal de Brito, en el Pacífico, y terminaba en San Juan del Norte, en el Mar Caribe, aprovechando el río San Juan, el lago Nicaragua, el río Lajas, el río Grande y el paso de Giscoyal (46 kms), siguiendo el

istmo de Ribas. La longitud total del canal era de 292 kms. En 1880 el expresidente de Estados Unidos, Ulysses S. Grant, suscitó la idea de fundar una sociedad para la construcción de un canal, pero pronto pasó al olvido. En diciembre de 1884 se firma el tratado Frelinghuysen-Zavala, entre Estados Unidos y Nicaragua, que permitía iniciar los trabajos de construcción del canal. Hubo un nuevo intento en 1885, por parte del país norteamericano, al encargar al ingeniero cubano Armando G. Menocal un estudio del trazado. Según este, el canal podría ser de 273 kms., de los cuales había que excavar 64, y el trayecto se haría en treinta horas. Al iniciarse las obras del canal de Panamá, se formó en Nueva York la Nicaragua Canal Construction Company, y en 1893, se tomaron en consideración los trabajos presentados en 1890 con el objeto de dar un impulso a la construcción. Estados Unidos envió una comisión a Nicaragua que expusiera a aquel gobierno la posibilidad de terminar la obra en seis años, pero el presidente de Nicaragua concedió la exclusiva a una casa inglesa. Luego el gobierno norteamericano se decidió definitivamente por Panamá, abandonando las intenciones y proyectos por Nicaragua. No obstante esta elección, Estados Unidos no dejó de hacer intentos por patrocinar la construcción de un canal interoceánico a través de Nicaragua. Incluso, en 1916 ambas naciones firmaron un convenio que confería el derecho exclusivo de construcción al país del Norte.

PROYECTOS DE UNIÓN CENTROAMERICANA. El 28 de febrero de 1885 el gobernante guatemalteco, Justo Rufino Barrios, emitió un decreto y una proclama en los que establecía la unidad centroamericana bajo su suprema jefatura militar y la convocatoria a una reunión de quince individuos por cada estado de la región para redactar una Constitución. El 9 de marzo de ese año lanzó un «Manifiesto a los centroamericanos» en el que insistía en su proyecto. Desde mucho antes, Barrios se había manifestado en favor de la unión regional y en 1883 hizo un serio intento por alcanzarla, al menos entre Guatemala, Honduras y El Salvador, entonces con gobiernos liberales afines. Según colaboradores cercanos de Barrios, este decidió acelerar su plan unionista a comienzos de 1885 al conocerse la firma de un tratado por el que Nicaragua hacía la concesión de parte de su territorio a Estados Unidos para construir un canal interoceánico, idea aprobada inicialmente por el presidente guatemalteco, quien pensó que de ese modo ganaría el apoyo del país norteamericano para la unión. Pero al tomar noticia de los términos del tratado acordado entre Nicaragua y Estados Unidos, Barrios temió por el futuro de la región ante la presencia estadounidense. La Proclama unionista tuvo el apoyo de Luis Bográn, el presidente hondureño, de la Iglesia católica guatemalteca y del Vaticano. Pero el mandatario salvadoreño, Rafael Zaldívar, mostró reticencia y pidió tiempo para estudiar el asunto. Las potencias europeas, al igual que Estados Unidos, se declararon contrarias a la acción unificadora. El 14 de marzo, Zaldívar rechazó la hegemonía guatemalteca, aunque no la idea de unión, lo que provocó un alzamiento de los militares salvadoreños favorables a Barrios. En Costa Rica hubo un rechazo unánime, mientras que en Nicaragua hubo adhesiones a Barrios, pero finalmente el gobierno también se opuso. El presidente mexicano, Porfirio Díaz, tampoco vio satisfactoriamente la Proclama unionista si

se empleaba la fuerza y movilizó veinte mil soldados hacia la frontera con Guatemala. Barrios formó una tropa de catorce mil hombres y el 23 de marzo de 1885 invadió El Salvador, con apoyo de soldados nicaragüenses y salvadoreños afines a sus planes; pero el 2 de abril murió en una emboscada cuando preparaba el ataque a Chalchuapa, hecho considerado por algunos como un posible asesinato. Tras la desaparición de Barrios, la guerra se detuvo y su sucesor, Manuel Lisandro Barillas, no continuó el proyecto unionista.

TRUJILLO CÁRDENAS, ENRIQUE (1850-1903). Periodista y luchador independentista cubano. Por sus actividades políticas, fue deportado en 1879 de su natal Santiago de Cuba rumbo a España. De allí, pasó a Nueva York, adonde llegó en abril de 1880. El 3 de junio de 1885 comenzó a publicar en esa ciudad el periódico semanal *El Avisador Cubano*, que puso al servicio del plan independentista entonces promovido por los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo. El periódico dejó de publicarse el 3 de junio de 1886, pero el 18 de abril de 1888 comenzó su segunda época, hasta que el 3 de febrero de 1889 se convirtió en *El Avisador Hispano-Americano*. Trujillo lo dirigió hasta febrero de 1890, en que lo dejó en manos de Rafael de Castro-Palomino. El 12 de marzo de ese mismo año fundó su nuevo periódico *El Porvenir*, destinado —según él— a bregar por «la absoluta independencia» de la Isla y por la unidad latinoamericana «contra todas las intrigas de colonización, absorción de territorios o predominio de raza». *El Porvenir* fue uno de los periódicos mejor informados y más influyentes de los publicados por la emigración cubana de los Estados Unidos a lo largo del siglo XIX. Trujillo se caracterizó por sus polémicas. Tras una primera etapa de apoyo a la labor intelectual y política de José Martí —con cuya colaboración periodística contó—, se volvió contra él tan pronto este comenzó a organizar el Partido Revolucionario Cubano, por considerar su estructura la de una dictadura civil. En respuesta, el 29 de abril de 1892 el Cuerpo de Consejo de Nueva York del PRC calificó de «resueltamente hostil y perturbadora» la actitud de *El Porvenir*, lo declaró «más que disidente, rebelde dentro de la colectividad» y lo desautorizó públicamente. No obstante, el periódico se siguió publicando en Nueva York hasta julio de 1898, para continuar en Santiago de Cuba a partir del 10 de agosto siguiente. Según algunas fuentes, Trujillo también fue redactor del periódico habanero *La Discusión*. Entre 1890 y 1895 editó en Nueva York los cuatro volúmenes del famoso *Album de El Porvenir*, que el investigador Ambrosio Fornet ha calificado como «el más ambicioso proyecto editorial realizado por un impresor cubano en todo el siglo [XIX]». También publicó allí otros folletos y libros: *Apuntes para una historia* (1881), *La anexión de Cuba* (1890), *Carta abierta al señor Rafael M. Merchán* (1891), *La anexión de Cuba a los Estados Unidos. Polémica entre los señores Juan Bellido de Luna y Enrique Trujillo. Artículos publicados en El Porvenir* (1892), *Proyecto de una Convención Cubana en el extranjero* (1892), *El Partido Revolucionario Cubano y «El Porvenir»* (1892) y *Apuntes históricos* (1896).

Índices

ÍNDICE DE NOMBRES

—A—

- ABADÍA DE WESTMINSTER. Abadía de Londres dedicada a San Pedro. Fue edificada en la isla de Thorny y llamada por los benedictinos Western Monastery o Westminster. La primera iglesia fue construida por el rey Eduardo *el Confesor*, y consagrada en 1065. En 1245, se terminó una remodelación ordenada por Enrique III, aunque posteriormente se le hicieron otras modificaciones. En ella se efectuaron las ceremonias de coronación de los reyes de Inglaterra desde Guillermo *el Conquistador*. En este recinto se hallan, además, las tumbas de los reyes y de hombres ilustres de Inglaterra y el monumento al soldado desconocido: 32
- ACADEMIA DE SAN CARLOS. Hoy Escuela de Artes Plásticas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Creada por Real Orden de 25 de diciembre de 1783, Carlos III se declaró su protector y delegó en el virrey sus facultades. El primer director fue Jerónimo Antonio Gil, grabador mayor de la Casa de la Moneda. Fue inaugurada en 1785, bajo la orientación del neoclasicismo. Trabajó hasta 1821, y en 1824 se abrió de nuevo con fondos del Ayuntamiento. Por decreto de Santa Anna, en 1843, se arbitraron fondos mediante una lotería y se contrataron maestros y becas en Europa. Con esta renovación, la Academia reabrió en 1847 bajo la dirección de Pelegrín Clavé. Tuvo biblioteca, galería de pintura, grabado y escultura, y una colección de pintura mexicana virreinal. Al restablecerse la república, se llamó Escuela Nacional de Bellas Artes, y a partir de 1913, Academia Nacional de Bellas Artes: 102
- ACADEMIA MILITAR DE WEST POINT. Escuela destinada a la formación de oficiales del ejército de Estados Unidos situada en el estado de Nueva York. Durante la guerra contra los ingleses, el general Washington utilizó el que sería posteriormente su emplazamiento como sede de la jefatura de su ejército, debido a su estratégica situación. La propuesta de convertirla en escuela militar fue del general Henry Knox en 1776, y no fue hasta 1802 que el Congreso la aceptó. Se inauguró el 4 de julio de 1802: 159
- ADÁN. Nombre del primer hombre y padre común del género humano, formado por Dios en el sexto día de la Creación a imagen y semejanza suyos, según el libro del Génesis: 106
- ADELA. Personaje de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 232, 233, 234, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 249, 250, 281, 282, 283, 285, 289, 292, 293, 295, 296, 298, 299, 300, 302, 304, 305, 309, 312
- ADUANA DE NUEVA YORK. Establecida por la ley segunda del Congreso estadounidense en 1789. En su primer año de servicio, este puerto fue el mayor recaudador de impuestos: 122, 128, 129, 142, 144
- ALEJANDRO MAGNO (356-323 a.n.e.). Alejandro II, *el Magno*. Rey de Macedonia. Hijo de Filipo II y de Olimpia, hermana de Alejandro I, rey de Epiro. Fue discípulo del filósofo Aristóteles, quien lo instruyó en el arte de gobernar. Tras

el asesinato de su padre ocupó el trono a los veinte años de edad. Restableció en toda Grecia el régimen democrático, luego de librar numerosas batallas en diferentes ciudades. Creó un vasto imperio que se extendió desde el Asia Menor hasta la India. Sus conquistas difundieron la civilización, el arte, el idioma y el espíritu de Grecia por los países asiáticos: 18

ALMA TADEMA, LAWRENCE (1836-1912). Pintor inglés. Formado en la Academia de Amberes, se especializó en la pintura histórica de tendencia neoclásica, con la que alcanzó el éxito. Fue también retratista y grabador. Entre sus obras más famosas están *Las cerezas* y *Retrato de Mr. Soons*: 103

ALVARADO, PEDRO DE (1486?-1541). Conquistador español. En 1510 estuvo en Santo Domingo y en 1518 participó en la expedición de Juan de Grijalba al Golfo de México. Fue lugarteniente de Hernán Cortés en la conquista de México, y ordenó y dirigió una masacre de mexicanos, mientras estos celebraban la tradicional fiesta del mes de Toxcoalt, lo cual provocó un levantamiento general contra los españoles. Tomada la ciudad de México, Cortés le encargó reprimir a los indígenas de la Mixteca. Posteriormente fue nombrado capitán general de Guatemala y Soconusco, y emprendió la conquista de la América Central: 174

AMALLA. Novela del escritor argentino José Mármol, publicada en 1851. Considerada una de las obras representativas del romanticismo en Hispanoamérica: 301

LA AMÉRICA. Revista mensual en español que comenzó a publicarse en Nueva York en abril de 1882. Entre 1883 y 1884 José Martí fungió como redactor, primero, y director después. Continuaba publicándose en 1893: 317, 321, 322. Véase Nf. en el tomo 15.

AN AMERICAN DICTIONARY OF THE ENGLISH LANGUAGE. Obra del lexicógrafo estadounidense Noah Webster, publicada por vez primera en 1828. Contenía doce mil palabras y cuarenta mil definiciones no incluidas hasta entonces en publicaciones similares: 21

AMÍLCAR BARCA (?-228 a.n.e.). Militar cartaginés, considerado como uno de los más famosos de la Antigüedad. Restableció la disciplina de su ejército, que se encontraba desmoralizado, al confiársele el mando del mismo en Sicilia en el 247 a.n.e. durante la Primera Guerra Púnica: 226

AMISTAD FUNESTA. Título con el que apareció la novela *Lucía Jerez* de José Martí, en su primera edición por entregas, en 1885, en el periódico *El Latinoamericano*, de Nueva York: 231

ANA. Personaje de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 232, 235, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 275, 281, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 302, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 312

ANÍBAL BARCA (247-¿181? a.n.e.). Militar cartaginés, hijo de Amílcar Barca. Venció a los romanos en Hispania y las Galias, atravesó los Alpes y obtuvo importantes victorias en Italia. Volvió a África para defender a Cartago, pero fue derrotado por Escipión el Africano. Se refugió en Éfeso y Bitinia y se envenenó para no ser entregado a los romanos: 18

- ANTTETAM, BATALLA DE. Importante combate de la Guerra de Secesión estadounidense. Unos 50 000 soldados confederados encabezados por Robert E. Lee intentaron invadir el norte, pero fueron interceptados el 17 de septiembre de 1862 por un ejército de la Unión formado por unos 70 000 hombres a las órdenes del general George B. McClellan. Al día siguiente el ejército de Lee retrocedió por el río Potomac, completando la victoria de la Unión: 167, 199
- APPOMATOX, BATALLA DE. Fue la batalla decisiva de la Guerra de Secesión estadounidense. Tuvo lugar el 9 de abril de 1865 en esta localidad del estado de Virginia. Obligado a abandonar Petersburg y Richmond por el control de Ulysses S. Grant sobre las líneas ferrocarrileras, Robert E. Lee se retiró hacia el Oeste para unirse al ejército de Joseph E. Johnston. Grant bloqueó su paso y lo condujo a la rendición. Con la capitulación de Lee, las demás fuerzas confederadas se desplomaron. Este lugar es monumento histórico nacional desde 1930: 80, 83, 157, 205
- ARCADIA. Zona montañosa de la antigua Grecia, con laderas cubiertas por bosques y pastos, idealizada como el símbolo de la felicidad pastoril: 252
- ARGUS. Periódico norteamericano fundado a mediados del siglo XIX. A partir de 1865, en que Daniel Manning se convirtió en su editor asociado, y más tarde en socio en la propiedad del mismo, la publicación desempeñó una labor destacada en la vida política del estado de Nueva York, pues apoyó al gobernador Tilden y también a los líderes del Partido Demócrata, y denunció la corrupción administrativa, especialmente la encarnada en la Tweed Ring: 49, 140
- ARISTA, MARIANO (1802-1855). Político y militar mexicano. A los diecinueve años de edad ya era capitán y a los veintinueve general de brigada. Estuvo a favor de Santa Anna, pero al fracasar este se refugió en Estados Unidos y regresó a México en 1836. Estuvo al frente del ejército del Norte en 1846, cuando la invasión estadounidense. Fue Secretario de Guerra y Marina de 1848 a enero de 1851. El 8 de enero de ese año, el Congreso lo declaró Presidente Constitucional. Trató de moralizar, inútilmente, la Hacienda y el Ejército. Renunció el 6 de enero de 1853: 159
- ARITMÉTICA MERCANTIL. Libro de Cristiano Jacobo Krüger, presentado por su autor ante la Sociedad Económica de Amigos del País (La Habana, 1829): 256
- ARISTOGITÓN. Político ateniense del siglo VI a.n.e., quien, junto con Harmodio, organizó una revolución triunfante contra los tiranos Hippias e Hiparco. Tanto Aristogitón como Harmodio son motivos frecuentes en la escultura y en la épica griegas: 256
- ARTHUR, CHESTER ALAN (1830-1886). Político y abogado estadounidense. Moderado abolicionista, defendió a algunos esclavos fugitivos. Fue intendente general y recaudador del puerto de Nueva York y formó parte del grupo de los *stalwarts*, facción liderada por Roscoe Conkling que dominaba el Partido Republicano en esa ciudad. Vicepresidente con James A. Garfield, lo sucedió en la presidencia tras su muerte víctima de un atentado, y culminó el período presidencial en 1885, sin inclinarse abiertamente hacia algunos de los grupos de su partido. Aplicó la ley Pendleton, de 1883, que reformó la administración pública

al introducir exámenes para ocupar los cargos públicos y que exoneraba a los funcionarios de la obligación de prestar servicios a los partidos y de contribuir con fondos a sus campañas electorales. Ese mismo año se aprobó también la primera ley de inmigración que suspendía el arribo de chinos por diez años. Intentó conseguir la primera reducción de los aranceles después de la Guerra Civil. Además de referirse a su gobierno en varias de sus crónicas, cuando murió, José Martí le dedicó un escrito a su obra de gobierno, publicada en *La Nación*, de Buenos Aires, el 4 y el 5 de febrero de 1887: 11, 22, 38, 44, 47, 50, 104, 190

ASOCIACIÓN CUBANA DE SOCORRO. Fundada en Nueva York, en octubre de 1884 con el objetivo de recolectar fondos destinados al movimiento revolucionario dirigido por Máximo Gómez. Tomó ese nombre para no despertar sospechas y su primer presidente fue José Martí, quien renunció al cargo al separarse del movimiento, sustituyéndolo José Miguel Párraga: 322, 331

ATENEO. Santuario de la diosa Atenea, y nombre empleado para designar instituciones científicas y literarias dedicadas a elevar el nivel intelectual por medio de discusiones, conferencias, cursos y lecturas. En España es importantísimo el Ateneo Científico y Literario de Madrid, fundado en 1820, disuelto en 1823 e instituido de nuevo en 1835 que posee un magnífico edificio, una biblioteca de las mejores de este país y dos galerías de retratos, de socios y presidentes: 94

ATLANTA, BATALLA DE. Importante combate de la Guerra de Secesión de Estados Unidos. Dio inicio a la campaña del mismo nombre, de la que también forman parte otros enfrentamientos geográficamente cercanos, como las batallas de Peachtree y de Ezra Church. Esta ciudad, capital del estado de Georgia, era un importante nudo ferroviario en poder de los confederados y fue tomada por las fuerzas de la Unión, comandadas por William T. Sherman, el 1^{ro} de septiembre de 1864, luego de cuatro meses de asedio. Esto significó la derrota y retirada del ejército sureño a las órdenes de Joseph E. Johnston. Fue incendiada casi totalmente el 11 de noviembre de 1864, a excepción de iglesias y hospitales, antes de que Sherman se dirigiera hacia el mar: 157

EL AVISADOR CUBANO. Periódico semanal publicado en Nueva York por el cubano Enrique Trujillo Cárdenas. Su primera época duró de 1885 a 1886. Reanudó su publicación en 1888 y su último número apareció en diciembre de ese año: 321, 324

AYUNTAMIENTO DE NUEVA YORK. El primer ayuntamiento fue establecido en New Amsterdam a partir del 6 de febrero de 1653, en Pearl Street. Después, las oficinas administrativas se trasladaron en octubre de 1703 para un edificio en Wall Street, remodelado en 1788, por Pierre L'Enfort. En este sitio se efectuó la inauguración de Washington como presidente, el 30 de abril de 1789. En 1802 se anunció la construcción de un nuevo edificio en las intersecciones de las calles Broadway y Park Row, diseñado por John McComb, Jr. y Joseph Francois Morgin. En 1812 las oficinas y las Cámaras del Poder Legislativo y el Poder Judicial fueron trasladados allá y el antiguo ayuntamiento de Wall Street fue demolido. Desde 1898 se utilizó solo para el alcalde y la legislatura de la ciudad: 189, 215

- BABCOCK, ORVILLE E. (1835-1884). Militar estadounidense. Se distinguió en la Guerra de Secesión, fue miembro del Estado Mayor del General Ulysses S. Grant y ascendido a brigadier general al terminar la contienda. Secretario privado de Grant al asumir este la presidencia: 186, 215
- BADÉAU, ADAM (1831-1895). Militar estadounidense. Sirvió en el ejército de la Unión durante la Guerra de Secesión. Perteneció al estado mayor del general Sherman entre 1862 y 1863 fue secretario del general Grant entre 1864 y 1869 y lo acompañó en su gira alrededor del mundo (1877-1878). Después de morir Grant, entabló juicio contra sus herederos por el pago de los servicios prestados en la preparación de las *Memorias*, que fue resuelto satisfactoriamente. Publicó *Military history of Ulysses S. Grant* (3 vols. 1867-1881) y *Grant in Peace* (1886): 134
- BANCO NACIONAL DE LA MARINA. Banco neoyorquino. En 1884 radicaba en el número 78 de Wall Street y su presidente era James D. Fish, cuando quebró a causa de los fraudes de Ferdinand Ward: 17, 80, 81, 82, 142, 143
- BANCROFT, GEORGE (1800-1891). Político e historiador estadounidense. En 1834 concluyó el primer volumen de *History of the United States*, su obra más significativa, cuyos once restantes volúmenes fueron apareciendo durante los siguientes cuarenta años. Fue nombrado secretario de Marina por el presidente James K. Polk en 1845, y fundó la Academia Naval de Annapolis, en Maryland. Entre tanto, se había hecho famoso en los círculos del Partido Demócrata en Massachusetts, pero durante la Guerra Civil estadounidense rompió con este y apoyó enérgicamente la política del presidente Abraham Lincoln. Entre 1867 y 1874, fue representante de Estados Unidos en Prusia (1867-1871) y en el Imperio Alemán (1871-1874). Es también muy reconocido su libro *History of the Constitution*: 124, 125
- BARALT Y PEOLI, ADELAIDA (1850-?). Cubana. Nacida en Santiago de Cuba, al quedar huérfana de padres, fue enviada con su hermano Luis Baralt y Peoli a Nueva York, al cuidado de su tío Juan J. Peoli. Se casó con el pintor cubano Federico Edelmann y Pintó, amigo de José Martí. Por sus gestiones, José Martí escribió la novela *Lucía Jerez*, publicada en *El Latino-Americano*, de Nueva York, con el título *Amistad funesta* y bajo el seudónimo de Adelaida Ral: 313
- BARALT Y PEOLI, LUIS A. (1849-1933). Periodista, médico y profesor cubano. Nació en Santiago de Cuba, estudió bachillerato en La Habana y pasó a Nueva York junto con su hermana Adelaida, donde vivía su tío Juan J. Peoli. Se graduó de médico y fue profesor de lengua y literatura españolas en el College of the City of New York. Fue también examinador oficial de este idioma en la Junta de Educación de esta ciudad y fundador de la Sociedad para la Cultura Armónica, cuyas veladas recibieron el elogio de José Martí. Además creó un Club Lírico-Dramático que desarrolló numerosas actuaciones a favor de la causa de la independencia de Cuba. Tuvo amistad con José Martí, quien reconoció sus aptitudes profesionales como educador y su talento literario. (Véase en este tomo la carta de recomendación de José Martí a Baralt). Era primo de Carmen Miyares Peoli y fue el esposo de Blanche Zacharie de Baralt, autora de *El Martí que yo conocí*, de cuya boda en 1886 fue padrino José Martí: 320

- BARBEY D'AUREVILLE, JULES (1808-1889). Escritor francés. Ejerció una crítica polémica y poseía grandes aptitudes como narrador. En política, figuró, aunque platónicamente, entre los bonapartistas. Durante muchos años escribió la crítica literaria de *Le Pays*. Se considera a *Ensorcelie* (1854), su obra maestra, una de las mejores novelas del siglo XIX por la manera en que pinta las supersticiones de los campesinos normandos y el relato de un episodio de la guerra de La Vendée: 128
- BARRIOS, JUSTO RUFINO (1835-1885). Jefe militar junto con Miguel García Granados de la llamada Revolución de 1871, la cual dio lugar en Guatemala a profundas reformas inspiradas en el espíritu liberal. Elegido presidente en 1873, se mantuvo en el cargo hasta su muerte, cuando dirigía una campaña militar para alcanzar la unidad centroamericana: 11, 16, 41, 49, 52, 87, 92, 93, 96, 142, 147. Véase Nf. en tomo 1.
- BASTIEN-LEPAGE, JULES (1848-1884). Pintor francés. Sus envíos al Salón Nacional de las Artes de París no obtuvieron éxito hasta 1873, cuando ganó una tercera medalla con *Canción de primavera*. Estudió en la Escuela de Bellas Artes con Cabanel y ganó una pensión para estudiar en Roma. Fue retratista y pintó además muchas escenas campestres de Lorena. Son muy conocidos sus retratos de Hayem, Theuriat y Sarah Bernhardt, y *La anunciación de los pastores*. El doble retrato de sus padres se considera su obra capital: 15
- BAYARD, THOMAS FRANCIS (1828-1898). Político y abogado estadounidense. Admitido en el cuerpo de abogados en 1851. Fue miembro de los Peace Democrats y se opuso públicamente a la Guerra de Secesión. Fue senador en 1869 y reelegido una y otra vez hasta 1885 por el Partido Demócrata. En 1885 fue nombrado Secretario de Estado en el gabinete del presidente Cleveland. Embajador en Gran Bretaña entre 1893 y 1897: 11, 21, 38, 49, 93
- BEECHER, HENRY WARD (1813-1887). Teólogo estadounidense. Después de estudiar en el seminario de Lane, del que su padre era director, colaboró en la redacción del *Cincinnati Journal* (1836). Durante los años siguientes ejerció el ministerio evangélico en el estado de Indiana, hasta que en 1847 fue nombrado pastor de la iglesia congregacionista de Plymouth, en Brooklyn, donde se mantuvo durante cuarenta años. Fue un orador destacado (que no estuvo ajeno a ninguno de los temas que agitaban a la sociedad), abolicionista, predicó en favor de la temperancia alcohólica y por los derechos de la mujer. Editor de *The Independent* entre 1861 y 1863 y de *Christian Union* entre 1870 y 1871. Escribió *Lectures to Young Men of Various Important Subjects* (1844), *Lectures Room Talks* (1870), y *Commemorative Discourse on Wendell Phillips* (1882), entre otras obras. A su muerte, José Martí le dedicó un trabajo publicado en *El Partido Liberal* (México), el 2 de abril de 1887: 110, 121
- BELMONT, BATALLA DE. Batalla de la Guerra de Secesión estadounidense ocurrida el 7 de noviembre de 1861 en esta villa del estado de Missouri, entre las fuerzas de la Unión, comandadas por el general Grant y las confederadas, dirigidas por los generales Leonidas Polk y Gideon, Pillow, y desfavorable a las primeras, que luego de varios ataques, se vieron obligadas a retirarse: 170
- BELLINI, VINCENZO (1801-1835). Compositor italiano. Autor de sinfonías, misas y salmos, debió su triunfo al cultivo del género operístico, donde realizó obras

- de valor perdurable, entre las que se destacan *La sonámbula* y *Norma* (ambas de 1831) y *Los puritanos* (1835). Compuso para los teatros la Scala, de Milán, y San Carlos, de Nápoles: 138
- BERENDT, KARL HERMANN (1801-1878). Médico alemán establecido en México. Hizo varios estudios etnológicos y lingüísticos, especialmente en la zona maya. Autor de *Los indígenas de la América Central* y *Cartilla de la lengua maya*: 135
- BIBLIA. Colección de las Sagradas Escrituras, dividida en dos partes: el *Antiguo Testamento*, libro sagrado de la religión judía, y el *Nuevo Testamento*. Ambas partes constituyen el libro sagrado de las religiones cristianas: 30, 47
- BISMARCK SCHÖNHAUSEN, OTTO EDWARD VON (1815-1898). Político y diplomático alemán. Conde desde 1865 y príncipe de Luxemburgo en 1871; fue llamado el Canciller de Hierro. A él debió Prusia en el siglo XIX todos sus triunfos en el exterior y la hegemonía que conquistó en Alemania. Defendió los derechos y privilegios de la nobleza, la corona y de la casta militar. En 1862 fue nombrado, por el rey de Prusia, presidente del Consejo de Ministros. Después de las guerras con Austria y Francia logró unir todos los estados alemanes bajo la dirección de Prusia. Tras el advenimiento de Guillermo II al trono, tuvo que renunciar al cargo de canciller, debido a insalvables diferencias con el emperador: 122, 124, 125
- BLACK, JOHN CHARLES (1839-1915). Militar y abogado estadounidense. Se distinguió por su bravura e inteligencia durante la Guerra de Secesión y fue ascendido sucesivamente hasta alcanzar el grado de general. Ocupó diversas responsabilidades, entre ellas fiscal del distrito de Chicago, miembro del Congreso por el estado de Illinois y Comandante en Jefe del ejército de ese estado, entre otras. En 1885, el Presidente Cleveland lo designó como Comisionado de Pensiones. Bajo su mandato en el cargo inauguró un sistema que redujo los gastos del buró, beneficiando a los pensionados. Entre 1903-1904 fue Comandante en Jefe del Ejército de los Estados Unidos: 91
- BLAINE, JAMES GILLESPIE (1830-1893). Político estadounidense. Estudió Derecho y trabajó como profesor. Miembro del Partido Republicano, fue líder de la Cámara de Representantes (1869-1874), senador (1876-1881), Secretario de Estado durante la presidencia de Garfield (1881) y candidato presidencial en 1884. Entre 1889 y 1890, por su iniciativa como secretario de estado del presidente Harrison, se celebró en Washington la Primera Conferencia Panamericana. José Martí, desde el diario *La Nación* (Buenos Aires), denunció y combatió con fuerza las intenciones expansionistas de sus acciones: 11, 21, 22, 23, 25, 56, 57, 60, 69, 70, 75, 78, 79, 125, 127, 225, 228. Véase Nf. en t. 9.
- BOGRÁN BARAHONA, LUIS (1849-1926). Militar y político hondureño. Procedente de una poderosa familia, estudió derecho en la Universidad guatemalteca de San Carlos, participó en diversas acciones de guerra en su país contra las fuerzas salvadoreñas, y alcanzó el grado de general. Ministro de Gobierno bajo la presidencia de Marco Aurelio Soto, le sucedió a su renuncia en 1883, y fue reelecto en 1887. Construyó carreteras, estableció la litografía nacional, fundó la Casa de la Moneda, la Academia Científico Literaria y la Escuela de Artes y Oficios, y dio notable impulso a la educación. Defendió la Federación de

- estados centroamericanos y colaboró con el presidente guatemalteco, Justo Rufino Barrios, para llevar a cabo su proyecto de unidad regional. Fue uno de los fundadores del Partido Nacional: 147
- BONAPARTE, NAPOLEÓN. Véase Napoleón I.
- BONNAT, LÉON JOSEPH FLORENTIN (1834-1923). Pintor francés. Formado en España por Madrazo, también trabajó en el taller de Cogniet, en París. Se ejercitó en escenas religiosas imitando a los maestros españoles, y alcanzó inmensa fama. Tuvo un período «oriental». Después de 1870 fue el retratista de muchas de las personalidades de la Tercera República Francesa, como Thiers, Loubet y el duque de Aumale. Legó su rica colección a Bayona, su ciudad natal: 104
- BORBONES. Grupo conservador dentro del Partido Demócrata de los Estados Unidos, así llamados por su similitud con la antigua casa feudal francesa que reinó en varias naciones: 76, 77, 79, 90
- BORIE, ADOLPH E. (1809-1880). Político estadounidense. Se graduó de abogado en la Universidad de Pennsylvania en 1825. Cónsul en Bélgica en 1843. Como republicano apoyó la causa de la Unión durante la Guerra de Secesión. En 1869 fue Secretario de Marina por breve tiempo (entre el 9 de marzo y el 25 de junio) durante la presidencia de Ulysses S. Grant. Se retiró a la vida privada para encargarse de sus negocios, pero siguió siendo uno de los amigos más cercanos del general: 185
- BOYD, EDWARD A. Hombre de negocios estadounidense, dueño de la firma Boyd & Sons, que fue a prisión en 1885 a causa de un fraude financiero: 134, 143
- BRASSEUR DE BOURBOURG, CHARLES-ÉTIENNE (1814-1874). Misionero y etnógrafo francés, especializado en culturas prehistóricas americanas. Fue profesor de Historia Eclesiástica en el seminario de Québec (1845) y vicario general en Boston (1846). De 1848 a 1853 viajó principalmente por México y América Central. Como resultado, publicó entre 1857 y 1859 una historia de la civilización azteca y de 1861 a 1864 editó una serie de documentos en lenguas indígenas. En 1866 apareció *Monuments anciens du Mexique*, pero tal vez su máximo aporte fue la publicación en francés del *Popol Vuh*, al que adjuntó una gramática quiché y un ensayo sobre la mitología de la América Central: 135
- BROOKS, ERASTUS (1815-1886). Periodista estadounidense. En 1836 ocupó el puesto de corresponsal en Washington del *Daily Advertiser* de Nueva York, y poco después, en sociedad con su hermano, James I. Brooks, editó el *New York Express*. Fue senador y candidato a gobernador del estado de Nueva York. Publicó el libro *Controversia acerca de la propiedad de la Iglesia* (1855). Fue un defensor de los derechos de los aborígenes americanos. Se destacó por su oratoria apasionada y convincente: 136, 137
- BROWN, EMMA ELIZABETH (1847-?). Escritora e historiadora estadounidense. Publicó varias biografías de presidentes de su país, entre las que sobresalen *Life of Washington*, *Life of Garfield* y *Life of Ulysses Simpson Grant*: 178
- BROWN, JOHN (1800-1859). Luchador abolicionista estadounidense. Trató de poner fin a la esclavitud por medios violentos, para lo cual, el 16 de octubre de 1859 tomó un arsenal federal en Harper's Ferry, Virginia Occidental. La mayoría de los veintidós hombres que lo acompañaban —entre ellos dos hijos

- suyos— fueron aniquilados por las tropas gubernamentales. Condenado a muerte, fue ahorcado con cinco de sus compañeros. Su acción tuvo gran repercusión nacional y se convirtió en un mártir de la causa abolicionista: 61, 95
- BROWN, JOHN GEORGE (1831-1913). Pintor nacido en Gran Bretaña, desarrolló su obra en Nueva York desde 1853, ciudad donde cursó estudios en la Academia Nacional de Dibujo. Fue electo miembro de esa institución y de la Sociedad de Acuarelistas, que llegó a presidir. Por lo general, pintó la vida de los niños callejeros: *Passing Show* y *Street Boys at Play*. Algunos de sus cuadros famosos son: *A Merry Air with a Sad Heart*, *The Stump Speech*, *Be Mine* y *Training the Dogs*. Sus obras fueron reproducidas con frecuencia en las publicaciones periódicas: 100, 104, 165, 198
- BUCK, CHARLES W. (1829-1905). Jurista y diplomático estadounidense. En marzo de 1885 fue designado por el presidente Cleveland, embajador extraordinario y ministro plenipotenciario de Estados Unidos en Perú, donde sirvió hasta el 30 de marzo de 1889: 92
- BUCKNER, SIMON BOLÍVAR (1823-1914). Político y militar estadounidense. Graduado de West Point en 1844. Participó en la guerra de México (1846-1848). Se enroló con los Confederados como brigadier general en la Guerra de Secesión estadounidense, siendo ascendido a teniente general después. Se destacó en la defensa y rendición de Fort Donelson, el 16 de febrero de 1862. Resultó uno de los altos oficiales designados por Grant para acompañarlo en sus funerales, en 1885. En 1896 fue nominado para vicepresidente por los demócratas. Anteriormente había sido gobernador de Kentucky: 157, 170, 220
- BUCHANAN, JAMES (1791-1868). Político estadounidense. Senador (1834-1845) y Secretario de Estado (1845-1849) en el gabinete del presidente Polk, cuando tuvo lugar la guerra contra México y la anexión de Texas. Siendo embajador en Londres redactó, en unión de los embajadores estadounidenses en Madrid y París, el llamado Manifiesto de Ostende (1854), en el cual se proclamaba que Estados Unidos debía comprar la isla de Cuba, y si España se negaba a venderla, apoderarse de ella por la fuerza. Fue presidente de 1857 a 1861 por el Partido Demócrata y defendió los intereses esclavistas: 165, 166, 181, 197, 199, 209
- BUDA. (566-478 a.n.e.). Fundador del sistema filosófico, moral y religioso llamado budismo y figura sagrada de ese sistema y del hinduismo. Hijo del rey de un clan de Nepal, Siddharta Gautama abandonó familia y privilegios para instruirse en el brahmanismo y dedicarse a la vida ascética. Insatisfecho con sus enseñanzas y prácticas, estableció e impartió una nueva enseñanza por el nordeste de la India durante el siglo VI a.n.e., cuyo fundamento es superar los dolores y sufrimientos que encierra el mundo, siguiendo el camino de las cuatro verdades, indicadoras de la irrealidad de la vida humana, para lograr la renuncia de sí mismo. La nueva doctrina alcanzó gran difusión por Asia y es hoy es una de las religiones más universales: 135
- BUTLER, BENJAMIN FRANKLIN (1818-1893). Militar y político estadounidense. En la Guerra de Secesión alcanzó el grado de brigadier general. Representante a la cámara estatal de Massachussets en 1867-1875 y 1877-79, en 1882 fue elegido gobernador de ese estado por gran mayoría. En 1884 aspiró a la presidencia

como candidato de los Partidos Nacional y Antimonopolista, pero fue derrotado: 79

—C—

CALHOUN, JOHN CALDWELL (1782-1850). Político y abogado estadounidense. Graduado de Yale en 1804. Miembro del Congreso desde 1811. Fue Secretario de la Guerra durante el gobierno de Monroe, vicepresidente en los gobiernos de John Quincy Adams y el general Jackson, y Secretario de Estado con Tyler. Propugnaba dos poderes ejecutivos, uno para el Norte, y otro para el Sur, cada uno con derecho al veto sobre las decisiones del otro, controlando así las medidas que pudieran resultar mutuamente ofensivas. Quiso preservar la Unión. Apoyó la esclavitud en el Sur y la anexión de Texas. Escribió *Disquisition on Government* y *Discussion on the Constitution and Government of the United States*. Entre 1853 y 1854 se publicaron sus *Collected Works*: 164, 197

CÁMARA DE REPRESENTANTES. Estados Unidos. Uno de los dos cuerpos legislativos creados por la Constitución. A finales del siglo XIX lo formaban los representantes electos por cada estado, según la proporción poblacional, mediante el voto popular por períodos de dos años: 19, 21, 22, 25, 44, 63, 69, 82, 108, 118, 186, 215

CANFIELD, NELLIE (¿-1885). Joven norteamericana, sobrina nieta de la viuda de Lincoln, que se suicidó. Se disparó en el pecho, en Belleville, cerca de Newark, y falleció el 31 de mayo de 1885: 120

CANO, ALONSO (1601-1667). Pintor, escultor y arquitecto español. En Sevilla fue discípulo de Pacheco, en cuya casa se relacionó con Velázquez. En 1638 se estableció en Madrid, donde llegó a ser pintor del rey. Su carácter violento le produjo contratiempos con la justicia. Con excepción de una temporada en Valencia, trabajó en Madrid y en Granada. Numerosas obras de este pintor se exhiben en el Museo del Prado; otras, consagradas a la virgen, se encuentran en las catedrales de Sevilla, Málaga, Madrid y Granada: 263

CAPEL, THOMAS JOHN (1836-1911). Cardenal inglés. Se dedicó también a la educación y estableció una escuela pública católica en Kensington, en 1873. Adquirió celebridad como predicador. En 1883 se trasladó a Estados Unidos, donde realizó una gira de sermones centrados en la vida privada y las costumbres. Publicó, entre otros textos, *The Holy Catholic Church* y *Confession*. Disraeli se inspiró en él para el personaje de Monseñor Catesby en su *Lothair*: 27, 30, 31

CAPITOLIO DE WASHINGTON. Sede del Congreso, constituye una de las edificaciones más importantes de Estados Unidos desde el punto de vista histórico. Fue diseñado por William Thornton siguiendo el modelo del Capitolio romano, y la primera piedra la colocó el presidente George Washington, el 18 de septiembre de 1793, pero fue destruido por los británicos en 1814. Reconstruido en 1819, se le añadieron dos nuevas extensiones en 1850 y tuvo nuevos añadidos durante el siglo XX. Su cúpula tiene una estatua de bronce de 19 pies, alegórica a la de la Libertad: 38, 42, 44, 46, 47

- CAPITULARES DE CARLOMAGNO. Decretos emitidos por este rey de los francos (800-814), en los que trataba un amplio abanico de asuntos, desde cuestiones jurídicas y militares hasta cuestiones relativas a los monasterios, a la educación y a la gestión de los dominios imperiales: 121
- CAPOUL, JOSEPH AMÉDÉE VICTOR (1839-1924). Tenor francés. Fue director del Conservatorio de Nueva York. Se dedicó a la ópera italiana y alcanzó grandes éxitos. Escribió, en colaboración con Armand Silvestre, el libreto de la ópera *Jocelyn*, con música de Benjamin Godard: 13
- CARLISLE, JOHN GRIFFIN (1835-1910). Abogado y político estadounidense. Ocupó diferentes cargos públicos en su estado natal, Kentucky. Fungió como presidente de la Cámara de Representantes entre 1883 y 1889. Fue electo en 1890 senador de Estados Unidos, y en 1893 fue designado secretario del Tesoro bajo el gabinete del presidente Cleveland. Se radicó posteriormente en Nueva York donde ejerció como abogado: 21, 118
- CARLOMAGNO (742-814). Rey de los francos, fundador de la dinastía carolingia. En el año 800, el papa León III lo coronó emperador del imperio de Occidente, más tarde conocido como el Sacro Imperio Romano Germánico, el cual comprendía buena parte de Francia, Italia, Baviera y Sajonia. Intentó conquistar España pero fue derrotado en el desfiladero de Roncesvalles. Favoreció la agricultura, el comercio y la industria; fundó ciudades, conventos y escuelas, e hizo obligatoria la instrucción: 121
- CARPENTER, MATTHEW HALE (1824-1881). Senador y abogado estadounidense. Cuando estalló la Guerra de Secesión viajó por el oeste del país, pronunciando apasionados discursos a favor de la causa de la Unión. Fue miembro del Senado entre 1869 y 1875. Fue reelegido en 1879, pero no vivió hasta el término del mandato. Desde 1861 se pronunció a favor de la abolición de la esclavitud. Entre sus piezas oratorias más conocidas están las que pronunciara a favor de la proclamación de la amnistía del presidente de Johnson para los rebeldes confederados y su defensa del presidente Ulysses S. Grant contra los ataques de Charles Sumner: 11, 20
- CASA BLANCA. Residencia oficial del presidente de Estados Unidos, construida entre los años 1792 y 1800. Ha sido la vivienda de todos los presidentes con la excepción de George Washington, que firmó la ley para promover su construcción. Fue proyectada por el arquitecto James Hoban. En 1814, durante la guerra anglo-estadounidense, los británicos incendiaron el edificio, cuya reconstrucción dirigió el propio Hoban, incorporando el pórtico sur. Fue reformada sustancialmente entre 1948 y 1952, durante el mandato de Harry S. Truman: 38, 41, 42, 47, 56, 79, 83, 85, 89, 108, 109, 113, 117, 121, 160, 164, 181, 198, 209, 228
- CASA DE CORREOS DE NUEVA YORK. Edificio de cuatro pisos diseñado por A. B. Mullet y terminado en 1875. Ocupó el extremo sur del parque existente frente al Ayuntamiento de la ciudad, haciendo esquina con las calles Broadway, Park Row y Mail. Los neoyorquinos lo llamaban «la ballena». Fue demolido en 1938-39: 90
- LAS CASAS DE SOUZA, BARTOLOMÉ DE (1474 ó 1484-1566). Fraile dominico español. Cronista, teólogo y defensor de los indios. Se ordenó sacerdote y en 1512 se

unió como capellán a la conquista de Cuba. De regreso a España, influyó notablemente en la corte y sobre el rey Carlos I para promulgar las Nuevas Leyes de Indias que abolían la encomienda. Obtuvo el título de Protector de los Indios. En 1526 comenzó su célebre *Historia de las Indias*. José Martí lo estimó como ejemplo de nobleza humana y le dedicó un hermoso texto titulado «El padre Las Casas», publicado en el número 3 de su revista para niños *La Edad de Oro*: 103. Véase Nf. en tomo 5.

CASTELAR Y RIPOLL, EMILIO (1832-1899). Político, escritor y orador español. Se destacó en el periodismo, desde donde defendió la idea republicana. Condenado a muerte por conspirar en 1866, logró escapar a París. Con la revolución septembrina de 1868 resultó electo diputado a las Cortes Constituyentes en las que brilló por su elocuencia. Al proclamarse la república ocupó varios cargos. Dimitió, marchó al extranjero y tras la Restauración borbónica regresó; entonces fue electo diputado en todas las legislaturas. Fundó el Partido Posibilista, perteneció a la Real Academia de la Lengua y publicó numerosas obras literarias, históricas, de política y de crítica y arte: 136. Véase Nf. en tomo 1.

CATEDRAL DE SAN PATRICIO. Se encuentra en la calle 50 y la Quinta Avenida de Nueva York. Su construcción comenzó en 1859, se completó en 1879 según los planos del arquitecto James Renovick. Entre 1882 y 1884 se le adicionaron la residencia arzobispal y la rectoría, y las agujas se comenzaron en 1885: 15, 28

CELLINI, BENVENUTO (1500-1571). Escultor, orfebre y grabador italiano. Trabajó en la corte de Francisco I de Francia y en Florencia. Escribió unas *Memorias* (1558-1562), donde cuenta los episodios de su agitada vida. Figuran entre sus obras *Perseo* (1548-1554), su creación maestra; *Ninfa de Fontainebleau* (1543-1544); *Busto de Cosme I* (1545-1548) y *Narciso* (1548): 304

CERVANTES Y SAAVEDRA, MIGUEL DE (1547-1616). Figura cumbre de las letras españolas. Su obra en verso consta de diez piezas teatrales, dos entremeses y otras composiciones. Su obra en prosa va desde la novela picaresca, la novela pastoril y sus *Novelas ejemplares*, hasta la clásica *Aventuras del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*: 19

CHALCHUAPA, BATALLA DE. Hecho de armas ocurrido el 2 de abril de 1885 en las cercanías de esa ciudad del departamento salvadoreño de Santa Ana. Fue el único encuentro de la guerra por la Unidad de Centroamérica, desatada por el presidente de Guatemala, Justo Rufino Barrios, cuya muerte en esa acción dio fin a la contienda: 93

CHASE, WILLIAM MERRITT (1849-1916). Pintor estadounidense. Estudió en la Academia Nacional de Diseño, en Nueva York, y en la Academia de Bellas Artes de Munich con Piloty, por lo que adquirió un método alemán. Regresó a Nueva York en 1878 y fue cambiando su estilo hacia la escuela francesa. Fundó la Chase School of Art en 1896, que más tarde se convirtió en la Escuela de Arte de Nueva York. Fue profesor en la Academia de Bellas Artes de Pensylvania (1896-1909) y en la Escuela de Arte de Brooklyn (1887 y 1891-1896). Pintó figuras, retratos y escenas de la vida. Entre sus cuadros se destacan *Ready for the Ride*, *The Apprentice*, *The Court Jester*, *American Fish*, *Flying Clouds*, *Portrait of an Artist*, *Portrait of Mrs. J.*, *Studio Interior*, *The Orangery* y *Portrait of Mrs. H.* Fue presidente de la Sociedad de Artistas Americanos (1885-1895) y académico desde 1890: 104

- CHANDLER, WILLIAM EATON (1835-1917). Político y abogado estadounidense. Graduado en Harvard en 1855. Ingresó a la legislatura de New Hampshire en 1862. Designado Secretario de Marina por el presidente Chester A. Arthur, ocupó el cargo entre 1882 y 1885. Al asumir la secretaría William C. Whitney, se detectó la participación escandalosa de Chandler en un fraudulento negocio de construcción de barcos. Entre 1887 y 1901 fue senador por New Hampshire: 224
- CHAPLIN, CHARLES JOSUAH (1825-1891). Pintor francés. Bajo Napoleón III fue contratado para decorar las Tullerías y el Elíseo, e incluso pintó muchos techos y decoraciones de paredes en edificios públicos y privados parisinos, así como varios retratos: 253
- CHATTANOOGA, BATALLA DE. Uno de los principales combates de la Guerra de Secesión estadounidense, que tuvo lugar entre los días 23 y 26 de noviembre de 1863, entre un ejército de la Unión, formado por unos 60 000 hombres a las órdenes del general Ulysses S. Grant, y una fuerza confederada, compuesta por unos 40 000 soldados, a las órdenes del general Braxton Bragg. Importante línea de suministro y de las comunicaciones, la toma de la ciudad de Chattanooga constituyó una victoria para la Unión que obligó a los confederados a evacuar Tennessee e hizo posible el posterior avance del ejército del general William T. Sherman en Georgia: 167, 170
- CHRISTIANCY, ISAAC PECKHAM (1812-1890). Editor y diplomático estadounidense. Fundador del Partido Republicano, defendió sus propósitos desde las páginas del *Monroe Commercial*. En 1875 fue elegido senador por el estado de Michigan y en 1879 fue designado embajador de Estados Unidos en Perú: 69
- CHURCHILL, RANDOLPH (1849-1895). Político y orador británico cuyo nombre era Randolph Henry Spencer Churchill. Fue elegido diputado de la Cámara de los Comunes en 1874 y se unió al Partido Conservador. En 1880, la derrota conservadora lo situó en un primer plano como líder del llamado *fourth party* (cuarto partido), pequeña asociación de independientes del Partido Conservador y del *tory* (liberal), que defendía un programa progresista conocido como «democracia *tory*». Cuando los conservadores volvieron al poder en 1885, pasó a ser secretario de Estado para la India. En 1886 ocupó la presidencia de la Cámara de los Comunes y el ministerio de Hacienda durante seis meses. Su hijo, Winston Churchill, ocupó el cargo de primer ministro durante y después de la II Guerra Mundial: 133
- CLARENDON HALL. Nombre del antiguo Masonic Hall, cuando en 1875 se inauguró el nuevo Masonic Temple. Estaba situado en la calle 13 Oeste, números 114 y 116, entre las Avenidas 3ª y 4ª en Nueva York. Fueron numerosos los actos allí celebrados a favor de la independencia de Cuba, entre ellos varias conmemoraciones del levantamiento de Demajagua. En 1886 José Martí se refería a él como «el salón de los desterrados y los pobres»: 322, 331
- CLAVÉ, PELEGRÍN (1810-1880). Pintor español. Sus dotes artísticas le valieron ser pensionado por la Cámara de Comercio Catalana para estudiar en Roma, lo que hizo en la Academia de San Lucas con el maestro Tomás Minardi. En 1845 fue contratado para dirigir las clases de pintura en la Academia de Bellas Artes de San Carlos de México, país al que llegó en 1847, con motivo de la reapertura

de dicha institución. Estableció la práctica del Dibujo al natural y el estudio de la anatomía, la perspectiva y el paisaje. Estimuló el tratamiento de temas bíblicos y de la historia antigua de México, así como la utilización de modelos vivos. Por gestión suya, viajaron a México varios pintores extranjeros para enseñar el tratamiento de diversos géneros pictóricos, entre ellos el paisajista italiano Eugenio Landesio. Su labor en México duró veintidós años. Como pintor, su obra más importante fue *Isabel de Portugal* (1855), y dejó numerosos retratos de damas y personajes de la alta burguesía mexicana. Su influencia tuvo resultados tan notables para el desarrollo de la pintura en México, que llegó a hablarse de una Escuela de Clavé, pues a través de sus discípulos infundió pujanza al movimiento pictórico del país, a la vez que consiguió crear un público de conocedores y de compradores de cuadros: 103

CLAY, HENRY (1777-1851). Político estadounidense. Fue senador y presidente de la Cámara de Representantes durante cuatro períodos consecutivos; Secretario de Estado en el gabinete de John Quincy Adams y líder de los republicanos nacionales, autor de un programa conocido con el nombre de «Sistema americano», que comprendía un vasto plan de obras públicas, la reforma del Banco y el establecimiento de una tarifa altamente proteccionista. Preconizó el reconocimiento de las repúblicas hispanoamericanas. Se manifestó partidario de la anexión de Texas. Por sus soluciones diplomáticas, especialmente en la campaña antiesclavista, se le llamó el Gran Pacificador. En varias ocasiones fue candidato a la presidencia: 124, 165, 197

CLEVELAND, STEPHEN GROVER (1837-1908). Abogado y político estadounidense. Presidente de Estados Unidos (1885-1889) y (1893-1897) por el Partido Demócrata. Antes había sido alcalde de Buffalo y gobernador del estado de Nueva York. Empezó una serie de reformas en contra de la corrupción político-administrativa que le granjeó incluso el rechazo de los propios demócratas. Único presidente en la historia de ese país que haya sido reelecto después de una derrota entre dos períodos presidenciales. José Martí se refirió elogiosamente a su primer mandato, sobre todo por la arremetida contra las prácticas corruptas, la negativa a entregar los empleos públicos únicamente a los miembros de su partido y la política de reconciliación nacional. En 1894 reprimió duramente la huelga y bloqueo ferroviario provocados por los empleados de la Compañía Pullmann, que protestaban contra los despidos y rebajas de salario. Envío tropas federales a Chicago para restablecer el orden y asegurar el paso de los trenes correo, defendiendo así la ley federal. Este hecho provocó una división interna del Partido Demócrata, entre los seguidores de Bryan y los demócratas de oro de Cleveland, lo que propició la victoria del republicano William McKinley en las elecciones de 1897: 21, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 47, 48, 49, 50, 51, 56, 57, 58, 71, 77, 78, 79, 87, 88, 89, 90, 91, 107, 108, 109, 110, 113, 114, 116, 117, 122, 123, 125, 126, 131, 134, 139, 142, 144, 145, 190, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223

CLEVELAND, ROSE ELIZABETH (1846-1918). Escritora norteamericana. Maestra y directora de instituciones escolares. Colaboró con su hermano, el presidente Cleveland, como huésped en la Casa Blanca hasta el matrimonio de este en

1886. Fue editora de la revista *Literary Life*, de Chicago. Publicó *George Eliot's Poetry and other studies* (1885) y la novela *The long run* (1886): 110, 123, 134
- CLUB DE LA PRENSA DE NUEVA YORK. Organización fraternal de reporteros de la prensa. Constituido en 1872 como el New York Journalistic Fraternity (Fraternidad Periodística de Nueva York). En 1874 adquirió este nombre (New York Press Club). Sus actividades incluían obras de caridad, banquetes y espectáculos: 136, 327
- COLD HARBOR, SEGUNDA BATALLA DE. Acción de armas durante la Guerra de Secesión, de Estados Unidos, ocurrida el 3 de junio de 1864 a orillas del río Chickahominy, en el estado de Virginia entre las tropas federales al mando del general Ulysses S. Grant y los confederados dirigidos por Robert E. Lee. Fue un triunfo de los federales, quienes sufrieron enormes pérdidas al realizar un ataque frontal: 158, 167, 200
- COLEGIO DE DARMOUTH. Centro de enseñanza situado en Hannover, New Hampshire, Estados Unidos, que abrió sus puertas en 1770 bajo la presidencia de Eleazer Wheelock. Debe su nombre al Conde de Darmouth, que fue uno de sus donantes. En 1816 cambió su nombre por el de Darmouth University hasta que en 1819 retoma su nombre original. Se creó como una institución para hombres con los departamentos clásicos siguientes: el de Medicina, fundado en 1798; el de Ciencias, establecido en 1851, que gradúa bachilleres en ciencias desde 1893; el de Ingeniería Civil, fundado en 1867; en 1900, se creó el de Administración y Finanzas: 140
- COLEGIO DE MÉDICOS Y CIRUJANOS DE LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA, NUEVA YORK. Sus antecedentes se remontan a 1767, cuando el King's College, hoy Universidad de Columbia, abrió una escuela de medicina. Entonces era la primera de Nueva York y la segunda de las Trece Colonias, antecedida por la que se fundara en Pennsylvania en 1765. Tres años después, el King's College graduaría el primer médico, Robert Tucker. Continuó formando médicos hasta 1776, en que hubo de cerrar sus puertas a causa de la ocupación de la ciudad por fuerzas británicas durante la Guerra de Independencia. Fue reabierto en 1784 como Columbia College, y en diciembre de ese año se reinstaló la facultad de medicina. En 1807 se fundó de manera independiente el Colegio de Médicos y Cirujanos. En 1811 el doctor Samuel Bard, decano de la escuela de Medicina de Columbia, fue nombrado presidente del Colegio de Médicos y Cirujanos. En 1814 se fundieron ambas instituciones, aunque el Colegio mantuvo cierta independencia hasta 1860, cuando se convirtió oficialmente en el Departamento de Medicina de la Universidad de Columbia. Sería completamente integrado en 1891. En 1911 fortalecería sus vínculos con el Hospital Presbiteriano de Nueva York, y sucesivamente con otras instituciones similares. En 1928, derivado de estos vínculos, abriría sus puertas el Centro Médico Presbiteriano de Columbia (Columbia-Presbyterian Medical Center). En 1997 se fundió con el Cornell University's New York Hospital y así se formaría el New York-Presbyterian Hospital: 16
- COLEGIO DE VASSAR. Escuela privada y mixta estadounidense situada en Poughkeepsie, estado de Nueva York. Constituida en 1861, fue fundada por

Matthew Vassar, cervecero y filántropo estadounidense, en un esfuerzo por ofrecer a las mujeres una formación en el campo de las letras igual a la que ofrecían las mejores facultades para hombres. Ofrece carreras de letras, lenguas extranjeras, ciencias naturales, humanidades y ciencias sociales, así como estudios preparatorios en medicina y derecho: 123

COLÓN, CRISTÓBAL (1451?-1506). Navegante genovés. *El Gran Almirante*, descubridor de América: 44

UN COLÓN SIN GLORIA. Libro de Edward P. Vining. Es un estudio dirigido a demostrar que los europeos no fueron los primeros descubridores de América: 135

CONGRESO. Estados Unidos. Según la Constitución lo forman los dos cuerpos legislativos: la Cámara de Representantes y el Senado: 14, 19, 20, 24, 26, 40, 43, 83, 108, 139, 140, 164, 174, 179, 207, 218, 221, 222, 227

CONGRESO DE LA UNIÓN. México. Según la Constitución de 1857, lo formaba un solo cuerpo: la Cámara de Diputados. Pero por la reforma constitucional de 1873, se agregó la Cámara de Senadores, constituida el 15 de septiembre de 1875. De acuerdo con la Constitución de 1857, eran dos los períodos ordinarios durante los cuales el Congreso celebraba sesiones cada año. El primero, del 16 de septiembre al 15 de diciembre; y el segundo, del 1ro de abril al 31 de mayo. En caso necesario, se ampliaban con carácter de períodos extraordinarios. A partir de la Constitución, de 1917, se redujo a un solo período ordinario de sesiones por año, del 1ro de septiembre al 31 de diciembre: 82, 83

CONKLING, ROSCOE (1829-1888). Político y abogado estadounidense. Tras cumplir tres períodos como representante en el Congreso fue elegido para el Senado en 1867, puesto que ocupó hasta 1881. Este mismo año resultó electo líder del Partido Republicano en el estado de Nueva York, debido a la influencia lograda mediante prácticas políticas corruptas, como la organización de un grupo de inescrupulosos activistas que se llamaban a sí mismos los *stalwarts*, uno de los cuales, Charles J. Guiteau, fue el asesino del presidente James A. Garfield. A su fallecimiento José Martí le dedicó una crónica titulada «Muerte de Roscoe Conkling», publicada en *La Nación* (Buenos Aires), el 19 de junio de 1888: 11, 21, 127

CONSEJO DE MARINA. ESTADOS UNIDOS. Institución subordinada al Departamento de Marina con el nombre de Junta General. Tiene funciones asesoras, no administrativas y está encargada de hacer recomendaciones como el número, tipo y características militares de las embarcaciones: 224, 225

CONSTITUCIÓN. Estados Unidos. Fue redactada y aprobada por cincuenta y cinco delegados a la convención Constitucional de Filadelfia en el verano de 1787 y ratificada por los estados en 1788. Establece el sistema republicano y define los poderes del Congreso bicameral (Cámara de Representantes y Senado) y del presidente, electos por votación popular a través de compromisarios de los estados, y de los Tribunales Federales, bajo el principio de que ninguno de esos poderes pueda controlar a los otros. También establece y limita la autoridad del gobierno federal sobre los estados y define las libertades de los ciudadanos. La versión original mantenía la esclavitud, abolida posteriormente. Hasta el

presente se le han hecho veintisiete modificaciones mediante un número igual de enmiendas: 45, 46, 53, 85, 87, 113, 164, 196

COOPER, PETER (1791-1883). Industrial, filántropo e inventor estadounidense.

En 1828 inauguró una gran fundición de hierro, y en 1830 salió de sus talleres la primera locomotora construida en América. Después estableció en Nueva York una fábrica de alambres de hierro laminado y levantó altos hornos en Pennsylvania. En 1845 construyó los primeros puntales para puentes. Para difundir la instrucción entre las clases obreras, erigió y costeoó la institución docente llamada, en su honor, *Cooper Union* (1854-1859). Figuró entre los propulsores del telégrafo trasatlántico. En 1876 fue candidato a la presidencia de Estados Unidos. Publicó: *The Political Financial Opinions of Peter Cooper, with an Autobiography of his Early Life* (1877), e *Ideas for a Science of Good Government, in Adresses, Letters and Articles on a Strictly National Currency, Tariff and Civil Service* (1883), recopilación de sus discursos. A su muerte, José Martí le dedicó una conmovedora semblanza, publicada en *La Nación* (Buenos Aires), el 3 de junio de 1883, en la que dice de él: «Amó, fundó, consoló. Practicó el Evangelio humano»: 100. Véase Nf. en tomo 9.

COPPÉE, FRANÇOIS (1842-1908). Poeta y autor dramático francés cuyo nombre completo era François Édouard Joachim Coppée. Considerado figura eminente de la literatura francesa y el versificador más popular de su época. Luego de publicar varios poemarios, escribió para el teatro y estrenó la comedia *El transeúnte* (1869). Su más famoso libro de poemas fue *Los humildes* (1872). Su producción abarcó diversos géneros: 103, 243

CORDAY D'ARMANS, MARIANA CARLOTA DE (1768-1793). Joven francesa que durante la Revolución apuñaló a Jean-Paul Marat para vengar a los girondinos, acusados y perseguidos por este. Fue guillotinado en París: 35

CORDERO, JUAN (1824-1884). Pintor mexicano. Fue alumno de la Academia de San Carlos y estudió también en Roma, donde en 1847 pintó el *Retrato de los escultores Pérez y Valero*, notable por la introducción de tipos mexicanos en la pintura clasicista. Entre sus obras más célebres figuran *Colón ante los Reyes Católicos*, *El Redentor y la mujer adúltera*, murales de tema religioso; y el mural alegórico-filosófico *Triunfo de la ciencia y el trabajo sobre la envidia y la ignorancia*, de inspiración positivista, pintado para la Escuela Preparatoria, dirigida por Gabino Barreda: 103

CORNELL, EZRA (1807-1874). Capitalista y filántropo estadounidense. Recibió escasa instrucción en sus primeros años, y se mantuvo vinculado a la vida rural mientras ayudaba a su padre en la granja y recibía clases en una escuela distrital. Posteriormente se interesó por los adelantos técnicos de la telegrafía y se propuso establecer una línea telegráfica entre Baltimore y Washington. Inventó una máquina para colocar las líneas bajo tierra y fue encargado de ello. Este método fracasó pero no dejó de trabajar en este sentido, por lo que llegó a ser uno de los fundadores de la Western Union Telegraph Company en 1855. Acumuló una gran fortuna, gran parte de la cual dedicó a obras de beneficio social. Es más conocido como fundador de la Universidad de Cornell. Inauguró, además, una biblioteca pública en Ithaca, Nueva York: 100, 122

COX, SAMUEL SULLIVAN (1824-1889). Político y escritor estadounidense. Congresista demócrata en 1857-65, 1869-85 y 1886-89, se le llamaba «El amigo de los carteros», por su proyecto de ley para mejorar las condiciones de trabajo de los mismos. Ellos le erigieron una estatua en Astor Place, Nueva York: 22, 72

EL CUERVO. Poema de Edgar Allan Poe traducido por José Martí (Véase esta traducción en el tomo 21, pp. 468-469): 246

CUMMINGS, AMOS JAY (1841-1902). Congresista y periodista estadounidense. De tradición familiar editorial (abuelo y padre), antes de la Guerra de Secesión devino subalterno en *The New York Tribune*. Sirvió en la guerra entre 1861-63. Fue editor del *Weekly Tribune*, del *The Sun*, del *New York Express* y presidente del Club de la Prensa de Nueva York durante dos años. Publicó el *Evening Sun* cuyas tiradas elevó a cien mil ejemplares en poco tiempo. Autor de una serie de cartas para *The Sun*, escritas desde la Florida y California, fueron muy famosas. Ganó reputación nacional como corresponsal de publicaciones periódicas y como congresista: 136

—D—

DANA, CHARLES ANDERSON (1819-1897). Periodista y editor estadounidense. Llegó a ser secretario asistente de guerra entre 1863 y 1865. Comenzó su carrera periodística en el *Harbinger*. Fue editor de varias publicaciones: en 1846, *Daily Chronotype*, de Boston; entre 1847 y 1867, *The New York Tribune*, del que más tarde fue corresponsal en Europa y accionista; y en 1868, *The Sun*, del que fue, además, propietario jefe hasta su muerte. Proyectó y coeditó *Appleton's New American Cyclopaedia* con George Ripley. Entre sus títulos publicados están *Life of Ulysses S. Grant* (1868), *The Art of Newspaper Making* (1895), *Lincoln and his Cabinet* (1896) y *Recollections of the Civil War* (1898): 172. Véase Nf. en tomo 9.

DAVIS, JEFFERSON (1808-1889). Militar y político estadounidense. Presidente de los Estados Confederados desde 1861 a 1865, durante la Guerra de Secesión. Fue miembro de la Cámara de Representantes, participante en la guerra contra México, senador por Mississippi, y Secretario de la Guerra en el Gabinete de Franklin Pierce. Se opuso a la secesión en un principio, pero dimitió como senador cuando su estado abandonó la Unión. Huyó de Richmond, sede del gobierno, ante la inminencia de la derrota sudista. Capturado en Irwinville (Georgia), guardó prisión desde 1865 a 1867 en la fortaleza de Monroe, Virginia. Acusado de traición en 1866, fue puesto en libertad al año siguiente por una fianza de 100 000 dólares puesta por Horace Greeley y otros influyentes nortños. En 1868 se le retiró la acusación por el gobierno federal. Escribió *Nacimiento y caída del gobierno confederado* (1881): 48, 165, 175, 198, 204

DECORATION DAY. Llamado también *Memorial Day*, es un día feriado en Estados Unidos para recordar a los caídos en las diferentes guerras de la nación mediante la decoración de sus tumbas con adornos florales. Se celebra el 30 de mayo: 122

EL DELINCUENTE HONRADO. Pieza teatral de Gaspar Melchor de Jovellanos: 262

- DEMOCRACIA DEL CONDADO. Organización fundada en 1810 y continuada hasta los 90, representó un movimiento por una «mejor ciudadanía» iniciada en la ciudad y condado de Nueva York con el objetivo de reformar el Partido Demócrata y así disminuir el poder de Tammany Hall: 47, 144
- DÍAZ, PORFIRIO (1830-1915). Político y militar mexicano. Participó en la guerra contra Estados Unidos (1847), se opuso a Antonio López de Santa-Anna, luchó en las filas liberales y contra la invasión francesa, cuando se distinguió en la defensa de la ciudad de Puebla. Dirigió el sitio de Ciudad de México, cuya toma dio fin al gobierno del Imperio. Opuesto a la reelección de Sebastián Lerdo de Tejada en 1876, firmó el Plan de Tuxtepec y encabezó la rebelión contra el presidente. Triunfantes sus armas, instauró su mandato hasta su muerte, conocido como el porfiriato. La revolución de 1910 le hizo abandonar el poder para establecerse en París: 148, 149
- DÍOS: 19, 47, 107, 131, 167, 175, 200, 244, 267
- DON MANUEL DEL VALLE. Personaje de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 232, 254, 255, 256, 259, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 273, 282
- DON MARIANO. Personaje de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 297
- DOÑA ANDREA. Personaje de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 232, 255, 259, 260, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 273, 276, 282, 286, 287, 289, 292, 293
- DORÉ, GUSTAVE (1832-1883). Pintor y dibujante francés. Su nombre completo era Louis Christophe Paul Gustave. Durante 1848 comenzó a adquirir renombre con sus dibujos para el *Journal pour rire*, de París. Ilustró importantes obras de la literatura mundial publicadas en su época: *Don Quijote*, *La divina comedia*, *la Biblia*, *El Paraíso perdido*, *Los cuentos de Perrault* y las obras de Rabelais. Se dedicó también a la escultura y a la pintura, pero la mayor fama la alcanzó con sus dibujos, que demuestran sus dotes de fantasía, originalidad, fuerza narrativa y humanismo: 246
- DOUGLASS, ORLANDO BENAJAH. Médico personal de Ulysses S. Grant: 97
- DOUGLASS, FREDERICK (1817-1895). Profesor, periodista y político estadounidense. Hijo de madre esclava negra y, por tanto, esclavo también de nacimiento. Autodidacto, se destacó por su talento como orador y su participación en la Sociedad Antiesclavista. En 1854 publicó su primera *Autobiografía*, (ampliada y reeditada en 1882 bajo el título de *Life and Times of F. Douglass*), que devino suceso literario en Gran Bretaña, donde él se encontraba cuando le fue concedida la libertad. En 1870 funda el periódico *The New National Era*. En 1871 fue designado secretario para la Comisión de Santo Domingo. Llegó a ser embajador de Estados Unidos de América para Haití, en 1889. José Martí se refirió a este hecho en su crónica para *La Nación*, del 30 de octubre de 1889, en la que expone la verdad sobre la demagógica actuación de los republicanos en este asunto, y critica la fingida ignorancia de Douglass al respecto, cuando señala que «ha alquilado la vejez»: 108, 136
- DUDLEY, ISEULT (¿1861?-?). Enfermera inglesa, radicada en Estados Unidos. En 1885 atentó contra la vida de Jeremiah O'Donovan Rossa, conocido feniano, por considerarlo enemigo de su patria. Condenada a prisión, su caso suscitó una intensa polémica en la prensa de la época: 27, 35, 36, 37, 134

EDMUNDS, GEORGE FRANKLIN (1828-1919). Abogado y político estadounidense. Comenzó a ejercer el derecho en 1849. En 1866, fue elegido miembro del Senado de Estados Unidos hasta 1891. Miembro de la Comisión Electoral en 1877, y autor de la ley que lleva su nombre (22 de marzo de 1882) que estipulaba la supresión de la poligamia en el estado de Utah y la privación de los derechos civiles de cualquier persona convicta por practicarla. Creador de la Ley Anti-Trust de 1890. Fue temporalmente presidente del Senado bajo la presidencia de Arthur y elegido presidente de la Comisión Monetaria en 1897. Después de su retiro, se reincorporó al ejercicio de su profesión: 11, 19, 21, 44, 93, 127

ENDICOTT, WILLIAM CROWNINSHIELD (1826-1900). Abogado estadounidense. Descendiente de John Endicott, el gobernador puritano de Massachusetts. Graduado en Harvard en 1847; sirvió como juez de la Suprema Corte Estatal (1873-1882). Gobernador demócrata por Massachusetts en 1884, fue designado Secretario de la Guerra en 1885 en el gabinete del presidente Cleveland: 38, 51, 143

ENRIQUILLO (¿-?). Cacique de la provincia de Barohuco, La Española. Educado en el monasterio franciscano de Jaragua, en la religión católica y la lengua española, trató de encontrar justicia en el gobernador Vadillo, que no lo apoyó. Se sublevó en 1519 contra su señor, el español Valenzuela, y fue secundado por otros líderes indígenas. Depuso las armas en 1533, luego de un acuerdo logrado con la mediación de Fray Bartolomé de las Casas y el compromiso escrito de Carlos I de España de garantizar la libertad de los sublevados y concederles una porción de territorio para que vivieran autónomamente: 104

ESTATUA DE CRISTÓBAL COLÓN EN WASHINGTON, D.C. Se halla situada en la fachada de frente o del Este del Capitolio. Esta fachada se halla precedida de tres pórticos, siendo el de acceso el del centro. A la derecha se ve un grupo alegórico de mármol por Horatio Greenough representando la *Colonización de América* y a la izquierda su *Descubrimiento*, con una figura de Colón por Pérsico: 44

ESTATUA DE GEORGE WASHINGTON EN WASHINGTON, D. C. Está ubicada en la puerta del lado Sur del Capitolio que da acceso a la antigua Sala de Sesiones del Congreso, hoy destinada a la galería Nacional de Estatuaria. Fue modelada por el escultor francés Jean Antoine Houdon: 42

ESTERHAZY PAUL OSCAR; CONDE DE (1831-1912). Nacido en Hungría, su verdadero nombre era Johannes Packh. Alrededor de 1868 se radicó en Nueva York haciéndose llamar conde de Esterhazy. A partir de 1885 se ocupó del traslado de emigrantes húngaros desde Estados Unidos primero y después desde la misma Hungría hasta Canadá, donde fundó la colonia de Esterhazy en la provincia canadiense de Saskatchewan: 155

ESTRÁZULAS Y CARVALHO, ENRIQUE MARIO (1848-1905). Médico, pintor y diplomático uruguayo. Cursó la carrera de medicina en la Universidad de Pennsylvania, Filadelfia. Desde 1874 hasta 1883, se radicó en Montevideo y trabajó como médico y cirujano de niños. Contribuyó a introducir en su país la gran cirugía de la época. Fue nombrado Cónsul General de Uruguay en Nueva York.

Durante su permanencia en Estados Unidos, conoció a José Martí, y surgió entre ellos una estrecha amistad. A instancias suyas, Martí lo sustituyó en el consulado en 1887. Desde esa fecha hasta 1893, residió en París, y cultivó la pintura. En 1893 volvió a Montevideo, donde permaneció hasta su muerte: 313. Véase Nf. en tomo 17.

EVA. La primera mujer, según la *Biblia*: 106

EVENING TELEGRAM. Periódico de Nueva York editado entre 1867 y 1931. Continuado por *The New York World-Telegram*, que apareció entre 1925 y 1931: 151

«EXCELSIOR». Poema del escritor estadounidense Henry W. Longfellow. Su tema, de inspiración romántica, alude al sacrificio de los sentimientos e intereses personales en aras del cumplimiento del deber. José Martí lo menciona en su novela *Lucía Jerez* y en las semblanzas que dedicara al autor con motivo de su agonía y muerte, aparecidas en *La Opinión Nacional* (Caracas), el 22 de marzo y el 11 de abril de 1882. Véanse ambas en el tomo 9, pp. 277-280 y 291-294, respectivamente: 278

—F—

FAUSTO. Ópera de Charles François Gounod, estrenada en 1859. Basada en el poema homónimo de Johann Wolfgang Goethe: 47

LA FAVORITA. Ópera del compositor italiano Gaetano Donizetti, estrenada en 1840: 248

FELIPE II (1527-1598). Rey de España. Hijo de Carlos I de España y V de Alemania, y de Isabel de Portugal. Ocupó el trono en 1556, tras la abdicación de su padre. Mantuvo como misión capital la defensa del catolicismo en España y de la unidad real de ese país. Luchó contra los franceses hasta el cierre ventajoso con el Tratado de Chateau-Cambrésis (1559). En 1558, se enfrentó a Isabel de Inglaterra, enviando la legendaria Armada Invencible, la cual fue derrotada. Impulsó la construcción del monasterio El Escorial. Gobernó en la época de mayor extensión y poderío del imperio español: 256

FERRÁN Y CLÚA, JAIME (1852-1929). Médico español. Graduado en Barcelona en 1873, fue además, oftalmólogo, bacteriólogo y electroterapeuta. Probó en sí mismo y en sus allegados la vacuna contra el cólera, que extendió masivamente por España. Introdujo una vacuna antirrábica. Publicó numerosos trabajos, entre los que sobresalen *Etiología del paludismo* (1883), *Memoria sobre el parasitismo bacteriano* (1884) y *Memoria sobre la vacunación contra el cólera* (1887): 137

FERNÁNDEZ, PRÓSPERO (1834-1885). Presidente de Costa Rica desde julio de 1882 hasta su muerte. A pesar de su delicada salud, se puso al frente de sus tropas en su calidad de general para repeler el ataque de las fuerzas guatemaltecas comandadas por Justo Rufino Barrios. Falleció en la villa de San Mateo mientras se encontraba en campaña: 41

FISH, JAMES D. Hombre de negocios estadounidense. Presidente del Banco de Marina. Condenado a diez años de prisión por manipular fraudulentamente las cuentas de dicho banco, vinculado al escándalo de la Compañía de Grant & Ward: 80, 81, 83, 134, 142, 143

- FIVE FORKS, BATALLA DE. Combate de la Guerra de Secesión estadounidense ocurrido el 1ro de abril de 1865, entre las fuerzas de la Unión dirigidas por el general Phillip H. Sheridan y los confederados, comandados por George E. Pickett y Fitzhugh Lee. Fue uno de los combates decisivos de la contienda, y se le conoce como el Waterloo de los confederados, quienes tuvieron cerca de cinco mil prisioneros cuyas bajas totales aun son desconocidas. Los federales tuvieron solo ochocientos treinta bajas entre muertos y heridos: 176, 204
- FLOR DE MAYO O MAYFLOWER. Nombre del navío de 180 toneladas en el cual arribaron a Nueva Inglaterra los primeros colonos británicos, el 21 de noviembre de 1620. Había zarpado de Southampton, Inglaterra, el 15 de agosto de ese año: 122
- FLORIPOND. Personaje referido en la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 264
- FLORES VIVAS. Nombre de un cuadro pintado por Ana, personaje de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 253
- FLOYD, JOHN BUCHANAN (1806-1863). Abogado y político estadounidense: 166, 199
- FOLGER, CHARLES JAMES (1878-1884). Jurista estadounidense. Perteneció al Senado estatal desde 1861 hasta 1869. Fue Secretario del Tesoro de Estados Unidos de 1881 a 1884 bajo la presidencia de Arthur. En noviembre de 1882 logró ser el candidato a gobernador de Nueva York por el Partido Republicano, pero lo derrotó Stephen G. Cleveland. Según sus contemporáneos tomó el asunto tan seriamente que su salud se afectó y murió dos años más tarde: 127
- FORT DONELSON, BATALLA DE. Hecho de armas de la Guerra de Secesión estadounidense ocurrida entre el 13 y el 16 de febrero de 1862, en Tennessee, entre las fuerzas de la Unión, comandadas por el general Ulysses S. Grant, y los confederados, por el general Simon B. Buckner. Estos se rindieron con cincuenta y siete cañones, catorce mil quinientos hombres y una inmensa cantidad de provisiones y municiones de guerra: 157, 169, 201, 202, 220
- FORT HENRY, BATALLA DE. Acción armada de la Guerra de Secesión estadounidense ocurrida el 6 de febrero de 1862 en Tennessee, entre los ejércitos de la Unión comandados por el comodoro Andrew H. Foote y los confederados, al mando del general Lloyd Tilghman. Fue una victoria de las tropas federales: 169, 170, 201, 202
- FORTUNY I MARSAL, MARIANO (1838-1874). Pintor aguafuertista español. Desde pequeño mostró dotes para la plástica y estudió en la Academia de Bellas Artes de Barcelona, con Lorenzale y con Milá. Pensionado en Roma durante 1858, profundizó en el estudio de tipos populares de la campiña romana. Viajó a Marruecos en 1859 con el objetivo de pintar un gran cuadro de circunstancia, luego llamado *La batalla de Tetuán*. Este viaje colmó de motivos al artista, que allí bosquejó *La batalla de Was-Rad*. Plasmó en sus óleos y acuarelas un cromatismo por el que se le considera preimpresionista. Entre sus obras más notables figuran *Odalisca*, *Fantasia árabe*, *La playa de Pórtici*, *Niños en un salón japonés*, *Corriendo la pólvora*, *La elección de modelo* y *La vicaría*, considerada su obra maestra por lo perfecto de la composición, tipo y colorido. José Martí le dedicó dos textos al pintor. Uno publicado en *The Hour* (Nueva York), el 20 de marzo de 1880 y otro en *The Sun* (Nueva York), el 27 de marzo de 1881. Véanse en el

tomo 7 (pp. 48, 50 y 380, 393 respectivamente), de esta edición, ambos trabajos y sus traducciones: 104, 245

FOSTER, JOHN WATSON (1836-1917). Político y diplomático estadounidense. Entre 1873 y 1880 fue embajador en México, después en Rusia, por un breve tiempo, y, entre 1883 y 1885, en España. Negoció tratados con las Indias Británicas Occidentales, España, y Alemania. Devino ministro de Asuntos Exteriores en 1892. Negoció la anexión de las islas Hawaii, participó en el arbitraje del Mar de Bering y tomó parte en las negociaciones con las que concluyó la Guerra Chino-Japonesa en 1895. Fue miembro de la Comisión Anglo-Canadiense y agente del tribunal que establecía los límites de Alaska: 92

FRANCISCO I. Protagonista del drama *Le roi s'amuse*, de Victor Hugo, inspirado en ese rey de Francia (1515 y 1547): 243

FRANKLIN, BENJAMIN (1706-1790). Científico y político estadounidense, considerado uno de los padres fundadores de la nación. Comenzó en el oficio de impresor y fundó en Filadelfia la *Pennsylvania Gazette*. Creó la biblioteca de esa ciudad y la *American Philosophical Society* en 1744, al igual que un colegio que luego pasaría a ser la Universidad de Pensilvania. Electo al Congreso continental de 1775, fue uno de los firmantes de la Declaración de Independencia de Estados Unidos en 1776. Representó a su país en París, y en 1785 fue electo presidente del Consejo Supremo de Pensilvania. Fue miembro de la Convención Constituyente de Estados Unidos. Sus escritos más conocidos son *Busybody* y su incompleta *Autobiografía*, aunque escribió numerosos textos acerca de temas políticos, sobre abolicionismo, finanzas, economía y ciencias: 67

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS. Cuadro del pintor mexicano Félix Parra, realizado en 1875 y elogiado por José Martí en varias ocasiones: 103

FUERTE SUMTER. Escenario de la primera batalla de la Guerra de Secesión estadounidense. El 12 de abril de 1861, la artillería confederada bombardeó este fuerte, en el puerto de Charleston: 165, 198

—G—

GARCÍA CALDERÓN, FRANCISCO (1834-1905). Político y jurisconsulto peruano. Profesor de Matemáticas, Filosofía y Derecho. Presidió el Congreso constituyente y fue luego Ministro de Hacienda (1868). Al ser ocupada Lima por las fuerzas chilenas durante la Guerra del Pacífico, el presidente de Chile, Aníbal Pinto, instrumentó la creación de un gobierno civil en Perú para desautorizar a Nicolás de Piérola, presidente de facto. Se crearon entonces las Juntas de Notables, que eligieron presidente a Francisco García Calderón. Autorizado por un congreso reunido en Chorrillos a suscribir un tratado de paz, fue encarcelado por los chilenos y confinado en ese país al ser rechazado el contenido del documento por los invasores. Retornó a Lima en 1886 y presidió el Senado. Publicó *Diccionario de Legislación peruana y Memorias del cautiverio*: 23

GARCÍA PARRA, DOLORES, LOLA (¿-1924). Esposa de Manuel A. Mercado, de cuyo matrimonio nacieron ocho hijos: Manuel, Luisa, Dolores, Gustavo, Alfonso, Alicia, Ernesto y Raúl quien murió pequeño: 319, 323, 326

- GARFIELD, JAMES ABRAM (1831-1881). Militar y político estadounidense. Profesor y abogado, llegó a mayor general durante la Guerra de Secesión al frente de los voluntarios de Ohio, su estado natal. Miembro del Congreso desde 1862, fue electo presidente del país en 1880 por el Partido Republicano. Murió a los 79 días de haber ocupado el cargo, a causa de un atentado que le hiciera el 2 de julio de 1881, Charles Jules Guiteau. Véanse, en el tomo 9 de esta edición, las crónicas escritas por José Martí y publicadas en *La Opinión Nacional*, sobre la vida, la obra, el juicio al asesino, la muerte y los funerales de este presidente: 11, 20, 40, 56, 57, 63, 64, 127, 183, 212, 225
- GARLAND, AUGUSTUS HILL (1832-1899). Abogado estadounidense. Se opuso a la secesión en un inicio, pero fue después elegido para el Senado Confederado, donde prestó servicios hasta el final de la Guerra. En 1874 fue electo gobernador bajo la nueva constitución de Arkansas, y, en 1885, devino ministro de Justicia en el gabinete del presidente Cleveland: 38, 43, 48, 50
- GARRISON, WILLIAM LLOYD (1805-1879). Periodista y reformador estadounidense. Publicó el periódico *The Liberator* (1831-1865), y luchó por la abolición inmediata de la esclavitud, lo que le valió ser vapuleado por una turba en Boston, en 1835. En 1833 ayudó a fundar la American Anti-Slavery Society. Opuesto a los que propugnaban la salvación de la Unión por encima de todo, proclamó su lema «Ninguna Unión con los esclavistas»: 163, 195, 196
- GEORGE ELIOT'S POETRY AND OTHER STUDIES. Libro de ensayos de Rose E. Cleveland, publicado en Nueva York por Funk Wagnall, en 1885: 121
- GETTYSBURG, BATALLA DE. Tuvo lugar entre el 1.º y el 3 de julio de 1863, al suroeste de Harrisburg, Pennsylvania. Fue una victoria del ejército de la Unión, comandado por George G. Meade frente a los confederados a las órdenes de Robert E. Lee. Generalmente se le considera el punto de viraje de la Guerra de Secesión estadounidense, a la par que una de las más sangrientas batallas de esa contienda, con alrededor de 50 000 bajas de ambos bandos: 199
- GUERRA DEL PACÍFICO: 23, 64. Véase Nf.
- GIFFORD, SWAIN (1840-1905). Pintor estadounidense. Estudió con Albert Van Beest en Rotterdam, Holanda. Es conocido como pintor de paisajes y escenas marinas *The Rock of Gibraltar*, *A Lazy Day in Egypt*, *Near the Coast*, y *Ocean and Sand Dunes*, entre otras obras: 104
- GIL, JERÓNIMO ANTONIO (1732-1798). Grabador español. Nació y estudió pintura, dibujo y grabado en España. En 1778, por Real Despacho, se le encargó fundar una escuela de grabadores en la Nueva España. En 1781 la inauguró en la Casa de la Moneda y más tarde, en 1783, quedó incorporada a la Real Academia de San Carlos, de la cual fue director. Aparte de su labor docente, grabó buen número de medallas para diversas instituciones; estas y las láminas que buriló, muestran el más puro gusto académico: 102
- GOETHE, JOHANN WOLFGANG, VON (1749-1832). Poeta, prosista y dramaturgo alemán. Se destacan sus obras dramáticas *Clavijo*, *Ifigenia en Taúride*, *Egmont*, y *Torcuato Tasso*; y entre sus novelas *Las afinidades electivas*, *Los sufrimientos del joven Werther*, y *Wilhelm Meister*. El poema filosófico *Fausto* fue su libro más ambicioso y relevante. También escribió tratados científicos como *Metamorfosis de las plantas*, y *Teoría de los colores*: 246, 305

GONZÁLEZ FLORES, MANUEL DEL REFUGIO (1833-1893). Militar y político mexicano. Combatió en el territorio de Texas contra la invasión de Estados Unidos (1846-48) y más tarde frente a las tropas francesas que apoyaban al emperador Maximiliano I (1864-68). Diputado, gobernador del estado de Michoacán y Secretario de Guerra y Marina, al finalizar el primer mandato del presidente Porfirio Díaz (1877-80) resultó Presidente de la República para el período 1880-84. Durante su gobierno, envuelto en algunos disturbios, se impulsaron las comunicaciones telegráficas y por ferrocarril, y se fundó el Banco Nacional. Al finalizar su mandato fue gobernador del estado de Guanajuato, cargo en el que permaneció hasta su muerte: 148, 149

GOULD, JASON (1836-1892). Financiero estadounidense. Conocido por Jay Gould. A fines de 1852 invirtió en el entonces naciente negocio de los ferrocarriles y llegó a ser dueño de gran parte de las empresas ferroviarias de país. En 1869, en una peligrosa operación, intentó dominar el mercado del oro, lo que provocó un descenso en el precio de este y uno de los mayores pánicos en la historia financiera de Estados Unidos, además de ser el primer escándalo por corrupción en la administración del presidente Ulysses Grant. Entre 1879 y 1883, fue propietario del periódico *New York World*. La forma en que adquirió sus enormes riquezas, le ganaron reputación de persona inescrupulosa y se le consideró uno de los principales «barones ladrones» de la época: 15

GOUPIL, ADOLPHE (1806-1893). Fundó en la plaza de la Nueva Ópera de París un negocio de obras artísticas que luego amplió, convirtiéndolo en empresa editorial, sobre todo de obras de arte y grabados. Más tarde empleó procedimientos especiales de reproducción, como el fotograbado y la policromía: 245

GOYA Y LUCIENTES, FRANCISCO DE (1746-1828). Pintor español. Considerado uno de los grandes artistas de todos los tiempos. Entre sus obras pueden mencionarse los retratos *Condesa de Chinchón* (1800), *La familia de Carlos IV* (1800), *La familia del duque de Osuna* (1816); los frescos *Casa de locos*, *La maja vestida*, posterior a *La maja desnuda* —cuadro antológico en la historia de la pintura europea—; *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid* (también llamada *La carga de los mamelucos en la Puerta del Sol*), y *El tres de mayo de 1808 en Madrid* (*Los fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío* o *Los fusilamientos del tres de mayo*) (1814). Se destacan además la serie de grabados denominada *Los desastres de la guerra* (1810-1820), *La Tauromaquia* (1816) y *Los disparates*, los aguafuertes y las composiciones históricas. Una fase importante dentro de su actividad creadora la constituye su serie de lienzos para la Real Manufactura de Tapices, de la que fue nombrado pintor en 1786. Cultivó aquí asuntos netamente españoles, sin dejarse influir por modas de sus similares franceses o flamencos. Uno de sus tapices más famosos es *La gallina ciega*. José Martí, en sus Cuadernos de apuntes, durante su segunda deportación a España, en 1879, anotó admiradas impresiones ante los cuadros del pintor, a quien consideró una de las cumbres del arte universal: 15, 263

GRACO, CAYO SEMPRONIO (154-121 a.n.e). Tribuno y orador romano, hermano de Tiberio Sempronio. Dotado de más fogosa elocuencia que su hermano, cuya muerte quiso vengar. Empezó una reforma total del régimen, en la que coordinó los intereses de los diferentes grupos opuestos a la nobleza. Desde

su cargo de Triunviro, asumido en 133, aumentó la cuantía de las asignaciones y creó con ello una clase campesina acomodada. En 122 propuso que se concediese a los latinos el derecho de ciudadanía, y a los restantes aliados el *ires latii* (derecho latino). Pero los nobles excitaron el egoísmo de la plebe, que no deseaba compartir sus privilegios, y utilizaron contra él a Druso, su colega en el Tribunal. Su popularidad declinó, y al presentar por tercera vez su candidatura para magistrado no fue reelegido. En 121 se entabló una batalla en el Aventino entre sus partidarios y las tropas de su enemigo, el cónsul Lucio Opimio. Acorralado por sus contrincantes, optó por suicidarse, y las leyes de los Gracos fueron paulatinamente abolidas: 33

GRACO, TIBERIO SEMPRONIO (162-133 a.n.e.). Tribuno y orador romano. Fue educado por su madre, Cornelia, y contó con los mejores maestros griegos, quienes le inculcaron la necesidad de reformar la sociedad en favor del pueblo. En 137 abandonó la carrera militar y se dedicó a la política. Se le nombró Tribuno en 134. Intentó poner freno a la avaricia de la aristocracia romana, dueña de la mayor parte de las tierras conquistadas al enemigo, proponiendo las leyes agrarias. Pero los nobles sobornaron al otro tribuno de la plebe, Octavio, quien ejerció el veto en 133. Esta oposición hizo que cometiera dos ilegalidades: conseguir que la plebe depusiera a Octavio y solicitar su propia elección. Con ello hubo de aprobarse las leyes de Graco, pero fue desautorizado por los nobles moderados y la plebe lo abandonó. Fue asesinado en un motín junto a trescientos de sus partidarios y su cadáver arrojado al Tíber: 33

GRANT, ELIZABETH (1860- 1945). Esposa de Jesse R. Grant uno de los hijos de Ulysses S. Grant. Procedía de una destacada familia de San Francisco. Su padre, William Chapman, fue el fundador de la Academia de Ciencias de California. Tuvieron dos hijos, Chapman y Nellie Grant. Se divorciaron en 1918: 190

GRANT, FANNIE JOSEPHINE (1857-1909). Su padre fue Jerome B. Chafee, senador de Estados Unidos por Colorado. Esposa de Ulysses S. Grant, Jr., con quien se casó en 1880 y tuvo cinco hijos): 190

GRANT, FREDERICK DENT (1850-1912). Militar estadounidense. Hijo mayor del general Grant. Acompañó a su padre en varias batallas de la Guerra de Secesión y fue herido en Vicksburg. Graduado en la Academia Militar de Estados Unidos en 1871, participó como ayuda de campo de Sheridan en las últimas campañas contra los aborígenes. Se retiró del ejército en 1881 con grados de coronel. Fue embajador de Estados Unidos en Austria entre 1888 y 1893 y comisionado de Policía de Nueva York de 1894 a 1897. Cuando estalló la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana asumió el mando del 144 Regimiento de Voluntarios de Nueva York. Más tarde fue ascendido a brigadier general y sirvió en Puerto Rico y Filipinas. Fue ascendido a mayor general en 1906: 80, 97, 134

GRANT, HANNAH SIMPSON. Madre de Ulysses S. Grant: 157

GRANT, IDA MARIE (1854- 1930). Hija de Henry Hamilton Honoré, hombre de gran fortuna radicado en Chicago. Esposa de Frederick D. Grant, uno de los hijos de Ulysses S. Grant. Se casaron en Chicago y tuvieron dos hijos, Julia Dent Grant (1876) y Ulysses III (1881): 190

- GRANT, JESSE D. (1858-1934). Hijo menor de Ulysses S. Grant. Acompañó a sus padres en el viaje que realizaron alrededor del mundo. Estudió Ingeniería en la Universidad de Cornell y Leyes en la Universidad de Columbia. Fue nominado a la presidencia por el Partido Demócrata en 1925. Publicó el libro *In the Days of My Father, General Grant*, en 1925: 80, 97, 134
- GRANT, JESSE R. Granjero estadounidense. Padre de Ulysses S. Grant: 192
- GRANT, JULIA T. (1826-1902). Dama estadounidense, nacida como Julia T. Dent. Esposa de Ulysses S. Grant. Se casaron en 1848, después de concluida la guerra con México. De su unión nacieron cuatro hijos. Ya anciana escribió unas memorias que se publicaron en 1975: 17, 83, 160, 220
- GRANT, SAMUEL SIMPSON (1825-1861). Hermano de Ulises S. Grant: 160
- GRANT, ULYSSES SIMPSON (1822-1885). Militar y político estadounidense. General en jefe de los ejércitos del Norte durante la Guerra de Secesión, recibió la rendición de los confederados en Appomatox. Fue electo presidente de Estados Unidos por el Partido Republicano en 1868 y reelegido en 1872. Su gobierno se caracterizó por un impetuoso desarrollo económico y la reconstrucción de los desastres de la guerra, así como por grandes escándalos de corrupción financiera. José Martí escribió sobre Grant unos textos considerados piezas maestras de sus análisis sobre los hombres y las épocas, que fueron publicados por *La Nación* (Buenos Aires), el 2 y el 13 de junio y el 20 y 27 de septiembre de 1885: 11, 17, 18, 22, 38, 39, 40, 57, 80, 81, 82, 84, 95, 96, 122, 134, 142, 148, 151, 152, 153, 156, 157, 159, 160, 161, 162, 163, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 175, 176, 177, 181, 182, 183, 184, 185, 187, 188, 189, 191, 192, 193, 194, 195, 199, 201, 203, 205, 209, 212, 213, 214, 218, 220. Véase Nf. en tomo 2.
- GRANT, ULYSSES SIMPSON, JR. (1852-1929). Abogado y negociante estadounidense. La familia le llamaba Back. Segundo hijo de Ulysses S. Grant. Graduado en la Universidad de Harvard en 1874 y en la de Columbia en 1876. Fue secretario de su padre en la Casa Blanca y estuvo vinculado al fraude financiero de Grant, Ward y Cía. Se mudó a California en 1893 y trabajó en las leyes, las finanzas y la hotelería: 80, 97, 134
- GRANT, WARD Y CIA. Institución bancaria creada por Ulysses S. Grant, después de retirarse en 1884, y que resultó un fracaso: 80, 142
- GREELEY, HORACE (1811-1872). Periodista y político estadounidense. Se inició en el oficio de impresor y luego de establecerse en Nueva York fundó *The New Yorker*, un semanario literario muy celebrado en su tiempo. Más tarde comenzó a vincularse a la política y redactó el *Jeffersonian*. En 1840, editó el semanario *Log Cabin*, y al año siguiente el *Daily Tribune* y el *Weekly Tribune*, desde donde abogó por la abolición de la esclavitud y los derechos de los trabajadores y de las mujeres. Fue electo al Congreso en 1848 y, en 1872 candidato presidencial, por los demócratas y los republicanos liberales, pero resultó derrotado por Ulysses S. Grant. Autor, entre otros textos, de *Glances at Europe* (1851), *History of the Struggle for Slavery* (1853), *The American Conflict* (1864-66): 127, 136
- GUARDIA, HERACLIO MARTÍN DE LA (1829-1907). Escritor, poeta, político, militar, periodista y diplomático venezolano. Miembro de la Academia Venezolana de

la Lengua desde 1887, y correspondiente de la española. Se le considera el fundador del teatro nacional venezolano. Su poema «Una noche en La Habana» describe la vida encadenada y de falso lujo en la Cuba colonial. Sostuvo amistad con José Martí desde la estancia de este en Caracas, y le dedicó su poema «Al centenario de Bolívar»: 315. Véase Nf. en tomo 8.

GUERRA ESTADOS UNIDOS-MÉXICO: 156, 159, 161, 171, 191, 315, 316. Véase Nf. en este tomo.

GUERRA DE CRIMEA. Conflicto armado sostenido entre Rusia y Turquía, que contó con el apoyo de Inglaterra y Francia, opuestas a los designios del zar Nicolás I de abrirse paso hacia el Mar Mediterráneo. La guerra comenzó en 1853 con la ocupación rusa de Moldavia y Valaquia, territorios del Imperio otomano, y la victoria rusa sobre la flota turca en Sinope. En 1854 Inglaterra y Francia declararon la guerra a Rusia y sus flotas bombardearon a Odesa. Tras la batalla de Balaclava, de resultados inciertos, los aliados alcanzaron la victoria en Inkerman y ocuparon Sebastopol luego de once meses de asedio. Rusia, derrotada, devolvió Moldavia y Valaquia a Turquía y renunció a proteger a los cristianos ortodoxos que vivían en ese Imperio. Los acuerdos de paz establecieron la neutralidad del Mar Negro: 256

GUERRA DE LA NUBE ROJA (1866-1867). Toma su nombre de un jefe sioux que luchó contra las tropas federales y los colonos que invadían sus tierras, hasta que fue hecho prisionero en su campamento de Nebraska en 1855. La contienda terminó con la firma de un tratado que concedía a los indios a perpetuidad las Colinas Negras en Dakota del Sur: 139

GUERRA DE SECESIÓN. Llamada también Guerra Civil de Estados Unidos. Ante la elección de Abraham Lincoln como presidente, los once estados sureños consideraron que el programa del Partido Republicano amenazaba sus derechos constitucionales, se separaron, crearon los Estados Confederados de América con capital en Richmond y eligieron a Jefferson Davis como presidente. Lincoln intentó la reconciliación con el Sur, pero las negociaciones fracasaron y se dio inicio el conflicto bélico con el ataque confederado al fuerte Sumter el 12 de abril de 1861. Los combates se extendieron hasta el 9 de abril de 1865, con la rendición del general en jefe sureño, Robert E. Lee, en Appomatox, a Ulysses S. Grant, y el 26 del mismo mes con la rendición del sureño Joseph E. Johnston, ante William T. Sherman. En 1863 Lincoln declaró libres a los esclavos de los estados secesionistas y en 1865 se aprobó una enmienda a la Constitución que derogó la esclavitud: 22, 39, 50, 65, 87, 95, 131, 151, 226

GUITEAU, CHARLES JULIUS (1840-1882). Abogado estadounidense. Apoyó al Partido Republicano y estuvo vinculado a la facción de James G. Blaine, conocida como los *Half-Breeds*. Después de la elección de James A. Garfield reclamó sin éxito el cargo de cónsul en Francia. El 2 de julio de 1881, disparó contra el presidente en el salón de espera de la estación del ferrocarril de Washington, por lo cual fue enjuiciado y condenado a muerte en la horca, sentencia cumplida el 30 de junio de 1882. Véase en el tomo 9 el conjunto de textos en que José Martí sigue las incidencias de su juicio y condena: 35, 37, 64, 66, 69, 71, 72, 73,

76, 87, 88, 95, 96, 101, 131, 132, 151, 152, 160, 165, 166, 168, 169, 170, 171, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 184, 185, 189, 190, 192, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 208, 210, 211, 213, 214, 226

GUZMÁN, GASPAR DE; CONDE-DUQUE DE OLIVARES (1587-1645). Político español. Su padre, el conde Olivares, fue un alto personaje en la corte de Felipe III. Heredó su título y propiedades y fue ministro de Felipe IV durante veintidós años. En su condición de valido del rey situó en los puestos claves del gobierno a parientes y amigos. Intentó sin éxito reformas económicas de corte mercantilista y para contener la inflación, al igual que pretendió unificar el control real sobre todo el país. Continuó la guerra en Holanda y apoyó a los Habsburgos austríacos durante la Guerra de los Treinta Años. Afrontó las rebeliones de Portugal y Cataluña y tras sucesivas derrotas militares fue desterrado de la corte en 1643: 89

—H—

HALLECK, HENRY W. (1815-1872). Militar estadounidense. Se graduó en West Point en 1839. Posteriormente siguió estudios en escuelas militares europeas. Fue nombrado mayor general a inicios de la Guerra de Secesión. En julio de 1862 se convirtió en general en jefe de los ejércitos de la Unión, cargo que sobrepasó sus capacidades, y fue sustituido por Ulysses S. Grant a inicios de 1864. Posteriormente sirvió como jefe del Estado Mayor en Washington. Después de la guerra encabezó varios departamentos militares. Publicó *Elements of Military Art and Science*. (1846): 171

HAMPDEN, JOHN (1594-1643). Político inglés. Educado en Oxford, estaba emparentado por la línea materna con Oliver Cromwell. Perteneció a la Cámara de los Comunes desde 1621, y tuvo gran influencia en el seno de la oposición, durante el tercer Parlamento de Carlos I. Su prestigio político está vinculado a su negativa a pagar la contribución de mar, que llevó al Tribunal Supremo, con la que ganó gran popularidad, y obtuvo el título del «patriota Hampden». En el Parlamento de 1640 se puso al frente de la oposición, y fue uno de los cinco miembros de la Cámara de los Comunes acusado de alta traición. Al estallar la lucha entre el Parlamento y el rey, fue elegido miembro del Comité de Seguridad y dirigió un regimiento en lucha abierta contra las tropas reales, enfrentamiento en el que fue herido de gravedad, y falleció días después: 131

HANCOCK, WINFIELD SCOTT (1824-1886). General y político estadounidense. Se destacó en numerosas batallas y encuentros de la Guerra de Secesión. En la crucial batalla de Gettysburg se le atribuye en buena cuenta el mérito de la victoria. La batalla de Wilderness le ganó el ascenso a brigadier general del Ejército regular de Estados Unidos, y en 1866 fue ascendido a mayor general. Candidato a la presidencia por el Partido Demócrata en 1880, fue derrotado por el candidato republicano, James Garfield. A su muerte, José Martí escribió el texto titulado «El general Hancock» para *La Nación*, (Buenos Aires), publicado el 26 de marzo de 1886: 56, 57, 189, 217. Véase Nf. en tomo 9.

HARRIGAN, EDWARD (NED) (1844-1911). Actor, cantante, compositor, escritor y productor teatral estadounidense. Comenzó actuando en un show de variedades

itinerante, y luego, ocasionalmente con Tony Hart en un dúo de comediantes. Después del éxito de su obra *Mulligan Guards*, se convirtieron en estrellas del espectáculo y el dúo se estableció durante un largo período de tiempo. Escribió el libreto y las letras de las canciones de más de veinticinco comedias musicales, representadas con enorme éxito en Broadway. Continuó trabajando en solitario hasta 1893: 11, 12, 13

HARRISON. Criado negro del general Grant: 96

HART, TONY (1855-1891). Actor, cantante y productor teatral estadounidense. Su verdadero nombre era Anthony J. Cannon. Comenzó en una compañía de variedades itinerante, pero pronto formó un dúo con Edward (*Ned*) Harrigan que los llevó a ambos a la fama después de la puesta en escena de *The Mulligan Guards*. Tenía una notable habilidad para caracterizar mujeres en roles cómicos. Al abandonar el dúo continuó trabajando en solitario por un breve período de tiempo, hasta que gravemente enfermo se vio forzado a dejar la escena: 11, 12, 13, 14

HAYES, RUTHERFORD BIRCHARD (1823-1893). Militar y político estadounidense. Comenzó a ejercer la abogacía en 1845, y al iniciarse la Guerra Civil se enroló con los Voluntarios de Ohio. Dirigió los principales asaltos a fortificaciones durante la campaña de Virginia y sobre el ferrocarril de Tennessee en 1864; obtuvo el grado de mayor general. En 1876, fue el candidato presidencial por el Partido Republicano y aunque obtuvo menos votos populares que el candidato demócrata, Samuel J. Tilden, una comisión especial nombrada al efecto lo designó presidente. Durante su mandato promovió la reforma en el servicio administrativo y afrontó graves disturbios sociales entre los obreros y los granjeros: 190

HENDRICKS, THOMAS ANDREWS (1819-1885). Político estadounidense. Se graduó de jurisprudencia y se le admitió en la profesión en 1843. Militó en las filas del Partido Demócrata y fue elegido miembro de la legislación estadual de Indiana en 1848. Miembro de la Cámara de Representantes de (1851-1855), y del Senado (1863-1869), fue desde 1872 y hasta 1877 gobernador del estado de Indiana. Candidato a la vicepresidencia en 1876, no fue electo. En 1884 resultó elegido vicepresidente en el gobierno de Stephen G. Cleveland, pero falleció a los ocho meses de tomar posesión de su cargo: 44, 80, 145, 221

HERMANITA. Personaje de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 287, 288, 293

HEWITT, ABRAM STEVENS (1822-1903). Industrial, político y filántropo estadounidense. En 1855 se casó con Amelia, la hija de Peter Cooper. Copropietario de la fundición *Cooper, Hewitt and Company*, en Trenton, Nueva Jersey. Desde la fundación del Instituto Cooper estuvo prácticamente al frente de él. Fue congresista por Nueva York en 1874-1879 y 1881-1886 y en este último año derrotó a Henry George y Theodore Roosevelt en unas reñidas elecciones por la alcaldía de la ciudad de Nueva York, cargo que ocupó hasta 1888: 11, 22, 72

HOAR, GEORGE FRISBIE (1826-1904). Político estadounidense. De ascendencia familiar notable, sus antecesores pelearon en la Guerra de Independencia, y su abuelo materno, Roger Sherman, fue uno de los firmantes de la Declaración de

Independencia. Fue conocido durante treinta y siete años como el viejo elocuente del Senado. Demandó justicia para los negros y los indios, simpatizó abiertamente con las causas cubana y filipina y fue un firme opositor de la intolerancia religiosa en Massachussets. Se opuso a la corrupción administrativa y a la política expansionista del Presidente McKinley. Fue miembro de varias sociedades científicas y literarias. Escribió *Autobiografía de setenta años*, que apareció seriada en el *Scribner's Magazine*: 22

EL HOMBRE SIN AMOR. Nombre de un cuadro pintado por Ana, personaje de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 252

HUGO, VÍCTOR (1802-1885). Considerado una de las más importantes, conocidas e influyentes personalidades de las letras francesas del siglo XIX; rector de la escuela romántica por sus piezas teatrales, *Cromwell* (1827) y, sobre todo, *Hernani* (1830), además de su novela histórica *Nuestra señora de París* (1831). Autor de una importante obra lírica. Dedicado también a la política, fue diputado en 1848 y enemigo del golpe de estado de Luis Napoleón Bonaparte, por lo que fijó su residencia en las Islas Británicas, desde donde escribió sistemáticamente contra el Emperador. Sus más famosas novelas son *Los miserables* y *Los trabajadores del mar*. Fue ejemplo de intelectual comprometido y modelo seguido e imitado en las letras hispanoamericanas. Desde sus tiempos de estudiante, en España, José Martí apreció a Víctor Hugo como paradigma intelectual, y luego de conocerlo durante su breve paso por París en 1874, publicó al año siguiente su traducción del relato «Mes fils», en la *Revista Universal* (México). Véase esta traducción en el tomo 20 (pp. 15-32): 136

HUMBERTO I (1844-1900). Rey de Italia desde 1878. Hijo de Víctor Manuel II, el primer rey de ese país después de la unificación. Ingresó en el ejército con el grado de capitán en 1858, y se destacó en la lucha por la unidad e independencia de Italia contra los austriacos. En 1882 firmó un pacto de defensa militar, conocido como la Triple Alianza, con Austria-Hungría y Alemania, que representó el comienzo oficial de la división de Europa en dos bloques hostiles. Inició la expansión colonial en África pero la derrota que los etíopes infligieron al ejército italiano en la batalla de Adua (1896) le acarreó una gran pérdida de popularidad. Murió en Monza asesinado por un anarquista: 108

HUME, DAVID (1711-1776). Filósofo e historiador inglés. Considerado, junto con Bacon, Locke y Berkeley, uno de los principales exponentes de la llamada Escuela inglesa. Se destaca por su enfrentamiento crítico a los planteamientos de la metafísica tradicional especialmente a la noción de *sustancia*, la que trata de sustituir por la de *percepción*. Sus obras más relevantes son: *Tratado sobre la naturaleza humana* y *Sobre la Moral*, pues en ellas expone los fundamentos de su doctrina: 121

HWUI SHAN. Monje budista procedente de Afganistán, que según el libro *Un Colón sin gloria*, de Eward P. Vining, llegó a México en el siglo V: 133, 135, 136



IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO CRISTIANO REPRESENTADA EN CIEN EMPRESAS. Obra de Diego Saavedra Fajardo. Conocida también como *Las Empresas*, fue publicada

- en Madrid (1675, 1689, 1690), alcanzó muchas otras ediciones y traducciones en diversas ciudades europeas y del mundo: 257
- INSERE. Nombre del vapor en que se transportó la estatua *La Libertad iluminando el mundo* desde Francia hasta Estados Unidos: 40
- LOS INDÍGENAS DE LA AMÉRICA CENTRAL. Libro de Edward P. Vining: 135
- INGALLS, JOHN JAMES (1833-1900). Jurista estadounidense. En 1873 integró el Senado por el Partido Republicano, reelegido en 1879 y 1885, lo presidió *pro tempore* entre 1887 y 1881. Ha sido reconocido como uno de los miembros más elocuentes del Senado. Dedicó los restantes años de su vida a escribir e impartir conferencias: 140, 141
- AN INGLORIUS COLUMBUS. Libro de Edward P. Vining: 136
- INSTITUTO DE LA MERCED. Colegio mencionado en la novela *Lucía Jerez*: 264, 272, 275
- INVENCIBLES DE FILADELFIA. Unidad compuesta solamente por miembros de la raza negra que lucharon a favor de la Unión durante la Guerra de Secesión estadounidense. Prácticamente todos los soldados negros de Estados Unidos pelearon en este bando: 48
- IRVING HALL. Nombre de una organización política conservadora establecida dentro del Partido Demócrata de Nueva York en 1881. Surgió como reacción a la asociación de Tammany Hall, de corte populista, dirigida entonces por el estadounidense de origen irlandés John Kelly. Ambas organizaciones pugnaban por el control político de la gran urbe neoyorquina, de enorme importancia en las elecciones presidenciales que se avecinaban: 47
- ISAACS, JORGE (1837-1895). Narrador y poeta colombiano. Llegó a ser cónsul de su país en Chile, pero murió en la pobreza. Alcanzó la celebridad por su poemario *Poesías* (1864) y, sobre todo, por su novela romántica *María* (1867), que en su época fue la más popular e imitada por otros autores y antes de finalizar el siglo XIX, alcanzó unas cincuenta ediciones: 301
- ISABEL II (1830-1904). Reina de España (1833-1868). Hija de Fernando VII y María Cristina de Borbón. Sucedió a su padre en 1833 bajo la regencia de su madre; su ascensión al trono provocó la primera guerra carlista, al no ser aceptada por su tío Carlos. Se casó con el príncipe Francisco de Asís de Borbón. Fue derrocada por la revolución de septiembre de 1868 y marchó a París, desde donde, en 1870, abdicó en favor de su hijo Alfonso XII: 254
- ISELDA. Personaje de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 264
- ISMAÍL BAJÁ O PACHÁ (1830-1895). Jedive de Egipto, segundo hijo de Ibrahim Bajá. Nació en el Cairo y se educó en París. Sucedió a su tío Said Bajá como virrey de su país en 1863. Cuatro años después el sultán del Imperio otomano le concedió el título de *jedive*, con carácter hereditario. Acometió un inmenso plan de obras públicas y reformas administrativas y sociales. También fomentó la construcción del canal de Suez (1859-1869). Su política administrativa sumió al país en una crisis económica que sirvió de pretexto a Francia y a Gran Bretaña para asumir el control de las finanzas egipcias. Fue obligado a abdicar en 1879: 17
- ITURZAETA, JOSÉ FRANCISCO (1788-1855). Calígrafo español. Además fue empleado de la Tesorería General; codueño de un colegio particular que llegó a ser el

primero de la corte gracias a la enseñanza caligráfica puesta en práctica por él; inspector general de primera enseñanza, director de la Escuela Normal Central de maestros. Su fama fue grande y contribuyó a los progresos de la caligrafía en España. Escribió varias obras, que se recomendaron para la enseñanza pública por el gobierno: 256

—J—

JACKSON, ANDREW (1767-1845). Político y militar estadounidense. De origen humilde, peleó en el ejército independentista, estudió leyes y fue miembro de la asamblea constituyente del estado de Tennessee, lo representó en la Cámara y en el Senado, fue juez de su Tribunal Supremo y mayor general de su milicia. Fomentó una plantación algodонера. Ya en el ejército luchó contra los británicos en Pensacola, Mobile y Nueva Orleans, y contra los indios seminolas en la Florida, estado del que fue gobernador y senador ante el Congreso en 1821 y 1823, respectivamente. Candidato presidencial en 1824, en 1828 obtuvo el cargo, y fue reelecto en 1832. Favoreció al gobierno federal e impulsó varias campañas contra los aborígenes y el avance hacia el Oeste: 164, 172, 196

JACKSON, HENRY ROOTES (1820-1898). Diplomático y militar estadounidense. Graduado de abogado en Yale en 1839. Fue procurador de distrito durante varios años. Sirvió en la guerra contra México. Devino juez de la Corte Suprema, y, en 1853, fue enviado a Viena como encargado de negocios y, al año siguiente, nombrado ministro residente, cargo al que renunció en 1858. Durante la Guerra de Secesión comandó las tropas de Georgia. Cerca del final de la contienda alcanzó el grado de brigadier general. En 1885 se le designó embajador de Estados Unidos en México, pero renunció al año siguiente por un desacuerdo con las autoridades gubernamentales acerca de la resolución en el caso de la goleta *Rebeca*, que había sido capturada por los mexicanos bajo el cargo de contrabando. Escribió *Tallulah, and other Poems* (1850): 92

JACQUEMINOT, VIZCONDE DE (1787-1852). Noble francés, dueño de una famosa fábrica de hilados, situada en Bar-le-Duc, Francia: 233

JEFFERSON, THOMAS (1743-1826). Político y abogado estadounidense. Delegado por Virginia al Congreso Continental de 1775, fue el redactor de la primera versión de la Declaración de Independencia de Estados Unidos. Fue gobernador de su estado, embajador en Francia de 1785 a 1789 y secretario de Estado durante la presidencia de George Washington, cargo del que dimitió por sus diferencias con Alexander Hamilton. Desde 1797 hasta 1781, ocupó la vicepresidencia durante el mandato de John Adams. En 1790 formó en su torno la coalición El Republicano que luego cambió su nombre a Partido Demócrata-Republicano. La Cámara de Representantes lo eligió en 1801 como tercer presidente de Estados Unidos, cargo en el que fue reelegido en 1805. Durante su gobierno se compró Louisiana a los franceses: 46, 67, 88

JEROME, JENNIE. Esposa estadounidense del político inglés Randolph Churchill. Se casaron en 1874: 133

JESÚS. Según los Evangelios, el hijo de Dios y el Mesías anunciado por los profetas: 61, 311, 312

JESÚS EN EL CAMINO DE EMAÚS. Cuadro del pintor mexicano Ramón Sagredo: 103

JOHNSON, ANDREW (1808-1875). Político estadounidense. Ocupó diferentes cargos políticos en Tennessee, fue miembro de la Cámara de Representantes desde la que apoyó la guerra contra México, y, senador de la nación. A pesar de estar identificado íntimamente con los pequeños granjeros del este de Tennessee y de defender la esclavitud, se opuso a la separación de ese estado de la nación, siendo el único senador sureño que permaneció fiel a la Unión, después de iniciada la Guerra de Secesión. Nombrado gobernador militar de Tennessee, en 1862, por Abraham Lincoln. En 1864 fue elegido vicepresidente por los republicanos. Convocó entonces a una Convención que estableció un nuevo gobierno estatal y abolió la esclavitud en Tennessee. Tras el asesinato de Lincoln, asumió la presidencia en abril de 1865. No obstante, en el período de reconstrucción posterior a la guerra, favoreció con dispensas a los grupos más antiguos y poderosos de los confederados, permitió la exclusión de los negros a votar, ordenó que las tierras que se habían dado a los ex esclavos fueran devueltas a sus antiguos propietarios. Esta postura dio lugar a que el Congreso prohibiera la limitación de los derechos civiles de los ciudadanos (que sería después la XIV Enmienda de la Constitución) y promulgó la Ley de Permanencia en el Cargo y otras medidas que recortaron el poder del presidente. Oponiéndose a la política del Congreso, destituyó funcionarios. Acusado de traición, hubo de comparecer ante al Senado, donde resultó absuelto por un voto de diferencia. Continuó luego obstaculizando la política de Reconstrucción del Congreso, aunque no se negó a ejecutarla: 180, 208

JOHNSON, ELEANOR (¿-1885). Joven estadounidense asesinada por su hermano, el cual se suicidó luego de matarla a ella y a su madre: 97, 99

JOHNSON, MRS. (¿-1885). Madre del joven Young Johnson, asesinada por su hijo: 97

JOHNSON, YOUNG (¿-1885). Joven estadounidense suicida, que mató a su madre y a su hermana: 97

JOHNSTON, JOSEPH EGGLESTON (1807-1891). Militar y político estadounidense. En 1829 se graduó en West Point y posteriormente participó en las guerras contra los indios. Combatió en la guerra de agresión de Estados Unidos contra México (1846-1848), en la que fue ascendido a coronel. Se destacó en la batalla de Bull Run (21 de julio de 1861), primera de la Guerra de Secesión, y en agosto de ese año obtuvo los grados de general del Ejército Confederado. Comandó las tropas de su natal Virginia así como las de Mississippi. En 1863 asumió el mando de las fuerzas de Tennessee. Tras la rendición de Robert E. Lee en Appomatox (9 de abril de 1864) aconsejó al presidente sureño Jefferson Davis que era inútil continuar la lucha y fue autorizado a negociar la paz con Sherman. Después de la guerra fue Representante a la Cámara por Virginia (1876-1878). En 1885 el presidente Cleveland lo nombró comisionado para los ferrocarriles, cargo que desempeñó hasta 1889. Publicó en 1874 *A narrative of military operations during de late war*: 157, 174, 176, 204, 220

JOVELLANOS, GASPAR MELCHOR DE (1744-1811). Escritor y político español. Fue alcalde de Casa y Corte, y secretario de Gracia y Justicia en Madrid durante el reinado de Carlos IV. Por intrigas palaciegas fue desterrado a Mallorca. Al producirse la intervención francesa integró la Junta Central. Ideológicamente se situó entre el enciclopedismo y el tradicionalismo católico. Autor de obras como *Informe sobre la ley agraria*, acerca de la historia y el desarrollo de la agricultura en España; *El delincuente honrado* (1773-1774), drama concebido bajo la influencia de Diderot, y *Elogio de las Bellas Artes* (1782). Como poeta se le considera miembro del grupo salmantino de fines del siglo XVIII; lo mejor de su producción se encuentra en sus epístolas, sobre todo la titulada *De Fabio a Anfriso*: 263

JUAN JEREZ. Personaje protagonista de la novela de José Martí *Lucía Jerez*: 232, 235, 236, 237, 239, 240, 241, 242, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 263, 273, 275, 276, 277, 279, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 311

JUANA LA LOCA (1479-1555). Reina de Castilla y León (1504-1555) y reina de Aragón (1516-1555). Tercera hija de los Reyes Católicos. Se casó con Felipe, *el Hermoso*, archiduque de Austria, hijo de Maximiliano de Borgoña, y heredero de estos estados. Sobre ella recayó el derecho a las coronas de Castilla y de Aragón por la muerte de sus hermanos, Juan e Isabel, y la de su sobrino Miguel. Tuvo dos hijos y cuatro hijas. Su madre la nombró heredera del trono a pesar de las claras muestras de enajenación mental que manifestaba. La muerte de su esposo en 1506 (cuyos restos paseó por España en cortejo fúnebre) agravó su estado y se ocuparon del gobierno su padre, Fernando, y su hijo Carlos (I de España y V del Sacro Imperio): 263

JUDIC, ANNE (1850-1911). Actriz y cantante francesa, más conocida por madame Judic y cuyo apellido de soltera fue Damiens. Visitó México con una compañía de ópera bufa que inició su temporada en el Gran Teatro Nacional en diciembre de 1885. Sobresalió en la interpretación de la comedia de costumbres: 249

JÚPITER. En la mitología romana, divinidad suprema del panteón latino, correspondiente al Zeus griego. Tenía su templo en la cúspide del monte Capitolino. Era el guardián de la ley y el protector de la justicia y la verdad: 13, 59

—K—

KELEFFY. Personaje de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 269, 270, 271, 272, 273, 274, 277, 283, 288

KELLEY, MR. Designado embajador en Italia en 1885, renunció antes de asumir el cargo que después quedó en manos de John B. Stallo: 108

KHEYAM, OMAR (1050-1122). Matemático y astrónomo persa, uno de los más destacados de su época. Sin embargo, es más conocido por el *Rubaiyyat*, famoso poema del que se le atribuyen unas mil estrofas epigramáticas de cuatro versos, que hablan de la naturaleza y el ser humano: 106

KRUGER, CRISTIANO JACOBO. Autor de *Aritmética Mercantil*, libro presentado a la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, en 1829: 256

LAMAR, LUCIUS QUINTUS CINCINATUS (1825-1893). Jurista estadounidense. Durante la Guerra de Secesión fue teniente coronel del primer regimiento confederado de Mississippi, así como comisionado en Rusia, auditor militar en la corte del Tercer cuerpo de Ejército con el rango de coronel. Antes y después de la guerra fue profesor de la Universidad de Mississippi. Entre 1873-1877, representante al Congreso y entre 1877-1885, senador. Secretario del Interior en el gabinete de Cleveland (1885-1888), a partir de 1888 fue miembro asociado del Tribunal Supremo: 38, 43, 48, 50, 143

LAMONT, DANIEL SCOTT (1851-1905). Político estadounidense. En Albany, Nueva York, se vinculó al periodismo y se convirtió en corresponsal político. Entre 1883-1889 fue secretario privado de Cleveland, y entre 1892-1896 fue secretario de la Guerra de la segunda administración de este propio presidente. En 1897 fue electo vicepresidente de la Northern Pacific Railway Company: 41

LANDREAU, J. C. Ciudadano de origen francés, naturalizado estadounidense, cuyo dudoso reclamo sobre supuestos depósitos de guano y nitrato en Perú, contó con la aprobación de James G. Blaine, Secretario de Estado, e interfirió en las negociaciones de paz entre Chile y Perú durante la Guerra del Pacífico:

EL LATINO-AMERICANO: 321, 322. Véase Nf. en este tomo.

LEE, FITZHUGH (1835-1905). Militar, político y diplomático estadounidense. Graduado de la Academia Militar de los Estados Unidos en 1856. Participó en las campañas contra los aborígenes norteamericanos entre 1858 y 1860. Al estallar la Guerra de Secesión renunció a su regimiento e ingresó en las fuerzas armadas de la Confederación de Estados del Sur en su estado natal de Virginia. En julio de 1862, fue ascendido a Brigadier General y en septiembre de 1863, recibió el ascenso a Mayor General. En 1864 fue herido gravemente. Tras su recuperación luchó en las últimas batallas de la guerra. De 1886 a 1896 fue gobernador de Virginia, y de 1896 a 1898 cónsul General de Estados Unidos en La Habana, donde desarrolló una labor anexionista. Su trabajo diplomático, en el plano informativo, fue altamente apreciado por su gobierno. A solicitud suya fue enviado a Cuba el acorazado *Maine*, cuya voladura justificó la declaración de guerra de España a Estados Unidos. Se reincorporó al ejército al estallar la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana y se le designó Mayor General de Voluntarios del Séptimo Cuerpo de Ejércitos. Es autor de dos obras: *General Lee* (1894) y *La lucha de Cuba contra España* (1899): 47, 48, 157, 167, 175, 176, 217

LEE, ROBERT EDWARD (1807-1870). Militar estadounidense. Graduado de West Point en 1829. Se distinguió durante la guerra contra México. Acompañó a Winfield Scott Hancock hasta Ciudad de México y resultó herido en la batalla de Chapultepec (1847). Fue el jefe del destacamento que aplastó el movimiento abolicionista de John Brown en Harper's Ferry (1859) y también comandante de las tropas de Texas en 1860. Comandante en Jefe del Ejército Confederado durante la Guerra de Secesión y asesor del presidente Jefferson Davis. En 1865 fue nombrado Comandante general de todos los ejércitos de la

- Confederación. Libró grandes batallas, entre ellas Antietam, Chancellorsville, Gettysburg y Fredericksburg. Se rindió a Grant el 9 de abril de 1865 en Appomatox, Virginia: 47, 80, 84, 95, 200, 203, 204, 220
- LEFÈVRE, JULES (1836-1912). Pintor francés. Discípulo de León Cogniet, trató con suma elegancia el retrato, muy en particular el femenino. En 1866 se le otorgó una medalla de honor. Ingresó en la Academia de Bellas Artes en 1891. Se desempeñó como maestro de la Escuela de Bellas Artes de París. Figuran entre sus obras *Diana cazadora*, *La verdad* y las decoraciones de los Consistoriales de París, la más conocida de ellas es *Lady Godiva*: 253
- LEONOR DEL VALLE. Protagonista de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 253, 262, 263, 264, 265, 266, 267
- LEY DE NAVEGACIÓN DE 1817. Ley aprobada por el Congreso de Estados Unidos que impedía al buque de propietario extranjero o construido fuera del país en el extranjero transportar mercancías entre puertos de Estados Unidos, con el objetivo de proteger a los constructores navales de Nueva Inglaterra: 108
- THE LIBERATOR. Diario estadounidense fundado en 1831 por William Lloyd Garrison, fecha que marca el inicio del movimiento abolicionista de Estados Unidos. Opuesto a la liberación progresiva y legal de los esclavos y favorecedor de la abolición inmediata: 164, 195, 196
- LA LIBERTAD ILUMINANDO EL MUNDO. Conocida como «Estatua de la Libertad». Colosal estatua metálica erigida en la isla de Bedloe, rebautizada en 1956 como Isla de la Libertad, en la bahía de Nueva York. Fue un obsequio del pueblo francés al pueblo estadounidense. El escultor fue Frédéric Auguste Bartholdi; el ingeniero, Alexandre Gustave Eiffel y el arquitecto de la base Richard Morris Hunt. La antorcha de la estatua se eleva a 395 pies sobre las aguas de la bahía, y en el momento de su inauguración (28 de octubre de 1886) era la mayor altura sobre la ciudad de Nueva York. La crónica de Martí sobre este acto, fechada al día siguiente, fue publicada por *La Nación* (Buenos Aires), el 1.º de enero de 1887: 14, 38, 40, 133
- LINCOLN, ABRAHAM (1809-1865). Político y abogado estadounidense. Hijo de una familia de cuáqueros de humilde condición, tuvo una infancia difícil y ejerció en su mocedad diversos oficios manuales. En 1836, previo estudios de leyes, abrió un bufete en Springfield. Fue diputado por Illinois (1834-1840) y miembro del Congreso Federal (1844-1848). Se opuso a la guerra contra México, y apoyó a los abolicionistas del Distrito Federal (1844). Después de un fracaso en el Senado (1849), abandonó la vida pública. Entró en el Partido Republicano (1856) y dirigió una amplia campaña antiesclavista contra el demócrata Stephen Douglas, quien, sin embargo, fue elegido. Contribuyó a la consolidación de su partido frente a los demócratas vacilantes. Elegido por la Convención Republicana (Chicago, 1860) como candidato a la presidencia, su elección provocó —incluso antes de haber entrado en funciones el 4 de marzo de 1861— la insurrección de los esclavos, y la constitución de los estados del Sur en estados independientes. Intentó en vano evitar la Guerra Civil. Reelegido en 1864, estableció, después de la capitulación del Sur, el primer programa de reconstrucción. Fue asesinado en el teatro de Washington

por el actor fanático, John Wilkes Booth. José Martí refirió que fue de los jóvenes habaneros que llevó luto por su deceso, destacó reiteradamente su origen humilde y su actuación abolicionista y lo consideró paradigma del político de la república democrática en Estados Unidos: 11, 19, 20, 39, 57, 58, 61, 100, 120, 136, 164, 165, 167, 172, 173, 174, 177, 180, 181, 182, 183, 198, 205, 208, 209, 211, 212

LINCOLN, MARY (1818-1882). Esposa de Abraham Lincoln. Su apellido de soltera era Todd. De origen social privilegiado, recibió una educación esmerada. Se casó en 1842 y estimuló el quehacer político de su marido. Tras el magnicidio, perdió el juicio y fue recluida en un manicomio: 120

LOCKWOOD, BELVA ANN (1830-1917). Maestra, abogada y política estadounidense, luchadora por la igualdad de derechos de la mujer. A la edad de veinticuatro años, viuda y con una hija pequeña, ingresa al *Genesee College*, donde se graduó en 1857. Ese propio año comenzó a enseñar en el Seminario Gainesville, en Lockport, donde recibía 400 dólares al año, mientras los hombres ganaban 600. En 1863 dirige el Seminario McNall en Oswego, Nueva York. Después de la Guerra de Secesión se mudó a Washington, D. C., donde fundó la primera escuela para ambos sexos de esa ciudad. Terminó sus estudios de Leyes en 1873, pero le fue retenido el título hasta que lo demandó al presidente Ulysses S. Grant. Luego fue admitida en el cuerpo de abogados de Washington, y se especializó en casos contra el gobierno. En 1874 le fue negado el derecho a ejercer en la Corte de Apelaciones por ser mujer. En 1879 el presidente Hayes la autorizó a ejercer en la Corte Suprema, hecho sin precedentes en la historia del país. En 1884 fue nominada para la presidencia por el Partido de la Igualdad de Derechos. En un momento en que la mujer no ejercía el sufragio, obtuvo 4 194 votos. Resultó nominada nuevamente en 1888. Fue además una luchadora por la igualdad de derechos de las minorías étnicas y por la paz mundial y hasta edad muy avanzada estuvo al frente de organismos internacionales con esos fines: 79

LOOKOUT MOUNTAIN, BATALLA DE. Acción de armas de la Guerra de Secesión estadounidense en que los federales tomaron esta ciudadela sobre las montañas del mismo nombre y que resultó decisiva para la recuperación de la ciudad de Chatanooga. Tuvo lugar el 24 de noviembre de 1863. Las tropas de la Unión fueron dirigidas por el general J. Hooker, mientras que a los confederados los comandó el general Caster Stevenson. Este combate fue conocido en la posguerra como la batalla sobre las nubes: 167, 173

LONG, JOHN DAVIS (1838-1915). Político, abogado, y orador estadounidense. Secretario de Marina durante las administraciones de los Presidentes William McKinley y Theodore Roosevelt. Fue gobernador de Massachussets y también miembro de la Cámara de Representantes. Allí se destacó por su habilidad en los debates y su destreza en el ejercicio de la oratoria. En 1888 declinó la propuesta de reelección al Congreso y en 1889 se retiró al ejercicio de la abogacía. Fue un notable escritor, publicó varios volúmenes de poesía y también una traducción de la *Eneida*, de Virgilio: 22

LONGFELLOW, HENRY WADSWORTH (1807-1882). Poeta estadounidense considerado el cantor nacional. Escribió novelas, obras dramáticas y ensayos literarios,

pero su principal renombre se debió a las baladas y canciones que compuso. *Evangeline, a Tale of Arcadia* (1847) es considerada su mejor creación. José Martí dedicó dos comentarios a su muerte, publicados en *La Opinión Nacional* (Caracas), el 22 de marzo y el 11 de abril de 1882 (véanse en el tomo 9, pp. 277-280 y 291-294, respectivamente). Se conservan, además, fragmentos traducidos por Martí de dos de sus poemas «It is not always May» y «The song of Hiawatha» (véanse en el tomo 21, pp. 463-464 y 465-467, respectivamente): 278

LOPE DE VEGA Y CARPIO, FÉLIX (1562-1635). Célebre escritor español. Fue ordenado sacerdote en 1614. Se le llamó *Fénix de los ingenios*, por sus abundantes composiciones poéticas. Cultivó todos los géneros literarios. Sin duda, sobresalió en el teatro, para el que escribió más de mil quinientas comedias. *Fuenteovejuna*, *Peribáñez y el comendador de Ocaña*, *El perro huevo*, *La dama boba*, se destacan entre las más importantes. En el *Arte nuevo de hacer comedias* incursionó en los aspectos teóricos de la elaboración teatral. Escribió también poesías mitológicas como «La circe», «La Filomena» y «La Andrómeda»: 19

LÓPEZ DE SANTA-ANNA, ANTONIO (1794-1876). Militar y político mexicano. Presidente de la República (1833-1855, con interrupciones), dominó la política de su país durante ese cuarto de siglo. Aunque se declaraba federalista, siempre ejerció un poder dictatorial y centralista. Combatió la rebelión de Texas (1835), y promulgó las Siete Leyes (1836) que destruyeron el federalismo. Siendo presidente, el país perdió más de la mitad de su territorio en la guerra con Estados Unidos, por lo que renunció y marchó a Colombia. Regresó en 1852 y asumió facultades omnímodas. El Tratado de Mesilla con Estados Unidos provocó su destitución por la Revolución de Ayutla (1854): 18, 82. Véase Nf. en tomo 2.

LOW, SETH (1850-1916). Político y educador estadounidense. En 1881 fue electo alcalde de Brooklyn como republicano reformista. No se presentó a reelección en 1885. Implementó los servicios civiles e introdujo reformas en las escuelas públicas: 75

LUCÍA JEREZ. Personaje protagonista en la novela homónima de José Martí: 232, 233, 234, 235, 236, 240, 241, 244, 245, 246, 249, 251, 252, 253, 264, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 283, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 305

—M—

MACBETH. Protagonista de la tragedia homónima de William Shakespeare: 14

MACVEAGH, ISAAC WAYNE (1833-1917). Abogado y diplomático estadounidense. Graduado en Yale y miembro del Cuerpo de Abogados en 1856. Juez de distrito, líder republicano, embajador en Turquía, presidente de la Comisión MacVeagh, enviada por el presidente Hayes a Lousiana en 1877. Fue Ministro de Justicia de marzo a septiembre de 1881, durante el mandato del presidente Garfield y más tarde, designado embajador en Italia: 63

MADRAZO Y GARRETA, RAIMUNDO DE (1841-1920). Pintor español. Perteneció a una familia de célebres pintores. Se dedicó al cuadro costumbrista y al retrato, según una técnica realista que evolucionó progresivamente hacia el

impresionismo. José Martí le dedicó un elogioso artículo en el periódico *The Hour* (Nueva York, 21 de febrero de 1880; véase en el tomo 7, pp. 19-25). Entre sus obras mayores figuran *La salida del baile*, *Fiesta de carnaval*, *Muchachas a la ventana*; *La mujer y el loro* y *Después del baño*: 245

LA MADRE SIN HIJO. Nombre de un cuadro pintado por Ana, personaje de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 252

MALAKOFF, TORRE DE. Principal fortaleza rusa que defendió a Sebastopol durante la guerra de Crimea (1854-1856) entre Rusia y los aliados (Inglaterra, Francia y Turquía). Fue tomada por los franceses el 8 de septiembre de 1855 y su caída propició que los rusos huyeran de Sebastopol: 256

MANNING, DANIEL REED (1831-1887). Periodista, político y financista estadounidense. Trabajó como reportero del periódico *Argus*, de Albany, Nueva York, del que fue sucesivamente editor asociado y socio en la propiedad del mismo. Este diario adquirió en sus manos un gran poder político, pues fue un importante instrumento de denuncia de la corrupción e intervino decisivamente en el quebranto de la *Tweed Ring*. Apoyó desde sus páginas al gobernador Tilden y apoyó también a los líderes del Partido Demócrata en el estado de Nueva York. Estuvo vinculado a varias empresas comerciales e instituciones bancarias. En 1885, durante el primer mandato del presidente Cleveland, fue designado Secretario del Tesoro. Renunció en 1887 por problemas de salud: 49, 129, 143

MANTILLA, LUIS FELIPE: 135. Véase Nf. en este tomo.

MANUELILLO DEL VALLE. Personaje de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 232, 258, 260

MARÍA. Novela del escritor colombiano Jorge Isaacs, publicada en 1867. Es una de las obras más leídas de la literatura hispanoamericana. Según el testimonio de varias personas que conocieron a José Martí, tanto *Amalia* (de José Mármol) como *María* permanecían en su librero —junto a otras creaciones latinoamericanas— de su oficina de 120 Front Street, Nueva York, y estaban entre sus volúmenes más preciados: 301

MARÍA VARGAS. Personaje referido en la novela de José Martí, *Lucía Jerez*: 243

MÁRMOL, JOSÉ (1818-1871). Poeta, dramaturgo y político argentino. El más representativo del grupo de los llamados *poetas prosritos*. Fue perseguido por la dictadura de Rosas, y debió refugiarse en Uruguay. Su poesía, de tono byroniano y típicamente lírica, aparece reunida en *Cantos del peregrino* (primera parte, 1846). Su obra más importante es la novela *Amalia* (primera parte, 1851; completa, 1853). Autor de dramas románticos como *El conquistador* y *El poeta*. Después de la caída de Rosas, regresó a Argentina, donde fue senador y director de la Biblioteca Nacional: 301

MARTÍ Y PÉREZ, JOSÉ JULIÁN: 11, 25, 27, 37, 52, 53, 79, 86, 87, 94, 95, 104, 105, 109, 110, 121, 132, 133, 141, 142, 218, 223, 224, 228, 317, 319, 320, 321, 322, 323, 326, 327

MARTÍ Y ZAYAS-BAZÁN, JOSÉ FRANCISCO (1878-1946). Hijo de José Martí y de su esposa, Carmen Zayas-Bazán e Hidalgo: 317. Véase Nf. en tomo 6.

MATANZA EN CHOLULA O LA DESTRUCCIÓN DE LAS INDIAS. Cuadro de 1877 del pintor mexicano Félix Parra: 103

- McCLELLAN, GEORGE BRINTON (1826-1885). Militar estadounidense. Graduado en West Point en 1846, participó y se distinguió como oficial de zapadores en la guerra contra México en 1848. En 1854 fue enviado como observador militar a la Guerra de Crimea. Publicó sus observaciones en *Los ejércitos de Europa* (1861). Retirado en enero de 1857 del ejército, se reincorporó al estallar la Guerra de Secesión de Estados Unidos, y se le designó Mayor General de Voluntarios del Estado de Ohio. Después fue ascendido a Mayor General del Ejército regular de Estados Unidos, y rápidamente a General en Jefe de los Ejércitos de ese país. En 1864 fue candidato a la presidencia de Estados Unidos por el Partido Demócrata contra Abraham Lincoln, elección que perdió por escaso margen. Fue gobernador del estado de New Jersey en 1877, donde se destacó por su eficiente gestión. Escribió varias obras sobre sus campañas y técnicas militares: 166, 182, 198, 211
- McLANE, ROBERT MILLIGAN (1815-1898). Político y diplomático estadounidense. Fue designado en 1853 comisionado con poderes de ministro plenipotenciario en China, Japón, Siam, Corea y Cochinchina. De 1859 a 1861, ministro en México. En 1877-1878 fue senador por el Estado de Maryland. Entre 1883 y 1885, gobernador de ese propio estado. Fue ministro en Francia entre 1885 y 1889, designado por el presidente Cleveland: 92
- MAZUCHELLI. Personaje referido en la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 251
- MEISSONIER, JEAN-LOUIS ERNEST (1815-1891) Pintor francés. Estudió en el taller de Léon Cogniet. Su obra se caracteriza por un realismo detallista que le dio fama. Se dedicó a los cuadros de género, especialmente sobre asuntos de las guerras napoleónicas: *Jena, Friedland, Erfurt*. También ilustró libros. Padre del también pintor Jean Charles Meissonier (1848-1917): 15
- MÉNDEZ. Portador de correspondencia entre José Martí y Manuel A. Mercado: 318, 323
- MENÉNDEZ, FRANCISCO (1830-1890). Militar y político salvadoreño. Invadió el país procedente de Guatemala, al frente de un grupo de exiliados en 1885, consiguiendo la dimisión del entonces presidente Rafael Zaldivar. Asumió el poder y promulgó una nueva Constitución liberal en 1886. Convocó a elecciones en 1887 y fue elegido Presidente de la República, cargo en el que se mantuvo hasta 1890: 147
- MERCADO Y GARCÍA, ALICIA (¿-1954). Hija de Manuel A. Mercado: 323, 327
- MERCADO Y GARCÍA, ALFONSO (¿-1946). Hijo de Manuel A. Mercado: 323, 327
- MERCADO Y GARCÍA, DOLORES, LOLA. Hija de Manuel A. Mercado: 323, 327
- MERCADO Y GARCÍA, ERNESTO. Hijo de Manuel A. Mercado: 323, 327
- MERCADO Y GARCÍA, LUISA. Hija de Manuel A. Mercado: 319, 321, 326
- MERCADO Y GARCÍA, MANUEL (¿-1919). Hijo de Manuel A. Mercado: 323, 327
- MERCADO Y GARCÍA, RAÚL. Hijo de Manuel A. Mercado: 318, 321, 326
- MERCADO, MANUEL (1838-1909). Nació en La Piedad de Cavadas, Michoacán, y murió en Mixcoac, en el Distrito Federal. Fue el mejor amigo que tuvo José Martí en México y su principal confidente. Se graduó de abogado en el Colegio de San Idelfonso y ocupó importantes cargos en la Secretaría de Gobernación

del Estado. Tuvo muchos amigos entre los artistas e intelectuales de la época. Dentro del copioso epistolario martiano resultan especialmente atractivas, conmovedoras e ilustradoras de los proyectos y preocupaciones del Apóstol las cartas que le dirigió: 317. Véase Nf. en tomo 2.

«MESTIZOS» (Sector del Partido Republicano). El Partido Republicano se encontraba dividido en dos facciones: la de los *stalwarts* (traducido por José Martí como «los mejores») y los *halfbreeds*, «mestizos» o «medias sangres». Los primeros se adherían al senador Roscoe Conkling de Nueva York, mientras que los *halfbreeds* lo hacían a James G. Blaine, senador por Maine. Entre ellos existía una antigua rivalidad que se agudizó aun más en la contienda por la nominación de un candidato presidencial en la Convención Republicana de 1880. En esencia, esta se convirtió en un duelo entre Blaine y Conkling: Blaine para imponer su propia candidatura y Conkling, la del general Grant: 127

MIDAS. Legendario rey de Frigia, que obtuvo del dios Baco la facultad de trocar en oro cuanto tocaba: 112

MIGNON. Personaje femenino de las novelas *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister* (1795) y *Años de viajes de Wilhelm Meister* (1821) de Goethe. Se trata de una muchacha italiana que Wilhelm Meister ha rescatado de una compañía de gitanos; también había aparecido en 1783, en una balada compuesta por Goethe: 246, 305

MILTON, JOHN (1608-1674). Poeta y ensayista inglés. Se convirtió en un paladín del puritanismo y combatió la Iglesia Anglicana y a la monarquía en una serie de folletos, entre los que se encuentran *La razón del gobierno de la Iglesia* (1641-1642), y *Areopagítica* (1644). Afiliado al Partido Republicano y secretario particular de Cromwell, después de la Restauración (1660), estuvo detenido algunos meses por regicida y casi se le condena a muerte. En los últimos años de su vida, ya ciego, dictó sus grandes obras: *Paraíso perdido* (1667), *Paraíso recuperado* (1671) y el drama poético *Samson Agonistes* (1671): 131

MILLET, JEAN-FRANÇOIS (1814-1875). Pintor francés. Hijo de campesinos, fue uno de los más notables paisajistas del siglo XIX. Discípulo de Delaroche, pronto desarrolló un estilo personal en la interpretación de la vida y labores campesinas. Se estableció en Barbizon, aldea del bosque de Fontainebleau, centro de una escuela de paisajistas, donde vivió en estrechez. Entre sus obras más conocidas se encuentran *Glaneuses* (1857) y *Angelus* (1859): 15

MISSIONARY RIDGE, BATALLA DE. Acción armada de la Guerra de Secesión estadounidense, ocurrida los días 24 y 25 de noviembre de 1863. Los federales comandados por el general William T. Sherman ocuparon las elevaciones de ese nombre cercanas a la ciudad de Chatanooga, defendidas por los confederados al mando del general Braxton Bragg: 173, 174

MITRE VEDIA, BARTOLOMÉ (1845-1900). Periodista y escritor argentino. Creció bajo la influencia de su padre, Bartolomé Mitre Martínez y también acumuló la experiencia de ser secretario de Domingo Faustino Sarmiento. Trabajó en el diario *La Nación* (Buenos Aires), que dirigió desde 1882. Fue presidente de la Asociación de la Prensa de Argentina y como tal, en 1888, designó a José Martí

representante en Estados Unidos y Canadá: 11, 27, 38, 53, 95, 105, 110, 122, 133, 142, 151, 156, 191, 218, 224. Véase Nf. en tomo 17.

MODUS VIVENDI ESPAÑA-ESTADOS UNIDOS: 92. Véase Nf. en este tomo.

MONROE, JAMES (1758-1831). Político estadounidense y uno de los fundadores de la coalición El Republicano, más tarde llamado Partido Demócrata-Republicano. Participó en la Guerra de Independencia de Estados Unidos, donde alcanzó el grado de coronel. Fue embajador en Francia y Gran Bretaña y secretario de Estado con el presidente James Madison. Fue uno de los negociadores de la compra de Louisiana y formuló la denominada Doctrina Monroe, que marcó durante años la línea de la política exterior estadounidense, en la que se aconsejaba a los países europeos no intervenir en las naciones libres americanas, aunque Estados Unidos recurrió a ella para justificar su propia injerencia en otros países, como México. Fue presidente entre 1817 y 1825. Sus propósitos respecto a Cuba siempre fueron de un claro contenido anexionista: 46

MONTEVERDE Y RIBAS, DOMINGO DE (1773-1832). Militar español. Se destacó en la toma del puerto de Tolón; fue herido y apresado en Trafalgar, y entre 1808 y 1810, peleó en tierra contra los franceses. Llegó a Venezuela en 1812 para combatir la Primera República. Se enfrentó a los patriotas en San Carlos y luego tomó Valencia e impuso la capitulación a Francisco de Miranda. Fue nombrado capitán general y jefe político, además de presidente de la Real Audiencia de Caracas. Marchó a pacificar el oriente venezolano, pero fracasó ante Maturín, en 1813, defendida por Manuel Páez. Trató de impedir la Campaña Admirable de Simón Bolívar, pero tuvo que encerrarse en Puerto Cabello. Herido cuando intentaba avanzar hacia Valencia, regresó a Puerto Cabello, donde entregó el mando. Más tarde marchó a Puerto Rico y luego a España, donde continuó sirviendo en la Marina: 135

MOORE, HARRY HUMPHREY (1844-1926). Pintor estadounidense. Estudió en París con Gerôme y con Fortuny en Madrid. Recorrió Alemania, Italia y Japón. Se dedicó a pinturas de género. Sus obras más importantes y más conocidas son *Gypsy Encampment*, *Granada*, *Moorish Water-Carrier*, *The Blind Guitar Player*, *A Moorish Beggar*: 104

MORO, TOMÁS (1478-1535). Político y escritor inglés. Se formó en la Universidad de Oxford y más tarde estudió derecho, pero su verdadero interés se centró en la ciencia, la teología y la literatura. En 1504 ingresó en el Parlamento. Bajo el reinado de Enrique VIII realizó misiones diplomáticas, fue miembro del Consejo Privado, se le concedió el título de Sir, persidió la Cámara de los Comunes y después la de los Loes. Renunció a la vida pública en 1532, al negarse a apoyar la petición del rey para divorciarse, no obstante, fue condenado y decapitado. Canonizado en 1935 por la Iglesia Católica. Su libro *Utopía* (1516) dio inicio a las ideas comunitarias modernas en el humanismo renacentista: 105

MORRIS, THOMAS (1776-1844). Político y abogado estadounidense perteneciente al Partido Demócrata. Senador y miembro de la Corte Suprema del estado de Ohio, más tarde fue electo al Senado de Estados Unidos por dicho estado: 159

MURILLO, BARTOLOMÉ ESTEBAN (1617-1682). Pintor español. Considerado uno de los grandes de la pintura española y universal. Los maestros barrocos italianos y flamencos, así como los precursores del barroco español, influyeron en su estilo que evolucionó a tonos humanos, sencillos y dulces. Autor de numerosos cuadros religiosos, entre 1645 y 1646 pintó once escenas de vidas de santos. En la iglesia Santa Lucía la Blanca, hacia 1650, realizó su famosa obra *La sagrada familia del pajarito*. En 1660 fundó y presidió la Academia de Dibujo de Sevilla. Pintó escenas callejeras y se destacó como pintor de niños. Otras de sus obras son *Niño pordiosero* (1645), *La Virgen y el Niño con santa Rosalía de Palermo* (1670), *La cocina de los ángeles*, la serie de las *Inmaculadas*, *El buen pastor*, *San Juanito* y *San Antonio y el niño*: 282

MUSSET, ALFRED DE (1810-1857). Escritor francés. En 1828 se sumó al cenáculo presidido por Victor Hugo, aunque desde la publicación de su primer libro *Contes d'Espagne et d'Italie* (1829-1830), se manifestaron las divergencias que determinaron su separación definitiva de aquel grupo. Sus poemas dramáticos «La coupe et les lèvres» (1832), «A quoi rêvent les jeunes filles» (1833) y «Namouna» (1833) responden a una concepción del teatro como texto para ser leído antes que interpretado, a lo cual alude el título de su recopilación *Un spectacle dans un fauteuil* (1833). Su novela autobiográfica *Confession d'un enfant du siècle* apareció en 1836. Publicó en la *Revue des Deux Mondes* la mayor parte de su producción. Por entonces conoció a la escritora George Sand, con la cual vivió tormentosos amores que inspiraron lo mejor de su creación lírica, las *Nuits* (1835-1837). En 1852 ingresó en la Academia Francesa y publicó *Poésies nouvelles*. En 1853 apareció su recopilación de textos para la escena *Comédies et proverbes*. Los críticos consideran su poesía como lo más destacado de su obra literaria: 246

—N—

LA NACIÓN. Diario bonaerense fundado en 1870 por el general Bartolomé Mitre Martínez, ex presidente de la República Argentina (1862-1868), quien previamente había adquirido el periódico *La Nación Argentina*, fundado en 1862. El primer número del nuevo diario apareció el 4 de enero de 1870, con Mitre como director, una modesta tirada de mil ejemplares y solo cuatro páginas. En su primer editorial, el ex presidente definió al periódico como «una tribuna de doctrina», y en efecto, durante sus primeros años de existencia fue el vocero del Partido Liberal. Tras el fracaso de la sublevación de septiembre de 1874 contra la elección de Nicolás Avellaneda —que frustrara su segunda aspiración presidencial—, el general Mitre fue encarcelado durante cuatro meses, y más tarde tuvo que exiliarse. Le sucedieron en la dirección del periódico José Antonio Ojeda (interinamente) de 1875 a 1882, y Bartolomé Mitre Vedia, de 1882 a 1893. *La Nación* se convirtió en un diario comercial moderno, sin dejar de hacer periodismo de opinión. El 16 de julio de 1877 inició la publicación de un servicio cablegráfico de noticias, proporcionado por la agencia francesa Havas, y desde 1881 tuvo corresponsales en importantes ciudades del mundo, entre

los cuales se destacaron José Martí, Rubén Darío y Emilio Castelar. A partir de 1885 tuvo un nuevo edificio, con máquinas impresoras movidas con vapor, y entre 1887 y 1890 ya tiraba 35 000 ejemplares diarios. José Martí colaboró ininterrumpidamente para el diario desde el 15 de julio de 1882 hasta el 20 de mayo de 1891. Aunque Martí y el general Mitre no se conocieron personalmente, este le remitió, en 1889, los tres tomos de su *Historia de San Martín* con la siguiente dedicatoria: «Al original escritor y pensador americano D. José Martí»: 11, 17, 26, 27, 37, 38, 40, 52, 53, 79, 80, 86, 95, 105, 109, 110, 122, 132, 133, 134, 141, 142, 150, 151, 153, 155, 156, 215, 218, 223, 224, 228

NAPOLEÓN I (1769-1821). Emperador de Francia (1802-1814). Nacido Napoleón Bonaparte, cursó estudios militares y sirvió a la república en el sitio de Tolón y en la campaña de Egipto. Dio el golpe de Estado del 18 Brumario (9 de noviembre de 1799) y asumió el gobierno durante el Consulado hasta que se coronó emperador (1804). Consolidó e instituyó muchas de las reformas de la Revolución Francesa. Conquistó la mayor parte de Europa e intentó modernizar las naciones que gobernó. Convirtió a Francia en la primera potencia europea, pero fracasó en España y en Rusia. Derrotado en 1814 por una coalición europea, abdicó y se retiró a la isla de Elba. Regresó a Francia, pero fue derrotado en Waterloo (18 de junio de 1815) y confinado a la isla de Santa Elena, donde murió: 137, 189

NEWMAN. Médico de Ulysses S. Grant: 96

THE NEW PARK THEATRE. Teatro de la ciudad de Nueva York, inaugurado a inicios de 1885 por el dúo de Harrigan y Hart. Estaba situado en la intersección de las calles Broadway y 35: 14

THE NEW YORK HERALD. Diario estadounidense fundado el 6 de mayo de 1835 por James Gordon Bennet, al que sucedió su hijo de igual nombre. Este último fundó el *Evening Telegraph* y estableció una edición diaria del *Herald* en Londres y París. Además, patrocinó la expedición de Henry M. Stanley a África en busca de Livingstone y la expedición al Polo de la *Jeannette*, comentadas por Martí en sus «Escenas norteamericanas». En 1920 se fusionó con *The Sun* para dar paso al *The Sun and New York Herald*. Posteriormente, en 1924, se asoció al *Tribune* y pasó a llamarse *The New York Herald Tribune*, rótulo con el que circuló hasta 1966. Fue uno de los impulsores del periodismo moderno en Estados Unidos y una de las fuentes principales de José Martí para sus escritos sobre ese país: 120, 137, 152. Véase Nf. en tomo 6.

NITTIS, GIUSEPPE DE (1846-1884). Pintor italiano. Recreó de modo realista diversas escenas callejeras de París y de Londres. No obstante, algunas obras suyas figuraron en la histórica «Exposición de impresionistas», celebrada en París en 1874: 245

NOBLE ORDEN DE LOS CABALLEROS DEL TRABAJO. Organización obrera fundada por Uriah Stevens en Filadelfia en 1869. Fue una organización secreta hasta 1878. Durante la década de los ochenta su membresía creció notablemente y en 1886 ya contaba con más de 600 000 afiliados. Abogaba por el establecimiento de cooperativas y asociaciones de ayuda mutua, pero se oponía de hecho a la participación de los obreros en las luchas políticas y practicaba la colaboración

de clase. Sus afiliados ignoraron la prohibición de sus dirigentes de secundar la huelga de 1886 y esto le hizo perder influencia a la organización. En 1890 ya había sido opacada por la American Federation of Labor y se desintegró a fines de esa década: 33, 40

LAS NOCHES. Obra de Alfred de Musset inspirada en el apasionado amor que compartió con la escritora George Sand. Consta de cuatro partes, *La noche de mayo*, *La noche de diciembre*, *La noche de agosto* y *La noche de octubre*, publicadas entre 1835 y 1837 en la revista *Revue des Deux Mondes*: 246

NORTH AMERICAN REVIEW. Revista estadounidense editada por Allen Thorndike Rice, quien la adquirió en 1876 y la sacó a la luz hasta su muerte en 1889. Después fue continuada por Lloyd Bryce, autor y editor. Publicó artículos centrados en los asuntos más importantes de esos tiempos, así como el llamado «symposium», consistente en la discusión acerca de cualquier tema por parte de personas calificadas, pero desde posiciones opuestas: 30

NUBE ROJA (1822-1909). Jefe de los sioux oglala, que se opuso a la ocupación estadounidense de Wyoming. En 1866, se convirtió en el dirigente de un grupo de sioux y cheyennes que se oponían a los planes del ejército de construir una carretera y varias fortificaciones en territorios sioux. Tras dos años de lucha las autoridades estadounidenses accedieron a sus demandas, y él se convirtió en firme defensor de la paz. Fue destituido como jefe oglala tras un enfrentamiento con un agente del gobierno en 1881 y pasó sus últimos años en Pine Edge, en el estado de Dakota del Sur: 139

NÚÑEZ, RAFAEL (1825-1894). Político colombiano, nacido en Cartagena de Indias y presidente de la República (1880-1882) (1884-1888). Desde muy joven estuvo vinculado a la política, y sucesivamente ocupó diversos cargos hasta llegar a ser gobernador de Bolívar (1854). Se encargó de la Secretaría de Hacienda en varios gobiernos y también fue cónsul en Europa. Candidato presidencial en 1876, resultó derrotado por Aquileo Parra. Venció en los comicios presidenciales para los períodos 1880-1882 y 1884-1886. Durante su segundo mandato, la escisión que produjo en el Partido Liberal y la fundación del Partido Nacionalista, de carácter conservador, provocó una sublevación de los liberales radicales (1885), que fueron derrotados (véase Nf. «Guerra Civil en Colombia e intervención estadounidense en Panamá»). Propuso la Constitución federalista de Río Negro (1863) y la aprobación de una nueva Constitución de carácter centralista (1886), que fijaba en seis años el período presidencial. En su tercer mandato presidencial (1886-1892), quien ejerció en realidad el poder fue Carlos Holguín. En 1892, reelegido por cuarta vez, delegó el poder en el vicepresidente Miguel Antonio Caro: 94

NÚÑEZ DE ARCE, GASPAR (1832-34?-1903). Poeta y dramaturgo español. Tuvo una activa vida política. Su poema «Gritos del combate» (1875) le hizo popular. Gran parte de su obra muestra fervor patriótico y tono oratorio y filosófico: 94. Véase Nf. en tomo 3.

NYE, JAMES WARREN (1814-1876). Abogado y político estadounidense. Estudió leyes en Troy, Nueva York, y después de ser admitido en el Colegio de Abogados ejerció en su natal condado de Madison, donde ganó gran prestigio profe-

sional. En 1857 se trasladó a la ciudad de Nueva York, donde fue designado como el primer presidente de la Junta metropolitana de policía. Fue miembro del Partido Republicano y se identificó con su ala radical. Fue un orador elocuente e ingenioso, y durante la campaña electoral de 1860 prestó un gran servicio a su partido en un recorrido por el Oeste. En 1861 el presidente Lincoln lo designó gobernador de Nevada, donde contrarrestó la influencia del Partido Proesclavista. Con la admisión, en 1865, de Nevada como estado de la Unión, fue elegido senador, y reelegido en 1867: 11, 20



OBELISCO A GEORGE WASHINGTON. Situado en Washington, D. C., en el extremo oeste de *The National Mall*. Esta estructura de mármol blanco, modelada siguiendo las pautas del obelisco egipcio clásico, rinde honores al Padre de la Patria, general y primer presidente de Estados Unidos. Tiene una altura de casi 170 metros, y predomina sobre los demás edificios de la ciudad. El diseño original de Robert Mill, fue considerablemente alterado durante la construcción, que se inició el 4 de julio de 1848 y se terminó el 6 de diciembre de 1884, aunque no fue abierto oficialmente al público hasta el 9 de octubre de 1888: 96

OBREGÓN, JOSÉ (1832-1902). Pintor mexicano. Discípulo de Clavé en la Academia de San Carlos. Su cuadro *Agar e Ismael en el desierto* fue bien acogido por la crítica. Su obra más interesante es *El descubrimiento*, donde intentó dar expresión a la historia antigua mexicana, sin que sus cánones académicos se lo permitieran plenamente. Entre sus cuadros figuran, además, *Giotto y Cimabue*: 103

OCARANZA E HINOJOSA, MANUEL (1841-1882). Pintor mexicano. Vivió y tuvo su estudio en la casa de Manuel Mercado. Fue novio de Mariana Matilde, Ana, hermana de José Martí. Viajó a Europa en ampliación de estudios y regresó a México en 1877. Entre sus numerosos cuadros se destacan *La flor marchita*, *La rosa envenenada o Travesuras del amor*, *¡Ah, es el gato!*, *La cuna vacía*, *Antes de la tempestad*, *Ahora o nunca*, *Naturaleza muerta*, *Jugar con fuego* y *La taza de té*. José Martí, que fue amigo personal de Ocaranza, escribió sobre él una entusiasta página guardada entre sus apuntes fragmentarios; y también, al conocer la muerte del pintor, ocurrida en Ciudad de México, compuso el poema «Flor de hielo», perteneciente a sus *Versos libres*: 103, 319. Véase Nf. en tomo 3.

O'DONOVAN ROSSA, JEREMIAH (1831-1915). Patriota irlandés, cuyo verdadero nombre era Jerry Donovan. Ingresó en 1856 en la asociación Fénix y, en 1858, pasó a la Liga de los Fenianos. Fue encarcelado varias veces y condenado a trabajos forzados. Desde 1863 dirigió el periódico *Irish People*. Su elección como diputado a la Cámara de los Comunes, en 1869, fue declarada nula. En 1870, al ser puesto en libertad, emigró a Estados Unidos, donde se puso al frente de la extrema izquierda de los fenianos. Editó allí *Irish World* y posteriormente *United Ireland*, donde llamó al enfrentamiento mediante acciones terroristas contra la dominación británica. Fue expulsado de los fenianos en 1887, y en 1889 ocupó un empleo en la administración municipal de Nueva York: 27, 33, 34, 36, 134

- OFICINA DE PENSIONES. Edificio de ladrillo en Washington, D. C. cuyo friso de barro cocido, refleja operaciones militares y navales. El piso inferior, con sus columnas de mármol, puede contener 20 000 personas en grandes solemnidades: 48
- ORANGE-NASSAU, GUILLERMO DE (1533-1584). Llamado el Taciturno. Príncipe de Orange, encabezó la lucha por la libertad holandesa frente a la opresión española de Felipe II. En 1572 fue electo estatúder (gobernador) de las provincias de Holanda y Zelanda y en 1579 las provincias del norte, con él como líder, fundaron la Unión de Utrecht: 74
- ORESTES. En la mitología griega, hijo de Agamenón, rey de Micenas, y de Clitemnestra. Era aún un niño cuando su madre y su amante Egisto, asesinaron a su padre. La hermana mayor de Orestes, Electra, temiendo por la vida del niño, lo envía al cuidado de su tío Estrofo, rey de Fócide. Allí creció junto al hijo de este, Pílates, que llegó a ser su compañero de toda la vida. Con él volvió a Micenas y vengó la muerte de Agamenón: 134

—P—

- PÁEZ, JOSÉ ANTONIO (1790-1873). Militar y político venezolano. Uno de los héroes más notables de la independencia y de los fundadores de la república. Reconoció en 1818 la autoridad de Bolívar. Figura principal de la campaña y segunda batalla de Carabobo, definitorias de la independencia de Venezuela. Impulsó la Convención de Valencia en 1830, la cual decidió la separación venezolana de Colombia y lo eligió presidente, cargo que volvió a ocupar de 1831 a 1835 y de 1839 a 1842. En 1860 fue ministro de la Guerra del presidente Manuel Felipe de Tovar. Con un golpe de estado instauró una dictadura en 1861, a la que renunció en 1863. Residió fuera del país y murió en Nueva York. Sus restos fueron repatriados en 1888: 134. Véase Nf. en tomo 8.
- PALACIO REAL. Londres. 32
- PARAÍSO. Parte de la *Divina Comedia* de Dante Alighieri que narra su andar por el Paraíso, guiado por Beatriz, su gran amor. Aquí llega al final de su viaje, donde puede por fin contemplar a Dios y siente como su propia voluntad se funde con la divina: 106
- PARLAMENTO. Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda. Órgano legislativo formado desde el siglo XIV por el soberano y dos cuerpos: la Cámara de los Lores y la de los Comunes. El primero se formaba por designación y el segundo era electivo mediante el voto secreto desde 1872. Su existencia se remonta a la Inglaterra del siglo XI. En el siglo XIII, por la Carta Magna, se convirtió en institución de obligada consulta por la monarquía y asumió el gobierno de Inglaterra entre 1648 y 1688: 32, 133
- PARRA, FÉLIX (1845-1919). Pintor mexicano. Recibió clases en la escuela de dibujo y pintura del Colegio de San Nicolás (1861) y en la Academia de San Carlos (1864-1878). Fue alumno de Urruchi, Clavé y Rebull. Obtuvo una beca para realizar estudios en Europa, a su regreso (1883), se incorporó a la Academia como profesor. En su obra se destacan los temas históricos y los paisajes,

aunque también realizó retratos y bodegones. Entre sus piezas más notables están *Galileo*, *El cazador*, y *Fray Bartolomé de las Casas*: 103

PARTIDO DE TEMPERANCIA. Grupo de temperancia estadounidense, formado en 1836 en Saratoga, Nueva York, que procuró unificar, coordinar y estructurar el trabajo de cientos de sociedades a lo largo de Norteamérica, favoreciendo la completa abstinencia del alcohol. Su precursor fue el United States Temperance Union, que había sido formado por la National Temperance Convention en 1833, y su primer presidente fue Stephen Van Rensselaen. Se sustentaba en la persuasión moral, las publicaciones religiosas y en la acción legislativa para promover sus propósitos. Representaba el ala más recia, más evangélica, declaradamente prohibicionista del movimiento de temperancia y en 1850 apoyó una ley de prohibición estatal en Maine. En 1865 la Unión fue absorbida por la National Temperance Society and Publication House, también con sede en la ciudad de Nueva York: 79

PARTIDO DEMÓCRATA. Estados Unidos. Una de las dos principales agrupaciones políticas del país. Fundado en 1792 por Thomas Jefferson como coalición El Republicano, pronto tomó el nombre oficial de Partido Demócrata-Republicano. Unía a los opuestos a un fuerte gobierno central sobre los estados. En general fue librecambista y hacia los años 30 del siglo XIX tuvo grandes reformas bajo el liderazgo de Andrew Jackson y Henry Clay, por lo que sufrió una escisión que formó el Partido Nacional Republicano, de carácter proteccionista y conocido como los Whigs desde 1835. Impulsó la expansión hacia el Oeste y las guerras con México. En 1860 se dividió ante el problema de la esclavitud, y fue acusado por los republicanos de promover la secesión de los estados confederados. No pudo alcanzar nuevamente la presidencia durante el siglo XIX hasta las dos elecciones de Grover Cleveland en 1884 y 1892: 53, 56, 61, 63, 65, 70, 72, 77, 80, 105, 110, 125, 220

PARTIDO REPUBLICANO. Estados Unidos. Una de las dos principales agrupaciones políticas del país. Fue fundado en 1854 para encauzar los objetivos abolicionistas proclamados por las bases del partido *Whig*, cuya dirección se negaba a repudiar la esclavitud. Se le considera el continuador de los Federalistas y de los propios *Whigs*. El nombre fue adoptado por sugerencia de Horace Greeley. Su primera convención se reunió en Pittsburgh, en febrero de 1856, y una segunda convención en Filadelfia aprobó una plataforma contraria a la admisión de la esclavitud en los nuevos territorios que se incorporasen a la Unión. Desde que ganó la presidencia con Abraham Lincoln en 1860, ha sido el partido con más victorias presidenciales. Durante la segunda mitad del siglo XIX se caracterizó por sostener el proteccionismo y dar atención secundaria a la política exterior, que dio paso, hacia finales de esa centuria, a una agresiva acción expansionista, dada la influencia en su dirección de los intereses de la naciente oligarquía financiera. José Martí dedicó un amplio texto a su historia y desenvolvimiento, titulado «Filiación política. El origen del Partido Republicano de los Estados Unidos», que fue publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 6 de noviembre de 1884: 53, 61, 62, 63, 64, 66, 70, 72, 113, 165

- PASAMONTE. Secretario de Juana *la Loca*. Personaje referido en la novela de José Martí, *Lucía Jerez*: 263
- PASINI, ALBERTO (1820-1897). Pintor italiano. En París se dedicó a la litografía. En 1853 expuso *Le Soir* y alcanzó gran éxito. Abandonó la litografía por la pintura. Sus viajes a Turquía y a Persia le fueron fuente de inspiración, apreciable en sus paisajes y cuadros de género. Entre sus obras figuran *Mariage arabe au Caire*, *Paturage du nord de la Perse*, *Musulmans fanatiques au tombeau de Moïse*, *Un marché a Constantinople*, *Souvenir d'Orient*, *Derviche mendiant*, *Le jardin du harem* y otras: 154, 245
- PASTEUR, LOUIS (1822-1895). Químico y biólogo francés. Fundó la ciencia de la microbiología, demostró la teoría de los gérmenes como causantes de enfermedades (patógenos), inventó el proceso para combatirlos que lleva su nombre y desarrolló vacunas contra varias enfermedades, incluida la rabia: 106
- PEARSON. Director de Correos de Nueva York, en 1885. Había sido nombrado por el Partido Republicano, pero el Presidente Cleveland, al constatar su reputación de hombre honrado, lo mantuvo en el cargo en contra de la opinión de los demócratas: 90
- PEDRO EL ERMITAÑO (1050-1115). Religioso francés. Predicador de la primera Cruzada. La leyenda le atribuye un papel preponderante en la preparación de esta, pero su campaña en pro de ella empezó después del concilio de Clermont de 1095, en que se acordó emprenderla. Partió al frente de una indisciplinada multitud entregada al pillaje, por lo que fue en gran parte exterminada por los húngaros y los búlgaros; pasó a Constantinopla sin lograr el apoyo del emperador griego y después de atravesar el Bósforo presencié la destrucción casi total de los restos de sus gentes en las inmediaciones de Nicea. Estuvo en el sitio de Antioquía, y volvió a Europa, para acabar sus días en el monasterio fundado por él, cerca de Lieja: 61
- PEDRO REAL. Personaje de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 235, 241, 242, 243, 244, 245, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 281, 282, 283, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 312
- PENDLETON, GEORGE HUNT (1825-1889). Legislador estadounidense. Entre 1854 y 1865, sirvió primero al Senado y después a la Cámara de Representantes de su estado, Ohio. En 1864 fue candidato a la vicepresidencia por los demócratas con George B. McClellan. Aspiró a gobernador de Ohio, pero fue derrotado. En 1878 fue electo senador por ese estado. En 1885 fue designado embajador de Estados Unidos en Alemania: 92
- EL PEREGRINO. Estatua de bronce en la cima de la colina de ese nombre en el Parque Central de Nueva York. Erigida en 1885 por la Sociedad de la Nueva Inglaterra con motivo de sus 75 años de fundación. El escultor fue John Quincy Adams Ward y el diseñador del pedestal fue Richard Morris Hunt. La figura sostiene un mosquete por la boca en su mano derecha. El pedestal tiene cuatro bajorrelieves: una ballesta con flechas, el *Mayflower*, el Comercio, y la *Biblia* y la Espada. La inscripción del pedestal dice: «Para conmemorar el desembarco de los Padres Peregrinos en la Roca de Plymouth: 21 de diciembre de 1620»: 130

- PERSONAL MEMOIRS OF U. S. GRANT*: Memorias de este general y presidente estadounidense, publicadas por Charles L. Webster & Company, New York, 1885: 154
- PETERSBURG, CAMPAÑA DE. Tuvo lugar entre el 15 de junio de 1864 y el 3 de abril de 1865. Su objetivo final era la toma de esta ciudad, muy importante estratégicamente, pues diversas líneas de ferrocarril confluían en ella y uno conectaba directamente con Richmond, la capital de la Confederación. Fue fortificada en 1862, pero el peligro real comenzó en mayo de 1864, con el ataque dirigido por el general Butler, quien casi la captura. El general Ulysses S. Grant dirigió ocho ofensivas contra la ciudad, aunque José Martí se refiere a la última de ellas, iniciada el 29 de marzo de 1864. Después de muchos meses de sitio y de diversos combates importantes en los alrededores, la ciudad cayó en la noche del 2 al 3 de abril de 1865, luego de un ataque masivo y sorpresivo, pues Grant lanzó 16 divisiones federales contra 7 divisiones confederadas: 176
- PETRONA REVOLORIO. Personaje de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 298, 300, 304, 307, 309, 312
- PHELAN, THOMAS. Irlandés que intentó volar un vapor inglés: 34
- PHELPS, EDWARD JOHN (1822-1900). Diplomático estadounidense. Estudió derecho y fue admitido en el cuerpo de abogados de Vermont en 1843. Opuesto a la Guerra de Secesión, miembro de la Convención Constitucional de Vermont en 1870, profesor en la Universidad de Yale y conferencista de derecho constitucional en la Universidad de Boston; el presidente Cleveland lo nombró embajador en Gran Bretaña (1885-89). Fue designado en 1893, por el presidente Harrison, para intervenir en la disputa sobre el Mar de Behring. Después continuó siendo profesor en Yale: 91
- PHILLIPS, WENDELL (1811-1884). Orador, abogado, político y periodista estadounidense. Su elocuente discurso de protesta, pronunciado en Faneuil Hall, a raíz del asesinato del abolicionista Elijah P. Lovejoy, señaló el inicio de su larga e importante carrera como conferencista. Fue delegado ante la convención mundial antiesclavista de Londres, en 1840; se opuso a la guerra de México y a la anexión de Texas; presidió la Sociedad Antiesclavista de Estados Unidos hasta su disolución en 1870, por conducto de la cual dio su apoyo a la causa independentista de Cuba; además defendió los derechos de los negros y de las minorías maltratadas por la sociedad nortea, incluyendo los aborígenes, los irlandeses y las mujeres para las que pidió el derecho al sufragio. En 1870 fue candidato a la gobernación de Massachussets por el Partido Laboral Reformista. El año siguiente, dirigió la convención de ese Partido que adoptó una plataforma progresista en cuestiones laborales y financieras. Se negó a jurar la Constitución de su país por considerarla tolerante de la segregación racial. José Martí lo llamó «vocero ilustre de los pobres, magnánimo y bello caballero de la justicia y la palabra» y a su muerte publicó un texto en el mensuario neoyorquino *La América* en febrero de 1884 (véase en el tomo 19) y otro en *La Nación* (Buenos Aires), el 28 de marzo del mismo año (véase en el tomo 17, pp. 167-175): 19, 61, 164, 197. Véase Nf. en tomo 17.
- PÍLADES. Según la mitología griega, amigo de Orestes y esposo de su hermana Electra. Ayudó a Orestes a vengar la muerte de su padre y lo acompañó a

cumplir la expiación por el crimen cometido. Cuando el rey Thoas decidió aplicarles la ley que exigía el sacrificio de uno de los dos, siempre uno pretendía salvar al otro, por lo que su nombre ha quedado como símbolo de la amistad: 134

PINA, JOSÉ SALOMÉ (1830-1909). Pintor y profesor mexicano. Uno de los primeros discípulos del maestro español Pelegrín Clavé, a quien sucedió en la dirección de la Academia de San Carlos en 1867. Estudió también en París y en Roma. Dentro del clasicismo rafaelesco, entre sus obras se citan *Salida de Agar para el desierto*, *Sansón y Dalila*, *San Carlos Borromeo*, *Abraham e Isaac* y *La virgen de la Piedad*. En 1889 pintó grandes cuadros para la Colegiata de Guadalupe: 103

POE, EDGAR ALLAN (1809-1849). Escritor, poeta y crítico estadounidense. Huérfano a los dos años de edad, fue adoptado por el matrimonio Allan. A los dieciocho años publicó anónimamente su primer libro *Tamerlán y otros poemas*. Su vida transcurrió desde entonces entre la pobreza, el alcoholismo y su propio desequilibrio. Compuso poesías como «El Cuervo», «Las Campanas» y «Annabel Lee», que tuvieron fama mundial, e igualmente conocidos fueron sus cuentos «El escarabajo de oro», «Doble asesinato en la calle Morgue», «El gato negro», «La barrica de amontillado», «El hundimiento de la casa Usher». Escribió también *Las aventuras de Gordon Pym*, *Cuentos de lo grotesco y arabesco*: 103, 246

POLK, JAMES KNOX (1795-1849). Político estadounidense. Graduado de derecho ejerció la abogacía en Nashville, Tennessee, donde fue elegido gobernador en 1839. Cinco años más tarde resultó candidato presidencial por el Partido Demócrata, y ocupó la presidencia de 1845 a 1849. Practicó una política expansionista sobre todo a costa de México, de cuyos territorios de California y Nuevo México se apoderó entre 1846 y 1848 mediante la guerra. En negociaciones con Inglaterra adquirió el territorio que después se convirtió en el estado de Oregon. Siempre que convino a los intereses estadounidenses, esgrimió vehementemente las políticas agresivas de la Doctrina de Monroe y el Destino Manifiesto. En 1848 hizo a España el ofrecimiento de comprar la isla de Cuba: 159

PUCK. Semanario humorístico ilustrado que se publicaba en alemán e inglés. En 1884 tenía su redacción en el número 23 de la calle Warren, en Nueva York: 31



QUARTLEY, ARTHUR (1839-1886). Pintor estadounidense. Se dedicó a los paisajes marinos. Fue miembro de la Academia Nacional de Nueva York y participó en las exposiciones de Londres de 1884 y 1885. Los museos de Baltimore, Brooklyn y Cincinnati conservan sus obras, entre las que se destacan *Marina*, *La playa de Cabassel*, *Barco pesquero*, y *Tarde de verano: isla de Shoals*, entre otras: 104

QUINTANA, MANUEL JOSÉ (1772-1857). Poeta español. Su obra más famosa es la que expresa el sentimiento de patria, como «Al combate de Trafalgar» (1805), «A España después de la revolución de marzo» (1808) y «Al armamento de las provincias españolas» (1808). También canta a otros asuntos más universales, en bien de la humanidad, como en su obra «A la invención de la imprenta» (1800) o «A la expedición española para propagar la vacuna en América» (1806).

Participó en la revolución de 1808, y entonces su verbo fue el de la resistencia española. Guardó prisión por sus ideas. En 1833, a la muerte de Fernando VII, fue nombrado prócer del reino, presidente de instrucción pública y ayo instructor de la reina Isabel: 23

—R—

RAFAEL (1483-1520). Rafael Sanzio. Pintor y arquitecto italiano que personifica, junto a Miguel Ángel y a Leonardo de Vinci, la máxima expresión del arte renacentista. Ocupó un puesto importante en las cortes de los papas Julio II y León X y colaboró en la decoración del Vaticano. Legó innumerables obras maestras, entre ellas *La sagrada familia*, *La bella jardinera*, *San Miguel derribando al demonio*, *La escuela de Atenas* y los frescos de las Cámaras y las Logias del Vaticano: 253, 263

RAMÍREZ, JOAQUÍN (1839?-1886). Pintor mexicano. Discípulo de Clavé en la Academia de San Carlos. Pintó grandes telas con temas del Antiguo Testamento, cuyas composiciones, buen dibujo y factura excelente, los hacen muy estimables. *Moisés en Raphidín*, *El Arca de Noé* y *Los hebreos cautivos en Babilonia* son de sus mejores obras: 103

RANDALL, SAMUEL JACKSON (1828-1890). Político estadounidense. Líder del ala proteccionista del Partido Demócrata. Desde 1863 hasta su muerte fue representante a la Cámara y Presidente de la misma desde 1876 hasta 1881: 118

RAWLINS, JOHN AARON (1831-1869). Abogado y militar estadounidense. En 1861, después de un brillante discurso relacionado con la batalla de Fort Sumter ante la presencia de Ulysses S. Grant, este quedó tan impresionado que lo designó como asistente suyo, y fue amigo y consejero y Secretario de la Guerra durante su primer mandato. Se declaró partidario de la independencia de Cuba: 162, 163, 170, 172, 175, 177, 181, 182, 183, 185, 194, 195, 199, 203, 205, 210, 211, 212

REBULL, SANTIAGO (1829-1902). Pintor mexicano. Discípulo de Clavé en México y de Thomas Consoni en Roma. De vuelta a México en 1859, fue profesor de Dibujo del natural en la Academia. Por encargo de Maximiliano I pintó su retrato y el de la emperatriz Carlota, que quedó incompleto, y decoró algunas terrazas del Castillo de Chapultepec. Su obra más famosa y discutida fue *La muerte de Marat*, elogiada por José Martí (véase en el tomo 3, pp. 146-152, el texto Una visita a la exposición de Bellas Artes IV»), quien apreciaba su producción pictórica e incluso, habló en ocasión de la coronación del pintor en la Academia de San Carlos, aunque ese discurso no se conserva: 103

REGIMIENTO 69 (IRLANDESES). Una de las más populares unidades de irlandeses de Nueva York en el ejército de la Unión durante la Guerra de Secesión de Estados Unidos. Se destacó en las batallas de Antietam y de Frederickburg y fue comandado por el irlandés nacionalista Thomas Meagher: 48

LA REVISTA DE ARTES. Publicación ficticia, mencionada en la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 251, 253

RIGOLETTO. Ópera en cuatro actos. Una de las piezas más celebres del compositor italiano Giuseppe Verdi, estrenada en Venecia en 1851: 243

- RISTORI, ADELAIDA (1822-1906). Actriz italiana de fama internacional. Fue muy popular en España, donde llegó a obtener de Isabel II el indulto de un conde-nado a muerte. Realizó un acto semejante en Chile. Efectuó una temporada en México entre diciembre de 1874 y febrero de 1875, en el Gran Teatro Nacional. La oposición del gobierno colonial a que desembarcara en La Habana en 1875, fue comentada por José Martí en gacetillas de la *Revista Universal* y por la prensa de varios países: 11, 14
- ROACH, JOHN (1815-1887). Constructor naval estadounidense. De origen irlandés, se radicó en Estados Unidos (1829). Después de varios trabajos relaciona-dos con la fundición, estableció un negocio de su propiedad. En 1871 adquirió el astillero Rainer y amplió considerablemente su negocio. Bajo el nombre de *Delaware River Iron Shipbuilding and Engine Works* construyó un gran número de embarcaciones mercantes y los primeros barcos para la marina de Estados Unidos, como los cruceros *Atlanta*, *Boston* y *Chicago*: 224, 225
- ROBERTS, WILLIAM RANDALL (1830-1897). Militar y diplomático estadounidense. De origen irlandés, emigró a Estados Unidos a los diecinueve años de edad. Fue designado por el presidente Cleveland embajador extraordinario y minis-tro plenipotenciario de Estados Unidos en Chile. Después de enriquecerse en Nueva York, se convirtió en un benefactor de obras de caridad y movimientos patrióticos: 92
- ROMERO, MATÍAS (1837-1899). Político y diplomático mexicano. Perteneció a los liberales; fue colaborador de Juárez, funcionario y embajador en Washington en distintas épocas hasta su muerte. Durante la Conferencia Internacional Americana y la Monetaria de las Repúblicas de América, se relacionó con José Martí, quien comentó sus actividades varias veces en sus crónicas sobre Esta-dos Unidos: 82, 148. Véase Nf. en tomo 3.
- ROSECRANS, WILLIAM STARKE (1819-1898). Militar y político estadounidense. Gra-duado de West Point, también fue profesor de esa Academia. En 1854 aban-donó el ejército y trabajó como ingeniero civil y arquitecto en Cincinnati. Al inicio de la Guerra de Secesión, se incorporó a las fuerzas de la Unión y en 1862 recibió el mando del Ejército de Cumberland, del que fue destituido por sus errores militares en la batalla de Chickamauga. Después de la guerra se le nombró embajador de Estados Unidos en México (1868-69). Entre 1881 y 1885 fue miembro del Congreso por el estado de California: 182, 211
- RUBAYAT. Largo poema en cuartetos atribuido al poeta y matemático persa Omar Kheyyam. En él se exaltan la naturaleza y los placeres de la vida, al tiempo que se concibe el destino del hombre como un indescifrable misterio: 246

—S—

- SAAVEDRA FAJARDO, DIEGO (1584-1648). Escritor, crítico y diplomático español. Uno de los prosistas barrocos que más influyera en José Martí. Entre sus obras se destaca *Idea de un príncipe político cristiano representada en cien empresas*, también conocida por *Las empresas*: 257

SAGREDO, RAMÓN (1834-1872). Pintor mexicano. Estudió en la Academia de San Carlos. Discípulo de Clavé. Ejecutó una obra que le dio fama *Jesús en el camino de Emaús*. También pintó *La muerte de Sócrates* y los medallones que decoran el techo de las galerías de pintura de la antigua Academia de San Carlos. Por encargo de Maximiliano I hizo el retrato de Vicente Guerrero que hoy se encuentra en el Palacio Nacional: 103

SAINT JOHN, JOHN PIERCE (1833-1916). Abogado y político estadounidense. Durante la Guerra Civil luchó en las filas norteamericanas y luego ejerció la abogacía en Kansas. Fue gobernador de ese estado entre 1879 y 1883. Candidato a la presidencia por el Partido Prohibicionista en 1884, posteriormente, se afilió al Partido Demócrata: 79

SAN FRANCISCO. Escultura de Alonso Cano, referida en la novela de José Martí, *Lucía Jerez*: 363

SANDS, HENRY B. Médico de Ulysses S. Grant: 96

SARGENT, JOHN SINGER (1856-1925). Pintor estadounidense. Retratista célebre en su época, aunque también se dedicó a la pintura de género. Formado en Europa, en 1879 logró su primer éxito en el Salón de París con su Retrato de Charles Carolus Duran. Después viajó a España donde estudió a los grandes maestros hispanos en el Museo del Prado. De ese período sobresale su *Retrato de Madame Gautreau* (1883-1884). Fue miembro electivo de la Real Academia de Inglaterra en 1891 y de la Academia Nacional de Diseño de Nueva York, en 1897. Sus trabajos más ambiciosos y originales fueron las decoraciones en la Biblioteca de Boston. Hacia 1907, agotada su vena retratista, se dedicó a pintar acuarelas de paisajes europeos bajo la influencia del impresionismo. Entre sus obras más apreciadas se encuentran *Clavel*, *Lirio*, *Rosa* (1886), *Los hermanos Wyndham* (1900) y *Retrato de Millicent, duquesa de Sutherland*: 104

SARTORIS JONES, NELLIE GRANT (1855-1922). Hija de Ulysses S. Grant. Se casó espectacularmente en la Casa Blanca el 21 de mayo de 1874, con el inglés Algernon Sartoris. De esa unión nacieron tres hijos. Se mudó a Inglaterra pero el matrimonio fracasó y regresó a Estados Unidos. Vivió con su madre hasta la muerte de esta. En 1912 se casó con Frank H. Jones, primer asistente del Director de Correos bajo el presidente Cleveland. Pocos años después sufrió un accidente que la dejó inválida hasta el final de sus días. Murió en Chicago y fue enterrada en el cementerio de Oak Ridge, Springfield, Illinois, cerca de la tumba de Abraham Lincoln: 190

SEMANA SANTA. En el año litúrgico cristiano, semana que conmemora la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo: 283

SENADO. Estados Unidos. Uno de los dos cuerpos legislativos creados por la Constitución. A finales del siglo XIX lo formaban dos senadores electos por la legislatura de cada estado, por periodos de seis años: 11, 18, 22, 25, 38, 44, 49, 50, 107, 140, 164, 180, 186

SEÑOR. Véase Dios.

SEÑOR RAMÍREZ. Personaje referido en la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 243

SEÑORA DE RAMÍREZ. Personaje referido en la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 243

SHERIDAN, PHILIP HENRY (1831-1888). Militar estadounidense. Combatió con las fuerzas federales durante la Guerra de Secesión. En 1883 fue nombrado jefe máximo del ejército de su país. Escribió *Personal Memoirs* (1888). A su muerte, José Martí le dedicó una crónica en el Partido Liberal (México), publicada el 26 de agosto, y en *La Nación* (Buenos Aires), el 3 de octubre de 1888: 84, 176, 196, 204, 215. Véase Nf. en tomo 9.

SHERMAN. Personaje referido de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 308

SHERMAN, WILLIAM TECUMSEH (1820-1891). Militar estadounidense. Estudió en la Academia de West Point y, al estallar la Guerra de Secesión, se incorporó al ejército de la Unión. En 1863 combatió a las órdenes del general Ulysses S. Grant, y en el otoño de ese año recibió el mando del ejército de Tennessee. En 1864 fue ascendido a comandante en jefe de los ejércitos del Oeste y se le encomendó avanzar hacia Atlanta, ciudad que tardó tres meses en tomar. Su acción militar más famosa se conoce como «la marcha hacia el mar», cuando avanzó desde Atlanta hasta Savannah, Georgia, por la costa atlántica. Por el camino, sus hombres asolaron el territorio y cortaron las comunicaciones del gobierno confederado de Richmond, Virginia, con sus estados del Oeste. Acabada la guerra fue ascendido a general de división del ejército regular y, tras la elección de Grant a la presidencia, recibió el mando de todo el ejército de Estados Unidos. Publicó sus memorias en 1875 y se retiró en 1883: 154, 157, 161, 172, 175, 176, 182, 193, 202, 204, 211

SHILOH, BATALLA DE. Hecho de armas ocurrido durante la Guerra de Secesión estadounidense, en esa localidad a orillas del río Tennessee, en el estado de ese nombre. Tuvo lugar el 6 y el 7 de abril de 1862 entre las fuerzas de la Unión, al mando de Ulysses S. Grant y los confederados, dirigidos por Albert S. Johnston y Beauregard. También se le conoce como la batalla de Pittsburg Landing, por la cercanía a ese lugar. Johnston atacó en la mañana del 6, fue repelido en la tarde y murió en el combate. Grant atacó al siguiente día mediante un asalto general resistido por los confederados hasta su retirada en la tarde: 152, 171, 199

SHORT, RICHARD. Al parecer, feniano irlandés residente en Nueva York: 34

SHRADY, GEORGE F. Médico de Ulysses S. Grant: 96

SMITH DE HAMILTON, MERCEDES. Venezolana que acogió en su residencia a José Martí durante su breve estancia en Venezuela en 1881. Era prima de Carmen Miyares e hija del inglés Guillermo Smith, miembro de la Legión Británica, quien combatió junto a Simón Bolívar durante las luchas por la independencia, y ocupó cargos importantes en el Estado venezolano: 315, 316

SOCIEDAD DE LA NUEVA INGLATERRA. Asociación fundada el 6 de mayo de 1805 para conmemorar el desembarco de los Padres Peregrinos en Plymouth Rock (1620). Su objetivo era promover la amistad, caridad y asistencia mutua, además de otros fines literarios. Celebraba una cena pública anual el Día del Peregrino (22 de diciembre). En 1884 tenían más de 1 300 miembros. Podía pertenecer a ella cualquier descendiente de naturales de Nueva Inglaterra que tuviera más de dieciocho años de edad: 130

SÓCRATES (469-399 a.n.e.). Filósofo griego nacido en Atenas. Después de ser soldado, se dedicó a la filosofía, transformándose en un símbolo de la cultura

de su tiempo. Su método mayéutico se basaba en preguntas y respuestas como procedimiento para el ejercicio de la máxima: «conócete a ti mismo». Fue condenado a tomar la cicuta, acusado de atacar la religión y de corromper a la juventud. No se le conoce obra escrita, aunque los *Diálogos* de Platón son básicos para conocer su pensamiento: 128

SOL DEL VALLE. Protagonista de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí. Aparece así llamada, a partir del capítulo tercero; antes era Leonor del Valle: 232, 268, 269, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 282, 283, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 312

SOLIGNAC. Portador de correspondencia entre José Martí y Manuel A. Mercado: 317

SOTO, MARCO AURELIO (1846-1908). Político hondureño. Estudió derecho en las universidades de Honduras y Guatemala. Después de participar en la revolución liberal de 1871, fue subsecretario de Gobernación y, sucesivamente, ministro del Interior, de Negocios Eclesiásticos, de Relaciones Exteriores y de Instrucción Pública de Guatemala, bajo la presidencia de Justo Rufino Barrios. En 1876 aceptó la presidencia de su país con apoyo guatemalteco cargo que ocupó hasta 1883, cuando perdió la confianza de Barrios y decidió no regresar a su país luego de un largo viaje al extranjero. Su gobierno de corte liberal, fomentó la riqueza del país y aplicó importantes reformas legislativas: se promulgó la Constitución de 1880, se suprimieron el fuero eclesiástico y los diezmos y se estableció la enseñanza laica y se reorganizaron los estudios universitarios: 96, 147

STANTON, HENRY BREWSTER (1805-1887). Orador y periodista estadounidense. Se destacó como abolicionista. Trabajó primero para *The Monroe Telegraph*, después como editor del *Massachusetts Abolitionist*. Viajó por Inglaterra y Francia en defensa de esta causa. Se hizo abogado, pero abandonó su profesión para dedicarse a la vida política. Estuvo vinculado a la prensa diaria por cerca de cincuenta años. Fue colaborador de varias publicaciones y periódicos. Trabajó desde 1868 hasta su muerte en *The Sun*. Se casó con Elizabeth Cadý, escritora y luchadora por el derecho de la mujer al sufragio: 133, 137

STANTON, EDWIN MCMASTERS (1814-1869). Político y jurista estadounidense. Comenzó a trabajar a los trece años, después de la muerte de su padre. A los diecisiete ingresó en *Kenyon College*, pero tuvo que abandonar los estudios dos años más tarde por falta de recursos para costearlos. En 1836 fue admitido en el colegio de abogados. Apoyó al Partido Demócrata. En 1837 fue designado fiscal de su condado. Dos años más tarde retorna al ejercicio privado de la abogacía. En 1847 se mudó a Pittsburgh. En 1856 se trasladó a Washington y en 1858 fue enviado a California como consejero especial de Estados Unidos en un caso de litigio respecto a las tierras concedidas por el gobierno mexicano antes del tratado de 1848. Fue nombrado Secretario de Justicia del gobierno de Buchanan el 20 de diciembre de 1860, el mismo día en que la secesión fue adoptada por Carolina del Sur. Se opuso enérgicamente a los secesionistas. En 1862 Abraham Lincoln lo designó Secretario de la Guerra y apoyó a Lincoln en la promulgación de la ley abolicionista: 175

- STEWART, ALEXANDER TURNER (1802-1872). Comerciante estadounidense. En 1823 abrió una pequeña tienda, y en 1846, ya había construido un lujoso edificio conocido como Marble Palace. Este fue el primer edificio comercial con fachada de mármol en Nueva York. En 1862 construyó el Palacio de Hierro, que ocupó una manzana completa y fue la primera construcción de este tipo en la ciudad, y una de las estructuras de hierro más grandes del mundo. Durante la década del sesenta fue el mayor importador de Estados Unidos. Era un coleccionista ávido y fundó la Garden City. Estuvo unido a la administración de Ulysses S. Grant y se vio implicado en el famoso caso de corrupción del Tweed Ring: 185
- SUMNER, CHARLES (1811-1874). Político y abogado estadounidense. Publicó *American Jurist*. Entró en la política en 1845 al pronunciar un discurso en Boston: «La verdadera grandeza de las naciones», que fue un llamado a la paz. Se opuso a la anexión de Texas. Entró al Senado en 1851 y permaneció allí hasta su muerte. Se opuso a la Ley contra el esclavo fugitivo. Su defensa de la igualdad de los negros le valió una agresión física, en pleno Senado, por parte de un representante de Carolina del Sur, lo que lo incapacitó por varios años. Durante la Guerra Civil fue el más vigoroso abogado de la emancipación y de la inclusión de los negros en el ejército de la Unión. Se opuso al intento de Grant de anexión de Santo Domingo, en 1870: 19, 186, 215
- THE SUN. Periódico estadounidense. Fundado en 1833 por Benjamin Day, en 1868 fue adquirido por Charles A. Dana, quien lo dirigió hasta su muerte. Se hizo notable por la calidad de sus editoriales bajo la dirección de Dana, y marcó pauta en el periodismo de su país. Fue un periódico moderno destinado a un público masivo. José Martí escribió sistemáticamente para este diario entre 1880 y 1881, con artículos que aparecen recogidos en el tomo 7 de esta edición. En los años 90, privilegió criterios anexionistas respecto a Cuba: 172. Véanse Nf. en tomos 1 y 7.
- THE SUNDAY HERALD. Semanario de la ciudad de Washington, Estados Unidos. Comenzó a publicarse el 1ro. de abril de 1866, por John T Halleck & Co. Se unió al *Weekly National Intelligencer* el 19 de septiembre de 1869; el nuevo periódico se llamó *The Sunday Herald and Weekly National Intelligencer*. Al parecer, dejó de publicarse en 1892: 145
- SWAIM, DAVID G. General estadounidense, amigo personal y colaborador del presidente Garfield: 40

—T—

- TAMMANY HALL. Organización política del Partido Demócrata en Nueva York. Formada inicialmente por antiguos soldados patriotas, tomó el nombre del legendario jefe indio de Delaware e incorporó ceremonias y símbolos de los indios. Fue fundada en 1788 como la Sociedad de San Tammany o la Orden de Columbia, en respuesta a los clubes más exclusivos de la ciudad, integrados por antiguos realistas que se agruparon en los Tories y en los federalistas. A mediados del siglo XIX estaba dominada por los irlandeses y funcionó como una maquinaria de control electoral y clientelismo político con el fin de monopolizar los cargos públicos hasta bien entrado el siglo XX: 47, 74, 75, 78, 79, 144

TAYLOR, ZACHARY (1784-1850). Político y militar estadounidense. En 1808, se incorporó al ejército y, en 1837, fue ascendido a brigadier general tras obtener una victoria decisiva sobre los indios seminolas en la Florida, donde permaneció cuatro años. En 1845 se le ordenó ocupar Texas y establecer en el Río Grande la frontera con México. La guerra contra México comenzó con el avance de sus fuerzas; capturó la ciudad de Monterrey y venció después de una batalla decisiva a Santa Ana, comandante en jefe de las tropas mexicanas. Estos triunfos posibilitaron su candidatura presidencial. Después de una gira por todo el país, ganó la nominación presidencial en mayo de 1848 y ocupó la presidencia de Estados Unidos desde 1849 hasta 1850. Propició la inclusión en los *Whigs* de líderes antiesclavistas, a pesar de ser él un plantacionista en Luisiana. Recomendó la admisión de California como un estado libre. Falleció de una enfermedad en el ejercicio de la presidencia: 159

TEATRO DE HARRIGAN Y HART: Teatro de los actores de la comedia musical irlandesa Ned Harrigan y Tony Hart, en Nueva York: 11, 12

TEATRO STAR: Teatro de la ciudad de Nueva York, situado en Broadway y 13th Street. Fue construido en 1861. Originalmente se llamó *Wallack's*; en honor de su propietario, el actor James W. Wallack. Después se le conoció como *Germania* y *Star*. Fue demolido en 1901: 14, 136

TERESA LUZ. Personaje referido de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 243

THEATRE COMIQUE. Teatro de la ciudad de Nueva York. Construido en 1865, se encontraba en el número 728 de Broadway, frente a Waverly Place. Su nombre original era *Lucy Rushton's New York Theatre*. Harrigan y Hart lo remodelaron y rebautizaron como *Theatre Comique* en 1881. En 1884 fue destruido por un incendio: 12

THOMAS, LORENZO (1804-1875). Militar estadounidense. Graduado de la academia militar en 1823, sirvió en la guerra contra los seminolas, y luego fue asistente del ayudante general del ejército en Washington. Durante la guerra contra México se desempeñó como jefe de Estado Mayor del general William O. Butler. En agosto de 1861 se le designó ayudante general del ejército de Estados Unidos: 166, 198

THOMAS, GEORGE HENRY (1816-1870). Militar estadounidense. Graduado de la Academia de West Point. Combatió en la guerra contra los seminolas y contra México. Al iniciarse la Guerra de Secesión fue designado brigadier general de los Voluntarios por la Unión. Fue ascendido por Lincoln a mayor general de Voluntarios. En la batalla de Chickamauga, en septiembre de 1863, se ganó el sobrenombre de *La Roca de Chickamanga*, con que es conocido. Después del fin de la guerra fue designado para comandar la División Militar del Pacífico, que tenía su sede en San Francisco, donde murió: 170, 173

TIEPPOLO, GIAMBATTISTA (1696-1770). Pintor italiano. Considerado el último representante de la escuela veneciana de pintura. Trabajó en la decoración de iglesias rurales y palacios en Venecia y otros lugares de Europa. De 1750 a 1753 decoró el palacio de Wurzburg y en 1761 fue llamado a Madrid, donde decoró el Palacio Real. Entre sus obras más notables se encuentran la *Anunciación*, *San Pascual adorando el Sacramento* y la *Concepción*: 104

TILDEN, SAMUEL JONES (1814-1886). Político y abogado estadounidense. En 1844 fundó el *Daily News* de Nueva York. Se destacó en la política en el estado de Nueva York, donde llegó a ser gobernador en 1874, cargo en el que ganó gran prestigio por sus campañas contra un grupo de jueces corruptos. Fue propuesto a la presidencia en 1876 por el Partido Demócrata, pero resultó derrotado por Rutherford B. Hayes en un controvertido proceso decidido por una comisión electoral que revocó la victoria demócrata en tres estados. Al morir donó casi toda su fortuna para la construcción de la Biblioteca Pública de Nueva York. Sus textos y discursos fueron recogidos en *Writings and Speeches* (1885): 49, 80, 105, 107

TORRE DE LONDRES. Fortaleza histórica de la ciudad de Londres, en la orilla norte del río Támesis. Fue edificada originalmente alrededor de 1076 por Guillermo I, *el Conquistador*. Se usó como residencia real desde el siglo XIII hasta el período isabelino, durante el cual se convirtió en prisión para los enemigos de la corona, muchos de los cuales fueron allí ejecutados. Es hoy un museo que guarda las joyas de la Corona y una colección de armas y armaduras: 32

TRATADO CLAYTON-BULWER. Acuerdo entre Estados Unidos y Gran Bretaña, firmado el 19 de abril de 1850 por John Middleton Clayton, secretario de Estado de Estados Unidos y su homólogo británico, William Bulwer. Supuso la renuncia a la construcción de un canal a lo largo del istmo de Panamá: en él se indicaba que ninguna nación podría «obtener o mantener ningún tipo de control exclusivo sobre dicho canal», y que a partir de entonces, aquellas zonas de Centroamérica que no estuvieran ocupadas por potencias europeas ya no podrían ser colonizadas. El Tratado provocó frecuentes discusiones, y en 1881, el Secretario de Estado estadounidense, James Blaine, afirmó que ningún canal construido en Centroamérica debía estar bajo el control político de Europa. A partir de esa fecha, el Tratado perdió su efectividad y finalmente fue anulado por otro acuerdo anglo-estadounidense, el Tratado Hay-Poncefote de 1901, que prácticamente otorgó a Estados Unidos derechos exclusivos sobre el canal: 91

TRATADO BANCROFT-VON VOLDERNDORFF. Tratado migratorio firmado en 1868 entre el gobierno estadounidense y el de Prusia y Baviera. El artículo primero estipula que el alemán naturalizado estadounidense que resida durante cinco años ininterrumpidamente en Estados Unidos deja de ser alemán para convertirse en estadounidense y será tratado como tal. Recíprocamente ocurrirá lo mismo con los estadounidenses naturalizados alemanes. El artículo cuarto expresa que si un alemán naturalizado estadounidense renueva su residencia en Alemania sin el intento de retornar a Estados Unidos, será retenido, pues habrá renunciado a su naturalización. Se tendrá por intento de no retorno el haber residido por dos años o más en el otro país. Esto es también recíproco para estadounidenses naturalizados alemanes: 124, 125

TRATADO DE COMERCIO Y NAVEGACIÓN ENTRE ESTADOS UNIDOS Y PRUSIA. Fue firmado el 1.º de mayo de 1828: 124-125

TRATADO DE FREILINGHUYSEN-ZAVALA: 41, 52. Véase en este tomo la N.º Proyectos de canal por Nicaragua.

TRATADO DE RECIPROCIDAD COMERCIAL ENTRE REPÚBLICA DOMINICANA Y ESTADOS UNIDOS. Comenzó a gestionarse en octubre de 1883 a solicitud del gobierno dominicano, fue impulsado por el gobierno del presidente Chester A. Arthur, quien lo presentó al Senado de Estados Unidos en 1884, pero al asumir la presidencia Grover S. Cleveland el año siguiente, este recomendó a ese cuerpo que no lo aprobara: 24, 52

TRATADO GRANT-ROMERO. Tratado de reciprocidad comercial entre Estados Unidos y México, suscrito en 1883 por el presidente Ulysses S. Grant, y Matías Romero, embajador mexicano en Washington. Aprobado por los Senados de ambos países, nunca fue ratificado por la Cámara de Representantes estadounidense. Véase en el tomo 18, el amplio y perspicaz análisis de José Martí acerca de lo negativo para México de este convenio, publicado en *La América* (Nueva York), en marzo de 1883: 24. Véase Nf. en tomo 17.

TRUJILLO Y CÁRDENAS, ENRIQUE (1850-1903): 321, 324. Véase Nf. en este tomo.

—U—

UNITED IRISHMEN. Semanario impreso en Nueva York durante los años 80 del siglo XIX por el independentista irlandés Jeremiah O'Donovan Rossa para propagandizar su tesis de enfrentar al dominio británico mediante la lucha armada. La publicación tomó el nombre de una rebelión de irlandeses protestantes y católicos aplastada en 1798: 33

UNIVERSIDAD DE CORNELL. Fue fundada en 1865 con carácter formal por el estado de Nueva York. Su construcción se llevó a cabo gracias a los aportes económicos del empresario estadounidense Ezra Cornell, y a los efectos de la ley que permitía proveer de tierras públicas a aquellos estados que recibieran donaciones para construir centros educacionales en beneficio de la agricultura y las artes mecánicas. Desde su inicio, adoptó el nombre de su principal mecenas, y originalmente tuvo dos características que la diferenciaban de las demás: el alto índice de estudiantes mujeres y el otorgamiento de becas para seiscientos estudiantes del Estado de Nueva York: 100, 122, 123

UNIVERSIDAD DE HARVARD. La más famosa y antigua de las universidades de Estados Unidos, se encuentra situada en Cambridge, Massachussetts. En 1636, la Gran Corte General de la Colonia de la Bahía de Massachussetts fundó un colegio universitario en Cambridge, en el que se comenzaron a impartir clases dos años después. En 1639, recibió el nombre en honor al clérigo inglés John Harvard, quien fue el primer benefactor del centro. En 1870, pasó a convertirse en una universidad constituida de forma oficial. Desde su inicio estableció y sostuvo una tradición de excelencia entre sus estudiantes: 95, 102, 105, 106, 107, 133

UNIVERSIDAD DE OXFORD. Es la más antigua universidad inglesa, y tiene su sede en Oxford, Oxfordshire. Ya a finales del siglo XII, constituía un importante centro docente, pues en esa zona se habían instalado numerosos maestros y estudiosos del continente europeo, como consecuencia de la expulsión de extranjeros de la Universidad de París. Su surgimiento también fue posible porque algunos

benefactores particulares crearon varios colegios, y miembros de órdenes religiosas construyeron residencias para estudiantes: 99

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA. España. Una de las más antiguas y célebres universidades de Europa. Los monarcas Alfonso IX y X echaron sus bases, y fue confirmada su fundación en 1244 por el rey Fernando III. Fue uno de los cuatro centros de estudios generales del mundo, junto a las Universidades de Bolonia, París y Oxford, privilegio concedido por el papa Alejandro IV. Durante los siglos XIV, XV y XVI, alcanzó su máximo esplendor. Aún se mantiene como centro de educación superior: 258

UNIVERSIDAD DE YALE. Universidad estadounidense fundada en 1701 como Yale College, en homenaje a su benefactor Elihu Yale. En 1887 adoptó el nombre de Universidad de Yale. Radica en New Haven, Connecticut: 99, 107, 123, 133, 140

—V—

VAN BUREN, MARTIN (1782-1862). Abogado y político estadounidense. Miembro del Senado del estado de Nueva York (1812-1820) y fiscal general (1816-1819), en 1821, ocupó un escaño en el Senado de Estados Unidos. Fue secretario de Estado con Andrew Jackson y renunció en 1831 para ser embajador en Gran Bretaña. En 1832 obtuvo la vicepresidencia y fue presidente entre 1837 y 1841. En 1844, los demócratas evitaron su nominación para la presidencia debido a su oposición a la anexión de Texas. Cuatro años más tarde abandonó el Partido Demócrata, que adoptaba una posición cada vez más proesclavista, para aceptar la nominación por el recién creado Partido de la Libertad del Suelo (Free-Soil Party); pero resultó derrotado en las elecciones. En sus últimos años escribió una autobiografía, justificativa de su mandato: 159

VANDERBILT, WILLIAM HENRY (1821-1885). Industrial estadounidense, hijo del magnate Cornelius Vanderbilt. Cuando en 1863 se incorporó a los negocios de la familia, ya era un reconocido empresario en el mundo de los ferrocarriles. Fue asesor de su padre, predecesor suyo en la presidencia de la *New York Central* y de otras empresas ferroviarias. Imitó las políticas de su progenitor, invirtiendo con éxito en otras empresas del ramo. También donó grandes sumas de dinero a la Universidad Vanderbilt, a la escuela de médicos y cirujanos de la Universidad de Columbia y a otras instituciones de enseñanza superior: 11, 15, 16, 17, 18, 82

VÁZQUEZ DE CORONADO, FRANCISCO (1510-1554). Conquistador español. Primer explorador europeo por tierras del suroeste de Norteamérica, se le conoce como el conquistador de las legendarias Siete Ciudades de Cibola. El relato de sus exploraciones, de gran valor por la incomparable descripción del suroeste de Estados Unidos antes de su conquista por los europeos, se publicó en el decimocuarto informe del Departamento de Etnología de Estados Unidos en 1896. En 1952 se inauguró un monumento en memoria de la expedición de Coronado cerca de Bisbee, en Arizona: 135

VEDDER, ELIHU (1836-1923). Pintor estadounidense. Se destacó como profesor y crítico de arte. Fue miembro de la *National Academy* de Nueva York en 1863 y

- académico en 1865. Su faceta más relevante fue la de pintor e ilustrador. Obras suyas se conservan en el Museo Metropolitano de Nueva York —*El centinela africano*—; en el Instituto de Arte de Chicago —*Tempestad en Umbria*—; y en la Biblioteca del Congreso de Washington —el mosaico *Universe*—: 246
- VEGA Y CARPIO, FÉLIX LOPE DE (1562-1635). Escritor español. En 1614 fue ordenado sacerdote. Fue llamado «Fénix de los Ingenios» y «Monstruo de la Naturaleza» por sus abundantes composiciones poéticas. Cultivó todos los géneros literarios. Sin duda, sobresalió en el teatro para el que escribió más de mil quinientas comedias. *Fuenteovejuna*, *Peribáñez y el comendador de Ocaña*, *La dama boba*, se destacan entre las más importantes. En *Arte nuevo de hacer comedias* incursiona en los aspectos teóricos de la elaboración teatral. Escribe también poesías mitológicas como: «La Circe»; «La Felomena» y «La Andrómeda»: 19
- VELASCO, JOSÉ MARÍA (1840-1912). Pintor mexicano. Discípulo de Eugenio Landesio. En 1868 llegó a ser profesor de Perspectiva de la Academia de San Carlos, cuando ya se había distinguido en los llamados géneros de edificios y paisajes como *Un paseo en los alrededores de México* (1866). Siendo litógrafo publicó *Flora de los alrededores de México*. Instalado desde 1874 en la Villa de Guadalupe, donde vivió hasta su muerte, se convirtió en el pintor del Valle de México, al que, después de acercamientos parciales (vistas de peñascos, cascadas y volcanes), dedicó su gran cuadro *El Valle de México*, de 1875. Dos años después pintó su obra definitiva y clásica, *México*. Por la totalidad de su vasta producción se le considera el artista mayor del siglo XIX mexicano: 104
- VICKSBURG, BATALLA DE. Principal asedio de la Guerra de Secesión estadounidense, que tuvo lugar durante las campañas militares de 1862-63. La ciudad, vital estratégicamente, era el último reducto confederado en la cuenca del río Mississippi. Tras fracasar en junio de 1862 la tentativa de tomarla por el río, los generales Ulysses S. Grant y William T. Sherman, dispusieron desde diciembre de ese año el ataque definitivo. Grant decidió atacar Vicksburg desde el este. Hizo que sus tropas cruzaran a Louisiana, y avanzaran al sur; después volvieron a cruzar el río, y el 30 de abril de 1863, avanzó hacia el noreste, cortó sus propias líneas de suministros y se adentró en territorio enemigo. Los confederados intentaron proteger la ciudad, pero Grant situó sus tropas entre esta y el contingente de Johnston. El 16 de mayo rechazó a Pemberton en Champion's Hill y la atacó el 19 de mayo. El asedio duró más de seis semanas, y terminó con la captura de Vicksburg, el 4 de julio de 1863, por tropas de la Unión: 50, 202
- VÍCTOR MANUEL II (1820-1878). Rey de Cerdeña (1849-1861) por abdicación de su padre, Carlos Alberto de Cerdeña. Fue proclamado rey de Italia en 1861. Con el apoyo de Garibaldi, logró la unificación de su territorio, hasta ese momento fragmentado y ocupado por el imperio austro-húngaro y los estados pontificios: 108
- VILAS, ANNA M. Esposa de William F. Vilas, secretario de Correos de Estados Unidos, en el gabinete del presidente Cleveland: 50
- VILAS, WILLIAM FREEMAN (1840-1908). Jurista y político estadounidense. Admitido en el cuerpo de abogados de Nueva York y de Wisconsin, donde se radicó

hasta que se enroló en el ejército federal en 1862. Promovido a teniente coronel, participó con su regimiento en el sitio de Vicksburg. Más tarde fue profesor de la Escuela de Derecho en la Universidad de Wisconsin (1868-1885) y miembro de su junta de gobierno entre 1881-1885 y 1897-1905. Activo integrante del Partido Demócrata ocupó diversos cargos: en 1885 fue designado por el presidente Cleveland, secretario de Correos de los Estados Unidos, y entre 1888-89, secretario del Interior: 38, 50

VILLALOBOS. Portador de correspondencia entre José Martí y Manuel A. Mercado: 327

VINING, EDWARD P. Autor del libro *An Inglorious Columbus (Un Colón sin gloria)*, en el que trata de demostrar que no fueron los europeos los primeros en llegar a América, sino el monje budista Hwui Shan: 133, 135, 136

VIRGEN DE LA PIEDAD. Advocación de la virgen María, también conocida como virgen de los Dolores, de las Angustias, de la Soledad, de la Amargura, o La Dolorosa: 302

—W—

WAGNER, WILHELM RICHARD (1813-1883). Compositor, poeta y ensayista alemán. Su primer maestro de música fue Gottlieb Müller. En 1830 presentó en el teatro de Leipzig su primera obertura y ese mismo año, tomó lecciones de composición con Theodor Weinling. Ya en 1834 conducía la ópera de Magdeburgo. Entre sus principales piezas se cuentan *El holandés errante* (1841), *Tristán e Isolda* (1857-1859), la tetralogía *El anillo del nibelungo* (estrenada completa en 1876), *Parsifal* (1882) y una ópera cómica *Los maestros cantores de Nüremberg* (1867). Escribió *Sobre la música alemana* (1840), *La obra de arte del porvenir* (1849), *Ópera y drama* (1850-1851), y *Sobre la aplicación de la música al drama* (1879) entre otras obras teóricas: 139

WAITE, MORRISON REMICK (1816-1888). Abogado y político estadounidense. Se graduó en la Universidad de Yale y ejerció la profesión en Ohio, para cuya legislatura fue electo por el partido Whig, en 1849. Fue uno de los organizadores del Partido Republicano y ardiente partidario de Abraham Lincoln. El presidente Grant lo nombró representante ante el tribunal de Ginebra que atendió las reclamaciones de Estados Unidos contra Inglaterra por el caso del buque confederado *Alabama*. En 1873 presidió la comisión modificadora de la Constitución del estado de Ohio, y ese mismo año fue nombrado fiscal general del Tribunal Supremo: 47

WARD, FERDINAND. Comerciante estadounidense. Sus fraudes llevaron a la quiebra, en mayo de 1884, a la compañía de corredores de bolsa en la que estaba asociado con el ex presidente Ulysses S. Grant, y que llevaba los apellidos de ambos. Tal quiebra arrastró al Marine National Bank, lo que dio lugar a un pánico bancario en Wall Street. Fue condenado a diez años de prisión, no obstante los esfuerzos realizados por Grant para impedir el proceso: 17, 80, 81, 83, 142, 143

WASHBURN, ELIHU BENJAMIN (1816-1887). Abogado y político estadounidense. Fue representante por Illinois, miembro del Congreso de Estados Unidos,

líder de los Republicanos radicales y apoyó a Lincoln. Estuvo entre los primeros en proponer la igualdad legal entre negros y blancos. Designado por Grant secretario de Estado en 1869, renunció en doce días para ser embajador en Francia, donde influyó en la negociación del tratado de paz que puso fin a la Guerra Franco-Prusiana: 166, 185, 199

WASHINGTON, GEORGE (1732-1799). Primer presidente y fundador de la república de Estados Unidos. Militar y político, dirigió la guerra de independencia de las Trece Colonias contra los británicos. Una segunda elección lo mantuvo al frente de la Unión desde 1789 hasta 1797, momento en que se retiró de la vida política para dedicarse a las labores agrícolas en Mount Vernon, donde murió: 42, 44, 46, 67, 82, 96, 179, 207

WATERLOO, BATALLA DE. Último combate de las guerras napoleónicas, que puso fin al dominio francés sobre el continente europeo y provocó modificaciones drásticas en las fronteras territoriales y en el equilibrio de poder existentes en Europa. Fue librada el 18 de junio de 1815 en las proximidades de Waterloo, Bélgica: 137

WATTEAU, JEAN ANTOINE (1684-1721). Pintor francés de origen flamenco. Dirigió la revolución artística contra el pomposo clasicismo de Luis XIV. Es el auténtico representante del siglo XVIII francés y en su arte se encuentran los gérmenes del impresionismo. El cuadro *Embarquement pour Cythere* le dio la fama, al que le sucedieron *Départ des Troupes*, *Halte d'armée*, *Christ en croix*, entre otros: 293

WEBSTER, DANIEL (1782-1852). Abogado y político estadounidense, considerado el mejor orador de su país en su tiempo. Ocupó distintos cargos en el gobierno: miembro del Congreso desde 1812 hasta 1816 y de 1823 a 1827, y senador durante los períodos de 1827 a 1841 y de 1847 a 1850. Fue candidato a la presidencia en 1836 y 1848. El presidente William H. Harrison lo nombró secretario de estado, cargo que también ocupó con John Tyler (1841-1843) y con Millard Fillmore (1850-1852). Desde esa posición negoció, en 1842, el Tratado Webster-Ashburton con el Reino Unido, que resolvió la disputa de límites del noroeste entre Estados Unidos y Canadá. En 1845, se opuso a la anexión de Texas y a la guerra contra México. Aunque contrario a la esclavitud, dedicó grandes esfuerzos a la supervivencia de la Unión por lo cual, en 1850 disertó a favor de la misma, lo que lo hizo impopular entre los abolicionistas: 19, 88

WEBSTER, NOAH (1758-1843). Lexicógrafo estadounidense. Publicó un diccionario que, con el tiempo, ha pasado a llamarse *Webster's Elementary Spelling Book* o *The Blue-Backed Speller*, en tres partes, editadas en 1783, 1784 y 1785, respectivamente. Después de haber dedicado más de veinte años al estudio del inglés y de haber viajado tanto por Inglaterra como por Francia, completó su monumental obra: *An American Dictionary of the English Language*, publicado en 1828. El diccionario de Webster, como es conocido, se sigue publicando con sus revisiones correspondientes: 21

WEED, THURLOW (1797-1882). Periodista y político estadounidense. Combatió en la Guerra de 1812 contra Inglaterra. Al terminar esta, trabajó como impresor en Nueva York y, en 1819, comenzó a editar *The Agriculturist* y *Republican*. Propie-

tario del *Rochester Telegraph*, posteriormente editó *Anti-Masonic Enquirer*. Fue electo dos veces a la legislatura del estado de Nueva York. En 1830, se trasladó a Albany, donde fundó el *Evening Journal*, que circuló hasta 1865 y cuya influencia lo convirtió en el jefe del Partido Republicano en el estado de Nueva York. En 1861 viajó a Europa en misión diplomática. Formó parte del cuerpo de editores del *New York Times* y, de 1867 a 1868, fue el editor del *Commercial Advertiser*, de Nueva York. Publicó *Letters from Europe and West Indies* (1866) y preparó su autobiografía: 180, 209

WHITNEY, WILLIAM COLLINS (1841-1904). Capitalista y político estadounidense. Graduado en Yale y Harvard. Tomó parte activa en la organización del *Young men's Democratic Club* y en el proceso contra la *Tweed Ring*. Fue secretario de la Marina (1885-1889) en el gabinete del presidente Cleveland. Una de sus empresas más grandes fue la consolidación de varias líneas de ferrocarriles de la ciudad de Nueva York: 38, 51, 143, 226

WICKLIFFE, JOHN (1330-1384). Reformador religioso inglés. Sus principales posiciones fueron: todo cuanto existe tiene un origen divino, y pierde su derecho cualquiera que se encuentre en pecado mortal; que la transustanciación (cambio de la sustancia del pan y del vino en la del cuerpo y sangre de Jesucristo en la Eucaristía) es una doctrina no basada ni en la filosofía ni en las *Sagradas Escrituras*, y que el monasticismo, en cualquiera de sus formas, es una institución corrupta. Trataba de conciliar la predestinación con la libertad del ser humano. Escribió trabajos en latín e inglés, y uno de sus aportes está en la traducción de la *Biblia* a esta lengua. Ejerció influencias en su país y en Bohemia: 131

WILHELM MEISTER. Las novelas de Johann Wolfgang Goethe. *Años de aprendizaje de Wilhem Meister* y *años de viaje de Wilhem Meister* (1794-1796) constituyen una unidad. Fue común en la época referirse a ambas mencionando el nombre del protagonista: 246

WILDERNESS, CAMPAÑA DE. Conjunto de encuentros armados durante la Guerra de Secesión estadounidense, ocurridos en esta zona boscosa de Virginia, entre el 5 y el 26 de mayo de 1864, entre el ejército federal del Potomac, bajo el mando de Ulysses S. Grant, y el confederado de Virginia, dirigido por Robert E. Lee. Durante la primera semana los confederados resistieron numerosos asaltos que continuaron con algún éxito hasta el día 20, cuando Grant comenzó la retirada, que se hizo definitiva el 26, tras sufrir más de cuarenta mil bajas: 200

WILLIAMS, GEORGE HENRY (1823-1910). Jurista y senador estadounidense. Juez de la Corte Judicial de Iowa (1847-1852). Senador por el estado de Oregón (1865-1871). Fue ministro de Justicia (1872-1875) bajo el segundo mandato presidencial de Grant, quien propuso su nominación como juez de la Corte Suprema pero no fue confirmada por el Senado. Después de retirarse de ministro de Justicia ejerció como abogado en Portland, Oregón, y llegó a ser alcalde de esa ciudad (1902- 1905): 185

WILMOT, DAVID (1814-1868). Jurista y político estadounidense. Miembro del Congreso entre 1845 y 1851. Aunque fue elegido por los demócratas, se opuso a la

extensión de la esclavitud en los nuevos territorios que se sumaban a la Unión después de la guerra con México. En 1846 presentó al Congreso la famosa enmienda *Wilmot Proviso*, en la que se pronunciaba al respecto. La misma desató una aguda polémica, y no fue aceptada finalmente por el Senado. Solo en 1862, cuando ya era miembro de este, puede decirse que triunfó, pues en el acta del 19 de junio de ese año se prohibía la esclavitud en los territorios de Estados Unidos donde ya existía así como en los nuevos que se adquirieran: 164, 197

WILSON, JAMES GRANT (1832-1914). Historiador y político estadounidense, autor de *The life and campaigns of Ulysses Simpson Grant, General-in-Chief of the United States Army*: 178

WORTH, CHARLES FREDERICK (1825-1895). Modisto inglés. Fundó una importante casa de modas en París, en 1858. Fue el modisto favorito de la emperatriz Eugenia, esposa de Napoleón III, vistió a célebres artistas como Sarah Bernhardt y Eleonora Duse, y su clientela incluía a buena parte de la realeza europea. Fue famoso por sus trajes de noche. Sus hijos continuaron el negocio hasta 1954 cuando fue absorbido por Paquín: 249

—Z—

ZALDÍVAR, RAFAEL (1843-1903). Político y médico salvadoreño. Realizó estudios de medicina y obtuvo la cátedra de Fisiología e Higiene en la Universidad de Guatemala. Desde 1860 se dedicó a la vida política y fue diputado, senador, diplomático y ministro de la Guerra. En 1876, apoyado por Justo Rufino Barrios, asumió la presidencia de la República tras el derrocamiento del presidente Andrés Valle. Fue reelegido en 1880 y en 1884. Ajustó las cuentas del Estado, impulsó la instrucción pública y las infraestructuras y fomentó el comercio, la industria y la agricultura. Se opuso al intento de restaurar la unidad centroamericana del presidente Barrios, en 1885. Poco después de la muerte de Barrios, fue derrocado por la sublevación liderada por Francisco Menéndez. Más tarde fue ministro plenipotenciario de su país en España, Francia, Bélgica e Inglaterra: 93, 147

ZAYAS-BAZÁN E HIDALGO, CARMEN (1853-1928). Esposa de José Martí: 317. Véase Nf. en tomo 4.

ZOLA, ÉMILE (1840-1902). Escritor francés. Iniciador de la escuela naturalista que pretendía explicar las pasiones mediante su determinación absoluta por la vida material. Autor de la serie titulada *Les Rougon-Macquart, histoire naturelle et sociale d'une famille sous le Second Empire* (1871-1893), entre las que se hallan sus conocidas novelas *Naná*, *La taberna* y *Germinal*. Su escrito *Yo acuso* (1898) fue una célebre denuncia contra el antisemitismo manifestado en el amañado proceso contra el oficial Dreyfus, acusado falsamente de espionaje. Publicó también crítica de arte y literaria: 137

ÍNDICE GEOGRÁFICO

—A—

- AFGANISTÁN: 135
- ALABAMA. Estado de Estados Unidos de América: 168, 201, 202
- ALAMEDA. Calle de la ciudad donde transcurre la acción de *Lucía Jerez*, novela de José Martí: 257, 285
- ALBANY. Ciudad capital del estado de Nueva York, Estados Unidos de América: 43
- ALEMANIA: 65, 118, 122, 124, 125
- AMÉRICA. Véase América Latina.
- AMÉRICA: 26, 49, 52, 94, 97, 116, 124, 133, 135, 136, 196, 218, 247, 262, 270, 271, 272. América referido a Estados Unidos.
- AMÉRICA CENTRAL: 24, 38, 41, 49, 87, 92, 93, 135, 142, 145, 146
- AMÉRICA DEL NORTE: 11, 22
- AMÉRICA DEL SUR: 231
- AMÉRICA ESPAÑOLA: 24, 38
- AMÉRICA LATINA: 155
- ANTILLAS: 24, 92
- ANTIETAM. Localidad del estado de Maryland, Estados Unidos de América: 167, 199
- APPOMATTOX. Río de Estados Unidos de América: 18, 60, 83, 157, 177, 205
- APPOMATTOX. Ciudad del estado de Virginia, Estados Unidos: 177
- ARCADIA. Zona montañosa de la antigua Grecia, con laderas cubiertas por bosques y pastos, idealizada como el símbolo de la felicidad pastoril: 252
- ASIA: 136
- ATLANTA. Ciudad capital del estado de Georgia, Estados Unidos de América: 157, 174, 176, 204
- ATLÁNTICO, OCÉANO: 130, 168, 201, 270
- AUSTRALIA: 111

—B—

- BALTIMORE. Ciudad del estado de Maryland, Estados Unidos de América: 31
- BELMONT. Localidad del estado de Missouri, Estados Unidos de América: 170
- BERING. Estrecho que separa América y Asia: 135
- BOSTON. Ciudad capital del estado de Massachussetts, Estados Unidos de América: 102, 180, 208
- BROADWAY. Calle de Manhattan, en la ciudad de Nueva York, Estados Unidos de América: 13, 111
- BROOKLYN. Hasta 1898, ciudad del estado de Nueva York. Actualmente es uno de los cinco distritos de la ciudad de Nueva York, en el estado del mismo nombre, Estados Unidos de América: 74, 75, 90

BUFFALO. Ciudad del estado de Nueva York, Estados Unidos de América: 39, 52, 77
BUENOS AIRES: 52, 79, 94, 104, 109, 121, 132, 141, 150, 155, 190, 223

—C—

CÁDIZ. Ciudad capital de la provincia de igual nombre, en la comunidad autónoma de Andalucía, España: 258
CAIRO. Ciudad del estado de Tennessee, Estados Unidos de América: 170
CALLE DE LA VICTORIA. Calle de la ciudad donde transcurre la novela *Lucía Jerez*, de José Martí: 233, 284
CALIFORNIA. Estado de Estados Unidos de América: 134, 160, 164, 165, 197
CANADÁ: 134, 155
CAROLINA DEL SUR. Estado de Estados Unidos de América: 165, 168, 198, 201
CARTAGO. República de la Antigüedad, fundada por los fenicios en el norte de África, destruida por los romanos en el 146 a.n.e.: 49
CATSKILL. Sierra de la zona central de la cordillera de los Apalaches, en el estado de Nueva York, Estados Unidos de América: 133
CENTROAMÉRICA. Véase América Central.
CHAPULTEPEC. Cerro de la Ciudad de México: 159
CHARLESTON. Ciudad del estado de Carolina del Sur, Estados Unidos de América: 169, 201
CHATTANOOGA. Ciudad del estado de Tennessee, Estados Unidos de América: 158, 167, 168, 170, 173, 181, 199, 201, 210
CHICAGO. Ciudad del estado de Illinois, Estados Unidos de América: 152
CHICKAHOMINY. Río de Estados Unidos de América: 158, 167, 200
CHILE: 92
CHINA: 307
CHOLULA. Véase Cholula de Rivadavia.
CHOLULA DE RIVADAVIA. Ciudad del estado de Puebla, México: 103
CIBOLA. Nombre dado por los colonizadores españoles en el siglo xvi a siete poblados zuñi, conocidos por las Siete Ciudades de Cibola, a las que se atribuían fabulosas riquezas, en el actual estado de Nuevo México, Estados Unidos de América: 135
COLOMBIA: 87, 93, 94, 120
COLÓN. Ciudad capital de la provincia del mismo nombre, Panamá: 87, 93
COSTA RICA: 41, 93
CUBA: 11, 24, 130, 188, 317, 318, 325, 326
CUMBERLAND. Río de Estados Unidos de América: 168, 169, 170, 201

—D—

DUBLÍN: 17
DURHAM. Condado de Inglaterra, Reino Unido: 295

—E—

EIBAR. Ciudad de la provincia Guipúzcoa, en la comunidad autónoma del País Vasco, España: 241

EL SALVADOR: 92, 147

ESCOCIA: 157

ESPAÑA: 11, 23, 25, 94, 241, 249, 255, 256, 258, 260, 262

ESTADOS CONFEDERADOS DE AMÉRICA. Integrados por Carolina del Sur, Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Lousiana, Texas, y, después del 12 de abril de 1861, Virginia, Arkansas, Carolina del Norte y Tennessee. Llamados también Confederación Sudista, se separaron de Estados Unidos y se aliaron para luchar contra el gobierno federal durante la Guerra de Secesión estadounidense: 165

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: 11, 13, 18, 20, 22, 23, 24, 30, 36, 38, 39, 40, 49, 52, 53, 55, 64, 65, 69, 70, 72, 81, 82, 87, 91, 92, 93, 94, 97, 100, 101, 102, 108, 110, 111, 112, 118, 119, 122, 123, 124, 128, 137, 138, 140, 142, 145, 146, 147, 148, 149, 156, 159, 166, 179, 199, 226

ESTE. Referido a esa zona de Estados Unidos: 151, 154, 168, 174

EUROPA: 27, 28, 31, 32, 53, 97, 107, 111, 129, 134, 154, 165, 197, 238, 300

—F—

FERN CITY. Localidad del estado de Kansas, Estados Unidos de América: 154, 155

FILADELFIA. Véase Philadelphia.

FIVE FORKS. Localidad del estado de Virginia, Estados Unidos de América: 176, 204

FRANCIA: 32, 40, 75, 118

—G—

GALENA. Localidad del estado de Illinois, Estados Unidos de América: 152, 160, 161, 162, 163, 165, 166, 168, 180, 192, 193, 194, 195, 198, 201, 208

GALES. País del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte: 131

GÉNOVA. Ciudad capital de la provincia homónima en la región de Liguria, Italia: 283

GEORGIA. Estado de Estados Unidos de América: 168, 175, 176, 201, 202, 204

GETTYSBURG. Ciudad del estado de Pennsylvania, Estados Unidos de América: 199

GOLFO DE MÉXICO: 168, 201

GRANADA. Ciudad capital de la provincia del mismo nombre, en la comunidad autónoma de Andalucía, España: 249

GRECIA: 21

GREENWICH. Barrio de la ciudad de Nueva York, Estados Unidos de América: 99

GUATEMALA: 92, 93, 94, 135, 146, 147

—H—

HISPANOAMÉRICA: 22, 23

HOLANDA: 74

HONDURAS: 52, 92, 93, 96, 147
HUDSON. Río de Estados Unidos de América: 107
HUNGRÍA: 155

—I—

ILLINOIS. Estado de Estados Unidos de América: 168, 201
INDIA: 111, 158
INDIANA. Estado de Estados Unidos de América: 222
INDIANAPOLIS. Ciudad capital del estado de Indiana, Estados Unidos de América: 222
INGLATERRA: 27, 31, 35, 36, 51, 69, 91, 105, 108, 118, 120, 123, 130, 149
IRLANDA: 65, 78, 91
ISTMO DE PANAMÁ. Istmo de la América Central que separa el océano Pacífico del océano Atlántico: 24
ITALIA: 108, 249
ITHACA. Ciudad del estado de Nueva York, Estados Unidos: 123

—J—

JAMES. Río de Estados Unidos: 167, 168, 169, 172, 174, 175, 199, 201, 202

—K—

KANSAS CITY. Ciudad del estado de Missouri, Estados Unidos de América: 155
KENTUCKY. Estado de Estados Unidos: 168, 169, 201

—L—

LEYDEN. Antigua grafía de Leiden, ciudad de la provincia de Holanda meridional, Holanda: 130
LONDRES: 12, 33, 34, 36
LOMBARD STREET. Calle de Londres: 142
LONG BRANCH. Ciudad del estado de Nueva Jersey, Estados Unidos. 133
LOOKOUT MOUNTAIN. Montaña en el valle de Lookout Creek, en el estado de Tennessee, Estados Unidos: 167, 173

—M—

MADRID: 12, 259, 263
MALINAS. Ciudad en la provincia de Amberes, Bélgica: 309
MARYLAND. Estado de Estados Unidos de América: 167, 200
MARYLANDIA. Véase Maryland.
MASSACHUSETTS. Estado de Estados Unidos de América: 51
MÉXICO: 11, 24, 41, 76, 92, 93, 95, 102, 120, 128, 135, 136, 142, 145, 146, 148, 149, 150, 156, 159, 160, 164, 171, 188, 191, 197, 224, 227, 228, 250, 283, 295, 318
MISSIONARY RIDGE. Cordillera en el estado de Tennessee, Estados Unidos: 173, 174

MISSISSIPPI. Río de Estados Unidos de América: 153, 168, 169, 172, 173, 174, 201, 202
MISSOURI. Estado de Estados Unidos de América: 145, 168, 201
MISSOURI. Río de Estados Unidos de América: 145
MOUNT MCGREGOR. Localidad del estado de Nueva York, Estados Unidos de América. 151

—N—

NÁPOLES. Ciudad capital de la provincia del mismo nombre y de la región de Campania, Italia: 249
NEO INGLATERRA. Véase Nueva Inglaterra.
NEW ORLEANS. Véase Nueva Orléans.
NEW YORK. Véase Nueva York.
NICARAGUA: 11, 25, 41, 49, 52, 93
NORTE. Referido a los estados norteros de Estados Unidos de América: 44, 48, 50, 57, 61, 62, 71, 76, 84, 112, 136, 164, 165, 169, 171, 172, 173, 176, 178, 179, 186, 196, 197, 198, 200, 202, 207, 214, 222
NORTEAMÉRICA. Referido a Estados Unidos: 18, 238
NUEVA INGLATERRA. Nombre asignado a un grupo de seis estados de los Estados Unidos de América: Maine, New Hampshire, Vermont, Massachussets, Rhode Island y Connecticut: 51, 130
NEW LONDON. División administrativa del estado de Connecticut, Estados Unidos de América: 133
NUEVA YORK. Ciudad del estado del mismo nombre, Estados Unidos de América: 11, 13, 14, 15, 16, 18, 22, 27, 34, 35, 38, 39, 47, 51, 53, 74, 76, 77, 78, 79, 80, 87, 90, 95, 101, 102, 105, 110, 111, 113, 120, 121, 122, 125, 133, 136, 137, 142, 151, 152, 153, 154, 156, 157, 172, 180, 189, 191, 208, 218, 220, 224, 315, 317, 318, 319, 320, 321, 322, 323, 326
NUEVA YORK. Estado de Estados Unidos de América: 57, 144
NUEVO MÉXICO. Estado de Estados Unidos de América: 165, 197
NUEVA ORLEANS. Ciudad en el estado de Luisiana, Estados Unidos de América: 169, 202

—O—

OESTE. Referido a esa zona de Estados Unidos: 40, 101, 151, 155, 167, 168, 169, 174, 175, 199, 201, 219, 226
OESTE. Referido a Asia: 153
OHIO. Estado de Estados Unidos de América: 157
OHIO. Río de Estados Unidos de América: 136, 168, 169, 201

—P—

PACÍFICO, OCÉANO: 130, 136
PADUCAH. Localidad del estado de Kentucky, Estados Unidos de América: 169
PANAMÁ: 93, 110, 116, 142, 146, 147

PARÍS: 12, 32, 243, 246, 249, 250, 282, 283

PARQUE CENTRAL. Parque en la isla de Manhattan, en la ciudad de Nueva York, diseñado en la década de 1850, por Frederick Law Olmstead y Calvert Vaux. Con 341 hectáreas de superficie, alberga un zoológico y el Museo Metropolitano de Arte. Acoge cada año conciertos y espectáculos al aire libre: 96, 113, 122, 130, 152

PEEKSKILL. Localidad del estado de Nueva York, Estados Unidos de América: 133

PERÚ: 69, 92, 227

PETERSBURG. Ciudad del estado de Virginia, Estados Unidos de América: 95, 176, 177, 204, 205

PHILADELPHIA. Ciudad del estado de Pennsylvania, Estados Unidos de América: 18, 48, 143, 155, 180, 208

PLYMOUTH. Lugar histórico, por donde desembarcaron los primeros ingleses que llegaron al territorio norteamericano, a bordo del *Mayflower*, en 1620, situado en el actual estado de Massachussetts, Estados Unidos de América: 130

POMPEYA: 12, 45

POTOMAC. Río de Estados Unidos: 168, 169, 172, 174, 175, 176, 201, 202, 204, 220

PRUSIA. Antiguo reino y ducado que dio origen a la Alemania moderna. Actualmente su territorio está repartido entre Alemania, Rusia, Polonia y la República Checa: 124

PUERTO RICO: 11, 24

—Q—

QUINTA AVENIDA. Calle de Manhattan, en la ciudad de Nueva York: 15, 18, 96

—R—

RAPIDAN. Río de Estados Unidos de América: 167, 199

RICHFIELD SPRINGS. Localidad del estado de Nueva York, Estados Unidos de América: 133

RICHMOND. Ciudad capital del estado de Virginia, Estados Unidos de América: 95, 168, 169, 172, 174, 175, 176, 177, 200, 202, 203, 204, 205

RIVERSIDE. Parque de la ciudad de Nueva York, Estados Unidos de América: 152

ROMA: 33

ROMA. Referido al Vaticano: 31

ROMA. Referido a la Antigüedad: 49

RUSIA: 43, 105, 108

—S—

SAINT LOUIS. Ciudad del estado de Missouri, Estados Unidos de América: 102, 124

SALAMANCA. Ciudad capital de la provincia del mismo nombre, en la comunidad autónoma de Castilla y León, España: 262

SAMANÁ. Bahía de la República Dominicana: 186, 215

SAN LUIS. Véase Saint Louis.

SANTA ELENA. Isla en el océano Atlántico, perteneciente a Inglaterra, célebre por el cautiverio que allí sufrió Napoleón I entre 1815 y 1821: 189, 216

SANTO DOMINGO: 11, 24, 25, 52, 186, 215

SARATOGA. Ciudad del estado de Nueva York, Estados Unidos de América: 133

SÉVRES. Ciudad a orillas del Sena, célebre por sus porcelanas, en el departamento del Sena y Oise, Francia: 250

SUR. Referido a los estados sureños de Estados Unidos: 13, 19, 42, 44, 57, 61, 65, 71, 72, 76, 80, 88, 92, 101, 108, 136, 163, 164, 165, 168, 169, 176, 177, 186, 189, 195, 196, 197, 202, 205, 214, 217, 220

SUR. Véase Estados Confederados de América.

—T—

TENNESSEE. Estado de Estados Unidos de América: 168, 201

TENNESSEE. Río de Estados Unidos de América: 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 201

TEXAS. Estado de Estados Unidos de América: 159, 165, 197

TIRO. Antigua ciudad fenicia, en la costa sur del actual Líbano: 49

TOLEDO. Ciudad capital de la provincia del mismo nombre y de la comunidad autónoma de Castilla-La Mancha, España: 30

TOKIO: 246

TROYA. Ciudad de la Antigüedad en el Asia Menor, actualmente en Turquía, cuyo sitio por los griegos fue inmortalizado en la *Iliada*, de Homero: 49

TU-SANG. Nombre mítico dado a México por el monje budista Hwui Shan: 135

—U—

UNIÓN. Véase Estados Unidos de América.

URUAPAN. Véase Uruapan del Progreso.

URUAPAN DEL PROGRESO. Ciudad del estado de Michoacán de Ocampo, México: 327

UTAH. Estado de Estados Unidos: 165, 197

UTATLÁN. Antigua ciudad fortificada, capital de los quichés conquistada en 1524 por los españoles. Actualmente Santa Cruz de Quiché, Guatemala: 140

—V—

VENEZUELA: 120

VICKSBURG. Ciudad del estado de Mississippi, Estados Unidos de América: 50, 158, 169, 170, 172, 201

VIENA: 12, 145

VIRGINIA. Estado de Estados Unidos de América: 168, 173, 174, 189, 201, 217, 306

—W—

WALL STREET. Calle de Manhattan, en la ciudad de Nueva York, Estados Unidos de América: 82, 142, 151

WASHINGTON: 38, 40, 42, 43, 48, 51, 52, 63, 68, 79, 80, 82, 84, 85, 110, 115, 131, 145, 148, 152, 157, 168, 171, 172, 174, 175, 176, 177, 182, 184, 186, 200, 203, 204, 205, 213, 215

WATERLOO. Localidad en Brabante, Bélgica: 137

WESTMINSTER: Distrito de Londres: 32

WILDERNESS. Localidad del estado de Virginia, Estados Unidos de América: 167, 175

—Z—

ZARAGOZA. Ciudad capital de la provincia del mismo nombre y de la comunidad autónoma de Aragón, España: 263

ÍNDICE DE MATERIAS

—A—

ABOLICIONISMO ESTADOUNIDENSE: 163-165, 195-198
ALEMANIA, RELACIONES CON ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: 124-125
ALMA: 233, 245, 268-269, 270; GRANDE: 60-61; SUPERIOR: 27, 11, 271
AMÉRICA LATINA, CARACTERIZACIÓN DE: 128-129, 145, 238-239; Y ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: 128
AMOR, A LA MUJER: 279; IDEA DEL: 19, 239, 270, 304
ARISTOCRACIA DEL ESPÍRITU: 261
ARTE, ESTADOUNIDENSE: 100-102; IDEA DEL: 12, 15, 100, 101, 251, 252-253, 270; MEXICANO: 102; ORIGINALIDAD DEL: 100-101
ARTHUR, CHESTER A.: 44, 50
AUTOCTONÍA LATINOAMERICANA: 123, 128-129
AUTORIDAD: 59
EL AVISADOR CUBANO (PERIÓDICO CUBANO DE NUEVA YORK): 324
AZÚCAR CUBANA: 24-25

—B—

BADEAU, ADAM: 134
BANQUEROS ESPECULADORES, JUICIOS SOBRE: 227
BARALT, LUIS A.: 320
BARRIOS, JUSTO RUFINO: 16, 41, 147
BASTIEN-LEPAGE, JULES: 15
BATALLA SOCIAL: 40
BAYARD, THOMAS F.: 21, 49
BEECHER, HENRY W.: 121
BISMARCK, OTTO VON SCHÖNHAUSEN: 124
BLAINE, JAMES G.: 21, 25, 56-57, 59-60, 69-70
BONDAD, IDEA DE LA: 16, 239
BOGRÁN, LUIS: 147
BOYD, EDWARD A.: 143
BRASSEUR DE BOURBOURG, ETIENNE: 135
BROWN, JOHN: 61
BROWN, JOHN G.: 104
BUENAS FORTUNAS: 239

—C—

CABALLERÍA, IDEA DE LA: 215
CALIFORNIA, VALLES DE: 134
CAMPO Y GRANDES FUERZAS: 151
CAPEL, THOMAS J.: 30-31

CARACTERES NATURALES: 57-58, 161, 162, 163, 177-178, 183-184, 190, 193, 194-195, 206-207, 208, 212
 CARLISLE, JOHN G.: 21-22
 CARPENTER, MATTHEW H.: 20
 CHASE, WILLIAM: 104
 CIUDAD EN PAÍSES NUEVOS: 238
 CLEVELAND, ROSE E.: 121
 CLEVELAND, STEPHEN GROVER: 38, 40, 41, 42-48, 57-58, 77-78, 88, 113-116, 117, 125-126; TOMA DE POSESIÓN DE: 42-48
UN COLÓN SIN GLORIA (LIBRO DE EDWARD P. VINING): 135-136
 CONKLING, ROSCOE: 21
 CONSTITUCIÓN. ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: 53
 COOPER, PETER: 100
 CORDERO, JUAN: 103
 CORNELL, EZRA: 100
 COX, SAMUEL S.: 22
 CUBA, RELACIONES CON ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: 24-25
 «EL CUERVO» (POEMA DE EDGAR A. POE): 246

—D—

DÉBILES, IDEA DE LOS: 219
DECORATION DAY: 131-132
 DÍAZ, PORFIRIO: 148-149
 DICHA, IDEA DE LA: 13
 DIGNIDAD, IDEA DE LA: 29, 138
 DISCIPLINA DE LA MENTE: 106
 DUDLEY, ISEULT: 35-37, 134

—E—

ECONOMÍA ESTADOUNIDENSE: 32, 66-67, 110-113, 118-119
 EDMUNDS, GEORGE F.: 21
 EDUCACIÓN LITERARIA: 105, 238; MODERNA: 105-107
 EGOÍSMO: 36-37, 163
 ELECCIONES, ESTADOUNIDENSES 54; DE S. GROVER CLEVELAND: 56
 ENDICOTT, WILLIAM C.: 51
 ENTEREZA: 98
 ENSEÑANZA, DE IDIOMAS: 105-106
 ENVIDIA: 15, 268-269
 «ESCENAS NORTEAMERICANAS», MÉTODO DE LAS: 120
 ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, CARACTERIZACIÓN DE: 29-30, 52, 53-54, 97-98, 120-121, 122, 178-179, 184-185, 206-207; CORRUPCIÓN POLÍTICA: 62-66, 75-76, 88, 143-144, 224-228; ECO DE EUROPA: 27, 32; ORIGINALIDAD: 120; RELACIONES CON AMÉRICA LATINA: 22-26, 52, 116-117; RELACIONES CON ALEMANIA: 124-125;

RELACIONES CON AMÉRICA LATINA: 22-26; RELACIONES CON MÉXICO Y CENTROAMÉRICA: 92-93, 145-146, 227-228; RELACIONES CON PANAMÁ: 93-94, 116, 146
ESPÍRITU ESTADOUNIDENSE: 122; MERCANTIL: 122-123, 130; PURITÁNICO: 130
ESTUDIANTES Y LIBERTAD: 284-285

—F—

FERN CITY: 154-155
FIERAS, IDEA DE LAS: 251
FISH, JAMES D.: 80-81, 83, 142-143
FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS (CUADRO DE FÉLIX PARRA): 103

—G—

GARCÍA CALDERÓN, FRANCISCO: 23
GARFIELD, JAMES A.: 20
GARLAND, AUGUSTUS H.: 48-49, 50-51
GENEROSIDAD EN ESTADOS UNIDOS: 113, 188
GENIO, IDEA DEL: 99, 169, 209-210
GEORGE ELIOT'S POETRY AND OTHER STUDIES (LIBRO DE ROSE E. CLEVELAND): 121, 123, 134
GIFFORD, SWAIN: 104
GOBERNANTE, IDEA DEL: 181
GOBIERNO COMO ARTE: 181; IDEA DEL: 181, 185, 209, 222
GOULD, JASON (JAY): 15
GRANDEZA, IDEA DE LA: 15-16, 20, 29, 160, 161, 163, 178, 183, 195, 215, 269
GRANT ULYSSES S.: 17-19, 40, 80-84, 95-97, 131, 151-152; FUNERALES DE: 220
GRANT, WARD & CO.: 80-81, 142-143, 156, 190, 191, 217
GUARDIA, HERACLIO MARTÍN DE LA: 315-316
GUERRA, IDEA DE LA: 167-168, 172, 177, 200, 205, 206-210; POR LA INDEPENDENCIA DE CUBA: 325-326
GUERRA DE SECESIÓN: 61, 95-96, 165-179, 198-207; RENDICIÓN DE LEE EN APPOMATOX: 83-84
GUERRA ENTRE MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: 159-160
GUERRA POR LA UNIDAD DE CENTROAMÉRICA: 41, 92-93

—H—

HECHOS HISTÓRICOS LEGÍTIMOS: 178, 206
HENDRICKS, THOMAS A.: 44
HERMOSURA, IDEA DE LA: 273
HÉROE, IDEA DEL: 99
HEWITT, ABRAM S.: 22

HOAR, GEORGE F.: 22
HOMBRE, IDEA DEL: 16, 18, 58-59, 115, 156-157, 162, 171, 183, 195, 199, 212, 219,
251, 278; NATURAL: 183
HONRADEZ, IDEA DE LA: 255, 331
HUELGA FERROCARRILERA DE MARZO DE 1885: 40
HWUI SHAN: 135

—I—

IGLESIA CATÓLICA: 28-29
IGLESIA, Y PODER: 27, 28, 31
IGLESIAS ESTADOUNIDENSES: 27-31
IMPULSO: 160
LOS INDÍGENAS DE LA AMÉRICA CENTRAL (LIBRO DE KARL HERMANN BERENDT): 135
INDIOS EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: 139-141, 218-220
INMIGRACIÓN: 28, 31-32; A AMÉRICA LATINA: 140; A ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA,
ALEMANA: 31, 32, 33; FRANCESA: 32; GITANA: 154; HÚNGARA: 155; IRLANDESA:
31-32, 122, 124; ITALIANA: 31; RUSA: 31-32; SUECA: 3; JUICIOS SOBRE LA: 122-123,
140-141; ORIGINALIDAD DE LA: 120
INTELIGENCIA MERCENARIA: 237

—J—

JEROME, JENNIE: 137
JOHNSON, YOUNG: 97-99
JUANA LA LOCA: 263
JUSTICIA, PELEA POR LA: 156
JUVENTUD LATINOAMERICANA: 236

—L—

LA LIBERTAD ILUMINANDO EL MUNDO: 14, 40
LAMAR, LUCIUS, Q. C.: 48, 50
LAMONT, DANIEL S.: 41-42
LEE, ROBERT E.: 84, 95-96
LENGUAS ANTIGUAS: 106-107; MODERNAS E INTELIGENCIA: 106-107
LISONJA, IDEA DE LA: 185
LÓPEZ DE SANTA ANNA, ANTONIO: 82
LIBRECAMBIO, JUICIO SOBRE EL: 72
LIBROS DE KARL HERMANN BERENDT: 135
LINCOLN, ABRAHAM: 20, 61, 177, 205
LINDO, IDEA DE LO: 245
LONDRES: 12
LONG, JOHN D.: 22
LUCÍA JEREZ: 231-232

—M—

MADRID: 12
 MANNING, DANIEL: 49
 MARINA MERCANTE ESTADOUNIDENSE: 108, 119
 MARTÍ PEREZ, JOSÉ JULIÁN: 315-316, 317, 318-319, 320, 321, 322, 323, 324-326, 327, 331-334
 MATRIMONIO, IDEA DEL: 50
 MEISSONIER, JEAN-LUIS ERNEST: 15
 MENTE ESTADOUNIDENSE: 112
 MÉXICO, JUICIOS SOBRE: 146, 317
 MILICIANOS EN CAMPAMENTOS: 137-138
 MILLET, JEAN- FRANÇOIS: 15
MODUS VIVENDI ESTADOS UNIDOS-ESPAÑA: 24-25
 MUJER: 273, 279; ESTADOUNIDENSE: 101; IDEA DE LA: 250
 MÚSICA, EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: 138-139; IDEA DE LA: 270

—N—

NACIÓN, IDEA DE: 29
 NATURALEZA, IDEA DE LA: 236
 NOBLE ORDEN DE LOS CABALLEROS DEL TRABAJO: 33
 NOVELA, IDEA DE LA: 231-232
NORTH AMERICAN REVIEW: 30
 NUEVA YORK: 12-13
 NYES, JAMES W.: 20

—O—

OBREGÓN, JOSÉ: 103
 OCARANZA E HINOJOSA, MANUEL: 103
 O'DONOVAN ROSSA, JEREMIAH: 33-37
 OESTE (DE ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA) , VIDA EN EL : 154-155
 OFICINAS ESTADOUNIDENSES: 111
 ORATORIA ESTADOUNIDENSE: 19-22

—P—

PÁEZ, JOSÉ ANTONIO: 134-135
 PANAMÁ, INTERVENCIÓN DE ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: 146
 PARÍS: 12, 249-250
 PARRA, FÉLIX: 103-104
 PARTIDO DEMÓCRATA. ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: 70-73, 76-77, 85, 194, 220-221
 PARTIDO REPUBLICANO. ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: 61-70, 72-73

PASINI, ALBERTO: 154
 PATRIA, IDEA DE LA: 255; SERVICIO A LA: 323
 PATRIOTISMO, IDEA DEL: 34, 36, 171, 325
 PECADO, IDEA DEL: 247
 PELEA: 156
 PENA DE MUERTE, JUICIO SOBRE LA: 114
EL PEREGRINO (ESTATUA EN EL PARQUE CENTRAL DE NUEVA YORK): 130-131
 PERIODISMO, EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: 184, 214
 PERIODISTA, CONOCIMIENTOS DEL: 105-106
PERSONAL MEMOIRS OF ULYSSES S. GRANT: 134
 PERÚ, PROYECTO DE PROTECTORADO CON ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: 23, 69
 PLAN DE SAN PEDRO SULA, ENJUICIAMIENTO SOBRE: 331-334
 PINA, JOSÉ SALOMÉ: 103
 PINTURA ESTADOUNIDENSE: 100
 PLACER, IDEA DEL: 248
 POBREZA, SOLUCIONES A LA: 16
 PODER, IDEA DEL: 39, 59-60
 POEMA, IDEA DEL: 120
 POETAS Y MUJERES: 279
 POLICÍA SECRETA: 36
 POLÍTICA, IDEA DE LA: 56-67, 116, 119, 127, 226, 324
 POLÍTICA, CENTROAMERICANA: 146; CUBANA: 331-334; ESTADOUNIDENSE: 22, 39, 41-42, 47-52, 55-79, 85-86, 87-92, 107-109, 110, 113-119, 122, 125-130, 134, 143-150, 220-223, 224-228; HONDUREÑA: 147; MEXICANA: 148-150; REVOLUCIONARIA: 325-326, 331-334
PUCK (SEMANARIO ESTADOUNIDENSE): 31
 PUEBLO, ESTADOUNIDENSE: 12, 97-98, 188; IDEA DEL: 71, 73, 147, 154, 157, 166-167, 178-179, 333; MODERNO: 157
 PURITANOS EN ESTADOS UNIDOS: 122, 130-131

—Q—

QUARTLEY, ARTHUR: 104

—R—

RAWLINS, JOHN A: 162-163, 177, 194-195, 199, 205
 REBULL, SANTIAGO: 103
 RELIGIÓN, EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: 134
 RIQUEZA, IDEA DE LA: 14
 RISTORI, ADELAIDA: 14
 ROACH, JOHN: 224-225
 «RUBAIYAT» (POEMA PERSA): 246

—S—

SALAS DE PATINAR: 40-41
SARGENT, JOHN S.: 104
SÉPTIMO REGIMIENTO DE NUEVA YORK: 133
SERMONES: 134
SHERMAN, WILLIAM T.: 161, 193
STANTON, HENRY B.: 136-137
SUFRAGIO, IDEA DEL: 19
SWAIN, DAVID G.: 40

—T—

TAMMANY HALL: 74
TEATRO DE HARRIGAN Y HART: 12
TEATRO ESTADOUNIDENSE: 12
TEXAS, ANEXIÓN DE: 159, 197
TIEMPOS NUEVOS: 245, 260
TILDEN, SAMUEL J.: 49
TRABAJADORES ESTADOUNIDENSES: 32-33, 118
TRATADO BANCROFT-VON VOLDENRDORFF: 124-125
TRATADO COMERCIAL GRANT-ROMERO: 24
TRATADO COMERCIAL REPÚBLICA DOMINICANA-ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: 24
TRATADO DE ANEXIÓN DE REPÚBLICA DOMINICANA A ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA:
186-187, 215
TRATADO DE COMERCIO Y NAVEGACIÓN ENTRE ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA Y
PRUSIA: 124-125
TRATADO FRELINGHUYSEN-ZAVALA: 23, 25, 41
TRIUNFO, IDEA DEL: 58
TRUJILLO CÁRDENAS, ENRIQUE: 324-326

—U—

UNIVERSIDAD DE CORNELL: 123-124
UNIVERSIDAD DE HARVARD: 105-106
UNIVERSIDAD MODERNA: 105-106, 123-124
UNIVERSIDADES ESTADOUNIDENSES: 100

—V—

VANDERBILT, WILLIAM HENRY: 15-18
VANIDAD, IDEA DE LA: 185
VELASCO, JOSÉ MARÍA: 104
VERANO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: 123, 133-134
VERSOS LIBRES (POEMARIO DE JOSÉ MARTÍ): 315
VICTORIA, IDEA DE LA: 49, 62

VIDA MODERNA, IDEA DE LA: 97-98, 105-106, 107
VIDA URBANA: 98
VIENA: 12
VILAS, WILLIAM F.: 50
VILES: 219
VILEZAS: 239
VIOLENCIA Y DERECHO: 33
VIRTUD, IDEA DE LA: 39, 58-59, 71, 79
VOTO, VALOR DEL: 54
VUELTA A CANADÁ EN VELOCÍPEDOS: 134

—W—

WARD, FERDINAND: 80-81
WEBSTER, DANIEL: 19
WHITNEY, WILLIAM C.: 51

ÍNDICE CRONOLÓGICO

- 22 de febrero de 1885. CARTAS DE MARTÍ.—UN TEATRO ORIGINAL Y CÓMO SE ELABORA [EN] NEW YORK.—LOS PERSONAJES DE LAS COMEDIAS DE HARRIGAN Y HART.—DE PILLUELOS A ACTORES FAMOSOS.—LA RISTORI AHORA.—LA CASA DE VANDERBILT.—VANDERBILT PERDONA UNA DEUDA DE \$150 000 A GRANT.—UN DONATIVO DE \$500 000.—UNA FRASE DE BARRIOS.—GRANT.—EL SENADO ACUERDA CONCEDER A GRANT EL SUELDO DE GENERAL EN JEFE.—LOS ORADORES DE LOS ESTADOS UNIDOS.—CARACTERES Y RAZONES DE SU ORATORIA ACTUAL.—LOS ORADORES DE ANTES: NYE, CARPENTER, GARFIELD, LINCOLN.—LOS ORADORES DE AHORA, Y SU MÉTODO: EDMUNDS, BLAINE, CONKLING, HEWITT, BAYARD.—EN VÍSPERAS DE UN CAMBIO EN LA HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS.—PROYECTO DE OCUPACIÓN MERCANTIL DE LOS PAÍSES ESPAÑOLES DE LA AMÉRICA DEL NORTE.—GRANT, BLAINE Y ARTHUR.—PROYECTO DE UN CANAL AMERICANO EN NICARAGUA.—CURIOSIDADES DIPLOMÁTICAS.—TRATADO DE LOS ESTADOS UNIDOS CON ESPAÑA SOBRE CUBA Y PUERTO RICO.—TRATADO DE LOS ESTADOS UNIDOS CON SANTO DOMINGO.—EL TRATADO CON MÉXICO.—TRASCENDENCIA AMERICANA DE ESTOS TRATADOS.—ARGUMENTOS EN CONTRA Y LIGERA DISCUSIÓN DE LOS TRATADOS. Nueva York, enero 15 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires. / 11
- 20 de marzo de 1885. CARTAS DE MARTÍ.—I.—CRÍMENES Y PROBLEMAS.—EL PROBLEMA RELIGIOSO: DE RACIONALISMO A AUTORITARISMO.—POSICIÓN DE LAS IGLESIAS HOSTILES.—MONSEÑOR CAPEL Y SUS TRABAJOS.—II.—LA DINAMITA EN NEW YORK.—LOS IRLANDESES E INGLATERRA.—LOS SOCIALISTAS ALEMANES.—LOS CABALLEROS DEL TRABAJO.—O'DONOVAN ROSSA E ISEULT DUDLEY.—FENÓMENOS DEL EGOÍSMO. New York, febrero 9 [de 1885]. *La Nación*. Buenos Aires. / 27
- [Entre el 24 de marzo y el 12 de abril de 1885]. A MANUEL MERCADO. [Nueva York]. / 327
- 10 de abril de 1885. A HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA. Nueva York. / 315
- 12 de abril [de 1885]. A MANUEL MERCADO. New York. / 318
- 7 de mayo de 1885. INAUGURACIÓN DE UN PRESIDENTE EN LOS ESTADOS UNIDOS.—CLEVELAND.—SUCESOS VARIOS Y DESATENDIDOS: HUELGA DE LOS EMPLEADOS DE FERROCARRILES.—LA ESTATUA DE LA LIBERTAD.—GRANT MORIBUNDO.—LA GUERRA EN CENTROAMÉRICA.—LA NUEVA ADMINISTRACIÓN Y LOS EMPLEADOS.—ESCENAS EN WASHINGTON ANTES DE LA INAUGURACIÓN.—LA MAÑANA DEL 4 DE MARZO.—CEREMONIAS Y FIESTAS.—ARTHUR Y CLEVELAND VAN DE LA CASA BLANCA AL CAPITOLIO.—EL SENADO Y EL JURAMENTO DEL VICEPRESIDENTE.—EL DISCURSO INAUGURAL DE CLEVELAND.—LA MAJESTUOSA ESCENA.—«CONCIUDADANOS!».—CÓMO FUE DICHO Y OÍDO EL DISCURSO.—LÍNEAS GENERALES DE LA POLÍTICA DE CLEVELAND.—LA PROCESIÓN ENORME.—EL SUR ABRAZADO EN LAS CALLES CON EL NORTE.—OVACIÓN A LAS TROPAS CONFEDERADAS.—EL GRAN BAILE DE INAUGURACIÓN.—LOS CONFEDERADOS EN EL GABINETE.—EL NUEVO GABINETE Y SU POLÍTICA.—BOCETOS DE LOS NUEVOS SECRETARIOS.—BAYARD, DE ESTADO; LAMAR, DE LO INTERIOR; GARLAND, DE JUSTICIA; VILAS, WHITNEY Y ENDICOTT.—

- CÓMO NOMBRÓ CLEVELAND SU GABINETE.—NUEVA POLÍTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA. Nueva York, marzo 13 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires. / 38
- 9 y 10 de mayo de 1885. CARTAS DE MARTÍ.—HISTORIA DE LA CAÍDA DEL PARTIDO REPUBLICANO EN LOS ESTADOS UNIDOS Y DEL ASCENSO AL PODER DEL PARTIDO DEMÓCRATA.—ANTECEDENTES, TRANSFORMACIONES Y SIGNIFICACIÓN ACTUAL DE LOS PARTIDOS.—RESUMEN, CON ESTE ASUNTO, DE TODOS LOS DETALLES Y CONSIDERACIONES QUE PUEDEN EXPLICAR DE UNA MANERA DEFINITIVA COMO CLAVE PARA SUS MOVIMIENTOS FUTUROS, LA POLÍTICA NORTEAMERICANA. Nueva York, marzo 15 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires. / 53
- [Entre el 15 de mayo y el 15 de septiembre de 1885] LUCÍA JEREZ. / 229
- [PRÓLOGO INCONCLUSO DE JOSÉ MARTÍ]. / 231
- 2 de junio de 1885. SUCESOS DE LA QUINCENA.—PROCESO DEL BANQUERO FISH.—VINDICACIÓN DE GRANT.—ESCENAS DE SU AGONÍA.—MEMORIA DEL GENERAL SANTA ANNA.—EL ANIVERSARIO DEL RENDIMIENTO DEL GENERAL LEE.—LA ESCENA EN APPOMATTOX.—MOVIMIENTO POLÍTICO EN WASHINGTON.—CONTINUACIÓN DEL ANÁLISIS DEL ACTUAL PROBLEMA POLÍTICO.—MODO Y RAZONES CON QUE COMBATEN LOS ELEMENTOS DEL PARTIDO DEMÓCRATA. Nueva York, abril 14 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires. / 80
- 5 de junio de 1885. CARTAS DE MARTÍ. SUCESOS DE LA QUINCENA.—CONDUCTA DE CLEVELAND EN EL PODER.—ESPÍRITU Y PRÁCTICA DE SU GOBIERNO.—SU TEORÍA Y MANEJO DE LOS EMPLEOS PÚBLICOS.—LOS NUEVOS EMPLEADOS.—REFORMA EN LA ORGANIZACIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS.—CASOS DE PRUEBA.—LOS REPUBLICANOS AÚN EN SUS PUESTOS.—LOS NUEVOS ENVIADOS DIPLOMÁTICOS.—EL CONFLICTO DE CENTROAMÉRICA, LA MUERTE DE BARRIOS, Y LA ACTITUD DE LOS ESTADOS UNIDOS.—ACTITUD DE LOS ESTADOS UNIDOS DESPUÉS DEL INCENDIO DE COLÓN EN LA GUERRA DE COLOMBIA. Nueva York, abril 15 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires. / 87
- 9 de junio, 1885. A QUIEN PUEDA INTERESAR. Nueva York. / 320
- 13 de junio de 1885. CARTAS DE MARTÍ.—GRANT MEJORA.—CÓMO SE DESPIDIÓ LEE DE SUS SOLDADOS.—LA CASA Y EL FERROCARRIL.—QUINCENA DE CRÍMENES.—UN JOVEN DISTINGUIDO SE MATA, Y MATA A SU MADRE Y A SU HERMANA.—MALES MODERNOS.—EL MAL DE LAS ASPIRACIONES EXCESIVAS.—EXHIBICIÓN DE CUADROS AMERICANOS.—BOSQUEJO DEL ARTE EN LOS ESTADOS UNIDOS.—RECUERDOS DEL ARTE EN MÉXICO.—LOS TIPOS DEL ARTE AMERICANO.—CREACIÓN DEL ARTE.—LOS PILLUELOS DE BROWN.—REFORMA TRASCENDENTAL EN EL COLEGIO DE HARVARD.—MODERNOS CONTRA ANTIGUOS.—UNA VICTORIA DEL ESPÍRITU MODERNO.—EL ESTUDIO DEL GRIEGO Y EL LATÍN NO SERÁ OBLIGATORIO EN LA UNIVERSIDAD. Nueva York, abril 23 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires. / 95
- 14 de junio de 1885. CARTAS DE MARTÍ.—LA EDUCACIÓN CONFORME A LA VIDA.—DISCIPLINA DE LA MENTE MODERNA.—LA LENGUA ANTIGUA.—SUCESOS POLÍTICOS.—FACCIONES DEMOCRÁTICAS.—TILDEN.—HABILITACIÓN DE UN CONFEDERADO.—EL MINISTRO A ITALIA ENEMIGO DE LA UNIDAD ITALIANA.—NÚMERO EXCESIVO DE ASPIRANTES A EXÁMENES PARA TURNO EN LAS LISTAS DE EMPLEOS.—CONSECUENCIAS DE UNA GUERRA ENTRE INGLATERRA Y RUSIA PARA LA

- MARINA MERCANTE AMERICANA.—LA RAZA DE COLOR Y EL PARTIDO DEMÓCRATA.—DESFILE DE SACERDOTES. Nueva York, abril 24 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires. / 105
- 24 de junio de 1885. AL DIRECTOR DE *EL AVISADOR CUBANO*. N.Y., 22 de junio de 1885. *EL AVISADOR CUBANO*, Nueva York. / 321
- 24 de junio de 1885. A LOS CUBANOS DE NUEVA YORK. Nueva York, junio 23, 1885. *El Avisador Cubano*, Nueva York. / 322
- 25 de junio de 1885. [BORRADOR DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN CLARENDON HALL]. / 331
- 29 de junio [de 1885]. A MANUEL MERCADO. N. York. / 323
- 6 de julio de 1885. AL DIRECTOR DE *EL AVISADOR CUBANO*. Nueva York. / 324
- 15 de julio de 1885. CARTAS DE MARTÍ.—REVISTA Y RESUMEN DE LOS PROBLEMAS ACTUALES EN LOS ESTADOS UNIDOS.—LA CRISIS ECONÓMICA Y SUS CAUSAS.—DIFICULTADES Y PROGRESOS DEL GOBIERNO DE CLEVELAND.—MANERA CON QUE HA IDO VENCiendo LA OPOSICIÓN DE SU PROPIO PARTIDO.—MÉTODO DE PROVEER LOS EMPLEOS PÚBLICOS.—DESALOJO DE REPUBLICANOS.—ESBOZO DEL CARÁCTER DE CLEVELAND.—CÓMO CLEVELAND, SIENDO ALCAIDE, HALÓ DOS VECES DE LA CUERDA DE LA HORCA.—LOS AMERICANOS EN PANAMÁ.—GRAN URGENCIA DE UNA REFORMA LIBERAL EN LA LEGISLACIÓN DE ADUANAS Y DE MAR.—NECESIDAD Y MODO DE CREAR LA MARINA MERCANTE AMERICANA.—OBSTÁCULOS QUE ENCUENTRAN LAS REFORMAS, Y CONCILIACIONES NECESARIAS.—CÓMO SON ESCRITAS ESTAS CARTAS.—HECHOS MENORES.—GRAN NÚMERO DE SUICIDIOS.—LA PARADA DE COCHES.—BEECHER INICIA UNA REVOLUCIÓN RELIGIOSA.—MISS CLEVELAND, LA HERMANA DEL PRESIDENTE, VA A PUBLICAR UN LIBRO. Nueva York, mayo 29 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires. / 110
- 24 de julio de 1885. CARTAS DE MARTÍ.—*DECORATION DAY*.—LA CAMPAÑA DE OTOÑO.—LA ESTATUA DEL PEREGRINO.—JUNIO.—LA UNIVERSIDAD DE CORNELL.—UNIVERSIDAD PARA LOS HISPANOAMERICANOS.—DERECHOS EN ALEMANIA DE LOS ALEMANES NATURALIZADOS EN LOS ESTADOS UNIDOS. CASO DIPLOMÁTICO.—BISMARCK Y LOS NORTEAMERICANOS.—ACTUAL SITUACIÓN DE DEMÓCRATAS Y REPUBLICANOS.—ANÁLISIS DE LA SITUACIÓN POLÍTICA.—LA PRÓXIMA CAMPAÑA ELECTORAL.—LOS GRANDES FRAUDES DE LA ADUANA.—NOSOTROS LOS HISPANOAMERICANOS—¿PERDURARÁ EN LOS ESTADOS UNIDOS EL ESPÍRITU PURITÁNICO?—*EL PEREGRINO* DE BRONCE.—EL DÍA DE LAS FLORES.—GRANT DICE ADIÓS A SUS SOLDADOS. Nueva York, junio 12 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires. / 122
- Julio 28/85. A MANUEL MERCADO. [Nueva York]. / 328
- Agosto 12 de 1885. EL GENERAL GRANT. New York. / 191
- 20 de agosto de 1885. CARTAS DE MARTÍ.—EN VERANO.—POLÍTICA, RELIGIÓN, TRIBUNALES Y LITERATURA.—UN LIBRO DE VINING SOBRE HWIN SHANG, EL PRIMER DESCUBRIDOR DE AMÉRICA.—COSAS AMERICANAS.—EL PERIODISTA STANTON Y SU TIEMPO.—LOS PERIÓDICOS ANTAÑO.—LOS CAMPAMENTOS DE MILICIANOS EN JUNIO.—CONGRESOS.—LOS INDIOS INQUIETOS.—CÓMO LOS TRATABAN LOS AGENTES DEL GOBIERNO.—LOS CHEYENES.—GOBIERNO ADMIRABLE DE LOS CHEROQUESES.—EL SUFRAGIO, LA ESCUELA Y LA PROPIEDAD ENTRE LOS CHEROQUESES. Nueva York, julio 6 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires. / 133
- 21 de agosto de 1885. CARTAS DE MARTÍ.—DOS MILLONARIOS EN LA PENITENCIARIA.—LOS SECRETARIOS DE CLEVELAND.—LA REFORMA ADELANTA.—CÓMO

NOMBRÓ CLEVELAND AL COLECTOR DE LA ADUANA DE NUEVA YORK.—OJEADA EN EL TRABAJO INTERIOR DEL PARTIDO DEMÓCRATA.—EL PRESIDENTE DOMA A SU PARTIDO.—VICEPRESIDENTE CONTRA PRESIDENTE.—NUESTRAS TIERRAS LATINAS.—INQUIETUDES EN LA AMÉRICA CENTRAL.—LO QUE PIENSA HACER EL GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA AMÉRICA CENTRAL.—PROBLEMAS DE LA AMÉRICA CENTRAL, EN RELACIÓN CON LOS ESTADOS UNIDOS.—CÓMO GOBERNABA BARRIOS.—MÉXICO Y LAS REPÚBLICAS DE CENTROAMÉRICA.—LOS ESTADOS UNIDOS EN PANAMÁ.—LOS ESTADOS UNIDOS EN MÉXICO.—INTERESES DE LOS ESTADOS UNIDOS.—MÉXICO ARREGLA SU DEUDA Y SUSPENDE LOS SUBSIDIOS ACORDADOS A LAS COMPAÑÍAS DE FERROCARRILES AMERICANAS.—DISCUSIÓN DE ESTE ASUNTO.—HABILIDAD Y LEALTAD DE MÉXICO. Nueva York, julio 6 de 1885.

La Nación. Buenos Aires. / 142

20 de septiembre de 1885. CARTAS DE MARTÍ. MUERTE DE GRANT.—EL LECHO DE MUERTE.—PREPARATIVOS PARA SUS FUNERALES.—LOS DIARIOS.—LAS CALLES.—DISPUTA SOBRE EL LUGAR DE SEPULTURA.—SE LE ENTIERRA EN NUEVA YORK.—EL MONUMENTO.—LA TUMBA PROVISIONAL.—GRANT, EN LA GUERRA Y DESPUÉS DE ELLA.—EL ESTE Y EL OESTE.—LOS GITANOS EN NUEVA YORK.—LA MAGIA DE NUEVA YORK.—CONVULSIONES DE ELABORACIÓN EN EL OESTE.—LOS INDIOS REVUELTOS.—LOS VAQUEROS TRAVIESES.—LOS GANADEROS REBELDES.—UN SACERDOTE CON PISTOLAS.—EL CAOLÍN.—ÉXODO DE HÚNGAROS.—A TRABAJAR, LOS NOBLES!—UNA CIUDAD EN UN MES. Nueva York, agosto 3 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires. / 151

27 de septiembre de 1885. EL GENERAL GRANT.—ESTUDIO DE LA FORMACIÓN, DESARROLLO E INFLUJO DE SU CARÁCTER, Y DE LOS ESTADOS UNIDOS EN SU TIEMPO. Nueva York, agosto 12 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires. / 156

3 de octubre de 1885. CARTAS DE MARTÍ.—LOS INDIOS, LOS SOLDADOS Y LOS AGENTES DEL GOBIERNO EN EL TERRITORIO INDIO.—«EL CABALLO DE HIERRO» Y EL «GRAN PADRE».—ABUSOS DE LOS AGENTES.—CÓMO LOS TRATA CLEVELAND.—MOZOS Y VIEJOS.—CLEVELAND.—CLEVELAND Y GRANT.—ANÁLISIS DE LA POLÍTICA INTERIOR.—CONTINÚA LA BATALLA DE LOS EMPLEOS.—DEMÓCRATAS CONTRA DEMÓCRATAS, Y VICEPRESIDENTE CONTRA PRESIDENTE.—NO BASTA HABER SIDO SOLDADO PARA SER EMPLEADO.—LOS EMPLEOS HAN DE PROVEERSE POR OPOSICIÓN, CONFORME A LA LEY.—EL GOBIERNO MANTIENE SU PROGRAMA. New York, agosto de 1885. *La Nación*. Buenos Aires. / 218

4 de octubre de 1885. CARTAS DE MARTÍ.—LOS SECRETARIOS DEL PRESIDENTE. EL HONRADO MINISTRO DE MARINA.—EL CONTRATISTA JOHN ROACH.—CÓMO COLECTAN SUS FONDOS Y PAGAN SUS GASTOS LOS PARTIDOS.—LIGAS DE ESPECULADORES Y POLITICIANOS.—HISTORIA ÍNTIMA.—EL SECRETARIO DE MARINA ERA EL ABOGADO DEL CONTRATISTA.—EL CONSEJO DE MARINA SERVÍA AL CONTRATISTA.—ANTICIPOS CUANTIOSOS.—QUIEBRA DE JOHN ROACH. LA POLÍTICA DE ACOMETIMIENTO. LOS ACOMETEDORES DE LOS ESTADOS UNIDOS Y SU GÉNESIS.—LOS MERCENARIOS DE AYER Y LOS DE AHORA.—LOS ACOMETEDORES EN WASHINGTON Y LOS QUE LOS AYUDAN.—BANQUEROS PRIVADOS.—MINISTROS SOMBRÍOS.—LA POLÍTICA DE LA SOMBRA.—DENTRO, CORRUPCIÓN; CONQUISTA, FUERA.—PLANES PERFECTOS.—«¡ADQUIRIR!»—ÚLTIMO PROYECTO: COMPRA DE LOS ESTADOS DEL NORTE DE MÉXICO. New York, agosto de 1885. *La Nación*. Buenos Aires. / 224

ÍNDICE DE NOTAS FINALES

—G—

GUERRA CIVIL EN COLOMBIA E INTERVENCIÓN ESTADOUNIDENSE EN PANAMÁ / 337

GUERRA DEL PACÍFICO / 337

GUERRA ESTADOS UNIDOS-MÉXICO / 339

—L—

EL LATINO-AMERICANO / 340

—M—

MANTILLA, LUIS FELIPE / 340

MODUS VIVENDI ESPAÑA-ESTADOS UNIDOS / 341

—P—

PROYECTO DE ANEXIÓN DE REPÚBLICA DOMINICANA / 341

PROYECTOS DE CANAL POR NICARAGUA / 341

PROYECTOS DE UNIÓN CENTROAMERICANA / 342

—T—

TRUJILLO CÁRDENAS, ENRIQUE / 343

ÍNDICE GENERAL

NOTA EDITORIAL / 7

ABREVIATURAS Y SIGLAS / 10

CARTAS DE MARTÍ.—UN TEATRO ORIGINAL Y CÓMO SE ELABORA [EN] NEW YORK.—

LOS PERSONAJES DE LAS COMEDIAS DE HARRIGAN Y HART.—DE PILLUELOS A ACTORES FAMOSOS.—LA RISTORI AHORA.—LA CASA DE VANDERBILT.—VANDERBILT PERDONA UNA DEUDA DE \$150 000 A GRANT.—UN DONATIVO DE \$500 000.—UNA FRASE DE BARRIOS.—GRANT.—EL SENADO ACUERDA CONCEDER A GRANT EL SUELDO DE GENERAL EN JEFE.—LOS ORADORES DE LOS ESTADOS UNIDOS.—CARACTERES Y RAZONES DE SU ORATORIA ACTUAL.—LOS ORADORES DE ANTES: NYE, CARPENTER, GARFIELD, LINCOLN.—LOS ORADORES DE AHORA, Y SU MÉTODO: EDMUNDS, BLAINE, CONKLING, HEWITT, BAYARD.—EN VÍSPERAS DE UN CAMBIO EN LA HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS.—PROYECTO DE OCUPACIÓN MERCANTIL DE LOS PAÍSES ESPAÑOLES DE LA AMÉRICA DEL NORTE.—GRANT, BLAINE Y ARTHUR.—PROYECTO DE UN CANAL AMERICANO EN NICARAGUA.—CURIOSIDADES DIPLOMÁTICAS.—TRATADO DE LOS ESTADOS UNIDOS CON ESPAÑA SOBRE CUBA Y PUERTO RICO.—TRATADO DE LOS ESTADOS UNIDOS CON SANTO DOMINGO.—EL TRATADO CON MÉXICO.—TRASCENDENCIA AMERICANA DE ESTOS TRATADOS.—ARGUMENTOS EN CONTRA Y LIGERA DISCUSIÓN DE LOS TRATADOS. Nueva York, enero 15 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires, 22 de febrero de 1885. / 11

CARTAS DE MARTÍ.—I.—CRÍMENES Y PROBLEMAS.—EL PROBLEMA RELIGIOSO: DE RACIONALISMO A AUTORITARISMO.—POSICIÓN DE LAS IGLESIAS HOSTILES.—MONSEÑOR CAPEL Y SUS TRABAJOS.—II.—LA DINAMITA EN NEW YORK.—LOS IRLANDESES E INGLATERRA.—LOS SOCIALISTAS ALEMANES.—LOS CABALLEROS DEL TRABAJO.—O'DONOVAN ROSSA E ISEULT DUDLEY.—FENÓMENOS DEL EGOÍSMO. New York, febrero 9 [de 1885]. *La Nación*. Buenos Aires, 20 de marzo de 1885. / 27

INAUGURACIÓN DE UN PRESIDENTE EN LOS ESTADOS UNIDOS.—CLEVELAND.—SUCEOS VARIOS Y DESATENDIDOS: HUELGA DE LOS EMPLEADOS DE FERROCARRILES.—LA ESTATUA DE LA LIBERTAD.—GRANT MORIBUNDO.—LA GUERRA EN CENTROAMÉRICA.—LA NUEVA ADMINISTRACIÓN Y LOS EMPLEADOS.—ESCENAS EN WASHINGTON ANTES DE LA INAUGURACIÓN.—LA MAÑANA DEL 4 DE MARZO.—CEREMONIAS Y FIESTAS.—ARTHUR Y CLEVELAND VAN DE LA CASA BLANCA AL CAPITOLIO.—EL SENADO Y EL JURAMENTO DEL VICEPRESIDENTE.—EL DISCURSO INAUGURAL DE CLEVELAND.—LA MAJESTUOSA ESCENA.—«CONCIUDADANOS!».—CÓMO FUE DICHO Y OÍDO EL DISCURSO.—LÍNEAS GENERALES DE LA POLÍTICA DE CLEVELAND.—LA PROCESIÓN ENORME.—EL SUR ABRAZADO EN LAS CALLES CON EL NORTE.—OVACIÓN A LAS TROPAS CONFEDERADAS.—EL GRAN BAILE DE INAUGURACIÓN.—LOS CONFEDERADOS EN EL GABINETE.—EL NUEVO GABINETE Y SU POLÍTICA.—BOCETOS DE LOS NUEVOS SECRETARIOS.—BAYARD, DE ESTADO; LAMAR, DE LO INTERIOR; GARLAND, DE JUSTICIA; VILAS, WHITNEY Y ENDICOTT.—CÓMO NOMBRÓ CLEVELAND SU GABINETE.—NUEVA POLÍTICA DE LOS ESTADOS

UNIDOS EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA. Nueva York, marzo 13 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires, 7 de mayo de 1885. / 38

CARTAS DE MARTÍ.—HISTORIA DE LA CAÍDA DEL PARTIDO REPUBLICANO EN LOS ESTADOS UNIDOS Y DEL ASCENSO AL PODER DEL PARTIDO DEMÓCRATA.—ANTECEDENTES, TRANSFORMACIONES Y SIGNIFICACIÓN ACTUAL DE LOS PARTIDOS.—RESUMEN, CON ESTE ASUNTO, DE TODOS LOS DETALLES Y CONSIDERACIONES QUE PUEDEN EXPLICAR DE UNA MANERA DEFINITIVA COMO CLAVE PARA SUS MOVIMIENTOS FUTUROS, LA POLÍTICA NORTEAMERICANA. Nueva York, marzo 15 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires, 9 y 10 de mayo de 1885. / 53

SUCESOS DE LA QUINCENA.—PROCESO DEL BANQUERO FISH.—VINDICACIÓN DE GRANT.—ESCENAS DE SU AGONÍA.—MEMORIA DEL GENERAL SANTA ANNA.—EL ANIVERSARIO DEL RENDIMIENTO DEL GENERAL LEE.—LA ESCENA EN APPOMATTOX.—MOVIMIENTO POLÍTICO EN WASHINGTON.—CONTINUACIÓN DEL ANÁLISIS DEL ACTUAL PROBLEMA POLÍTICO.—MODO Y RAZONES CON QUE COMBATEN LOS ELEMENTOS DEL PARTIDO DEMÓCRATA. Nueva York, abril 14 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires, 2 de junio de 1885. / 80

CARTAS DE MARTÍ. SUCESOS DE LA QUINCENA.—CONDUCTA DE CLEVELAND EN EL PODER.—ESPÍRITU Y PRÁCTICA DE SU GOBIERNO.—SU TEORÍA Y MANEJO DE LOS EMPLEOS PÚBLICOS.—LOS NUEVOS EMPLEADOS.—REFORMA EN LA ORGANIZACIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS.—CASOS DE PRUEBA.—LOS REPUBLICANOS AÚN EN SUS PUESTOS.—LOS NUEVOS ENVIADOS DIPLOMÁTICOS.—EL CONFLICTO DE CENTROAMÉRICA, LA MUERTE DE BARRIOS, Y LA ACTITUD DE LOS ESTADOS UNIDOS.—ACTITUD DE LOS ESTADOS UNIDOS DESPUÉS DEL INCENDIO DE COLÓN EN LA GUERRA DE COLOMBIA. Nueva York, abril 15 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires, 5 de junio de 1885. / 87

CARTAS DE MARTÍ.—GRANT MEJORA.—CÓMO SE DESPIDIÓ LEE DE SUS SOLDADOS.—LA CASA Y EL FERROCARRIL.—QUINCENA DE CRÍMENES.—UN JOVEN DISTINGUIDO SE MATA, Y MATA A SU MADRE Y A SU HERMANA.—MALES MODERNOS.—EL MAL DE LAS ASPIRACIONES EXCESIVAS.—EXHIBICIÓN DE CUADROS AMERICANOS.—BOSQUEJO DEL ARTE EN LOS ESTADOS UNIDOS.—RECUERDOS DEL ARTE EN MÉXICO.—LOS TIPOS DEL ARTE AMERICANO.—CREACIÓN DEL ARTE.—LOS PILLUELOS DE BROWN.—REFORMA TRASCENDENTAL EN EL COLEGIO DE HARVARD.—MODERNOS CONTRA ANTIGUOS.—UNA VICTORIA DEL ESPÍRITU MODERNO.—EL ESTUDIO DEL GRIEGO Y EL LATÍN NO SERÁ OBLIGATORIO EN LA UNIVERSIDAD. Nueva York, abril 23 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires, 13 de junio de 1885. / 95

CARTAS DE MARTÍ.—LA EDUCACIÓN CONFORME A LA VIDA.—DISCIPLINA DE LA MENTE MODERNA.—LA LENGUA ANTIGUA.—SUCESOS POLÍTICOS.—FACCIONES DEMOCRÁTICAS.—TILDEN.—HABILITACIÓN DE UN CONFEDERADO.—EL MINISTRO A ITALIA ENEMIGO DE LA UNIDAD ITALIANA.—NÚMERO EXCESIVO DE ASPIRANTES A EXÁMENES PARA TURNO EN LAS LISTAS DE EMPLEOS.—CONSECUENCIAS DE UNA GUERRA ENTRE INGLATERRA Y RUSIA PARA LA MARINA MERCANTE AMERICANA.—LA RAZA DE COLOR Y EL PARTIDO DEMÓCRATA.—DESFILE DE SACERDOTES. Nueva York, abril 24 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires, 14 de junio de 1885. / 105

CARTAS DE MARTÍ.—REVISTA Y RESUMEN DE LOS PROBLEMAS ACTUALES EN LOS ESTADOS UNIDOS.—LA CRISIS ECONÓMICA Y SUS CAUSAS.—DIFICULTADES Y PROGRESOS DEL

GOBIERNO DE CLEVELAND.—MANERA CON QUE HA IDO VENCIENTO LA OPOSICIÓN DE SU PROPIO PARTIDO.—MÉTODO DE PROVEER LOS EMPLEOS PÚBLICOS.—DESALOJO DE REPUBLICANOS.—ESBOZO DEL CARÁCTER DE CLEVELAND.—CÓMO CLEVELAND, SIENDO ALCAIDE, HALÓ DOS VECES DE LA CUERDA DE LA HORCA.—LOS AMERICANOS EN PANAMÁ.—GRAN URGENCIA DE UNA REFORMA LIBERAL EN LA LEGISLACIÓN DE ADUANAS Y DE MAR.—NECESIDAD Y MODO DE CREAR LA MARINA MERCANTE AMERICANA.—OBSTÁCULOS QUE ENCUENTRAN LAS REFORMAS, Y CONCILIACIONES NECESARIAS.—CÓMO SON ESCRITAS ESTAS CARTAS.—HECHOS MENORES.—GRAN NÚMERO DE SUICIDIOS.—LA PARADA DE COCHES.—BEECHER INICIA UNA REVOLUCIÓN RELIGIOSA.—MISS CLEVELAND, LA HERMANA DEL PRESIDENTE, VA A PUBLICAR UN LIBRO. Nueva York, mayo 29 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires, 15 de julio de 1885. / 110

CARTAS DE MARTÍ.—*DECORATION DAY*.—LA CAMPAÑA DE OTOÑO.—LA ESTATUA DEL PEREGRINO.—JUNIO.—LA UNIVERSIDAD DE CORNELL.—UNIVERSIDAD PARA LOS HISPANOAMERICANOS.—DERECHOS EN ALEMANIA DE LOS ALEMANES NATURALIZADOS EN LOS ESTADOS UNIDOS. CASO DIPLOMÁTICO.—BISMARCK Y LOS NORTEAMERICANOS.—ACTUAL SITUACIÓN DE DEMÓCRATAS Y REPUBLICANOS.—ANÁLISIS DE LA SITUACIÓN POLÍTICA.—LA PRÓXIMA CAMPAÑA ELECTORAL.—LOS GRANDES FRAUDES DE LA ADUANA.—NOSOTROS LOS HISPANOAMERICANOS—¿PERDURARÁ EN LOS ESTADOS UNIDOS EL ESPÍRITU PURITÁNICO?—*EL PEREGRINO* DE BRONCE.—EL DÍA DE LAS FLORES.—GRANT DICE ADIÓS A SUS SOLDADOS. Nueva York, junio 12 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires, 24 de julio de 1885. / 122

CARTAS DE MARTÍ.—EN VERANO.—POLÍTICA, RELIGIÓN, TRIBUNALES Y LITERATURA.—UN LIBRO DE VINING SOBRE HWIN SHANG, EL PRIMER DESCUBRIDOR DE AMÉRICA.—COSAS AMERICANAS.—EL PERIODISTA STANTON Y SU TIEMPO.—LOS PERIÓDICOS ANTAÑO.—LOS CAMPAMENTOS DE MILICIANOS EN JUNIO.—CONGRESOS.—LOS INDIOS INQUIETOS.—CÓMO LOS TRATABAN LOS AGENTES DEL GOBIERNO.—LOS CHEYENES.—GOBIERNO ADMIRABLE DE LOS CHEROQUESES.—EL SUFRAGIO, LA ESCUELA Y LA PROPIEDAD ENTRE LOS CHEROQUESES. Nueva York, julio 6 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires, 20 de agosto de 1885. / 133

CARTAS DE MARTÍ.—DOS MILLONARIOS EN LA PENITENCIARÍA.—LOS SECRETARIOS DE CLEVELAND.—LA REFORMA ADELANTA.—CÓMO NOMBRÓ CLEVELAND AL COLECTOR DE LA ADUANA DE NUEVA YORK.—OJEADA EN EL TRABAJO INTERIOR DEL PARTIDO DEMÓCRATA.—EL PRESIDENTE DOMA A SU PARTIDO.—VICEPRESIDENTE CONTRA PRESIDENTE.—NUESTRAS TIERRAS LATINAS.—INQUIETUDES EN LA AMÉRICA CENTRAL.—LO QUE PIENSA HACER EL GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA AMÉRICA CENTRAL.—PROBLEMAS DE LA AMÉRICA CENTRAL, EN RELACIÓN CON LOS ESTADOS UNIDOS.—CÓMO GOBERNABA BARRIOS.—MÉXICO Y LAS REPÚBLICAS DE CENTROAMÉRICA.—LOS ESTADOS UNIDOS EN PANAMÁ.—LOS ESTADOS UNIDOS EN MÉXICO.—INTERESES DE LOS ESTADOS UNIDOS.—MÉXICO ARREGLA SU DEUDA Y SUSPENDE LOS SUBSIDIOS ACORDADOS A LAS COMPAÑÍAS DE FERROCARRILES AMERICANAS.—DISCUSIÓN DE ESTE ASUNTO.—HABILIDAD Y LEALTAD DE MÉXICO. Nueva York, julio 6 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires, 21 de agosto de 1885. / 142

CARTAS DE MARTÍ. MUERTE DE GRANT.—EL LECHO DE MUERTE.—PREPARATIVOS PARA SUS FUNERALES.—LOS DIARIOS.—LAS CALLES.—DISPUTA SOBRE EL LUGAR DE SEPULTURA.—SE LE ENTIERRA EN NUEVA YORK.—EL MONUMENTO.—LA TUMBA PROVISIONAL.—GRANT, EN LA GUERRA Y DESPUÉS DE ELLA.—EL ÉSTE Y EL OESTE.—LOS GITANOS EN NUEVA YORK.—LA MAGIA DE NUEVA YORK.—CONVULSIONES DE ELABORACIÓN EN EL OESTE.—LOS INDIOS REVUELTOS.—LOS VAQUEROS TRAVIESOS.—LOS GANADEROS REBELDES.—UN SACERDOTE CON PISTOLAS.—EL CAOLÍN.—ÉXODO DE HÚNGAROS.—A TRABAJAR, LOS NOBLES!—UNA CIUDAD EN UN MES. Nueva York, agosto 3 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires, 20 de septiembre de 1885. / 151

EL GENERAL GRANT.—ESTUDIO DE LA FORMACIÓN, DESARROLLO E INFLUJO DE SU CARÁCTER, Y DE LOS ESTADOS UNIDOS EN SU TIEMPO. Nueva York, agosto 12 de 1885. *La Nación*. Buenos Aires, 27 de septiembre de 1885. / 156

EL GENERAL GRANT.—New York, agosto 12 de 1885. / 191

CARTAS DE MARTÍ.—LOS INDIOS, LOS SOLDADOS Y LOS AGENTES DEL GOBIERNO EN EL TERRITORIO INDIO.—«EL CABALLO DE HIERRO» Y EL «GRAN PADRE».—ABUSOS DE LOS AGENTES.—CÓMO LOS TRATA CLEVELAND.—MOZOS Y VIEJOS.—CLEVELAND.—CLEVELAND Y GRANT.—ANÁLISIS DE LA POLÍTICA INTERIOR.—CONTINÚA LA BATALLA DE LOS EMPLEOS.—DEMÓCRATAS CONTRA DEMÓCRATAS, Y VICEPRESIDENTE CONTRA PRESIDENTE.—NO BASTA HABER SIDO SOLDADO PARA SER EMPLEADO.—LOS EMPLEOS HAN DE PROVEERSE POR OPOSICIÓN, CONFORME A LA LEY.—EL GOBIERNO MANTIENE SU PROGRAMA. New York, agosto de 1885. *La Nación*. Buenos Aires, 3 de octubre de 1885. / 218

CARTAS DE MARTÍ.—LOS SECRETARIOS DEL PRESIDENTE. EL HONRADO MINISTRO DE MARINA.—EL CONTRATISTA JOHN ROACH.—CÓMO COLECTAN SUS FONDOS Y PAGAN SUS GASTOS LOS PARTIDOS.—LIGAS DE ESPECULADORES Y POLITICIANOS.—HISTORIA ÍNTIMA.—EL SECRETARIO DE MARINA ERA EL ABOGADO DEL CONTRATISTA.—EL CONSEJO DE MARINA SERVÍA AL CONTRATISTA.—ANTICIPOS CUANTIOSOS.—QUIEBRA DE JOHN ROACH. LA POLÍTICA DE ACOMETIMIENTO. LOS ACOMETEDORES DE LOS ESTADOS UNIDOS Y SU GÉNESIS.—LOS MERCENARIOS DE AYER Y LOS DE AHORA.—LOS ACOMETEDORES EN WASHINGTON Y LOS QUE LOS AYUDAN.—BANQUEROS PRIVADOS.—MINISTROS SOMBRÍOS.—LA POLÍTICA DE LA SOMBRA.—DENTRO, CORRUPCIÓN; CONQUISTA, FUERA.—PLANES PERFECTOS.—«¡ADQUIRIR!»—ÚLTIMO PROYECTO: COMPRA DE LOS ESTADOS DEL NORTE DE MÉXICO. New York, agosto de 1885. *La Nación*. Buenos Aires, 4 de octubre de 1885. / 224

LUCÍA JEREZ / 229

[PRÓLOGO INCONCLUSO DE JOSÉ MARTÍ] / 231

CAPÍTULO I / 233

CAPÍTULO II / 254

CAPÍTULO III / 268

CARTAS

- A HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA. Nueva York, 10 de abril de 1885 / 315
A MANUEL MERCADO. [Nueva York, entre el 24 de marzo y el 12 de abril de 1885]
/ 317
A MANUEL MERCADO. New York, 12 de abril [de 1885] / 318
A QUIEN PUEDA INTERESAR. Nueva York, 9 de junio, 1885 / 320
AL DIRECTOR DE *EL AVISADOR CUBANO*. N.Y., 22 de junio de 1885. *EL AVISADOR*
CUBANO, Nueva York, 24 de junio de 1885 / 321
A LOS CUBANOS DE NUEVA YORK. Nueva York, junio 23, 1885. *El Avisador Cubano*,
Nueva York, 24 de junio de 1885 / 322
A MANUEL MERCADO. N. York, 29 de junio [de 1885] / 323
AL DIRECTOR DE *EL AVISADOR CUBANO*. Nueva York, 6 de julio de 1885. / 324
A MANUEL MERCADO. [Nueva York] julio 28/85 / 327

DISCURSO

- [BORRADOR DEL DISCURSO PRONUNCIADO EL 25 DE JUNIO DE 1885 EN CLARENDON
HALL]. / 331

NOTAS FINALES / 335

ÍNDICES

- ÍNDICE DE NOMBRES / 347
ÍNDICE GEOGRÁFICO / 414
ÍNDICE DE MATERIAS / 422
ÍNDICE CRONOLÓGICO / 430
ÍNDICE DE NOTAS FINALES / 434

